OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

IX

NORTE Y SUR

LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS

HISTÓRIA NATURAL DAS LARANJEIRAS

letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

letras mexicanas

OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

IX

OBRAS COMPLETAS DE

ALFONSO REYES

IX



ALFONSO REYES

Norte y Sur

Los trabajos y los días

História natural das Laranjeiras

letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Primera edición, 1959
Segunda reimpresión, 1996

Carretera Picacho-Ajusco 227; 14200 México, D. F.

ISBN 968-16-0346-X (edición general)
ISBN 968-16-0862-3 (volumen IX)

Impreso en México

CONTENIDO DE ESTE TOMO

Las tres obras aquí reunidas pertenecen a la misma corriente de artículos, crónicas y fantasías a que también corresponden en buena parte algunos tomos anteriores, ofrecen en este sentido analogías con el VIII y abarcan de 1925 a 1944. Algunas de estas páginas usadas en mayor o menor proporción para ulteriores fines se han dejado —salvo retoques indispensables— como estaban en su primera versión, de que en cada caso se da la concordancia o referencia a objeto de guiar al lector.

En *Norte y Sur* quedan ecos de mi vida diplomática en Sudamérica. *Los trabajos y los días* ofrecen un tono más libre, entre reseña y divagación. La *História natural das Laranjeiras* es un conjunto nunca recogido hasta ahora en volumen.

En la presente reimpresión de *Los trabajos y los días* se suprime el artículo "Voto por la agricultura" —escrito en diciembre de 1942 y publicado primeramente en *Todo*, México, 14 de enero de 1943— por haber quedado absorbido en el breve ensayo "Por mayo era, por mayo..." *(Ancorajes*, 1951.)

I

NORTE Y SUR

[*1925–1942*]

Noticia

EDICIÓN ANTERIOR

Alfonso Reyes//Norte y Sur//(1925–1942)//*(Viñeta de la Colección Atalaya)*//Editorial Leyenda, S. A.//México//1944. 8º, 255 págs. e índice.

PARADOJAS ECONÓMICAS

HACE años —era yo alumno de la Facultad de Derecho— oí decir al profesor Martínez Sobral estas o parecidas palabras:

—La población indígena de nuestros países es una masa de extraordinaria resistencia natural. Como su estoicismo y su sobriedad superan del todo el nivel medio; como su paciencia y sus fuerzas para el sufrimiento llegan a extremos que en otras partes sólo se encuentran en casos aislados de heroísmo, sin llegar nunca a generalizarse en carácter social, resulta —sin paradoja— que, en México por ejemplo, las leyes de la economía política a veces se refractan, se desvían un tanto de lo normal y perturban de modo apreciable las previsiones de la ciencia.

A este concepto, que tanto recuerda el "clinamen" de los átomos epicúreos —fundamento de la libertad en aquella escuela—, he añadido más tarde la idea de la enorme resistencia económica de la tierra mexicana o, para mejor decirlo, la resistencia deseconómica. Fabulosas riquezas dormidas, o desperdiciadas... o exportadas. Acaso, racionalizadas, bastarían a todas las necesidades del pueblo y aun darían para mucho más. Y a la luz de estas dos nociones he creído interpretar ciertos fenómenos económicos (no estudiados todavía metódicamente ni comprensibles tal vez en el extranjero) que trajo consigo la experiencia de la Revolución mexicana.

Considérese la incomunicación a que México quedó sometido durante los últimos tiempos de la guerra europea. Los Estados Unidos optan por intervenir en auxilio de los aliados, arrastrando en su decisión a más de un Estado hispanoamericano. Por errores de perspectiva, que la rotación del tiempo corrige, Washington ha creado para México una atmósfera poco amistosa. Cualesquiera que fuesen las simpatías de México ante la cuestión europea (y es natural que la opinión haya andado indecisa, entre la desorientación de la discordia civil), México hace entonces punto de honra el afirmar ante el mundo que ningún poder de la tierra ha de distraerlo de la

inmediata solución de sus problemas internos, y menos habrá de imponerle su dirección. Así, además, lo aconsejaba la más elemental prudencia. México se mantuvo lejos del frente de guerra, como el enfermo que no puede entrar en combate porque lleva adentro otros combates que reclaman todos sus cuidados. Y vino a crearse, en torno a México, un ambiente como de ayuno internacional, un cordón sanitario. Lo rodeaba una invisible muralla china, bloqueándolo prácticamente por todas partes. México fue, entonces, un país buzo, sumergido, reducido a nutrirse, como el animal invernante, de su propia sustancia y sin contacto con el medio exterior, privado de las bendiciones del comercio internacional. A este aislamiento de todo el grupo, a esta ruptura de la coordinación biológica, debe añadirse el fraccionamiento interior producido por las luchas de bandos: ferrocarriles interrumpidos, carreteras cortadas, zonas infranqueables, etc., y las consecuencias indirectas de todo ello.

El país bien pudo morir; sin embargo, sobrevivió. Se produjo, ante la circunstancia imprevista, una nueva "regulación", como diría von Uexküll, pero una regulación heroica. Y de aquí salió el país con un orgullo de sus propias capacidades que, aparte cierto gracioso y pasajero airecillo de altanería, no ha dejado de perturbarlo, dándole, por instantes, intenciones de discolería nacionalista y un empeño —muy artificial— de no comprender ni aceptar lo ajeno. (Además de que, ya por sí, toda nuestra historia se resiente de cierta manera de aislamiento.)

Otro portento, y no el menor, está en haber sobrevivido a la insistente destrucción de la riqueza, la industria y hasta la moneda. La grave cuestión del papel —aporía de Zenón para los economistas clásicos— quedó resuelta de una plumada, arruinando en un día a todo el mundo y declarando una buena mañana que ya el papel no tenía curso. Y no sucedió catástrofe alguna, ni chocaron entre sí las piedras, ni el día se confundió con la noche. Y, rasgo curioso, salieron a relucir de repente los gozosos escudos de oro que ofrecían una garantía inconmovible.

Puede decirse que, así como los apremios de la cirugía de guerra enseñaron a rectificar, con hechos, muchos prejui-

cios; a frenar, por ejemplo, las exageraciones pastorianas, obligando a admitir que las heridas cicatrizan mejor con una ligera producción de vejiguillas blancas; a cambiar y remodelar los rasgos y elementos de la fisonomía y aun a osar modificaciones más profundas; así dos revoluciones contemporáneas —Rusia, México— han demostrado que algunas generalizaciones de la Economía no pueden mantenerse sino dentro de supuestos o premisas muy limitados. En Rusia, el nuevo billete de banco, el "chernovetz" —que vale entre 80 y 100 francos papel— sirve admirablemente para las transacciones comerciales, según el testimonio del autorizado Charles Gide. ¡Y el prodigioso billete no es reembolsable en oro, ni tiene más garantía que una emisión limitada y destinada exclusivamente al comercio! El Estado, en efecto, se prohibe toda tentación de emitir, para cubrir sus propios gastos, esta nueva especie de billetes, de billetes locos, de billetes sin más valor que el de la palabra, que el del común denominador convencional de los cambios. Y los billetes locos han resultado, en la prueba, billetes cuerdos. Y se establece así aquella noción aventurada de algunos economistas "aberrantes" y herejes: que el valor del papel moneda puede sostenerse sin base metálica ni facultad de reembolso, con tal de no ser emitido en mayor cantidad de la que basta a las transacciones del comercio. Después de todo, la moneda, más que una "sustancia", es una "función".*

París, 1925.

* *Revista de las Indias*, **Bogotá, IX-1939.**

LA CASA DEL TEATRO EN BUENOS AIRES

VEN CON regocijo la inauguración de esta casa cuantos se interesan en la mayor dignidad y la plena incorporación social de la clase artística, modesto sacerdocio laico que nos procura cuidados indispensables a la vida espiritual de los pueblos, y a quien, sin embargo, cabe con frecuencia la suerte que cupo a los embalsamadores de Egipto. Éstos, aunque proporcionaban servicios preciosos para la inmortalidad —según las creencias de aquel pueblo extraño y profundo, hipnotizado por la preocupación de la muerte y enamorado de ultratumba—, vivían como olvidados, y escondían, en los barrios pobres, su existencia precaria.

La primera dama argentina quiso otorgar a esta empresa su alto patrocinio, y en ello hay algo más que filantropía, si es que puede haber algo mejor que un acto de bondad, que una expresión de la buena voluntad entre los hombres. La obra tiene un alcance cuya profundidad no podemos apreciar desde aquí. Sus consecuencias pueden aprovechar, no solamente a la clase artística que resulta directamente beneficiada, sino a toda la sociedad, a todo el pueblo en que esa clase opera su labor de lenta y tortuosa penetración del alma en la vida y en las costumbres.

Siempre fue la salud amiga de las diversiones, los juegos, las tareas desinteresadas y amenas. Juegos, diversiones, tareas desinteresadas son las artes, desde el punto de vista puramente biológico: actividades reveladoras de una vitalidad normal, desbordes de la fuente interior, cuando mana con regularidad y equilibrio. Lo cual no quita que las artes sean también, para la ética y la metafísica, exteriorizaciones y descargas indispensables a nuestra buena economía, y hasta espejos en que la conducta se contrasta y se rectifica. Así, el solo cuidado por mejorar la clase artística es síntoma de cabal salud en la ciudad que se ocupa de procurarlo y es, además, garantía de porvenir.

Hubo un tiempo en que los poetas, antes de venir a ser,

con Chateaubriand o Paul Claudel, los intérpretes de los pueblos y los mensajeros de la buena fe internacional —es decir, los verdaderos vates, en el sentido más puro y sagrado de la palabra—, formaban una clase errabunda, que iba cantando por las calles, e implorando, como el pobre murguista ambulante, bajo las ventanas de los señores, los dineros de la limosna o, al menos, el "vaso de bon vino" que, en pago de su poema, pedía el Maestro Gonzalo de Berceo.

También el Teatro Moderno tuvo humilde cuna. Cierto es que arranca, en la profunda Edad Media, de las representaciones litúrgicas que los eclesiásticos y las cofradías religiosas celebraban en el seno mismo de las iglesias: pequeños misterios y moralidades derivados de la Doctrina y encaminados a difundir la buena semilla. (Adviértase que aun el sacrificio de la misa es, en lo meramente ritual y exterior, una representación *coram populo.*) Pero como el Teatro se va emancipando y llenándose de motivos profanos, es fuerza que salga de la iglesia al atrio y, finalmente, a mitad de la calle. Y ya tenemos aquí la carreta de representaciones al aire libre, de que son ahora testimonio y reliquia los últimos guiñoles que andan rondando por las ferias. En el Renacimiento Español —para acudir al caso que más nos importa según la tradición de la lengua— encontramos por un momento el Teatro, con Juan del Encina, asilado por merced en las salas de los magnates, donde los representantes no distaban mucho de la categoría humilde de los bufones. Y, por un pintoresco azar histórico, el Teatro vuelve a su función catequista —todavía más simplificado y humilde— con los misioneros que se derraman por América, enseñando el Evangelio a los indios e inculcándoles el sentimiento cristiano, lo mismo mediante la prédica que con el recurso de pequeños actos escénicos, por desgracia no suficientemente estudiados. Porque los varones de piedad que los componían no se preocuparon siempre de conservarlos, ni aspiraban, ciertamente, a la posteridad literaria. Cuando la Comedia Española del Siglo de Oro, cargada con la sangre misma del pueblo, rica de historia y de genuinos apetitos poéticos, se adueña de la sociedad española y deslumbra al mundo, la gran afición de los Felipes concede al acto teatral toda

su dignidad de espectáculo; pero no todavía, a los trabajadores del Teatro, toda la dignidad social que les corresponde, y que sólo los pueblos de intensa cultura democrática son capaces de concederles.

Una invitación que singularmente me honra y que personalmente agradezco a título de simple obrero de las letras y de constante amigo de las cofradías de la Comedia, me permite hoy asociar el nombre de México al acto con que se inicia en Buenos Aires la edificación de la Casa del Teatro. Me conmueve el disfrutar de suerte semejante, y el poder recordar así, públicamente, que el Teatro —además de tantas otras cosas— ha sido también camino franco de amistad y acercamiento entre nuestras dos naciones hermanas. Nada mejor que la escena, en efecto, para lograr que un pueblo no solamente comprenda las concepciones generales que inspiran la vida de otro pueblo, sino saboree también y palpe de una manera objetiva sus peculiaridades todas, sus modos de hablar, sus ademanes, sus menudos hábitos de vida cotidiana. Pudiera decirse que el llevar a un pueblo la escena de otro pueblo equivale a transportar un fragmento de una tierra a otra; pero un fragmento caliente aún, animado y vivo, con su población a cuestas y hasta con su atmósfera inefable. Puedo asegurar —para sólo citar los últimos ejemplos, y los más populares y difundidos— que, cualquiera sea la consideración artística que se conceda a tales o cuales figuras de nuestros respectivos escenarios, pocos esfuerzos habrán sido más felices para despertar en la Argentina la curiosidad por la vida mexicana, o en México por la vida argentina, que las respectivas jiras organizadas no hace muchos años por las Compañías de Lupe y de Camila.

Entre México y la Argentina puso la naturaleza distancias y acumuló montañas. Un solo jinete, con cabalgadura y remonta, ha sabido vencer distancias y borrar obstáculos de montañas. No se diga que puede menos la virtud de un alto pensamiento.

Buenos Aires, 16-II-1928.

LA CALLE DE MÉXICO EN BUENOS AIRES

SEÑOR Intendente: El acto que hoy nos congrega, que yo os agradezco en nombre de mi pueblo y de mi Gobierno, y que nos da tan grata ocasión para insistir sobre la vieja amistad y la creciente simpatía que unen a nuestras Repúblicas, viene a ser, para la calle de México, algo como una confirmación de lujo después de un íntimo bautizo.

En efecto: con esa amena y minuciosa ciencia de Buenos Aires que poseéis, señor Intendente, como pocos, y que hace de vuestra conversación un viaje entretenido a través de la historia de la región porteña —conversación en que las noticias pacientemente espigadas por los documentos casan tan a punto con los recuerdos personales, y todo pára en una visión sintética de la ciudad, de la ciudad en marcha a través del tiempo, que contentaría ciertamente a los poetas unanimistas—, me habéis hecho saber que esta calle aparece con el nombre de San Bartolomé en los planos de 1769; con el de Agüero en los planos de 1808, y finalmente con el nombre de México en los de 1822.

Quiere decir que los tutores de la ciudad de Buenos Aires madrugaron tanto como la misma independencia mexicana (iniciada desde 1810, pero sólo conquistada definitivamente en 1821) para consagrar a mi país un recuerdo, inscribiendo su nombre en las piedras de una calle, y de una calle céntrica, porque lo era en aquellos días.

Y sin decir nada contra el monumento, que es la ofrenda desinteresada del arte a la memoria de un hombre, de un hecho o de un pueblo, diré que no vale menos esta conmemoración —mucho más modesta en la apariencia, pero acaso más profunda en la esencia— que consiste en ofrecer al recuerdo el nombre de una calle.

El nombre de una calle se asocia más que el monumento a la vida de los vecinos, entra en los hábitos cotidianos de la gente, va formando un nuevo relieve en la topografía moral de las poblaciones. En la geometría de Buenos Aires, esta

línea, esta coordenada, la calle de México, servirá siempre para fijar el punto y momento en que la Ciudad del Plata colinda con la antigua Ciudad de los Palacios, al menos en la zona de la intención, del ánimo, del espíritu.

Y debo confesar que en esta demarcación del recuerdo fuisteis más solícitos que nosotros. Las calles escogidas, las suntuosas plazas que ahora evocan, en México, los nombres de vuestra gran República, datan de hace poco: fue menester, para bautizarlas y ofrecerlas, que una profunda conmoción social, removiendo nuestra sensibilidad histórica, nos despertara —después del marasmo de una larga paz que empezó por ser efecto del orden y acabó por ser causa de una dañina somnolencia— al sentimiento de nuestra vinculación con las Repúblicas hermanas. Y entonces vino a nacer por todas partes un vasto apetito de comunicación y de entendimiento con las naciones que el destino hizo gemelas; y, en el orden de las cosas municipales, comenzaron a aparecer las fuentes públicas, las estatuas, las inscripciones consagradas a la amistad argentina, aunque para ello fuera preciso sacrificar tal vez alguna leyenda pintoresca en que se fundaba el antiguo nombre de tal o cual rincón urbano.

Y veamos cómo, señor Intendente, al descubrir el bronce en que el arte sobrio y preciso de la escultora Elena Guarnaccia Altamira perpetúa el nombre de México, descubrimos también, en nuestras conciencias, el rumbo para reflexiones provechosas.

Los romanos —supersticiosos de genio— ponían bajo la advocación de pequeñas divinidades tutelares lo mismo sus vías públicas que sus moradas domésticas; y todavía nos parece muy bien que el hombre lleve, a todos los sitios que frecuenta, una sospecha de su relación con lo eterno. Esta manera de asociar lo inmediato con lo mediato y lo distante —cuando, como en el caso, se refiere a un sentimiento de cordialidad entre dos pueblos— forma parte de la educación del ciudadano, puesto que lo enseña a sentir su convivencia con los demás hombres, aunque sea con los que habitan al término de un penoso viaje.

A lo largo de vuestras calles, tan compuestas por el decoro municipal, tan pletóricas de actividad y trabajo que no

pierden ese aire de nervioso vaivén ni cuando se ven envueltas en las blancas emanaciones del río, una mano ha trazado el nombre remoto; remoto, aunque cercano, a la hora en que se buscan los saldos de nuestros dolores y de nuestras enseñanzas nacionales comunes. De cada cien viandantes, para quienes el letrero de la calle haya venido a ser tan borroso como una moneda usada, habrá uno que, inconscientemente, piense unos instantes en México:

—A su mente acudirán las noticias atropelladas, malas y buenas, que el azar o el interés difunden, a propósito de México, por el mundo. Pero sepa el viandante y tenga por cierto que, en la combatida y hermosa ciudad del águila y de la serpiente —donde el aire, a fuerza de transparencia, parece siempre recién bañado en los lagos de Anáhuac; donde el granito rojo de las casonas coloniales hace fiestas al sol; donde la alegría de las cúpulas de azulejos (las más bellas del mundo) se destaca sobre el horizonte plateado de cada tarde—, ninguna de las estrellas del cielo se ha extinguido por el hecho de que el pueblo mexicano esté resuelto a procurar que la vida humana sea más digna de ser vivida, más justas y más piadosas las instituciones, y que las calles de la ciudad sólo vean desfilar un día lo que yo deseo ahora para vuestra calle de México: hombres libres y hombres contentos con su pequeña porción de las felicidades terrestres.

Buenos Aires, 21-IV-1928.

LA EXPOSICIÓN DE PINTURA MEXICANA EN LA PLATA

NUNCA se vio situación más paradójica que la mía. No sé si compararme a esos futuros padres que preparan la canastilla y al fin se quedan sin la criatura, o a aquel marido que cantaba las glorias de su felicidad doméstica y, cuando sus amigos fueron a visitarlo, encontraron que lo sacaban en camilla, y todavía decía sonriente y resignado: "Llegan ustedes en un mal momento, pero esto es un paraíso."

¿De dónde nace mi escepticismo? ¿Soy de los que creen que sobre la pintura no se puede hablar nada pertinente, que la crítica de arte carece de valor, y que ante los cuadros no queda más que ver y callar? No hay tal, yo creo en la crítica de arte. Yo he leído buenos libros de crítica de arte: Walter Pater, Baudelaire, Fromentin, bastarían para disipar mis dudas. Yo mismo he experimentado la necesidad de decir lo que se me ocurre ante la obra de los pintores, y creo que estas ocurrencias pueden tener algún interés humano o literario, aun en el caso muy probable de que carezcan de ese secundario interés que llamamos el interés técnico.

Si me encuentro en un paso difícil es porque me siento como el chalán empeñado en valorar y vender la mula tuerta. Para hablar de pintura mexicana me siento aquí algo desarmado. Los cuadros que aquí se os presentan no son el resultado de una selección voluntaria, ni corresponden a la mejor época de la pintura mexicana, que es sin duda la más reciente. Esta colección se ha formado echando mano de los recursos de azar, haciendo leva de cuadros en la Embajada de México y en las casas de algunos generosos amigos; y vienen a ser, con respecto a lo que sería una exposición metódica, lo que son las tropas movilizadas, es decir, improvisadas ante el peligro de la guerra, con respecto a las tropas regulares de línea. ¿Cómo justificarlo entonces? Porque aquí no nos amenaza ningún peligro, ni ciertamente había ninguna necesidad de aderezar esta exposición a toda prisa.

La justificación es fácil, y cede a la cómoda ley (perdónenos Tarde) de la oferta y la demanda. La Asociación de las Artes, que en buena hora habéis fundado en La Plata, instituye en esta ciudad humanística y serena un estado de demanda que, en algunos casos, puede superar —como ahora— la riqueza de la oferta. Pero esto mismo, me figuro yo, va a dar a vuestra asociación un carácter único. Algunas veces organizaréis exposiciones que prolonguen o repitan las que se exhiben en otros centros de la capital federal; pero otras veces —y aquí quiero encontraros, y me parece que en este punto la misma capital no podría, por mil circunstancias, competir con vosotros— tendréis la libertad, de que carecen otros centros de más compromisos con el gran público, de intentar exposiciones que no hayan sido de antemano preparadas con todas las reglas del museo, sino exposiciones que se reduzcan a mostrar juntos, en un solo momento y en un solo sitio, los objetos de arte que andan dispersos por la ciudad, en las casas de los vecinos, en tal o cual sala oficial o privada; exposiciones aventureras como avanzadas de tanteo. Os aseguro que si persistís en este camino desarrollaréis una labor única en originalidad y en belleza. Vuestro salón podrá llegar a ser con el tiempo, aparte de un salón más como los de Buenos Aires, un pulso, un índice de los valores artísticos que andan ya incorporados en la vida de vuestras ciudades. Un día podréis presentar una colección de estampas históricas; otro día, de mates artísticos y populares, de abanicos, de muebles coloniales o de la "era punzó". ¡Qué sé yo! Y todo sin mayor trabajo que el de solicitar de los afortunados poseedores la cesión temporal de tales tesoros. Esta exposición, exposición de los cuadros mexicanos que buenamente pudieron juntarse, no es más que un primer paso, y en esto estriba su importancia. De ella sacamos ya una lección, y es la conveniencia de hacer venir a la Argentina obras de nuestros pintores nuevos, de que apenas podríamos formarnos aquí una vaga idea. Quiero que me oigan los aficionados de pintura: es lamentable que, entre las obras presentadas, sólo aparezcan muestras del Montenegro de hace quince años, un Rodríguez Lozano anterior a la expansión defintiva de su talento, y apenas un fugaz relámpago de Die-

go Rivera. La actual pintura sólo está aquí representada en fotografías.

Esto no significa que la presente exposición sea mala. No la hubierais ideado vosotros, señoras y señores de la Asociación de las Artes; no la hubiera consentido yo, que soy la otra persona del diálogo. Simplemente, es una exposición que no corresponde a la importancia actual de la pintura mexicana. Ella representaría, más bien, el estado anterior y los comienzos de la última evolución, cosas por lo demás muy dignas de contemplarse. De todos modos, aquí encontraréis cuadros buenos, y encontraréis además las imponderables caricias de la luz de México, un poco de mi cielo y mi aire —éter delgado de alta meseta luminosa— que así veremos bajar milagrosamente hasta las brumas fluviales y la densidad, digamos, "metálica" de La Plata. Hace muchos años me atreví a decir que aquélla era la región más transparente del aire.

A tal punto la transparencia es característica de nuestra región, que a veces el visitante europeo no da crédito a sus propios sentidos, y por muy diestro que sea en calcular a ojo las distancias, es seguro que, engañado por la claridad de los términos más lejanos, se equivoca en menos. Recuerdo un caso muy elocuente. Hace años apareció por México un pintor inglés, que sin duda traía niebla hereditaria en la retina. Paseó por nuestro campo pintando paisajes, e hizo una hermosa colección que tuve el gusto de admirar en su taller mismo. Días después abrió una exposición. ¡Oh sorpresa! Sus paisajes ya no valían nada. El pintor había dudado de sí mismo y, como en la comedia de Tirso, fue *condenado por desconfiado*. Mientras trabajó al sol y al aire, la realidad se le impuso sin transacciones. Pero cuando juntó sus cuadros, al disponerse a exhibirlos, creyó que era imposible aquella nitidez de contornos, aquel resalte de los últimos planos, tan cristalinos y duros como los primeros, aquel brillo de espejo. Y ¿qué hizo entonces? Esparció sobre todas sus telas una suave bruma artificial. ¡Mató sus cuadros!

Pero si esta visión de atmósfera nítida no ha podido menos de mantenerse entre la era anterior y la era actual de

nuestra pintura —véanse los paisajes de Velasco—, en cambio, la pintura misma se ha transformado de extremo a extremo. Y no solamente por virtud de las transformaciones técnicas que las artes plásticas han sufrido en todo el mundo, no. Nuestra pintura ha cambiado —y esto es de primera importancia— como expresión de un estado moral. Vale la pena de explicarlo.

Maestro definidor del "altiplano" de México —de la zona capitalina que, naturalmente, derrama sus influencias a todo el país, a lo largo de sus laderas—, Pedro Henríquez Ureña, hace varios lustros, insistiendo en la característica de cortés y discreta melancolía que, hasta hace poco, nos parecía el rasgo esencial del temperamento mexicano (sin duda porque lo apreciábamos entonces bajo la influencia adormecedora y larga de una época solemne), escribía así:

> Si el paisaje mexicano, con su tonalidad gris, se ha entrado en la poesía, ¿cómo no había de entrarse en la pintura? Una vez, en una de las interminables ordenaciones que sufren en México las galerías de la Academia de Bellas Artes, vinieron a quedar frente a frente, en los muros de una sala, pintores españoles y pintores mexicanos modernos. Entre aquellos españoles, ninguno recordaba la tragedia larga y honda de las mesetas castellanas, sino la fuerte vida del Cantábrico, de Levante, de Andalucía; entre los mexicanos, todos recogían notas de la altiplanicie. Y el contraste era brusco: de un lado, la cálida opulencia del rojo y del oro, los azules y púrpuras violentos del mar, la alegre luz del sol, las flores vívidas, la carne de las mujeres, en los lienzos de Sorolla, de Bilbao, de Benedito, de Chicharro, de Carlos Vázquez; de otro, los paños negros, las caras melancólicas, las flores pálidas, los ambientes grises, en los lienzos de Juan Téllez, de Germán Gedovius, de Diego Rivera *(se refiere a la época anterior)*, de Ángel Zárraga, de Gonzalo Argüelles Bringas. ("Don Juan Ruiz de Alarcón", recogido en el volumen *Seis ensayos en busca de nuestra expresión,* Buenos Aires, Babel, 1928.)

De entonces acá ¡qué inmenso cambio, qué formidable desperezo, qué aventura suelta y temerosa a través de las entrañas mismas del ser nacional, qué fluir de toda la sangre de la historia hasta la superficie convulsionada de la vida! Cada día se abría otra puerta en la galería profunda del alma mexicana. Y así, en medio de la desesperación, de

los trastornos sociales, se iba apoderando de nosotros una especie de alegría mística: la de sondear en las capacidades mismas de nuestra sensibilidad y de nuestro genio propios, la de descubrirnos al fin.

Esta tarea de buceo psicológico se hizo más profunda por el hecho de que a la revolución interior vino a sumarse, en el exterior, el efecto de la guerra europea. Por una parte, andábamos hurgando el arca propia, escarbando nuestro suelo y encontrando muchas cosas nuevas y muchas cosas olvidadas. Por otra parte, en lo exterior, al no querer México participar en la guerra, quedamos prácticamente bloqueados. México se convirtió entonces en una grande y patética isla de la introspección. El país entero se consagró a buscar, dentro de sí mismo, los elementos y los estímulos .de su persistencia física y de su continuidad espiritual. Así nos fuimos redescubriendo, y lo que empezó por ser necesidad acabó por ser victoria y orgullo. Allá, dormidas entre el magma profundo de la subconsciencia, acumuladas durante siglos por la fuerza adquirida de las civilizaciones milenarias, anteriores al descubrimiento de América; hermoseadas después y hechas rotundas y expresivas por los cuatro siglos de cultura europea, latían en nuestro corazón capacidades de arte insospechadas, de que las pequeñas y pululantes industrias indias, y otras primorosas habilidades populares, no eran más que el síntoma delator.

Pero antes, como es natural, los artistas de México, adelantándose al terremoto social en unas horas, habían renovado ya sus armas, habían depurado sus técnicas. Esto debe situarse exactamente en el año de 1906, cuando se abrió al público la exposición de los pintores de *Savia Moderna,* con las primicias de Ponce de León, Francisco de la Torre, Jorge Enciso y Diego Rivera, exposición animada por Gerardo Murillo (el Doctor Atl) y que señala la muerte súbita del estilo "pompier".*

Después vino la hora de Saturnino Herrán, pintor malogrado que sólo conoció en fotografías los grandes modelos de los museos de Europa, que acaso daba a sus tintes cierta lisura fotográfica, aunque era más brillante que su modelo, Zuloaga,

* Ver *Pasado inmediato,* p. 48.

a quien mejoraba sin saberlo. En Herrán todos reconocían ya el carácter mexicano, si bien este carácter, verdadero primer principio, nadie se atreve a definirlo. Poco después aconteció el meteoro, brilló y se extinguió el niño predestinado, Abraham Ángel. Y ya estaba logrado el prodigio.

En su afán de devolver al pueblo lo que es del pueblo, una administración reconstructora tomó a su cargo el cultivo de las artes populares, para evitar que sus productos se perdieran o decayeran, entregados a la ignorancia y a la rutina de los pobres indios del campo. Entre otras muchas obras de educación de que ya todo el mundo tiene noticia, se crearon las Escuelas de Pintura al aire libre. En tales escuelas, unas veces se somete a los niños a una depuración del alfabeto artístico, alfabeto que anda como tramado en todos los productos de nuestras artes populares. A esto corresponden el método de Best Maugard y el método de Rodríguez Lozano, bien conocido éste en la Argentina en virtud de su visita reciente. En tales escuelas, otras veces, se abandona a la iniciativa de los niños todo el arte de la pintura. Y a esto corresponde el método de Ramos Martínez, cuyo valor no puede considerarse como definitivo, sino sólo como experimental, preparatorio, orientador por igual para las generaciones de alumnos y las de maestros.

Yo estaba en París cuando Ramos Martínez desembarcó, asombrando al mundo con una estupenda exposición de cuadros pintados por criaturas de ocho a quince años. La experiencia era más que edificante: era abrumadora. Picasso, que estaba a punto de salir de vacaciones, retardó su viaje para ayudar a desempacar los cuadros. Foujita ayudó a colgarlos. Y todos los pintores que andaban en París concurrían asiduamente al salón mexicano, venidos de los cuatro rumbos de la pintura, sin distinción de escuelas ni edades (porque la edad crea una escuela más). Los críticos comenzaron por dudar. Pero el irremediable buen sentido francés, paso a paso, los llevó a este razonamiento justo:

—Supongamos que estos cuadros no sean hechos por niños ignorantes de los recursos del pincel, sino por pintores aficionados de cuarenta años: todavía tenemos que convenir en que se trata de una exposición admirable y desconcertante.

El fenómeno traspasaba los límites de lo estético y casi se convertía en un misterio sociológico. ¿De modo que el pueblo mexicano es un pueblo de artistas? Y el irremediable buen sentido francés cayó sobre Ramos Martínez, asediándolo a preguntas: "¿Ha querido usted justificar la teoría romántica de la inspiración? ¿Cree usted útil fomentar en un pueblo joven o, al menos, en vías de reconstrucción, la fe en el don gratuito del arte, en el premio sin merecimiento, en el éxito sin estudio?"

—Yo nada sé —respondía Ramos Martínez, agitando sus manos torcidas de mago reumático—. Yo nada me propuse. Yo abrí la jaula, simplemente, y estos pájaros se han entrado. Otros interroguen los misterios del cielo.

Entonces los representantes del buen sentido, con una curiosidad en que había mucho de irritación, me atacaron a mí, el delegado del poder político, y vinieron hasta mi Legación a decirme:

—Concedamos, pues, por extraordinario que parezca, que el pueblo mexicano sea un pueblo de pintores en estado de potencia. ¿Para qué quiere el Gobierno convertir esa potencia en acto? ¿Qué va a hacer con una nación de pintores? ¿En qué los va a emplear y cómo va a arreglárselas para mantenerlos? ¿Qué se propone México?

Yo no quise entrar en la pueril controversia, ni explicar, como es evidente, que toda cultura adquirida se desborda a todos los órdenes de la actividad humana. Yo hubiera podido contestar que toda disciplina es especial por naturaleza, y sin embargo sirve para disciplinar de un modo general al que la practica. Yo hubiera podido a mi vez preguntarles: "¿Y por qué enseñáis gimnasia y esgrima en las escuelas, si no os proponéis crear generaciones de cirqueros o espadachines? ¿Y para qué sirve el latín, si ya no se habla? Y hasta ¿para qué hacer que los niños se enamoren de ideales teóricos de virtud, de que raras veces verán en la vida ejemplos manifiestos?"

Pero preferí quitármelos de encima y contesté:

—¿Qué se propone México? ¡Hacer revoluciones! Tolondrones a los preguntones.

Revoluciones. Entendámonos. Sólo reformando continua-

mente se mantiene la continuidad de las cosas. La pura doctrina de la Iglesia, y la experiencia reiterada de la pesantez, nos lo significan día por día; nos dicen que quien se abandona irremisiblemente ha de caer; que la fuerza bruta de las cosas tira hacia abajo, y que sólo podemos conservar la dignidad plena de nuestro cuerpo o de nuestra alma mediante un severo y consciente esfuerzo de todos los instantes. Hace falta amanecer todos los días dispuestos a revalorarlo todo, a revolucionar en nuestra sensibilidad interior, a optar y escoger con esfuerzo y cada día otra vez, en la encrucijada de caminos que llamamos la conducta. Para persistir hay que renovarse incesantemente. El cisne blanco dejaría de ser el cisne blanco si no se repintara, si no se bañara a toda hora. Para que mi cuerpo sea, tengo que rehacerlo periódicamente con la novedad de los alimentos. Mi personalidad toda obedece a leyes semejantes. Y el arte, en las sociedades, es la periódica operación de cataratas que devuelve a los pueblos la visión fresca de la vida, visión que abandonada a su sola línea de pesantez acabaría por borrarse. Si algún nombre merece esta renovación continuada, es el nombre de libertad, la única libertad posible.

Asociación de las Artes, *La Plata, 27-IX-1929.*

PALABRAS SOBRE LA NACIÓN ARGENTINA

HUBO un tiempo en que los filólogos consideraban las lenguas como corrupciones, decadencias y aproximaciones de alguna mitológica lengua original que sólo conocían en sueños. Y la Lingüística no adelantaba un paso. Pero al comenzar el siglo XIX, el español Hervás y Panduro, y otros después de él, dieron en catalogar las lenguas del mundo y en compararlas unas con otras. Y de un salto, la Lingüística repuso todo el tiempo perdido.

Hubo un tiempo en que cada nación americana quería conocerse a sí misma por un acto de mística penetración, o bien considerándose como aproximación y —ya que no como decadencia— como repercusión o eco de algún soñado modelo de nacionalidades, de algún contrato constitucional teórico, inventado por pensadores y políticos de otros pueblos. Y el conocimiento de nosotros mismos no adelantaba un paso. Pero hace pocos lustros —y nunca insistiremos lo bastante en la importancia de este descubrimiento— inventamos un equivalente de la Gramática Comparada entre las naciones de Hispanoamérica, y creo que, antes de pocos lustros también, habremos repuesto el tiempo perdido. Quiero decir que hemos comenzado apenas a compararnos unos con otros, y que de semejante comparación ha de nacer un conocimiento más exacto del propio ser nacional.

He pensado que las impresiones de un extranjero (que no lo es tanto) sobre ciertos rasgos fundamentales de la nación argentina podrían ofrecer, cuando menos, alguna curiosidad. Los escritores de España han confesado que la visión extranjera de Théophile Gautier les ayudó a abrir los ojos sobre los aspectos y perfiles de su propio paisaje. Y Gautier era mucho más extranjero para España de lo que este mexicano puede serlo para la Argentina. El nuevo escorzo, la desviación que produce el mirar las cosas viniendo de otra parte, ayuda a rodearlas y abarcarlas mejor. Aunque yo no quiera, aunque suprima un término de la comparación, mis

impresiones sobre la Argentina tienen que fundarse en un trabajo comparativo de la mente. De aquí, creo yo, todo el valor de tales impresiones, si alguno tienen.

En nuestro caso, la comparación posee un interés singular, porque no se establece entre dos países cualesquiera de nuestra raza, sino entre México y la Argentina, los dos países polos, los dos extremos representativos de los dos fundamentales modos de ser que encontramos en Hispanoamérica. Y definir un fenómeno por sus extremos es la manera de abreviar.

Va siendo tiempo de que nos preguntemos qué significa nuestra América. Todos sabemos que es un injerto del vigor español de la mejor época, trasplantado a otra geografía y encauzado por otras venas. En suma, pueblos de juventud, donde los choques de sangres diferentes no se han equilibrado del todo. Bien está. Pero, sobre este paisaje de fondo, ¿cuál es la fisonomía actual de nuestra América? Cada uno mira el mundo desde su ventana. La mía es la literatura. El mundo literario de Hispanoamérica —y el suelo en que crece la vegetación de la poesía es el suelo más profundo y cierto de las sociedades humanas— permite distinguir, en nuestros pueblos, tres zonas principales. Al Norte, la zona que tiene a México por centro, que abarca a las Antillas y a toda la América Ístmica, y llega hasta las fronteras de Colombia. Al Sur, la zona cuyo principal foco es la Argentina. Y entre una y otra, la zona que podemos llamar de los países bolivarinos, donde se mezclan en diversa proporción, con las aguas propias, las corrientes brotadas de las dos zonas anteriores. Ahora bien, por su extremo Norte, nuestra América se inclina a un carácter, y por su extremo Sur, a otro. Veamos:

En 1913, y en París, tuve con Leopoldo Lugones una conversación que he transcrito así, en alguno de mis libros:

—Vosotros, mexicanos —me decía Lugones—, sois casi como los europeos; tenéis tradiciones, tenéis cuentas históricas que liquidar; podéis *jouer à l'autochtone* con vuestros indios, y os retardáis concertando vuestras diferencias de razas y de castas. Sois pueblos vueltos de espaldas. Nosotros estamos de cara al porvenir: los Estados Unidos, Australia y la Argentina, los pueblos sin historia, somos los de mañana.

Estas palabras, improvisadas en la conversación, a bulto y sin matices, describen bien la postura del fenómeno, aunque tengan la exageración del epigrama. De entonces acá, el poeta ha sentido crecer en su corazón el culto por las cuentas históricas, y en su conciencia, las ventajas de tener compromisos con la tradición.

Hace pocos meses, y en Buenos Aires, tuve con José Ortega y Gasset otra conversación sobre el mismo tema. El filósofo vino a decirme más o menos:

—Vuestra América es una gama. Por el extremo mexicano, el tinte aparece todavía muy semejante al tinte europeo; es decir: la historia nacional es larga y compleja, pesa mucho, y el ser actual del pueblo resulta de la fusión y catequismo, más o menos logrados, entre una raza conquistadora y una raza por conquistar. Por el extremo argentino, el caso americano se da en toda su pureza; historia leve, problemas de raza casi nulos, mezcla reciente de pueblos que se transportan con su civilización ya hecha, a cuestas. Lo que fue, en el Norte, una conquista a la vieja manera de Europa (y que hoy se presenta allá con un ritmo semejante, por ejemplo, al de ciertos países de la Europa Central o la Europa fronteriza), aquí no es conquista sino, más bien, colonización. En vez de la guerra, la agricultura; en vez de la religión, la institución.

(Es posible que las palabras sean mías, pero respondo de la fiel interpretación del pensamiento.)

Hasta aquí, el nuevo carácter de América (hablo siempre de la América Española) parece ser, pues, privilegio del Sur; en tanto que el Norte nos ofrece una como prolongación europea. ¿Cómo explicar, entonces, que sea el Sur el que da el ejemplo de una estabilidad a la europea, una conformidad aparente con las ventajas de un modo social ya para siempre conquistado, mientras que el Norte se convulsiona entre los ensayos de nuevas filosofías, nuevas políticas, nuevas doctrinas de la felicidad?

Creo, honradamente, que hay motivos mecánicos a la vez que históricos para sospechar que, mientras más historia se acumula (digámoslo así), mientras más resorte de tradición se adquiere, mayor es el empellón con que se adelanta

hacia la conquista de caracteres nuevos; al menos, en tanto que el organismo está vivo o no ha entrado ya en decadencia. Y creo, honradamente, que todavía a orillas del Plata tiene que liquidarse la cuenta histórica que ya conocemos por el ejemplo de la Roma clásica: el duelo entre los patricios y el pueblo de procedencia extranjera, que acaso acabe por dar otro carácter inesperado a las nacionalidades del Sur. En este sentido deben tal vez interpretarse las recientes palabras de Keyserling, sobre un estado de revolución sin violencia.

Y ya que menciono al gran viajero, os referiré una tercera conversación que tuve con él, hace pocos días, mientras íbamos de un sitio a otro de la ciudad.

A Keyserling no le preocupaba la etiología, la causa histórica del fenómeno, sino su saldo actual, psicológico. Y me decía así:

—Aunque conozco poco a México, me parece que la principal diferencia entre la Argentina y México es ésta: que, en México, a veces, sois melodramáticos, y este aspecto melodramático no es más que la plétora o exageración de algunas cualidades que son exclusivamente vuestras.

Estas generalizaciones son siempre peligrosas. La letra de los tangos argentinos deja muy poco que desear en materia de melodrama. Cierto que esta letra tiene un dudoso valor como documento histórico que aspire a reflejar la realidad, y tiene en cambio un carácter hechizo, falso muchas veces, que no parece traducir las verdaderas tendencias de la imaginación popular argentina.

Dejemos en este estado las cosas, y vengamos a la visión actual que ofrece la Argentina.

Los humoristas y escritores satíricos, que abundan aquí como en todas las razas fuertes, gustan de insistir en ciertos aspectos de la vida argentina que se prestan a la censura, pero que no por eso dejan de ser síntomas de una rara virtud. Ya se sabe que toda virtud tomada por el cabo es virtud, y tomada por la punta es defecto. Los humoristas y satíricos argentinos se quejan de cierta monotonía en la vida, de cierto automatismo o academismo. Lo elegante es lo tieso, lo que en otras partes llaman "empaquetado", y aquí, "paquete".

Los gustos —dicen— se acartonan al menor descuido. El concepto de uniformidad se sustituye, secreto y subrepticio, al concepto de eficacia y hasta al sentimiento de felicidad. La convención, como un común denominador, ahorra todo esfuerzo en busca del valor verdadero de las cosas. Todas las elegantes —continúan— se tercian del mismo modo el zorro, cuádreles o no. Una dama ha dicho: "Cuando delante de mí se pronuncia la palabra *belleza,* yo entiendo siempre *distinción.*" Y, ciertamente, el peligro está en llegar a este terreno equívoco. Y más si se advierte que, en el caso, *distinción* significa, paradójicamente, uniformidad, apego a lo convenido, a la regla automática. De aquí también —de ese respeto a lo institucional en sí— que se vaya a los negocios públicos en actitud algo engolada. ¿Saben acaso los presidentes de sociedades y centros que, a pesar del temor que por acá inspira lo mal llamado "tropical", sus notas, sus invitaciones, sus comunicaciones escritas suelen ser de lo más frondoso y perifrástico que todavía se escribe en América? Demasiado estiramiento —siguen diciendo los censores—, y hasta demasiada cordura para tanta juventud. ¡Ya podíamos abandonarnos más y ser más sueltos!

Pero no nos conformemos con la fácil censura. Ahondemos un poco, para saber qué significa este aparente automatismo.

Existe en la Argentina una fuerza heroicamente consciente y premeditada, que va modelando de un modo visible los contornos de este pueblo. Esta fuerza adopta, al manifestarse en las cosas humildes y diarias, una disciplina bien perceptible: la única adecuada, por lo demás. Esta disciplina es, a grandes rasgos descrita, el acatamiento de las categorías, de las jerarquías y —digamos sin rubor la palabra— de las apariencias. Aun cuando esta actitud pueda degenerar en esnobismo y, como dice aquí la gente, en "parada", es una virtud innegable. Se concede crédito a la apariencia, para obligarla a manifestarse como si fuera verdad; es decir, para transformarla en verdad. ¡Oh frivolidad profunda! No se afirma en otro sentimiento todo el sistema de urbanidad que, paulatinamente, ha transformado al bruto humano en un producto de civilización. El título universitario, por ejem-

plo, conserva toda su dignidad candorosa, y así se da a la cultura un acatamiento —siquiera externo— que la favorece. El hombre del pueblo da, al que quiere honrar, el tratamiento de "doctor", es decir: hombre graduado en facultades universitarias, como en las viejas fórmulas aristocráticas se le llamaba "Excelencia", y como en otras partes se le llama "jefecito" o "patrón". La raya del pantalón, por ejemplo, hace oficios de virtud, a modo de símbolo material que recuerde al público, a la gente de la calle, la obligación de practicar el aseo, el buen ademán y el buen porte, todo lo cual supone la obediencia a muchas reglas de conducta verdaderamente superiores. El cuidar así las apariencias y los respetos convencionales convierte la vida en una carrera de obstáculos y crea una disciplina pública, haciendo que la calle misma se transforme en gimnasio o en plantel educativo. Sobre un *demos* mezclado de inmigraciones y hábitos mentales inconciliables al parecer, esta disciplina resulta, para la ciudad, la única manera de apoderarse, democráticamente, de su pueblo siempre en formación.

Arriba, la clase patricia mantiene la norma hispánica de las costumbres, mucho más de lo que aquí se figuran, y con más celo de lo que confiesan los argentinos cuando van de vacaciones a Europa. Esta clase, depositaria de los símbolos, es protegida a modo de paradigma o ejemplo. Cuando sus individuos amenazan empobrecerse, la piedad de las instituciones acude a salvarlos a costa de todo, a fin de que no se extinga el fuego. Este milagro cívico, si la clase privilegiada diera en abandonarse, no podría mantenerse ya por muchos años.

Ahondemos todavía un poco más. Tratemos de averiguar qué fuerza es ésta —heroicamente consciente y premeditada como he dicho— así expresada en una forma de disciplina exterior, la cual imprime al país un sello nacional inconfundible entre todos los países, un estilo propio que, a reserva de explicarlo en otra ocasión, me conformo con llamar por ahora: el *garbo argentino*.

Más que una nación de acarreo o depósito histórico, la Argentina es una nación de creación voluntaria. La hizo la conciencia de los hombres, de los individuos. Es, casi, el

fruto de un deseo. El colono encontró aquí tribus nómadas sin yacimientos de civilización, y tuvo que importarlo todo consigo —¡hasta los parásitos!

Fruto de un deseo, y fruto laico: hijo de una aspiración cívica. En lo cual se diferencia de los Estados Unidos, que todavía deben su origen a la aspiración religiosa de los puritanos. Aquellos peregrinos buscaban la libertad de orar. Estos colonos vienen buscando un campo donde sembrar una patria hecha a su medida.

De tal manera la formación argentina es efecto de una decisión premediatada de los hombres, que hasta se da el caso —paradójico en los países que llamaríamos meramente históricos— de que la misma capital haya tenido que imponerse por la fuerza al resto del país, como se impone, en un caos de naturaleza, una voluntad humana. En verdad, la Argentina moderna parece la encarnación del verbo, y el triunfo voluntario y consciente de la generación romántica: Sarmiento, Alberdi, Mitre. . .

La base bruta sobre la cual opera este gran ideal político es un anhelo de bienestar económico, claro está. Pero en la materia inerte no hay que creer: dondequiera que la materia aparece, la economía del mundo hace que se le insinúe o le nazca un alma. Como nada se crea *ex-nihilo*, se adopta aquí, se imita y se copia la mejor técnica de que hoy disponemos, la europea. Pero el ideal es diferente: en tanto que el Viejo Mundo estira o depura tradiciones, rectifica y endereza, trabajando sobre una realidad que le ha sido dada como desde afuera y que debe aceptarse, aquí se trata de crear todo un ambiente a nuestro gusto.

Tal empeño necesariamente agudiza la conciencia nacional. En el primer grado de exacerbación de la gran idea política, se produce el nacionalismo, y —ya en el extremo caricaturesco— se da ese peculiar sentimiento del hombre soez que designáis familiarmente con el pintoresco nombre de "prepotencia"; en suma: una afirmación del orgullo nacional, provechosa en su arranque y en sus altas aspiraciones, pero que puede caer también en la temperatura enfermiza del exclusivismo y, en dado caso, hasta degenerar en grosería. Anverso y reverso de una hermosa virtud. Parece que el

argentino llevara a todos sus actos, por insignificantes o indiferentes que sean (aun cuando sólo se trate de una aventura callejera o un match de futbol), una secreta y arrogante consigna nacional.

Esta orgullosa afirmación es la fuerza genitora de la patria. Todos los días y a toda hora, hace por ella y la dignifica, presentándola como dechado de patrias y casi gritándole: "¡Eres la más hermosa!"

Los más viejos y acreditados periódicos porteños, índices del criterio nacional, lo mismo que sus gemelos traviesos —las hojas satíricas de la tarde—, todo el día publican verdaderas antologías constructivas de hechos y valores argentinos; insisten en la nota argentina con motivo de cualquier suceso, la destacan y la fijan para la historia. A tal grado es orientadora esta consigna nacional, que hasta se invierte aquí el refrán latino según el cual, aunque todos los senadores sean excelentes varones, el Senado en conjunto resulta una mala bestia. Aquí no: la institución argentina es con harta frecuencia superior a los individuos que la integran: ¡propia conquista democrática! El periódico, por ejemplo, gracias a esta polarización admirable, es superior, a veces, a sus mismos colaboradores. Se logra la suma de las virtudes individuales, y disfrutamos del magnífico espectáculo de un pueblo fundado sobre la cabeza de los hombres. Viril experiencia filosófica que interesaría a un utopista del siglo XVI o a un enciclopedista del XVIII.

A la primera generación, esta inmensa voluntad colectiva, que flota sobre el país como una divinidad tutelar, se apodera sin remisión del hijo de extranjeros. Y niños de todos los apellidos y llegados de todos los puntos de la tierra entonan en las escuelas públicas el mismo himno y se sienten igualmente deudores a los mismos Padres de la Patria. Esto, argentinos, es una patria y no una casualidad geográfica. Esto, argentinos, es una nación fundada en una idea, libremente escogida por un genio de libertad, sabiamente inspirada por un estímulo de disciplina, sin compromisos con el azar y apenas con un leve peso del pasado. Con el retruécano gramatical conocido, diremos que esta Patria es Filia: hija de todos los ciudadanos, que día por día la están que-

riendo y engendrándola según la desean. Guardadla y salvadla como reducto de felicidad futura para el mundo, porque es, hasta hoy, una de las pocas moradas que el hombre se ha encontrado en condiciones de edificar a su imagen y semejanza.

Círculo Intemerandus, *Buenos Aires, 29-VIII-1929.*
Nosotros, *Buenos Aires, III-1930.*

Apéndice

A R. D.
en Buenos Aires.

Recojo con deferencia sus objeciones a mis "Palabras sobre la nación argentina", objeciones expuestas por usted en *La Vida Literaria* (Buenos Aires, julio de 1930), y que adquieren su pleno valor a la luz de otros dos artículos que usted ha publicado casi al mismo tiempo, uno en *Nosotros* (Buenos Aires, junio último) y otro en *La Literatura Argentina* (II, nº 22). Por estos artículos veo que más bien se apoya usted en mí como un pretexto para lanzarse a la exposición de nuevos puntos de vista. En uno de ellos llega usted a decir, no sin enojo, que yo "¡todavía!" preparo un libro para repetir por extenso mis errores. Tranquilícese usted: nunca pensé en eso ni lo he ofrecido. Esto de la "psicología de los pueblos" me parece el tipo mismo de las verdades a medias, por esencia provisionales. Y, a pesar de ilustres ejemplos hoy en boga, no creo que semejantes semiverdades funden un suelo bastante sólido para pasear sobre él por todo un libro. Hace uno sus pequeñas indicaciones, subraya uno aquel parcial, limitado rasgo que más le impresionó en la cara de un pueblo —¡y adelante!

Comienza usted por extrañarse de que, tanto José Ortega y Gasset como yo, hayamos traído a cuento, a propósito de la Argentina, el duelo de los patricios y plebeyos en la antigua Roma. Después, al investigar las causas de esta que usted llama "ilusión de óptica", reconoce usted que toda la tradición intelectual argentina piensa con nosotros. Y todavía

pudo usted añadir el nombre de Keyserling en la lista de los pecadores. Confiese usted que, si he de irme al Infierno, me condeno en buena compañía.

No vale la pena de exigir, como usted lo hace, mayores precisiones históricas en una metáfora. Roma quiere decir Estado; patricios quiere decir núcleo; plebeyos (yo nunca usé esta fea palabra) quiere decir periferia. Nada más.

Poco después admite usted (¡y era todo lo que hacía falta para cedernos el punto!) que hay una clase privilegiada, y que ella conserva algunas características de tradición; y que entre esta clase y la otra exista un duelo, usted mismo lo está demostrando con su ejemplo, hasta por la virulencia de sus ataques contra los privilegiados. ¿Que estos privilegiados nos hayan engañado a Ortega y a mí, haciéndonos creer que son verdaderos aristócratas cuando, como usted afirma, son unos comerciantes y trabajadores que por la noche se visten de frac, y en horas de ocio gastan el remanente de su porteñismo suspirando por Europa? No, no suponga usted ni por un instante que hemos podido caer en tan candorosa confusión. Mi experiencia de la vida argentina ha sido un poco más ecléctica de lo que usted sospecha: todos mis amigos podrán decírselo. ¡A ver, pregunte usted por ahí y averigüe un poco! Y que Ortega traiga en los ojos la visión de la aristocracia española y yo la de la aristocracia hispanoamericana, suponiendo que sea cierto, sólo quiere decir que no nos dejamos engañar por falsas apariencias a este respecto: ese módulo de comparación —la grandeza española así llamada, o la así llamada grandeza mexicana— nos servirían para mejor apreciar el contraste y no para inventar semejanzas que no existen.

Ni en España, cuna de nuestra aristocracia histórica, ni en México, donde quedan verdaderas y antiguas derivaciones de la nobleza española, se da el fenómeno típica y agudamente aristocrático que se da en la Argentina. No importa que las aristocracias no lo sean de veras en el sentido histórico de la palabra, si ejercen funciones efectivas de aristocracia. Y, en la Argentina, el núcleo produce una verdadera fascinación sobre la periferia, a través precisamente de ese conjunto de ideales, hábitos, maneras de ser y de obrar, tra-

jes y ademanes que se llaman la *mundanidad*. Hasta el trabajo intelectual y artístico, una vez aceptado como uno de los caminos de acceso a la mundanidad, se ha visto, por eso, desarrollado en términos de verdadera superproducción, de oferta mayor que la demanda, como lo saben bien todos los editores, libreros y críticos argentinos.

Que el núcleo no esté formado por aristócratas verdaderos no es obstáculo para que obre a manera de aristocracia. ¡Al contrario! En Francia, la nobleza de Imperio, menos segura de sus títulos que la antigua nobleza, es mucho más exigente, remirada y rigurosa en sus códigos. Y el que, en el duelo de clases, usted tome partido por la periferia contra el núcleo —aparte de que confirma la verdad del fenómeno— no es razón para que usted ataque una definición objetiva de un estado de cosas que estoy muy lejos de recomendar como el mejor. Yo he dicho claramente que la supremacía del núcleo es un "milagro cívico", el cual "si la clase privilegiada diera en abandonarse, no podría mantenerse ya por muchos años". Y poco antes (y allí es donde aparece la inofensiva metáfora de Roma) escribí estas palabras que debieron merecer toda la simpatía de usted: "Creo honradamente que todavía a orillas del Plata tiene que liquidarse la cuenta histórica que ya conocemos por el ejemplo de Roma: el duelo entre los patricios y el pueblo de procedencia extranjera, que acaso acabe por dar otro carácter inesperado a las nacionalidades del Sur." (Usted, por su caso personal, viene a ser como un profeta y predicador de esta metamorfosis.) Y añado después que en este sentido deben interpretarse las afirmaciones de Keyserling sobre que hay, en la Argentina, un estado de revolución sin violencia. Finalmente, que el núcleo no sea, visto de cerca, una cosa estática, sino que haya entre él y la periferia un cambio incesante de sustancia, en nada le quita su realidad geométrica —dinámica también— de núcleo.

A lo largo de sus artículos, usted mezcla involuntariamente dos conceptos. Uno es el que acabo de tratar. Otro, completamente distinto, es el concepto de que la Argentina es una idea en marcha, una invención de unos cuantos intelectuales, una forma mental que la materia prima de la his-

toria se encarga de henchir a lo largo del tiempo. Y aquí —según creo entender— es donde sobre todo nos reconoce usted a Ortega y a mí como víctimas de toda la tradición literaria, jurídica y pedagógica de la Argentina, que, según usted, está equivocada en este punto. Sólo hallan gracia a los ojos de usted unas contadas páginas de Alberdi, de José Manuel Estrada y de Ramos Mejía, ¿no es eso? Usted mantiene que la Argentina se ha hecho "a la buena de Dios" y *a pesar* de sus directores. Estas valientes palabras adquieren todo su alcance relacionándolas con estas otras, que entresaco de *La Literatura Argentina* y de *Nosotros:*

> ... ese verbo que no logra encarnarse, ese fracaso constante de una cultura que quiere desesperadamente realizar, crear, inventar la Argentina... Yo no sé qué fatalidad quiere que la Argentina se tenga que formar sin la colaboración de la inteligencia, de la idea... Y no es que crea en la superioridad de las masas en general; creo en los héroes, y creo que los intelectuales gobiernan al mundo, como dice De Man. En todo el mundo, menos en la Argentina, país olvidado de la inteligencia.

Usted me permitirá que lo consuele con una palmadita en el hombro, con un guiño significativo, y que no lo siga por este sendero.

Pero, piense usted lo que quiera de sus paisanos, ¿por qué me mezcla en esta guerra? ¿Por haber dicho que la Argentina *parece* la encarnación del verbo y el triunfo de la voluntad de los grandes hombres de la generación romántica? ¡Pero si ya se sabe que estas cosas nunca pueden ser absolutas en la naturaleza ni en las sociedades! ¿Y el empleo del verbo *parece* no le pone a usted sobre aviso respecto a mis buenas intenciones? Yo no me opongo a admitir que ese grupo intelectual haya sido sólo la expresión del oscuro instinto popular de que usted habla. (Y conste que esto es también una manera de hablar.) Pero sin esa expresión, aquel instinto nunca hubiera pasado de la potencia al acto. Aquí no hay nada de "logos" ni "metafisiqueos" inoportunos. Y si más adelante hablo de un pueblo "fundado sobre las cabezas de los hombres", no me refiero ya a lo mismo, sino a ese imperativo de construcción nacional que, en buena hora,

parece orientar todos los actos del argentino, aun cuando en los casos de vulgar exageración lo lleve a considerar como afrenta una derrota en un deporte. Lo mismo pude haber dicho "fundado en el querer o el anhelo de los hombres". Se trataba sólo de subrayar la parte de iniciativa humana, en lucha con un ambiente que, a la hora de la creación nacional, aparece un tanto desolado.

Usted es hijo de extranjeros. Y, según lo explica en cierto elocuentísimo párrafo de *La Vida Literaria,* pertenece usted a esa generación de hombres criados en hogares extranjeros, que ven ya la Argentina como cosa propia y que, al asomarse a la edad adulta, piden a los directores intelectuales de su nueva patria que les den una fórmula ya hecha, fácil y prontamente asimilable, de lo que es la Argentina. En vez de esta fórmula, usted encuentra que la tradición intelectual argentina sólo le da una escasa imitación de Europa. (¿Pues qué se esperaba usted, tras un siglo, apenas, de autonomía?) Y entonces usted se desespera, y acusa de europeizante y descastada a la laboriosa generación que le ha precedido. ¡Sin pensar que esta generación ha debido trabajar con los instrumentos de la cultura europea, únicos que hasta entonces se encuentran en plaza, aun para atacar a la misma Europa y penetrar en los misterios de la India! Tampoco piensa usted que, sin esa generación de europeizadores de América, nunca se hubiera obtenido la cosecha de los actuales americanizadores de América o que aspiran a serlo. Las culturas no se improvisan: quieren tiempo y abono, como toda semilla, para llegar a fruto. Nuestros pueblos han tenido que perder muchos años en desequilibrios intestinos. "Primero ser que filosofar", dice el proverbio lógico. La desesperación de usted es noble y patética. Pero usted cree que ella autoriza, a los que se encuentran en las condiciones de usted, para entregarse a la cómoda deturpación de lo que otros hicieron (*hicieron,* que no *proyectaron* o simplemente reclamaron que les dieran ya hecho). Y cree también que tal estado de ánimo autoriza a convertirse en una generación "colérica, indisciplinable y sistemáticamente negativa". (Son las palabras mismas de usted.) Yo a esto sólo puedo contestarle que pertenezco a un pueblo entregado con singular

y visible esfuerzo a la renovación de sus módulos de vida y a la busca de su sentido autóctono o, por lo menos, autonómico; y que me es muy grato —aunque no sea cómodo— el tener que hacer la investigación por mi cuenta, y muy placentero saber que ha de llenar mi existencia ese hermoso afán. Es bueno merecer las patrias, ganarlas, conquistarlas. Vamos, señor y amigo: felicitémonos de que no se haya inventado hasta hoy un comprimido Bayer que nos permita ingerir, de un trago, toda la conciencia nacional. Usted me entenderá: usted que ama muy de veras, y hasta rabiosamente, a su noble tierra argentina.

Monterrey, *Ríojaneiro, VIII-1930.*

MÉXICO EN UNA NUEZ

I

LOS AZTECAS, raza militar, dominaban por el terror a un conjunto de pueblos heterogéneos, y sólo escapaban a su imperio los muy alejados o los muy bravos, como la altiva república de Tlaxcala, cuyos hijos preferían cocinar sus alimentos sin sal a tener trato con los tiranos de Anáhuac. Los aztecas vivían sobre los despojos de civilizaciones vetustas y misteriosas, cuya tradición ellos mismos habían comenzado a no entender, vaciándola poco a poco de su contenido moral.

Los pueblos americanos, aislados del resto del mundo, habían seguido una evolución diferente a la de Europa, que los colocaba, respecto a ésta, en condiciones de notoria inferioridad. Ignoraban la verdadera metalurgia y desconocían el empleo de la bestia de carga, que era sustituida por el esclavo. Celebraban contratos internacionales para hacerse la guerra de vez en cuando, y tener víctimas humanas que ofrecer a sus dioses. Su sistema de escritura jeroglífica no admitía la fijación de las formas del lenguaje, de suerte que su literatura sólo podía perpetuarse por tradición oral. Ni física ni moralmente podían resistir el encuentro con el europeo. Su colisión contra los hombres que venían de Europa, vestidos de hierro, armados con pólvora y balas y cañones, montados a caballo y sostenidos por Cristo, fue el choque del jarro contra el caldero. El jarro podía ser muy fino y muy hermoso, pero era el más quebradizo.

La sensibilidad artística de aquel pueblo todavía nos asombra. Y sus herederos, mil veces vencidos por regímenes que parecían calculados para arruinarlos, dan todavía ejemplo de primososas aptitudes manuales y un raro don estético. Pero también el caníbal sabe trazar sobre su cuerpo tatuajes que no igualaría cualquier civilizado. La civilización se hace de moral y de política. El don del arte, como el don de amor, es otro orden libre y sagrado de la vida.

Gran mente política, Cortés jugó de intrigas y ardides, abusó del respeto que el indio concedía siempre al que se decía Embajador, y como Embajador vino a presentarse para que le abrieran todas las puertas; se aprovechó de la superstición que lo hacía aparecer como emisario de los Hijos del Sol (verdaderos amos del suelo mexicano que, según los oráculos, un día volverían a reclamar lo suyo), y amparado por la feliz aparición del cometa, triunfó sin lucha en el ánimo asustadizo del Emperador Moctezuma, que así se portó ante él como el Rey Latino, en la *Eneida,* a la llegada de Eneas, el hombre de los destinos. Y todavía sacó partido del pavor que causaba en el ánimo de los indios la sola presencia de las tropas españolas, haciendo pasar por dioses a los caballos y por centauros a los jinetes. Finalmente, Cortés movilizó, contra el formidable poder central, los odios de los cien pueblos postergados. Y así, bajo las inspiraciones de Cortés, los indios mismos hicieron —para él— la conquista del Imperio Azteca.

Sin la debilidad fundamental de aquellas civilizaciones ya arruinadas, y sin este juego de circunstancias genialmente puestas al servicio de la empresa, ésta hubiera sido irrealizable. No sólo moral, sino numéricamente irrealizable. ¿Unos centenares de hombres y unas docenas de caballos lograron tamaña victoria? Oh, no: como en la *Ilíada,* todas las fuerzas del cielo y de la tierra tomaban parte en el conflicto.

II

Los pingüinos que San Mael bautizó fueron convertidos en hombres por dictamen del cielo: había que salvar el honor del sacramento. La Iglesia, con todo, tiene piedad del que los más torpes se inclinaban a considerar como bestia o como engendro diabólico. El indio, por lo menos, pasa a la categoría de menor, de ser elemental, y se le admite a los beneficios del catequismo y del bautismo. El conquistador, violento y codicioso, tiende a pagarse en tierras y en almas sus servicios a la Corona. La Iglesia tiene encargo de sujetarlo en lo posible, y de salvar así los rebaños de indios para irlos reduciendo a la verdadera vida cristiana. Habi-

tuadas a vivir en un comunismo agrícola, las poblaciones rurales se ven divididas por el conquistador en reparticiones y encomiendas. La repartición del suelo era la cruel verdad, la encomienda de almas era el eufemismo sangriento. Y la Iglesia se lanza a proteger a las poblaciones indígenas: cuida sus tierras, y junta en el atrio a las familias espantadas.

De tanto cuidar tierras y familias, acaba por quedarse con ellas, convirtiendo en huerta de la iglesia todo el campo y alzándose como un señor más que desafía el poder de los señores laicos y hasta contrarresta la autoridad de los virreyes. Ya en tiempos de Felipe IV se habla en los consejos de ministros de arrancar a la mano muerta eclesiástica las tierras de la Nueva España, porque el estancamiento de aquella riqueza se vuelve amenazador: la Colonia tiene un quiste en el seno que se la va comiendo toda. Carlos III se distrae con el Pacto de Familia y las luchas de Europa, y así, aunque expulsa a los jesuitas, no ataca la realidad del problema económico. Cada vez se siente más la necesidad de no tolerar que nazca un Estado dentro del Estado.

Durante tres siglos las razas se mezclan como pueden, y la Colonia se gobierna y mantiene por un milagro de respeto a la idea monárquica y por sumisión religiosa a las categorías del Estado. Porque la Metrópoli casi no desarrolló sobre América otra fuerza que la espiritual, desprovista como estaba de un poder naval que correspondiera a la inmensidad de sus conquistas, y hasta desprovista de ejércitos americanos que sólo se improvisaron a última hora. Entretanto, sordamente —los indios abajo, los españoles arriba y en medio los criollos señoriales y soberbios y los mestizos astutos y sutiles—, se engendra el nuevo ser de una patria.

Cuando sobreviene la guerra napoleónica en la Metrópoli, los caudillos liberales de la Nueva España, inspirados en la filosofía de la Revolución Francesa, se lanzan a la independencia. Si ellos no llegan a hacerla —dice Justo Sierra— es posible que la Iglesia hubiera provocado la revolución, amenazada como se veía ya por la Corona. Y, en todo caso, es muy significativo que aparezcan, entre los caudillos insurgentes, tantos eclesiásticos de aldea.

III

La noche del 15 de septiembre de 1810, el Cura del pueblo de Dolores, Miguel Hidalgo y Costilla, convocó a sus feligreses a toque de campana y se lanzó a la lucha contra el régimen español y en pro de la independencia nacional. De aquellos vecinos amotinados, de aquel montón de hombres empujados por una fiebre divina, mal armados con picos y hachas —cada uno como podía y con los instrumentos del azar—, surge el primer gran ejército de la independencia; ejército que llegará a ser formidable, y que sólo se detendrá en el Cerro de las Cruces, ante quién sabe qué fuerzas o qué consideraciones misteriosas y ya a punto de caer sobre la ciudad de México, donde parece que tenía seguro el triunfo. A la majestad de la Historia no siempre conviene el que los grandes conflictos encuentren soluciones fáciles.

La noche del 15 de septiembre, en recuerdo del hecho humilde y memorable, el Presidente de la República congrega al pueblo en la Plaza de Armas de México, frente al Palacio Nacional, sobrio y majestuoso edificio revestido de dolor y de historia; tañe la misma campana con que el Cura Hidalgo dio la alerta al corazón de la patria, y repite el grito ritual: "¡Viva México libre e independiente!" Las escenas de regocijo y fiesta que entonces se desarrollan, en medio de la gritería y las iluminaciones nocturnas, son uno de los rasgos más pintorescos de la vida popular mexicana, y han tentado a todos nuestros novelistas de costumbres. Un hálito de las antiguas panegirias parece volar sobre la hermosa ciudad.

Este motín del pueblo de Dolores, este hecho —uno de tantos, uno entre varios— ha venido, por diversas circunstancias históricas, a ser considerado como el símbolo de la independencia, la cual sólo fue consumada diez años más tarde, en 1821, por el Coronel Agustín de Iturbide. En tanto que los liberales de México insisten en la representación histórica del Cura Hidalgo, caudillo popular, verdadero Padre de la Patria, los conservadores insisten en la importancia innegable de la obra de Iturbide —criollo aristócrata— como consumador de la independencia nacional. Pero Iturbide

desvirtuó el brillo de su personalidad por haber caído en el error de erigirse más tarde Emperador de México. Efímero Imperio el suyo, sin justificación histórica ni arraigo ninguno en los sentimientos populares. Hidalgo queda con el alto prestigio del martirio por una noble causa; la cual, en su tiempo, era más difícil de defender que en tiempos de Iturbide.

Naturalmente que, en los orígenes de la emancipación, obran de consuno muchas fuerzas. Los fenómenos sociales son muy complejos, y las guerras y las revoluciones —estos movimientos acelerados— puede decirse que van depurando sus motivos y sus propósitos a medida que adelantan. Los pueblos empuñan las armas por instinto, y muchas veces no descubren cuál era su verdadero anhelo y la causa principal de sus inquietudes y malestar sino algunos años después. Así acontece con la Revolución mexicana de 1910, que parecía en un principio movida por el solo afán de expulsar a un hombre aferrado al mando más de lo que parecían consentirlo las mismas leyes naturales. Pero, removidas violentamente las entrañas del pueblo, empezaron a dar de sí todos los ocultos y graves problemas que tenían escondidos y que derramaban por todo el cuerpo de la nación un dolor incierto y persistente: justicia social y dignificación del trabajo, equitativa repartición del campo, la incorporación de la raza india a la vida civilizada y a las felicidades del bienestar, defensa frente a pueblos potentes que a veces nos han amenazado en su ciego ensanche natural; problemas, en suma, de intensa educación, a que se reducen todos los otros. Así también, en nuestra lucha por la independencia, se nota —en el fondo— el impulso claro hacia la autonomía política; pero este impulso aparece al principio enturbiado por muchos otros impulsos accesorios, que comenzaron colaborando con aquél y luego se fueron desvaneciendo.

El clero mexicano, clero campesino, clero humilde, cansado de soportar siempre en los altos cargos a los personajes de la aristocracia eclesiástica española, también veía su ventaja en el movimiento de la Independencia. El mismo Hidalgo procede de esta clase social.

Por otra parte, la Iglesia, como hemos dicho, veía con

desconfianza las tentaciones de desamortización que se habían infiltrado en los consejos de la Corona Española.

Finalmente, los conservadores y absolutistas de México soñaban con ofrecer a Fernando VII un trono mexicano, independiente de España y limpio de Constitución; pues recordemos que ya el liberalismo español, para esa fecha, había recortado a Fernando VII los poderes absolutos, mediante la Constitución de Cádiz. Ante este solo aspecto de la cuestión (que tiene su equivalente en las demás Repúblicas), los paradojistas han querido demostrar que la Independencia de la América Española fue obra de los monárquicos. Tanto monta decir que el fuego —cosa tan grande y tremenda como el fuego— es un elemento que tiene por objeto encender cigarros.

IV

La ciencia no nos deja mentir. La verdadera independencia no existe mientras quedan resabios de rencor o de pugna. La verdadera independencia es capaz de amistad, de reconocimiento, de comprensión y de olvido. España fue grande; tan grande, que conjuró contra ella todas las voluntades, y de aquí nació la Leyenda Negra. El régimen español compartió todos los errores filosóficos de su tiempo. Otros imperios cometieron faltas iguales o peores, pero estaban —como menos grandes— menos a la vista del mundo. Dice un refrán griego: "El desliz del pie de un gigante es carrera para un enano."

El hecho español era tan fuerte, tanto pesaba sobre la tierra la mano de España, que sus menores actos aparecen agigantados; y singularmente a los ojos de otros pueblos, entonces menos afortunados, que se contentaban con perseguir por el mar a los galeones españoles cargados de oro, o con recoger, bajo la mesa imperial, los relieves del festín español.

La verdadera censura que admite el régimen español está en que España nunca tuvo fuerzas para sujetar su poderío colonial; en que no supo explotar cuerdamente, con buena ciencia de mercader, a sus colonias, sino que se enloqueció fantásticamente con ellas, se entregó a ellas, se fue hacia ellas desangrándose visiblemente, y en vez de crear esas gran-

des factorías comerciales que engendran los imperios del siglo XIX, produjo naciones, capaces de vida propia al grado que supieron arrancarse a la tutela materna. ¡Culpa feliz por cierto!

Ningún mexicano puede recordar sin gratitud los afortunados esfuerzos que representan las Leyes de Indias, donde los hombres de hoy en día buscamos inspiraciones en la campaña para defender al indio, para salvaguardar los ejidos o propiedades comunales de los pueblos, y hasta para afirmar el dominio eminente del Estado sobre el subsuelo nacional —siempre inalienable según los principios latinos que han dado al mundo su conciencia jurídica.

No: la independencia —en el sentido más profundo y verdadero de la moral y de la política— podemos decir que se ha hecho, por lo menos, tanto contra un Estado como contra un pasado. Y a veces me parece que más bien esto último. De modo que las independencias americanas y la instauración de la República en España son dos tiempos paralelos de la misma evolución histórica. A unas y a otra las gobierna y las justifica igual filosofía. No era todavía independiente el hispanoamericano que aún maldecía del español. En la varonil fraternidad —que no se asusta ya de la natural interdependencia—, en el sentimiento de amistad e igualdad se reconoce al independiente que ha llegado a serlo de veras.

V

¿Destetaríais a un niño con ajenjo? Pues he aquí que las Repúblicas Americanas nacieron bajo las inspiraciones de una filosofía política que, realmente, es una filosofía política para adultos. De la monarquía absoluta y teocrática, y del gobierno unitario y central, que siempre habían sido las formas de la política mexicana, antes y después de la Conquista, pasamos a los Derechos del Hombre y a la Constitución Federal. Mucho tiempo viviremos como prendidos a la cola y arrastrados por el carro ligero de un ideal que no podemos alcanzar. No educado el pueblo para la representación democrática, ajeno todo nuestro sistema de costumbres al trabajo de la máquina federal, no preparado el indígena

para hombrearse con el señor blanco poseedor de haciendas y dueño de influencias en la ciudad...

Las ideas importadas de Francia y de los Estados Unidos se convierten en la gran aspiración de todos, aun de los que no las entienden. En vano Fray Servando Teresa de Mier (célebre Discurso de las Profecías) augura a la patria todos los males que le vendrán de querer adoptar normas ajenas a su idiosincrasia y a su historia. La idea jacobina, liberal e individualista es la más fuerte. Y por entre el duelo de federalistas avanzados y centralistas retardatarios, como deshaciendo a puntapiés una telaraña de mentiras, avanzan las botas fuertes de los caudillos, cada uno dispuesto a ser Presidente contra la voluntad de los otros. En el primer instante, Iturbide se dispone a más: a ser Emperador. Gran confusión, gran enseñanza.

Como fuere, el duelo de liberales y conservadores va creando un ritmo de vaivén que cada vez se parece más a un latido, a una circulación coherente, a la respiración de un ser ya diferenciado, ya en proceso de organización. La cara del nuevo pueblo se va dibujando a cuchilladas. Las cicatrices le van dando relieve. Y en esto se gasta la primera mitad del siglo.

VI

Vencidos por el momento los conservadores, y amenazada de desamortización la Iglesia (conflicto que se volvió herencia), algunos engañados cometen el imperdonable error de pedir a Napoleón III la fundación de un Imperio en México. Quieren acabar de una vez con las utopías liberales, poner término a la anarquía y delegar la nacionalidad en manos más expertas, salvándola así (según ellos pensaban) de los nacientes riesgos que suponía la vecindad de un pueblo poderoso en el Norte. Entonces acontece algo comparable al reventar de un absceso interno. Los malos humores se van al torrente de la sangre y hacen daño por todas partes. Pero a veces —y así sucedió entonces— logra el cuerpo eliminarlos e irlos expulsando.

Los conservadores, a efectos del rencor reciente y aunque entre ellos hubiera patriotas y hombres de buena fe, pa-

saron a la categoría de ofuscados, de cómplices del invasor. Y los liberales, en el primer instante aplastados, se alzaron de pronto con la representación genuina y congruente de la nación, con el sentido claro de sus responsabilidades y del único camino posible. En la mente del salvador de la República, Benito Juárez, o más bien en su voluntad, se calienta y modela definitivamente el metal de la patria, hasta entonces mezclado e informe. De allí sale ya hecho una espada.

Juárez ha sido censurado. La censura afecta unas veces a pequeñas particularidades que aquí no importan. Nos importa la censura cuando se refiere al conjunto de su obra, a su orientación general. Tal censura procede, en unos casos, por la senda que llamamos pasión. En otros, por la senda que llamaremos, mejor que acción, inercia. El resultado de estas censuras es el ofuscamiento de la evidencia en la historia. El efecto sobre la cultura política es la desmoralización. Me explicaré sobre estos conceptos: pasión, inercia, evidencia, desmoralización.

Pasión: Ni siquiera uso de la palabra con intención agresiva. La pasión ofrece una integración de estímulos humanos que, si no es conscientemente aviesa, merece algún respeto. A quienes no participan de la filosofía política de Juárez les reconozco el mismo derecho de examen que para mí propio reclamo. Pero estimo que los apasionados, aunque están muy en su terreno cuando *lamentan* la dirección que Juárez imprimió al movimiento nacional, se extralimitan —y por aquí niegan la *evidencia*— cuando olvidan que el camino abierto por Juárez era, en sus circunstancias, el único que se ofrecía a la salvación de México. No discuto principios, señalo hechos.

Inercia: Ante la *evidencia* que acabo de señalar, opera la inercia del espíritu. Una de las formas más disimuladas y agudas de la pereza mental es la incomprensión, ciega y por arrastre adquirido, ante las cosas obvias; la incapacidad de objetivación; la impotencia de los resortes lógicos ante los hechos que deben aceptarse como hechos. El afán de originalidad —risible en el fondo— provoca secundariamente este error del espíritu. Antes dije: los adversarios pueden

lamentar, no *negar*. Ahora digo: por inercia, y secundariamente por extravío paradójico, algunos no se conforman con *no admitir*, y quieren que se entienda la historia —al modo del cómico personaje de Pérez Galdós— no como fue, sino como ellos juzgan que debiera haber sido. ¡Claro! ¡Ojalá no hubiera habido duelo entre liberales y conservadores! ¡Ojalá no hubiera habido intervención extranjera!

El concepto de *evidencia* queda ya de paso establecido. El de *desmoralización* se reduce a considerar el funesto efecto que tiene para la educación cívica el escatimar el reconocimiento al austero gobernante que salvó a la patria.

VII

Recapitulemos. Nadie ha visto un río en formación, cuando todavía no tiene hecho el caudal ni ha optado por un cauce definitivo. Pero la historia es mucho más veloz que la geografía, y podemos apreciar mejor, en la perspectiva del recuerdo, los pasos incipientes de una nación, sus tanteos hacia la autonomía primero, y luego sus crisis y convulsiones hacia la conquista de las libertades cívicas.

Los precursores sólo pensaban en ofrecer al Rey de España un trono saneado de todas las "peligrosas novedades" que el liberalismo francés importó a España. Esa entidad nueva que apareció en las Cortes de Cádiz, el Pueblo Español, ¿qué tendría que ver con la Nueva España? No: la Nueva España dependía del Monarca. Si la Vieja España le ponía al Monarca cortapisas, había que arrancar a México de la Metrópoli europea, y ofrecérselo, en toda su pureza de dominio absoluto, al Hombre de Derecho Divino.

Un instante después, todo ha cambiado: Hidalgo, el Padre de la Patria, ha concebido ya el ideal de una nación libre, y en este empeño lucha y perece. Morelos lucha y perece en plena batalla por la remodelación social. Y cuando Iturbide —un instante más— parte con la espada el nudo gordiano, la nación andaba todavía tan primeriza, que se deja coger en la trampa de un sueño imperial y aventurero.

Pero un secreto instinto —como esa honda gravitación que gobierna el curso del agua y junta los racimos de afluen-

tes para ir engrosando el río y perfilando su trayectoria sobre el suelo—, un secreto instinto dice al oído del pueblo que, una vez traspuesto el gran obstáculo, una vez hecho el gran sacrificio, lo mejor es atreverse a la fórmula última y más promisoria de las libertades nacionales. Y es la República. Y empieza a crecer la República, entre el vaivén, el tira y afloja de los que insisten en la tradición por un lado, y los que insisten en la esperanza, por el otro. Este vaivén inevitable —más aún: indispensable— hace veces de circulación, y anuncia la viabilidad del nuevo ser político. Pero, en sus orígenes, suele perturbarse, enredarse en arrepentimientos y asfixias, embarazar al embrión y, en ocasiones, matarlo.

Hubo un día en que este vaivén de liberales y conservadores estuvo a punto de matar a la joven República. Y Juárez aparece entonces como ese último punto providencial en que se refugian la vitalidad y la conciencia del ser en peligro. La nación se reduce a las proporciones del coche en que Juárez peregrinaba, salvando las formas del Estado. Juárez-Eneas: Juárez, el hombre que sale del incendio. Segundo Padre de la Patria, pero ya con la experiencia adquirida por las vicisitudes de medio siglo. En aquel inmenso "borrón y cuenta nueva" que le toca llevar a cabo, traza el cauce por el que habrá de correr el río, y abre una era definitiva en nuestra historia. Por primera vez una conciencia hizo tabla rasa de los hechos amontonados por la casualidad, y comenzó a reedificarlo todo con un plan seguro, con un propósito inquebrantable. Ahora ya no es la naturaleza ciega: ahora es la inteligencia humana. De la frente de Benito Juárez salta la imagen alada de la República.

Y cuando esta hija del espíritu, con los años y con el bienestar mal administrado —"materialismo siglo XIX"—, eche carnes, se aburguese y amenace perder la buena economía del cuerpo y del alma, por causa de la vida antihigiénica, entonces habrá que someterla valientemente a una vida ascética y gimnástica, a una revolución como a una intervención quirúrgica; habrá que devolverle la línea, y ponerla —como hoy se dice— a régimen: a un Nuevo Régimen, que no lo sea solamente de dientes afuera.

Las Leyes de Reforma y la Constitución del 57 quedan

como huella escrita de aquel duelo definitivo entre liberales y conservadores. Leyes y Constitución que eran todavía poca cosa para lo que faltaba hacer, pero que hicieron posible —respetadas hasta cierto punto, sorteadas a veces con maña y a veces con fuerza— un alto en el camino. Este alto, sueño reparador del cuerpo después del sobresalto sufrido, fue la Paz Porfiriana.

Por lo demás, Hidalgo, Morelos, Juárez, tienen todavía mucha faena por delante. No se han quitado todavía las botas de campaña.

VIII

Cambia la escena. Paz, estabilidad y bálsamo adormecedor para las heridas de la Patria. Gran respeto de las apariencias legales. Espíritu de conciliación para con los antiguos adversarios, conservadores y demás representantes de los llamados intereses. Concentración del poder en una sola voluntad superior, pero animada de intachable amor al país, y tan independiente y laica que no necesitaba descender a extremos groseros.

Dogmas de la época: 1º La paz ante todo, la paz como fin en sí, por cuanto ella presupone e implica, incluso la domesticación de ciertas salubres inquietudes. ¿Maña y fuerza? Siempre la usaron los gobiernos. ¿Sangre? Mucha más ha corrido antes y después. 2º "Poca política y mucha administración"; es decir: aplazar lo más posible ciertas cuestiones teóricas y atender a lo inmediato y práctico, pero en una esfera muy restringida. El pueblo ha nacido para ser gobernado por los financieros, por los "científicos", como ellos se llaman. 3º La noción del Extranjero como idea-fuerza: que el Extranjero nos vea con buenos ojos, que el Extranjero se sienta a gusto entre nosotros y nos dé su crédito y su confianza, puesto que el marchamo internacional viene de afuera. Es la teoría de que la patria se debe modelar por sus contornos, y no nacer de sus propias entrañas. Es la teoría centrípeta, y no centrífuga, de la patria. Es el concepto del Positivismo Evolucionista, que privaba en las escuelas públicas de entonces: el ser es un producto del medio; en consecuencia, el signo de que el ser posee las condiciones de

vida consistirá en que el medio ambiente le otorgue su aprobación; consistirá en que el mundo extranjero se deslice y circule en torno al país como acariciándolo. (Aquel desperezo del nacionalismo, a la hora de la Revolución, nacionalismo que hasta tomaba aires agresivos por momentos, se explica, en parte, como una reacción contra esta mitología del Extranjero.) Y los capitales extranjeros acuden, el crédito del país se levanta y, más o menos vinculadas con la oligarquía de los "científicos", las clases privilegiadas de todo el país —que son las que dejan oír su voz, porque el pueblo gruñe en voz baja o no entiende que sus males provengan de ningún error político— comienzan a disfrutar una era de bendiciones. Y todos olvidan que la primera necesidad de un pueblo es la educación política. El gran caudillo, héroe de cien batallas y, ahora, héroe de la paz, se encarga de las conciencias de todos. Hasta la moral de los individuos va a apoyarse en sus decisiones. Los padres le llevan al hijo calavera para que lo asuste o, si hace falta, lo mande a la campaña del yaqui. Los Estados de la República vienen a ser circunvoluciones de su cerebro. "Me duele Tlaxcala" —dice—, y se lleva la mano a alguna región de la cabeza. Y una hora después, como traído por los aires, el gobernador de Tlaxcala está temblando frente a él.

¿Cómo puede haber, después de este ejemplo —magno y asombroso si los hay, porque Porfirio Díaz era hombre de talla gigantesca—, cómo puede haber quien todavía predique entre nosotros doctrinas fundadas en el abandono de la educación política? Por encima de la buena voluntad de un hombre, el capital había venido a ser una fuerza de exclusiva explotación, una energía irresponsable y mecánica, una economía de lucro y no de servicio. Y ello deshace a las naciones y entristece el trabajo.

El tiempo hizo su obra: el dormido comenzó a agitarse. El cuerpo intervenido se recobró del marasmo, y el alma —hasta entonces indecisa— comenzó a clamar por sus derechos. El caudillo, envejecido, había hecho su obra y no supo retirarse a tiempo: al tiempo en que afloraban problemas que, en verdad, ya no le incumbían, ya no pertenecían a su representación del mundo. El viejo cree estar rodeado de sus

semejantes, y está solo: un muro de cristal lo separa ya de las cosas, un abismo de tiempo, una dimensión matemática imposible de burlar. La menor palabra indiscreta, un vago ofrecimiento sobre la conveniencia de dejar al pueblo ensayar por su cuenta unas elecciones, y el ánimo del país se desperezó y empezó a conmoverse como una tormenta. Aquel gigante que supo salir airoso de tan graves faenas no acertó en crearse un sucesor, sin duda estorbado por los inevitables malos hábitos de la dictadura. Expulsar al viejo Presidente parecía ser el problema de la Revolución, y resultó lo más sencillo. Como siempre que se intenta apuntalar la tierra para evitar un terremoto o sacar cubas de lava para evitar la explosión de un volcán, aquello de dar por hecha una Revolución con sólo la renuncia de un Presidente fue una quimera.

Sobrevinieron acciones y reacciones. El antiguo ejército no quería darse por vencido sin combatir. La oligarquía de los intereses y todas las fuerzas afines y conservadoras se resistieron. Y tras el golpe de mano de Victoriano Huerta, la verdadera Revolución, que había marchado de Norte a Sur, con Madero, entre aclamaciones y banderas, volvió a emprender igual camino con Carranza, pero ahora entre sangre y fuego.

La Revolución triunfa en un instante. La obra de Carranza se gasta en someter a sus propios caudillos y a sus generales de azar. Así se explica que, obligado a gobernar como combatiente y fuera de las normas constitucionales, no supiera distinguir el momento en que ya la popularidad verdadera señalaba a su sucesor. Quiso aplastarlo como a otro sublevado más, y cayó víctima de su engaño.

La Revolución llevaba diez años de buscarse a sí propia. Era mucho el malestar del hombre que despierta después de un largo sueño. Había que enderezarlo todo, y era natural acudir a todos los remedios de la esperanza política: fórmulas de socialismo obrero y de socialismo agrario, sistema de corporaciones y sindicatos, recetas para la repartición del campo y para la reglamentación del trabajo en las ciudades. Y sobre todo, escuelas, escuelas. Una gran cruzada por la enseñanza electrizó el ánimo de la gente. No se ha visto

igual en América. Será, en la historia, el mayor honor de México.

A partir de 1920 se vislumbra más clara la marcha de la reconstrucción nacional, y los gobiernos se suceden de un modo continuo. Los levantamientos fracasan, y cada vez los capitanean figuras de menor relieve. La aplicación de los nuevos preceptos constitucionales da lugar a tanteos, conflictos, incomprensiones en el interior y en el exterior, que poco a poco se apaciguan y toman, aproximadamente, el paso de la ley.

Aquella efervescencia, aquel entusiasmo por lo nacional que ya señalamos, tuvo por causa, además de lo que llevamos dicho, el bloqueo práctico a que México se vio sometido durante la Guerra Europea, por no haber podido, en mala hora, definir su actitud, ocupado como estaba en la solución de sus propias luchas intestinas. Entonces hubo que sacarlo todo de la propia sustancia, y entonces el país se dio cuenta de sus grandes posibilidades genuinas. Fue como descubrir otra vez el patrimonio ya olvidado; como desenterrar el oro escondido de los aztecas, ¡aquella sugestiva fábula! ¿De suerte que todo esto teníamos en casa, y no lo sabíamos? Pero ¿habremos sabido de veras aprovechar nuestro tesoro?

Algunos nos han compadecido con cierta conmiseración. Ha llegado la hora de compadecerlos a nuestro turno. ¡Ay de los que no han osado descubrirse a sí mismos, porque aún ignoran los dolores de este alumbramiento! Pero sepan —dice la Escritura— que sólo se han de salvar los que están dispuestos a arriesgarlo todo.*

México, Ríojaneiro, IX-1930.

* Leído en Buenos Aires, Teatro Cine Rivadavia, festival de Amigos de la República Española, 3-XI-1937.

SOBRE LA REFORMA DE LA ORTOGRAFÍA PORTUGUESA

EL 30 de abril último, la Academia de Ciencias de Lisboa y la Academia Brasileña de Letras convinieron en un acuerdo ortográfico que tiende a simplificar la escritura de la lengua portuguesa, acercándola más a la fonética corriente. Las modificaciones convenidas son aplicables por igual a la pronunciación europea y a la americana. Ambos gobiernos se han manifestado conformes en adoptar las nuevas reglas, y ellas parecen llamadas a abrirse paso poco a poco, a pesar de la natural resistencia de las fuerzas conservadoras, aquí representadas por las costumbres individuales y por los generales hábitos de la imprenta. Naturalmente, no han faltado los comentarios chuscos, que parecen una fatalidad inseparable de todo intento de reforma ortográfica. En castellano, donde la simplificación ortográfica es ya grande, aún queda algo por hacer; pero desacreditan la causa, por lo mismo que provocan la reacción humorística, esos reformistas aficionados que se empeñan en sustituir la *c* fuerte por la *k*, sin querer darse por entendidos de que, para el lector de nuestra lengua, la *k* es una letra espeluznante. (Aquí hablamos de la escritura corriente o demótica, no del alfabeto fonético de los filólogos, que cede a otras necesidades.)

Un poeta —un gran poeta por cierto— ha adoptado algunas simplificaciones tímidas, como el empleo invariable de la *j* en vez de la *g* fuerte. La consecuencia de esta regla debiera ser la supresión de la *u* muda después de la *g* débil, pero él no se ha atrevido a agotar las consecuencias de su sistema. Y su timidez ha quedado descubierta a las claras, cuando cierto crítico vino a objetarle: "Daré crédito a tu reforma, si te atreves a escribir *ombre* sin *h*. Confiesa, además, que una *virjen*, así con *j*, ha dejado de serlo."

De todos modos, la labor de simplificación se continúa en nuestra lengua de un modo consuetudinario y fuera de todo dictamen de los gramáticos. Es así como aumenta cada

día el número de los que escriben *suscritor* en vez de *subscriptor*. El corrector de imprenta, guardián de las normas, todavía se opone. Unamuno cuenta por ahí que, habiendo escrito en uno de sus libros la palabra *oscuro*, la imprenta le envió las pruebas con la corrección "*obscuro* ¡ojo!" A lo que él contestó, quitándole a la palabra la letrilla pedante y etimológica: "*oscuro* ¡oreja!" Porque, como lo hacía notar el académico brasileño Medeiros e Albuquerque en su regocijado discurso, ¿a qué viene esta superstición etimológica en tiempos en que un *negro*, vestido de negro, puede perfectamente ser *candidato?*

Al lado de estas reacciones normales contra la sencillez ortográfica, se dan las anormales o patológicas. Así la del falso cultista que se cree obligado a torturar la palabra mucho más de lo que exige la etimología, y se empeña en escribir *erudicción* y *expontáneo*, por ejemplo.

En las imprentas de Hispanoamérica, o no existe el corrector profesional o tiene menos autoridad de especialista que en España. El resultado de ello es cierta anarquía en la acentuación y en la puntuación, que reflejan más directamente el modo de escribir del autor. A veces, la anarquía va un poco más allá, protegida por las peculiaridades del habla americana, y sobre todo en los periódicos que se componen a toda prisa. En muchos diarios de cierta república, de cuyo nombre no quiero acordarme, abundan los casos del *atravezar*, así con *zeta*. Y si el andaluz se pusiera a escribir como habla, abundarían fenómenos como el que sorprendí en un mosaico viejo de cierta iglesia de Sevilla, donde a Santa Justa se la llama literalmente: *Santa Juta*.

La nueva ortografía portuguesa propone la eliminación de consonantes mudas (*cetro*, por *sceptro*); de consonantes dobles (*sábado* por *sabbado*), con excepción de la doble *ss: russo*, o de la *erre: carro;* eliminación de la *h* muda intermedia (*compreender* por *comprehender*), con excepción de los compuestos en que la *h* es inicial del segundo elemento: *inhumano*. También se elimina la *h* en ciertas formas reflexivas o pronominales del futuro y condicional de los verbos; y finalmente se eliminan la *s* del grupo *sc* (*sciencia: ciencia*) y el apóstrofo: *d'este: deste*.

En cuanto a sustituciones: la *k* y la *ch* con sonido fuerte quedan, como en castellano, sustituidas por la *qu* o la *c*, según el caso, salvo para las abreviaturas de *kilo* y para los derivados de nombre extranjero que llevan *k*: *kantismo;* la *w* se trueca por *u* o *v* según el sonido; la *y* por *i;* los grupos *ph*, *rh* y *th*, por *f*, *r* y *t*; la *z* final por *s*, salvo excepciones de nombres propios; y la *m* por *n* donde se ha caído la *p* etimológica: *pronto* en vez de *prompto.*

Hay, además, algunas uniformaciones para evitar la dualidad que la costumbre ha venido manteniendo en ciertas grafías, y hay algunas precisiones más sobre división silábica y acentuación; todo ello, orientado de conformidad con la verdadera lengua hablada.

Esta brevísima exposición basta para comprender que la lengua portuguesa se ha acercado más a la castellana. El viajero argentino que pasa por Ríojaneiro rumbo a Europa, y que quiere aprovechar las breves horas en tierra para mitigar su sed con el clásico refresco de coco, se sentirá más a su gusto cuando el "taxi" lo lleve, en la Avenida Río Branco, al *Café Simpatia,* porque aquello de *Sympathia* —escrito todavía en griego— le resultaba algo antipático.

La verdad es que los cafés y los comercios en general no parecen muy resueltos a adoptar las nuevas reglas, por razones de economía y también de rutina. Con todo, el paso está dado, y es un paso de aproximación. La red invisible de la lengua —una lengua, sin embargo, tan cercana y tan parecida a la nuestra— ha resultado una telaraña de acero lo bastante resistente para contribuir con eficacia a mantener la unidad de este inmenso continente metido dentro de otro: la nación brasileña. Acabada ya la formación del pueblo, la primera evolución nacional, la red se afloja ahora lo bastante para volverse permeable. Permeable hasta cierto punto, claro está. Siempre marcarán la frontera otros fenómenos morfológicos y sintácticos más profundos, y aun esas pequeñas costumbres de la lengua a que se refiere Ronald de Carvalho en una notícula sobre los traductores brasileños de Amado Nervo (véase *Monterrey,* nº 5). El poema de Nervo, *Cobardía,* ofreció a los traductores, en el primer verso, un escollo insuperable para un

brasileño: *Pasó con su madre.* "En portugués del Brasil —dice Carvalho— ningún poeta lírico se atrevería a escribir: *Passou com sua mae.* No hay extranjero que pueda imaginarse el sabor de ironía que brota del régimen de posesivo junto al nombre de *madre...*" Y concluye ingeniosamente: "He aquí una prueba física de que los dos idiomas fundamentales de la Península se parecen tanto, que no se equivalen. El teorema de las paralelas encuentra, aquí, la mejor demostración."

Y sin embargo, entre estas dos corrientes paralelas que, por definición, sólo podrían converger en el infinito, ha habido en todo tiempo un cambio de inducciones eléctricas que fomenta el caudal de ambas. Ved lo que acabo de encontrar en no menor purista que el riguroso y exclusivo Estébanez Calderón. El 16 de abril de 1851, cuando don Juan Valera, joven diplomático en servicio, vivía en Lisboa, Estébanez Calderón le escribe desde Madrid:

> Y a propósito le diré, si es que ya no ha caído en ello, lo útil que nos es la lectura de los buenos prosadores portugueses. Los *lusismos* sientan maravillosamente en nuestra lengua: son frutos de dos ramas de un propio tronco, que se ingieren recíprocamente para salir con nueva savia y no desmentido sabor.

El contacto con el habla portuguesa abre, en las palabras del escritor hispánico, canales de connotación que el tiempo comenzaba a azolvar, y desyerba algunas veredas olvidadas de la sintaxis.

Sur, *Buenos Aires, Nº 3, VIII-1931.*

LAS ESTATUAS Y EL PUEBLO

Los monumentos públicos dan pábulo a toda una literatura popular. Dichos, anécdotas y supersticiones brotan de ellos y viven después en la memoria de la gente. Así se producen por la calle esas corrientes y remolinos de pensamiento comparables a las aglomeraciones y ríos humanos que Jules Romains ha descrito en sus *Potencias de París*. Todo el mundo conoce, en México, las palabras más o menos procaces que se atribuyen a nuestras estatuas de la Reforma, al Cuauhtémoc, al Colón número uno —el de la Glorieta— y al Colón número dos —el de las Estaciones—. El folklore del Carlos IV —vulgo, Caballito de Troya— es copioso; anda en pliegos sueltos que cantan su peregrinación y sucesivos traslados a distintos sitios de la ciudad, y ha tentado la pluma de Díaz Mirón (uno de sus contados artículos en prosa, publicado en la *Revista Moderna)* y también la de Luis G. Urbina, a la entrada de la *Antología del Centenario*. Recientemente, Alfredo Escontría le ha consagrado un apéndice en su monografía sobre el Maestro Tolsá.

En torno al Manneken-Pis de Bruselas, hace años me fue dable juntar todo un expediente de grabados antiguos y sátiras populares, donde se ve que, de todo tiempo, la graciosa estatuilla —que se atreve hasta el último límite del pudor sin llegar nunca a rebasarlo— ha impresionado la imaginación de los honrados vecinos, quienes le dedican un verdadero culto público y la visten con variados trajes y uniformes en los días grandes de la ciudad. Por cierto que el muñequito de Bruselas tiene aquí, en Ríojaneiro, un delegado o representante que hace, como el modelo, función de surtidor; aunque el de aquí, a diferencia del de allá y a imitación de los buenos futbolistas, no usa de las manos. No frunzáis el adusto ceño: lo mismo hace el Ganimedes de Rubens, niño raptado por el águila, que se alivia del susto, desde las alturas del éter, como la naturaleza le da a entender. Y en un poemita del argentino Fernández Moreno, poemita que se lla-

ma precisamente *Surtidor*, encontraréis al recién nacido en igual trance, entre

el triple rollo de sus carnes nuevas.*

Recuerdo que, en Madrid, la mayor preocupación del pueblo con respecto a sus estatuas era que cada una se encontraba en el sitio que no le correspondía, en la plaza que llevaba el nombre de otro personaje diferente. Era cosa de pensar que la República vendría alguna vez a darles su lugar conveniente. Por lo menos, Lope de Vega —en ademán de detener un tranvía— estaba en la Glorieta del Cisne, hoy Glorieta Rubén Darío. Daoiz y Velarde, los Dióscuros o hermanos siameses de la Independencia Española, nos salían al paso donde menos los esperábamos. La Cibeles, en su carro de leones, inspiraba a la vez al pueblo y a los poetas eruditos —como que las dos clases siempre se han entendido. El Neptuno, según aseguran, esgrimía el tridente mitológico para dar una lección de urbanidad a la gente que se mete el cuchillo en la boca: "¡Se come con tenedor!", parecía gritar. E Isabel la Católica, en su cabalgadura y acompañada de venerables sacerdotes que le llevan la brida, se llamaba "La huida a Egipto". Y no es ocasión de repetir aquí lo mucho y bueno que se decía del "Castelar".

En La Habana, de un lado a otro del Parque Central, Martí, con el índice alerta, dicta a Alvear, el ingeniero español, lo que éste escribe en un libro abierto. En Buenos Aires, San Martín explica que no hay que meter el dedo en el ventilador, y Leandro Alem amenaza con un revés y dice, a lo compadrón: "¡Salí de ahí, que te pego un bollo!"

Da motivo a estas recordaciones la reciente inauguración de la estatua de la Amistad, en la Plaza Wilson. Esta estatua, obsequio de los Estados Unidos al Centenario del Brasil, en 1922, estaba desde entonces esperando lucir al sol. El propio año, México envió al Brasil la reproducción del Cuauhtémoc que desde entonces se admira en la Playa Flamenco, donde la Avenida Osvaldo Cruz arranca en busca de Botafogo. En dos extremos de la ciudad, y ambas cerca del mar, las dos estatuas —y acaso también el Explorador que

* Hay otro muchacho de la misma familia en un parque de Cuernavaca.

Chile, en igual ocasión, obsequió al Brasil— mantienen una conversación que algún día el humorismo carioca ha de poner en palabras. Entretanto, conformémonos con apreciar la inmensa distancia artística que separa a ambos monumentos. El sobrio Emperador mexicano parece una unidad de bronce, la realización de un ente de espíritu, que vive en la mente antes de vivir en la materia. La Amistad, muy convencional en la concepción y en la ejecución, se deshace en antenas y picos como una cosa informe, como un insecto sin realizar, que alargara masas desequilibradas y tentáculos aventureros. Naturalmente, la obrera anónima, la musa popular o como se quiera llamarla, ha comenzado ya a trabajar sobre la nueva estatua, envolviéndola en sus gracejos como en otra pátina u oxidación metafórica. Dejémosla hacer, y veamos por unos instantes lo que ha hecho con otros monumentos de Ríojaneiro:

En la Plaza Floriano, se yergue el Mariscal de Fierro —Floriano Peixoto— que defiende su estabilidad con prodigios de equilibrio y, desenvainando la temida espada, dice: "¡Aquí no sube nadie más!" En la Plaza Mauá, el homenaje a los aeronautas ha merecido este nombre: "Las curdas de Carnaval." Por ahí cerca (no olvidemos que andamos junto a los barcos), el llorado ingeniero Teixeira Soares se llama: "El viajero que olvidó el sombrero." Y, a la entrada de la Avenida Río Branco, el vizconde de Mauá ha recibido la promoción de "Inspector General del Tráfico". El viejo Ottoni, tras de rondar el edificio del ferrocarril más importante, fue a dar como a un destierro a la esquina de Marcilio Días, porque siempre movía la cabeza y se quejaba: "¡Esta Estación Central, siempre tan fea!" El denodado Barroso, con el bonete en la mano y despeinado al viento, en la cripta de la Playa Russel, grita a los mozos marinos de Minas Gerâes que se disputan el concurso del remo: "¡Aguanta, minero, que es nuestra la victoria!" En la Plaza Gloria, Álvarez Cabral congrega a su gente: "¡Acá estamos, morenos!", mientras Fray Enrique, asido a su crucifijo, gime así: "¡Tanta gente subida en una sola piedra!" Las periódicas inundaciones de la calle obligan al togado jurista Teixeira de Freitas a recogerse las faldas. El preclaro José de Alencar ha venido a

ser: "El parroquiano que espera al limpiabotas"; José Bonifacio, "El maestresala de bailes imperiales"; y, en el antiguo Teatro San Pedro y hoy Teatro João Caetano, el mismo Juan Cayetano hace figura del "farsante que salió el último", en memoria de las folías o danzas populares que se celebraban en San Pedro. —¿Y Cuauhtémoc? Cuauhtémoc, con su aire severo y su dardo amenazante, desempeña una curiosa policía de las costumbres de aquel rincón sombrío, donde, al arrimo de la colina, los enamorados buscan refugio a la hora de los gatos pardos. El altivo indio se les queda mirando fijamente, y dice algo que, traducido al habla popular de México, sería esto: "¡Quietos, muchachos, que allá va el golpe!"

Pero sin duda el mejor homenaje que el genio de la ciudad ha podido hacer a nuestro Emperador está en una superstición de que acabo de tener noticia por el poeta Murillo Mendes: Cuauhtémoc es un inmenso amuleto, una "mascota", una imagen propiciatoria de la buena suerte. Hay que dar tres vueltas en torno al monumento y hacerle una pequeña reverencia quitándose el sombrero; eso basta; ya están conjurados los peligros. Murilo Mendes me hace notar el aire de seriedad con que dos o tres paseantes se acercan, descubiertos, al monumento: "Éstos andan en la ceremonia —me explica—, sino que quieren practicar el rito con disimulo. Yo también lo hice en un momento trascendental de mi vida, y me trajo la buena suerte. Cuauhtémoc nunca falla." Así pues, en este reducto de la costa —que redobló en ecos los vítores con que las muchedumbres de Ríojaneiro aclamaron el nombre de nuestro país cuando la inauguración del monumento—, la gente humilde que sufre y padece viene todavía a reconfortarse con el recuerdo del que supo padecer y sufrir sin darse a partido y, en un alarde de fortaleza, anular moralmente el hecho bruto de la derrota. Tal es el sentido de una superstición tan halagüeña para nosotros: la estatua de Cuauhtémoc es dispensadora de bravura y resistencia contra los desastres y contrariedades del mundo. Y esto, por generoso ministerio del gran Poeta Desconocido; es decir: del pueblo.*

Ríojaneiro, agosto de 1931.

* *El Nacional,* México.

LOS HUÉSPEDES

NADIE se conoce bien. Nuestra cara, vista de frente, nos es familiar hasta cierto punto, y más bien en el reposo de la fisonomía que en el gestear continuo de la conversación. Nuestro perfil es ya, para nosotros, una sorpresa. Verse a sí propio en una cinta cinematográfica es un verdadero descubrimiento. Vernos en los ojos ajenos es indispensable para completar la representación física que tenemos de nosotros mismos.

Lo que es verdad para el cuerpo, lo es con mayor razón para el alma. No os fiéis mucho de los que temen a la opinión extraña: ésos no están muy seguros de ser personas normales. La visión extraña puede ser parcialmente equivocada, pero la visión propia padece un error equivalente. Sólo la suma, sólo la composición de las dos perspectivas da relieve al cuadro. Los términos incompatibles se reducen unos con otros, y es así como sacamos en limpio los rasgos fundamentales del retrato.

Hay sociedades que tienen un ansia casi enfermiza de esconderse a los ojos ajenos. Otras, en cambio, aprovechan todas las ocasiones para pedir un diagnóstico al visitante ilustre. En mis tres años escasos de Buenos Aires, pude presenciar muchos ejemplos de esta nobilísima inquietud. Buenos Aires invita constantemente a los sabios y artistas eminentes de todo el mundo, y siempre los somete a la prueba. Los sabios y artistas toman el pulso al hombre porteño, al ente bonaerense; le hacen mostrar la lengua, le examinan los ojos, y luego le extienden una receta —aunque sea con sus primeras impresiones— o, mejor, un cuadro de síntomas. El porteño, naturalmente, reacciona. A veces, hasta se irrita (nadie quiere ser como lo ven los demás). Con todo, persiste en su admirable inquietud, y otra vez vuelve a presentarse ante el nuevo huésped con su misma interrogación: "¿Qué le parece nuestra ciudad, qué nuestra nación? ¿Qué opina

usted de nosotros?" Este fenómeno se ha repetido hace un par de años, en forma singularmente crítica, para con Ortega y Gasset y para con Keyserling. Y aunque las cosas sociales pueden interpretarse de mil modos, es innegable que, de este acopio de experiencias y documentos —siempre que ellos caigan sobre un suelo capaz de resistirlos y digerirlos—, va saliendo una orientación.

Naturalmente que todo abuso es malo, y que nadie debe fiar al vecino el cuidado de sus mayores intereses domésticos. Pero no se trata de llegar a semejante absurdo; y, en suma, el que tiene recelo de abrir su ventana y dejarse observar es un débil, un enfermo, un maniático, o no está en paz con su conciencia. Cuando un hombre vive encerrado, tenemos derecho a decir, con la frase hecha: aquí hay gato encerrado. Más de una vez se ha visto a los públicos (verdad es que sólo en las más robustas naciones) aplaudir al que, desde la conferencia o el periódico, viene a decirles sus verdades.

Y consideremos ahora que ese huésped sabio no traiga como programa verdadero el dar recetas o el dictar cuadros sintomáticos; consideremos que el objeto de su visita no sea opinar sobre nosotros, aun cuando también lo haga de paso, sino más bien el derramar en nuestro mundo su sabiduría y sus enseñanzas, el resultado de sus meditaciones de muchos años sobre una especialidad cualquiera, la comunicación de disciplinas que él ha logrado dominar con largos esfuerzos y cuyos secretos no siempre pueden trasmitirse mediante la palabra escrita, porque requieren un contacto de hombre a hombre. Supongamos que nos traiga, por decirlo así, el compendio de su obra hecho conversaciones y conferencias, el toquecito bautismal que se administra directamente con la mano y que nos dejará más sabios y más fuertes que antes... ¡Felices pueblos los que pueden pagarse metódicamente estos regalos! ¡Felices los que poseen universidades e instituciones de cultura lo bastante holgadas para procurar estos estímulos periódicos a la inteligencia general del país! Claro es que una cultura no se improvisa ni se exporta en barcos como las mercancías. Pero tampoco las cosechas pueden ir más allá de lo que quiere la naturaleza y, sin embargo, usa-

mos abonos para mejorarlas y acelerarlas, para enriquecer la tierra, para reducirla mejor a nuestros propósitos.

Ríojaneiro, situado en la ruta de Buenos Aires, disfruta de un beneficio de peaje, y cuida de retener unos días, a la ida o a la vuelta, a los viajeros de la inteligencia que hacen la jira del Sur. Y como, además de esto, convida también otros huéspedes por su cuenta, resulta que goza de un doble beneficio. En mi sentir, no siempre pone todo el empeño necesario en detener al que va de paso; otras veces, lo deja deleitarse mansamente en la contemplación de su arrobadora naturaleza, sin pedirle un tributo, una contribución legítima. En esta atmósfera de gratuidad, el hombre no sabe ser exigente: no asedia, no aprieta, no interroga. Nadie reparó en Waldo Frank, que tampoco hizo nada por que sintieran su presencia; y ahora ha sido una sorpresa para muchos escritores de este país el encontrar en la revista *Sur* (Buenos Aires), bajo la firma de Waldo Frank, una expresiva interpretación de la selva brasileña.

Ello es que en año y medio de Ríojaneiro he visto desfilar por aquí todos estos ilustres huéspedes: entre los músicos, a los pianistas Brailowsky, Zecchi, Elington, Rummel, Arrau, Pauer, Rubinstein, Cassadessus; los violinistas Thibaud y Kubelik; los cantores Chaliapine, la señora Schumann y Tito Schippa, a quienes puede añadirse la brasileña parisiense Vera Janacopulos; Kostrukoff, jefe de los coros cosacos; y —pasando ya de la música pura a la aplicada— la bailarina rusa Vera Mentchnowa. Si ahora dejamos a los músicos, cuya presencia hace falta como un riego de alma indefinida para fertilizar ciertos centros esenciales del ser, y pasamos a los actores, cuyo trabajo alimenta los ambientes culturales y tonifica los nervios y la sociedad, habrá que nombrar, entre otros, a los franceses Brulé, Francin, Vera Sergine (ya en decadencia), el alemán Moise y otros más. Y entre los escritores y sabios, aquí estuvo no ha mucho Lecorbusier, con sus audaces visiones para la replanificación de la ciudad, de la ciudad fundada ya en las necesidades geográficas y estéticas y en una valiente adaptación a la vida política del porvenir, más que en los acasos históricos; Eugenio Steinhof trajo sus certeros consejos para provocar

una arquitectura genuinamente brasileña, partiendo de las realidades humildes del indio y aun del negro; Giulio Anton Bragaglia expuso sus ideas revolucionarias de la escena y la concepción de un teatro en que la decoración y las luces venían a ser un elemento íntimo de la obra, un actor más y hasta un protagonista; Pierre Lasserre —trágico espectáculo de una mente literaria que viaja, a impulsos de la razón, desde la extrema derecha hasta un generoso liberalismo, sin poder acabar el largo ciclo de su evolución, porque vino a interrumpirlo la muerte— pasó por aquí ya tan enfermo que no hizo más que pasar; Carcopino sazonó el misterio virgiliano con el misterio pitagórico, y arrancó al Oriente el orgullo del pitagorismo al presentarlo como un fruto original de la mente helénica. Del cirujano Sargent no seré yo quien pueda hablar, aunque retuve de sus explicaciones lo más general y humano: las reglas morales del operador. Benjamin Crémieux procedió aquí a su planteamiento diáfano, preciso, geométrico, de las grandes ideas literarias que han agitado a la Europa de la posguerra, y a justificar sus esperanzas en una reconstrucción espiritual; el fino comediógrafo semita que se disfraza con el mundanísimo nombre de Francis de Croisset practicó, a la vista de las damas, el juego de ilusionismo que consiste en sacar otra vez del frigorífico y resucitar la misma conferencia sobre el amor que decía en Bruselas hace seis años; Baldensperger nos presentó su nítida organización del enmarañado mundo balzaciano, y el resultado de sus profundos sondeos en el mar de sueño y "psicologismo" candente de Marcel Proust; y Henri Roger trajo sus síntesis de estudios fisiológicos, que nos llevan desde el ser anímico que somos hacia ese reino mineral y mecánico, más antiguo que la vida y que se entiende mejor que nosotros mismos con nuestro cuerpo, para llegar a su teoría por excelencia: la digestión de las grasas en el pulmón. —Y prescindo de pintores y exposiciones porque no acabaría; y también prescindo de los que hasta ahora sólo se han limitado a pasear por el Brasil más o menos tiempo, sin hacer acto de presencia en la tribuna, cátedra o periódico, como Capdevila, Supervielle, Pedro Henríquez Ureña, Vicente Lombardo Toledano, Ramón Gómez de la Serna, Victoria Ocampo, Paul

Morand. Inútil añadir que callo a algunos indeseables, a tal alquilón de la gloria que anda dando tumbos por América; a uno que otro náufrago de las Musas traviesas.

Las noticias de México llegan hasta acá con gran retraso. He leído recientemente un artículo de Alejandro Quijano en que, refiriéndose exclusivamente a las actividades del Instituto Hispano Mexicano, cita a Blas Cabrera, Pío del Río Hortega, José Casares Gil, Jorge Francisco Tello, Camilo Barcia Trelles, Fernando de los Ríos, Américo Castro, Luis de Zulueta, María de Maeztu, Salvador de Madariaga, Luis Araquistáin y José María Salaverría, todos ellos huéspedes de México. Y aunque ignoro cuáles son las apreciaciones de Salaverría que han causado disgusto en México, no dudo desde aquí en asegurar que aun ese disgusto es orientador y provechoso. No es posible contentar a todos, pero tampoco es malo saber a quiénes hemos desagradado y por qué les hemos desagradado. En este mundo no hay más que dos extremos: o vivir en la ignorancia beata y en estado de feliz iluminación (lo cual es dable a pocos individuos excepcionales, a unos cuantos inocentes de Dios, y nunca a un pueblo entero), o procurar saberlo todo y entenderlo todo: conocer la realidad de nuestras virtudes y nuestros defectos, y cuanto digan de ellos los que nos visitan y observan. Lo cual no impide que reaccionemos a nuestro modo. Y en tal sentido, también me parece provechoso y orientador que haya quien conteste a Salaverría.

México se recoge pudorosamente en su curva; se repliega hacia el Occidente en forma de hoz o de arco tenso; México no está en el camino de otra tierra; para llegar hasta Mexico no hay más remedio que ir hasta México. México tendría que atraer a los visitantes ilustres mediante esfuerzos redoblados, si no contara, para hacerlo atractivo, con los tesoros de sus dos civilizaciones y con el misterio de su fuerte voluntad apuntada hacia el porvenir, que viene a ser como el filo de su hoz o como la flecha de su arco.*

Ríojaneiro, septiembre de 1931.

* *El Nacional*, México, 11-X-1931.

ADEMANES

A veces, la ciencia quiere admitir que el don de comunicar el pensamiento directamente —lenguaje sin expresiones— más que un don en desarrollo es una facultad perdida para la especie humana, destruida paulatinamente por el empleo del lenguaje, y que sólo se conserva entre los animales y, por caso de morbosa excepción, en algunos hombres. Pero, puesto que hemos perdido eso que llamaba Lacordaire "último rayo de la potencia adánica, preservado para confundir a la orgullosa razón", ¿qué habremos ganado en el cambio? ¿Qué es el lenguaje?

Aceptemos provisionalmente, y *propter elegantiam sermonis*, cualquiera de las mil teorías sobre el origen del lenguaje, que para el caso da lo mismo. Aceptemos, por ejemplo, que el lenguaje nace de la interjección, aunque se diferencie y sutilice después hasta esas misteriosas funciones que se llaman el adverbio, el relativo y, sobre todo, la preposición. (¡La preposición! Formidable especialización del régimen en una palabra aparte, fenómeno que casi es de ayer, puesto que representa el arrancamiento de todas las lenguas romances al común ombligo del latín.)

La interjección, mientras sólo es un desahogo, no crea lenguaje. Cuando se la aplica para sugerir o significar, cuando por ejemplo se llama "¡ay!" al fuego, dando a entender que quema y daña al que se le acerca, entonces aparece el lenguaje. El lenguaje es, pues, un sistema de señales. Una señal es cosa distinta del que señala y del objeto que se designa o señala. En el "rayo adánico", el pensamiento se transporta en masa de una a otra conciencia. En cuanto aparece el sistema de señales, el pensamiento se queda en casa y se conforma con enviar su tarjeta de visita a casa del vecino.

Pero el lenguaje no agota todas las posibilidades de la simbolización. El lenguaje, dentro de todos los sistemas posibles de señales, es una especialización, la más fecunda de

todas. Para decirlo conforme a la doctrina recentísima, el lenguaje es una manera de la mímica. La mímica se reduce a una imaginaria metamorfosis del ser que habla o mima en el objeto aludido o señalado. El lenguaje, en las palabras de Jousse, es el "estilo oral", que camina al lado del "estilo manual" y las demás formas posibles de la mímica, entre las cuales la más evolucionada y lejana vendría a ser lo que llamaremos el "estilo algebraico". Y como el lenguaje es, entre todas ellas, la forma más robusta, tiende a matar a las expresiones más elementales. Usa de la voz humana, del gesto laringo-bucal, que es generalmente más fácil de ejecutar, de poner en marcha y de graduar que todos los demás gestos del cuerpo; y se vale de un sistema de lógica que coincide más o menos imperfectamente con la lógica que se enseña en la escuela. (Así, por ejemplo, el lenguaje conserva resabios animísticos, despojos de filosofías desaparecidas, atribuye un sexo a los objetos, etc.)

Al nacer las literaturas, traen elementos de fijación al lenguaje, pero también traen elementos revolucionarios, inquietudes puramente artísticas. El suprarrealismo de Francia, los libros del inglés James Joyce y la última prosa de Juan Ramón Jiménez —continuando todos, más o menos, por la senda de Mallarmé— van deshaciendo la rutina "lógica" y robusteciendo la "psicológica" de las lenguas; quieren retratar más fielmente lo que acontece en los planos envolventes de la conciencia. He aquí, al azar, una página de Juan Ramón que es el retrato de un hombre y que ciertamente se parece a algunos retratos cubistas:

> Disímil así ha de crearse surtidos H de elementos simpáticos correspondientes. Materia, ingredientes humanos generales; caderas de zorra ahumada, lejías de Florida, dulces fósiles, pechugas de cera y pastaflora, rasos sólidos, aguarrás del Mono; acompañarse fatalmente de ello, como un entierro eterno de sardina y acompañarlo.

Claro que de estos ensayos individuales, de estos tanteos de laboratorio, unos pueden prosperar y otros no: unos salen a la calle y se incorporan poco a poco en el habla de la gente (¡tantas extravagancias de Góngora son hoy palabras

de todos los días!) y otros se quedan para el museo de curiosidades.

Ahora bien: a pesar de que el lenguaje, por su misma naturaleza, tiende a eliminar del todo a la mímica, que está en su origen, esta eliminación no se logra completamente. Y esto, a despecho de otra fuerza que colabora lateralmente en el fenómeno: la fuerza de la educación social, las reglas y coerciones de la urbanidad, que tienden a desterrar el exceso de ademanes. No sólo el lenguaje se acompaña de ademanes, no sólo los necesita a veces (¿cuántos serían capaces de describir con puras palabras la escalera de caracol, o de decir qué es una esponja sin mover la mano de cierto modo?), pero hay ademanes que son por sí mismos un lenguaje.

Terry, el amable huésped de México que recorrió la República durante varios años en el servicio de los ferrocarriles, trae en su conocida *Guía* todo un capítulo sobre el lenguaje de ademanes del pueblo mexicano, verdadera joya de observación y antecedente precioso para los nuevos estudios sobre la Psicología del Gesto, que parten de Jousse. Y en todos los pueblos pueden recogerse observaciones semejantes. A veces los gestos vienen por temporadas, por modas. Otras veces, los gestos tienen, de un pueblo a otro, significados contrarios: para decir que no, los chinos dicen que sí con la cabeza, costumbre que sólo he encontrado, por graciosa anomalía, en un hombre de nuestra raza: el escritor cubano y querido amigo mío José María Chacón.

El gesto de afilar o tajar lápiz que usan en los Estados Unidos ha sido ya popularizado por el cine. Los folkloristas, que tienen derecho a estudiarlo todo —como los maestros teólogos tienen derecho a leer los libros tachados en el Índice—, pueden hacer curiosas comparaciones entre las varias formas del soez "violín" mexicano, el "corte de manga" español y la "banana" brasilera. En la Argentina está muy difundido eso de menear el pulgar y usar el verbo en subjuntivo para poner en duda la misma acción del verbo. (El "y no" mexicano; el "va a ser" panameño.) Alguien anuncia que va a llover. El que lo duda, mueve el pulgar y dice: "Llovería." Y si es muy compadre, todavía alambica el verbo y dice: "Lloveriola" o "Lloveriolería", e imita con las

manos el movimiento de un organillo callejero, en que el pulgar de la izquierda hace de manubrio, o imita el galopar de un caballo (¡vicio nacional el hipódromo!) haciendo con la izquierda la cabeza del animal, con el pulgar de la izquierda la oreja que va y viene, y fingiendo llevar la rienda con la derecha. En el Brasil, se usa un gestecillo indescriptible, mitad tronar los dedos y mitad sacudir el índice como hacen los muchachos de escuela, para ponderar la animación, la abundancia, la gran cantidad de una cosa; y este gestecillo se acompañan de una exclamación: "¡hiii. . . !" Pero seguramente el ademán más popular y gracioso que por aquí he encontrado es el pellizcarse con la mano la perilla o lóbulo de la oreja, diciendo: *É da pontinha* (es de la puntita —de la oreja), para declarar la excelencia o belleza de una cosa. Si el primer ademán descrito se aplica más bien a la cantidad, el segundo a la calidad. "¡Había mucha gente, hiii. . . !" (y aquí el gesto número 1). "Estaba bailando una mulata *da pontinha*" (y aquí el gesto número 2). Lo curioso es que este gesto número 2 parece una explicación de la vieja fórmula española: "Me viene de perilla."

Dejo la exégesis en este punto, y convido a los folkloristas mexicanos a recoger el lenguaje de ademanes de nuestra gente. A lo mejor, con una minucia de éstas se aclara todo un rasgo de psicología nacional.*

Ríojaneiro, septiembre de 1931.

* *El Nacional*, México, 1°-XI-1931.

GARIBALDI Y AMÉRICA

El Estado brasileño declaró fiesta nacional el día 2 de junio, asociándose a las celebraciones italianas del cincuentenario de Garibaldi con desfiles escolares y militares, tribunas públicas y discursos, flámulas y gallardetes, solemne recepción en el Palacio de Itamaraty, conferencias de ministros del Gobierno y embajadores extranjeros, profusión de comentarios y artículos en las hojas diarias. Y todo ello corrió sobre el gran dorso del pueblo, como un escalofrío heroico que asociara, al recuerdo del Caballero de la Libertad, el recuerdo de las cosas propias, en lo que ellas tienen de más tierno, más delicado y más patético.

La gloria de Garibaldi, en efecto, corresponde por mitad a América, no sólo porque Garibaldi gastó en las luchas sudamericanas doce años de esfuerzos (fines de 1835 a mediados de 1848), participando en los afanes públicos del Brasil, del Uruguay y de la Argentina, sino también porque hizo de una mujer brasileña —Anita Ribeiro da Silva— la compañera de su vida y la madre de sus hijos. Y pocos casos se habrán dado de otra mujer que comparta tan de cerca las fortunas y adversidades de su varón. Pocos, si exceptuamos a las soldaderas de nuestros ejércitos —anónimas heroínas confundidas entre las "milicias ignoradas", de Díaz Mirón—, cuyos restos cubren y abonan seguramente buenas porciones del suelo mexicano.

Abstractamente expuesta y sin dar a la cuestión todas las sazones que le presta la historia, parece que la idea garibaldina se reduce a la convicción profunda —tan avasalladora que, siendo todavía una política, ha comenzado a ser ya una mística— de que aquello que quiere el pueblo Dios también lo quiere. Parece que el garibaldino ideal no se interrogara demasiado sobre los estímulos o pretextos de una inquietud pública: le basta, para convencerse, que la inquietud exista. Donde se oye ruido en la calle, allá aparece. No es ya el condotiero que guerrea por amor a la emoción y a la técnica

de la guerra y se hace pagar con usura sus servicios. Es el que sin pensar jamás en el botín, porque vive y muere en la pobreza, se siente identificado con eso que podemos llamar la gravitación política del mundo. No se discute la gravitación, sino que se la acepta. Y si es una gravitación humana —una gravitación que acontece por dentro de la voluntad de los hombres—, entonces se la puede ayudar. Garibaldino es quien la ayuda. La época está lanzada por la senda de la libertad. Donde veáis llamear la camisa roja, allí va el tiempo.

De aquí que el garibaldino aparezca en Río Grande do Sul y ofrezca su brazo a la Sublevación de los Harapientos, la cual —más que como una veleidad separatista— debe ser juzgada como un ensayo de independencia y un intento de republicanización del Brasil. De aquí que aparezca al frente de la legión italiana de Montevideo, del Montevideo que se defiende contra la tiranía de Rosas. De aquí que vuele sobre el campo de Lombardía y acuda a la salvaguarda de Roma; que desembarque con los Mil, rinda a Sicilia y se apodere del reino de Nápoles para darlos de una vez a Italia. De aquí que no vacile en pelear por Francia cuando la catástrofe del Setenta, o que se apresure hacia los campos helénicos. De aquí que asome en los inicios de la Revolución mexicana, y venga a morir, en sus nietos, bajo las ráfagas de la metralla en Argonne.

Como el bárbaro de la antigua Germania, el garibaldino no puede ser vencido a la larga porque nunca se da cuenta de la derrota. No cree en ella, filosóficamente. ¿No es él mismo el paso de la historia, no se ha confundido con el advenir político él mismo? ¿Cómo podría, pues, la vida andar para atrás? ¿Llovería de abajo arriba? ¿Se atajaría un deshielo en pleno sol? Entonces no hay derrota posible para el garibaldino: sus contratiempos son azares personales que a nadie le importan. La historia seguirá de frente, llevándolo a él sobre los hombros. ¡Expresivas paradojas vitales! Ahora celebran al primer garibaldino muchos que estarían prestos a pelear contra sus descendientes. ¿Será que toda la historia en masa tira, como un bloque, hacia la izquierda? Cuando Clemenceau fundaba *L'Homme Libre*, "hago un pe-

riódico extremista —decía— para que *Le Temps* se traslade un poco hacia la izquierda y se vuelva liberal moderado".

La idea garibaldina —a la que damos aquí el valor de un paradigma platónico— encarna, pues, en un tipo de romanticismo acabado, con todos los caracteres que la época mental imprimía en sus mejores criaturas. Toda la tópica romántica, todos los lugares que la historia de la poesía registra como sintomáticos de aquella sensibilidad singular, aparecen en los amores de Garibaldi y Anita, desde las primeras palabras que él le dirige: "Tú tienes que ser mía", hasta las últimas que ella le responde antes de expirar: "José, nuestros hijos, Italia."

He aquí, a grandes rasgos, el poema romántico, digno de Chateaubriand:

Un conspirador rubio, sobre el cual pesa una sentencia de muerte, ha viajado por muchos mares y llega a la última Tule brasileña gobernando un pequeño navío mercante. Más tarde, Bartolomé Mitre dirá de él: "Lo envolvía un misterio moral." Dos años después, es capitán de la marina republicana y da caza a los imperiales desde Río Grande do Sul hasta el Plata. Combates y naufragios; barcos transportados a lomo de doscientos bueyes desde Laguna de Patos hasta el mar; pérdida de todos los compañeros que, desde Italia, habían acudido a su llamado; dolor y nostalgia. Es la hora del predestinado.

Entonces aparece una muchacha morena, libre hija de bandeirantes, que acerca a los labios del héroe una jícara de café. Cada uno hablaba otra lengua. "Tú serás mía", y el pacto queda sellado en la intimidad de la naturaleza feraz e insobornable. La muchacha embarca en el navío de guerra, y se pierde para los suyos.

Y otra vez, refriegas y estragos. Pero ahora es una mujer quien distribuye municiones sobre el puente que huele a pólvora y a sangre, la que acerca al cañón la mecha y, cuando el cañón cae de la cureña, combate a carabina. Cuando Garibaldi anda en tierra, ella toma la iniciativa del ataque. Cuando Garibaldi se encuentra a bordo sin refuerzos, ella hace hasta veinte viajes del navío a la costa, bajo el fuego del enemigo. Cuando ya no queda otro recurso y ya toda la

gente está a salvo, ella es quien incendia el barco perdido, antes de arrojarse al mar y ganar tierra a nado en compañía de su hombre. En tierra, presencia a caballo los combates y acude, entre los tiros, a improvisar los primeros socorros. O se queda junto a sus heridos, a riesgo de caer prisionera, para escapar en el último momento picando espuelas, agujereado de balas el sombrero, y la cabellera chamuscada. Ya rueda con el caballo muerto, ya caen sobre ella los adversarios, ya la llevan maniatada. Ya escapa de noche y ronda el campo buscando tal vez el cuerpo de Garibaldi, cuyo poncho blanco encuentra perdido en una choza. Huye, envuelta en el poncho blanco; ahuyenta a los centinelas como una aparición nocturna y rauda; yerra por la zona que el enemigo tiene guardada, vadea el río agarrándose a las crines del potro, y al fin viene a caer en los brazos de Garibaldi.

Nace el primer hijo; nace punto menos que a cielo descubierto y entre el humo de la pelea. Garibaldi tiene que cabalgar varias jornadas en busca de pañales. Al regreso, encuentra su cabaña vacía: la pobre mujer, defendida por sus fieles entre una sorpresa del enemigo, ha escapado a todo galope, a los doce días del alumbramiento, con la camisa que lleva encima y la criatura apretada contra el pecho. Y es la selva tupida e híspida, la selva americana cantada por los poetas, cerrazón de yerbas y frondas sobre la cual se sacuden, en la tempestad, los racimos cárdenos de rayos. Garibaldi la encuentra desmayada junto al recién nacido, en la gruta natural que le sirvió de refugio. Y sobreviene la huida al Plata, simbólica huida de un padre, una madre y un hijo, que está ya grabada en la mente de los hombres con imperecederos relieves.

Montevideo. Casamiento. Reposo maternal, relativo reposo entre una y otra hazaña del héroe, que sigue cubriéndose de victorias. Remedo de vida familiar. Nacen tres hijos más. La esposa, a la puerta de la humilde casa, corona de besos al valiente que vuelve de las Tres Cruces, de Cerrito, de Salto. Ella se da tiempo para las cosas domésticas. Hasta crece, entre los escasos ocios, la yerba espinosa de los celos. Anita ha pedido a Garibaldi que se mande cortar aquella melena de llamas, fascinación de las mujeres.

Pero Italia reclama a su paladín, cuya espada está haciendo falta. Y a manera de vanguardia, Anita embarca para el viejo mundo, adonde pronto la seguirá el esposo. De Niza a Génova, tres mil almas van aclamándola, mientras ella empuña la bandera tricolor que el pueblo acaba de confiarle. Entre su equipaje, lleva el pequeño féretro de su hija Rosita, nacida y muerta en Montevideo. Dejará sus crías en Niza, en manos de la abuela, para juntarse otra vez con Garibaldi y seguirlo de campaña en campaña. Ya, en Montevideo, la leona ha sacrificado el tiempo indispensable al logro de los cachorros; ahora vuelve a trotar junto a su compañero.

En vano procura él apartarla de los peligros. Un día, en lo más encarnizado de la pelea, Anita rompe milagrosamente el sitio y se le presenta en Roma. "He aquí a mi Anita: contamos con un soldado más." En la salida de Roma, ella va a su lado vistiendo los arreos del legionario, sin que su nuevo embarazo la amedrente en las cabalgatas. Garibaldi intenta dejarla en sitio seguro varias veces, pero ella se le pega como cardo a la ropa. La fiebre la invade, tiene sed y no encuentra agua. Huyen por tierra, huyen por mar. Él la saca en brazos a la playa, y decide quedarse allí para cuidarla, invitando a sus camaradas a escapar como mejor puedan. La oculta entre los maizales cercanos, le procura un poco de agua. Disfrazado de labriego y ayudado por un mendigo, providencial como aquellas metamorfosis de Atenea en la fábula antigua, lleva a la esposa enferma hasta unas casucas de la cercanía. Ya lo persiguen muy de cerca, y todos los días fusilan a otros de los suyos. El capellán de la legión acaba de caer bajo el plomo austríaco, mientras rezaba el Padrenuestro. La pareja —a la que nada ni nadie logra separar— intenta escapar en una embarcación a lo largo de los canales. Los remeros, desconfiados y asustadizos, los abandonan en una aldea donde nadie quiere recibirlos, como al Cid cuando pasaba desterrado por Burgos. Al fin hallan quien los transporte a remo y les dé calesa para internarse hasta los pinares de Ravena. Demasiado tarde: ya se oyen las patrullas austríacas. Anita ya no puede más: "José, nuestros hijos, Italia", y cierra los ojos. Hay que esconder el cadáver a toda prisa. A los pocos días, una pastora, espan-

tada, asegura que acaba de descubrir una mano destrozada por los perros, que sobresalía de un montón de tierra. Garibaldi está lejos, pero la voluntad de su compañera ha venido a incorporarse en él, redoblando misteriosamente sus energías, y ahora comienzan sus victorias. Entretanto, el cuerpo desconocido va a dar al cementerio próximo, de donde volverá a Niza, a Génova y a Roma, para subir después al Janículo y a la gloria, y finalmente, reposar en Caprera, junto a los restos del que fue su señor.

Ya sólo nos falta la orla del cuadro. No hay que ir muy lejos a buscarla, hela aquí: La pródiga naturaleza brasileña envolvió en su piedad la quilla rota de una nave garibaldina, abandonada en la costa como última reliquia de tanta gloria. El musgo cobijó la reliquia y, al húmedo calor vegetal, cualquier simiente aventurera transportada por cualquier pájaro comenzó a hincharse y a brotar. Nació un arbusto. Los campesinos, descifrando la adivinanza que la tierra les proponía, lo llamaron "el árbol de Anita y Garibaldi", y decidieron transportarlo al jardín de Laguna, donde los amantes se conocieron. Lo cuentan los layes bretones: de los sarcófagos de Tristán e Isolda, salieron dos ramas que se abrazan y siguen amándose para siempre. El árbol de Anita y Garibaldi cumple la leyenda medieval: partido en dos brazos anhelantes, el árbol se enreda y se acaricia en sí mismo bajo el cielo, ya mitológico, de Río Grande do Sul.

Tal es el poema romántico que se desenvuelve entre truenos rojos: el pañuelo colorado de los *gaúchos* brasileños, el traje punzó de los federales argentinos, la camisa encarnada de los legionarios italianos.

Atenta a los resultados generales, la memoria pública suele dejar en la sombra las intimidades del héroe. Cuando a la celebración del que trazó los efectos visibles se une la de aquella que asistió a la elaboración entrañable de las causas, cuando al elogio de las victorias ostentosas se une el recuerdo de las secretas lágrimas, el equilibrio de las cosas humanas se completa y la historia misma se ensancha.

La vida de Anita Garibaldi está hecha para arrebatar la imaginación mexicana. También nuestras madres rendían jornadas a caballo, con riesgo de su vida y la del embrión

que ya traían en el seno, para ir a buscar al joven guerrero entre los despojos del hospital de sangre o la desolación de los campos de batalla. Sólo aquel que no lleve en la quemadura de la herencia el rastro de nuestros incendios históricos podría contemplar sin estremecerse la vida de Anita Garibaldi. Entre México y el Brasil corre, a través de este corazón de mujer, la comunión de un hondo latido.*

Ríojaneiro, junio de 1932.

* *El Nacional*, 3-VII-1932.

GARIBALDI Y CUBA

SE HA dicho que Garibaldi estuvo en Cuba, donde conspiró por la causa "mambí", la causa de la independencia. Según esta tradición, Garibaldi llegó a Cuba en compañía de su amigo Francisco Carpanetti o Carpanetto (a quien antes había visitado en Tánger), a bordo del "Saint George" o "San Giorgio" y bajo el seudónimo de Giuseppe Pane, seudónimo de que efectivamente se valió algunas veces. Acaso —se dice— escondía sus conspiraciones en una rebotica de la calle de San Ignacio, en La Habana. ¿Tal vez el establecimiento de Salvador Zapata, esquina de Obrapía y San Ignacio? Zapata, español partidario de la independencia cubana, enciclopedista liberal, legó después aquella casa para una escuela a la Sociedad Económica de Amigos del País. Parece probable que allí existiera un foco de conspiradores. Pero la presencia de Garibaldi en Cuba dista mucho de estar probada. Sus contactos con la causa de la independencia cubana se establecieron desde los Estados Unidos.* Según las últimas investigaciones (Fernando Ortiz, "Garibaldi por Cuba Libre", *Revista Bimestre Cubana,* La Habana, enero-febrero de 1938), la historia verdadera de estos contactos es la siguiente:

Tras de intentar en vano refugiarse en el Piamonte, en

* Las siguientes notas me han sido amablemente comunicadas por el escritor cubano don José Antonio Fernández de Castro.

El primer responsable del rumor sobre el viaje de Garibaldi a Cuba fue el patriota de tendencia anexionista Victoriano de Arrieta. Desde Aix-la-Chapelle, a 7 de octubre de 1850, escribe a José Antonio Saco una larguísima carta, fiel testimonio de las aspiraciones y deseos de aquella juventud ilustrada, en la cual, al exponerle los trabajos y aprestos bélicos de la emigración cubana en los Estados Unidos, le dice entre otras cosas: "Ujhazzi, con 25 húngaros, acompañará el movimiento. Lo mismo los generales Avezzana y Garibaldi." Pocos días después, otro corresponsal de Saco, el ilustre Domingo del Monte, ardiente antianexionista, le escribe de Madrid a Barcelona, fecha 14 del mismo mes y año: "De La Habana todas las noticias son malas. Se esperaba otra expedición. Unos dicen que se compondrá de 6,000 hombres mandados por Garibaldi." Ver: J. A. Fernández de Castro, *Medio siglo de Historia colonial de Cuba (1823-1879),* La Habana, 1923, pp. 160-6. Esta obra hizo que don Fernando Ortiz modificara su primera idea sobre la estancia de Garibaldi en Cuba, como consta de cierta nota de su libro *José Antonio Saco y sus ideas cubanas,* La Habana, 1930.

Túnez, en Gibraltar y en España, Garibaldi llega a Nueva York, a bordo del "Waterloo", el 30 de julio de 1850. Bajo la presidencia del general Giuseppe Avezzana, se reúne un grupo de simpatizadores para organizar una recepción digna del héroe. A esta sesión concurrieron desterrados cubanos, en cuyo nombre habló Miguel Teurbe Tolón, redactor jefe de *La Verdad* (de Iznaga, Betancourt Cisneros, etc.). Recuérdese que, en la cuarentena de Staten Island, a su llegada, estuvo Garibaldi junto con el venezolano José Antonio Páez y con el sobrino de Narciso López, y que allí éstos recibieron la visita de Cirilo Villaverde y Juan N. Macías, secretario y primer vocal respectivamente de la Junta Cubana de Nueva York, cuyo presidente era el propio Narciso López.

Garibaldi vive modestamente en los Estados Unidos, entre otros refugiados italianos y auxiliado por su compatriota Antonio Meucci. (Meucci inventó una fabricación de velas de sebo, cera y estearina, para liturgia y alumbrado; tenía industria de carnes, grasas, embutidos, manteca; descubrió un papel de pulpa de madera sin sustancia leñosa ni aglutinantes. Medio descubrió el teléfono más tarde, y aun se asegura que fue indemnizado por la empresa del célebre Alex Graham Bell.)

Garibaldi se amista con el escritor Theodor Dwight. Renuncia el homenaje de sus admiradores (30 de agosto de 1850). Aunque infringe las leyes de caza de Dugan Hills, el juez, al identificarlo, lo liberta dándole disculpas: tan popular era. Para distraer su impaciencia, escribe la vida de sus compañeros de campaña.

En la tienda del italiano Lorenzo Ventura (Fulton St., cerca de Broadway) hace tertulia y trata al comerciante en tabaco John Anderson,* interesado en la independencia italiana. Anderson y Meucci conocían a Cuba y sus anhelos de emancipación. ¿Tal vez Garibaldi se encontró en esa tertulia con "El Lugareño" y con Cirilo Villaverde? Lo cierto es que concibe el proyecto de ayudar a Cuba. Como se le dice que los cubanos no tienen armas, contesta, aludiendo al ma-

* El Anderson comerciante en tabacos, de que nos habla F. Ortiz, fue probablemente el general Henderson, amigo de Narciso López, que había estado en Cuba anteriormente con carácter oficial.

chete de las zafras azucareras: "Un valiente sabe siempre dónde encontrar un arma."

Garibaldi se limitó a una participación moral con la causa mambí, desde Nueva York, y sus preocupaciones italianas le impidieron embarcar en la expedición de Narciso López. Parece que a veces navegaba en el "Georgia"; que corría de Nueva York a Chagres, pasando por La Habana, para adiestrarse en la navegación; y otros, con más visos de verdad, dicen que en tráfico de negocios.* Y eso sería todo lo que hizo: pasar por el puerto de La Habana, y aun esta suposición ya es generosa. En todo caso, los diarios norteamericanos dan testimonio de su colaboración moral con los cubanos, y aun éstos notoriamente se esfuerzan por hacer sentir que cuentan con el apoyo del grande hombre.

El *Diario de la Marina*, de La Habana, y *L'Abeille*, de Nueva Orleans, daban por hecho que Garibaldi embarcaría en la expedición de Narciso López. Lo mismo se decía del venezolano Páez, y aun del general Quitman, según informes confidenciales del Consulado español. En el inédito *Diario* de Villaverde consta que los cubanos conferenciaban con Avezzana, representante de Garibaldi. Patriotas cubanos refugiados en otras tierras hablan en sus cartas de que Garibaldi se les reuniría en la expedición libertadora, y en algunos procesos a cubanos rebeldes se mezcla el nombre de Garibaldi. Pero ya en 1º de octubre de 1850 se habla de una carta pública de Avezzana en que se desmiente la cooperación de italianos con cubanos, sea verdad o simple precaución estratégica. Y, en efecto, en la expedición de López, que llegó a Playitas en 1851, había, además de cubanos, norteamericanos, alemanes y aun magiares, pero no iban Avez-

* Recogidos primero por algunos periódicos de la época, todos estos rumores inspiran más tarde este pasaje de Justo Zaragoza, en su obra *Insurrecciones en Cuba*, 1872, II, p. 613: "En uno de aquellos vapores (de los adquiridos por la Junta de Nueva York), el llamado 'Georgia' (sic), navegaba a principios del mes de diciembre de 1850, con objeto de adiestrarse en el mando, el famoso José Garibaldi, quien después de acreditadas sus hazañas revolucionarias en Italia, residía en la República Norteamericana, donde los conspiradores emigrados de Cuba le ofrecieron el mando de la nueva expedición que preparaban contra la Isla, a lo cual Garibaldi se negó por estar entonces pendiente de los acontecimientos de su país." Estos y nuevos datos trae F. Ortiz en su folleto: *Los mambises italianos*, La Habana, 1909, pp. 5 *ss.*, y es el primero en asegurar que Garibaldi había llegado a Cuba en el pequeño barco 'St. George', con el aparente objeto de emprender un viaje mercantil a Centroamérica."

zana ni Garibaldi, aunque anduvo después con los cubanos el garibaldino Placosio. * Según el *Diario* de Villaverde, Garibaldi, para intervenir, pedía mil cubanos, equivalente de sus Mil de Marsala, en el Tirreno, diez años después.

He aquí los hechos que han dado origen a la versión del supuesto viaje incógnito a La Habana en el "San Giorgio" o "St. George". Parece que la verdad es ésta: que salió en un velero para Centroamérica y enfermó de fiebre en Panamá; allí encontró a su amigo Carpanetto, y sólo entonces aparece el "San Giorgio", que los lleva a ambos hasta el Perú, vía Pacífico. En Lima, el potentado peruano Pedro D'Negri le ofrece "La Carmen" para un viaje comercial a Hong-Kong. Garibaldi va a Oriente y luego regresa a Lima. (La noche del 19 de marzo de 1852, se le aparece a bordo el fantasma de su madre, que en efecto murió esa noche.) En 1853, D'Negri lo envía a Nueva York, donde, viendo ya la ocasión madura, regresa a su lucha de Italia en el "Commonwealth", y se une en Niza a Cavour. Pero este viaje ni fue oculto, ni lo hizo pasar por Cuba, ni con ésta se relaciona. En su viaje centroamericano conoció a Manuelita Sanz, la amiga de Bolívar. Hasta Chagras fue en el "Penélope", y luego, como ya se dijo, hasta el Perú en el "St. George". Los documentos contemporáneos confirman esta versión de sus viajes. Y lo único cierto es que en Nueva York bogaba a veces por deporte, en un barquito de pesca llamado "Ugo Bassi".

Lo que importa es que, en espíritu, fue mambí, como lo demuestran sus cartas en español, de 1870, a la señora de Villaverde. Por lo demás, lo eran todos los espíritus de cierta orientación filosófica: lo mismo Giuseppe Mazzini que Victor Hugo.**

Ríojaneiro, 22 de octubre de 1938.

* Está probado que, en la expedición de Playitas, acompañó a Narciso López un argentino que militó bajo Garibaldi en Sudamérica, de nombre Doubal. Ver: Juan Arnao, *Páginas para la historia política de Cuba*, Nueva York, 1877, p. 22.

** Entre los de filosofía análoga a Mazzini y Hugo, que demostraron simpatía para los mambises, pueden añadirse los nombres de Henri Rochefort y Clausseret, el general de la Comuna.—La acción revolucionaria de Garibaldi en la América del Sur fue criticada por el italiano Pedro de Angelis, partidario de Rosas, en su *Archivo Americano*, Buenos Aires, enero de 1847, y defendida

por Esteban Echeverría en sus *Cartas a don Pedro de Angelis*, Montevideo, 1847 repr. en la edición de *Dogma socialista*, Buenos Aires, 1915, p, 241.—En X. Marmier, *Cartas sobre América*, II, lib. X, ed. mexicana de *El Universal*, hay curiosas noticias sobre la época en que Garibaldi apareció en el Sur, sitio de Montevideo, guerra contra Rosas, etc.; y sobre las relaciones de Garibaldi, retirado en Caprera, con los jóvenes demócratas de Valencia, en 1863, ver la obra de Narciso Alonso Cortés, *Viejo y nuevo*, Valladolid, 1915, pp. 117-22.

POESÍA INDÍGENA BRASILEÑA

QUEDA noticia de que los indios brasileños anteriores a la colonización europea eran repentistas muy dotados, y los que se distinguían en este género de poesía hasta podían cruzar en medio de tribus enemigas sin que nadie se les atreviera.

De aquella primitiva poesía sólo vestigios se conservan, recogidos en distintas épocas: cuatro cuartetas, entre los documentos de los botánicos alemanes Spix y Martius, comienzos del siglo XIX; tres canciones en Couto de Magalhães y alguna otra versión en Barbosa Rodrigues. Pero, sobre todo, conocemos las dos canciones de caníbales que Montaigne tradujo en sus *Ensayos,* de donde Goethe, después, las tradujo al alemán. El anónimo caníbal del Brasil tiene así un título más ilustre en las letras que todos los poetas americanos.

Después de Joaquim Norberto, Eduardo Laemmert y otros, Afranio Peixoto ha puesto estas reliquias en rima moderna portuguesa.

De chiste

1

No quiero mujer que tenga
piernas muy flacas y finas:
no sea que se me enrosquen
cual culebras asesinas.

2

No quiero mujer que tenga
pelo largo y muy cumplido,
que en yerbal de tiririca
me sentiría perdido.

Fúnebres

3

Cuando yo pierda la vida,
por mí no vas a llorar:

deja que plaña en tu nombre
el ave Caracarái.

4

Tírame, cuando yo muera,
entre la maleza oscura,
que no tardará el tatú
en cavar mi sepultura.

(Spix y Martius)

De humorismo

5

Vengan todos a la fiesta
a devorar a un valiente:
la ley de la guerra es ésta.
También me he hartado yo de vuestra gente:
de vuestros padres y de sus hazañas,
el gusto encontraréis en mis entrañas.

6

Pára, viborita, pára:
quiero imitar tu primor
pintando un cinturón para
obsequiárselo a mi amor:
mira que así vendrás a ser presente
que una serpiente le hace a otra serpiente.

(Montaigne)

De amor y saudade

7

Aquí tienes, luna nueva,
votos de mi corazón:
a la soledad del campo
llévaselos a mi amor.

8

A la soledad del campo
llévaselos, por favor;

díme si sólo yo vivo
dentro de su corazón.

(Couto de Magalhães)

9

Te dejo aquí, golondrina:
bien te quisiera llevar.
Que más tarde o más aína
serás mía, golondrina.
Yo te volveré a buscar,
si Dios quiere, golondrina.

*(Couto de Magalhães y
Barbosa Rodrigues)*

10

Rudá que en el cielo estás
entre lluvias y mareas:
haz de modo que mi amigo,
comparándolas conmigo,
a todas encuentre feas,
las mujeres que le das;
y, cuando el sol se trasloma,
sólo piense en su paloma.

(Couto de Magalhães) *

Ríojaneiro, diciembre de 1932.

* *El Libro y el Pueblo,* México, 1º-I-1933.

OFRENDA AL JARDÍN BOTÁNICO DE RÍOJANEIRO

Ríojaneiro 2 de octubre de 1935.

Excmo. Sr. Dr. Campos Porto,
Director del Jardín Botánico.

Mi caro doctor Campos Porto: Desde mi llegada a Río, en 1930, he sido frecuentador del Jardín Botánico, y me ha cabido la honra de acompañar algunos actos públicos de esta institución: ora la inauguración de exposiciones o nuevas glorietas, ora el descubrimiento de bustos, conmemoraciones de otros tantos hitos en la historia de la botánica brasileña. Doy testimonio del inteligente afán con que V. E., con el apoyo de su ilustrado Gobierno, ayudado por colaboradores eminentes y siguiendo las huellas de sus preclaros antecesores, ha venido haciendo prosperar este admirable vivero, hasta convertirlo en un orgullo para la nación que tiene la dicha de poseerlo, y en un motivo de noble envidia para todas las naciones.

Claro es que la materia prima no faltaba en este horno genitor que es el Brasil, donde con graciosa fruición la naturaleza se revuelca en sí misma y no se cansa de producir sorpresas. Pero hacía falta algo más, y ese algo es la mente ordenadora de un hombre que, rompiendo por el caos de la flora brasilense y jardinando conforme a ciencia y razón —también conforme a belleza—, hiciera de este montón de árboles y plantas un parque de recreo que es, al mismo tiempo, una viva lección y un sílabo para investigadores y curiosos; de suerte que igualmente contenta al especialista cuando escudriña los secretos de la vida vegetal, que al mero paseante filosófico cuando gusta de refrescar sus ocios en este ambiente de armonía y buen consejo, esperando acaso, como el romántico y solitario Rousseau, recoger del suelo las ideas que caen de los árboles.

Y ¿quién más indicado para esta hermosa tarea que aquel que vivió desde su más tierna infancia, no sólo rodeado, sino

condicionado por las influencias y emanaciones del Jardín Botánico? Entre este plantel y su Director hay una compenetración tan íntima que me atrevo a considerarla, no digamos ya como un caso de perfecta adaptación de un hombre a su trabajo —por afición, capacidad y experiencia—, sino como un caso singular de simbiosis.

Siempre manifestasteis, señor Director, el mayor interés por las cosas de la naturaleza mexicana. Fundasteis una colección de cactos mexicanos que no creo tenga igual en el mundo. Lograsteis con ella, no sólo un positivo enriquecimiento científico, sino también un milagro de la sensibilidad: transportar hasta Ríojaneiro algunos aspectos de nuestro paisaje del "altiplano"; al punto que yo, en mis paseos por esa región, me olvido a veces de que ando lejos de mi patria, siento que estoy en México sin dejar de estar en el Brasil, y me digo a mí mismo que, en esta tierra de la bondad y la cortesía, no sólo la voluntad, no sólo el corazón, sino también la ciencia y el pensamiento encuentran el modo de ser hospitalarios.

Un día, para aumentar vuestro fondo de cactáceas, tuve el gusto de traeros, en nombre de la ciencia de mi país, algunas simientes del misterioso *peyotl* o *peyote,* la planta mágica de los indios tarahumaras, cuyas aplicaciones múltiples y portentosas apenas comienzan a estudiarse, y que, produciendo un retardo biológico en el ritmo receptivo del hombre, hace que las ondas sonoras aparezcan —por relatividad— más aceleradas que de ordinario, hasta transformarse en ondas luminosas. Al hombre en delirio de *peyotl,* los sones de la guitarra le producen fantásticas alucinaciones coloridas. La planta del *peyotl,* la planta sagrada del sol —extraño regulador de ese sujeto del verbo "ondular" que llamamos "éter"—, no engendra, según aseguran, hábito ni vicio; es, según dicen, medicina del dolor moral; y espera todavía los resultados de las pruebas a que la sujete la ciencia brasileña.

Hoy, en nombre de mi gobierno y como una manifestación de la gratitud mexicana, os ofrezco la efigie de un antiguo dios azteca: el dios Xochipilli, por el cual vuestra infatigable curiosidad de sabio y de hombre se había interesado.

Él reinará desde hoy en un rincón del parque, el que le consientan los otros dioses mayores: Saint-Hilaire, Martius, Fray Leandro do Sacramento, Barbosa Rodrigues y hasta don Juan VI, el que trajo la palmera de Cuba.

Xochipilli, dios primaveral, dios de las flores, preside especialmente al nacimiento de la espiga y la mazorca, en aquellas recónditas civilizaciones donde el maíz representa lo que el trigo para las civilizaciones de Europa, y donde el pueblo —como con otras nuevas hostias de harina— comulga todos los días con las humildes tortillas de maíz.

El regocijo primaveral se acompañaba entre los antiguos mexicanos, como entre todos los pueblos, de grandes festejos y deportes; y por aquí Xochipilli se fue convirtiendo también en divinidad de los juegos atléticos y las danzas, a la vez que en divinidad de la embriaguez producida por el *octli* o pulque: bebida extraída del agave-maguey que es aún la cerveza por excelencia del indio mexicano, a pesar de la importación de la verdadera cerveza, a la que el lúpulo presta su amargor aromático, y que se fabrica tan excelente en mi tierra natal de Monterrey y en otras ciudades de México.

Así se comprende que Xochipilli aparezca, en nuestros antiguos estadios, sosteniendo con cada mano uno de los anillos por los que ha de pasar la pelota de cada escuadra de jugadores. La pelota era empujada siempre por el cuadril o la rodilla, y nunca por la mano, el pie o la cabeza. El juego era una especie de basketbol mezclado de fútbol.

Finalmente, la configuración del ídolo, con el ornamento en forma de peinetón que lo abraza desde la frente a la nuca, lo hizo adecuado para coronar la cresta de muchos templos.

Su nombre mismo, Xochipilli, quiere decir "las cinco flores"; por donde —haciendo como hacen todos los mitólogos— tenemos derecho a suponer que simboliza igualmente la flor y la mano con sus cinco dedos. La mano y la flor: lo útil y lo dulce: la naturaleza que produce y el hombre que cosecha: el Brasil que vuelca sus flores y el Jardín Botánico que las organiza, clasifica y conserva. Verdaderamente, Xochipilli está aquí en su casa, está en su recinto natural. Y que sea para muchos años, en bien de la ciencia y de la be-

lleza, en bien de las simpatías entre México y el Brasil que este ídolo significa.

Nuestro Emperador Cuauhtémoc, que ya es carioca honorario desde que, en 1922, lo trajo a estas playas la Misión Mexicana, tiene bajo su zócalo, desde no hace mucho tiempo, una cohorte de cactos mexicanos que, en vuestra compañía, señor Director, fuimos a plantar una mañana a los pies de su monumento, con la idea de darle un aderezo vegetal apropiado. El Emperador ha encontrado al fin un compañero con quien comentar largamente los sabores de la hospitalidad brasileña. Las plantas que, en adelante, el Jardín Botánico le envíe, habrán sido fomentadas bajo la amorosa tutela de Xochipilli.

De V. E. cordial admirador y amigo,

A. R.

Monterrey, *Ríojaneiro, VI-1933.*

LA AMAPOLA SILVESTRE, SÍMBOLO DE LA AMISTAD ENTRE MÉXICO Y EL BRASIL

EL PRIMER representante diplomático que el Brasil envió efectivamente a México —pues antes fueron nombrados otros dos, que no llegaron a emprender el viaje— fue el Dr. Duarte da Ponte Ribeiro, médico eminente, cartógrafo e historiador meritísimo, negociador experimentado en varios encargos internacionales, viajero y buscador de minas hecho a todas las aventuras, y hombre de vitalidad extraordinaria que vivió más de ochenta años tras de haber sido dado por muerto al menos unas cuatro veces: la primera, de hambre y de sed en un viaje marítimo mal afortunado, por 1815; la segunda, de *carneirada* o fiebre de Angola, con que estuvo agonizando tres días; la tercera cuando, en 1824, le estalló una escopeta de dos cañones, fracturándole los huesos de la mano izquierda y gangrenándole el brazo, con el consiguiente ataque de tétanos; y la cuarta, de cólera-morbo en Valparaíso, año de 1832, en que los médicos lo desahuciaron.

Más que estas calamidades, pudo con su resistencia inverosímil la ingratitud con que se vio tratado en sus últimos días, al suprimírsele, en 1887, la gratificación anual de dos contos y cuatrocientos mil reis que recibía del Ministerio de Relaciones Exteriores, de cuyo archivo y mapoteca había sido el grande organizador.

Las credenciales de Ponte Ribeiro como Encargado de Negocios del Imperio del Brasil en México tienen fecha de 30 de julio de 1833, y su primer nota en que da cuenta a su Gobierno de la llegada a México es del 9 de mayo del siguiente año. Esta nota se cruzó con otra que le enviara en 21 de mayo de 1834 el entonces Ministro de Negocios Extranjeros del Imperio, Aureliano de Souza e Oliveira Coutinho. Y es curioso advertir que esta nota se refería precisamente al mal que había postrado a Ponte Ribeiro en Valparaíso, un par de años atrás. Dice así, traducida del original portugués que se custodia en el archivo de Itamaraty:

Habiendo manifestado la Sociedad de Medicina de esta Corte la conveniencia de que se proceda al examen de la planta conocida en México por "amapola silvestre", por constar que ella ha producido óptimos resultados en la curación del cólera-morbo, la Regencia, en nombre del Emperador, ha determinado que Vuestra Merced envíe por el conducto que le sea más cómodo un ejemplar de dicha planta con hojas, flores y frutos, o al menos un diseño de ella, a fin de que, conociéndola mejor, pueda averiguarse si existe en el suelo brasilero y entonces aprovechar su virtud.—Dios guarde, etc.

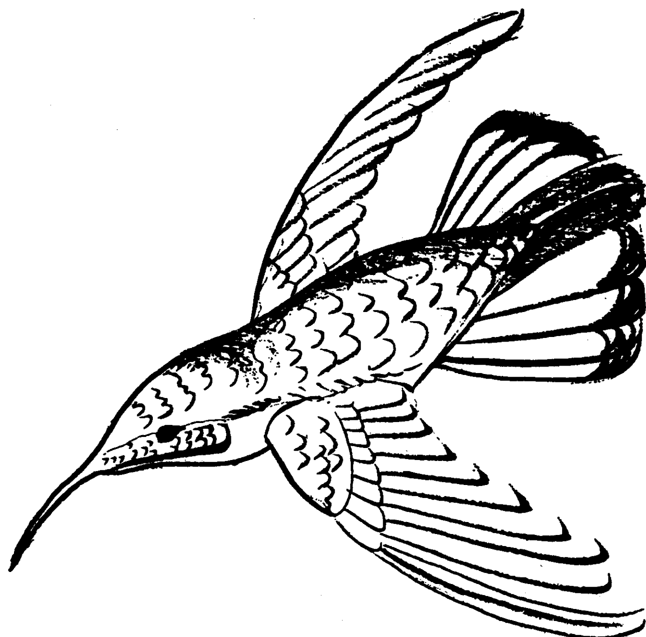
Es así nuestra amapola silvestre la primera flor de amistad cambiada entre México y el Brasil. Hoy el Brasil nos corresponde con las excelentes vacunas del Instituto Oswaldo Cruz, cuartel general de la campaña contra las dolencias tropicales.

Pero —siempre hay un pero—, aun cuando el símbolo se realiza con sólo la intención, el respeto a la verdad histórica me obliga a confesar que, hasta hoy al menos, no he podido averiguar si Ponte Ribeiro cumplió el encargo de su Gobierno. Es más, en la última nota que se le dirige, posterior ya a aquella en que se le comunicaba el término de su comisión en México, se le reclama todavía el no haber dado cumplimiento al encargo de la Sociedad de Medicina de Ríojaneiro. Esta nota, que es del 26 de febrero de 1835, fue recibida por Ponte Ribeiro en Jalapa, el 27 de octubre del mismo año. Y es todo lo que hasta hoy sabemos.

Con todo, examinada la correspondencia diplomática del Encargado de Negocios del Imperio Brasileño en México, se cae en la cuenta de que toda su gestión se redujo a cambiarse informes políticos con su Gobierno, y que el único negocio que se le ofreció durante su corta estancia entre nosotros fue el negocio de la amapola silvestre.

Monterrey, *Ríojaneiro, VI-1933.*

MAXIMILIANO DESCUBRE EL COLIBRÍ



Dibujo de Cándido Portinari

El Archiduque Maximiliano de Austria fue en su juventud un grande viajero, y en sus relatos demuestra una mente abierta y comprensiva y un talento nada vulgar. Sus curiosidades de naturalista suelen dar a sus descripciones una gustosa precisión que nunca degenera en pedantería.

La primera obra de Maximiliano es el relato de su viaje a Grecia *(Mein erster Ausflug: Wanderungen in Griechenland)*, que apareció en Leipzig, 1868. De mediados de 1851 a principios de 1860 viajó por Italia, España, Portugal, Argelia, Albania, Madera, las Canarias y el Brasil. La narración de estos viajes quedó recogida en una edición privada de cincuenta ejemplares, dedicados a la familia real y a sus clientes más próximos, donde se añadió al final una colección

de aforismos y poesías: *Aus meinem Leben. Reiseskizzen: Aphorismen: Gedichte*, 7 volúmenes, Viena, 1862. En 1863, antes de ser tentado por la triste aventura mexicana, decidió hacer de esta obra una edición pública, encargándola al Barón Münch-Bellinghausen, en las letras Frederich Halm, poeta conocido y autor de *Griseldis, El hijo del desierto, El gladiador de Ravena*. Esta edición, comenzada e interrumpida, se continuaba por 1866. Desde México, Maximiliano corregía las pruebas, suprimiendo y retocando pasajes que le parecían incompatibles con sus actuales responsabilidades políticas. Estos escrúpulos lo llevan un día a detener la publicación. Pero, a su muerte, su hermano el emperador Francisco José se decidió a levantar el veto, y los volúmenes fueron apareciendo entre agosto y octubre de 1867, en Leipzig. Al año siguiente, sale en París una traducción parcial de dicha obra, hecha por Jules Gaillard, en dos volúmenes; y en Londres, otra traducción inglesa en tres volúmenes, todavía más incompleta que la anterior.

En Viena, 1866, aparece un rico volumen sobre los *Resultados botánicos del viaje de S. M. el Emperador Maximiliano I de México en el Brasil*, 1859-1860. Aun cuando el relato del viaje al Brasil, en los volúmenes de *Aus meinen Leben*, se refiere especialmente a Bahía y al "Matto virgen" —donde acampó algunas noches en el sitio que los vecinos llamarían más tarde "Rancho do Principe"— consta que pasó el mes de febrero de 1860 en Ríojaneiro y en Itapamirim, donde fue huésped del emperador don Pedro II. De cierta manera espiritual, no era éste su primer contacto con el Brasil: por 1852, cuando apenas tenía veinte años, conoció en Portugal a María Amelia, hija del difunto emperador don Pedro I, y quedó prendado de ella. Al año siguiente, la muerte de la princesa vino a cortar su idilio. Siete años más tarde, en Madera, al visitar el hospital que la viuda de don Pedro hizo erigir en memoria de su hija, Maximiliano todavía le consagra una página de conmovida recordación.

Al cruzar la línea del Ecuador, Maximiliano exclamaba:

> Me parece un sueño ser yo el primero, entre los herederos de Fernando e Isabel, que así desde niño se haya sentido destinado a tocar el suelo de un Continente llamado a tan altos destinos en la historia humana.

Habiendo dejado en Madera a Carlota, su joven esposa, Maximiliano entra por el Brasil, acompañado de un profesor de botánica, un pintor y un médico, un montero de corte y otras personas de su séquito.

La mañana del 11 de enero de 1860, llegó a la ciudad de San Salvador en la bahía de Todos-Santos. Tras de recorrer las calles, el campo con sus irrupciones osadas lo convida a gustar del espectáculo de la naturaleza, y por la tarde sale con sus acompañantes a pasear por las afueras.

A poco andar, Maximiliano descubre el colibrí, lo que al triste le parece de buen agüero. Otra ave fatídica y justiciera, el águila caudal de México, pronto comenzaría a trazar sus círculos mágicos para aprisionar en ellos al retoño de los Habsburgos. Sigámosle, entretanto, en su delicado sueño del trópico, sueño de una tarde de Bahía, hora única.

> Yo caminaba al frente del grupo, entre dos muros de follaje. De pronto, alguna cosa cruzó frente a mí, rápida como el pensamiento. Mis sentidos iban tan alerta que no se me escapaba nada, ni un movimiento ni un ruido. Otra vez vi pasar frente a mí aquella cosa rápida como un relámpago, la vi subir y bajar. Y al fin, tras un ir y venir continuo, y siempre con igual presteza, el movimiento se concentró en una liana, muy cerca de mí. Era una vibración incesante, un zumbido, una oscilación mil veces repetida. Se diría un pensamiento atrapado al vuelo y encerrado en una palpitación de alas, flotante y suspensa en el espacio.
>
> No me engañaba, no: mis ojos lo habían presentido y reconocido. Arrobado y extático, me encontraba yo en presencia del primer colibrí que me fue dado ver en mi vida. Helo ahí, por fin, aquel pájaro que los brasileros, con excepcional inspiración poética, llaman *beija-flor* (besa flor). Tuve tiempo de hacer señas a mis compañeros, y pronto formamos círculo en torno de aquella maravilla. Gozamos a nuestro sabor del espectáculo tan deseado, de que tanto habíamos oído hablar, y nos esforzamos por fijarlo en nuestra memoria. La realidad resultó superior a toda expectativa y a toda posible descripción. Y aumenta el encanto de la aparición la circunstancia de que este diminuto ser es inasible; ni es dable reproducir sus movimientos, ni guardarlo en cautividad. Semejante a las imágenes del sueño, aparece cuando menos se le espera, y huye cuando más nos atrae. La mano del hombre sólo puede cobrarlo una vez que ha muerto, es decir, cuando

ya ha perdido su principal encanto, aquella vivacidad de que sólo hace gala cuando anda en su reino florido.

El colibrí escapa a los juicios prosaicos; al igual del perfume de las flores, no se deja analizar, como el mismo soplo poético, como el acento de las arpas eólicas. Es tan pequeño y gracioso, tan veloz, que se sustrae a toda definición de la sustancia corpórea. Hasta parece ridículo el querer clasificarlo en cualquiera de los reinos naturales. Más bien se le tomaría por una joya del paraíso, por casualidad abandonada entre los bosques feraces del Brasil. Es como la quintaesencia de los tres reinos, concentrada en una linda y minúscula criatura que rezumba al aire de los trópicos. Es una vida animal con forma y matices de flor fantástica y con los vivos destellos de una piedra preciosa que brillara con una luz propia y llena de misterio. Aun el espeso portugués ha encontrado un nombre encantador para este portento, logrando por una vez elevarse hasta la concepción de un mito poético: considera, en efecto, a los beijaflores como las almas de los niños difuntos. Aun esta ruda nación ha querido ver en el colibrí un ente superior que no tiene nada de terrestre. *(Sobre la capacidad lírica y mitológica del portugués, Maximiliano andaba errado de polo a polo.)*

La misma vida doméstica del colibrí, su nido semejante a una flor, sus huevecillos que parecen perlas, todo en él diríase que escapa a las leyes materiales, para convertirlo en una suerte de juego poético. Los movimientos de este ser diminuto, que boga por los aires y se nutre con el aroma de las flores, tienen algo de travieso y de original al mismo tiempo. Dondequiera que abre sus fulgores una perfumada planta de los trópicos, allá aparece de repente la cosita pequeñita y volátil, como evocada por una vara prestigiosa, sin que podamos saber cómo ni de dónde. Ya va, ya viene, ora se mece o se precipita, cintilante piedra herida de sol. Su ojo, agudo como la punta de un diamante, descubre entre todas las flores a la que ha de honrar con sus besos, y al punto se suspende sobre ella. Mientras vibra en el aire, su deslumbrante cuerpecito parece inmóvil. Hunde luego la cabeza voluble en el cáliz de púrpura: ya ha libado la miel. Y cuando esperamos que nos dé tiempo de admirarlo, helo que reaparece muy lejos, jugueteando en el éter azul. Pero de pronto ha vuelto a su flor, y renueva este delicioso juego varias veces. Hasta que, por fin satisfecho, se desvanece entre el océano de verdura para refugiarse en su blando nido.

El que provocaba así nuestro examen fue lo bastante gentil para dejarse estudiar por algún tiempo, entregado a su elegante festín, permitiéndonos disfrutar a gusto de este fenómeno singular. Era un colibrí-esmeralda, su garganta y pecho

tenían el brillo de aquella piedra fina; su vientre era blanco; su lomo, de un tono sombrío. El cuerpo todo apenas mediría un par de pulgadas, y de una a otra punta de las alas podrían contarse hasta tres pulgadas; su pico, largo y puntiagudo como una aguja. Al mecerse en el espacio, tenía la palpitación de nuestras falenas cuando chupan la miel. Me pareció de muy buen augurio haberlo encontrado en mi primer contacto con el Brasil, porque este pájaro no es tan común como nos lo figuramos en Europa.

Monterrey, *Ríojaneiro, VI-1936.*

AMERICANERÍA ANDANTE

I. La corriente continua

El Senado de México consideraba hace tiempo cierto proyecto de ciudadanía hispanoamericana, mientras, desde Madrid, y de una manera independiente, un jurisconsulto mexicano disertaba sobre las posibilidades de esta utopía. Poco después se declaró en España la República, y algunos diputados españoles hicieron suyo el plan de ciudadanía automática para los hispanoamericanos. El documento está recogido entre los apéndices de un folleto publicado por nuestra Embajada en Madrid, entonces a cargo de Genaro Estrada. Parecía andar en el ambiente la idea de un acercamiento íntimo, constitucional, entre los pueblos de la familia hispánica. Un siglo antes ya se soñaba, por lo menos, en unir a los iberos de América. La idea de la Magna América aleteaba en la mente de Simón Bolívar. Eran tiempos en que los pueblos del Sur se prestaban, unos a otros, sus héroes y sus libertadores. También entre los maestros de América los hay que emigraron de uno a otro pueblo —Bello, Hostos— llevando consigo las bendiciones de la cultura. En los últimos lustros, las mentes libres de América, los franco-tiradores del pensamiento, escritores y especialmente literatos, han logrado robustecer entre nuestros pueblos el sentimiento de solidaridad. Hace unos años, veíamos que un motín universitario de La Habana repercutía en el Continente, y que una revolución era anuncio de otras cuatro. En todo tiempo, unos como Adelantados extravagantes se han lanzado, por su cuenta y riesgo, a demostrar la hermandad práctica de nuestras repúblicas, mezclándose en las luchas de unas y de otras y haciendo suyas varias patrias. Tal es la Americanería Andante. A la mente de los mexicanos acude aquí el recuerdo de tantos ilustres cubanos que se identificaron con nuestras luchas: Heredia y Martí a la cabeza.

Hace años, recogía yo en Buenos Aires noticias de algu-

nos de estos cruzados americanos, noticias que particularmente interesan a las relaciones mexicano-argentinas. Y así me contaron del famoso Hipólito Bouchard, capitán de la marina argentina, aunque francés de origen, nacido en Saint Tropez por los años de 1780 y tantos, que militaba a las órdenes de Brown y, a bordo de la fragata "Argentina" (antes "Consecuencia", apresada cerca del Callao y confiada a su mando en las Islas Galápagos), partió el 9 de julio de 1817 en larga expedición que duraría dos años cabales.

Montando el Cabo de Buena Esperanza, pasando por Tananariva, cruzando la Sonda, tocando en Borneo y las Filipinas, había de llegar hasta la Alta California, y luego descender hasta Valparaíso, en estupenda hazaña marítima destinada a limpiar de barcos españoles las costas americanas del Pacífico.

En cumplimiento de la Constitución argentina que había jurado, libertaba a los esclavos dondequiera que aportaba y podía. A su paso por las Islas Sandwich, celebró un convenio con el rey Kamehameha I, que vino así a ser el primero en reconocer la independencia argentina. Poco después, ataca y toma el puerto de Monterey en la Alta California; continúa hacia Santa Bárbara y San Juan, bloquea San Blas, donde captura un barco español procedente de Nicaragua; fondea en las Tres Marías; boga sobre Acapulco, que encontró desierto, cruza las playas de Camamas, Sonsonate, Realejo, y continúa hacia el Sur. A su regreso, traía otra tripulación diferente de la que llevaba a su salida, porque todos sus hombres habían ido pereciendo en los combates. El Dr. Echevarría ha cantado sus hazañas en un soneto: "Pisaste —le dice—, pisaste a la crinosa envidia." Mitre ha trazado de él un retrato que Carranza califica de "hermosa aguafuerte",* en el que destaca su expresión de energía "más bien fría que serena", y su quietud engañosa, preñada de fuerza como la del mar.

También cayó por México el poeta tucumano José Antonio Miralla, apóstol y predicador de la hermandad americana, hombre de portentosa memoria e improvisador a la

* Ángel J. Carranza, *Campañas navales de la República Argentina*, Buenos Aires, 1916, III, pp. 105-142.

manera de los payadores, que pedía la emancipación de Cuba y, peregrino fatigado, fue a morir en Puebla, donde yace, por 1825, tras de recorrer casi toda la América del Sur y las Antillas.

Oí hablar de ciertos oficiales argentinos que fueron a México, a pelear contra la invasión norteamericana de 1847, entre los cuales figuraban los coroneles Díaz y Villanueva. El mendocino Villanueva, que era teniente ayudante del general Paz en Tablada y en Oncativo, fue amigo de Prim en España y anduvo en las guerras civiles de la península. Después aparece por Rusia, cuando la guerra de Crimea, y muere en un combate en Afganistán, siendo general de cosacos, al frente de sus tropas.

Cuando la intervención francesa, otro argentino, Edelmiro Mayer, figura en México. La causa de Benito Juárez había interesado a toda América, e impresionado a los liberales del mundo al punto que el dictador de Italia debe su nombre de pila al benemérito mexicano. A la noticia del triunfo de Puebla, el 5 de mayo de 1862, se dio el nombre de Juárez a un pueblo de la provincia bonaerense. Mayer cedió a la fascinación de la causa mexicana. Nació en Buenos Aires, en 1836, hijo de bávaro y porteña. Ingresó en el ejército argentino en 1853, y se encontró en el primer sitio de Buenos Aires por la gente de Urquiza. Figuró, como capitán segundo de línea, en las acciones militares de Cepeda y Pavón. Sintiéndose postergado por no haber sido considerado entre los ascensos, pidió su baja cuando era teniente coronel, y abandonó el país, disgustado.

Se presenta, en los Estados Unidos, al gobierno de Lincoln. Organiza allá un regimiento de libertos, "pardos y morenos", y participa en la campaña nordista. Por entonces era ministro argentino en Washington no menor persona que Sarmiento, quien transmitió informes sobre la heroica conducta de Mayer en los combates de Norte contra Sur. En el ejército federal se le llamaba "el Cow-Boy argentino", y se admiraba su gran destreza de jinete. En cierta batalla, en que mueren sucesivamente dos abanderados, Mayer recoge la insignia desde su caballo, la enarbola y cae herido de gravedad. Participa en la sangrienta acción de Pittsburg Landing

(Tennessee), militando entre los federales al mando de Grant, contra los confederados que capitaneaban Johnson y Beauregard. Bartolomé Mitre y Vedia (Bartolito), secretario de la Legación Argentina en Washington, cuenta que, al finalizar la guerra, desfilaron por las calles de Washington los ejércitos victoriosos del Potomac y de Tennessee; entre ellos. el regimiento de negros, con Mayer a la cabeza.

Terminada la guerra de Secesión, Mayer, ya coronel, pasó a México y se incorporó a las tropas de Juárez, donde alcanza el grado de general de división, habiéndole correspondido ser "jefe de día" en Querétaro, cuando la rendición de Maximiliano. Parece ser que anda mezclado, después, en las primeras conspiraciones de Porfirio Díaz contra Juárez, por lo que estuvo preso año y medio, salvándose de ser fusilado debido a la mediación amistosa de los Estados Unidos, mediación movida por el propio Sarmiento.

Vuelve a la Argentina. Participa en las revoluciones de 1874 y 1880, aunque sin reincorporarse al ejército, por no habérsele reconocido el grado de general con que regresó de México. Es gobernador en Santa Cruz, y muere el 4 de enero de 1897 en Río Gallegos, capital de aquella gobernación, en la casa que más tarde ocuparía el correo.

Tradujo al castellano a Samuel Smiles. Escribió unos relatos de sus aventuras en el extranjero bajo el nombre de *Campaña y guarnición*, y un diccionario en cinco idiomas cuyo título, *Intérprete musical*, indica su carácter. En 1882 emprendió la traducción de las obras de Edgar Allan Poe, alentado a ello por el general Mitre. No es seguro que haya ido más allá de la biografía de Ingram, editada por Peuser.*

Junto a éstos que se van de su tierra en busca de la aventura y la gloria, hay la especie mucho más modesta de los errabundos, de los desaparecidos.

II. Mexicanos errabundos

Madres ásperas como las espartanas de los ejemplos escolares, hay patrias que hacen desterrados. De lejos y en la his-

* He contado en *El Nacional*, México, 23 de enero de 1938, cómo, con motivo del centenario de Mayer (27 de mayo), sus descendientes solicitaron por mi conducto cuantos datos pudieran allegarse al respecto. Por desgracia nada apareció en los archivos de nuestra Secretaría de la Defensa.

toria, apreciamos a veces los inesperados efectos de esta crueldad. Los emigrados de Francia pasearon por el mundo su melancolía, como hoy los duques rusos que sirven en los cabarets de París, y en el inquieto suelo de su alma calentaron la semilla del Romanticismo. Algunos volvían del destierro con el manuscrito de una obra inmortal pasado por las balas. Y aquí sería el momento de recordar a nuestros diplomáticos olvidados en Europa, Asia y América el año 1914, cuya odisea no ha sido todavía narrada.

Pero hay otra manera de expatriación, y ésa es de siempre: ya no colectiva o de toda una clase que es deportada o se viene abajo. Hay la expatriación individual; hay el errante que se salió de su tierra por aventura, por desesperación o por crimen, tal vez por mera curiosidad, tal vez por descuido y sin el definido propósito de expatriarse. Estos desaparecidos cambian a veces de oficio y nombre, y van a morir oscuramente muy lejos de donde nacieron. ¡Cuántos no habrán producido nuestros pueblos!

En mis viajes por varias tierras, he sentido una palpitación de misterio cuando, a la hora de la mesa redonda, cualquier huésped comienza ese cuento siempre tan patético:

—Yo conocí a un señor mexicano. Vivió y murió aquí hace mucho tiempo. Creo que era enemigo de Porfirio Díaz. Se llamaba... ¿cómo se llamaba?

Ya es la monjita que fue maestra de la señora de Muñoz, poetisa uruguaya; o la que instruyó en primeras letras a la hijita del Presidente brasileño Getulio Vargas e inculcó a la niña el más vivo amor para México. Ya es el fotógrafo que se instaló en París, por los suburbios, y se ganaba la vida sin querer acordarse más de su tierra. Ya es el profeta de Gávea, como le llamaron en Ríojaneiro a aquel dulce mexicano barbudo, iluminado y curandero, que paseó por esas playas impresionando a las multitudes y soñando en llegar un día hasta el Santo Sepulcro, cruzando a pie enjuto los océanos. Otra vez, un fino dibujante y caricaturista, Enrique Figueroa, se fue quedando en la tierra brasileña como sonámbulo, y al fin murió un día de triste muerte, y hubo que enterrarlo de caridad, por obra, singularmente, del popular actor Procopio Ferreira.

Todos, invariablemente, traían una pena escondida y se la llevaron a la tumba. Algunos tuvieron tiempo y ánimo para dejar un buen recuerdo entre los que casualmente los conocían. Y todos, como eran mexicanos, eran muy corteses. Estos Caballeros de la Cortesía Mexicana merecen, siquiera, un epitafio.

III. Varias siluetas

1. *Don Tomás de la Sierra*

En Rosario de Santa Fe, año de 1900, había —calle de San Juan, al mil y tantos— una fonda popular llamada "El Tín-Tín". Un italiano la regentaba. Allí, si no bien, se comía por poco dinero: a cinco centavos cada plato.

Guzmán Arroyo, chico calavera que se había escapado de su casa, solía caer por aquella posada. Hombre entre artista y obrero, no conocido de la crítica, Guzmán Arroyo era, por 1930, el único miniaturista de Buenos Aires. Y debía su arte a un mexicano.

Aquel mexicano, huésped de "El Tín-Tín", tenía un aire misterioso y cierta apostura militar. Era rubio y usaba bigote y barba, vestía de negro y se le adivinaba muy pobre. Tan pobre, que no siempre tenía para pagarse el sustento. Entonces el italiano de la fonda lo obligaba casi por fuerza a aceptar gratis las comidas.

El quijotesco personaje usaba unas tarjetas que decían: "Tomás de la Sierra, artista."

Su arte era la pintura, la miniatura, la "iluminación" de fotografías y retratos, usando la palabra "iluminación" como yo la usaba de niño, como la usan los ingleses y como la aprendió de ellos el poeta Arthur Rimbaud cuando bautizó su libro *Illuminations*, término en que muchos se figuran que hay una intención mística. (Conformes, oh Claudel, oh Rivière, en que los resultados pueden ser místicos, aun cuando no lo fuera el propósito.)

Don Tomás se aficionó al chico Guzmán Arroyo y, en pocos meses, lo inició en los misterios. Pero a las claras se veía —me asegura Guzmán Arroyo— que aquel hombre había sido otra cosa muy distinta de su oficio actual. Hablaba

poco de México, pero hacía leer a su aprendiz los *Episodios* de Juan A. Mateos, inspirados en los de Pérez Galdós; y sobre todo, aquel del hombre cureña sobre cuyos lomos las tropas estuvieron disparando un cañón durante varias horas. A veces, don Tomás se acordaba de la Martinica...

A los trece meses, don Tomás moría en el hospital, aquejado de un extraño mal de tristeza.

2. *Don Martín de Márquez*

De este don Martín muy pocas noticias he podido alcanzar. Me aseguran que regresó a México hace unos años y que allá ejerce pacíficamente su vocación de maestro. Éste trabajaba en Empedrado, provincia de Corrientes, ramo de la Defensa Agrícola. Pero nunca dejaba de ser maestro y hacer buena propaganda de las cosas de su país. La prueba es que un día se me presentó un jovencito correntino, lleno del ansia de cultura que don Martín le había inculcado, y muy al tanto de la vida de México. De memoria me recitó versos mexicanos, me habló de nuestros libros, de nuestros conflictos y nuestros empeños sociales.

—Y todo eso lo sé por mi maestro, don Martín de Márquez, el mexicano.

3. *La familia García*

Cierto periodista argentino que vivía en Norberto de la Riestra tuvo trato allá con una familia mexicana. Aquella familia fue la primera que emprendió el cultivo del algodón (precursora de nuestro amigo Figueroa), cultivo que después comenzó a generalizarse en el Chaco.

Además del matrimonio de viejos, había dos hijos varones y dos mujeres, y otro hijo era sacerdote en México. Los hijos habían militado en la revolución. El más joven era bebedor y enamorado. Un día cayó en huracán sobre la casa de su novia. Hubo pendencia y las consiguientes desgracias. Pero desviemos los ojos de sus errores y hablemos ahora de las muchachas García.

Criadas en un convento, conservaban con celo sus tradi-

ciones religiosas, y no les costaba nada ponerlas de acuerdo con los hábitos belicosos contraídos por la gente del campo durante los años de lucha civil. Se carteaban con el sacerdote su hermano, que siempre les contaba cómo iba ya floreciendo aquella tierra.

En conversaciones con el periodista, le fueron comunicando el interés por México, y hasta el culto de Pancho Villa. Para aquellas criaturas, Villa era la encarnación del justiciero providencial, del hombre airado a quien le falla la ley, del que quiere con la espada separar a los buenos y a los malos, del bandido generoso al modo de Roque Guinart, a quien Cervantes enfrentó un día con 'Don Quijote'. Pero yo sospecho que el periodista se ha confundido en sus recuerdos, y trastrueca a Villa con Emiliano Zapata, confusión frecuente en el extranjero.

4. *El coronel Lozano*

Esta vez narra sus recuerdos don Juan Carlos Blanco, ex-ministro en varios Gabinetes del Uruguay, ex-ministro en Francia, y luego embajador en la Argentina y en el Brasil.

Cuando su primer viaje a París, él sólo contaba 24 años, y se encontró con un viejo mexicano de 80, cuyos consejos y sabiduría dejaron honda huella en su ánimo juvenil.

Aquel vigoroso viejo era el coronel Lozano, diputado vitalicio de Porfirio Díaz. Las credenciales le llegaban por correo, de vez en vez, haciéndole saber que el voto popular —bestia ignota— lo había ungido para representar ante el Congreso, pero desde París, a tal o cual entidad federativa cuyo nombre él mismo escuchaba por vez primera.

El coronel vivía en el Hotel Continental, que era el mayor lujo de entonces —donde vivió el decano diplomático de París, el costarricense Marqués de Peralta— y solía encontrársele de palique con dos mujeres hospitalarias.

—Con dos señoras, querrá usted decir —rectificaba al instante el coronel. Y explicaba luego—: Usted que es joven, apréndase bien esta regla: toda mujer a quien usted acompaña es una señora.

Y después, ante las confidencias del mozo en busca de

consejo, el coronel le acariciaba el hombro y le decía con la voz de la persuasión:

—En todas las cosas hay dos caminos, y el escoger depende de nuestra voluntad: el camino fácil y el complicado. Si sigue este último, le va mal y se vuelve loco. Si usted sigue aquél, ni le va mal ni se vuelve loco.

No se encuentran con un coronel Lozano como éste todos los mozos de veinticuatro.

5. *El coronel Zevada*

Don Manuel Ismael Zevada, que se decía coronel y contaba haber presenciado el fusilamiento de Maximiliano, con los inevitables detalles sobre cómo no se dejó vendar los ojos y ofreció su reloj al oficial del pelotón, apareció un día en el Brasil, hizo grandes negocios en Minas Gerães y en otras partes, estableció el juego en Poços de Caldas, llevó una vida fastuosa de nabab en compañía de su linda esposa mexicana, donó una fuente pública a no sé qué ciudad brasileña (creo que es Petrópolis, donde la fuente que hay junto a la Prefectura ostenta un trofeo mexicano), y al fin se arruinó por culpa del maldito juego, en términos tales que sus amigos tenían que pagarle la inscripción de su hijo en la escuela. El ministro Afranio de Mello Franco me asegura que Zevada fue el verdadero inventor del "Jogo do Bicho", de que el Barón de Drummond fue un mero ejecutor. Esta lotería de animales, juego parásito y clandestino más tarde, que acompaña subrepticiamente a la lotería oficial, como las quinielas, fue bautizado originalmente con el nombre de "Agave americana". Su historia, uno de los capítulos más pintorescos en los anales policíacos del Brasil, aunque hoy por hoy se desenvuelve en los barrios sórdidos o, por lo menos, entre las clases más humildes —bien que con las consabidas contaminaciones aristocráticas que también acompañan siempre a la brujería y al espiritismo—, tuvo un arranque ilustre. El juego estaba instalado en la calle más lujosa de aquel tiempo, la Rua do Ouvidor, de donde pasó al Jardín Zoológico de Villa Isabel. Los eruditos trazan su origen en Cambodge, donde fue prohibido desde 1888. Pero en la tierra carioca

sufrió profundas metamorfosis, al sustituirse las imágenes animales, que eran izadas en una cesta, por los finales de los números premiados en las loterías y por un sistema complicado de correspondencias entre cifras y animales, que da cabida a toda el Arca de Noé. De modo que el que sueña con un animal —presagio seguro— siempre encuentra o el animal mismo, o su correspondencia en la serie. En las viejas caricaturas de Angelo Agostino se aprecia el proceso de la creciente campaña contra el Juego del Bicho; ya es el Barón de Drummond, en carretela abierta tirada por un camello y un asno, que huye cargado con sus sacas de dinero, bajo la pedrea de los periódicos; ya es la fauna misma que escapa, ante la azorada multitud, al parecer en el fondo la policía. La verdad es que el bueno del coronel Zevada "hizo roncha" en el Brasil, como decimos en México.

IV. Don Lorenzo M. Ceballos, ayo de Güiraldes

Ricardo Güiraldes vive todavía con vida intensa en el recuerdo de sus familiares y en la evocación de sus amigos —lo son desde luego los argentinos todos—, de tal suerte que yo, en mi devoción por aquella memoria, me atreví a creer que podía reconstruir al hombre por sus rastros. Me deleitaba oyendo hablar de él a Adelina, la esposa, y a don Manuel, el padre. ¡Horas inolvidables consagradas a esta rara escultura en saudades, a este dibujo en idea pura, para ir sacando la imagen del gran argentino con quien nunca pude encontrarme! Su obra fundamental, *Don Segundo Sombra,* señala una época en la literatura del Sur, llevando a su extrema clarificación el tipo de la narración gauchesca. Y su persona fue un compendio armonioso de las cualidades más argentinas.

Don Manuel me dio un día una grata sorpresa: el espíritu mexicano no fue ajeno a la primera modelación del niño Ricardo Güiraldes. Ricardo Güiraldes tuvo un preceptor mexicano. No saquemos las cosas de quicio, pero convengamos en que con menos demuestran algunos filólogos que Dante perteneció a la raza germánica.

Era un domingo, y yo salí a dar unos pasos por la plaza

San Martín, donde venían los niños de las escuelas cantando en coro. Don Manuel los escuchaba con visible emoción: ¡aquello le gustaba tanto a Ricardo! Y fue así como, de noticia en noticia, llegamos hasta don Lorenzo M. Ceballos, el ayo de Ricardo Güiraldes. Adelina ha tenido después la gentileza de comunicarme los siguientes datos:

> Conocí a don Lorenzo en junio de 1913. Tendría entonces unos sesenta y siete años y vivía en casa de los Güiraldes, muy querido y respetado por todos. Era un señor bajo, menudito, pies y manos finos y pequeños, calvo y de bigotes blancos, con unos ojillos muy vivaces y mucha firmeza en la serena expresión. Para esa época, hacía tiempo que había dejado de ser profesor de los muchachos, y tenía un puesto en la administración del Jockey Club. Al poco tiempo de casada, me hice muy su amiga y tenía grandes charlas con él, puesto que vivíamos en la misma casa. Como a los dos años, decidió alquilar un departamento y vivir solo, porque tenía miedo de incomodar. Nuestra familia iba creciendo y cambiando. Fue un dolor para todos, pero así son las estúpidas exigencias de la vida. Naturalmente que lo visitábamos muy a menudo. Hasta que, de pronto, su salud comenzó a mermar y sus años a dejarse sentir. Le daban vahidos y las piernas no le obedecían. Tuvo que encerrarse en su casa, lo que le afectó mucho. Esto pasaba por 1918. Yo estaba enferma; pasé cinco meses en cama y, no pudiendo acompañarlo, le escribía casi a diario para alegrar un poco su soledad, contándole cuanto me pasaba por la cabeza, mandándole hasta los poemas que escribía para Ricardo, y llamándole siempre abuelo.
>
> A la madre de Ricardo le oí contar algunas veces cómo encontraron a don Lorenzo y qué bendición fue para ellos. Creo que esto aconteció por 1897. Lola buscaba un profesor que viviera con los chicos, y unas monjas le recomendaron a un señor mexicano recién llegado. Don Lorenzo llevaba siempre en la cadena de su reloj la última libra esterlina que le quedaba cuando entró en la casa de los Güiraldes. Éstos se dieron cuenta al instante de que se trataba de un verdadero señor, y como a tal lo distinguieron. El abuelo paterno de Ricardo se deleitaba charlando con él. De su vida pasada jamás hablaba, ni de su familia y antiguas amistades. Para él todo eso parecía haber muerto al salir de su patria. Su vida, en este apacible destierro, fue siempre de grande austeridad.
>
> Un día, al regresar de un viaje a Europa, Manolo, hermano mayor de Ricardo, se encontró a bordo con un ministro mexicano en el Brasil, que abrió tamaños ojos al oírle nom-

brar a don Lorenzo y le preguntó: —¿Pero vive aún Ceballos? ¿Dónde y cómo se encuentra? Y así le fue revelando que nuestro don Lorenzo había sido, en su país, un personaje de fortuna, diplomático y enemigo de don Porfirio Díaz, quien lo desterró tras de confiscarle sus bienes. Castelar lo cita en algunos de sus libros, y entiendo que fue cónsul en Francia. Era un espíritu selecto, fino y cultivado. Tenía adoración por Ricardo, y se conmovía al oírme decir que los libros de Ricardo eran nietos de don Lorenzo. Ricardo, por su parte, lo quería entrañablemente y veneraba en él aquella nobleza de carácter, aquel temple y voluntad inflexibles. No cabe duda que las duras lecciones de la vida habían hecho de él un verdadero filósofo. Aunque muy comprensivo, le asqueaban las blanduras cobardes, y usaba de su cortesía exquisita para conservar la distancia. En sus últimos años, lo cuidaba una señora francesa, cuya hijita era la alegría de su casa. Murió días después que Ricardo, y se nos fue sin saber que Ricardo había fallecido.

Desde México, la diligencia de Jesús Guzmán y Raz Guzmán ha podido proporcionarme las siguientes informaciones:

> Lorenzo M. Ceballos: el 15 de mayo de 1874 se le nombró agente comercial privado en Marsella, en tiempos del ministro Lafragua. En 30 de mayo de 1875 pidió licencia por tres meses a causa de enfermedad, y en 24 de octubre de 1876 el ministro Romero Rubio lo nombró agente en Manchester, donde comunicó al gobierno haber instalado su oficina el 15 de diciembre del propio año. Parece que tiene un hijo en México, quien, en sus raros momentos de intimidad, muestra pergaminos de su familia, y el Dr. Mestre Ghigliazza duda si se tratará de un hermano del general don José G. Ceballos, gobernador del Distrito Federal en tiempos de don Porfirio. Cree recordar que este señor, si es el mismo, fue propietario de cierto lugar de recreo llamado Tívoli Ceballos.

Las cartas de don Lorenzo a Adelina y a Ricardo revelan un verdadero talento epistolar y una gran ternura, pero no nos descubren un solo rincón de aquel misterioso pasado. En vista de noticias tan incompletas y dispares, nos encontramos como aquel personaje de Morand que, oyendo a tres distintas mujeres hablar en términos inconciliables de un mismo amigo muerto, tenía la impresión de que había perdido a tres amigos.

Monterrey, *Buenos Aires, VI-1937.*

LAS FRASES HECHAS DE LA HISTORIA

La abstención de ocho repúblicas sudamericanas es comprensible.
Crítica, 4 de octubre de 1937.

Se ha dicho que una ciencia no es más que un lenguaje bien construido, y por cierto que la química se ha atribuido la gloria de corresponder, mejor que otros ramos del conocimiento, a tan elegante definición.

La historia también tiene un lenguaje, mucho menos riguroso y —para decirlo en una palabra— más bien literario. De cuanto en cuando, Clío acuña una frase de fácil circulación, una fórmula que resume toda una situación histórica.

El estudio de estas fórmulas debiera considerarse como una ciencia auxiliar de la historia; auxiliar, hasta donde puede serlo una síntesis, un catálogo de resultados, que no sería otra cosa esta colección de frases lapidarias. Ello interesa a la filología, a la historia de las civilizaciones. También interesa a la política.

Talleyrand, maestro sutil, revela un afán constante por renovar el vocabulario político. Las nuevas fórmulas permiten ver los sucesos bajo una nueva luz, y de una vez orientan sobre la interpretación que a ellos quiere darse. Talleyrand se inclina con atención sobre todo lenguaje naciente. Todos recordamos alguna experiencia personal sobre el esclarecimiento que trae consigo una nueva y adecuada expresión. Los hombres de hoy, por ejemplo, testigos del auge del materialismo histórico, conocen la conveniencia de contar con un lenguaje especial: nos ahorra el esfuerzo de descubrir el Mediterráneo por cuenta propia, de buscar trabajosamente la definición de lo que ya está definido.

Algunos ejemplos nos ayudarán a explicarnos mejor, y de paso amenizarán esta discusión un poco abstracta:

La Chambre Introuvable. A la restauración de Luis XVIII, se trataba de "reconciliar a Francia con los Borbones" (otra frasecita de la época). Todos los partidos de la reacción entienden que llegó la hora del desquite contra imperialistas y revolucionarios. En pleno "terror blanco" (otra frase más a la cuenta), se forma una Cámara de "ultras" (y sigue). El rey, entusiasmado, la llamó "la Chambre Introuvable"; como quien dice, el mirlo blanco, lo que no creen mis ojos, el garbanzo de a libra. Poco le duró el entusiasmo, porque esta Cámara hizo tantas y tales cosas, que entró en conflicto con el rey, medio liberalón en el fondo, medio indiferentón y no mala persona, el cual tuvo que disolverla. Algunos, traduciendo literalmente, piensan que también pudiera llamarse "Cámara *introuvable*" a aquella que no se encuentra por ningún lado, porque los representantes no despachan los negocios ni concurren al *quorum;* pero sus razones tendrán.

El Rey de los Emigrados. Si se llamó así a Carlos X, fue porque éste —después del fracaso de Luis XVIII por las vías de la moderación— representaba el espíritu de venganza contra la democracia y contra las ideas napoleónicas; el espíritu que, en la emigración, se había apoderado de la antigua nobleza, la cual volvía a Francia dispuesta a arrasar con la gente del Imperio y con las "ideas disolventes" (frasecita). No lo logró. La llamada, con otras fórmula, "Revolución de Julio" dio otra barrida, y sobrevino la "Monarquía de Julio", con

Felipe-Igualdad: así llamado, y también "el Rey Burgués", porque, como debía la corona a un entusiasmo de las calles de París, aunque para las Potencias se mostraba muy moderado, para el pueblo se esforzaba por aparecer muy sencillo, distribuyendo apretones de manos, viviendo muy a la pata la llana, andando a pie. Este engaña-bobos le aprovechó por mucho tiempo; pero ya gruñía, en la sombra, Louis Blanc. Hay tres sombrillas célebres en la historia, y la sombrilla parece atributo natural del buen vecino: una es ésta de Luis Felipe; otra, la del Negus de Abisinia, a quien se llama, en estilo protocolar, "el León de Judá"; finalmente, la triste sombrilla de Chamberlain.

El Hombre Enfermo. Así se llamaba tradicionalmente al Imperio Otomano que, tras de conocer días de grandeza, venía decayendo y nunca acababa de morir. Las Potencias rodeaban el lecho del agonizante, prontas a acaparar los fragmentos de aquel desmembrado poderío. Los polvorines balcánicos estallaban uno tras otros. Cuando Europa se acerca, la desmembración es ya inevitable. Rusia, en San Estéfano, quiere despacharse con la "cuchara grande". Pero la detienen sus hermanas del Continente y de la Isla. Y ahí queda el problema balcánico en estado de perenne amenaza, para seguir provocando conflictos, hasta llegar al atentado de Sarajevo, que incendió a Europa. De las cenizas nació una nueva Turquía que ya no es un hombre enfermo. En aquella época lejana, las Potencias eran muy crueles: acudían como las hienas rondando al moribundo, dándole una que otra dentellada. Hoy, ya se sabe, no harían lo mismo, "ni por todos los tesoros de las minas de España".

La Familia Enferma. Así se llama, en nuestra América, al heroico grupo de Juárez y sus ministros, en la época en que, caído el país en manos de invasores (por culpa de algunos nacionales que "defendían la civilización"), andaban los patriotas como una pequeña partida trashumante, refugiándose hoy aquí y mañana allá, y huyendo en coche de un lado para otro, mientras reorganizaban la defensa nacional que los llevó al triunfo. Claro que, por andar de familia enferma, mucha gente de buen corazón los consideraba perdidos. El perdido fue Maximiliano, y también sus sanos generales.

El Peligro Amarillo. Esta fórmula, precursora de la "depuración racista" y otras semejantes, fue lanzada por el emperador de Alemania, Guillermo II, el más periodista de los emperadores, cuando Europa se ponía de acuerdo para dividirse el Lejano Oriente y evitar que por allá surgiera algún Estado capaz de imitar los procedimientos europeos. Más tarde, Guillermo debió de contemplar con sentimientos muy encontrados los distintos matices que el tiempo y los juegos y entrejuegos de las Potencias han ido dando a ese color amarillo.

La Pólvora Seca. He aquí otra feliz expresión del Kaiser. No ha perdido su actualidad. Tener la pólvora seca es estar pronto para atacar en cualquier instante. ¡Oh monotonía de la historia! Esto se decía en aquellos tiempos, tan parecidos a los de ahora. Sólo que hay Estados que necesitan años para secar su pólvora.

Los ejemplos, de todos tiempos y países, podrían multiplicarse sin límite: la "Cámara azul horizonte", en la Francia de la Guerra Europea; la "viuda influyente", en la Argentina; "la de los tristes destinos", como se llamó a Isabel II, y lo ha popularizado Galdós en sus *Episodios Nacionales,* etc.

Y ahora nosotros, pensando en lo que acaba de acontecer en Ginebra a propósito de la cuestión de España, proponemos la adopción de esta nueva fórmula: "Los Ocho Pecados Capitales." El epígrafe de esta nota aclara suficientemente la intención candorosa de nuestro pequeño entretenimiento verbal sin trascendencia.

La Nueva España, *Buenos Aires, 21-X-1937.*

NICOLÁS AVELLANEDA

[1837-1885]

La Argentina acaba de conmemorar el centenario de Nicolás Avellaneda, su tercer gran Presidente después de Mitre y de Sarmiento. Esta breve vida de periodista, orador, legislador, gobernante y catedrático está preñada de enseñanzas y ejemplos, fue rica en provechos nacionales y marca una era en la organización constitucional de la República. Nicolás de Avellaneda y Tula, el abuelo, revolucionario de la primera hora, figura en las asambleas incipientes y llega a gobernador de Catamarca. Marco M. Avellaneda, el padre, fue gobernador de Tucumán, y fue también jefe, tribuno y hasta mártir de la Liga del Norte contra Juan Manuel Rosas. De modo que la sola tradición de familia lo arrastraba a los debeıes públicos. Su vida se desenvuelve en varias etapas discernibles.

Muy niño, sufre la inmolación de su padre entre las calamidades del aciago año de Cuarenta, y sale a conocer el destierro. Los que padecen choque tan afrentoso en la época en que se construye el carácter tienen que echar cuentas con su alma. Optan de una vez para siempre entre el rencor y la concordia. Siervos de su propia *vendetta* si escogen lo primero, porque el odio ata mucho más que el amor, desde que no lleva en sí —como éste— las fuentes de su redención. Si escogen, en cambio, lo segundo y salen victoriosos del trance, merecerán siempre la confianza del pueblo, al que ya jamás podrían arrastrar a la locura. Ésta es la suprema prueba: dígalo quien lo haya padecido.

Vuelve a Córdoba, en cuya Universidad cursa derecho, y aunque sin graduarse todavía, se arma lo bastante para aparecer, poco después, en el periodismo de su tierra (Tucumán), donde precozmente colabora, y dirige diarios como la *Guardia Nacional* y el *Eco del Norte*. Su estilo, hecho de elocuencia y precisión, empieza a formarse. Y siente el imán

de la gran ciudad, incontrastable entre la habitual angustia de nuestra vida provinciana.

Ya está en Buenos Aires (1857). Gana en la mayor Universidad el título que le faltaba. Pronuncia un célebre discurso en la Academia de Práctica Forense. Los grandes diarios le abren sus puertas. Trabaja en *El Comercio del Plata,* que dirigía Miguel Cané el viejo; y alcanza la consagración del periodismo cuando sustituye, en *El Nacional,* a Juan Carlos Gómez. Pronto será diputado. La Universidad le confía su cátedra de Economía Política, fundada por Rivadavia e inaugurada por Vélez Sarsfield. Su *Estudio sobre las leyes de tierras públicas* da la medida de sus conocimientos.

Venciendo las desconfianzas regionales, el gobernador de la provincia de Buenos Aires, Adolfo Alsina, lo lleva a su gabinete local como Ministro de Gobierno (1866). El joven ministro, inaugurando una práctica hasta entonces desacostumbrada, publica una detallada y lúcida memoria de su gestión. Sarmiento, que anda en Nueva York, repara en la memoria y toma nota del autor. El ministro Avellaneda ha renunciado al cargo, porque se niega a sancionar la destitución de algún probo subordinado. Además, se acerca la lucha presidencial entre Alsina y Sarmiento, y Avellaneda declara lealmente que se inclina por el segundo. La sencillez y firmeza con que Avellaneda fija siempre su posición le merecerán el aplauso de los mismos a quienes no acompaña. Avellaneda siembra aquí un germen de respeto en el ánimo de Alsina, que más tarde producirá sus frutos.

Sarmiento es Presidente. Lo nombra Secretario de Instrucción Pública (1868). Avellaneda, desde su gran Ministerio, difunde la cultura, reforma la enseñanza, crea escuelas, abre bibliotecas, funda el Observatorio Astronómico de Córdoba e inaugura en aquella ciudad la primera Exposición Argentina, donde pronuncia otro de sus históricos discursos. Su labor educativa, y su constante presencia en el Parlamento para defender y explicar la gestión del Ejecutivo, han hecho de él un personaje consular, al aproximarse el cambio de gobierno.

Candidato presidencial, tiene ante sí la agitada contien-

da de dos grandes partidos: a un lado, Mitre; a otro, Adolfo Alsina. Alsina renuncia en su favor, lo que determina su triunfo. Pero llega a la presidencia en medio de una lucha civil. Se apoya en los alsinistas para reducir a los mitristas. Lejos de empeñarse en destruir a éstos o de enfrascarse en esas intrigas que aún se llaman maquiavélicas, concilia a los bandos enemigos y, a la vez que así se emancipa de su tutela, organiza la política nacional. Aquí reveló toda su altura, aquí sacó la lección templada de su infancia: aquí le sirvió la orientación que un día escogió en el silencio de su conciencia infantil: aquí demostró su energía de concordia, su fuerte capacidad de equilibrio y conciliación, que nunca debe confundirse con la elasticidad enfermiza. Quería gobernar para su pueblo, y embarcaba en su acción cuanto había de constructivo en todas las inclinaciones del pueblo, considerándolas igualmente legítimas.

Tenía treinta y siete años. Graves problemas los de su presidencia: políticos, económicos, internacionales, de colonización, comunicaciones e inmigración. Puede apreciarse el sacrificio que se impuso en el orden fiscal, considerando que empezó su administración con un presupuesto de veintiún millones y la cerró con un presupuesto de dieciocho. No bastaba reducir los gastos y pagar con puntualidad la deuda extranjera. Había que aumentar la riqueza del país. De aquí la primera exportación de cereales a Europa, en seis barcos de 4,500 toneladas de trigo cada uno, que salieron del puerto de Rosario el 12 de abril de 1879, hecho capital en la historia de la economía argentina. Los ferrocarriles y telégrafos iban trazando los ensanches de la frontera económica en marcha para conquistar el desierto. Pudo volver al Tucumán de su infancia en la vía férrea que él mismo hizo construir. Perfiló los contornos de su país definiendo cuestiones de frontera, y enriqueció la vida de relación con los otros países firmando tratados de navegación, comercio, extradición. Cultivó cuidadosamente el sentimiento nacional, no sólo con la repatriación de los restos de San Martín, espada de la independencia, sino con la erección del monumento como el que consagró a Moreno, cerebro de la república, o la celebración del centenario del gran Presidente Rivadavia;

y todavía tuvo cuidado de promover ciertos festejos en que rindió tributo al pasado español. He aquí cómo resume su obra una pluma autorizada:

> En el gobierno del Doctor Avellaneda se salvó y afirmó para siempre el crédito de la nación en las plazas extranjeras, economizando sobre el hambre y la sed de los gobernados; lleváronse a feliz término las cuestiones pendientes con el Brasil y el Paraguay, se restablecieron las relaciones con el Uruguay; se obtuvo la incorporación de la República en las convenciones postales de Berna y de París; ensancháronse los ferrocarriles y los telégrafos; se edificó la Casa de Moneda; creóse la gobernación de Patagones para afianzar la soberanía argentina en una extensa zona y sustraerla a las pretensiones de Chile; se empezó la colonización del Chaco en forma previsora; se promovió y llevó a cabo la repatriación de las cenizas del Gran Capitán; sometióse al salvaje de las pampas y entregáronse 15,000 leguas al dominio de la civilización; se estableció la navegación del río Negro, anhelada desde los tiempos de la Colonia; y, por último, completóse la organización del país dándole a Buenos Aires como capital definitiva.

Y, en efecto, cuando dejó el mando entre nuevas agitaciones políticas y nuevos alzamientos, todavía logró sacar partido de la revuelta situación. La perspectiva electoral se abría con un dilema violento entre el Gobernador de Buenos Aires, Dr. Carlos Tejedor, y el ex-Ministro de Guerra, general Julio A. Roca. Entre estas luchas, el Congreso de 1880, comido por la angustia política, no tuvo tiempo de administrar. El levantamiento de Tejedor, a punto dominado, sirvió de reactivo para atacar y resolver de una vez un gran problema, problema heredado de Rivadavia y los primeros días de la Independencia: la República venía luchando por establecer el asiento de los poderes federales y fijar de modo permanente su jurisdicción exclusiva. Buenos Aires sólo era una capital de emergencia. Ahora bien, este problema parecía precisamente reservado a Avellaneda, que si algún día llegó al gobierno fue porque fundía en su persona las dos unidades creadas por la historia: la capital y la provincia. Y Avellaneda no faltó a su destino. Las fases de esta jornada pueden trazarse brevemente: traslado del Congreso a Belgrano, intervención de Buenos Aires y Corrientes, cesación de

diputados que se negaban a concurrir al quórum en la nueva sede, elecciones apresuradas para llenar las vacantes, caducidad de la legislatura de Buenos Aires y, finalmente, sanción de la ley que fija la Capital de la República. Avellaneda entrega a Roca, su sucesor, una nación mejor organizada y preparada ya para una nueva vida constitucional. Los trastornos que se produzcan de 1880 en adelante ya no afectan la unidad nacional.

En 1881 es Rector de la Universidad, a la que dotó con la ley que lleva su nombre, y al año siguiente Senador por Tucumán. Sus intervenciones públicas y sus discursos de esta época (y no hay que olvidar que su verdadera arma de gobierno fue la palabra) son la misma voz de la cordura. Un día decide aprovechar su quebranto físico para conocer París, el sueño de su vida. La enfermedad lo hace regresar a toda prisa, y fallece antes de tocar tierra, el 25 de noviembre de 1885.

Si el dolor y el perdón del niño explican en mucho el acierto del gobernante, otro mucho lo explica la imposibilidad de entregarse a las tentaciones de la comodidad y el regalo. Parece que los americanos de este temple son los hijos del infortunio y la escasez. Van desapareciendo conforme se enriquecen los tesoros públicos. Molicie y lujo de las clases privilegiadas engendrarán más tarde otros caracteres, otros hábitos y hasta otros modos literarios en nuestras amadas Repúblicas. No es error de perspectiva histórica, no, el que aquellos hombres nos resulten ahora de talla un poco gigantesca. Y es que la pobreza —la fiel compañera de Grecia, que decía Heródoto— tiene sus secretas virtudes.

El Nacional, *México, 7-XI-1937.*

LOS LITERATOS EN EL SERVICIO EXTERIOR DE MÉXICO

(Entrevista de despedida)

EL SERVICIO Exterior Mexicano (Diplomático y Consular) ha contado siempre entre sus filas con gente literaria, lo que no ha dejado de darle cierto perfil característico. Para sólo citar a los principales, y a riesgo de olvidar algunos, nombraré los que primero acuden a mi memoria, comenzando por los Ministros del Gobierno don Lucas Alamán y don Ignacio Mariscal.

Recuerdo, ante todo, a Manuel Eduardo de Gorostiza, que tendría unos diez u once años al comenzar el pasado siglo, que alternó las armas y las letras, peleó en España contra Napoleón, llegó a teniente coronel. Es comediógrafo famoso, como el otro mexicano Ruiz de Alarcón; escribió a los doce años su primer obra teatral. Desterrado de España por sus ideas liberales, se defendió con la pluma desde Londres, refugio, por aquella época, de algunos americanos atormentados, como Fray Servando Teresa de Mier, precursor y héroe de nuestra independencia. A partir de 1824, Gorostiza desempeñó varios cargos diplomáticos en representación de México; fue Ministro de Hacienda y de Relaciones Exteriores, entre otras cosas. Ya viejo, figura entre los bravos defensores de Churubusco contra la invasión norteamericana. Su nombre aparece en el *Catálogo de Autoridades*, de la Academia Española.

Lorenzo Zavala, político cismático e historiador eminente, sobre cuya vida de Ministro en París poseemos curiosos documentos —las memorias de su escribiente de Legación, que publicó Genaro Estrada—, es una figura de contrastes. Sus talentos no logran borrar el recuerdo de su actitud en la cuestión de Texas. José Luis Mora, campeón liberal, historiador y sociólogo de rara solidez, fue plenipotenciario en Inglaterra por 1847 y poco después murió en París.

Gabino Barreda, el filósofo positivista y gran reformador de la educación bajo el gobierno liberal de Benito Juárez, el fundador de la Escuela Preparatoria, célula y norma de la educación laica en el México moderno, uno de los nombres más altos del pensamiento mexicano, fue también Ministro en Alemania.

Manuel Payno, fértil y popular novelista de costumbres y aventuras, especie de Eugène Süe mexicano, autor de *Los bandidos de Río Frío*, desempeñó cargos consulares.

Ignacio M. Altamirano, uno de los "maestros" por antonomasia de las letras mexicanas, indígena puro que trajo a nuestra tierra cierta "métrica decimal del gusto", a la francesa, anterior al llamado Modernismo, liberal denodado en la política y defensor de la patria contra las huestes extranjeras de Napoleón III, anduvo también en comisiones del servicio, aunque no puedo ahora compulsar mis datos, pues redacto a la ligera estas notas, mientras me dispongo a un próximo viaje. Sí: ahora recuerdo que fue Cónsul en Barcelona y en París y falleció durante su paso por Italia.

Don Federico Gamboa, actual presidente de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española, naturalista en la novela, y memorialista, es bien conocido en la Argentina, donde fue Secretario diplomático en su juventud y organizó ciertas tertulias literarias que Quezada ha recordado en mil partes. Uno de sus títulos más claros al recuerdo de los argentinos es, sin duda (me lo recordaba la otra tarde don Carlos Obligado), la amistad que lo unió con el gran Rafael Obligado.

El historiador Luis Pérez Verdía; el humanista y poeta don Balbino Dávalos; el historiador don Carlos Pereyra; el escritor, novelista, historiador y "causeur" Victoriano Salado Álvarez, que iba dejando por las bibliotecas de las Legaciones, como recuerdo de su paso, algunos libros preciosos que contrastan con el carácter gris de las recopilaciones oficiales; Juan B. Delgado, el "poeta de los alacranes"; José Juan Tablada, poeta de eterna juventud... Ya se ve que abundan los nombres.

El gran maestro de tres generaciones, Justo Sierra, insigne educador y Ministro de Instrucción Pública, poeta, filó-

sofo, crítico, orador, historiador, incomparable en todos los órdenes, fue nombrado Embajador de México al Centenario de las Cortes de Cádiz, y murió en España sin haber llegado a cumplir su misión.

Joaquín D. Casasús, letrado, economista, humanista, poeta, vida elegante y superior, representó a México en Washington.

El periodista y político Juan Sánchez Azcona, hijo del de igual nombre que fue uno de nuestros primeros Ministros en Sudamérica, ha desempeñado varias comisiones diplomáticas.

Nuestro actual representante en la Liga de las Naciones, don Isidro Fabela, es un cuentista de limpia prosa.

Jesús Urueta, orador y estilista de vuelos, que aclimató en México el gusto de la prosa lírica y la Grecia francesa, murió en Buenos Aires, adonde llegó ya tan postrado que apenas tuvo tiempo de hacerse conocer de muy pocos, siendo aquí Ministro de México.

Y, naturalmente, Amado Nervo, a quien basta nombrar, murió en Montevideo desempeñando igual cargo. Había sido antes Secretario en París y Encargado de Negocios en España. Pertenece a la misma pléyade de Urueta: los creadores de la *Revista Moderna,* heredera de los timbres de la *Revista Azul,* donde el inmortal Gutiérrez Nájera (¡ay, que sólo con la mente vivió en París!) lanzó para toda América la voz de la nueva poesía.

Sí, Luis G. Urbina, el dulce y filosófico "viejecito", a quien puede aplicarse la definición que su maestro Justo Sierra aplicaba a Gutiérrez Nájera —"flor de otoño del romanticismo mexicano"—, se confunde con esta pléyade, aunque comenzó antes como niño precoz. Fue diplomático en Madrid, y trajo alguna comisión al Plata. Murió en Madrid, poco después de sobrevenir la República, donde —entregado a investigaciones históricas— era el amado vecino a quienes todos conocían y buscaban, y disfrutaba de cierto prestigio de consejero y confesor parecido al de Nervo. En ambos es notable el desarrollo de la prosa, de que llegan a ser maestros en la última mitad de su obra.

Ciertamente, Urbina es contemporáneo del sabio crítico, agudo polemista, cervantista ejemplar, psicólogo de la his-

toria literaria y fino poeta de tono menor que fue Francisco A. de Icaza, Ministro en Berlín y en Madrid. Y el recuerdo de esta figura nos lleva al de su maestro en letras y en diplomacia, a cuyas órdenes vistió Icaza la primer casaca bordada, en tiempos en que todavía usábamos uniforme. (Fue suprimido, así como la ridícula espadita de salón para asustar a las damas, en 1922.) Me refiero al principesco general Vicente Riva Palacio, poeta de corte clásico, abundante novelista de bien documentadas reconstrucciones coloniales, curioso historiador, hombre de ingenio deslumbrante y de epigramas de fuego que, siendo Ministro en Madrid, paseó por aquella Corte su maestría mundana y su grande autoridad personal. "Pero usted, general —le decía la todavía joven Emilia de Pardo Bazán, asombrada de su cultura—, habrá venido a estudiar, de muchacho, a España, ¿no es verdad?" "No, señora —le retrucó el general—, he venido a enseñar, de viejo." Y la verdad es que su secretario Icaza, que en algunos rasgos lo recuerda, heredó de él este don del epigrama oportuno, porque las frases de Icaza corrían por Madrid como la última palabra sobre cualquier incidente literario, y la gente moza se juntaba a oírlo conversar cuando aparecía por el Ateneo. He visto anunciado estos días en algún salón de Buenos Aires un film mexicano que entiendo está inspirado en alguna novela de Riva Palacio. Aunque muy devoto del cine, no he tenido tiempo para asomarme a verlo.

Enrique González Martínez, el primer poeta vivo de México, hombre de corazón de oro, fue Ministro en Chile, en la Argentina, en Madrid, continuando la hermosa tradición.

Alfonso Cravioto, animador de *Savia Moderna,* de quien ya he tratado con más detenimiento en mis libros, no hizo más que pasar por Buenos Aires, camino de su Embajada en Chile.

Y también han llegado hasta el Plata el poeta del "Mayab", Antonio Mediz Bolio, quien también anduvo en España, Colombia y Suecia, cuyo libro *La tierra del faisán y del venado* —que tuve la honra de prologar— todos recuerdan; Rafael Cabrera, que aunque dejó la poesía hace muchos años, sigue siendo uno de nuestros más diáfanos poetas; Jaime Torres Bodet, una de las primeras organizaciones literarias

que ha dado México en los últimos tiempos, tanto en el verso como en la prosa, y que nos ha representado en Italia, París, Bélgica, Holanda, la Argentina; Francisco Orozco Muñoz, alma fina y pluma templada.

Y en comisiones pasajeras, el inspirado José Vasconcelos y el autorizado maestro filosófico Antonio Caso, a cuya generación se me suele juntar porque yo era el "benjamín" del grupo, aunque ellos habían acabado su carrera de Derecho (a seis años de distancia) cuando yo comencé la mía. Tampoco se pueden negar dones e inquietudes literarias al infatigable don Carlos Trejo y Lerdo de Tejada —aunque no sea propiamente un literato—, mi inmediato predecesor como Ministro en Buenos Aires, cuando yo vine aquí en 1927, como primer Embajador permanente en la Argentina.

Yo no sucedí inmediatamente a Amado Nervo en Madrid. Entre él y yo habían pasado, para sólo hablar de literatos, Urbina y Mediz Bolio. Pero es verdad que yo me puse a la escuela burocrática de Nervo, que era excelente en el despacho de los negocios; me hice traer todos sus registros y diarios de trabajo oficial, y los continué donde él los había dejado. Hice entonces adquirir para nuestra Legación en Madrid (sólo convertida en Embajada con la República Española) una cabeza de Nervo, obra del pintor andaluz Vázquez Díaz, que —me figuro— aún seguirá ornando el salón de honor. El retrato del Presidente mexicano ocupaba, sobre una mesa, un lugar solemne, pero —como corresponde a las jerarquías eternas— algo más modesto que el del poeta que había sido jefe de aquella casa. Breve tiempo pasó por aquella Legación don Miguel Alessio Robles, escritor, periodista, político, orador, historiador regional. También fue Ministro en Suecia el historiador y polemista don Vito Alessio Robles, hermano del anterior.

Sobre Genaro Estrada, recién desaparecido, me he explicado en un artículo publicado no hace muchos días en *La Nación*.* Ministro de Relaciones Exteriores y Embajador en España, deja un vacío inmenso en nuestras letras, donde era animador de raros dones. Puedo decir que, en manos de ese

* Recogido en mi libro *Pasado inmediato*.

llorado amigo, hasta el diario papeleo ministerial adquiría las precisiones y los encantos de una obra de arte.

No he agotado la lista, ni con mucho. Efrén Rebolledo fue un poeta que hacía, como Gautier, esmaltes y camafeos, con clara conciencia de su oficio, algo parnasiano y tocado por la musa erótica. Decían de él que se había ido a casar a un país escandinavo (que para la representación tropical es ya como el Polo Norte) a fin de disfrutar de una noche nupcial de seis meses.

Eduardo Colín, poeta y crítico de gran condensación; Artemio de Valle-Arizpe, nuestro primer colonialista, hombre de peregrinas noticias en cuanto al arte y a la tradición mexicanas se refiere, artífice primoroso; y mi predecesor en mi segunda Embajada en Buenos Aires, el Dr. José Manuel Puig Casauranc, ensayista y cuentista de agudos asuntos, estaban faltando en mi anterior enumeración.

En comisiones afines al Servicio, aunque transitorias, han andado también mi estricto contemporáneo Julio Torri —prosa de magia pura— y el poeta de rumores acuáticos, Carlos Pellicer; ambos han dejado en Buenos Aires recuerdos y amistades.

Figuran o han figurado, además, en cargos consulares o diplomáticos, José Gorostiza, lírico de inspiraciones "soledosas" al modo de los trovadores galaico-portugueses; Enrique Munguía, poeta y prosista de aguda inteligencia, actualmente en la Oficina Internacional del Trabajo; Daniel Cosío Villegas, cuyas actividades de sociólogo y economista, a que ahora se entrega casi exclusivamente, no hacen olvidar al literato de las *Miniaturas mexicanas*, caso semejante al de Eduardo Villaseñor, en quien los números y las letras se reparten el alma; Antonio Castro Leal, prosista de raza que anda algo atrasado (¡pero él cumplirá!) en las tareas que se debe y nos debe; ensayistas, comediógrafos, poetas, como Salvador Novo, Manuel Maples Arce, Luciano Joublanc Rivas, Carlos Barrera, Gustavo Villatoro, Francisco Navarro Aceves, a quienes ya sólo saludo de pasada.

Nuestro actual Embajador en el Brasil, José Rubén Romero, poeta y novelista de mucho sabor del terruño; nuestro Embajador en los Estados Unidos, el universal Francisco

Castillo Nájera, que ha viajado todas las zonas, ciencias, artes, historia, folklore, etc.... No acabaríamos. Hay que dar punto final, pidiendo perdón por los involuntarios descuidos de esta charla apresurada y desordenada. Aseguro que, en esta materia, como de Lope de Vega se dice en *La República Literaria,* la naturaleza se confunde con su misma abundancia.

La última pregunta que se me plantea en esta entrevista es ya más difícil de resolver, porque el profetizar siempre fue orillado a muchos errores. No sé si esta tradición tiende o no a conservarse en el porvenir. Sólo recuerdo que el Presidente Cárdenas, en reciente discurso *coram populo,* ha afirmado que en el pueblo mexicano se siente un gran anhelo de renovación de hombres.*

Buenos Aires, diciembre de 1937.

* *Vida de Iraq,* **Buenos Aires, II-1938.**

ECOS DE LA INTERVENCIÓN FRANCESA

La juventud de Montevideo había resuelto honrar al general Zaragoza con una medalla de oro, conmemorativa de la victoria de Puebla. Llegó la noticia de su fallecimiento, y la medalla fue enviada a Benito Juárez, a través del ministro de los Estados Unidos en Buenos Aires, Robert C. Kirk, quien la mandó al Secretario de Relaciones de Lincoln, Seward, el cual a su vez la entregó a Matías Romero, representante mexicano en Washington.

Entre el entusiasmo y la agitación que el triunfo de Puebla produjo en Buenos Aires —manifestaciones, sesiones patrióticas, etc.— descuella la figura del joven tribuno argentino Dardo Rocha. Se pensó entonces en enviar a México alguna expresión de la solidaridad argentina. Pero sobrevinieron la "revolución colorada" del general Venancio Flores, en el Uruguay, y la amenaza de Francisco Solano López, desde el Paraguay, aliado con elementos argentinos y uruguayos. Y estalló la guerra del Paraguay.

En México, las desgracias se acumularon sobre la primera victoria. Forey vence a Puebla en 1863 y gana el bastón de mariscal. Juárez y sus escasos amigos presentan en la historia aquel cuadro de persecución que conocemos con el nombre de "la familia enferma". Maximiliano cree poder dar por concluida la lucha el 2 de octubre de 1865. Juárez huía y se reorganizaba en el Norte. Y ya rehecho avanza de triunfo en triunfo hasta la hora de los destinos, la hora de Querétaro.

Después del triunfo de Juárez contra la intervención extranjera en México, causa que había sacudido a todo el continente, nació la idea de dar el nombre del libertador a alguna población argentina. El partido de Necochea (provincia de Buenos Aires) medía más de 500 leguas cuadradas, y sus habitantes tenían a veces que emprender jornadas de 40 leguas para ir al juzgado o para sacar una "guía de campaña de remoción de hacienda" (ganado). El gobernador de la

provincia era Adolfo Alsina, y sus ministros, Nicolás Avellaneda (Gobierno), futuro Presidente de la República, y Mariano Varela (Hacienda). El Ejecutivo propuso a la Legislatura la división de Necochea: una porción conservaría su antiguo nombre, y otra se llamaría Juárez (artículo 3º del proyecto).

El senador informante, Antonio Acosta, dio un dictamen favorable: "El nuevo partido —dijo— lleva un nombre que está recomendado por sí mismo." Es, añadía, el de "un gran americano que con una resolución y una voluntad inmensas, ha restablecido en su país las instituciones republicanas, derrocadas por la invasión extraña". Así pensaban entonces los representantes del pueblo argentino. El senador Miguel Estévez Saguí manifestó que, aunque enemigo de conceder este género de honras a los vivos, daría excepcionalmente su voto, por tratarse del nacional de un país distante. Acosta abundó en su sentir, insistiendo en que no podría tachárseles de aduladores, y en los grandes servicios prestados por Juárez a las instituciones republicanas. Haedo apoyó.

En la Cámara de Diputados, el informante fue Luis A. Huergo, y también se obtuvo dictamen favorable de la comisión. El Dr. Rocha pidió el despacho con urgencia. Aprobóse en lo general el proyecto, y luego los dos primeros artículos. El tercero, sobre el nombre de Juárez, provocó una discusión. El diputado José A. Ocantos proponía, en vez del nombre de Juárez, el de Puebla, por parecerle el más indicado, en memoria de las jornadas heroicas, para recordar el sacrificio de los mexicanos, en lugar de "el de un hombre a quien todavía falta juzgarse por la posteridad", frase no sólo gramaticalmente ingrata. Se adhiere a la modificación el diputado Eduardo Olivera. Y, cuando ya parecía que ella iba a prosperar, el Dr. Rocha, que había manifestado la necesidad de proceder con urgencia, advirtió que esto importaría demorar el proyecto, devolviéndolo a la Cámara de origen; y añadió, apoyando una indicación de Carlos Saavedra Zavaleta, que la designación del nombre correspondía, en rigor, al Ejecutivo, y bien podía aceptarse el ya aprobado por el Senado. Félix A. Benítez observa que, si "Puebla no es más que el efecto, la causa es Juárez", y es la merece-

dora del tributo. Y el artículo se aprobó contra seis votos, que por lo demás no eran adversos al homenaje concedido al pueblo mexicano. "Hay más altura en rendir culto a un pueblo que a un hombre", había dicho Ocantos.

La ley fue sancionada exactamente el 9 de octubre de 1867, aunque suele atribuírsele otra fecha equivocada. Comunicada el 30, fue promulgada el 31. La calzan los ilustres nombres de Alsina y Avellaneda. No todos los biógrafos mexicanos de Juárez han tenido en cuenta este homenaje argentino, que obliga la gratitud de nuestro país.

El Nacional, *8-I-1938.*

EL DERECHO PÚBLICO EN EL ANTIGUO MÉXICO

I

Tras el cambiante disfraz de las instituciones, el ser del pueblo continúa. Nuestros indígenas disimularon por mucho tiempo —y lo hacen todavía en sus últimos reductos— su sensibilidad cósmica, su imaginación mitológica y aun algunas prácticas de sus religiones autóctonas, bajo los ropajes del simbolismo cristiano importado con la Conquista. El obispo Zumárraga trató de inculcar más hondamente el catolicismo en la mente de nuestros indígenas, propagando una leyenda que tiene el aroma de las flores silvestres: la aparición de la Virgen de Guadalupe, cuya imagen quedó estampada en el mandil del indio Juan Diego. Éste, en todas las estaciones del año, traía en el mandil las flores para el altar del convento. Las flores —según decía— se las daba una hermosa dama misteriosa que solía salirle siempre al encuentro. El maestro de toda erudición mexicana, Joaquín García Icazbalceta, católico sin tacha, estudió los antecedentes y fundamentos de esta leyenda tres siglos más tarde, por orden del arzobispo de México, y sus resultados fueron negativos. Tengo entendido que la suma autoridad eclesiástica no ha sancionado esta tradición; pero ha habido que tolerarla por lo difundida y arraigada que está. En los últimos años, han recordado esta leyenda el cuentista y filólogo Mariano Silva y Aceves, perdido hace poco para las letras mexicanas, y el escritor revolucionario Xavier Icaza. La imagen, aunque lleva el nombre extremeño de la Guadalupe (no en vano era extremeño Cortés, quien tal vez se trajo consigo el culto vernáculo), no tiene nada de común con la escultura ibérica que, sacada del fondo de las aguas, se venera en el monasterio de Guadalupe, en Extremadura, y que es una figura sentada con un niño sobre las rodillas, cuyo carácter arcaico desaparece completamente bajo el ropón cónico con que la ha vestido la Iglesia. Nuestra Guadalupe es, desde luego,

una tela pintada, y más bien parece una interpretación, por mano de artífice indio, de alguna Concepción sevillana. La Guadalupe, virgen morena, vino a ser la amiga y defensora de los mexicanos. Los caudillos de la Independencia la llevaban en sus estandartes, a modo de enseña nacional. Pero, en los orígenes del catequismo, los indios no hacían más que enmascarar, bajo el símbolo de la Virgen, su antigua y secular adoración por la Madre de los Dioses. Y de aquí los sacrificios sangrientos y los procesos de brujería que encontramos en los anales de la Inquisición en la Nueva España. Y si en el orden religioso se siente correr, bajo el suelo cristiano, esta corriente profunda de politeísmo indígena, en el orden social, en las instituciones del derecho por ejemplo, también acontece que las aguas nuevas se mezclan con las antiguas fuentes.

No sólo es una regla exegética conocida el referir toda institución jurídica a la evolución histórica que la acompaña, para mejor entender su alcance y sentido, sino que, en el caso particular de México —donde la regla hispánica vino a imponer su rasero desde el día de la Conquista—, se levantan aquí y allá, en mitad del camino, algunos matojos reacios de la antigua costumbre, que no fue posible arrancar de cuajo. Don Lucio Mendieta y Núñez, en su monografía sobre *El Derecho precolonial* (México, 1937), de que esta noticia es simple crónica, ha podido decir que "sobre todo en las costumbres regionales, perviven conceptos y normas del derecho prehispánico". Así, en tal o cual rincón de Oaxaca, sé yo que los poblados siguen prácticamente rigiéndose como lo hacían en la era precortesiana o anterior a la llegada del conquistador Hernán Cortés.

La historia del derecho mexicano en conjunto está todavía por escribir. Cuando el bimilenario de Virgilio, yo me quejaba de ello:

> ¿Qué abogado nuestro se ha visto en la necesidad de saber quién fue Mariano Otero y de dónde sacó la idea del "juicio de amparo"? No digo que todo esto se ignore: afirmo que no se cultiva como obligación general, como parte del saber universitario (*Discurso por Virgilio*, reproducido en el *Boletín* de la Academia Argentina de Letras, V, 5-35).*

* Recogido en mi libro *Tentativas y orientaciones*.

Debemos el trabajo más completo —y no pasa de ser un conjunto de apuntes que data de 1904 y ya necesita revisión— al inolvidable Jacinto Pallares, maestro de las juventudes generosas y oratorias que nos precedieron, hombre que deja en el derecho privado un rastro semejante al que dejó en el derecho público el austero constitucionalista Ignacio Vallarta. Por lo demás, Pallares no toca la época indígena. La obra agotada y creo que perdida de Bernardo Ortiz de Montellano, antecesor del poeta contemporáneo que ha heredado su nombre, sólo se refiere al derecho colonial. Herbert Spencer, en *Los antiguos mexicanos,* se había asomado con interés al espectáculo de nuestras antiguas instituciones jurídicas. Interés y conocimiento demuestra el argentino don Ramón F. Vázquez en su obra sobre *Los aztecas* (1926). La muy autorizada obra de J. Kohler sobre *El derecho de los aztecas* cumple del todo con su título; pero, aunque de pasada alude a costumbres jurídicas de otros pueblos mexicanos no aztecas, nunca se refiere a los mayas, que han sido recientemente objeto de otra monografía del Dr. Vázquez. El prologuista mexicano de la obra de Kohler (1924), don Miguel Macedo, recuerda, como meros antecedentes sin rigor científico, cierto *Discurso sobre la legislación de los antiguos mexicanos* (1864), de Francisco León Carbajal, y una monografía de Ramón Prida sobre la *Organización judicial y procedimientos de los pueblos de Anáhuac al llegar los conquistadores españoles* (1921). Deben añadirse ciertos estudios publicados posteriormente: la tesis de don Manuel M. Moreno sobre *La organización política y social de los aztecas* (1931), algún capítulo de Alfonso Toro en su *Historia de la Suprema Corte de La Nación* (1934) y la tesis de don Roque J. Ceballos Novelo sobre *Las instituciones aztecas* (1935). Los trabajos de don Lucio Mendieta y Núñez —de cuyos resultados paso a dar cuenta— completan felizmente, allegando todos los materiales hasta hoy conocidos, este capítulo preliminar en la historia del derecho mexicano.*

* G. C. Vaillant, *La civilización azteca* (tr. S. Vasconcelos, México, Fondo de Cultura Económica, 1944) es ya de consulta indispensable.

II

Entre la multitud de naciones y razas que poblaban el antiguo territorio mexicano, ya organizadas en reinos, ya en cacicazgos más o menos independientes o vasallos, se destacan como núcleos centrales las monarquías de México, Texcoco y Tacuba, unidas por una triple alianza que se imponía como autoridad, o simplemente como modelo, a todos los demás pueblos. Lejos —lejos en la distancia y en el tiempo, puesto que representan una civilización muy anterior—, los misteriosos mayas, de la península de Yucatán, donde se encuentran las ruinas más famosas. Los orígenes son imposibles de fijar. Las tribus que habían de formar la triple alianza llegaron ya al valle de Anáhuac con una organización consuetudinaria plenamente evolucionada. El término puede marcarse prácticamente en la consumación de la conquista, pero siempre teniendo en cuenta que la sustitución del sistema indígena por el colonial se operó gradualmente a lo largo de los siglos. Los indígenas no tenían seguramente nuestras mismas nociones sobre la diferencia del derecho público y del derecho privado; pero, al estudiarlos, conviene aplicarles nuestros módulos, para partir la dificultad conforme al sistema cartesiano. Consideremos por ahora solamente el derecho público.

En materia de *organización política,* los tres reinos formaban una alianza ofensiva y defensiva y eran independientes en cuanto a su régimen interior. Tacuba, que debía su existencia a los otros dos, guardaba un lugar subordinado. Las poblaciones estaban formadas por los elementos étnicos afines —mexicanos, acolhuas, tecpanecas— y por las razas sometidas. Las clases sociales, por su orden: el sacerdocio, el ejército, la nobleza, la riqueza agrícola, el pueblo, los esclavos, los sin patria.

La primitiva oligarquía había evolucionado hacia la monarquía absoluta, de elección indirecta a través de cuatro electores nobles que se unían a los ancianos, los veteranos del ejército y la aristocracia. No se emitían votos, sino que se llegaba a un acuerdo en asamblea. El candidato debía ser persona de sangre real, y no necesariamente hermano o sobrino del monarca anterior como se viene repitiendo, y sin

que fuera obstáculo la condición de bastardo, pues parece que dominaba siempre, dentro de las normas generales, el criterio de la mayor capacidad personal. Debía, además, tener treinta años cumplidos; y a falta de este requisito, se nombraba un regente durante el tiempo necesario.

El rey gobernaba asistido de cinco consejeros, también electos en igual forma. Uno de ellos era como jefe de gabinete. Entre los requisitos de estos consejeros, dice Sahagún, era indispensable "que no supiesen beber vino" (a diferencia de aquellos consejeros de Heródoto que adoptaban sus acuerdos, primero en estado de sobriedad, luego en estado de embriaguez, y finalmente sacaban una media proporcional). Y, contra lo que ahora acontece, los que sospechaban que podían ser candidatos, asustados de la responsabilidad, más bien procuraban ocultarse.

Los demás cargos públicos dependían del rey y eran difícilmente renunciables.

Otros Estados, ajenos a la triple alianza como la república de Tlaxcala, se gobernaban por un consejo de cuatro príncipes y admitían ciertas normas hereditarias. Entre los mayas, parece que gobernaba un senado en representación de los clanes unidos. Poco a poco, se llegó a un areópago de trece miembros, representantes de las trece fratrías yucatecas.

III

En materia de *organización judicial* no había uniformidad entre los reinos unidos. Así, en México, encontramos jefes ejecutivos, de nombramiento real, que eran también jueces de apelación penal y nombraban a su vez tribunales civiles y criminales de ellos dependientes. La apelación sólo se aceptaba en negocios criminales. El pueblo, por su parte, elegía sus jueces de barrio para asuntos de poca monta, jueces que informaban de sus fallos a los altos tribunales colegiados. Ciertos inspectores de distrito, cuya misión era de mera observación y vigilancia, procedían también de las elecciones de barrio. Y había todo un cuerpo de policía encargado de emplazar y aprehender. —En la monografía que venimos resumiendo, Mendieta y Núñez no ha recordado a los comisarios

de mercado, que decidían pleitos sin alzada y rompían las medidas falsas, de que hablan las *Cartas-relaciones* de Cortés, quien también afirma que ciertos artículos solían valuarse conforme al tamaño y no conforme al peso.

En cambio, en Texcoco el rey era el supremo juez, que nombraba tribunales civiles, penales y militares, otro especial para los mercados y algunos agentes de competencia limitada en los lugares suburbanos. Este cuerpo, en un total de doce funcionarios, contaba con sus escribanos y asesores. El rey conocía de la apelación, a veces asistido por dos y hasta trece notables. Cada doce días, el rey, en compañía de los jueces metropolitanos, sentenciaba los casos graves ocurridos en la capital; y cada ochenta días, en compañía de los jueces provinciales, los casos graves de las otras jurisdicciones, en sesiones que podían prolongarse por veinte días; de suerte que todos los negocios pendientes quedaban ventilados dentro de este plazo mínimo.

En los tres reinos había fuero militar y aristocrático, con tribunales privativos.

En México y en Acolhuacán se daban tierras y esclavos a los jueces, para librarlos de la tentación del soborno. Los castigos al juez que "se embeodaba" —dice Sahagún—, o que era venal, iban desde la reprensión hasta la destitución y aun la muerte, pasando por la pena infamante de ser trasquilado.

En los Estados ajenos a la alianza se notan algunas variantes.

IV

La *organización militar y la religiosa* marchaban de acuerdo en los reinos unidos. La religión exigía sacrificios humanos, y las víctimas eran prisioneros enemigos. De donde las guerras periódicas. La preparación bélica lo invadía todo. Nobles y plebeyos comenzaban su entrenamiento y servicio a los quince años. El número de prisioneros hechos en los combates determinaban grados y ascensos, y aun el acceso a la nobleza. Todos los reyes empezaron por ser gloriosos generales. La más alta calidad pública era la virtud militar. Los antiguos guerreros chichimecas ¿no habían conquistado la

confianza y la admiración de los pueblos cuya amistad solicitaban, colmando cestos con las orejas cortadas a sus enemigos? Véase cuán lejos estamos de las incursiones civilizadoras de los incas que, cuando encontraban resistencia en sus avances hacia el Sur, se alejaban lamentando que aquellos pueblos fueran tan reacios a los beneficios de la cultura, de que ellos se consideraban como emisarios providenciales.

El sostenimiento de la complicada organización militar obligaba a destinar tierras y cultivos, entregados a terrazgueros y colonos, para cubrir el presupuesto de guerra.

El sacerdocio era numeroso: cuarenta mil templos, cinco mil sacerdotes en el teocalli mayor, un millón en todo el imperio, calculan los historiadores. El gran sacerdote, en Texcoco y Tacuba, era el hermano del rey; en México, se elegía a algún noble, generalmente de la casa real. Este jefe metafísico intervenía en los consejos de palacio, y sin su venia no se declaraba la guerra. Había jefe de ritos y ceremonias, jefes provinciales, etc. El sacerdocio era hereditario. Había órdenes monásticas para las distintas divinidades, y cada una tenía sus reglas diferentes. La educación y la ciencia estaban en manos del sacerdocio. Los cargos parece que eran vitalicios.

V

Ya se comprende que el sacerdocio y el ejército absorbían la mayor parte del presupuesto público. Y el peso de esta economía teocrático-imperial recaía sobre los Estados conquistados y vasallos, las clases trabajadoras y los esclavos. Pueblo vencido era pueblo sometido al tributo periódico en especie. Cortés comenzó sus intrigas por los alrededores del imperio azteca, envalentonando mañosamente a los tributarios para que encarcelaran a los recaudadores del impuesto imperial, libertándolos después él mismo en mitad de la noche, y enviando con ellos amistosos recados de complicidad al emperador Moctezuma.

Además de los colonos de tierras públicas para el sostenimiento del ejército y los nobles terratenientes que contribuían al tesoro imperial con parte de sus productos, había tres categorías de tributarios: los calpulli o barrios pagaban

al jefe del barrio y al rey; los comerciantes e industriales cedían una porción de sus ganancias; los siervos de la gleba o mayeques pagaban al propietario del suelo.

Los guerreros solían ganar tierras conquistadas, esclavizando a los antiguos pobladores.

El tributo se pagaba a veces en las capitales; a veces, a los recaudadores que recorrían los pueblos. Los recaudadores estaban organizados en colegios y jerarquías, y tenían la facultad de vender como esclavos a los insolventes.

Había grandes almacenes de tributos, al cuidado de mayordomos y contadores que llevaban razón de entradas y salidas mediante pinturas jeroglíficas.

El tributo se cobraba por gremios, provincias, pueblos, barrios, y solía haber sementeras especialmente afectadas a este fin. El pago podía perdonarse en épocas de mala cosecha. Los privilegiados y los menores o los impedidos estaban exentos de obligación.

VI

El *derecho internacional* no era otra cosa que la regla de la guerra. La guerra tenía que fundarse en agravios: mal trato a los mercaderes nacionales, robo o asesinato sufrido por los compatriotas, ofensa o muerte a embajadores o recaudadores, etc. Pero los motivos nunca faltaban, pudiendo asegurarse que la costumbre y la necesidad de los ritos del sacrificio daban a la guerra, en ciertos casos, el carácter de un contrato bélico periódico.

A la menor provocación, los tres monarcas coaligados se reunían en consejo de guerra; se enviaban emisarios. Los emisarios exigían el desagravio o la sumisión, trabajando sobre todo el ánimo asustadizo de ancianos y ancianas, y se retiraban a esperar el acatamiento —generalmente simbolizado en el envío de presentes— durante un plazo de veinte días, no sin haber antes mandado distribuir algunas armas entre los agraviantes, para que después no alegaran que se les atacaba desprevenidos.

Si esta primera negociación fracasaba, comparecían en persona los graves embajadores de Acolhuacán ante el mismo rey o señor adversario, amenazándolo con castigo y muerte,

para él, su casa y su linaje, en un nuevo plazo de veinte días. Si cumplido este nuevo plazo se obtenía el acatamiento, la reconciliación sólo se concedía a título de perdón y bajo condiciones más o menos rigurosas, que iban ya enredando al agraviante en la gran telaraña imperial, siempre en expansión.

Si no se obtenía el acatamiento, los embajadores vertían cierto licor sobre la cabeza y el brazo derecho del monarca o jefe enemigo, le ceñían la frente con un penacho de plumas y le hacían el caballeresco presente de las armas con que pronto habría de combatir. Después de lo cual se retiraban para reunirse con los primeros emisarios y esperar otros veinte días. Que con tanto miramiento y cuidado solían acariciar sus esperanzas bélicas. Hay en todo esto una verdadera delectación morosa.

> Al vencimiento, llegaban otros embajadores del reino de Tlacopan (Tacuba), quienes se dirigían a dar su embajada a los capitanes y soldados, para que intervinieran en el caso, puesto que sobre ellos pesaban directamente los trabajos y peligros de la guerra... (Mendieta y Núñez.)

Y aquí una nueva espera de veinte días. Si sobrevenía la rendición, el rey era castigado y la población quedaba ya sujeta a un impuesto definido.

Si aún no se lograba la rendición con todos estos amagos graduados —verdadera tortura del ánimo público—, los embajadores tecpanecas hacían nueva distribución de armas en el pueblo adversario, y se despedían para reunirse a los embajadores anteriores, anunciando la llegada de sus ejércitos dentro del plazo de veinte días. Y era la guerra.

Nótese en este sistema el sucesivo intento de quebrantar la voluntad enemiga, primero acudiendo a lo más blando y flaco de la población civil, luego al jefe, y luego a la misma sedición militar. Pero se asegura que, ya desde aquellos tiempos tan atrasados, se daban casos al gusto de nuestras deslumbradoras costumbres civilizadas, en que la agresión violenta se adelantaba a toda declaración formal.

La victoria significaba el establecimiento de un vasallaje en toda forma. Los prisioneros, por regla general, eran sacrificados, salvo los casos en que se les concedía el derecho

de combatir individualmente, sin duda con el objeto de que sus almas —como en el verso virgiliano— escaparan indignadas al reino de las sombras, puesto que se les ponía en situación desventajosa, como era el atarles un pie. Y si a pesar de todo vencían —era justo—, quedaban libres.

Los embajadores, que usaban ya vestiduras especiales, eran tratados con el mayor respeto, circunstancia que aprovechó Cortés para introducirse hasta México con carácter de emisario de Carlos V, a pesar de la temerosa resistencia que le oponía Moctezuma. Éste, en su candor, le enviaba presentes de oro para que no continuara su ascensión hacia el valle de México, sin comprender que el oro era el mayor acicate de la conquista.

VII

En punto a *derecho penal*, el sistema de los reinos unidos puede determinarse por esta clasificación de delitos y penas:

Aborto voluntario: muerte al delincuente y al cómplice. Abuso de confianza y apropiación de tierras confiadas: esclavitud. Adulterio (actual, o vehementemente sospechado y confesado mediante tormento): muerte a los dos reos; pero el amor ilícito sólo era delito en la casada, no en la soltera. Los terceros de amores eran expuestos a la vergüenza, y públicamente se les chamuscaba el pelo. Asalto: pena de muerte. Calumnia grave y pública: muerte. Calumnia judicial: talión. Daño en propiedad ajena: quemar el maíz antes de maduro merecía la muerte; el que mataba a un esclavo ajeno pasaba a ser esclavo del dueño perjudicado. Embriaguez escandalosa o de último grado, salvo en festejos y bodas, en que había cierta tolerancia: el delincuente era trasquilado en público y, sobre eso, le tumbaban la casa. Estupro: muerte: Encubrimiento: muerte. Falso testimonio: talión. Falsificación de medidas: muerte. Hechicería con consecuencias calamitosas: se abría el pecho al delincuente. Homicidio: pena de muerte, sin que valiera como atenuante el celo del amante o marido agraviado. Incesto en primer grado de afinidad o consanguinidad: muerte. Malversación de fondos: esclavitud. Peculado: muerte y confiscación de bienes. Pederastía y hasta uso de vestimentas del otro sexo:

muerte. Riña: cárcel e indemnizaciones; si se provocaba un motín público a consecuencia de la riña, la pena era de muerte. Robo, según sus diversos grados e importancia: diversas penas, desde la restitución hasta la esclavitud, muerte a pedradas por los mercaderes si el robo era en un mercado, pena capital si era en un templo o consistía en armas e insignias militares, o en más de veinte mazorcas de maíz. Hay que recordar, aquí como en el caso de daño en propiedad ajena, que el maíz era y es aún una de las bases de la alimentación para el pueblo mexicano. Sedición: muerte. Traición: muerte.

Entre los delitos que no corresponden a las clasificaciones actuales, el uso indebido de insignias reales era castigado con muerte y confiscación; el abuso de un sacerdote le atraía el destierro y la pérdida de su condición; las incontinencias de los jóvenes escolares sufrían diversas sanciones; la mentira, la remoción de mohoneras o límites de propiedades, atraían la pena de muerte; lo mismo la falsa interpretación dolosa en derecho, salvo que el caso —por su relativa lenidad— sólo mereciera la destitución del mal juez. La juventud, la nobleza y la condición militar podían llegar a ser agravantes; y atenuantes, la embriaguez en determinados casos y el perdón de los ofendidos; la minoría era exculpante en muchas ocasiones. El esclavizar a un niño libre se castigaba con esclavitud y otras compensaciones destinadas a la educación del niño.

Entre los mayas, el sistema era semejante al de los reinos unidos, salvo que se admitía el perdón del adulterio en el hombre. El castigo de la adúltera era la infamia. El del adúltero, morir aplastado bajo una gran piedra que el marido dejaba caer sobre la cabeza del delincuente.*

Nueva York, 20-I-1938.

* *La Prensa*, Buenos Aires, 24-IV y 15-V-1938.

LA EPOPEYA DEL CANAL

I

CORTADO el camino de Oriente por la caída de Constantinopla en poder de los otomanos (1453), el apetito de la cocina europea procura nueva ruta hacia el paraíso de las especias, y resulta el descubrimiento de América. Como el rodeo de Magallanes es difícil y osado, la busca de un nuevo paso para el Asia a partir de las nuevas tierras occidentales ha de ser una constante preocupación. Y el paso se buscará por los lugares donde el Continente hace cinturas y donde los lagos y las corrientes fluviales adelantan camino: unas veces por Tehuantepec, otras por Panamá o por el golfo de Darién, y otras por Nicaragua. El camino de Panamá estaba llamado a prosperar, tanto por sus propias condiciones geográficas como porque, encontrándose en el tránsito para el Perú, pronto empezó a servir como puente entre los dos litorales. El Canal de Panamá, al aproximar prácticamente la zona industrial que se extiende por el este de los Estados Unidos y los países sudamericanos del Pacífico, dejará inútiles los antes florecientes depósitos y almacenes de Valparaíso.

1º *Tehuantepec.* En 1521, Cortés había enviado a Diego de Ordás a reconocer el río Coatzacoalcos, y Ordás había sospechado el carácter ístmico de la región y aun se había figurado que el río cruzaba de parte a parte. En carta de Valladolid (1523), Carlos V recomendaba a Cortés que no cejara en el empeño de buscar "el secreto estrecho"

> Como yo sea informado —contestó Cortés— del deseo que V. M. tiene de saber el secreto deste estrecho, y el gran servicio que en le descubrir su Real Corona recibirá, dejo atrás todos los otros provechos y intereses que por acá me estaban muy notorios, para seguir este otro camino (1524).

Y se puso al empeño con todo el ánimo que solía, si no con la fortuna que otras veces lo acompañó.

Los planes parecen desviarse de preferencia hacia Ni-

caragua o Panamá, y sólo en 1771 encontramos en México a Agustín Cramer y a Miguel del Corral explorando los pasos de Tehuantepec, por encargo del Virrey de la Nueva España, y muy convencidos de haber encontrado una corta faja de tierra entre dos ríos, faja que les parecía muy fácil de deshacer. Carlos III desconfía, y más bien se aplica a los proyectos sobre Nicaragua. Con todo, el carácter ístmico de Tehuantepec y la depresión que presenta dentro de la cadena de la cordillera americana lo ofrecerán siempre como una tentación para abrir un canal o trazar un ferrocarril interoceánico.

Corren los años. El conde Saint-Simon, que tanto influirá en el desarrollo económico de América (testigo, entre otros, el vizconde de Mauá, en el Brasil), y que tanto influirá, a través del positivismo comtiano, en la filosofía política iberoamericana (y aquí, además del testimonio del Brasil y de la Argentina, tenemos más cerca el de los "científicos", de México, derivados de Gabino Barreda), era hombre que creía en la reorganización de la tierra por la mente. Un "pregusto" del socialismo técnico animaba su pensamiento. Quería aderezar el planeta para el mejor servicio de la economía, como esos ingenieros soviéticos que procuran, para la industria, asegurar el nivel y la concentración salina de los mares rusos interiores. Soñaba en abrir canales. Después de la paz de Versalles (1783), escribió al Virrey de la Nueva España proponiéndole la apertura de un canal por Tehuantepec. Ignoro si Saint-Simon realmente llegó a venir a México. Maxime Leroy, autoridad en la materia, tampoco ha podido aclararlo, según me lo decía en cierta carta que he publicado en *Monterrey* (Ríojaneiro, octubre de 1930). Lo cierto es que Saint-Simon, el escribir su autobiografía por el año de 1808, dice expresamente:

> ...Presenté al Virrey de México el proyecto de establecer entre los mares una comunicación, la cual es posible haciendo navegable el río *in partido* [?], de que un brazo desemboca en el Océano, en tanto que el otro desagua sobre el mar del Sur. Como mi proyecto fuera recibido con frialdad, lo abandoné.

Su discípulo Michel Chevalier hablaba de un posible canal por el istmo de Panamá: y Lesseps, el del Canal de Suez,

era también sansimoniano. Como se ve, la idea de facilitar la circulación mediante canales era una preocupación característica de aquella escuela.

También el barón de Humboldt, creador de nuestra moderna geografía, propone la apertura de un canal americano. Las Cortes españolas votan un proyecto en 1814, pero las independencias americanas hacen letra muerta de aquella ley. Fernando VII y su camarilla estaban ya otra vez camino de España, tras de probar los aires de Francia, y España perdería para siempre toda ocasión de empuñar una empresa en la que habían de participar más o menos directamente otras naciones.

El capitán James B. Eads, célebre por sus trabajos en el Mississippi, soñó mucho tiempo con un ferrocarril a través de Tehuantepec que pudiera transportar los barcos cargados de uno a otro océano. Los proyectos, mucho más modestos (el tender simplemente de una a otra costa un ferrocarril ordinario para cruzar unos trescientos kilómetros sobre una elevación que no va más allá de unos trescientos metros), tropiezan con los obstáculos del terreno movedizo y de la costa malsana en el Golfo de México. A mediados del siglo XIX, con motivo de una concesión para la vía, hasta se provocan contestaciones entre México y los Estados Unidos. En 1842, el concesionario José Garay pasó su contrato, sin autorización de nuestro gobierno, a una compañía norteamericana, transacción que, naturalmente, fue rechazada. Otras concesiones posteriores no lograron allegar fondos, o venía a perjudicarlas la construcción del ferrocarril de Panamá. Learned, en 1879, emprende la obra con mayor aliento, pero sólo logra levantar unos treinta y cinco kilómetros de vía férrea, que luego quedan en manos del gobierno. El Congreso autorizó después un proyecto y aun depositó en Inglaterra y los Estados Unidos más de medio millón de pesos para instrumentos y maquinaria. Entre los postores, apareció preferida la proposición de Delfín Sánchez, quien construyó 108 kilómetros en dos tramos. Pero hubo que rescindir el contrato seis años después (1888), con pérdida de millón y medio para el erario. Como el problema se reducía a la falta de dinero, se emitió un empréstito por 2.700,000 libras en Londres,

Berlín y Amsterdam y se confió la obra a la casa Mac Murdo, en Londres, que se comprometió a terminarla en dos años y medio. Muere el jefe de la firma, y otra vez se viene abajo el proyecto. En 1891, otra firma (C. Stanhope, J. H. Hampson y E. L. Corthell) levanta la concesión y logra completar hasta el kilómetro 250. De nuevo falta el dinero, de nuevo se lanza otro empréstito, y al fin Stanhope da cima a la tarea el 15 de octubre de 1894. Todavía dos años después se andaba en tratos para dotar a la nueva línea de material rodante. Una inspección oficial se hizo cargo de la explotación de la línea hasta diciembre de 1899, y de entonces en adelante, la compañía inglesa de S. Pearson and Son Ltd., en carácter de agente del gobierno, y contratando separadamente la construcción de obras en los puertos terminales de Salina-Cruz sobre el Pacífico y Coatzacoalcos sobre el Golfo. La totalidad de las obras emplearía siete años. El contrato de explotación tenía un término de cincuenta años. Ya antes de la apertura del Canal de Panamá, Pablo Macedo, rectificando y completando los datos de Luis Salazar, calculaba en más de ochenta millones de pesos mexicanos el costo de toda la obra, sacrificio verdaderamente cuantioso. Bulnes primero, y después el propio Macedo, negaban toda utilidad a este esfuerzo, a pesar de las razones que otros aducían en favor del ferrocarril de Tehuantepec, y que se reducen a demostrar que esta vía para el comercio de Oriente quedaba más cerca que las de Panamá o Nicaragua, y que la región de Tehuantepec estaba menos expuesta a las calmas que amenazan la navegación de vela por el Ecuador.

Acaso haga falta un poco de locura para ciertos empeños. La política ferroviaria mexicana, en sus orígenes, queda definida por estas palabras de Macedo:

> ...Consistió en otorgar liberalmente, casi con prodigalidad, concesiones de ferrocarriles con subvención a todo el que las pedía, sin tasa ni medida, y pudiera decirse también que sin orden ni concierto.

Y luego añade que, aunque ello no dejó de producir descalabros,

la verdad es que aun los espíritus más meticulosos tienen que sentirse inclinados, no sólo a absolver, sino a aplaudir a estos gobernantes que tuvieron ciega y absoluta confianza en que el crecimiento del país recibiría, con la construcción de ferrocarriles, un impulso de tal suerte considerable, que bastaría para que el tesoro público... pudiera soportar las pesadas cargas y los grandes compromisos que sobre él se echaban.

Y ahora recuerdo que Fernando Pimentel y Fagoaga, exasperado ante el exceso de prudencia del ministro Limantour, le dijo una vez, delante de Porfirio Díaz:

—Si usted llega a estar en el lugar de Carlos Pacheco, a estas horas no habría ferrocarriles en México.

A lo que Limantour contestó:

—Tiene usted razón, porque Pacheco estaba loco y yo no lo estoy.

II

2º *Panamá.* En 1513, Vasco Núñez de Balboa, desde las alturas del Darién, había visto fulgurar hacia el Sur las aguas del Océano Pacífico. Pedrarias Dávila traía ya instrucciones expresas para buscar un paso practicable entre Santa María del Darién y el golfo de San Miguel. En mayo de 1526, Pedro de los Ríos recibe iguales instrucciones.

La ruta de Oriente era el principal objetivo de estas exploraciones, hasta antes del descubrimiento del Perú. Al abrirse las minas del Potosí (1545), el istmo vino a ser el cauce natural por donde corría la plata de América para España, al mismo tiempo que la codiciada meta de piratas y bucaneros. Las jornadas se hacían a lomo de mula por entre tupidos bosques y suelo accidentado, aunque ya de tiempo atrás había atisbos sobre las posibilidades del río Chagres como vía de comunicación.

Pronto se fundó una base en Venta Cruz (1536), base que se conservaría hasta el siglo XIX, tras de haber sufrido el saqueo del temible "Draque" o Sir Francis Drake, por el año 1572.

En el siglo XVII, se creó el impuesto de "avería del camino" para mantener aquel tránsito difícil, de que maldicen todos los testimonios contemporáneos; y sólo puede hablarse

de una verdadera carretera a partir del siglo XVIII. En la actualidad, no hay carretera que cruce el istmo de lado a lado, y el tráfico tiene que hacerse todo por el canal.

Hasta antes del ferrocarril, había dos maneras de cruzar la región: en verano, la estación seca, por tierra y sobre una extensión de dieciocho leguas; y en invierno, cuando las lluvias hacían los senderos intransitables, usando la corriente del Chagres, proceso más largo, pero ciertamente más seguro.

Un compañero de Balboa, hombre de Cortés y pariente suyo, Álvaro de Saavedra Cerón, parece haber sido el primero en concebir la idea de un canal por Panamá, aprovechando la corriente del Chagres. La Real Cédula de Carlos V, fechada en febrero de 1534, es el primer proyecto en forma para la apertura de este canal. La comisión nombrada al efecto, según el informe de Pascual de Andagoya, teniente gobernador de la comarca (octubre de 1534), encontró aquel plan irrealizable y capaz de consumir los recursos de la cristiandad. Varios siglos más tarde, Lesseps vería trágicamente confirmada esta apreciación. Y el Emperador no volvió a pensar en lo que parecía imposible.

Pero Antonio Galvão, navegante portugués, resucitará años más tarde los ambiciosos planes, asegurando que en Tehuantepec, en Nicaragua, en Panamá o el Darién, es posible abrir una vía acuática artificial (1550). Y de aquí que, poco después, López de Gómara exclamara con entusiasmo: "Sierras son, pero manos hay. Dadme quien lo quiera hacer, que hacerse puede. No falte ánimo, que no faltará dinero, y las Indias —donde se ha de hacer— lo dan." Pero las interminables guerras del Emperador contra franceses, protestantes y turcos lo tenían con otros cuidados.

La tentación reaparece en la mente de Felipe II, aun cuando las finanzas no fueran entonces mejores que en tiempos de su padre. Los proyectos de las primeras décadas de su reinado se refieren particularmente a Nicaragua. Pronto habrá de abandonarlos del todo, y aun prohibir bajo pena de muerte que el asunto vuelva a mencionarse, temeroso de no poder vigilar el paso entre los dos océanos contra las fuerzas de corsarios, ingleses y franceses. Así se establece oficialmente un monopolio de tránsito terrestre entre Panamá

y Nombre de Dios, más importante ya como camino de las minas peruanas que como quimérica ruta para el Asia.

Pero como se descubriera por entonces la corriente del Atrato, tan cercana al Pacífico, era natural que se pensara ahora en la posibilidad de un canal por Panamá. Con todo, Felipe II prohibe otra vez, bajo pena de muerte, la navegación por el Atrato. Y el Padre Acosta define la filosofía del caso, declarando que, aun cuando la comunicación interoceánica fuera posible, constituiría un atentado contra los planes de la Providencia el querer rectificar así la faz del planeta. Según lo cual, tampoco el odontólogo podría limpiar y empastar las muelas cariadas.*

Había de pasar una generación antes de que Felipe III se decidiera, en 1616, a autorizar a Diego Fernández de Velasco, gobernador de Castilla del Oro, para explorar el Darién y el Atrato. Se ignora el resultado de estos trabajos.

De 1630 en adelante se desarrolla prolíficamente la plaga de los bucaneros. La expedición enviada por Oliver Cromwell se apodera de Jamaica (1655). Henry Morgan sitia y saquea Panamá, que un siglo antes recibió el castigo del Draque. Los trescientos hombres de Bartholomew Sharp, en 1680, cruzan el istmo y caen sobre Quito, Perú, Chile; doblan el cabo de Hornos y regresan a sus bases cerca de dos años después. Su ejemplo suscitará otros émulos. En 1698, el escocés William Paterson intenta plantar una colonia en el Darién y abrir a la Gran Bretaña el tráfico de ambos océanos, mediante aquel paso que él consideraba "la llave del universo" y que la poesía gongorina pudiera llamar "bisagra de los mares". Pero el sublime intento fracasa en un par de años, aunque Paterson sigue predicando empeñosamente la posibilidad del canal.

Durante el siglo XVIII, la idea sólo asume formas de disertación académica, más o menos utópicas y casi siempre más que menos. Las nociones que entonces se tenían sobre la geografía americana hoy nos parecen del todo absurdas. En 1735, La Condamine, tras de medir en Quito un arco del meridiano terrestre con su expedición de sabios franceses y

* Supersticiones parecidas atajaron proyectos semejantes en la Grecia antigua, como el que se atribuye al tirano Periandro para cortar el istmo corintio.

españoles, presenta a la Academia de Ciencias de París un vago proyecto sobre el posible canal de Panamá. En 1785, De la Naverre presenta también al mismo instituto otra nueva sugestión para rasgar, por decirlo así, el río Chagres. A su ver, la obra no costaría arriba de un millón de francos, cifra verdaderamente candorosa. Menos mal que tuvo la prudencia de proponer que el plan se estudiara sobre el terreno. El conde de Aranda, que recibió el plan, lo pasó a Floridablanca (1786), no sin advertir a éste que De la Naverre le parecía "un torrente de verbosidad y de presunción de inteligencia, pero instruido en la teoría del ramo". El Consejo de Indias consideró ligeramente la cuestión, a solicitud, entre otros, del historiador Muñoz. Y de allí los papeles fueron remitidos al Virrey de la Nueva Granada. Poco después, el monarca mandaba suspender los estudios.

Por los mismos tiempos, la Sociedad de Amigos de Madrid tenía en consideración un proyecto de Manuel Gijón y León, natural de Quito. Muñoz alegaba que él había presentado otro semejante siete años atrás. La muerte de Carlos III (1788), al inaugurar el régimen de Godoy, puso término a tales lucubraciones.

La historia ulterior de Panamá se tratará más adelante.

III

3º *Nicaragua.* Mientras la gente de Cortés buscaba el paso de Tehuantepec, Gil González Dávila, pariente de Pedrarias el explorador de Panamá, creyó descubrir un mar interior en Nicaragua, el cual desembocaba en el Atlántico por el río San Juan, pero no se comunicaba con el Pacífico. El verdadero carácter de este sistema hidrográfico sólo sería establecido unos tres lustros más tarde por Alonso Calero. La leyenda asegura que, en otros tiempos, el lago desembocaba en el Pacífico y que los fenómenos volcánicos habían cortado la salida. Este sistema sería el único capaz de competir con Panamá hasta la apertura del canal.

Bajo Felipe II, como hemos dicho, se hacen proyectos sobre Nicaragua: Ruy López de Valdenebro (1555-56) propone que se haga navegable el San Juan o "Desaguadero de

Nicaragua". Conoce del asunto la Casa de Contratación de Sevilla; y en la primavera de 1567, Jorge Quintanilla, autorizado por el monarca desde dos años antes y retenido en Sevilla por una larga dolencia, embarcó rumbo a Cartagena de Indias con el propósito de buscar el "paso por agua", aunque nada pudo llevar a buen término por dificultades de otro orden.

Por 1620, ya en tiempo de Felipe III, un vecino, Diego de Mercado, escribe un extenso alegato para demostrar la conveniencia y posibilidad de un canal por Nicaragua, mediante el simple recurso de romper un muro de roca que hay entre el lago y el llamado puerto de Papagayo, muro que no se extendía más de una legua. Evidentemente, sólo a fines del siglo XVIII se comprobó que el lago estaba muy por encima del nivel del Pacífico.

En 1779, Carlos III manda otra vez explorar el campo. Todo plan parece imposible, y así lo confirma, en 1801, el geógrafo Manuel Galisteo. Estalla entonces la guerra contra la Gran Bretaña. Horatio Nelson recibe orden de operar por mar desde Jamaica sobre San Juan de Nicaragua. Sus despachos revelan a las claras el propósito británico de dominar, dividiendo en dos el Continente, lo que Nelson llama "el Gibraltar de América". Pero aquel capitán sólo ganó en esta empresa cierto mal crónico que había de afligirlo hasta la muerte.

Después, la apertura del canal de Panamá distraerá la atención de todo proyecto sobre Nicaragua. Y en 1926, habiendo resultado dicho canal ya inadecuado para el tráfico, los Estados Unidos firman un tratado con Nicaragua, asegurándose la opción de un nuevo canal posible, con base naval en ambas márgenes. Este canal aprovecharía el lago interior y correría paralelo a la frontera de Costa Rica. La obra, nunca comenzada, se calcula en setecientos millones de dólares, mientras que, por la quinta parte, podría muy bien hacerse otra esclusa en Panamá.*

* En el *Excélsior* (México, 6 de marzo de 1938), don Amadeo Solórzano, nicaragüense que reside hace muchos años en nuestro país, declara que, para los Estados Unidos, los tratos sobre el posible canal de Nicaragua no tuvieron nunca más objeto que el entorpecer la empresa francesa sobre Panamá, a fin de comprarla después en buenas condiciones. "El canal —dice— iba a nece-

IV

El sueño del canal interoceánico andaba en la mente de Bolívar por 1825. Poco después, el norteamericano Forbes Lindsay propone a las Repúblicas Centroamericanas, aunque sin resultado, la apertura del canal por el lago de Nicaragua. Hasta este momento, el canal aparece como obra de disfrute y servicio internacional.

En 1838, Cornelius Vanderbilt, holandés de origen, encabeza la Atlantic and Pacific Canal Co., que se proponía practicar el paso por el río San Juan y el lago de Nicaragua, obra calculada en unos treinta y un millones de dólares. Pero la Doctrina Monroe sale al encuentro y ataja todos los proyectos.

Sobreviene la pugna diplomática entre Inglaterra y los Estados Unidos por el predominio en el río San Juan. El tratado Clayton Bulwer con los países centroamericanos establece la influencia de los Estados Unidos y asegura el control de esta nación sobre el posible canal de Nicaragua. Sin embargo, el punto no está incluido en el tratado de Colombia: el especulador Gorgoza se cuela por este resquicio para obtener de Colombia, por sorpresa, una concesión sobre el istmo de Panamá, y así mantiene en jaque a los Estados Unidos por varios años.

El canal de Suez, abierto en 1869, comenzaba a dar buenos resultados. Era el año de 1875. El ambiente es propicio en Francia. Gorgoza logra organizar la Société dite Internationale du Canal Interocéanique, con la cooperación de Luis Napoleón Bonaparte, Wyse y el general Turr. Wyse y Armand Reclus visitan el istmo y comienzan los planes.

sitar tanta agua, que necesariamente bajaría el nivel del lago de Nicaragua. Además, con un sismo se fraccionó el río de San Juan, y ya no lleva casi nada de agua, y no tendría fuerza suficiente para arrojar las arenas en la barra y mantenerla libre de 'azolve'... Los norteamericanos tienen mucho miedo a los volcanes, y en los planos que se presentaron en Washington para su estudio, iba un volcán..." También se refiere el señor Solórzano a ciertos proyectos del presidente José Santos Zelaya para ofrecer al Japón la concesión del canal de Nicaragua, en 1907, a través de don J. T. Lacayo. De la entrevista del señor Solórzano no resulta muy claro lo relativo al rumor de que se haya vuelto sobre ese proyeco en 1910, a través del diplomático nicaragüense don Fernando Sánchez, que a la sazón se encontraba en México. El *Excélsior* desmiente el que México haya tenido la menor participación en estos tratos.

Lesseps se asocia, con la fuerza de su prestigio, y convoca en París (1879) un congreso científico internacional al que concurren 136 miembros, de los cuales 74 son franceses.

Aquí se suscita una polémica entre la "vía Nicaragua" y la "vía Panamá". Y Forbes Lindsay se opone a la vía Panamá y acusa a Lesseps de haber convocado un "congreso de amigos". Lo respalda Émile Levasseur. Pero, a pesar de todo, triunfa la vía Panamá, sostenida por Lesseps, Wyse y Reclus. La Compañía del Canal se funda en 1881. Según las cuentas, el nuevo canal podrá costar unos cuatrocientos millones de francos.

Para entonces Lesseps cifraba ya en los 76 años y era hombre prácticamente agotado. Se explica que no haya percibido los errores básicos de sus cálculos. Como la primera suscripción sólo pudo juntar la suma de treinta millones, Lesseps entra en tratos con los banqueros Couvreux y Hersent y se lanza a la obra, impaciente.

Y aquí una locura semejante a la de los "prospectores" del oro: veinte mil obreros, cuarenta máquinas escarbadoras, veinticinco locomotoras, ocho mil vagones. . . Era aquélla una de las obras más grandes que había visto el mundo. Cierta empresa particular, concesionaria del tramo Colón-Gatún, termina sus trabajos un año antes de lo estipulado. Los técnicos, entusiasmados, aseguran que para 1882, es decir, en unos diez años, los barcos podrán cruzar el canal.

El horizonte se nubla poco a poco. Empiezan las dificultades financieras. Lesseps, además, no había contado con la naturaleza rocosa del terreno, ni tampoco con el clima insalubre y asolador. En la vía férrea panameña han muerto ya ciento cincuenta mil hombres. En el canal muere un promedio de setecientos hombres al mes, o sea un 500 por 1,000. Cunde el pánico. El tributo de vidas resulta desproporcionado hasta ser criminal; el de recursos no tiene límites y se está gastando sin medida. Los ataques redoblan y vienen de todas partes. ¡Funesta quimera, locura suicida, vasto cementerio, especulación nefanda, negocio de pocos y sacrificios de muchos! —clama la prensa de París. El Parlamento francés niega su apoyo financiero. Lesseps, seguro de su prestigio, acude a la opinión y pide ayuda. Cambia su plan pri-

mitivo de nivelación del canal y adopta un plan de compuertas que abarata la obra y la hace más factible. Vincula a la empresa el nombre de Eiffel, encargándolo de las esclusas. Todo en vano. Francia ya no responde.

La Compañía ha interrumpido el servicio de intereses a los accionistas desde 1888. Todavía se ofrece a Lesseps refundir el negocio con un millón adicional, pero Lesseps ya no se siente con fuerzas. Entre el escándalo general, los pagos suspendidos y la empresa desmoralizada, se va sabiendo que se han gastado más de mil millones y medio en sólo una tercia parte de la obra, siendo así que los trabajos partieron de un presupuesto inicial de 400 millones.

Y es la ruina. Y adelantan las acusaciones en forma, las investigaciones, el castigo, y por último, el perdón a Lesseps, que sólo se salva por un sentimiento de piedad para su ilustre nombre y su irresponsabilidad de nonagenario. La averiguación abierta en 1892 demuestra que miembros de ambas Cámaras han aceptado presentes y sobornos, y el dinero se ha escurrido por mil rendijas. Desde entonces se da el nombre de "Panamá" a las grandes especulaciones equívocas.

Los Estados Unidos, que descontaban desde el primer instante aquel inmenso fracaso y aun habían enviado sobre el terreno a tres agentes que informaron en contra, se mantuvieron impasibles hasta el momento oportuno. La guerra hispanoamericana hizo ver la urgente necesidad de un canal interoceánico de dominio propio, a menos que los Estados Unidos mantuvieran una flota en el Atlántico y otra en el Pacífico. Panamá, antigua provincia de Colombia, declaró su independencia el 3 de noviembre de 1903. Diez días después, el nuevo Estado fue reconocido por el gobierno de Washington, y cinco días más tarde se firmó entre ambos gobiernos un tratado que daba a la nueva República facilidades para la apertura de un canal, a cambio de una concesión perpetua de cinco millas por banda a los Estados Unidos.

Los Estados Unidos han abierto negociaciones con Francia para la compra de derechos, materiales, trabajo. Francia pide por todo ello, incluso el Ferrocarril de Panamá, 565 millones de francos. Los Estados Unidos sólo ofrecen 40 millones de dólares, o sea algo más de 200 millones de francos

al cambio de la época. No era hora de regatear. En histórico telegrama, Francia malbarata el negocio en quiebra: el 4 de mayo de 1904, la asamblea de accionistas ratifica la venta de vidas y dineros franceses a cambio de "un mendrugo de pan".

El canal ya no es una empresa internacional, sino que se ha convertido en la firma Daniel Ballet. La nueva empresa norteamericana, escarmentada, monta por 1905 una magna organización, sanea el terreno, funda hospitales, establece policía y escuelas, código y disciplina. En el orden del progreso humano, siempre lo suntuario corrige a lo meramente natural. Al cabo de un año, el promedio de mortalidad baja de 500 a 50 por 1,000, y poco después, a 19. La higiene, el orden se enseñorean de la zona caótica. Van surgiendo las formidables esclusas de Gatún, Pedro Miguel, Miraflores.

Hoy, *México, 15-17-19-III-1938.*

MÉXICO Y CHILE

UNA DEUDA HISTÓRICA

DIVIDIDA la nación en dos bandos, sobre el eterno problema de captar para el propio pueblo los provechos del suelo propio. Proteo y más que Proteo que asume, a lo largo de la historia, los más variados disfraces; desde la cruda figura crematística hasta la solemne discusión teologal, donde se transforman en herejía toda duda y todo ensayo para mejorar el estado actual de las cosas. Embrión que laboriosamente se decide a cortarse del cordón que lo ata; colonia que con trabajo se encamina a la autonomía; patético ser que aparece entre vagidos y convulsiones y, como el recién nacido de Plinio, sólo abre los ojos para llorar. ¿Qué mucho si los mismos intereses empeñados en la disputa se engañan, una y otra vez, sobre el sentido de sus propios anhelos? Se ahondan los motivos, se resuelven poco a poco en sistemas: en los dos extremos, cada idea fija parece polarizar y atraer a su vórtice todo un tropel de razones universales. Ya no se trata siquiera de un problema de Estado, el mismo que preocupó a los últimos Felipes: el quiste de la economía mexicana, la congelación del territorio bajo la mano muerta. (Lo que hizo decir a Justo Sierra, historiador liberal, que si la revolución no llega a estallar por obra de los caudillos más o menos jacobinos —Hidalgo "el afrancesado" y la desesperación popular que se congregaba a sus voces, pertrechada con armas de fortuna— la revolución hubiera estallado por obra del alto clero, que ya sentía bajar desde la Corona de España las amenazas contra sus tradicionales privilegios.) No: ahora se trata ya de dos místicas que se entrechocan. Y he aquí que, entre la locura y la violencia, uno de los bandos se juega la última carta: la apelación al brazo extranjero, que siempre se paga y siempre se pagará, lo mismo ayer que hoy y que mañana, con sangre de nuestros corazones. La supensión del servicio de la Deuda. La triple escuadra. La noble duda en

la conciencia de Prim, que aleja de nuestra costa las naves hispanas y las británicas. Dubois de Saligny, precursor de la teoría, hoy tan a la moda, del *chiffon de papier*, se burla del garabato de su firma. Y comienza la invasión aventurera de los ejércitos napoleónicos, y el viaje de aquel príncipe iluso, con quien no sabían qué hacer en Europa, porque era inclinado a la poesía.

Y el calambre eléctrico, el estremecimiento por las vértebras de los Andes. Allá, en las tierras del Sur, llega hasta Chile. Tal vez arranca con el puñetazo iracundo en la mesa de la taberna; se derrama en las discusiones; entra en las casas de familia; ya cunde en gritos por la calle; se explica en discursos por los teatros y parlamentos; acumula grupos de resistencia patriótica; funda sociedades —las Uniones Americanas, ganglios neurálgicos de nuestras repúblicas heridas—; colecta fondos y auxilios para los hospitales de sangre; recluta voluntarios que sienten, como en carne propia, la artera puñalada sobre el dorso de México. Y llega un momento en que todos los chilenos, jóvenes y ancianos, mujeres y niños, militares y civiles, médicos y poetas, ricos y pobres parecen decirnos desde las lejanías del Pacífico austral: —Estamos con vosotros; vuestro dolor nos duele, y vuestra victoria será nuestra.

La Sociedad de la Unión Americana, de Santiago, anima y concentra todos estos movimientos de la opinión pública. La inspira el poeta Guillermo Matta, infatigable atizador del fuego sagrado. La preside el general Juan Gregorio de Las-Heras, el héroe de Cancha-Rayada, de Chacabuco y de Maipú, y sostenedor también de la independencia peruana. La vida y trabajos de la Sociedad se recogen en dos volúmenes de difícil acceso, olvidados hoy por nuestros historiadores y cuya sustancia algún día ha de ponerse al alcance del lector mexicano. La obra de la Sociedad abarca desde sus preliminares y fundación (28 de abril a 25 de mayo de 1862) hasta el 31 de diciembre de 1866. O como dice su compilador, el ecuatoriano Pedro Moncayo, "desde la invasión de México hasta la fuga de Maximiliano". La Sociedad se inaugura solemnemente en el aniversario de la independencia argentina, y el prólogo de sus memorias está firmado en una

fecha expresiva para nosotros: primero de septiembre de 1862.

El contagio mexicanista, que se ha apoderado ya de las grandes ciudades como Valparaíso, alcanza a los pueblos. En La Serena y en Quillota hay otros centros semejantes. Y de allí, como de Concepción, Andacollo y Elqui, de Talca, Copiapó, San Felipe y hasta de los últimos rincones de la montaña, llueven las ofertas de voluntarios o las contribuciones para ayudar a la patria mexicana afligida.

Al cobijo de la causa, resucita la inmensa sombra de Bolívar, se abre paso la idea de la Grande América, y de tal modo se adueña de las voluntades, que el gobernador de Quillota funda, al margen del Aconcagua, en Puratinim, el pueblo que se ha de llamar "Unión Americana". Así, mientras por una parte la invasión de México suscita aquí y allá focos de indignación, por otra parte avanza la idea unionista, que aprovecha y organiza esas excitaciones del momento. Miembros destrozados e intentos rotos a los pies de la Utopía, corre por ellos como cinta de fuego el entusiasmo por la defensa mexicana.

Más tarde, el 24 de noviembre de 1863, la Unión Americana de San Luis Potosí, por boca de Juan Antonio de la Fuente, Manuel M. Zamacona y Miguel de la Garza y Melo, reconocerá lo que debe México a la fraternidad de Chile, que al ejemplo del veterano Pedro Godoy se apresuró a sacrificar una parte de sus comodidades en alivio de nuestro pueblo.

Es hora de que se sepa, se diga y se repita. La catástrofe de Chile ha conmovido a México. No hemos permanecido indiferentes ante el desastre de la república hermana, y en varias formas hemos acudido a las víctimas del terremoto. La ocasión parecía oportuna para recordar esta deuda histórica, que siempre nos unirá con Chile.

El Nacional, *México, 3-III-1939.*

NOTAS SOBRE LA ECONOMÍA ARGENTINA DURANTE LA INDEPENDENCIA

1. Si la independencia de los Estados Unidos contó con el apoyo en finanzas, en buques, armas y hombres por parte de Francia, y con la propia base económica de su papel circulante, su azúcar, tabaco, maderas, algodón, cueros, manufacturas e impuestos, la de la Argentina (como la de los demás países hispanoamericanos) se hizo sin fuerza financiera ni base económica suficiente.

2. Se trataba de sustituir el antiguo régimen económico por uno nuevo. Características del antiguo: monopolio, no concurrencia, supresión de cambios, recargo de fletes (las mercaderías españolas llegadas a la colonia estaban gravadas en un 600 por ciento), tasa al consumo, limitación de la producción, estancamiento del capital; en suma: todas las lacras de una explotación colonial que parecía calculada a la vez para arruinar a España y a América.

3. La independencia, al suprimir el monopolio y mientras se abrían nuevos mercados, deja al país sin rentas (sus únicas fuentes eran las aduanas) y el tesoro exhausto, situación de tabla rasa descrita por el presidente del Congreso Nacional en 1817. "Muchos días pasan —decía Belgrano en una nota oficial— en que absolutamente no tengo qué dar de comer ni aun a los jefes."

4. La moneda fiduciaria ha sido arma de todas las emancipaciones sociales y las guerras. La independencia argentina carecía de ella. El comercio de metales preciosos estaba prohibido en la Colonia. No había bancos, ni cajas de depósitos. Los tesoros privados, por importantes que fueran, no servían de base a la circulación. Hubo que arbitrar medios: tal la contribución extraordinaria sobre Buenos Aires (15 de mayo de 1812), dictada por el Triunvirato para sostener los ejér-

citos que marchaban al Perú y a Montevideo, y que asciende a 638,000 pesos y se distribuye en diversos grados sobre los comercios; tal el anticipo forzoso (1813) de 500,000 pesos por un año sobre los capitalistas, reintegrable en rentas generales, dictado por la Asamblea General para sostener la marina de guerra que, al mando de Guillermo Brown, ha de rendir la plaza de Montevideo; tal el empréstito impositivo de 200,000 pesos sobre todos los habitantes, dictado por el Directorio (1816) para costear las tropas del Alto Perú. Así se mantuvo la guerra siete años. Cuando los reintegros no se reembolsaron, se aceptaron las letras como cancelación de la mitad de los impuestos corrientes.

5. Al instante se entabla el debate entre el libre cambio de Adam Smith y el proteccionismo,* reclamado por la incipiente industria. El debate se da en el Congreso Nacional de 1818. Los cabildos de Mendoza y San Juan, provincias que ya producían vino y aguardientes, piden exención de derechos para sus caldos en la aduana de Buenos Aires (3 pesos por barril de aguardiente de Cuyo y 1 peso por el de vino; contra 15 y 13 pesos que pagaban respectivamente los barriles de iguales productos extranjeros). El diputado mendocino Tomás Godoy Cruz sostiene la necesidad de abolir impuestos interiores entre las Provincias Unidas, conservando la tarifa extranjera, lo que en doce años mejoraría el producto nacional hasta sustituir del todo al extraño; añade que los derechos de exportación gravan viciosamente artículos nacionales, pues los vinos cuyanos se vendían ya en Montevideo y en el Brasil. Lo impugna victoriosamente el librecambista José Severo Malabia, arguyendo que los derechos cuya supresión se pedía no eran una renta provincial o municipal, sino nacional, destinada al tesoro general del país. Lo único importante era que tales derechos fuesen soportables, y que así la balanza comercial se inclinara al buen lado. La prohibi-

* *El Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, Buenos Aires, 6 de febrero de 1805 en adelante, publica extractos de una larga memoria de S. Crumpe, premiada por la R. Academia de Irlanda, *Sobre los medios de procurar ocupación al pueblo*, tomada del *Semanario de Agricultura y Artes*, donde varias veces —además de Quesnay— se cita la autoridad de A. Smith y se aconseja a los pueblos de América entregarse a las delicias de la libertad de comercio.

ción no mejoraría el artículo, al contrario; sólo la competencia y la emulación podrían mejorarlo. Es interesante ver plantearse el debate en torno al vino, que será la futura riqueza cuyana, en un país que, por 1818, era pastoril, de holgada vida pampeana.

6. Aunque Godoy Cruz quedó derrotado ante el Congreso en su plan proteccionista, su idea de abolir aduanas interiores triunfará al organizarse constitucionalmente el país, así como su idea de suprimir derechos de exportación: la Constitución de 1850 recoge la primera; la ley de 1887, la segunda.

7. Aunque la anarquía de 1820 sofoca las iniciativas económicas, el debate continúa. Comisionados de Buenos Aires, Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe proyectan una liga defensiva y ofensiva sobre los derechos de tránsito de mercaderías nacionales entre las provincias (Santa Fe, 1830). El general Ferré, por Corrientes, sostenía el proteccionismo. José María Rojas, por Buenos Aires, el librecambismo.

8. Recuérdese, para mejor comprensión, que en esta época no hay billetes. Los medios circulantes son la onza de oro o pelucona, y el duro de plata español. También circulan monedas extranjeras. La Asamblea General Constituyente autorizó la acuñación de monedas de las Provincias Unidas en el Potosí, en onzas de oro, soles de plata, y medio, cuarto y octavo de onza (abril, 1813.)*

Buenos Aires, VIII-1931.

* *El Trimestre Económico*, México, IV-VI-1939.

SOBRE BUENOS AIRES

SPENGLER piensa que el desarrollo de las grandes ciudades, camino de la Ciudad-Estado, es un síntoma de aquella decadencia que acaba en la disolución nacional. Esta teoría se confronta ahora con un caso cercano, en cierto "Ensayo sobre Buenos Aires" que acaba de publicar el crítico de arte y urbanista argentino don Julio Rinaldini. (Volumen de la Comisión Argentina de Cooperación Intelectual, *Regards sur l'Argentine*, donde, después de algunas consideraciones generales de Antonio Aíta, se recogen también estudios de varios autores: Eduardo Acevedo Díaz, Guillermo Salazar Altamira y Roberto F. Giusti, uno de los directores de *Nosotros*.)

Para Rinaldini, la "ciudad tentacular" moderna se alimenta con lo mismo que sirvió de veneno a la clásica Ciudad-Estado: su internacionalismo; el cual la sustenta por una parte, y por otra ejerce la indispensable función respiratoria entre el ser nacional y el ambiente exterior.

No se detiene a explicarnos la causa de esta "mitridatización", directa consecuencia acaso de la comunicación intensa y la dependencia mutua en que viven las naciones contemporáneas, nueva acomodación biológica al aire libre que, si fue peligrosa para el embrión, es ya necesaria al ser adulto; pero sí nos explica en cambio su visión sobre el futuro de las grandes urbes en la reorganización económica del mundo contemporáneo, "donde —dice— la mera iniciativa nacional para nada cuenta".

Lejos de tender estas grandes urbes a convertise en una entidad política hipertrofiada o en un compendio de la nación, estarían llamadas a constituir con el tiempo una cadena automática de relaciones internacionales, con cierta independencia de las culturas vernáculas. Si no me engaño, se considera aquí a las grandes urbes como la base de aquellas "naciones horizontales", capas o niveles de cultura tendidas entre todos los pueblos a pesar de los tabiques verticales de las fronteras. Los ciudadanos de estas naciones horizontales

se entienden mejor entre sí que con sus propios vecinos o compatriotas.

Piénsese lo que se quiera de estas teorías, es interesante imaginar el nacimiento y vida de Buenos Aires como objeto físico, la diferenciación de su célula en un principio algo dormida, las revoluciones y torbellinos interiores de sus fuerzas urbanas (que Jules Romains llamaría las "potencias" de la ciudad), su salto de resorte oprimido después del vuelco de Caseros, su decidida versatilidad, en vértigo abierto de crecimiento y transformación constantes, ya derramándose sobre la dócil planicie que la rodea, ya trepando —innecesariamente— a las alturas del rascacielos. A la mente acuden aquellos versos de Góngora, poeta —¡también!— del urbanismo:

> Nilo no sufre márgenes, ni muros
> Madrid, oh peregrino, tú que pasas;
> que a su menor inundación de casas
> ni aun los campos del Tajo están seguros.

Para los descubridores y primeros colonos, que apenas pueden llamarse allá conquistadores porque, ¿qué conquistaban? —"el desierto, el desierto y el desierto"—, la orilla del Plata sólo era un tránsito, "un asiento" como se decía entonces, en la difícil jornada hacia los países legendarios del oro que habían de encontrarse camino del Alto Perú y del Pacífico. ¡El oro se buscaba a lo lejos, y se tenía debajo de las plantas, en el suelo más feraz que existe y que sólo estaba aguardando la provocación de la primera semilla!

El absurdo régimen político, cerrando al comercio las puerta de la futura ciudad, parecía contrariar las insinuaciones mismas de la geografía, tapar al país la boca y condenarlo a la asfixia. Dos largos siglos se lucha en vano para conquistar la libertad del comercio, y la población y aun las administraciones locales sortean el absurdo como pueden, aprovechándose primero de la piratería inglesa —que madruga tanto como la fundación de Buenos Aires—, de la piratería portuguesa, francesa, holandesa y danesa, y luego aprovechándose de la práctica generalizada del contrabando.

Minas no hay, gran preocupación de los descubridores; en la agricultura no se sueña, o se arriesga poco por miedo

a las constantes "reviradas" de los indios salvajes. Esta "frontera de terror" aislaba del todo a Buenos Aires. Poco a poco, el negocio del cuero sirve de vínculo a la lenta colonización, de donde nacen los dos tipos humanos característicos: Martín Fierro, el gaucho pobre y trashumante, pastor de reses sin égloga ni caramillo, rudo amansador de potros, héroe de las derrotas, "perdedor" en la vida; y el rico "estanciero" o hacendado Don Fulano de Tal, fundador del "patriciado" futuro y siempre en estrena de la civilización y los placeres del mundo.

Y de paso me complazco en ver aquí confirmada mi noción sobre un Buenos Aires donde el patriciado, aristocracia de hecho, conserva la tradición y la impone por fascinación y contagio a la plebe de las inmigraciones; noción que, expuesta por 1929, me atrajo cierta polémica con un escritor argentino, polémica que fue inesperadamente a repercutir en las páginas de Charles Maurras, jefe de los monarquistas franceses *(Sur la cendre de nos foyers)*.*

Y véase el prodigio: el pobre establecimiento de trescientos colonos en un paralelogramo de unos 2,000 por 1,100 metros (¡el cuero de la res de Cartago!) crece penosamente a lo largo de los siglos de comprensión, y al fin estalla en desborde incontenible cuando la caída del tirano Rosas, año de 1852.

> En 1852, la población es de 70,000 almas; doce años más tarde, en 1864, alcanza la cifra de 140,000. En doce años la ciudad ha visto doblarse la proporción que había conquistado en doscientos setenta y dos años (a contar desde 1580 hasta la caída de Rosas). De 1864 en adelante, su crecimiento es una curva ascendente de que no hay igual entre las ciudades contemporáneas.

En 1880 se arregla definitivamente, con el triunfo de Buenos Aires, el duelo iniciado desde los días de la independencia entre la capital y el resto de la nación, otra singularidad de la historia argentina, explicable por el aislamiento original de la fundación porteña y la falta de visión política sobre sus verdaderos destinos. "Buenos Aires alcanza en 1875 la cifra de 230,000 habitantes; en 1887, la de 437,373;

* Ver, en este volumen, "Palabras sobre la Nación Argentina", pp. 28-36.

y en 1904 la ciudad tiene ya una población de 979,325 almas." Hoy llega a 2.415,000 sin contar más que el casco de la ciudad propiamente dicha, pues el conjunto de la aglomeración urbana, que se extiende sin solución de continuidad sobre 46,000 hectáreas, alcanza los 4.000,000 de habitantes.

Su fiebre de transformación, que a ningún porteño parece asombrar, no se detiene ante demolición alguna. Puede acusársela, por la misma celeridad con que echa abajo casas y manzanas recién construidas, de cierta imprevisión urbana, pero ello mismo es el signo de su enorme vitalidad. Hincha los pulmones, abre parques, parte en dos las rocas hechizas de sus rascacielos. Acabamos de ver la calle de Corrientes (que dista mucho ya de ser la del conocido tango: "Y todo a media luz"), ensancharse en pocos meses de ocho a veintiséis metros; y abrirse en un instante, sin piedad para los apegos más o menos históricos, una enorme avenida de 140 metros de ancho. En un solo año se han expedido 15,654 permisos de construcción, que representan una superficie de 1.780,516 metros cuadrados, y un valor de 153.099,300 pesos argentinos.

"Buenos Aires no crea cultura propia." Absorbe, transforma la más alta cultura internacional y la vierte al resto del país. Ejerce una función esencial al mismo tiempo para la Argentina y para el mundo, tanto en lo cultural como en lo económico. En 1887, sobre sus 437,373 habitantes, hay ya 228,641 extranjeros. Su asimilación del inmigrante es inmediata, y sólo recibe las influencias que escoge. Sobre esa cifra de extranjeros, 138,166 eran italianos. Con todo, dominan en su formación intelectual los tipos franceses; en sus modas, Francia e Inglaterra. Pero Buenos Aires vive en contacto con el territorio nacional, en cuyo metabolismo económico representa el órgano primo.

Este contacto —dice Rinaldini— se mantiene

> aun cuando sólo fuera por obra y gracia de los vientos que continuamente la visitan: No se trata de una mera figura literaria, no. Los vientos son factores determinantes en la economía argentina. Los vientos fríos y húmedos del Pacífico, que pierden su vapor de agua al trasmontar las cordilleras, se trans-

forman en vientos fríos y secos que, en las regiones cálidas del norte y del centro, levantan nubes cargadas de humedad y provocan copiosas lluvias fecundas. Y esos mismos vientos húmedos del Pacífico, al entrar por el extremo sur del territorio argentino, contribuyen a su riqueza forestal. Buenos Aires —ciudad azotada siempre por el viento, ciudad que conoce la enervación del "viento norte", denso y cálido, y el alivio del "pampero", viento frío del sudoeste que limpia los cielos y aligera las presiones bajas— sabe que estos cambios de atmósfera mantienen la riqueza de la nación. El clima variable de Buenos Aires es como un indicador, agente natural de que la capital se sirve para controlar los destinos del país.

¡Auriga que rige su carro con las riendas del viento! ¡No podría conmovernos más la "Historia de Valdemar Daae y de sus hijas, contada por el viento"!

El Nacional, *México, 28-X-1939.*

KORN Y LA FILOSOFÍA ARGENTINA

BASTAN los nombres del viejo Alejandro Korn, de José Ingenieros —tan difundido entre nosotros— y de Francisco Romero, llamado todavía a mayor difusión, para señalar la importancia de los estudios filosóficos en la Argentina. Por supuesto que para ser justos tendríamos que añadir toda una cohorte de catedráticos y escritores, entre los cuales los primeros que recuerdo de pronto, sin menospreciar a los que callo, son Coroliano Alberini, Luis Juan Guerrero, Eugenio Pucciarelli y Aníbal Sánchez Reulet, entre los vivos.

Alejandro Korn, de cuyas obras ha publicado dos volúmenes la Universidad de La Plata, hijo de un antiguo oficial prusiano emigrado cuando la revolución del 48, nació ya en la Argentina y falleció en 1936, cerca de los 74 años, tras de florecer en el último cuarto de su vida como escritor filosófico de altura. Hay en él escarceos literarios, seria consagración de alienista y catedrático, rasgos de hombre político. Es médico a los 22 años y llega a director de hospitales. Queda íntimamente vinculado a las universidades de Buenos Aires y de La Plata, al Colegio Novecentista, a la Escuela de Estudios Sociales "Juan B. Justo", al Colegio Libre de Estudios Superiores. Tras la reforma universitaria de 1918, es el primer decano de filosofía elegido ya con la participación de los estudiantes. Está asociado a las campañas de la juventud universitaria. Muchas veces tuvo que rechazar cargos y honores, pero no escabulló el deber político. De joven, el Radicalismo revolucionario de 1890 lo cuenta entre sus filas. Intendente de La Plata y diputado provincial, las actividades profesionales lo absorben después algún tiempo. En 1917 aparece en el Partido Conservador, de que se decepciona al año siguiente, y en 1930 se incorpora definitivamente al Partido Socialista. Quien desee conocerlo, acaso deba comenzar por el ensayo sobre *La libertad creadora*, publicado en 1920.

Aunque su lugar como escritor filosófico sea muy emi-

nente, en Korn hay que juzgar de los frutos por referencia al árbol. No puede olvidarse al catedrático; no debe olvidarse al hombre: caso goethiano en quien la personalidad total confiere su definitivo valor a las manifestaciones particulares de la obra o de la conducta. Desde muy pronto, ha revelado una cierta firmeza, un envidiable equilibrio en marcha. Lo que más impresionaba en su persona era la seguridad. Su solo contacto deshacía dudas, rectificaba desfallecimientos. Hace notar el intachable Francisco Romero que hay en Korn un humorismo trascendental, ráfaga de liberación que lo eleva más allá de sus mismas afirmaciones, como si adivinara la misteriosa presencia de todo lo posible tras la máscara de lo existente. Armado para corregir los excesos de la especialidad al situarla dentro de lo universal, su pensamiento marca el ritmo de la época y, por generación propia, piensa al compás de la filosofía europea contemporánea. En el desarrollo de los estudios filosóficos en Argentina y en América, ocupa un lugar único.

Para fijar lo esencial del pensamiento de Korn, nos guían las exposiciones de Romero.

Aparece Korn en el momento de reacción contra el positivismo, panacea contra el delirio de grandeza del idealismo germánico. Su influencia se deja sentir en los tres órdenes de esta reacción: la historia de la filosofía, "desquite póstumo de Hegel"; la vuelta a Kant, y sobre todo a la *Crítica de la razón pura,* a ese mínimo de filosofía que es la teoría del conocimiento; y finalmente, el problema de los valores, la historia, la cultura. En la historia filosófica, tiene como pocos el sentido de lo transitorio y lo permanente. Distingue tres etapas en el positivismo: la naturalista y determinista, la de la psicología experimental, la escéptica. Las supera con la noción de que el sujeto, al crear su mundo por el conocimiento, queda fuera de él y se liberta: ningún esfuerzo logrará soldar sujeto y objeto. Las supera, porque la ciencia no abarca todo el problema humano. Ciencia es, para Korn, interpretación matemática de la realidad, de índole utilitaria, y no un saber teórico puro. La ciencia padece con la crisis de la matemática. Es "violenta simplificación de la realidad" (como en los sistemas cerrados, que no existen en ninguna parte), y

su método por excelencia, la inducción, sólo autoriza probabilidades. Fuera de la ciencia, hay en el mundo externo regiones que escapan todavía a la relación matemática. Su conocimiento no es, para Korn, ciencia, sino "teoría". Frente al objeto, el sujeto es el asunto de la filosofía, que se confunde con el problema de las valoraciones. (Parece ser que la indagación de la tendencia dualística de la mente, de que la pareja sujeto-objeto es sólo un caso, constituiría para Korn un capítulo anterior de la filosofía.) La valoración: reacción del sujeto ante un hecho; el valor: objeto ideal o real de la valoración. Complejísimo fenómeno psíquico que culmina en una síntesis: la personalidad individual, donde coerción y libertad obran de consuno como datos subjetivos, midiéndose la libertad personal por el grado de libertad alcanzada, en pugna contra una coerción que debe hacerse antes consciente. Clasifica así las valoraciones: biológicas (económicas, instintivas, eróticas); vitales o sociales propiamente dichas; culturales (religiosas, éticas, lógicas, estéticas). Cada valoración se asienta en dos conceptos básicos, positivo y negativo, con una cara hacia la realización histórica y otra hacia la aspiración ideal. Así, en la lógica, lo cierto y lo falso, el saber como historia y la verdad como ideal. La angustia de la vida, hecho real, es problema empírico, no cuestión metafísica, y obliga a la acción. Y sobre todo ello, un velo de relatividad y una neta distinción entre lo comprobado y lo deseable.

En el segundo volumen de sus obras encontramos una "Exposición crítica de la filosofía actual", cuyo último capítulo nos interesa singularmente, por cuanto se consagra a destacar "una posición argentina"; ejemplo entre muchos de aquella admirable voluntad de la República hermana para "echar su cuarto a espadas" en todo orden de actividades, y dejar siempre una aportación nacional en todos los extremos de la acción y del pensamiento.

Esta actitud merece meditarse como aviso moral para nuestros pueblos. Sin duda la verdadera lección que la Argentina da a nuestra América es esta afirmación constante del propio modo de ser, afirmación que está en la base de su historia y que poco a poco le ha abierto paso, dándole lugar entre las filas del mundo.

Esta vez, al trazar el panorama contemporáneo, Korn parece especialmente preocupado por el valor social y hasta nacional de las filosofías. Helo aquí a grandes rasgos:

El siglo XX es un caso negativo, de desorganización intelectual, en pugna contra las corrientes positivistas del siglo anterior, cuyos principios no acierta a sustituir. A despecho de las tentativas espiritualistas, vehiculada en circunstancias históricas, se filtra y corre de una a otra centuria la interpretación económica de Marx.

Tentativas estériles: el genial Bergson, que a lo sumo podrá servir de antecedente para algún sistema futuro; el historicismo, más fecundo, fundado en la evolución, hasta donde ella interesa a la especie humana, que aborda el desenvolvimiento de las culturas; la axiología o teoría de los valores, reafirmación de la dignidad del hombre, a quien se reconoce el derecho de elegir, aunque por aquí se tiende a una visión metafísica que concedería valor de absoluto al valor de nuestra apreciación.

Revista de los principales centros filosóficos de Occidente: en Italia, Croce, de quien sólo queda en pie la actitud polémica contra el positivismo, pero no su intento neo-hegeliano. (En cuanto al "acto puro" del inconsciente Gentile, alejémonos con disgusto.) En Francia, la simpática concepción bergsoniana de un principio absoluto concebido como potencia creadora acaba en resultados regresivos. En el mundo anglosajón, siempre el viejo utilitarismo, que se ve obligado a abandonar el gran sistema del liberalismo burgués elaborado por Spencer, pero sin que prosperen los intentos de sazonar el tradicional asado británico con salsa hegeliana. En Alemania, superabundancia de filosofías de aulas adentro, donde se destacan Dilthey, que busca sus soluciones en el proceso histórico humano; Husserl, cuya fenomenología es un chisporroteo intermitente que no acaba por iluminar; Max Scheler, que sustituye a la demostración el impulso romántico, basándose en antiquísimas teorías psicológicas y antropológicas, y que muere sin escribir las obras en que ofrecía siempre dar sus explicaciones definitivas; Heidegger, místico para quien el ser es la nada, y el único absoluto el tiempo.

Lo que más importa en esta sumaria revista es la posición

de Korn, su disgusto al convencerse de que ninguno de estos intentos corresponde a la realidad social del país que los vio nacer, y aquella cierta impaciencia, bien notoria en los casos de Gentile y de Heidegger, con que somete la teoría del filósofo al contraste de su conducta como hombre. Se diría que para él la filosofía debe ser, ante todo, una ética social y una ética individual.

A esta inquietud se añade la inquietud de la espera. Por acá, en América, viene a decir, vivimos de prestado, y los centros genitores de la filosofía occidental parecen ahora incapaces de enviarnos nada que valga la pena. En su segundo viaje a la Argentina, Ortega y Gasset dijo a Korn: "Como están las cosas, de un momento a otro tiene que surgir un gran sistema filosófico." Y Korn comenta con amargura: "Quedé a la espera del gran sistema metafísico. Han transcurrido unos cuantos años y no ha llegado: supongo que no será por culpa del correo." Y la revista *Kant-Studien*, en uno de sus últimos números, declara: "El rasgo característico de este momento es la fuga de la Filosofía: tenemos otros problemas en que ocuparnos."

Y el esperar a que otros busquen lo que necesitamos no es, desde luego, una actitud que nos honre. "Es claro que no nos vamos a encerrar dentro de nuestras fronteras para crear una filosofía pampeana." Pero, en fin, informándonos de lo que produce Europa, bien podemos procurar algunas aportaciones fundadas en las necesidades de nuestros pueblos. (Otra vez, aquí, la preocupación pragmática de Korn.) "Tenemos el honor de poseer una producción filosófica propia y no hay motivo para avergonzarnos de ella y menos para no tomarla en cuenta." Piensa Korn que, en el desarrollo del pensamiento filosófico, la Argentina se distingue entre las repúblicas hispanoamericanas. Piensa que los jóvenes de la Asociación de Mayo, dispersos por la América del Sur cuando la dictadura, regresan después de Caseros con una visión clara de los problemas sociales y, como sin quererlo y de paso, al atacar tales problemas producen una cierta filosofía. Quien mejor expresa esta postura mental es Alberdi, en un conjunto de ideas que eran más o menos comunes a todos los emigrados: Sarmiento, Mitre, Vicente Fidel López, Juan Ma-

ría Gutiérrez, Florencio Varela. La revolución de independencia, para ahuyentar la teología —que no filosofía— colonial, esgrime el ideario del Enciclopedismo y de la Revolución Francesa, y esto en los días en que tal ideario palidecía, en Francia, a efectos de la Restauración. Smith y Bentham envían las influencias del utilitarismo inglés que inspiran a Rivadavia en la fundacion de la Universidad de Buenos Aires. Alberdi resume estas corrientes y las mezcla con las románticas. En ciertos papeles póstumos ha dicho que no hay una filosofía universal, sino que cada país, cada época, cada filósofo han tenido una filosofía particular, aportando soluciones diferentes a sus privativos problemas. No le interesa, pues, la filosofía especulativa, sino la filosofía aplicada, la política. La abstracción parece no echar raíces en América. Nuestra filosofía ha de brotar de nuestra necesidad. Y al hacer suyas estas palabras de Alberdi, vemos a Korn de cuerpo entero, comprendemos mejor su impaciencia ante la filosofía europea, y nos confesamos que su filosofía americana quiere, ante todo, ser una investigación sobre el hombre mismo, camino de su dignidad.

El Nacional, *México, 14-XI-1939.*

Apéndice

Sin tiempo para preparar unas palabras adecuadas a este homenaje, me presento con las manos vacías. Después de todo, las manos vacías son las manos de la amistad. En tal sentido, sólo ruego que se tome nota de mi adhesión, de mi presencia. No traigo un discurso, sino un acto. Yo no quería privarme de la honra y el gusto de comparecer hoy entre los amigos de Alejandro Korn, primero por tratarse de un filósofo argentino cuya labor admiro y cuyo recuerdo venero, y segundo porque acontece que, entre estos amigos de Korn, mi país ha contado siempre con viejos y fieles amigos que han acompañado sus vicisitudes con esa simpatía y esa comprensión que sólo pueden nacer de una recta filosofía. De suerte que el testimonio de mi agradecimiento para ellos se

resuelve en un testimonio más de los frutos que pueden rendir las disciplinas filosóficas bien inspiradas.

Maestro de tales disciplinas, clasificador mental sobre esta América que sólo es confusa por ser nueva y por ser rica, Korn alza su noble figura goethiana y se saluda, de cumbre a cumbre, con algunos pocos americanos que van marcando, de tarde en tarde, los hitos de esta tortuosa continuidad mental de nuestras repúblicas, hasta hoy tan difícil de mantener. Ser un filósofo en América es el caso heroico por excelencia. Mientras toda nuestra vida quiere resumirse en una manera de inmersión mística, devolverse a la laboriosa entraña, al goce bruto del impulso, la filosofía entra hasta el subsuelo y extrae los manantiales interiores para derramarlos en servicio de todos. Y como el que piensa bien obra bien (creo que hay derecho a afirmarlo sin ambages entre los discípulos de Platón), por esta labor de depuración mental —solitaria en apariencia, aislada en apariencia— se van rectificando los motivos de la conducta. El filósofo está solo para darse mejor. ¡A cuántos inmediatos halagos no renuncia! ¡Cuántas solicitaciones del ambiente tiene que ir rechazando al paso! Y luego, en el seno de las sociedades no diferenciadas, ni siquiera encuentra un cauce ya hecho; es como un chorro de sangre que tuviera que ir labrando su arteria; gasta en frotamientos inútiles la parte mejor de su energía. No vive equilibrado en el presente, sino dolorosamente enamorado de una promesa; pierde hoy para ganar mañana; raro será que alcance a disfrutar los resultados de su sacrificio; agricultor a largo plazo, pasa la existencia sobre el surco para que otros corten la cosecha; se alimenta, a crédito, de alegrías póstumas; su felicidad es planta que sólo brota de su tumba.

Pero hay también en la filosofía un aspecto secular. Los pueblos viven en su hora. Si la hora es de crisis, hay que bajar de la montaña; hay que doblar el sacrificio de la contemplación con el sacrificio de la acción. A veces se dan incendios en el mundo que amenazan carbonizar la historia. La conducta general quiere orientaciones inmediatas. Y entonces hay que emitir billetes contra la garantía de esa riqueza futura que la filosofía estaba acumulando. Los individuos

ahorran: la economía social, la economía perpetua, no tienen ahorros. Vista bajo este ángulo, la labor del filósofo adquiere también, entre nosotros, la condición de una sangría constante.

Amigos de Korn: contentaréis su grande memoria si acudís todos, con lo mejor que hay en vosotros, a los alivios de un dolor social que ya no admite esperas. Lo que ahorrasteis en pensamiento, gastadlo ahora —¿para cuándo, entonces?— en orientaciones saludables. América fue siempre, para los hombres, la figura de una esperanza. Hoy, más que nunca, espera y necesita de la inteligencia. Sea éste, en el ara de un noble recuerdo, nuestro voto.*

La Plata, 16-X-1937.

* *La Vanguardia*, Buenos Aires, 21-X-1937.

LA FILOSOFÍA SOCIAL DE CARLOS VAZ FERREIRA

Desde hace unos cinco lustros viene el filósofo uruguayo construyendo lo que podemos llamar su teoría revolucionaria. La reedición de sus conferencias *Sobre los problemas sociales* (Buenos Aires, Losada, 1939) da ocasión a estas notas. Vale la pena de que se conozca entre nosotros una exposición tan esclarecedora que, cuando menos, sirva para la delicada operación del planteo. Quien no acepte las conclusiones, todavía encontrará allí elementos para seguir reflexionando por cuenta propia. La teoría ofrece una base mínima, más allá de la cual deja suficiente elasticidad a las circunstancias de aplicación y a la libertad de discusiones. Está edificada con un sentido geométrico, un buen dibujo que le presta valor artístico y la hace fácilmente abarcable, y expresada en un lenguaje ajeno a toda pedantería escolar. La inspira una ardiente simpatía por la mayor justicia entre los hombres y un mayor respeto a la felicidad humana.

En su *Lógica viva* había distinguido ya los problemas explicativos (los de conocimiento y comprobación) de los problemas normativos (los de acción y preferencia). Aquéllos, aunque sea teóricamente, alcanzan soluciones. Éstos se quedan en la elección, en la preferencia. (Ejemplo de problema normativo para el individuo: ventajas y desventajas de vivir en la ciudad o en el campo.)

El problema social es el caso más complejo entre los problemas normativos. ¿Puede resolverse? Sólo escogerse y preferirse. A menos que se caiga en la noción providencialista que considera el Estado jurídico como un efecto de la armonía a lo Bastiat: en la Antigüedad, el Cosmos; en la Edad Media, Dios; en la Moderna, ese demiurgo de Henry George que parece haber ideado, de toda eternidad, una manera natural de aplicar los impuestos.

Si resolver tan arduo problema es imposible, siempre se lo puede despojar, atenuar. Esta tarea se reduce a buscar un común denominador, un mínimo a las contradicciones,

que sólo se fundarían ya en una cuestión de grado y no de esencia. Para entender esta discusión, hay que darse cuenta de que aquí sólo se trata de filosofías y no de apetitos. En el orden de los apetitos, el que posee nunca querrá sacrificar parte de su regalo en bien del que no posee. En el reino de los apetitos no hay conciliación posible.

El debate de nuestro tiempo se polariza en la oposición entre individualismo y socialismo, en el más lato sentido de las palabras: entre la libertad y la igualdad. En ambos hay aspectos simpáticos y antipáticos. Allá, la libertad y la tendencia progresista o "fermental" se enturbian con la dureza o crueldad, la inseguridad, el triunfo del inferior o sólo superior en aptitudes inferiores como la de enriquecerse. Acá, la mayor igualdad y solidaridad, también la tendencia "fermental", se enturbian con la limitación a la persona, con la inclinación a nivelar hacia abajo, con la exigencia de condiciones excelsas en el hombre actual que, en la práctica, expone —no pudiendo realizar la utopía psicológica— a optar por el camino de la tiranía.

Hay tres actitudes ante el estatismo: 1ª la spenceriana de la incapacidad del Estado; 2ª la que reconoce al Estado algunas aptitudes al menos; y 3ª la que, admitiendo la posibilidad teórica del Estado perfecto, lo ve como un fijador contra el progreso. En esta oposición entre libertad e igualdad hay una fórmula de concordia: 1º un seguro mínimo al individuo; y 2º el resto, a la libertad. La dosificación es cuestión de grado. Unos abandonan al individuo antes y otros después. Imaginemos tres círculos concéntricos: 1º el interior es el seguro del individuo; 2º el exterior es el campo de la libertad; y 3º el intermedio es la zona discutible, mayor o menor.

El seguro del individuo debiera contener: *a)* Un punto de partida: educación corporal y espiritual; jabón y alfabeto como decía Vasconcelos; la dotación de la mochila, como alguna vez dijimos nosotros. *b)* Además —cuestión importantísima—, el derecho a un sitio en el planeta: concepto de la tierra de habitación que no se confunde con el georgiano de la tierra de producción, así como éste no se confunde con el de tierra de comunicación. (Ver: C. Vaz Ferreira,

Sobre la propiedad de la tierra.) El no distinguir este concepto vuelca sobre él dificultades que sólo debieran ofrecerse con respecto a la tierra de producción. *c)* Un derecho a la subsistencia mínima: que si el hombre entregado a sí mismo cae, no pase de cierto nivel. No lo resuelve la adjudicación de la tierra de propiedad, porque si fuera posible en la agrimensura (lo que ya es difícil), no por eso lo sería en la técnica: no todos hemos de ser agricultores.

Al formular este derecho entramos ya en la disputa: *a)* ¿Repartir la tierra toda? *b)* ¿Socializarla? 1) ¿Totalmente? 2) ¿Parcialmente? *c)* ¿Modificar solamente algunas propiedades individuales? 1) ¿Mediante el régimen tributario? 2) ¿Mediante el de la herencia? 3) ¿Mediante una combinación de ambos? *d)* ¿Conservar el régimen actual, compensando de algún modo a los no-poseedores? 1) ¿Mediante un racionamiento mínimo? 2) ¿Mediante otros arbitrios? Aquí surgen dificultades, primero de posibilidad y luego de deseabilidad, que a veces provienen de una mera falta de hábito, lo que embota la sensibilidad para la justicia. En todo caso, el seguro del individuo debe obligarlo, por su parte, a una dosis de trabajo, de rendimiento social.

A la luz de este análisis, pronto se ve que, si el régimen actual no realiza el socialismo, dista mucho de haber realizado el individualismo, puesto que desequilibra el punto de partida y sacrifica a la mayoría de individuos. Esta razón negativa, el reconocimiento de que se está ante un enemigo común, facilita las posibilidades de arreglo dentro de ciertos límites. ¿Hacer tabla rasa y empezar de nuevo en cada generación, prescindiendo del peligroso juego combinado de herencia y propiedad? Tampoco es posible: las generaciones humanas, a diferencia de ciertas especies de insectos que nacen después de la muerte de sus progenitores, conviven siempre y se entrecruzan.

Entonces Vaz Ferreira emprende una depuración del individualismo y del socialismo, a fin de llegar, por ambos lados, a un límite que reduzca el abismo intermedio, y a fin de evitar que una u otra tendencia se conviertan en fijadores de la indispensable fermentación social. De allí sale condenado todo régimen que no acate el espíritu, y todo

régimen que no rechace el ocio. Y al llegar a este punto, su probidad le hace confesar que, no encajando en ninguno de los sistemas con nombre hecho, su teoría tiene que causar de momento cierta impresión de desamparo.

No le conviene para su sistema el nombre de ecléctico, y ni siquiera el de sistema, esto por la rigidez y aquello porque trae el prejuicio de que se vive tomando un poco de lo ajeno, y no por propio crecimiento interior. Pero ¿por qué pensar en palabras? Si algunos astrónomos se empeñasen en que todos los planetas tienen varios satélites, otros en que cada uno sólo tiene un satélite, los de más allá en que ninguno tiene ningún satélite, se les podría llamar respectivamente: plurisatelistas, monosatelistas y asatelistas. Y ninguno estaría en la verdad. Y los únicos acertados, los que aceptaran las tres posibilidades, no tendrían nombre, ni haría falta.

El Nacional, México, *3-XII-1939*.

LA *REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA* DE BUENOS AIRES

AL SALUDAR la aparición de la *Revista de Filología Hispánica*, de Buenos Aires, hay que consagrar un recuerdo a la *Revista de Filología Española*, de Madrid, de que la nueva publicación viene a ser como el robusto brote transplantado a tierra americana.

La gran renovación cultural de España que parte de Francisco Giner de los Ríos, simbolizada en la Institución Libre de Enseñanza, y que dio su nombre al grupo de los "institucionistas", vino a cristalizar en la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, dirigida por el sabio naturalista don Ignacio Bolívar, ahora huésped de México, donde acaba de cumplir sus noventa años en plena actividad y vigor, y a quien La Casa de España * se honra de contar entre sus miembros. Varios organismos e institutos dependían de la Junta. Tal el Centro de Estudios Históricos, dividido en distintas secciones para la historia política, la historia del arte, los estudios orientales, etc., secciones dirigidas respectivamente por Rafael Altamira, Elías Tormo y Monzó, Manuel Gómez Moreno y, por algún tiempo, el Dr. Yahuda; y la sección de filología a cuya cabeza estaba el mismo director del Centro, don Ramón Menéndez Pidal.

Esta sección de filología, entre cuyos principales colaboradores figuraban Américo Castro (hoy en la Universidad de Austin),** Tomás Navarro Tomás, secretario del Centro (hoy en la Columbia University), Federico de Onís (hoy en la propia Universidad de Columbia, donde dirige el Instituto de las Españas), Justo Gómez Ocerin (después Subsecretario de Estado de la República) y Antonio G. Solalinde (que falleció siendo profesor en la Universidad de Wisconsin), inició el año de 1914 la *Revista de Filología Española*, en cuadernos trimestrales. Esta revista alcanzó bravamente a

* Hoy transformada en El Colegio de México (1944).
** Actualmente, en Princeton (1944).

publicar, ya en medio de la guerra civil y gracias a los esfuerzos de Navarro Tomás y el grupo de investigadores que lo acompañó hasta el último momento, el número 2 del tomo XXIV, correspondiente al segundo trimestre de 1937, aunque impreso más de un año después de su fecha oficial, en noviembre de 1938.

La revista, que se abre con el ensayo de Miguel Asín Palacios sobre *La disputa del asno contra Fray Anselmo Turmeda,* réprobo del siglo xv, y con la monografía de Menéndez Pidal sobre *Elena y María (Disputa del clérigo y del caballero),* poesía leonesa inédita del siglo XIII, deja en los estudios hispánicos un rastro imborrable; ahonda más que la *Revue Hispanique* de Raymond Foulché-Delbosc, en París, o el *Bulletin Hispanique* de Alfred Morel-Fatio, en Burdeos, ambos de venerable recordación. Al que esto escribe, la *Revista de Filología Española* le trae las conmovedoras memorias de los cinco años (1914-1919) en que tuvo la alegría de colaborar con tan ilustres maestros y amigos en el Centro de Estudios Históricos y de conocer, en años de lucha, la inmensa hospitalidad de España.

En las referencias anteriores se advierte ya la paulatina emigración de los príncipes de la filología española hacia América. En los últimos tiempos el fenómeno se acelera, por un transporte histórico semejante al que, hace un siglo, provocó el traslado de la Corte lisbonense al Brasil. Se diría que la antigua Iberia, la eterna, la legítima, quisiera realizarse en el nuevo Continente, al enrarecerse la atmósfera de Europa. Cumple así América sus destinos, que a ese fin parece haber sido descubierta y colonizada, en el sentido de poder ofrecerse al mundo como una reserva moral.

El primero en embarcar para América fue Federico de Onís. Español medular, y hasta muy salmantino cuando lo conocí en España, a primera vista se le hubiera tomado por el menos transportable de todos. Tenía en el vestir un corte inequívoco de "institucionista", pero su temperamento y maneras lo libraban de toda clasificación. Aún lo recuerdo con sombrero faldón, chaqué y corbata blanca de mariposa; la barba cerrada, los ojos claros e intensos, la frente dura donde bullían los motivos hispánicos con un fervor que apenas

lograban frenar las disciplinas críticas. Descendiente del otro Onís, Embajador de España en los Estados Unidos, un recto destino había de traerlo a Norteamérica, donde ocupa con justa autoridad algo como un cargo de cónsul de las letras hispánicas. Después partió Solalinde, con el grave fardo de Alfonso el Sabio en sus maletas; Solalinde, mi joven hermano de otros años, mi "compañero de galera" como yo le llamaba, porque juntos bogábamos el mar de las pruebas de imprenta para la Revista y establecíamos la bibliografía del trimestre. Luego, Castro; más tarde, Navarro Tomás: ambos maestros ya universales. Onís y Castro han visitado ya nuestro México, y esperamos que algún día regresen. Navarro Tomás debiera venir para nuestro provecho, a ver qué modalidades encuentra en la pronunciación mexicana, aplicando su segura técnica de fonetista.* Don Ramón Menéndez Pidal, nuestro común maestro, también ha viajado por Sud-América y por los Estados Unidos.

Entretanto, nuevas generaciones iban desfilando por el Centro: Jorge Guillén, a quien creo haber contribuido a convencer de que era más bien poeta; el profundo Montesinos; más tarde, Dámaso Alonso el gongorista impecable; aquel pobre Licesio Alonso Refoyo que murió en botón, sin poder dejarnos otros recuerdos que el de su bondad sin estudio y el de su soberbio nombre dialectal. En sus funerales me encontré por primera vez con León Felipe. Y no creo ser indiscreto si revelo aquí que el joven maestro Amado Alonso, actual director de la *Revista de Filología Hispánica* que provoca estas líneas, y director del Instituto de Filología en la Universidad de Buenos Aires, aprendió conmigo a hacer sus primeras fichas bibliográficas. Era casi un niño; llegaba apenas de su provincia vascongada y usaba siempre la típica gorra de aquellas tierras.

Desde octubre de 1934, Federico de Onís, en el Instituto de las Españas de Nueva York, viene publicando esa *Revista Hispánica Moderna* y la colección de libros que todos conocen. Ahora esta revista y la de Buenos Aires se dividen el campo hispánico, reservándose la de Nueva York los temas modernos. Así los antiguos miembros de nuestra sección de

* Vino al fin, pero muy de prisa (1944).

filología en el Centro de Estudios Históricos siguen tomados de la mano. Ambas revistas vienen a ser como una emanación o prolongación de la antigua *Revista de Filología Española,* de Madrid.

La *RFH* —como me figuro que se la ha de llamar en el álgebra de siglas, usual entre los del oficio— despunta con un sumario lleno de interés y atractivo, y puede decirse que, como el facón de Martín Fierro, sale de la vaina cortando: un estudio de Navarro Tomás sobre *El grupo fónico como unidad melódica,* en que se define la unidad melódica como "la porción mínima de discurso con sentido propio y con forma musical determinada", se examinan trozos de "Azorín", Ortega y Gasset, y se hacen cómputos de las medidas frecuentes en otros escritores antiguos y modernos; un estudio de María Rosa Lida, la nueva humanista argentina, sobre la *Transmisión y recreación de temas grecolatinos en la poesía lírica española,* como el tema del ruiseñor, el del ciervo herido y la fuente, el esquema "Flérida para mí dulce y sabrosa Más que la fruta del cercado ajeno", todo deleite puro y técnica de tejido apretado; algunas notas léxicas: el crítico y poeta Marasso, *Las armas de Marte en el Quijote;* el "martín-fierrista" Tiscornia; B. J. Ronco, etc.; reseñas de libros recientes que importan al asunto de la revista, y una bibliografía sistemática en relación con la que publica la *Revista Hispánica Moderna,* de Nueva York.

Esta nueva publicación enriquece el acervo del Instituto de Filología de Buenos Aires, que cuenta ya en su haber una labor editorial de primer orden. Pienso sobre todo en la Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, donde por cierto figura un reciente volumen de Pedro Henríquez Ureña sobre *El español en México, los Estados Unidos y la América Central* (1938), monografía y repertorio de monografías de inapreciable valor, sobre el cual el olvido de la crítica mexicana no tiene disculpa.

Ya sólo falta que en México, lugar intermedio entre las dos revistas, aparezca otra publicación de tipo humanístico general. La *Revista de Historia de América,* del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, tiene fines más limitados, y los va cumpliendo con acierto; y lo mismo debe de-

cirse de otras publicaciones como los *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* y la flamante *Revista de Estudios Universitarios* de las Facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias. Falta entre nosotros esta revista de tipo humanístico general, que recoja la colaboración de los mexicanos y los españoles de México, llamada a ser cada día más activa y más provechosa.

El Nacional, *México, 12-XII-1939.*

SALUTACIÓN AL BRASIL

(En la Hora Nacional de Radio)

EN RÍO DE JANEIRO, sobre la espléndida avenida marítima, al cobijo de una de aquellas graciosas colinas que bajan como dedos de la montaña a acariciar las calles y los parques de la ciudad, se enhiesta el soberbio bulto de bronce que México obsequió al Brasil en el Centenario de su Independencia: el inamovible Embajador Mexicano en la República hermana, la estatua de Cuauhtémoc, reproducción de la que admiramos en la Reforma.

O Emperador Mexicano, como allá le llaman para sortear así las dificultades del nombre indígena, va oxidándose, patinándose gradualmente con la humedad de la incomparable Bahía de Guanabara, y en torno al pedestal le hacen guardia, lanceros salvajes, los cactos ariscos de nuestro suelo. Este emblema ha ganado también gradualmente el prestigio de una divinidad urbana, entre el vaho de la humanidad que lo circunda. Los cariocas se han habituado a él como a un accidente de su paisaje cotidiano. Es un punto de referencia en el diario tráfago; una presencia acostumbrada, un vecino más; una reiteración tácita y constante de la amistad que une a nuestros pueblos; y hasta un amable motivo de folklore. Porque una sencilla superstición asegura que cumple los deseos del que dé tres vueltas, descubierta la cabeza, en torno al severo monumento.*

A otra parte, en aquel Jardín Botánico que es un escenario de *Las mil y una noches,* y donde todas las plantas conocidas parecen haberse dado junta para besar los pies a la palmera real que el rey don Juan VI hizo llevar desde La Habana, hay una región que, al viajero desprevenido, le da la sorpresa de sentirse transportado, como por magia, hasta la meseta de Anáhuac. A tal punto la acertada mano de algún jardinero científico ha sabido reproducir ahí el tono y la ima-

* Ver, en este volumen, "Las estatuas y el pueblo", pp. 61-4.

gen de nuestro campo. Y en medio de aquella evocación en miniatura, se esconde, aparición silenciosa, el ídolo del dios mexicano de la danza y las flores, Xochipilli, que yo mismo tuve el privilegio de llevar hasta aquel lugar oportuno, por encargo de nuestro Gobierno.*

Entre los dos númenes mexicanos, el de la alegría y el de la guerra, el del gozo y el del sacrificio, me figuro que se entabla un diálogo inefable por sobre el murmullo de aquella ciudad de tierra y agua, cielo y fuego.

Ambos ven desplegarse ante sus ojos extáticos la inmensa mole continental del Brasil, ardiente y anchurosa como fragua de humanidades futuras. Ambos contemplan aquella historia que, en su ritmo parsimonioso y sosegado, parece corresponder a la enorme gravitación de aquel pedazo de planeta. Admiran tal vez la secreta correspondencia entre las pesadas erosiones de aquellos ríos gigantescos, la compacta germinación de aquellos bosques ilimitados, y el curso de un pueblo cuyas etapas históricas procedieron siempre en lenta y honda madurez, desprendiéndose como frutos ya sazonados, con un mínimo de violencia y un máximo de necesidad, desde la factoría arrebatada entre iberos, holandeses, franceses, hasta la colonia definida; desde la monarquía lusitana hasta el imperio independiente, y desde el imperio hasta la república.

Y si el proceso de aquella historia parece contentar el espíritu, no lo contenta menos la clásica integración humana de los creadores de aquel pueblo, donde con frecuencia el héroe fue a la vez caudillo y letrado, alternando como en Garcilaso los afanes de la pluma y la espada.

Sobre los encantos de aquella tierra se habrán escrito bibliotecas; y cada viajero, desde el puente del barco, habrá colgado al pasar el ex-voto de su admiración en la verdadera catedral geológica del Pan de Azúcar, nimbada la cumbre en juegos de nube y sol y atronada abajo por la artillería de las olas.

Pero ¡qué decir del alma brasileña, donde residen sin duda encantos no menos asombrosos! ¡Qué decir de un pue-

* Ver, en este volumen, "Ofrenda al Jardín Botánico de Ríojaneiro", pp. 89-92.

blo que, contra la ligera idea de lo tropical, se desvela y madruga incansablemente para realizar, en el suelo más feraz que existe —y más asediado por eso mismo de todas las exorbitancias en que la vida se destruye a sí propia—, un paraíso de salubridad y conforte, en mitad de la selva virgen y el desierto; para transformar el hervidero vegetal y animal en jardín y morada plenamente domesticados por la mano fabril y por las industrias y las artes! ¡Qué decir del pueblo que sabe ser fuerte sin crueldades; ser digno sin perder la llaneza; que concierta la firmeza con la sonrisa, la dulzura con la valentía; la cultura cosmopolita con el culto del color local y de los sabores vernáculos; que concibe la patria dentro de las armonías internacionales! Y esto a tal grado, que pudo salvaguardar su unidad política y su patrimonio territorial —tan colosales que parecen escapar a toda presa jurídica—, envolviéndose con donaire en esa telaraña de una lengua casi transparente, la cual vino a ser, sin embargo, como malla de hierro para la conservación auténtica de su sensibilidad y sus tradiciones, por siempre inscritas en las palabras más bellas y flexibles que hayan logrado captar la sustancia vaporosa de la poesía!

Saludemos el esfuerzo secular, prolongado hasta nuestros días, de los *bandeirantes* que ganan constantemente otro palmo sobre el desorden de la materia bruta, para reducirlo a norma civilizada, adelantando bravamente su enseña y abriéndose paso a tajos de hacha por entre malezas y lianas; de los *sertanejos* que guarecen sus rudimentales campamentos en la rueda de carromatos —débil muro contra los asaltos de alimañas y fieras, porque les basta el fuerte muro del pecho—, campamentos de donde luego brotan aldeas y se derraman ciudades; de los buscadores de plata y de diamantes, de los sembradores y amansadores del suelo —caucho, café, azúcar, algodón— que inventan nuevas e insospechadas riquezas, más de una vez entregadas luego, señorialmente, a la codicia de naciones menos amadas por la naturaleza. Saludemos la virtud de Adán, que se adueña valerosamente de las cosas, dándoles su bautismo y sujetándolas poco a poco a los usos de la razón.

¡Oh, vayan a nuestros hermanos del Brasil, distantes y

cercanos —pueblo que es conservatorio de cordura y de cortesía, pueblo que nos reconcilia con la humana especie, en esta hora de pesadilla—, las palabras de un mexicano que tuvo la suerte de quemar, en su cálida frecuentación, algunos años de su vida! Llegue hasta allá el grito de México, para saludar —en la solemne ocasión de su aniversario nacional— a su gente y a su Estado, la fantasía de su naturaleza, la inteligencia y la ética de su historia, los claros horizontes de su porvenir, cruzados por las luces que dan a su cielo una intensidad de esperanza y de confianza.

Dialoguen los númenes mexicanos de uno a otro extremo de la Ciudad Maravillosa. Proteja a sus moradores de toda amenaza el insobornable dardo del último Emperador Azteca. Acompáñelos, en sus alegrías, el espectro de las primaveras mexicanas.

México, 7-IX-1941.

EL BRASIL EN UNA CASTAÑA

PARA entender las cosas hay que partir de sus orígenes. Sea que nos inclinemos a aceptar la tradición bíblica del Génesis o la tradición helénica de la *Teogonía* de Hesíodo, todos estamos de acuerdo en que el Brasil no fue creado desde el origen del mundo, sino un poco después: unos cuantos millones de siglos más tarde. El demiurgo o agente mediador encargado de gobernar la obra era un artista joven. Como todos los artistas jóvenes, usaba demasiados materiales y tenía la fuerza de la inexperiencia. Comenzó, pues, por disponer de enormes cantidades de los cuatro elementos —tierra, agua, aire y fuego— de suerte que casi desequilibró la proporción del planeta. Usó una mole de tierra tan inmensa que, aunque tenía encargo de fabricar una comarca, más bien fabricó un continente metido dentro del continente americano; usó tan exorbitante masa de agua que, en las cataratas del Iguazú, en la cuenca del Amazonas y en otras redes fluviales, estuvo a punto de sorber toda la humedad atmosférica y todo el líquido de los océanos, al grado que la desembocadura del Marañón, más que una desembocadura, es un combate de igual a igual entre dos mares; usó tan enormes zonas de aire, que es muy creíble que haya necesitado disponer de la atmósfera de la Luna, aunque en esto las autoridades no están de acuerdo, pues otros sostienen que el planeta tuvo que exprimirse como una esponja para ceder algunas de sus emanaciones interiores; usó tan intensas calidades del fuego, que grandes porciones del suelo comenzaron por carbonizarse y luego llegaron a la suprema cristalización del diamante —que no es más que una exageración del carbón—, la corteza terrestre se empapó de sudores vegetales, determinando así una feracidad natural casi inconcebible, y que todavía, en el verano, sobre el asfalto de las avenidas y a las doce del día, suelen algunos humoristas preparar unos huevos fritos con el solo calor del Sol. Al llegar a la síntesis de los cuatro elementos, es decir, al hombre, el resultado

fue paradójico: por combinación y armonía entre los excesos contrarios, resultó la sabia moderación. El brasileño es el diplomático nato, y el mejor negociador que ha conocido la historia humana. No hay conflicto que se resista a su espíritu de concordia y a su ardiente simpatía. Como posee la aptitud, desdeña la violencia. Nació para deshacer, sin cortarlo, el Nudo Gordiano. Y todavía nuestro caprichoso demiurgo, al batir la sustancia de lo que había de ser la gente brasileña, echó dentro de aquel inmenso crisol, dotado como ninguno para las sorpresas de la química biológica y de la alquimia psicológica, ingredientes variados de las más distintas razas y colores, desde el rubio transparente hasta el azabache brillante, pasando por las tonalidades intermedias del cacao y del café, por manera que en aquel horno genitor se está fraguando el metal humano por excelencia, hecho de todos los metales fundidos, como el que escurría del incendio de Corinto.

A la luz de las consideraciones anteriores, es fácil entender la vida del pueblo brasileño.

Los ritmos históricos, al movilizar colosales volúmenes a lo largo de dilatados espacios, asumen la robustez y lentitud de las erosiones geológicas. De la colonia se pasa a la sede monárquica, de aquí al imperio independiente, de aquí por último a la república, en un compás majestuoso y amplio, en una secuencia necesaria, contraste a los vaivenes coléricos y algo improvisados con que se suceden las etapas en las demás naciones iberoamericanas. Los mismos sobresaltos revolucionarios parecen ofrecer allá cierta relativa mansedumbre. Las pugnas con los países vecinos, tras los accidentes bélicos inevitables en la juventud de aquel pueblo, tienden a la discusión internacional y a la conciliación razonable. La expansión de fronteras sobre los pueblos vecinos no tiene verdadera importancia en la historia del Brasil, como luego lo explicaremos, porque la expansión, por decirlo así, se sacia y agota dentro de las propias fronteras.

Mientras el Brasil fue perfectamente feliz, no tuvo historia. Todo se reducía a aquel paraíso del buen salvaje, que más tarde inspirará a Rousseau, y cuyos poetas caníbales han merecido la honra de ser traducidos por Montaigne y por

Goethe.* La historia empieza por el conflicto: la llegada de los pueblos extraños. El autóctono vive en simbiosis con el ambiente, y aunque la ecología o cambio entre el ser y el medio es un equilibrio en movimiento, el movimiento es tan inefable que podría percibirlo el microscopio del antropólogo, pero no la vista media del historiador. La llegada de los extraños es por sí misma un gran desequilibrio, las corrientes ecológicas entre el ser y el ambiente se aceleran de modo apreciable, y esa aceleración es la historia. La historia es la piedra que cae en el lago dormido. Esta intrusión no es necesariamente violenta. Si en la primera época presenciamos verdaderas luchas militares para apoderarse de la tierra mostrenca —portugueses ante todo, y en segundo término, españoles, franceses, holandeses, y la importación subsidiaria de africanos—, en la segunda época presenciamos infiltraciones más sutiles, económicas, financieras, industriales, agrícolas, a las que contribuyen de un modo ya constitucional los ríos de hombres y de acción humana venidos de Inglaterra, los Estados Unidos, Alemania, Italia y hasta el Asia remota.

Y el problema para estos conquistadores o colonos de varios tipos se reduce a esto: asegurarse del suelo que se pisa. Ya se comprende que, en un territorio tan inmenso, y tan cegado y estorbado por su misma feracidad natural, constantemente hay que abrirse paso con el hacha y defenderse contra el asalto de la selva o de los desiertos; y la urbanización —que esto es el aseguramiento del suelo— supone una labor incansable. Por donde se aprecia desde luego la equivocación de los que afirman ligeramente: "Al Brasil se lo ha dado todo la naturaleza, el hombre no ha necesitado hacer nada." ¡Como si la naturaleza diera alguna vez los elementos ya asimilables y adecuados a la civilización humana! La naturaleza no da: el hombre le arrebata. Quien goza de aquella admirable seguridad de Ríojaneiro nunca debe olvidar que ella se sostiene en una pugna tenaz e incesante del hombre contra la naturaleza, a la que hay que domesticar minuto a minuto. El simple vecino de la ciudad olvida que hay un ejército de dorsos y brazos desnudos que oscuramente se

* Ver, en este volumen, "Poesía indígena brasileña", pp. 86-8.

afanan para salvaguardar la ciudad. El que disfruta de aquella salubridad perfecta no debe olvidar que ella fue la invención de un hombre, Osvaldo Cruz, y que las legiones de mata-mosquitos se encargan de conjurar los contagios de la fiebre. Todo este sustento de lo visible está en lo invisible. Por eso solía decir un clásico brasileño: "El Brasil crece de noche."

En suma, nos hemos encontrado aquí otra vez con la célebre controversia sobre los orígenes de las civilizaciones, que puede resumirse así: "El Egipto es un don del Nilo", decía Heródoto. Una escuela de historiadores modernos le contesta: "El Egipto se hizo *contra el Nilo*". La verdad está en el medio: "El Egipto es una domesticación del Nilo." Aplíquese lo mismo a la obra humana ante la naturaleza brasileña.

Pues bien, ¿cómo se opera este aseguramiento del suelo por parte del pueblo que crea el Brasil histórico? Mediante una exploración y afianzamiento paulatinos, que arrancan del litoral sud-atlántico y se encaminan hacia el interior, vencen aquí los desiertos y los bosques, más allá dominan las cuestas, y luego, alcanzados los altiplanos del Sur, siguen penetrando en la entraña del territorio a favor de los ríos que corren hacia dentro, como el São Paulo y el Paraná. Toda la historia se resume en un avanzar de *bandeirantes,* en el empuje hacia el fondo del país de una frontera en marcha, destinada a lograr que el apoderamiento económico del suelo coincida con toda el área virtual y políticamente poseída. Por supuesto que esta marcha no se realiza en línea desplegada y continua por todo el inmenso litoral; sino que hay focos aislados, penetraciones inconexas, rectificaciones y arrepentimientos. Y poco a poco las aventuras dispersas se van concertando unas con otras, y los grupos separados logran darse la mano. Este avance de la frontera económica es el esquema que abarca toda la historia del Brasil. Por eso hemos dicho que allá no tiene trascendencia la expansión externa de fronteras políticas. Con la única excepción del territorio del Acre (término del N.O. adquirido sobre Bolivia en 1903 mediante un procedimiento semejante al de los Estados Unidos en el Canal de Panamá), las luchas del Brasil con los

países hispánicos del Sur (Argentina, Uruguay, Paraguay), luchas que suelen reflejar viejas rivalidades de Portugal y Castilla, nunca redundarán en incremento del territorio brasileño, a pesar de que éste colinda con la mayoría de aquellos países. El perímetro político se conserva prácticamente en los mismos términos en que lo dejó el Tratado de Madrid a mediados del siglo XVIII. La anexión de la Banda Oriental del Uruguay en 1821 más bien fue un esfuerzo hacia el mar por parte de la región de Rio Grande do Sul, que no contaba aún con un puerto practicable. Y el desperezo del poder argentino hizo que el Brasil mismo deseara la independencia del Uruguay, su antigua provincia Cisplatina, que pasó a la categoría de Estado-tapón, como un Afganistán sudamericano (1928). La larga guerra del Paraguay sólo produjo el predominio económico de la Argentina sobre aquellas tierras. Así pues, la colonización y conquista, para el Brasil, significan colonización y conquista económicas del propio territorio, aprovechamiento de la propia riqueza legítimamente poseída. Y así se da el caso singular de un enorme país cuya integridad parece defenderse sola, por la mera cultura interior, y que se halla apenas envuelta en ese orbe lingüístico, en esa verdadera telaraña que es el habla portuguesa, la cual a primera vista parecía tan permeable y tan vulnerable a las acometidas del orbe hispánico que por todas partes, menos por el mar, la circunda.

La frontera económica en marcha va sembrando a su paso, sucesivamente, campamentos de *bandeirantes, sertões* o pueblos selváticos interiores, establecimientos de explotaciones mineras, agrícolas o ganaderas, según las circunstancias del suelo; aldeas, ciudades y grandes centros industriales. La obra no está acabada. Durante algún tiempo, unos cuantos Estados trabajan y producen para la inmensa mayoría, lo que determina un dualismo económico que ha sido el primer problema del Brasil. El segundo problema, consecuencia de las condiciones descritas, fue el mosaico de pequeños mercados. A lo largo de la existencia nacional, ambos problemas van siendo gradualmente ceñidos y resueltos por los tipos humanos que engendra la frontera en marcha.

Estos tipos humanos son, a grandes rasgos, los siguientes:

1º El primitivo, que no evoluciona: el *sertanejo*, habitante del *sertão* o campo silvestre de tierra adentro.

2º Un carácter evolutivo en varias etapas, que en cierto modo coexisten históricamente y son:

a) El abuelo *bandeirante*, héroe de la epopeya nómada, que carga consigo todo su bien, como una tribu de la Biblia, llevando sus familias, sus sacerdotes, su jerarquía de jefes militares. De este tipo se desprenderán sucesivamente el tropero y, al fin, el actual viajante de comercio, como tentáculos de relación entre los poblados interiores.

b) El padre *fazendeiro*, hacendado estable, tipo de señor medieval con mucho de patriarca, que se sostiene en pugna díscola contra la escasa autoridad de los oficiales de la Corona, y es poco a poco atraído a la corte de don Juan VI, cuando éste se traslada de Lisboa al Versalles tropical de Río-janeiro.

c) El nieto urbano, a quien podemos llamar "paulista", que hace vida económica moderna, en relación con el mundo internacional, que ejerce funciones de acelerador y muchas veces fue europeizante y ausentista.

3º A los anteriores tipos hay que añadir el forastero o inmigrante europeo posterior, que a veces arraiga adquiriendo algunos de los rasgos ya descritos, y cuando no arraiga representa un fermento importante en la masa del país. En el Brasil como en la Argentina, es notable la rapidez con que el forastero es digerido y asimilado, al menos en las épocas de existencia normal, que no conocieron la incrustación artificial de tumores de propaganda.

El *sertanejo* es fondo del paisaje campestre. Los otros tipos se combinan diversamente dando a la historia el relieve humano. Por ejemplo, los *bandeirantes* de São Paulo y los del Norte se juntan en las márgenes del río San Francisco, cuna del Brasil brasileño que va desde la actual Minas Geräes hasta Piauhy, y se distingue de la cuenca amazónica, demasiado india, y la de la región *gaúcha* del sur, demasiado platense. En las capitales azucareras de Bahía y Pernambuco se creó una aristocracia revoltosa. La segunda etapa *bandeirante*, derivando del sur y sobre el río Panamá, vivió del

café, creó los grandes centros de Ríojaneiro y Sao Paulo y produjo un liberalismo más o menos organizado.

Es el momento de recordar que esta frontera en marcha no sólo iba empujada por un impulso místico de descubrimiento, sino también atraída por las posibilidades de la explotación económica. La economía del Brasil se desenvuelve en una serie de monoculturas extensivas, que una tras otra van cayendo bajo la competencia de las culturas intensivas extranjeras. Cada uno de estos monopolios naturales se desarrolla en torno a un *leading article* o artículo principal, que el Brasil descubre para el mundo u ofrece al mundo en condiciones únicas, y que luego el mundo le sustrae. A cada artículo corresponde un tipo nuevo de civilización, un nuevo acto del drama, que monta su escenario propio de establecimientos y poblaciones. Cada auge, al final del acto, acaba en una crisis producida por la competencia exterior. Entonces sobrevienen la desbandada de pueblos hacia la región donde la pródiga naturaleza ofrece otro atractivo, y el abandono del antiguo escenario. Los actos sucesivos son: *

1º Civilización del azúcar: mediados del siglo XVI a fines del XVII, en que sobreviene la producción de las Indias Occidentales y de Europa. Sus principales centros: San Vicente, Pernambuco, Bahía, la Virginia sudamericana y no la Roma negra como exagera Paul Morand. El azúcar es el producto por excelencia del tráfico ultramarino, del cual vive, bajo el conde de Nassau, la colonización holandesa en el nordeste, con cuya expulsión, además de que ha aparecido en Minas y en Río el señuelo del oro y del diamante, la industria azucarera pasa a la categoría doméstica. Todavía conoce altibajos: reflejos del sistema continental napoleónico, la rebelión de esclavos en Haití, la aparición de la gran plaza de los Estados Unidos, la revolución técnica de la remolacha, el ferrocarril, la implantación intentada de las Centrales Cubanas, la abolición de la esclavitud (1888), la guerra de 1914, las nuevas culturas de São Paulo, Rio Grande do Sul y Matto Grosso.

2º Civilización del oro: siglo XVIII, hasta llegar el auge

* También he tocado estos temas en *Introducción al estudio económico del Brasil* (1938) y en "Homilía por la cultura", *Tentativas y orientaciones*, México, 1944.

de California, Sudáfrica y Australia. Sus principales centros: São João d'El-Rei y Goyaz, siendo Minas y Río grandes lavaderos. La afluencia desarrolla una actividad ganadera subsidiaria, pero produce el abandono de algunos centros agrícolas. Nacen las ciudades de Donna Marianna, Villa Rica, Ouro Preto, aunque hoy se explotan sobre todo Passagem y Morro Velho (Minas). En el primer cuarto del siglo XIX irrumpe el capital británico. Por largas y complicadas tradiciones, el Brasil nace a la vida independiente bajo el régimen de deuda internacional con la Gran Bretaña. La civilización del oro deja ostentosas y legendarias huellas, el recuerdo de las favoritas paseadas en andas y aclamadas por la muchedumbre, las joyas labradas, la arquitectura y escultura eclesiástica del *Aleijadinho.*

3º Civilización del algodón, fines del XVIII: pronto dominada por nuevos inventos, deja el sitio a los Estados Unidos. Bahía, Pernambuco, Maranhão; después, Ceará. Altibajos: caída de precios europeos en 1822, guerra de Secesión en los Estados Unidos, otra vez la abolición de la esclavitud en Brasil, atracción del caucho, guerra de 1914, nuevas culturas en São Paulo y Rio Grande do Sul, aparición del interés asiático.

4º Siglo XIX: el cuadro es complejo. Supremacía pasajera del cacao, pronto en competencia con el Ecuador, y luego con Venezuela y Colombia. Fantástico apogeo del caucho, hasta 1912, en que el Asia lo arruina. La frontera marcha hacia el Acre, se funda sobre el Amazonas la gran ciudad de Manaos. La caída es rápida, y a pesar del breve paréntesis de la guerra de 1914, la depresión llega al máximo hacia 1921. Salvo el oro, que amengua por sí solo, la historia es siempre la misma: apogeo de riqueza natural, pronto derrotada por la riqueza científica. Pero ahora se desarrolla el artículo por excelencia, el café que, entre el rejuego de calidades y precios, sufre los embates de los géneros finos de Colombia, Venezuela y Centroamérica, cede el puesto subsidiariamente al cultivo de naranja, y es eje de la economía nacional. La historia es complicada y la descripción de sus peripecias, rivalidades, reacciones sobre la política y la moneda, influencia en el desarrollo de la región paulista y la

carioca, nos llevaría muy lejos. Tampoco voy a detenerme en el caso del hierro, explotación de gran porvenir, ni a trazar aquí el desarrollo de las finanzas públicas y de las teorías económicas que sirven de fondo al drama histórico. Lo que nos importa es señalar el hecho de que, contra todas estas trampas que le ha puesto el destino, el Brasil continúa su curva ascendente.

Los escenarios han sido deslumbradores: el descubrimiento, la colonización y conquista; las luchas por la posesión entre varios pueblos europeos; la culta corte de Nassau, la aventura hugonote de Villegagnon; la fastuosa colonia; el traslado, bajo la amenaza napoleónica y con el auxilio británico, de don Juan VI, el hombre de las iniciativas, que llega un día con su cortejo, su peluquero Monsieur Catilino y su costurera Madama Josefina; el franqueo de puertos que Inglaterra comienza por asegurarse y que luego se abren al mundo; el regreso de la corte a Portugal llevándose consigo todas las reservas del Estado, porque eran patrimonio de la corona; los esfuerzos para restaurar la economía mediante impuestos increíbles, a veces aun sobre el derecho de confesión; la célebre cabalgata de don Pedro I, poeta en acción, para anunciar la independencia a su pueblo; el imperio dorado y dulce; don Pedro II, filósofo en el trono; las fragorosas guerras del sur; la partida del amado emperador y el lamento de los *saudosos;* la República. Pasan las figuras de Tiradentes, Caxias, Ruy Barbosa. Y de todo ello resulta una hermosa y grande nación que nunca perdió la sonrisa ni la generosidad en medio del sufrimiento, ejemplar a un tiempo en el coraje y en la prudencia, orgullo de la raza humana, promesa de felicidad en los días aciagos que vivimos, fantástico espectáculo de humanidad y naturaleza, cuya contemplación obliga a repetir con Aquiles Tacio: "¡Ojos míos, estamos vencidos!" *

México, 24-II-1942.

* *El Nacional,* 5-IV-1942 (varias reproducciones).

II

LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS

[*1934–1944*]

Noticia

edición anterior

Alfonso Reyes//Los Trabajos//y los Días//1934–1944//(*Viñeta editorial*)//Ediciones "Occidente"//México, D. F. 4º, 317 páginas e índice.

EL DERECHO A VOLAR

Entre los ensayos que reúno en la segunda serie de mis Capítulos de literatura española, *hay uno consagrado a Antonio de Fuente La Peña, precursor teórico de la aviación en el siglo xvii.* Este ensayo, así como el capítulo final de Fuente La Peña en su* Ente dilucidado *(1676), donde propone la cuestión de "Si el hombre puede artificiosamente volar", fueron antes objeto de una publicación privada, que apareció en Río de Janeiro, Oficinas Gráficas Villas Boas, año de 1933, con cuatro grabados de la llorada amiga Marguerite Barciano, esposa del representante diplomático de Rumania en el Brasil. Esta publicación privada provocó el cambio de las cartas que transcribo a continuación, y que antes reproduje en mi Correo Literario,* Monterrey *(Río de Janeiro, IX-1934 y VIII-1935). La historia quedaría trunca si no contara yo que el ilustre maestro don Baldomero Sanín Cano, en la fecha de su carta, no había ensayado todavía el avión; que poco después lo probó con suerte, y tan a gusto se sintió y tan por la directa vía intuitiva se demostró a sí propio el derecho humano a volar que, según me decía en misiva posterior, ya no quisiera viajar en otra forma.*

I

Buenos Aires, 1º de junio de 1934.
De Baldomero Sanín Cano a Alfonso Reyes:

...He estado a punto de entender por qué volamos prácticamente, y si usted hubiera llevado más adelante las pesquisas en esa esfera del conocimiento, acaso hubiera logrado convencerme de la necesidad moral de que exista la navegación aérea. Sin duda había una necesidad moral para ello, pero a mí se me escapa, dentro de los límites de mi información en materias de ética y de metafísica. Algunos han dicho que tampoco existe la necesidad moral de la navegación en los mares y los

* *Obras Completas,* t. VI, pp. 283 *ss.*

ríos; pero razonan sin conocer los orígenes y la naturaleza del hombre. Nosotros salimos del agua (véase Quinton) y en rigor somos un medio marino; vivimos todavía en un medio marino. Nuestro cuerpo contiene setenta por ciento de agua salada. Usar de la canoa era una cosa tan natural como usar de las albarcas o las botas. Además, nuestro cuerpo flota naturalmente en el agua. El barco de vela y el barco de vapor no fueron más que la ampliación de una tendencia natural del cuerpo, como la locomotora y los vagones por ella arrastrados no son más que la prolongación de una capacidad humana a rodar en un plano a nivel o ligeramente inclinado.

Al revés, nosotros somos más pesados que el aire y, por una ley inexplicable pero existente, la tierra nos llama hacia su centro materialmente con una fuerza vigilante, y moralmente nos debe de llamar también con fascinaciones irresistibles, porque allí han colocado el infierno varias religiones, entre ellas el cristianismo, no sin observar que para llegar a él la vía es amplia y cómoda y tumultuosamente frecuentada.

Para navegar en el agua, el hombre siguió el ejemplo de algunos animales y su natural inclinación. Para volar no ha seguido el ejemplo de las aves (llegadas al festín de la vida después de él) sino el de una de sus propias invenciones, que es la cometa. El aeroplano es un ave sólo en apariencia, en verdad es una cometa. La cuerda es la hélice. Para imitar al ave en la aeronáutica, sería menester crear un aparato que por la movilidad de sus partes pudiera convertirse en cuerpo más ligero que el aire. La invención del cojinete de bolas y la producción de acero muy resistente y muy liviano han hecho posibles los adelantos de la mecánica aplicada al transporte. Para conquistar el aire es todavía necesario (pues en rigor aún no ha sido conquistado) que se logre producir un metal tan liviano y tan resistente como el hueso de la gaviota. Se contarán entonces menos bajadas intempestivas, con frecuencia involuntarias y las más de las veces fatales.

II

Río de Janeiro, agosto de 1935.
De Alfonso Reyes a Baldomero Sanín Cano, en Bogotá:

Su grata carta me reta a una discusión académica sobre el derecho de volar. No tuve, en efecto, ocasión de tocar el punto en mis vagabundeos recientes por el campo de la aviación, sin duda porque, con inspiración semejante a la que Aristóteles trae a la política, di por sentado que el hombre es un

animal tan naturalmente volátil como es naturalmente sociable, y pasé de ahí a examinar los recursos de que se vale. Ahora, pues, vamos a intentar en lo posible una justificación del vuelo humano.

Pero, antes de entrar en mi argumento, permítame que reduzca mis ambiciones. Usted defiende en el hombre el derecho a navegar y le niega, en cambio, el derecho a volar. Para ello, aunque habla de paso de "necesidad moral", "ética" y "metafísica", más bien acude a razones físicas y biológicas. ¿Me da usted permiso de que yo, a mi vez, me desembarace de mi problema con sólo la ayuda de la biología y de la física? Pues, entonces, manos a la obra.

Yo le concedo a usted, con Quinton, que nosotros hayamos salido del agua, y aun le concedo —con la misma autoridad que usted usa sobrentendiéndola— que los pájaros hayan llegado más tarde que el hombre al banquete de la vida. Y conste que estas dos concesiones no implican una convicción científica establecida, sino una simplificación o higiene previa de la discusión que vamos a emprender. Porque yo para mí tengo notado que los actuales maestros sonríen un poco cuando hablan de Quinton, no porque le nieguen aquel punto de su teoría —que al cabo no es tan suyo— sobre la reducción de la sangre animal al agua marina, sino porque, sobre todo, ponen en duda aquella su perspectiva lineal de la producción de animales cada vez más calientes, que tendiesen con su propia temperatura a restablecer el calor original, en que se engendró la primera vida, a medida que nuestra habitación, la tierra, se va enfriando paulatinamente con la paulatina vejez del sol. Y de aquí precisamente, según Quinton, que el hombre (ya no rey de la creación, sino *by-product* del transformismo) sea más antiguo que el ave, por lo mismo que es menos cálido. Dejemos, pues, a Quinton, en su buena opinión y fama, y en las de Rémy de Gourmont, donde nuestra admiración lo encontró hace lustros, y sigamos el vuelo.

Concedo que nuestro cuerpo contiene una alta proporción de agua salada, concedo que vivimos en un medio marítimo, y concedo que, en consecuencia, "usar de la canoa —como usted dice— era una cosa tan natural como usar de las al-

barcas o las botas". Es decir, que, merced a una simple metáfora biológica, la "barca" y la "abarca" o "albarca" son, no sólo casi la misma palabra, sino también casi el mismo objeto. En suma: concedo a usted toda la dignidad natural de la navegación. Y sólo niego que el vuelo carezca de dignidad semejante. Los antiguos se agotaban en increpaciones contra la ambición marítima de los hombres, culpándola de males sin cuento. Por lo visto, algunos sabios modernos se sienten animados de igual indignación por lo que hace a la ambición volátil. Y el vuelo no viola ninguna cuarta dimensión inaccesible a la arquitectura humana, sino que también se brujulea, como el andar y el correr, por ese sutil aparatito de canales semicirculares que llevamos dentro de las orejas —presente que nos dio nuestra madre la gravitación, precioso estuche y cajita contra sorpresas.

Porque —definamos antes como quería Sócrates— ¿qué es volar? Volar es cruzar el espacio sin apoyo en el suelo. Luego el elemento del vuelo es el espacio. El espacio puede o no estar cargado de aire. La noción humana del vuelo —aun cuando no la estricta noción científica— no se opone a decir que las estrellas vuelan en el espacio, o que vuela un átomo bombardeado por el vacío. Sentimos que las estrellas vuelan, desde que no ruedan sobre un suelo determinado, sino que ruedan en el espacio mismo. Pero con aire o sin aire, que esto no hace al caso, ¿ha considerado usted el porciento de espacio vacío que el cuerpo humano contiene, y la cantidad que los intersticios intercelulares, intermoleculares, interatómicos e interelectrónicos representan en la arquitectura de nuestro cuerpo? Porque si mucha agua marina contenemos, todavía contenemos mayor porción de espacio y de aire.

A tal punto, que avergüenza la imaginación recoger el dato que el especialista nos proporciona. ¿Queremos figurarnos a lo que quedaría reducido el cuerpo humano, si sólo contuviera sustancia líquida y sólida compacta, sin cavidades de aire ni interespacios? ¿Ha visto usted en sus muchos viajes, esas "zanzas" de los jíbaros, esas reducciones horribles de cabezas humanas a una proporción de miniatura? Pues eso no es nada. En el aire mismo hay 2,000 veces más vacío que

lleno. En el interior de las moléculas el vacío es mucho mayor que el lleno. Eddington dice:

> Si en el cuerpo de un hombre eliminásemos todo el espacio desprovisto de materia, y si yuxtapusiésemos en una sola masa sus últimos corpúsculos, el cuerpo humano se reduciría a un pedacito de materia que, pesando todavía sus buenos 65 kilos, sería apenas visible con una lente de aumento.

Si somos, pues, un medio acuático, con mayor razón somos un medio de espacio, espacio lleno de aire en una proporción respetabilísima. Y adviértase que el espacio no es ya una noción de ausencia o meramente negativa —de Einstein acá particularmente—, puesto que el espacio tiene ya, de las existencias corpóreas y positivas, hasta el trágico destino de estar limitado en el universo. El espacio tiene convexidades y concavidades, subidas y bajadas. Como ruedan las bolas de metal por los hombros y los brazos del malabarista, así ruedan los cuerpos celestes por sobre los miembros del espacio.

Y no se me diga que la navegación "contraría" menos la gravedad de lo que la contraría el vuelo. En rigor, no se trata de contrariar, sino, en ambos casos, de aprovechar y refractar; de jugarle una mala pasada a la ley universal de la caída y, usando de sus propios recursos, hacernos caer hacia adelante o hacia arriba. Y este aprovechamiento o refracción lo hacen igualmente todos los animales —hasta la tortuga de Aquiles, tan pobre como ilustre— pues, combinando entre sí los impulsos de estabilidad que oscuramente los amarran al suelo, consiguen el misterio de la locomoción y, a pesar de la adivinanza eléata, se echan a andar y se trasladan. Andar es despegarse del suelo. Volar en avión es dar otro paso un poco más grande: nada más. El aire mismo vuela en el aire: cada molécula del aire posee —como todo el mundo lo sabe— una velocidad de medio kilómetro por segundo. ¿Y el suelo mismo que pisamos? Según los trabajos de Clarke, en un espesor de quince kilómetros, la corteza terrestre está constituida, en primer lugar y en una proporción de 47.10 %, por oxígeno, y sólo después vienen los demás componentes, representando el segundo, que es el silicio, apenas un 27.90 %, y todos los otros mucho menos. Y la

numerosa zarabanda browniana nos hace saber que nuestra forma es sólo un equilibrio estadístico entre los empellones continuos de unas partículas contra otras: un racimo de mariposas en vuelo o, si usted prefiere imagen más bíblica, una columna de fuego en marcha. El universo todo, en una constante expansión, no es más que una bocanada de humo, dicen los astrónomos de hoy en día. ¡Oh, amigo mío, convénzase usted de que existir es volar!

Claro es que ese afán de ganar cada día un palmo más allá del terreno que originariamente nos fue asignado es la enfermedad divina del hombre, animal único entre todos y que, mucho más que por el "medio", se modela por el "fin": mucho más que por lo que ya existe, por lo que todavía no existe o aun por lo que nunca existirá. El más humano de los proverbios dice que lo mejor es enemigo de lo bueno. ¿Para qué querrá echarse a andar quien ya está sentado, y echarse a correr quien ya anda, y romper a volar quien corre? ¡Quién sabe! Tal vez, en el diálogo abierto entre la criatura y el Creador, el hombre sea la frase más acelerada, el instrumento mejor para traer a la incorporación de la vida lo que todavía flota en el limbo de los arquetipos o en el seno de las Madres, del *Fausto*. Llega Adán, y empieza por bautizar cuanto encuentra. En medio siglo, el hombre realiza evoluciones que la naturaleza logra solamente en milenios.

Nil mortalibus arduum est;
Coelum ipsum petimus stultitia.

¿Pero será estulticia, Horacio? Yo, al menos, no lo pienso así.

NOTAS SOBRE EL TRABAJO

OBSERVA Mauriac que los verdaderos anarquistas, los anarquistas en estado puro, aquellos cuya sublevación no reconoce por fuente ni la miseria, ni el odio, ni la envidia, se encuentran más comúnmente en los salones que entre el pueblo. Es una manera indirecta de decir lo que, en pocas palabras, puede expresarse así: el verdadero anarquista es el holgazán. Por eso la holgazanería lo disuelve todo, y lo primero de todo, la moral. Cuando un accidente del motor detiene, en mitad del campo, a una partida social de mediana educación, y pasa el tiempo y no queda más que esperar, las costumbres mismas, corroídas del ocio, tienden insensiblemente a relajarse. Hay trabajadores e idealistas que se creen anárquicos sin serlo. No puede ser anárquico el hombre capaz de esfuerzo y de sacrificio. Yo no podría llamar anarquista a ese viejo sublime que parece arrancado a una página de Galdós, personaje hecho para el monumento y para el poema hasta por el nombre que le cupo en suerte: Mauro Bajatierra. Cuando entraron en Madrid las primeras tropas de Franco, este Mauro Bajatierra —que se decía anarquista— salió con su rifle a la calle peleando solo contra todos, y cayó envuelto en el sudario de la República.

El trabajo, que empieza por ser la maldición bíblica, que en la antigüedad sólo corresponde a los esclavos y es, por mucho tiempo —como para el hidalgo viejo—, cosa impropia del noble, se dignifica paulatinamente hasta convertirse, con la palabra de Pierre Hamp, en el nuevo honor. El íntegro y sabio Benedetto Croce afirma en alguna parte que el verdadero sentido de la vida no está en el placer, ni siquiera en la felicidad, sino en el trabajo. La felicidad, en efecto, es un subproducto. ¡Ay del que la busca directamente! Ante el suicidio de cierto enamorado del mundo cuyo caso analizaba yo en algún libro, me escribía Unamuno: "Esos que aman la Vida, así con mayúscula, acaban suicidándose."

Ahora que sólo se acostumbra hablar del trabajo en espe-

cie de materialismo histórico, como si el trabajo fuera sólo un problema de organización social (y claro está que también lo es y que hay que atacarlo urgentemente), no estaría de más concentrarse a reflexionar sobre el trabajo como cosa moral, o como "vivencia" psicológica, según creo que se dice.

En una reunión de suprarrealistas, en no sé qué teatro de París (donde, por cierto, me hacían sonreír la falta de auténtico humorismo y la puerilidad de aquella gente, habituado como yo estaba a las explosiones de gozoso capricho que a cada rato estallaban en el Ateneo de Madrid), alguien habló de la dignidad del trabajo, y otro le gritó desde el público:

—¡El trabajo no tiene dignidad! ¡El trabajo es una porquería! ¡No hay que trabajar! ¡Abajo el trabajo!

Y André Breton, jefe de los suprarrealistas, dice en su *Nadja:*

—Y que no me vengan, después de esto, a hablar del trabajo. Quiero decir, del valor moral del trabajo. Me veo forzado a aceptar la idea del trabajo como una necesidad material y, en este sentido, soy el más ardiente partidario de que se procure su mejor y más justa repartición. Que las siniestras obligaciones de la vida me lo impongan, sea; pero que me pidan que crea en él y lo adore, en mí o en los otros, eso, jamás. Prefiero saber que camino entre sombras, a engañarme solo figurándome que eso es la luz del día. De nada sirve vivir si hay que trabajar. Aquel magno acontecimiento del que todos tenemos derecho a esperar la revelación de nuestra vida, ese acontecimiento que acaso no ha llegado aún para mí, pero en cuya trayectoria me busco a mí mismo, no puede merecerse al precio del trabajo.

En fin, que como dice la chuscada española, "el que inventó el trabajo no tenía quehacer".

Leopardi declara en sus *Pensamientos* que considera la felicidad como propia del estado de naturaleza y como imposible para el civilizado. Que éste, habiendo desarrollado irremediablemente su sensibilidad y, por consecuencia, su percepción del dolor, lo mejor que puede hacer es buscar pasto a esa sensibilidad aturdiéndose de trabajo, como lo hace la civilización europea. Lo que me recuerda los últimos años,

tan tristes, de Francisco A. de Icaza: se le veía siempre trabajando; iba de una en otra imprenta con las pruebas en los bolsillos, y las corregía hasta en los cafés, entre charla y charla.

—El trabajo —se disculpaba— es mi opio.

Aldous Huxley hace hablar así a los personajes de su novela:

> —El primer paso sería lograr que la gente viviera de un modo doble, en dos compartimientos: en uno, como trabajadores industrializados, y en otro como seres humanos. Idiotas y máquinas durante ocho horas de las veinticuatro, y verdaderos seres humanos el resto del tiempo.
>
> —¿Y no es esto ya lo que hacen todos?
>
> —¡Claro que no! Viven como idiotas y máquinas todo el tiempo, lo mismo en el ocio que en el trabajo. Idiotas y máquinas que se creen civilizados, y hasta dioses. Lo primero es hacerles entender que, durante las horas laborables, no son más que idiotas y máquinas. Lo que hay que decirles es esto: supuesto que nuestra civilización es lo que es, no hay más remedio que pasarse ocho horas de cada veinticuatro como algo intermedio entre el imbécil y la máquina de coser. Sé que es muy desagradable, que es humillante y repugnante. Pero no hay otro remedio, ya que sin esto todo el edificio de nuestro mundo se vendría abajo y todos nos moriríamos de hambre. Por eso tenéis que trabajar estúpida y mecánicamente, y pasar después las horas de ocio como hombres y mujeres verdaderos, más o menos complicados según el caso. No mezcléis las dos vidas; mantened el tabique que las separa. Lo único de veras importante es vuestra vida auténticamente humana en las horas de ocio. Lo demás es una inmunda tarea que es fuerza cumplir. Y no olvidéis singularmente que es inmunda, y que si no fuera porque sirve para alimentaros y para mantener intacta la sociedad, no tendría la menor importancia ni la menor relación con la vida humana. No os engañen esos canallas que, en lindos discursos, hablan de la santidad del trabajo y de los servicios cristianos que la gente de negocios presta a sus semejantes. Todo esto son meros embustes. Vuestro trabajo no es más que una tarea desagradable y repugnante, que desgraciadamente es necesaria por culpa de nuestros antepasados. Han acumulado una montaña de inmundicias, y fuerza es trabajar ahora con azadón y pala, para poco a poco irla deshaciendo y evitar que acabe de envenenarnos; fuerza es que trabajéis, maldiciendo de paso la memoria de los insensatos que han creado la necesidad de ese trabajo obligatorio... Reconoced que se trata de algo infecto, tapaos las narices, traba-

jad las ocho horas, y concentraos después para ser verdaderos entes humanos, auténticos y completos. No lectores del periódico, no aficionados al ajedrez, no maniáticos de la radiofonía. Los industriales que dan a las masas diversiones "estandarizadas" y fabricadas en serie están esforzándose por convertiros en unos imbéciles mecanizados, tanto en vuestros esparcimientos como en vuestro trabajo. No hay que entregarse. Hay que esforzarse por ser humanos. Esto es lo que hay que decir y enseñar a la gente. Hay que convencerla de que esta magnífica civilización industrial no es más que un mal olor, y que la verdadera vida, lo que significa algo, sólo puede darse lejos de aquélla. Mucho ha de pasar antes de que puedan conciliarse una vida limpia y el hedor industrial; aun puede que sean inconciliables. Está por ver. Entretanto, no hay más que atacar las inmundicias pala en mano, y soportar el olor estoicamente, tratando, en los intervalos, de hacer una vida verdaderamente humana.

—Es un buen programa. Pero no espero que le dé a usted los votos en las próximas elecciones.

—Sí, ahí está la cuestión. Todos se pondrían en contra. Porque lo único en que todos están de acuerdo, conservadores, liberales, socialistas y bolcheviques, es en la excelencia intrínseca de la peste industrial y en la necesidad de suprimir, por la "estandarización" y la especialización, toda huella de virilidad o femineidad en la raza humana...

No olvidemos que han hablado los personajes de la novela, y no el autor en primera persona. Es evidente que en todo esto se mezcla la noción del trabajo con cierto resentimiento, tan justo como rencoroso, contra la explotación indebida del trabajo y contra los errores sociales. No confundamos el alimento con la indigestión, el vino con la borrachera. Si prescindimos por un instante de lo que hay en todo esto de problema político, para sólo concentrarnos en el sentimiento profundo con que se acompaña el trabajo, todos caemos en la perogrullada de decir que hay trabajo que nos gusta y trabajo que nos disgusta; que el primero es alegría, y dolor el segundo. Al primero hasta le llamamos juego y no trabajo.

Aquí de la vocación. Por desgracia el hombre no vive siempre conforme a su vocación. Por desgracia, también, hay una reacción de pereza a la sola idea de obligación, propio traslado psicológico de lo que para la materia es inercia.

Hasta los espectáculos —solaz para todos— son tortura, por obligatorios, para el inspector de espectáculos.

Entonces no nos queda más que sobreponernos a esta reacción con la alegría ética, luz de otras esferas.

El reaccionario y monarquista católico Léon Daudet (perfectamente se le puede citar, yo tomo mi bien donde lo encuentro), furibundo contra Zola, escribe así:

> Finalmente, tenemos el himno al trabajo que, después de Zola, han vuelto a entonar no pocos holgazanes, sobre todo entre los políticos. Yo creo haber trabajado mucho en mi vida. Pero nada me parece más absurdo que esta concepción del trabajo anestésico, destinado a hacer olvidar el dolor de vivir. En cuanto a mí, el trabajo, cualquiera que sea, intelectual o manual, me parece que no podría ser sino una función de la alegría, una salida del ritmo acumulado en ese transformador de lo cuantitativo en cualitativo que es, en definitiva, la máquina humana. La más magnífica concepción del trabajo fue la de la Edad Media, que hacía de él una derivación o prolongación de la plegaria, concepción a la que debemos las catedrales, y que todavía se conserva preciosamente en la Bretaña, la Provenza y Saboya. No hay trabajo mediocre ni humilde; pero todo trabajo realizado sin alegría es una horrible esclavitud, y se resuelve en sublevación y dolor para la sociedad.

Y, para acabar estas notas, el hermoso pensamiento de Whistler: el trabajo borra las huellas del trabajo. Gran precepto de la higiene mental, debieran recordarlo siempre los artistas. Hay que hacer la casa y después quitar los andamios. Pero ¿quién se atrevería a afirmar, en nuestro tiempo, que no ha concurrido a exposiciones de andamios, que no ha leído libros de andamios? Si fuera posible transportar este consejo técnico a la moral, diríamos que hay que trabajar hasta borrar con el trabajo el dolor mismo del trabajo. ¿Será posible? ¿No nos estamos ya enredando en un laberinto de palabras? El extremo se ha reducido a saber si la felicidad puede darse como estado constante. ¡Ay! El hombre nace presto para el dolor. Apenas, sí, tiene un aparato hereditario de transformación y resistencia cuya pieza principal es el gozo. Y nada más. No se culpe del dolor humano al trabajo, que al menos ofrece la alegría de las realizaciones,

de las obras logradas, deleite propio del creador. Cuando el trabajo se hubiere abolido, el dolor levantará otra vez su cara implacable. Como el duende de Heine, el dolor se muda de casa con el amo.*

1-VI-1939.

* *El Nacional*, México, 7-I-1940.

DE LA BUFONERÍA

ENTRE sus múltiples actividades, La Casa de España en México ha comenzado la publicación de una serie de obras, de que han aparecido ya las siguientes:

Las conferencias de Enrique Díez-Canedo sobre *El Teatro y sus enemigos*, donde, enfrentándose con los extremos de la cuestión y, desde luego, el más agudo de todos, que es el Cine, el autor aleja vanos fantasmas y augura la salvación del Teatro en lo que tiene de verdaderamente propio y teatral; las conferencias de Juan de la Encina sobre *Goya, su mundo histórico y poético*, en que, tras de revisar los temas goyescos y guiarnos con su brújula a través del "sueño de la razón", el crítico nos expone el concepto de la visualidad pura, soporte artístico de lo histórico y lo poético en el pintor; un libro de Adolfo Salazar, *Música y sociedad en el siglo xx*, que tiene todo el valor de un ensayo sociológico, a la vez que es un fragmento de historia musical bien labrado; y finalmente, un libro de José Moreno Villa sobre los *Locos, enanos, negros y niños palaciegos* al servicio de los Austrias en los siglos XVI y XVII, que siendo un catálogo de documentos descubiertos por él en el Archivo del Palacio Nacional de Madrid es, al mismo tiempo, un documento humano de primera importancia, para el estudio de aquel complejo de grandeza (como hay complejo de inferioridad) que lleva a los amos y señores de pueblos a complacerse en la vecindad de los monstruos y a aquerenciarse con las aberraciones de la especie. Lo que pudiera haber de árido en este catálogo lo salvan las páginas preliminares, tan ajustadas, sencillas y sabrosas. El Moreno Villa erudito vale el Moreno Villa poeta y el Moreno Villa pintor: siempre aquel leve tacto, siempre aquella gracia de lo evidente, aquella sensibilidad toda fertilizada.

Siente Moreno Villa que hay en la bufonería, como en todo, su juventud, su madurez y su decadencia. No pretende investigar los orígenes de una costumbre que ya se encuen-

tra en el Asia, en Persia, en Egipto, en Grecia y en Roma, y podemos añadir que en el antiguo México (testigo, la corte de Moctezuma, quien tenía, entre sus palacios, recinto especial para sabandijas y monstruos en cuya contemplación se solazaba). No quiere andarse a buscar los parangones de Luis XII y Francisco I de Francia (Caillete y Triboulet), los de Enrique VIII de Inglaterra, los de Shakespeare o los de Pedro el Grande. Limitándose a la sola España, señala los remotos orígenes de la bufonería desde el siglo VI (Mirón, mimo del rey suevo de Galicia, el albardán que mató al rey Teudis, el fingido loco que vengó a la Reina Amalasante); ve pasar por el siglo XIII a don Guzbet, a don Esteban, al enano García Yáñez; y fija la juventud del género en el siglo XV, cuando la mente y el lenguaje alcanzan una agudeza peligrosa, que fácilmente convierte a los bufones en gente enredadora y dañina, al punto que Fray Íñigo de Mendoza considera como verdaderos locos, más bien que a ellos, a quienes los emplean y les dan sustento y vestidos.

> Pero si el loco de la Edad Media —concluye— era todavía tosco y vagabundo, y si los del siglo XV se distinguieron por su influjo desmedido, sus procacidades y agudezas peligrosas, los del siglo XVII español se nos presentan como productos amansados, domesticados y, sobre todo, abundantísimos, signos todos de decadencia.

Y pasa a demostrarnos documentalmente cómo el propio Felipe II, siempre austero en lo demás, sólo parece bajar al nivel medio humano, y hasta a la llaneza popular, cuando escribe a sus hijas sobre aquella Magdalena, cuyas malas mañas y cuya misma afición a la embriaguez le hacían sonreír. Esta gentuza entraba en la categoría de juguete animado (*lusus naturae,* dijo la ciencia), e interesaba más de lo que parece a la vida familiar de las personas reales. Se les mimaba, se les perdonaba todo, y se perdonaba a la gente que les hiciera gritas por las calles; se les alimentaba y vestía (no sin cierta avaricia), se les daban maestros y preceptores. ¿Era el humano aunque mezquino deleite de divertirse con las taras ajenas? ¿El afán de sentir realzada la propia excelsitud por el contraste con la ruindad del bufón? ¿O el desquite de una vida apretada entre rigurosas etiquetas? Moreno

Villa cree que hay, además, una atracción por lo misterioso, y también una aplicación, a lo humano, del estilo barroco; un arabesco más, entre los muchos que decoran y sobrecargan los gustos de la época. La extravagancia no pára en lo físico: se extiende a lo mental (los locos reales o simulados) y pasa de aquí en natural pendiente a los animales grotescos: monos y cotorras. Finalmente, lo que es en la comedia el gracioso, lo es en la corte el bufón; representa las licencias de la sátira; viaja con pasaporte de bobo y tiene derecho a decir verdades. Si las sabandijas no aparecen en el teatro, sería por la dificultad de encontrar actores liliputienses. "Yo estoy seguro de que Lope de Vega se quedó con ganas de sacarlos a la escena", asegura Moreno Villa. Y añade una nueva interpretación sobre el *Quijote:* ¿No procede Sancho, el panzudo y ladino Sancho, de los enanos y locos de la Corte? Ciento veinticuatro desfilan por el libro de Moreno Villa, todos soportados por un hato de papeles de archivo. Hay, además, veintiún grabados que representan pinturas de Carreño, Herrera, Moro, Pantoja de la Cruz, Sánchez Coello, Tiziano, Velázquez y Villandrando.

No se ha propuesto Moreno Villa el recoger las alusiones a los locos y enanos que se encuentran en la literatura de la época. Ello sería materia de una investigación especial y requeriría, cuando menos, el año y medio de trabajo que le ocupó la busca y ordenación de sus documentos. Pero, de paso, pueden señalarse desde ahora algunos lugares, bien conocidos por lo demás, que andan mezclados entre la turbulenta guerra literaria de la época.

Desde luego, Cristóbal Suárez de Figueroa, en el Alivio III de *El Pasajero* (1617), refiriéndose al hábito inmoderado de buscar favores con el valimiento de algún Mecenas, hace decir a uno de sus personajes que es lástima que la Parca se haya tragado en un bostezo al enano de la reina, Simón Bonamí, porque, añade, "yo habría hallado, con elegirla por dueño, el derecho camino de valer y medrar". Y confiesa que tenía ya preparada para él la dedicatoria de un libro, dedicatoria que dice así: "Al setentrional Bonamí, príncipe de enanos, pensamiento visible, burla del sexo viril, melindrillo de naturaleza, ínclito poseedor de cuantos títulos,

atributos y epítetos se pueden aplicar a la más única pequeñez." Y dirigiéndose a él en la fingida dedicatoria, le llama "micosía" en vez de "usía". La muerte de Simón Bonamí, "enano flamenco", inspiró también a Góngora esta décima:

Yace Bonamí; mejor
su piedra sabrá decillo,
pequeña aun para el anillo
de su homicida Doctor.
De Atropos aun no el rigor
en tierra le prestó ajena,
que un gusano tan sin pena
se lo tragó, que al enano
le sobra más del gusano
que a Jonás de la ballena.

Sucesor de Bonamí fue aquel Miguel Soplillo, en cuya "repulsiva cabeza" Felipe IV apoya paternalmente la mano en el cuadro de Villandrando, gesto que le parece a Moreno Villa todo un símbolo de la relación de los príncipes con los bufones. Haciendo burla del mal talle de Ruiz de Alarcón, Luis Vélez de Guevara le dice, jugando con el significado corriente de la palabra "soplillo":

...Por más que te empines,
camello enano con loba,
es de Soplillo tu trova.

Y Góngora, en su conocida redondilla contra una roma: "Quisiera roma infeliz", exagera así:

Soplillo, aunque tan enano,
no cabrá en vuestra avellana.

Si Lope no llegó a usar enanos en la escena, el Conde de Villamediana, Correo Mayor de Su Majestad que tenía valimiento en Palacio, logró contar con el enano Soplillo como figurante de su comedia *La gloria de Niquea*, presentada en el sitio real de Aranjuez el 9 de abril de 1622, fecha memorable. No bien acababa la representación cuando se declaró en el teatro un incendio. Dicen testimonios de la época que lo provocó el propio Villamediana. Dicen que lo hizo para salvar en brazos a la reina con la manifiesta intención de "tocar su pie", grande atrevimiento. Dicen que si fue o

no fue eso lo que poco después le costó la vida. Corren mil versiones por el mentidero de Madrid. Callemos.

Para terminar esta incompleta reseña, notamos que —según Moreno Villa— sólo a fines del siglo XVIII aparece con el nombre de "Bobo de Coria" uno de los bufones pintados por Velázquez, cuyo verdadero nombre es Juan Calabazas. En todo caso, el "Bobo de Coria" es una de aquellas figuras mitológicas que andaban en el lenguaje de la gente cuando menos desde el siglo XVII. En el *Vocabulario* del Maestro Gonzalo Correas (1627) se nombra ya al "Bobo de Coria", que hacía toda clase de diabluras y luego se preguntaba, fingiendo candor, si eran pecados. En la *Visita de los chistes*, firmada en 1622, lo cita Quevedo junto a "Perico de los Palotes", "Pedro de Urdemalas", "Juan de las Calzas Blancas", y otras fantasías del mismo linaje.*

VII-1939.

* *La Prensa*, Buenos Aires, 20-VIII-1939. Ver, sobre Ruiz de Alarcón y Soplillo, *Obras Completas*, t. VI, pp. 103 *ss.*, y sobre Villamediana, *Id.*, t. VII pp. 15 *ss.*

GÓNGORA, EINSTEIN Y LOS CHINOS

HOY NO sobresalta a nadie la afirmación de que el cerebro humano puede aprender a pensar "de otro modo". Y aunque acaso nunca lo había establecido la filosofía tan categóricamente como en las palabras de Bergson, estos sabios de la media calle —los viajeros—, contrastando de pueblo en pueblo hábitos y noticias, hace mucho ya que lo sabían.

No era ello una novedad para los misioneros que se entraban por las selvas de América, esforzándose por vaciar en los moldes del cristianismo el contenido mental, que por todas partes los desbordaba, de la teología indígena, y tratando de ajustar a la cabeza de sus catecúmenos el casco de acero de la religión importada.

No lo era para los aventureros que arriesgaron por primera vez la vuelta al mundo, y fueron a dar, en las escalas de Oriente, con unos sistemas de razonar que apenas les parecían gobernados por la razón, y con una visión de las cosas que todavía hoy, si nos asomamos a ella desprevenidos, casi nos provoca los vértigos de un abismo de locura y de frenesí.

Tampoco lo ha sido para los investigadores de esos viejos pueblos llamados primitivos, pueblos que, en su aislamiento, perpetúan extrañas maneras de entender la vida y la conducta.

Ejemplo expresivo el de los griegos, con quienes nos creemos tan familiarizados: ¿tenían ellos la misma representación del color que podemos llamar moderna? William Gladstone se espanta de la escasez y vaguedad cromática de la *Ilíada* y de la *Odisea,* donde parecen predominar el blanco y el negro, y donde las designaciones del color son, a veces, tan desconcertantes, que el físico William Pole acabó por creer que Homero era daltoniano, y no ciego como la leyenda lo hace. No nos cabría entonces más consuelo que la seguridad de que también las abejas, obreras pacientes de la miel, padecen —al decir de los especialistas— la limitación llamada dicromática.*

* C. Villalobos Domínguez, "Los colores que veían los griegos", en *Nosotros,* Buenos Aires, V-1930.

La exactitud, de que el espíritu occidental se precia tanto, más bien era cosa despreciada por los chinos clásicos. Pero la exactitud misma ¿es una ajustada descripción de la naturaleza y de los fenómenos sensibles, o es sólo una abstracción en el sentido en que lo es la geometría euclidiana?

El sacerdote inglés Arthur H. Smith no se cansaba de advertir que la falta de unidad en las conmensuraciones era una característica de la mente china, y hasta "una fuente de placer" para aquellos hombres remotos. Yo me figuro que los dos teléfonos diferentes de la ciudad de México deben de producir al turista un desconcierto semejante.

Por todas partes le salían al paso al Dr. Smith las diferencias entre la ideación europea y la asiática. Y lo que más le asombraba era cierto desconocimiento general de las relaciones de causación:

—¿Por qué se habrá caído esta teja? —preguntaba.

—Porque se ha caído —le contestaban, seguros de haberle dado una explicación suficiente.

—Me dijiste ayer que vendrías a verme. ¿Por qué faltaste?

Y la respuesta:

—Porque falté.

Como en el ejército chino la altura de la clavícula es un dato esencial, y el soldado "está completo sin la cabeza", un hombre que había servido en las filas no podía convencerse de que su talla fuera otra que la medida de los hombros abajo. Un labriego que vivía a 45 *li* de la ciudad pretendía habitar a una distancia no menor de 90 *li*, porque para él todo viaje tenía que ser un viaje redondo, de ida y vuelta.

Puede asegurarse que hay intuiciones de metageometría en estas posibles inexactitudes. Una de las rutas mandarinas más importantes era computada en 193 *li* de norte a sur, y en sólo 190 de sur a norte, porque en un sentido se andaba cuesta arriba, y cuesta abajo en el otro. De suerte que la dificultad y el esfuerzo alteran el concepto de la pura y simple dimensión.

Aquí no hay Euclides que valga. Aquí el continuo espacio-tiempo, novedad de nuestra geometría einsteiniana, se siente y se respira en el aire. Aquí se da ya el caso que preveía

el poeta Maeterlinck —incorregible aficionado a la ciencia— cuando aseguraba que la "cuarta dimensión" ronda ya la sensibilidad de los hombres, se insinúa en ella poco a poco, y un día acabará por parecer evidente.

¡Qué lejos estamos del modo de pensar que hasta hoy se ha considerado propio del Occidente! Góngora —en cuyo sistema poético hay una contextura matemática que está todavía por estudiar, una cierta facilidad para el logogrifo aritmético y para ese malabarismo algebraico que se llama "sustitución de incógnitas"— pone así la corona a Euclides:

> Desde Sansueña a París,
> dijo un medidor de tierras
> que no había un paso más
> que de París a Sansueña.

Quiere decir, conforme a la geometría de ayer y reduciendo el caso a su última instancia, que entre dos puntos determinados sólo se puede trazar una recta, y que la recta es el camino más corto entre dos puntos.

Pero he aquí que en la naturaleza las cosas se dan en especie más complicada; he aquí que hoy la física —o la filosofía natural— ha llegado a la conclusión de que la geometría euclidiana sólo es defendible prácticamente hasta donde lo era la noción de la tierra plana entre los antiguos: porque sirve y basta para las pequeñas cosas diarias, porque basta y sirve para andar por casa.

En la superficie plana —concepto abstracto— la recta es el camino más corto. Pero en la superficie de curvatura variable —lo único que el fenómeno natural nos ofrece— hay que abandonar la recta, que ha perdido todas sus propiedades, y hay que optar por la "geodésica", que viene a heredarla y a ser el camino más corto.

Todo punto material en libertad camina siempre, en el universo, por el atajo de la geodésica, conforme al principio de economía, de Fermat, tan válido en física como en biología y psicología. Y todos los marinos saben que, entre Lisboa y Nueva York, la senda más breve, en virtud de la redondez terrestre, no es una recta, sino una curva; y ni siquiera la curva trazada hacia el oeste directamente sobre un paralelo, sino una curva algo torcida hacia al noroeste.

Después de todo, la geodésica no es más que el misterioso "intervalo" de Einstein —único dato rígido en este su universo elástico—; y la recta sólo viene a ser un caso privilegiado de la geodésica, un caso protegido, un producto aséptico.*

El Nacional, *México, VII-1939.*

* ¿No he oído decir que el mismo "intervalo" se ha rendido, último reducto de la geometría clásica?—1940.

EL LLANTO DE AMÉRICA

Estos días pasados, leyendo una página de Salomón de la Selva sobre el *Nocturno* de José Asunción Silva, volvíamos a pensar en el tema de las lágrimas, capítulo fundamental para la antología americana. América, como se ha dicho de Virgilio, tiene "don de lágrimas". En la temática de la poesía americana —la gota de miel, el destierro y el regreso, los murmullos del bosque o "soledad sonora", los ríos, las aves de presa y las ornamentales (cóndores, águilas, buhos, cisnes y palomas), el amor a Francia, el otoño, las princesitas modernistas, los pianos y las marimbas, etc.—, corresponde un sitio de honor al tema de las lágrimas. Decía el bravo Pantaleón: "¿Quieres flores? Pues yo te las daré ¡pero no llores!"

Salomón de la Selva descubre, en las páginas de la *Amalia* de José Mármol, evidentes coincidencias rítmicas y verbales con el *Nocturno* de Silva: "Eran las ocho y media de la noche, *y la luna, llena y pálida...*" Aquí están ya el pulso, la vena cadenciosa, el cuadro de luz y sombra del *Nocturno*.

Pero aquel sollozo pegadizo que escuchamos por todo el *Nocturno* ¿no guarda también un parentesco evidente, de afinación melancólica, con el largo chorro de lágrimas que hay en la *María* de Jorge Isaacs?

Jorge Isaacs, maestro del lloro. De él hemos escrito alguna vez, comentando sus cartas a Justo Sierra, que la suerte trajo a nuestras manos:

> Jorge Isaacs toma la pluma —y al punto se le saltan las lágrimas. Y cunde por América y España el dulce contagio sensitivo, el gran consuelo de llorar.

El romántico caballero judío, hijo de un inglés establecido en Cauca, descubre a su vez —y no lo ha notado la

* *Obras Completas*, t. IV, p. 327.

crítica— una lejanísima inspiración de aquella *Menina e moza* de Bernardim Ribeiro que está en la base de toda literatura "soledosa". Hace unos años, en mensaje a Colombia para el aniversario de la *María*, señalábamos así esta posible fuente, digna de una investigación más precisa:

> El capítulo de Keyserling sobre la tristeza iberoamericana —por eso es grande— recoge la observación que todos han hecho. La gama de nuestra tristeza recorre desde el sentimiento trágico y nostálgico que galopa por las serranías del Norte, hasta el aburrimiento desolado que inunda las llanuras del Sur. Llueven lágrimas. Por todos nuestros campos se han puesto a sollozar las guitarras. Pero, además de eso, Jorge Isaacs, el clásico del llanto, ¿se habrá contaminado de los soledosos portugueses? Comenzaba así Bernardim Ribeiro, allá por el siglo XVI: "*Menina y moza, me llevaron de casa de mis padres.*" Le hace eco el colombiano Jorge Isaacs al comienzo de su *María:* "*Era yo niño aún cuando me alejaron de la casa paterna.*" *

Volvamos a José Asunción. Doncel hermoso y torturado, noble y romano el continente, los tristes ojos de perro-nazareno. Ardió entre los brazos de la rusa, otra María de las estepas. Trajo hasta sus versos el hipo del sollozo, aquel rosario de perlas desgranadas que botan y rebotan y no se deciden a acabar. Perdió en el naufragio su *Estética de los perfumes*. ¡Qué Des Esseintes! Desde el cementerio, lo llamaba, lo fascinaba la sombra de su hermana. Y una noche, una noche toda llena de rumores y de lágrimas, se encaminaba, solitario, a la tumba de los suicidas.

Lo circunda el campo americano, más que aquella atmósfera embriagadora que hacen los perfumes de París. Es el campo en que se abren el pecho las guitarras, en que plañen su falsete las voces campesinas. Las estrellas son gotitas de lloro. La flecha venenosa del indio vuela todavía por el aire, trocada en lamento. ¡Esa "vieja lágrima" de Urbina, que viene del fondo de la raza! ¡Esa "pupila turbia de lloro", en Díaz Mirón, poeta de bronce, "mas bronce con arrullos"! ¿Qué hacer con la vida, sino acabar con ella? ¿Cómo poseerla del todo, sino estrangulándola contra el corazón? El ansia vital acaba por volcarse en la muerte, porque no le basta la

* *Obras Completas*, t. VIII, p. 271.

vida. Allá va solo con su desesperación, vacío de plenitud nunca satisfecha, el joven dandy infortunado. Su sombra, en la luna, y la sombra que lo acompaña de cerca, eran una sola sombra larga. El viajero y su sombra: "¿Quién eres?" —"Me llaman Sombra." Sombra y llanto. Llanto y sombra. ¡Ay del que ha perdido su sombra! ¡Ay del que ha perdido su llanto! Se abre una puerta. Sale San Pedro a ver quién llama. Hablan en romance viejo. Escuchad:

—¿De dónde vienes, viajero?
—Vengo de llorar, San Pedro.
—¿No entiendes mejor oficio?
—Si lo tengo, no lo quiero.
—¿No sabes que aquí se canta?
—También es el canto acerbo.
—¿No sabes que aquí se ríe?
—Pues cierra tu puerta, viejo.
—¿Qué vas a hacer en la puerta?
—Sentarme a llorar, San Pedro;
contar a todo el que llegue
por qué me echaron del cielo,
que yo no puedo olvidar
las tristezas con que vengo.
Los que lloran como yo
sabrán lo que pasa adentro.
Se sentarán junto a mí,
y haremos un campamento.
Adentro se habrá de oír
la voz de nuestros lamentos,
hasta que logre callar
a los que cantan adentro.
Y al cabo de muchos siglos
será tanto el sentimiento,
que llegará a los oídos
del Eterno,
y Él mismo vendrá a saber
por qué lloramos los muertos.
—¿De dónde vienes, viajero?
—Vengo de llorar, San Pedro.

Estampa, *México, 2-VII-1940.*

DE SASTRERÍA POÉTICA

RECIENTEMENTE, Juan Ramón Jiménez clamaba contra los excesos de la poesía intelectualizada, calificándola como poesía de ingenieros. Estas reacciones son saludables, por cuanto significan una llamada de atención contra la deformación profesional, contra la tendencia a sustituir los fines por los medios, los primores técnicos por los verdaderos propósitos espirituales.

En un sentido todavía más desdeñoso, la lengua corriente suele llamar sastre al mal poeta, no tanto porque se desprecie este noble oficio de cortar y coser los trajes, cuanto porque el mote implica la posesión de aptitudes impertinentes y la penuria de dotes adecuados al caso: algo semejante, en suma, a lo que se quiere decir al hombre de dos profesiones, y mediocre en ambas, cuando se le declara, por ejemplo, médico entre los abogados y abogado entre los médicos.

Góngora llamó una vez sastre a nuestro Ruiz de Alarcón, pero refiriéndose más bien al modo como éste se vio obligado a confeccionar una poesía de encargo, a toda prisa, y con la colaboración de varios amigos para salir del paso. Sucede que el duque de Cea encomendó a Alarcón un *Elogio descriptivo a las fiestas que la Majestad del rey Felipe III hizo por su persona en Madrid, a 21 de agosto de 1623 años, a la celebración de los conciertos entre el Serenísimo Carlos Estuardo, príncipe de Inglaterra, y la Serenísima María de Austria, infanta de Castilla.* A Alarcón le faltaban tiempo y ganas para desempeñar la enojosa incumbencia y se valió de una docena de amigos. Hasta se asegura que, de las 73 octavas del poema, él mismo no llegó a escribir ninguna. De aquí que Góngora le lanzara esta pulla:

> De las ya fiestas reales
> sastre y no poeta seas,
> si a octavas, como a libreas,
> introduces oficiales.*

* Ver *Obras Completas*, t. VI, pp. 117-8.

Es curioso recordarlo a este propósito: en la tradición de nuestra lengua no ha faltado un poeta de cierto nombre que al mismo tiempo fuera sastre, o sastre remendón mejor dicho: tal es Antón de Montoro "el Ropero de Córdoba". La vida literaria siempre ha facilitado cierta circulación democrática, aun en las épocas más respetuosas de las jerarquías. Los Cancioneros del siglo XV parecen verdaderos campos de batalla donde alternan próceres y plebeyos. Allí andan mezclados en satírica brega truhanes como Juan Poeta o Juan de Valladolid, hijo de un verdugo. Maese Juan el Trepador, guarnicionero, el propio Marqués de Santillana y nuestro Ropero que, por añadidura, era un judío converso y sin duda se llevaba la palma entre los epigramatarios. Todavía Lope de Vega lo recuerda comparándolo con Marcial. En sus días, los émulos, como Guevara, Mexía y el Comendador Román, le aconsejaban que dejara los versos y se limitara a "la vara de su remendería", y sus amigos como Alfonso Velasco le pedían que dejara el oficio de menestral que nada más empañaba sus timbres de poeta. Pero el pobre remendón, que muchas veces vivía de la limosna de los señores, nunca quiso abandonar su humilde trabajo:

Pues no crece mi caudal
el trovar, ni da más puja,
adorémoste, dedal;
gracias fagámoste, aguja.

Entre las arremetidas de su humor satírico, siempre supo conservar la admiración y el respeto que le merecían los poetas mayores como Juan de Mena y el Marqués de Santillana, quienes por su parte nunca le escatimaron la simpatía y el aplauso. Jamás disimuló su origen y, ya setentón, se enfrentó con el fanatismo de los que perseguían a sus hermanos de raza, y fue su voz la única que subió, reclamando el crimen, hasta el trono de los Reyes Católicos:

¡Si Vuestra Alteza mirara,
el corazón vos manara
lágrimas de gran piedad!

Dos siglos más tarde, encontramos todavía testimonios

de sastres poetas. Suárez de Figueroa, en el *Pasajero* (1617), hace dialogar así a sus personajes:

> —Sastre conocí que, entre diversas representaciones que compuso, duraron algunas quince o veinte días.
>
> —Ése fue el que llamaron de Toledo. Sin saber leer ni escribir, iba haciendo coplas hasta por la calle, pidiendo a boticarios y a otros donde había tintero y pluma, se las notasen en papeletas.

Quevedo cita al sastre de Toledo y recuerda los únicos versos que de él conservamos en su *Perinola contra el Dr. Montalbán.*

El sastre poeta tiene traza de haber sido un especie de Negrito Poeta de aquellos tiempos, y su memoria merece algún tributo. No así el poeta sastre, que más le valiera dedicarse a cualquier otro culto menos heroico y exigente que el celoso culto de la Musa.*

Repertorio Americano, *San José de Costa Rica, 26-X-1940.*

* "Los orígenes de la guerra literaria en España", *Obras Completas,* t. III. pp. 180 *ss.*

PLEGARIA POR EL AGUA

"NADA hay mejor que el agua." Estas palabras de Píndaro, tantas veces repetidas y comentadas, deben entenderse conforme a ciertos principios de la antigua filosofía. El bien, para serlo de veras, ha de satisfacer condiciones de universalidad: máximo de aplicaciones y máximo de abundancia. De aquí que el agua sea un bien máximo. De aquí que la falta de agua resulte un mal de consecuencias incalculables. Por lo pronto —contra lo que pudiera esperarse, puesto que el agua apaga el fuego, es decir, la luz— la falta de agua apaga las luces que hoy nos alumbran. Los presocráticos, algunos al menos, aseguraban que los elementos naturales se compensan por combate e injusticias mutuas. Pero este nuevo elemento, la electricidad, no se contrapone al agua; al contrario. Es sediento por esencia; quiere agua y más agua.

¿Nada hay mejor que el agua? Va en opiniones. El trianero de aquellas coplas que hace años cantaba por los tablados de Madrid Dora la Cordobesita, como era borracho inveterado, sacaba argumentos contra el agua de las inundaciones de Sevilla:

¡Triana, Triana!
S'a "riaíto" Triana...
¡Y pa que prediquen
en contra del vino
y a favor del agua!

De igual modo Noé, en aquel poema de Chesterton que traducido a lo chapucero dice así:

Medio tumbado en la piragua,
Noé se burla del destino:
"¿Qué me importa dónde llegue el agua
con tal que no llegue hasta el vino?"

Y nuestro Ruiz de Alarcón pone en boca de sus personajes aquellas tonadas de las Ventas madrileñas:

Venta de Viveros:
¡Dichoso sitio,
si el ventero es cristiano
y es moro el vino!

¡Sitio dichoso,
si es cristiano el ventero
y el vino es moro!

Y a pesar de estas opiniones singulares, como proposición general vale el dicho de Píndaro: nada es mejor que el agua. Aplaca, refresca, limpia, alivia, fortalece, ayuda. Sube, baja, descansa, corre. Es sólida, líquida y gaseosa. Mata y resucita según el caso. Todo lo hace, todo lo puede. Es una verdad. Pero también es una mentira. Se engañan, con ella, el vino y la leche. Pero no admite que la engañen con vino ni con leche. Si pedimos agua, ¿hay acaso riesgo de que nos la adulteren con leche o vino?

En la mitología de los líquidos ¿no escucháis también el debate entre el agua y la gasolina? Esta nueva sangre de los imperios, el petróleo, se consume y no se produce. La fabrican los hondos laboratorios de la tierra, con esfuerzo de siglos. Como el hombre no la produce, no es nuestra, es de la tierra, se la estamos robando. Sucede como con el fósforo, que la vida lo consume y no lo rehace. ¿Será verdad que los grandes industriales del mundo tienen ya escondido por ahí, para escatimarlo al bien del pueblo, el secreto de las explosiones del agua que sustituyan los motores de gasolina? Acaso murió precozmente el sabio Charles Henry, sobre cuya tumba cae el silencio. Pero aseguran que ya, antes de desaparecer, había constituido una sociedad para explotar su invento. Y el invento no era otra cosa que el empleo de la catálisis para realizar, a base de temperatura, la síntesis del agua, y utilizar el fenómeno como nueva fuerza motriz. ¡Agua y aire gratis! Pensad en aquel día feliz que carguemos el auto al tiempo de regar el jardín, con la buena agua que Dios hizo, y casi sin desembolso alguno! Ese día se acabaron los pleitos por el subsuelo. Vale la pena de empobrecerse un poco a cambio de tanta ventura. ¿O comenzarían, entonces, los pleitos por el supercielo, que ya los bombarderos anuncian?

¿Veremos jalonar los espacios y repartirse las parcelas del aire? ¿Y no nos tomarán la delantera las criaturas volátiles, como en el Olimpo aristofánico de las aves, donde las castas aladas establecen una república suspendida, interceptan las plegarias del hombre y cobran peaje para dejarlas llegar hasta los pies de los dioses?

Entretanto, en esta hora de la primavera, he aquí que nuestra ciudad aguarda con ansia los servicios de la diosa municipal de las lluvias, encargada del diario aseo del suelo y del cielo, y también encargada de darnos la nocturna ración eléctrica. Agua electropura, que así te podemos llamar, agua eléctrica; agua, sumo bien de aquel poeta que —como decía Voltaire— "cantó los triunfos de los cocheros atenienses y las peleas a puñetazos": ven a nos, pues que te invocamos. *¡Chove, chuva!*, como grita la gente en las tierras secas del Brasil. O como cantan los niños por los pueblos de España:

¡Que llueva, que llueva!
La Virgen de la Cueva.
Los pajaritos cantan.
Las nubes se levantan.
¡Que sí, que no!
¡Que llueva a chaparrón!

Nada hay mejor que el agua, aristocrático rimador tebano; pero cuida, no la derrames, porque el agua volcada es como la honra perdida, que ya no se recobra nunca. Que la lluvia caiga y que se encauce. Que vuelva la luz en abundancia. Que prospere la agricultura. Uno de los más bellos versos mexicanos —inútil decir que es de Manuel José Othón— propone sencillamente esta imagen directa, clara, comparable a la poesía griega:

Llena el agua los surcos del sembrado.

¡Pues ésta es el agua que queremos, el agua *útil!* Por fortuna el agua lleva en la utilidad la belleza, de suerte que al par deleita y aprovecha. Otros hermosos versos mexicanos —ocioso es recordar que son de Salvador Díaz Mirón— cantan la belleza del agua:

Así, surgida de la oculta vena,
el agua pura se levanta y suena
en curva de cristal...

¡Pues ésta es el agua que queremos! ¡Que llueva, que llueva a chaparrón, y que el agua purgue de polvaredas este valle, antes transparente, y que se nos está volviendo —entre la desecación de lagos, la tala de bosques y la disgregación del circo de montañas— algo como un "pinole" en suspensión!

Otro poeta mexicano que todos saben ha cantado a la Hermana Agua. En verdad, el agua es la madre común de los mortales, de fieras y de hombres. Nada es mejor que el agua: ¡Que llueva, que llueva!

El Nacional, *México, 8-IV-1941.*

EL DIÁLOGO DE AMÉRICA

LAS QUEJAS sobre la incomunicación de América pueden llenar libros; los libros, llenar bibliotecas. La fuerza colonizadora daba apariencia de unidad a un Continente despedazado en secciones. La unidad sólo se realizaba, simbólicamente, en la referencia a la metrópoli. Al sobrevenir la independencia, aunque las primeras proclamas de los caudillos, desde México hasta Buenos Aires, se dirigían en general "a los americanos", esto sólo era una manera de hablar. La independencia tuvo que fundarse sobre la realidad de nuestras unidades geográficas y políticas, y determinar el fraccionamiento en varios Estados de la "multitud América", como podemos decir en términos escolásticos. En el orden material, los mismos obstáculos a la comunicación parecían emblemas de nuestra grandeza y proporcionaban engañosos argumentos a nuestro orgullo.

Lo que se ha dicho a este respecto sobre México podría aplicarse a toda nuestra América:

> Nuestras montañas no se juzgaban tremendos obstáculos para el tráfico, sino depósitos inagotables de plata y oro. Nuestras enormes distancias, aunque sin caminos ni poblados, probaban nuestra grandeza. Nuestras selvas vírgenes de la tierra caliente no se consideraban pobladas de las dificultades que encierra una naturaleza inexplotada e inculta que, como una fiera, no se deja domesticar sino devorando a los primeros que se le acercan: Eran fragmentos de paraíso terrenal, en donde no había más que recoger en abundancia, y sin capital ni trabajo, maderas preciosas, frutos tropicales de alto precio y tesoros de toda especie. La falta de ríos navegables, y aun de lluvias, nada significaba como elementos adversos; nuestra ignorancia, nuestra falta de capitales y la concentración en pocas manos de los que había; la abyección del indio; el exiguo desarrollo, por no decir la absoluta carencia de instintos sociales, vínculos impalpables cuya existencia es indispensable para constituir un sólido organismo político: nada de esto se tomaba en cuenta. Lo único que estorbaba nuestra felicidad era el español, y éste estaba ya vencido. No nos quedaba más

que gozar sin trabajo, sin capital, sin vías de comunicación, sin ciencia, sin moralidad, sin respeto al derecho ajeno, de las inmensas riquezas con que la naturaleza nos había dotado, pródiga y generosa.

Estas palabras irónicas denuncian aquel estado de ensimismamiento que nos hacía imaginarnos grandes por la grandeza de nuestros accidentes geográficos, y sublimes porque en nuestras tierras hay volcanes sublimes. A esta dolencia imaginativa podemos lamarle "la falacia volcánica". ¿Quién es el joven, imbuido de espíritu renovador, que con tanta sinceridad y bravura descubre así nuestra mentira? Es un anciano que se llamaba Pablo Macedo, y escribía en las postrimerías del régimen porfiriano, allá por 1904 *(La evolución mercantil)*.

Una es la incomunicación material; otra, la espiritual. Y aunque las cosas hayan mejorado un tanto, justo es declarar que el mayor esfuerzo se debe, no a los llamados hombres prácticos, sino a los llamados teóricos. Por una parte, los políticos tienden a operar sobre las emergencias cotidianas y se distraen en las cuestiones inmediatas del campo nacional; los agentes del comercio lo reducen todo, naturalmente, a sus preocupaciones lucrativas, y se dejan fuera cuanto afecta a la simpatía y el conocimiento entre los pueblos. Si los fenicios sólo pretendían fundar por el Mediterráneo algunas factorías comerciales, conformándose (fuera de la excepción de Cartago) con explotarlas, los griegos —aunque no olvidaban el provecho— tenían, además, curiosidad, anhelo de conocer. "¡Viva la Pequeña Diferencia!", como exclamó aquella señora en aquel mitin feminista.

Por otra parte, las escasas conquistas logradas en el orden político y en el comercial no admiten siquiera comparación con las conquistas —aunque todavía modestas— alcanzadas en el orden teórico por las clases intelectuales de América. El mutuo conocimiento entre nuestros pueblos ha sido fomentado, sobre todo, por los poetas, únicos capaces de expresar y confrontar los fenómenos de la sensibilidad nacional. Las informaciones de las Cancillerías y los directorios de las Cámaras de Comercio resbalan sobre la superficie de las realidades americanas. Pero el ya manifiesto

interés de lectores y escritores, tan desarrollado en los últimos años entre unas y otras repúblicas, ése sí que entra en lo profundo de las conciencias, ése sí que crea verdaderos lazos inquebrantables. América, que tuvo desde su nacimiento un sentido poético, por cuanto fertilizó los impulsos utópicos de la mente europea, ofreciéndole un Continente para el sueño y el despliegue de nuevas experiencias, sigue siendo alimentada por la poesía, en el proceso trabajoso hacia la conciencia de su verdadera unidad. Por donde resulta, una vez más, que la teoría es, en el mundo humano, el motor de la práctica; el pensamiento, de la materia; el "logos", de la acción. Repitamos, para nuestra América, aquellas razones con que Pericles explicaba la superioridad de Atenas: "No creemos que el discurso dañe a la acción. Pensamos, al contrario, que lo peor es ignorar las palabras antes de ejecutar los actos."

Quisiera señalar al lector una singular y recientísima manifestación de la inteligencia americana, que merece considerarse como un acontecimiento social. Refiérese precisamente al orden teórico por excelencia: a la filosofía. Los nuevos grupos filosóficos de México y de Buenos Aires trabajan en estos días con una ejemplar solidaridad. Al núcleo argentino, representado en la persona de Francisco Romero, en sus amigos, colaboradores y discípulos, responde en México el Centro de Estudios Filosóficos, recién creado en nuestra Facultad de Filosofía y Letras. El hecho no es sólo expresivo por la intensidad del diálogo entablado, sino por la misma circunstancia de que existan ya interlocutores para el diálogo.

La filosofía en nuestras repúblicas ha sido, en general, una disciplina de excepción, de solitarios, de incomprendidos. Y he aquí que de pronto —y a este propósito cabe reconocer el enriquecimiento que ha significado la llegada de nuestros amigos españoles— la filosofía aparece organizada en pléyades.

Entre los interlocutores del diálogo, que de extremo a extremo cruza por diversos canales nuestras tierras americanas, se cambian preguntas y respuestas, publicaciones, programas de trabajo y hasta noticias biográficas. Nace un nuevo vínculo espiritual, y nace en la hora oportuna. Ante el desconcierto del mundo, ante la obligación que cae de pronto sobre

los hombros de América, la preocupación filosófica va sostenida por una interna preocupación social. Este interrogarse sobre las esencias y las verdades, a que se reduce el trabajo filosófico, adquiere un carácter de urgencia. Conviene que a tiempo nos preparemos para la nueva hora del mundo. La paz de Versalles, después de la otra guerra, encontró a los pueblos desprevenidos, y ahora estamos pagando las consecuencias de un compromiso práctico, improvisado sin una preparación teórica suficiente. Hay que fortalecerse a tiempo para poder resistir la paz de mañana. Hay que echar la sonda para conocer los mares por donde nos lleva, en sus tumbos, la borrasca. La conciencia de las culturas se esclarece ante los peligros. Se aprecia mejor su dirección, se palpan sus posibles limitaciones, se prevén sus sobresaltos futuros.

A veces, entre los titubeos de la hora, sentimos que América ha sido llamada algo prematuramente a cumplir los destinos venideros de la cultura. Pero lo mismo ha acontecido con todos los pueblos encargados de recoger y continuar una herencia histórica. Antes de la prueba, todos somos inmaturos, todos somos niños. Sólo el sentimiento de la responsabilidad transforma al adolescente en adulto. Los que nunca fueron tocados por este fuego siguen siendo hombres a medias, aun con las barbas luengas y la piel arrugada. No nos forma tanto el crecimiento biológico cuanto el crecimiento moral. La nueva imantación filosófica puede traer consecuencias trascendentales. En ella depositamos la esperanza de América. Ha llegado, para nosotros, el día grande, el día terrible, de modelar con nuestros propios recursos la nueva morada de los hombres.

El Nacional, *México, 22-IV-1941.*

TIERRA Y ESPÍRITU DE AMÉRICA

NOS HABLA el crítico peruano Luis Alberto Sánchez, en la *Revista Iberoamericana* (noviembre de 1940), sobre *el paisaje en la literatura americana, elemento desconocido aunque dominante.* Su nota, apretada y jugosa, vale por fortuna más que el título y convida a la meditación. No parece, en efecto, justificado el decir que la importancia del paisaje en nuestras literaturas haya sido desconocido, sea como elemento genético más o menos explícitamente revelado en las obras, sea como tema expreso.

Cuando, hace tantos años, Menéndez y Pelayo se acercó a estudiar la poesía de nuestras Américas, lo primero que le ocurrió decir, en el estudio que precede a su célebre *Antología,* fue que el fundamento de nuestra originalidad poética,

> más bien que en opacas, incoherentes y misteriosas tradiciones... ha de buscarse en la contemplación de las maravillas de un mundo nuevo, *en los elementos propios del paisaje,* en la modificación de la raza por el medio ambiente, y en la enérgica vida que engendraron, primero el esfuerzo civilizador de la conquista, luego la guerra de separación y finalmente las discordias civiles. Por eso lo más original de la poesía americana —concluye— es, en primer lugar, la poesía descriptiva, y en segundo lugar, la política.

Estas palabras del sumo e indiscutible maestro de todo humanismo español se refieren —claro está— a aquella parte de nuestra literatura que fue materia de su estudio, el cual se detiene a las puertas del Modernismo y no toca a los autores vivos en 1892. Al Modernismo apenas se asomó en la segunda edición de su monografía (1911), para saludar la aparición de Rubén Darío, a quien siempre defendió y admiró, de quien fue amigo personal y hasta compañero de posada. El mismo Darío nos ha trasmitido aquella anécdota expresiva: cuando algunos rutinarios se quejaban de la "peligrosa innovación métrica", a propósito del endecasílabo del *Pórtico* a Rueda ("Libre la frente que el casco rehusa"),

D. Marcelino les recordaba, con una sonrisa, que la tal innovación peligrosa no era más que el conocido verso de gaita gallega, vinculado en los hábitos seculares y en las tonadas del pueblo:

> Tanto bailé con el ama del cura,
> tanto bailé que me dio calentura.

Si Menéndez y Pelayo hubiera tratado del Modernismo —la verdadera poesía original producida en Hispanoamérica antes del criollismo, a pesar de sus reconocidas influencias europeas, pues el concepto de originalidad poética nunca ha significado la creación *ex nihilo*, aunque así lo supongan los no avisados—, habría tenido que señalar ese extraño fenómeno de desvío que Coleridge llamaba *aloofness*, mediante el cual la obra literaria procede a veces en desquite contra la vida. ¡Paradójica revelación inversa de las influencias ambientes! El peruano Francisco García Calderón se preguntaba si el Modernismo no sería un mentís a las teorías de Taine y de Buckle sobre la modelación por el ambiente. Precisamente era entonces la época intermedia de Rubén Darío, el difundido "rubenismo" de las *Prosas profanas*, que hacía repetir a José Enrique Rodó aquella opinión entonces general, y entonces justificada desde cierto limitado punto de vista: "Rubén Darío no es el poeta de América", en el sentido de "no es el cantor de América".

De todos modos, queda claro que Menéndez y Pelayo reconocía el efecto determinante de la naturaleza americana en la poesía americana, como estímulo general para la plástica de nuestro sentir poético y como tema de singular relieve a lo largo de nuestra lírica. Esta misma consideración nos llevó a pergeñar ciertas notas fragmentarias —que necesitan ya una urgente refundición— sobre *El paisaje en la poesía mexicana*, allá por el año del Centenario, tras de haber estudiado una manifestación eminente en los *Poemas rústicos* de Manuel José Othón (1910). Y de la misma inspiración parten, en suma, la *Visión de Anáhuac*, intento por definir el paisaje de nuestra meseta central, y aun *El testimonio de Juan Peña* que es, en cierto modo, un ensayo de geografía humana. Sin salir de lo que ahora mismo tengo al alcance de la mano, recuerdo ciertas sutiles observaciones sobre la poesía

y el paisaje americanos que publicaba en París el poeta franco-uruguayo Jules Supervielle en 1913; y la aguda aportación de Jaime Torres Bodet sobre *El paisaje de México,* recogida en sus *Notas de crítica* (1928), donde se leen estas palabras: "El problema del paisaje se confunde y se ahoga en otro problema mayor: el de una literatura nacionalista." Dijo "nacionalista", porque pretendía poner en guardia contra las superfetaciones y las violencias impuestas al genio natural en nombre de doctrinas extra-artísticas, pero bien pudo haber dicho, sencillamente, "nacional". Pues él mismo advierte, con razón: "El tono de un país lleva consigo la obra de arte como lleva consigo el tono de una época, por fatalidad." Según lo ha observado Leo Spitzer, la misma negación de ambiente y de fecha sirven para trazar las coordenadas ideales de una obra, y las *Quinze joies du mariage* revelan ser fruto medieval en su mismo tratamiento abstracto del carácter humano, si se las compara, por ejemplo, con aquellas "nieves de antaño" en que el poeta Villon da la voz de los tiempos nuevos.

La breve y sugestiva meditación de Luis Alberto Sánchez, tras de enumerar algunos casos de la novela contemporánea, acaba en estas consecuencias:

1º En el escritor europeo, el ambiente aparece acarreado por el plan. Hay mucho peine y poco cabello.

2º En el escritor americano hay poco peine y mucho cabello. El ambiente arrastra y aun va determinando el plan. El escritor actúa como médium, entre el tumulto urbano e industrial para el caso del sajón; entre las voces de la naturaleza para el ibero. De todo lo cual resulta:

3º Que "es imposible estudiar la literatura americana sin penetrar en su paisaje, sin examinar la acción de lo telúrico sobre su intérprete".

Estas consecuencias —sólo valederas en conjunto y pasibles de todas las excepciones particulares que se ofrezcan— pueden *grosso modo* reducirse así:

1º Domina en América la poética platónica, el fenómeno de la inspiración en que el dios se explica por boca de su instrumento, que es el poeta; sin lo cual no entenderíamos que un hombre de tan limitados recursos como Tínico de

Calcos haya sido escogido, por alguna jararquía superior, para que saliera de su pecho cierto peán —perdido por desgracia— que asombra al autor de los *Diálogos.*

2º Domina en Europa la poética aristotélica, el fenómeno de la construcción consciente, en que todo el poema se subordina al "asunto" o "fábula", incluso la psicología de los caracteres, los cuales aparecen así como elementos secundarios dentro del movimiento dramático.

Desconfiamos metódicamente de estos esquemas, que tienden a ahorrarnos, mediante recetas de pensar, la verdadera investigación ante cada caso determinado. Pero reconocemos que a la luz de tales criterios pueden resolverse no pocos problemas, y que los principios trazados por Sánchez tienen un valor de probabilidad estadística, que es cuánto hoy se exige y se concede a la ley científica. Y en suma, las observaciones de Sánchez son una provocación de altura, un reto de honor a la reflexión crítica del Continente.

Por una singular coincidencia —que, después de todo, se explica suficientemente por la fiebre de introspección a que hoy se ve estrechada nuestra América, al interrumpirse la circulación cultural del mundo y al oírse el: *Tu Marcellus eris* con que nos convoca el destino— llega a nuestra mesa el último número de la *Revista de las Indias* (Bogotá, enero de 1941) con un artículo del colombiano Germán Arciniegas sobre *La geografía vista desde las ramas de los árboles,* un tanto relacionado con el tema que nos ocupa. Allí se recuerda cómo Humboldt establece el diálogo entre el paisaje y la realidad espiritual de América, entre la cordillera y el hombre, entre el árbol y el hombre; cómo los grandes luchadores de América siempre han conversado con las nubes antes de lanzarse a sus temerarias empresas, al modo que los guerreros griegos pedían augurios a los pájaros; cómo los caminos de la ciencia pueden, de pronto, transformarse en caminos del amor social y la acción política. El tema del paisaje, salvado ya de su limitación literaria, se convierte en vasta realidad humana.

El escritor colombiano aplaude, de paso, el que Humboldt haya denominado *Geografía de las plantas* cierto delicioso opúsculo que escribió en Guayaquil bajo la impresión

de los Andes equinocciales, y no *Historia natural de las plantas*. Y añade:

> Entre las muchas cosas que yo ignoro está una que viene muy al caso: la razón que hayan tenido los sabios para llamar historia natural a la "descripción de las producciones de la naturaleza en sus tres reinos", como dice el diccionario. Siempre he entendido que la historia es una cuestión de tiempo. Los árboles que nacen, viven y mueren; que van errantes de una a otra comarca, tienen su historia. "Había una vez un pino...", he aquí una historia. Pero: "Los pinos son así..." ¿es historia? ¿No es esto una simple geografía?

Esta objeción, que trasciende de la mera denominación al concepto de la disciplina mental, me recuerda la que me hizo llegar Paul Valéry cuando yo, en cierto poema sobre *Las yerbas del tarahumara,* decía que aquellos indios del norte son "perfectos en su ciencia natural". No hay "ciencia natural" —me decía Paul Valéry—, sólo hay ciencia humana. Conformes. Pero "ciencia" tiene varios sentidos; y en el caso, equivale a "conocimiento". Nada más. Pues bien: permítame el amigo Arciniegas una modesta contestación a su pregunta. Los sabios no han tenido ninguna razón especial para llamar "historia natural" a la "geografía natural". Sólo han cedido a una rutina etimológica. Aristóteles estableció para siempre la denominación con su Historia Natural de los Animales, y de él viene el bautismo. Su discípulo Teofrasto trata de las "Causas de las plantas", pero tampoco teme usar la palabra "Historia". Y es, sencillamente, porque esta palabra significaba en griego "investigación y descubrimiento". Nada más.

En la investigación y descubrimiento de nuestro ser americano, el paisaje, en el más vasto sentido del término, debiera estar presente; el paisaje como tierra y cielo, como aire y luz.

> Si algún espíritu curioso —dice Arciniegas— se dedicase a reconstruir la historia de la luz en América (Arciniegas: ¿la historia o la geografía?), llenaría de paisajes que nos son desconocidos el escenario en que se desenvolvieron la conquista, la colonia, las guerras de emancipación, el siglo XIX. No es posible explicarse la conducta de los pueblos sin hacer esta tentativa de recreación de atmósfera.

Pero ¿es que alguien lo ha puesto en duda, ora sea la Antigüedad clásica que consideraba al Egipto como "un don del Nilo"; ora las modernas concepciones de Toynbee que consideran al Egipto como un combate contra el Nilo? ¿Y la escuela de Taine, que llega a la exageración del diagrama? ¿Y la interpretación del arte griego fundada en la luz y en la diminuta geografía insular, por contraste con las enormidades y el aire tempestuoso del Asia? Y si el reactivo no se ha aplicado suficientemente para "aislar" —como se dice en química— el ser americano, no será ciertamente por culpa de los que hemos señalado, como una presencia real y operante, la nitidez de la meseta de Anáhuac, la región más transparente del aire.

Ya hemos explicado otra vez cómo el argentino Julio Rinaldini establece, en el régimen de los vientos, la relación imperial de Buenos Aires con el resto de la tierra argentina.*

El Nacional, *México, 29-IV-1941.*

* Ver *Obras Completas*, t. I, pp. 175 *ss.* y 195 *ss.*; y t. II, pp. 13 *ss.*

LA HISTORIA Y LA MENTE

Resultado de una intrincación de causas difícilmente discernibles, la realidad histórica nos aparece de pronto como un arbitrario efecto del azar. Sentimos, de cuando en cuando, la tentación de someterla a una lógica humana de juego más explicable y sencillo. Y sobre todo, quisiéramos que los hechos partieran de nuestra voluntad, de nuestra iniciativa. De aquí los cuadros teóricos para rectificar los acarreos casuales de la historia. De aquí los intentos imperiales para redibujar el mapa del mundo y enderezar fronteras conforme a doctrinas o apetitos. En los períodos de grandes perturbaciones sociales, tal inclinación se exacerba. Ya es la *homónia* de Alejandro, que quiere reducir a un solo nivel la raza humana: ya son las teorías internacionales en torno al concepto del equilibrio; ya las liquidaciones de crisis en el *clearinghouse* de Viena o de Versalles; ya el sueño de las nacionalidades, que disimula otras ambiciones, como en la política de Napoleón III; ya los "racismos", en que la maltrecha ciencia sirve de encubridora.*

En estos días tormentosos, las mismas urgencias prácticas parecen sobrexcitar los afanes de la investigación teórica. Cada lector de periódicos siente bullir, ante la diaria noticia, un vago instinto profético. El diagrama del mundo se revuelve confusamente ante su mirada interior. Los cristales del calidoscopio se precipitan en busca de una nueva figura. Hasta nuestra mesa ha llegado un folleto anónimo, *Notre Paix*, en que se plantea un posible arreglo del rombo que comprendería a Europa, África y el Asia Menor. El folleto representa un apreciable esfuerzo de serenidad teórica, un intento de geometría política que sólo toma en cuenta las consideraciones intelectuales, prescindiendo de las pasiones, cualquiera sea el nombre que reciban. Quiero decir que, de

* Ver más adelante: "Hora de prever", pp. 280-1.

las tres funciones del alma, según Platón —la vegetativa, la volitiva y la racional—, sólo se toma en cuenta esta última. No creemos que tal actitud pueda hacer fortuna en horas como la presente. Pero es sintomática de ese movimiento compensador con que el espíritu, ante las provocaciones del caos, se resuelve a introducir un poco de cosmos.

Es curioso, a este propósito, resucitar un documento olvidado. Todos recuerdan al célebre Marqués de Sade, porque la psicología ha dado su nombre a ciertas aberraciones; y todos hablan —sin haberlas leído— de ciertas obras en que hay siempre mucho más y mucho menos de lo que se espera: ni emoción, ni voluptuosidad, ni sentimiento; sino un frío escenario de muñecos con que se divierte el filósofo libertino, llevando hasta la exacerbación dos o tres principios escuetos, que no logran sacudir la imaginación de los hombres. Aquí y allá, las tesis sociales cruzan la urdimbre novelística; las preocupaciones de la hora se insinúan por entre las aventuras del relato.

La "novela filosófica" (así la llama el autor) *Aline et Valcour*, escrita en la cárcel de la Bastilla un año antes de la Revolución Francesa y publicada en 1793, nos presenta la figura de un bandido generoso, Brigandos, jefe de una tribu de gitanos. Esta imagen a lo Roque Guinart, con sus visos de simpatía, es, después de todo, una derogación a la poética del Marqués, en que no es frecuente encontrar héroes.

Andando por tierras de España, rumbo a Coria, el singular desfacedor de entuertos detiene en un bosque a un caballero de la orden de Alcántara que viajaba descuidadamente con su criado, y lo obliga a apearse del caballo y a almorzar en compañía de los gitanos, con aquella mezcla de cortesía y de insolencia que usó en otro tiempo el Cid para con el Conde de Barcelona.

Se tienden sobre el suelo mismo los rústicos manteles. Se sirven las viandas y los vinos.

—¿Qué hay por el mundo? —pregunta Brigandos—. Nosotros vivimos emboscados como los osos, perdemos el hilo de los sucesos.

Y se entabla la conversación.

—Que acabamos de tomar Mahón —dice el caballero—:

que hemos destrozado a los ingleses; que aquel reino está para derrumbarse, cercenado de sus colonias...

—¡Poco a poco! —ataja Brigandos. Y el bandido, que había cursado sus buenos cinco años en Salamanca, antes de que ciertos reveses lo lanzaran a la vida airada, emprende aquí una exposición erudita sobre la resistencia de Inglaterra y la engañosa grandeza de España. "Los ingleses —dice— pueden pasarse aun de sus colonias. Vosotros, en cambio, no viviríais sin las vuestras. Los colonos ingleses no son mas que hijos de la metrópoli, y los vuestros son vuestros padres." Cierto que en días de Estrabón el oro y la plata se encontraban en España, sin querer, al tiempo que se labraban los campos. Pero ¿qué sucede ahora? ¿De dónde nace la riqueza española? "La capital de España —dice textualmente— no está ya en Madrid, sino en Lima, en México... ¿Qué sería de vosotros sin América?"

Y tras una rápida disputa sobre la situación verdadera de España, Brigandos se siente en vena de confidencias, se acerca al oído del Caballero, y le dice:

—Voy a revelaros un secreto. Quiero refundir a Europa y reducirla a cuatro únicas repúblicas: Occidente, Norte, Oriente y Mediodía.

Nueva objeción del caballero contra la forma republicana de gobierno; objeción que Brigandos rebate victoriosamente, para exponer luego su proyecto sobre la reforma del mapa político:

1º República de Occidente: Francia, España, Portugal, Gibraltar, Mallorca y Menorca, Córcega y Cerdeña, a condición de que todos los monjes, inquisidores y abates sean recluidos en el fondo del África.

2º República del Norte: Suecia y sus Estados, Inglaterra y sus inmediatas dependencias, los Países Bajos, las Provincias Unidas, Westfalia, Pomerania, Dinamarca, Islandia y Laponia.

3º República de Oriente: Rusia, que devolverá a Turquía las posesiones asiáticas, "las cuales sólo le servirían en vista de un comercio con China, comercio que ni practica ni podrá nunca practicar"; y además, Polonia, Tartaria y toda la antigua Turquía europea.

4º República del Mediodía: las otras tierras alemanas (entiéndase: austríacas), Hungría, Italia —previo destierro del Papa, naturalmente—, Sicilia y las islas que quedan hacia el África.

Este plan se completa con un proyecto de paz perpetua entre las cuatro repúblicas, con el abandono de América a su propia suerte —pues sólo serviría para desangrar a Europa— y con la adopción de un sistema religioso sin culto y sin iglesia. En la ciudad libre de Dantzig se reunirá un Senado de las cuatro repúblicas, que decidirá todo conflicto por conciliación o laudo arbitral obligatorio. Y en caso de que esta Sociedad de las Naciones no logre imponer su resolución, diez diputados por cada república estarán prontos a batirse con los diez diputados de la parte adversa, "sin exponer a millones de hombres a degollarse entre sí por intereses que muy raramente les afectan".

El caballero se pregunta si este plan no es exactamente el mismo propuesto a comienzos del siglo XVIII por el Abate de Saint-Pierre.

—No —rectifica Brigandos—. El Abate no dividía así a los pueblos de Europa. Dejaba en su puesto a todos los pequeños soberanos que la destrozaban y agitaban. Además, optaba por el sistema de la unión, pero sin equilibrio. Mientras que yo opto por el equilibrio, para llegar así a la unión.

—¿Pero se asegura así la paz perpetua?

—Cuanto más se iguala, más disminuyen las causas de la guerra.

—La ambición será siempre igual. Es el veneno del corazón humano.

—Ya no habrá motivo para semejante pasión. Una nación lleva a otra la guerra cuando quiere recobrar, o cuando quiere invadir; o en suma, porque anhela poseer tanto o más que la otra. Pero si todas son igualmente poderosas, la ambición sería injusta, y frente al Estado agresor se alzarían, en mi sistema, otros tres Estados. La balanza es difícil entre una multitud de pesos diferentes, pero no lo es entre cuatro pesos iguales. . .

—La religión, en todo caso, necesita un patriarca.

—Basta con un Dios. Y conste que es ya una concesión peligrosa para los necios.

—Me estáis pareciendo ateo.

—Un trago, señor comendador. ¿No encontráis bueno el vino?

—Excelente, señor bachiller.

Tras estas desenfadadas palabras, puede parecer escandaloso evocar al grave pensador de Koenigsberg, legislador de la mente humana y edificador del férreo organismo de la Razón Pura y la Razón Práctica. Lo cierto es que, en sus últimos días —podemos decir que en la flor de su vejez— y precisamente ante el espectáculo de la Revolución Francesa, el anciano Kant se entregaba también al sueño de construir la historia conforme al espíritu. Lo hizo con un admirable sentimiento liberal que nos lleva a lamentar, como dice Eugenio Ímaz, que Kant "haya muerto prematuramente a los ochenta años". Sus ensayos sobre filosofía de la historia, por primera vez publicados ahora en español y a los que debe añadirse el conocido ensayo sobre *La paz perpetua*,* revelan las inspiraciones que recibió de Rousseau y la influencia que ejerció en Hegel; defienden la ilustración o derecho a la libre cultura y a la expresión libre del pensamiento; esbozan organismos para la abolición de la guerra entre las naciones, y aun se adelantan al sueño de la ciudadanía mundial. No faltan algunas amargas reflexiones: "Hay que confesar —dice— que los mayores males que pesan sobre los pueblos civilizados derivan de la guerra, y no tanto de la que acontece o aconteció, cuanto de ese rearme incesante, y siempre creciente para la próxima." Y en otra parte:

> El arte y la ciencia nos han hecho cultos en alto grado. Somos civilizados hasta el exceso, en toda clase de maneras y decoros sociales. Pero para que podamos considerarnos como *moralizados* falta mucho todavía. Porque la idea de la moralidad forma parte de la cultura; pero el uso de esta idea, limitado a las costumbres en cuestiones matrimoniales y de decencia exterior, no es ya toda la civilización. En tanto que los Estados sigan gastando todas sus energías en sus vanas y

* Kant, *Filosofía de la historia*, pról. y trad. de E. Ímaz. Nº 1 de la Colección de Textos Clásicos de Filosofía. Centro de Estudios Filosóficos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de México. Publicación de El Colegio de México.

violentas ansias expansivas, constriñendo sin cesar el lento esfuerzo de la formación interior y la manera de pensar de sus ciudadanos, privándolos en este sentido de todo apoyo, nada hay que esperar en lo moral. Es necesaria una larga preparación interior de cada comunidad para la educación de los ciudadanos; pero todo lo bueno que no está empapado de un sentir moralmente bueno no es más que pura hojarasca y lentejuela miserable.

No niega el anciano que el espectáculo de la historia sea, a primera vista, un caso desconcertante. "En el curso del destino humano, le aguarda al hombre todo un enjambre de penalidades." ¿Será, pues, que todo es azar, como en esa imaginaria Babilonia del argentino Jorge Luis Borges, donde todo se gobierna por la lotería? ("La lotería en Babilonia", *Sur*, Buenos Aires, enero de 1941). ¡Oh, no! La historia tiene un sentido. Lo que sucede es que el destino del hombre no se realiza en el individuo, sino —por encima del individuo— en la total especie humana. Este destino de la especie implica la solución del problema político. Ante éste hay varias posturas:

1º La pesimista: nada sale en limpio de las acciones y reacciones que constituyen la madeja de la historia humana. Las disensiones de la especie acabarán por prepararnos un infierno de males en que la especie se aniquile.

2º La intermedia: los Estados, como los átomos de la materia epicúrea, lograrán, mediante sus choques accidentales, un equilibrio casual: el lance de dados, de Mallarmé, ¡que nunca abolirá el azar!

3º La optimista: la naturaleza prosigue un curso regular, y conduce a la especie, por grados aunque entre vaivenes, desde el nivel de la baja animalidad hasta el máximo nivel humano. Si miramos a los orígenes, "parecería que a la naturaleza no le interesaba que el hombre viviera bien, sino que se desenvolviera a tal grado que, por su comportamiento, llegara a ser digno de la vida y del bienestar". Ahora bien, el salvaje, aun sin conciencia de sus destinos, contiene gradualmente los bajos estímulos hasta lograr una constitución civil. ¿Es razonable, entonces, aceptar una finalidad de la naturaleza en cierta parte del proceso y rechazarla en el conjunto?

Se puede —afirma Kant— considerar la especie humana en su conjunto como la ejecución de un plan secreto de la naturaleza, encaminado a la realización de una constitución estatal interiormente perfecta y, para este fin, también exteriormente perfecta, que permita el total despliegue de las posibilidades humanas.

Las dos actitudes que hemos presentado significan respectivamente, la primera, una rectificación del mapa estático; la segunda, una interpretación del proceso dinámico, por sobre el mapa; la primera, una intervención inmediata; la segunda, una confianza teórica. A uno y otro lado, se extiende el vasto campo de las utopías, figuras inspiradoras propuestas como ejemplo a la imaginación humana, en una escala de matices que va desde la quimera novelística hasta la carta o constitución política de los Estados modernos; desde los "bancos musicales" de Samuel Butler hasta la declaración de los Derechos del Hombre.

Nota: Al firmarse este artículo, aparece en los diarios un plan japonés para la paz, lanzado a título de sondeo por un importante periódico de Tokio. El plan puede considerarse como la última manifestación del arbitrismo político. Entre otras cosas, preconiza "la libertad política y religiosa para el mundo entero", ¡pero previa sumisión de la Europa Continental a la hegemonía alemana!

El Nacional, *México, 6-V-1941.*

LA MORALEJA DE UN LIBRO

El Instituto de las Españas (Universidad de Columbia, Nueva York), dirigido por el humanista Federico de Onís, publica de años atrás una importante colección de libros, hoy al cuidado inmediato de Tomás Navarro. Muchos de estos libros se refieren a nuestra América. Véanse, como ejemplo, los títulos abreviados de algunos:

Mary E. Hough, *Santa Teresa en América;* Rubén Darío, *Escritos inéditos* (anotados por E. K. Mapes); Gabriela Mistral, *Desolación*; Gonzalo Zaldumbide, *Montalvo y Rodó* y *Significado de España en América;* Dillwyn F. Radcliff, *Venezuelan Prose Fiction*; J. Lloyd Read, *The Mexican Historical Novel;* Henry A. Holmes, *Martín Fierro;* Concha Meléndez, *Amado Nervo;* Esther Turner Welman, *Amado Nervo;* Ruth Richardson, *Florencio Sánchez;* Dolores Lincoln Canfield, *Spanish Literature in Mexican Languages;* F. Castillo Nájera, *Algunas consideraciones sobre el español que se habla en México; Waldo Frank in America Hispana;* E. Finot, *La cultura colonial española en el Alto Perú,* etc.

En esta colección, Irma Wilson acaba de publicar una obra —*México: A Century of Educational Thought*— cuya lectura será en adelante indispensable a quien quiera conocer el proceso de nuestros esfuerzos por jardinar la selva virgen del espíritu.

> Este estudio —declara la autora— me ha prestado un inestimable servicio, ayudándome a aclarar mis propias ideas, a aumentar mi conocimiento y a ensanchar mi comprensión en los problemas prácticos de la educación, con los que no sólo México se encara hoy por hoy, sino todos los demás pueblos.

Desde nuestra ventana, se columbra el paisaje entero; y así, investigando el ejemplo mexicano, se aprecia toda una perspectiva del mundo.

Un apretado resumen sobre los días coloniales, y un paseo cuidadoso desde los orígenes de la independencia hasta

1910, año en que Justo Sierra inauguró la nueva Universidad. Las vinculaciones del problema educativo con los problemas generales de gobierno, religión, lengua y geografía humana (sentimiento del territorio y carácter del pueblo), presentadas en una perspectiva sintética, que procura trazar, en menos de 340 páginas, los nervios esenciales de la cuestión. Al final, una rica bibliografía, en la que se han puesto a contribución periódicos, papeles oficiales, obras históricas y didácticas consultadas en varios archivos y bibliotecas de México y de los Estados Unidos. La autora no disimula su esfuerzo para dar cierta organización expresiva y desentrañar el sentido de tan abundante y caótico material, que va desde Pedro de Gante hasta Justo Sierra, pasando por Gabino Barreda y dando, de paso, algunas luces sobre la postura de Mora, de Ramírez, etc. La erudición es firme; la interpretación, equilibrada; y más que loable el propósito de descubrir, entre los vaivenes históricos, un avance de la frontera humana sobre las regiones silvestres del alma nacional. Las rectificaciones de detalle pierden valor ante este acierto de conjunto. Las lagunas que habrán de cubrir investigaciones ulteriores se ahogan en el panorama ya establecido. Y la obra puede complementar con ventaja el campo de nuestros manuales históricos, poniendo junto a los héroes de la acción bélica a los apóstoles y mártires de la cultura, y con ventaja complementar el campo de nuestros manuales literarios, relacionando la tarea teórica de las letras con sus efectos sociales inmediatos. Ojalá que algún especialista mexicano se decida pronto a traducir esta obra, para uso de nuestras juventudes universitarias. Estos saldos de conjunto son, de vez en vez, indispensables a la buena marcha del conocimiento. Y no es una de las menores cualidades de esta obra el destacar la enorme aportación que representan los muchos y dispersos trabajos de los investigadores mexicanos.

Si mis noticias son exactas, los diputados recluidos en la Penitenciaría por Victoriano Huerta se entretenían, mientras se decidía su suerte, en cambiarse cuestionarios y comunicaciones, a iniciativa del Ing. Palavicini, sobre una posible Historia de México que dejara de lado el cuadro habitual de batallas y discordias civiles, para ofrecer el desarrollo de los

empeños hacia la construcción del espíritu nacional, en el orden de la inteligencia y de la cultura. Mucho se ha hecho de entonces acá en tal sentido; mucho se había hecho ya antes (necio sería negarlo), pero hacía falta el compendio. Es posible que la obra de Irma Wilson estimule a explorar, con método semejante, algunos otros temas fundamentales de nuestro ser social. Todo ello será buena cosecha. El seminario que por estos días ha iniciado Samuel Ramos en la Facultad de Filosofía y Letras, sobre las etapas de la filosofía en México, podrá sin duda analizar este libro y darle su última apreciación.

Entretanto, el solo examen de las notas nos ha hecho lamentar a cada instante esa desastrosa emigración hacia otros países de las fuentes de nuestra historia. Nunca la lloraremos bastante. Es de desear que, de alguna manera, se proteja la conservación de nuestros tesoros históricos dentro de nuestro territorio, como se hace ya para las joyas arqueológicas y los objetos dignos del Museo. Hace algún tiempo, considerando el caso de una emigración semejante —la estupenda biblioteca americana del brasileño Oliveira Lima—, recordábamos lo que nos ha acontecido con algunos fondos inapreciables. Esta negligencia para nuestra sustancia histórica nos parecía, en todos sentidos, una sangría abierta. Y menos mal cuando hay alguien que nos devuelva, como en el caso, en armoniosa elaboración, la materia prima que se nos escapa. De todas suertes, ya es tiempo de pensar en la organización de un cuerpo técnico de archiveros y bibliotecarios conforme con las concepciones actuales de estas disciplinas, a quienes se confíe, como caso de responsabilidad profesional y no como mera "chamba" a la que preceden unas cuantas nociones apresuradas, la custodia, clasificación y publicación de nuestros fondos históricos de todo el país, y gobernado todo ello por autoridad federal. Silvio Zavala, que acaba de emprender una excursión por ciertos Estados, podrá darnos algún día sus tristes testimonios sobre pérdidas de depósitos, desapariciones de documentos, destrucciones voluntarias o involuntarias. No es posible que estas cosas sigan confiadas al médico del pueblito, al secretario del juzgado, al ejecutor testamentario de un cura, al zapatero que-

rido en la vecindad. Sobran elementos en nuestro país y sobran voluntades para organizar una carrera como la que propongo, y una concentración federal que impida la dispersión, por las mil rendijas de las veleidades locales. Varias instituciones públicas y privadas podrían colaborar en el caso. Basta que se conceda garantía legal a los títulos de custodio, que se asegure la carrera a los titulares. Lo demás corre de nuestra cuenta. Tal es la moraleja que arroja un primer examen del libro ahora examinado.

On ne tue point les idées. Y Sarmiento, camino del destierro, traducía así, para sus carceleros, con directa alusión a los mazorqueros de Rosas: "A los hombres se los degüella; a las ideas, no." El año 221 a. C., el emperador chino Che-Wang-Ti, no contento con levantar la Gran Muralla, destruyó la mayoría de los libros existentes y, de paso, mandó cortar la cabeza a más de cuatrocientos sabios que amenazaban con seguir escribiendo. Más tarde, los eruditos chinos se vieron en la necesidad de reconstruir los sagrados textos ¡de memoria! Sería preferible, por lo que pueda suceder, que nuestros hijos no se vean en trance semejante. Dejémosles la tarea preparada.*

El Nacional, *México, 27-V-1941.*

* Ver *Obras Completas,* t. VIII, pp. 420 *ss.*: "La sangría abierta."

UN ACTO DE JUSTO

Los diarios han dado secamente la noticia de que el General Justo, ex-Presidente de la Argentina, ha ofrecido sus servicios militares a la vecina república del Brasil, que se encuentra en guerra con el Eje. Entre líneas, los más avisados han adivinado una intención política; los más candorosos no han visto nada.

El rasgo tiene trascendencia. Innegable que la actitud de Justo encierra un reproche contra la neutralidad de su gobierno, actualmente presidido por un hombre representativo de cierta política profesional hispanoamericana. Innegable; un ex-Presidente que conserva todavía algunas fuerzas en la opinión, y que ha ganado otras simpatías posteriores después de abandonar el gobierno, por aquello de que "nadie sabe el bien que tiene hasta que lo ve perdido", al hacer así un reproche a su gobierno se ofrece, en cierto modo, como un candidato a la jefatura de los descontentos.

Pero si fuéramos a buscar el estímulo que ha provocado todos los actos humanos, y los condenáramos por sólo el hecho de haber sido causados, llegaríamos a esa ramplonería ética que injustamente se autoriza con el nombre de La Rochefoucauld y que acaba en declarar que no hay altruísmo, puesto que el altruísta también persigue un interés: ya el ganar la estimación ajena, ya simplemente el procurarse el placer que le da la propia conciencia. Juzgar así no es más que pasarse de listo, o ser tan sutil y profundo que atraviesa uno la sustancia de las cosas (es decir: pierde la sustancia) y sale uno del otro lado.

El rasgo de Justo pertenece a la mejor tradición de nuestra América. Viene de los días de la Independencia, en que las caudillos insurgentes se sentían continentales, ciudadanos del nuevo mundo, y dirigían sus proclamas, no a los nacionales de este o del otro país, sino, en general, "a los americanos". Viene de los días en que las nacientes naciones del sur se prestaban sus héroes y sus fuerzas militares para ayudarse en sus luchas de emancipación. El argentino San Mar-

tín, una de las más graves estatuas morales que se hayan vaciado en el bronce humano, pasaba los Andes en camilla, porque iba agobiado de mil dolencias físicas, y en compañía de sus granaderos se ponía al servicio de Chile y, más tarde, del Perú. Tal es el quijotismo continental, la "americanería andante" de que alguna vez hemos hablado. Es la idea, es el sentimiento de la Magna América que enardecía a Simón Bolívar; el que agitó a todo el Continente (sin exceptuar al Brasil, a pesar de sus compromisos dinásticos con Europa), cuando la invasión de Napoleón III en México, mucho antes de que se instituyeran los conciertos defensivos panamericanos de nuestros días. (Ver, antes, "Americanería andante", pp. 99 *ss.*)

No sólo guerreros, también estadistas y maestros se han prestado entre sí los pueblos americanos: los cubanos Heredia y Martí se incorporaron a México; el venezolano Bello, a Chile; el puertorriqueño Hostos, a la República Dominicana.

Aun ha habido europeos arrastrados en esta fascinación. Así el corsario francés Hipólito Bouchard, luchando a las órdenes de la Argentina, hizo un recorrido marítimo de dos años para trasladarse desde el Atlántico al Pacífico, llegar a Valparaíso y limpiar de barcos españoles las costas del Sur, logrando de paso, en las islas Sandwich, el primer reconocimiento de la independencia argentina por el rey Kamehameha I. El poeta y guerrero tucumano José Antonio Miralla, tras de pelear y cantar por toda Sudamérica y las Antillas, vino a caer en Puebla, por 1825. Contra la invasión norteamericana de 1847, combatieron en México los argentinos Díaz y Villanueva. Este último muere en Afganistán, cuando la guerra de Crimea, siendo general de cosacos. Otro argentino, Edelmiro Mayer, fue jefe de batallones de negros libertos cuando la Guerra de Secesión de los Estados Unidos, vino a México, hizo armas al lado de Juárez, concurrió al sitio de Querétaro, fue General mexicano y luego volvió a su tierra meridional para ocupar el gobierno de Santa Cruz. México le debe un recuerdo digno de sus hazañas.

He aquí, a grandes trazos, toda la tradición que palpita tras el acto de Justo.

Cadena "Anta", México, X-1942.

LOS ROBINSONES

La cultura no es más que el acervo de las conquistas humanas conservadas y transmitidas de generación en generación. Sin ella, el hombre tendría que comenzar cada día su jornada desde el cero absoluto o la tabla rasa. El teólogo diría: desde que Adán puso nombre a los animales. El antropólogo diría: desde que el pitecántropo pequinense descubrió el uso del fuego.

Como la cultura no se hereda por vía biológica, tiene que enseñarse y aprenderse. El autodidacto corre siempre el riesgo de descubrir por su cuenta el Mediterráneo, creyendo que es una novedad. Pero que el autodidacto comience la jornada con un *handicap* mayor que quien recibe una educación conveniente no resta sus fueros a la excepción genial. Siempre puede, aquí y allá, inesperadamente, surgir algún hombre que, por solitarios caminos, alcance la meta en alguna especialidad. Para el genio no se legisla.

A comienzos del siglo, apareció en Francia un hombre humilde, sin formación artística oficial, que asombró a la crítica con su pintura. Sus cuadros eran candorosos; parecían, por la técnica, fotografías iluminadas; por el asunto, derivaban de ese simbolismo elemental de las tarjetas de felicitación y año nuevo. Tal era el Aduanero Rousseau. Lo descubrió Guillaume Apollinaire, un polaco-francés, poeta, erudito, periodista, investigador incansable de curiosidades humanas, de esos que se insinúan en la sociedad haciendo servicios por todas partes y acaban por quedarse con el manejo de los movimientos artísticos y literarios.

Se ha creído que Rousseau anduvo en México, entre las tropas de la invasión francesa, por ciertos cuadros medio alegóricos en que representa la selva virgen. El punto no está dilucidado. Su vegetación tropical, sus fieras exóticas, bien pueden salir de las láminas de los tratados de historia natural, y no muestran nada de específicamente mexicano.

Ahora resulta que hemos tenido en México un pintor indio

que, como el Aduanero Rousseau, y aunque muy diferente en el espíritu y los procedimientos, también aparece por sorpresa. Francisco Orozco Muñoz, fino espíritu y diestro catador, hace años que viene coleccionando los cuadros de este pintor apenas conocido. Se llamaba Hermenegildo Bustos. Vivía en un pueblecito de Guanajuato, donde hacía de sacristán y de nevero. Murió muy viejo, a comienzos del siglo XX. Él mismo fabricaba sus colores y pintaba según las inspiraciones de su instinto y de acuerdo con lo que veían sus ojos, sin preocuparse del nombre que la crítica le pusiera y como un verdadero descubridor de la pintura. El artista y crítico norteamericano Walter Pach, que por segunda vez ha venido a nuestro país y está desarrollando una serie de conferencias sobre la pintura francesa, no vacila en considerar la pintura de Bustos como una de las más altas manifestaciones del arte mexicano contemporáneo. El voto es de calidad. La obra de Bustos será dada a conocer por estos días en los *Cuadernos Americanos*, y dará mucho en que pensar y un poco más que hablar. Es curioso advertir que solía poner en sus cuadros la misma leyenda de Van Eyck, que por de contado no conocía: "¡A ver si puedo!"

No hace mucho tiempo, una joven pléyade literaria, el grupo "Contemporáneos", sacó de la oscuridad a un novelista verdadero, que había doblado ya el cabo de Buena Esperanza de los cuarenta años sin que nadie reparara en él: Mariano Azuela, cuyas obras han merecido la más amplia difusión y han sido traducidas, prácticamente, a todas las lenguas cultas del mundo.

Así, en ocasiones, el azar permite descubrir a algún Robinsón que, en su isla desierta y abandonado a sus fuerzas, venía, por su propia cuenta, rehaciendo la herencia humana de la cultura.

Cadena "Anta", México, X-1942.

ESPACIO, TIEMPO Y ALMA

ACONTECE que las representaciones del espacio y del tiempo suelen llegar a la mente torcidas y refractadas. En extremo rigor, nunca son idénticas para todos los pueblos, para todos los hombres, ni aun para las diversas circunstancias en que el hombre se encuentra. Todos sabemos que las horas felices parecen transcurrir muy de prisa, y que el sufrimiento parece alargarlas desmesuradamente. Fausto grita al instante feliz: "¡Detente!... ¡Eras tan bello!" Y el poeta inglés encarcelado comenzaba así sus lamentaciones: "El sufrimiento no es más que un instante muy largo."

De modo parecido, por cuanto al espacio se refiere, los viajeros nos cuentan que en la China de hace un siglo era frecuente encontrar letreros que daban la medida de los caminos, y que esta medida se contaba como mayor en la cuesta arriba que en la cuesta abajo. De suerte que para la mente china de aquellos tiempos no tenía aplicación la noción europea revelada en cierto poema humorístico de Góngora, en el cual se nos dice que según "el medidor de tierras", hay la misma distancia desde Sansueña a París que de París a Sansueña. En todos estos casos, que parecen extravagantes, la medida no ha sido cuantificada científicamente, sino cualificada o apreciada en relación al esfuerzo humano.

Generalmente se atribuye a malicia rústica el hecho de que el indio conteste siempre al viajero: "Traslomita", cuando el viajero le pregunta dónde queda el pueblo o a qué distancia. No: no es malicia. Es falta de computación matemática. Y el diminutivo ni siquiera tiene por fin engañar abreviando la distancia, no. Sino que, en nuestra lengua popular, el diminutivo es una forma ceremonial de la cortesía, una manera de hacer más decente la respuesta.

Con respecto al tiempo, puede decirse que el desesperado y el suicida han perdido momentáneamente la computación del porvenir, por efecto de su estado de ánimo. En suma, han perdido la esperanza, este dón que Prometeo hizo a la

raza de los mortales, según la tragedia de Esquilo, para que contemplaran sin pavor la vida y la muerte.

Estas ideas nos andaban confusamente en el espíritu al recibir la noticia del suicidio de Stefan Zweig, recientemente acontecido en Río de Janeiro. El suicidio es tanto más trágico cuanto que arrastró a la joven esposa del escritor, en un diálogo romántico de shakesperiana intensidad. Tiene, además, todos los caracteres de una acusación contra nuestra época, y la misma sobriedad racional de la muerte de Sócrates.

Pues ya se sabe que Sócrates pudo haberse salvado. La fuga era fácil, y era más que fácil obtener la conmutación de la sentencia, que lo obligaba a beber la cicuta, por una pena de destierro. Pero Sócrates prefirió que los atenienses cargaran con la responsabilidad de sus absurdas leyes, y compró con unos años más de triste vejez el gozoso derecho a la inmortalidad.

El gran escritor vienés consideró que su mente no aprobaba más el mundo hecho por los hombres en estos últimos tiempos, y desesperó del porvenir, al menos para lo que a él le quedaba de vida. Y dejó una nota a la policía, sencilla y grave, sin lamentaciones ni aspavientos, como quien se despide con una tarjeta de visita: "Me voy. Muy agradecido a las atenciones." *

Cadena "Anta", México, X-1942.

* Ver, antes, pp. 216 *ss.*, "Góngora, Einstein y los chinos".

LA HUMANA BRAVURA

UNA DE las cosas más difíciles de definir es el valor humano, en el sentido de la bravura. Generalmente se lo confunde con la agresividad y, con harta frecuencia, cuando se afirma de alguien que es "muy hombre", se elogian más bien cualidades no específicas del hombre y en que cualquier animal de ataque, cualquiera de nuestros "hermanos feroces", podría superarnos. Matarse por una nimiedad, una palabrota de más o de menos, no es ser muy hombre, y ni siquiera ser muy animal, sino muy infraanimal, pues los animales se matan por motivos legítimos en que les va más o menos la conservación, pero no por un vano ruido. Como no pueden hablar, no tienen otro medio de establecer su razón o su derecho que pelear y vencer. Matarse por haber hablado es, pues, la mayor negación que el hombre puede hacer de su privilegio humano. Y sin embargo, todos los días acontece. A tal punto, que nos parece la cosa más boba del mundo aquella observación de un antiguo monarca persa: "Si todos los pueblos griegos hablan la misma lengua ¿por qué pelean siempre entre sí?"

Como puro mecanismo, y desentendiéndose del contenido moral (que es desentenderse de lo humano), la bravura es un levantarse en vilo a sí propio y tiene mucho de paradoja, pues consiste en la decisión de anularse o aniquilarse para mejor afirmarse. El símbolo de tal paradoja es el toro que se usa a sí mismo como proyectil. El hombre, salvo en los deportes de lucha libre y otros primores por el estilo, ha dejado de hacerlo desde que, en la primitiva época de las cavernas, descubrió el uso de la estaca, la piedra, el instrumento y la trampa. Y, sin embargo, ¿cómo negar que con ese descubrimiento comienza la decadencia del valor físico? Por los días en que se introdujo el uso de las armas de fuego, la poesía está llena de quejas contra el invento diabólico que ha robado el triunfo a los valientes, poniéndolo en manos de los arteros. El arma de fuego permitió la creación

de los reinos unificados contra las valentías inconexas de los señores feudales. Medítese en las consecuencias de estos juegos entre el valor y el arte, entre la maña y la fuerza.

Pero esta supremacía de la maña contra la fuerza se confunde con los albores de la inteligencia y es lo que, en definitiva, dará al hombre su victoria terrestre. Todavía en las viejas epopeyas, el héroe preferido y mimado por la diosa de la inteligencia no es el guerrero del tipo colérico del toro, Aquiles, sino Odiseo el sutil, el que mezcla la bravura con la estrategia, la conciencia con la valentía, la maña con la fuerza. En verdad la calificación depende de los centros de interés de cada cultura. En un cuento popular africano, el hombre más bravo es el que se arranca los padrastros al revés. ¿Qué nos importaría a nosotros esta triste bravura? Y con todo ¿cómo vamos a negar que hace falta ánimo para una barbaridad semejante?

Por dondequiera que lo analicemos, el problema de la bravura humana no tiene salida sino a la luz de la ética, de los estímulos morales. Sólo entonces el valor adquiere para los hombres pleno sentido. Hace pocos años, conocí en el Brasil uno de los casos más eminentes del valor verdaderamente humano. Cierto sargento instructor estaba, en la sala de un segundo piso, enseñando a sus soldados el manejo de las granadas de mano. En determinado momento, se dio cuenta de que, por un descuido, la granada que había tomado para sus explicaciones estaba cargada, y el reloj se había puesto en marcha. Soltarla en mitad de la sala era matar a su gente. Arrojarla por la ventana era matar a los reclutas que evolucionaban en el patio del cuartel. Entonces sacó la mano por la ventana, apretó la granada con toda su fuerza para reducir los efectos de la explosión y evitar desgracias a terceros, y esperó así a que la granada estallara, llevándole el brazo. ¡Éste sí que era "muy hombre"!

Cadena "Anta", México, X-1942.

LOS PECES Y LA SOCIOLOGÍA MATEMÁTICA

HACE algún tiempo se discutió mucho en México, entre especialistas y aficionados, si la importación de la trucha al lago de Pátzcuaro, donde antes vivía y proliferaba como señora absoluta la raza del pescado blanco, artículo esencial para la alimentación de las poblaciones michoacanas, habría resultado o no beneficiosa.

La discusión asumió por instantes cierto matiz político. Los impugnadores de la nueva medida eran a veces los opositores del gobierno. Acontecía en esto algo parecido a lo que aconteció con la ortografía de la palabra "México", que los liberales tendieron a escribirla con "x", mientras los conservadores tendieron a escribirla con "j", por más que aquella ortografía es mucho más tradicionalista que ésta. Lo cual nos recuerda los partidos de aquel reino fantástico que Gulliver encontró en sus viajes, donde el uno sostenía que los huevos deben partirse por el medio, y el otro, que deben partirse por la punta.

En el caso, unos sostenían que la trucha destruye al pescado blanco; otros, que sólo destruye al pescado blanco degenerado, y opera así una provechosa selección natural; y otros, finalmente, que ambas especies conviven en paz y compañía.

Y es simbólico que las cuestiones políticas se hayan mezclado en la discusión, porque la investigación de un caso semejante ha servido a los sociólogos matemáticos de la escuela de Vito Volterra para ilustrar su esquema de los partidos políticos. Las estadísticas de la pesquería en el Alto Adriático (Venecia, Trieste y Fiume) muestran que hay una casta de peces voraces, y otra más mansa, de peces devorables. La primera, acaso por mejor armada, es menos útil a la economía humana. En tiempos normales, los provechos de la pesquería demostraban cierto equilibrio entre una y otra. La primera Guerra Mundial interrumpió la pesca, interrumpió pues el uso de la red que obraba como tercer

factor eliminatorio entre ambas castas. Y cuando la industria pesquera se reanudó en 1918, se advirtió una superabundancia notoria del pez voraz sobre el manso. En ausencia del tercer factor, el pez voraz se había despachado a su gusto. Conforme los pescadores volvieron a la regularidad de sus faenas, el equilibrio se fue restableciendo.

Pues bien, los sociólogos matemáticos pretenden que cuando, en un grupo humano, se produce una pugna entre dos partidos, uno mejor armado para aniquilar al otro, y aparece un tercer partido que procura destruir a ambos indiferentemente —en nuestro ejemplo, la red del pescador— otro tanto tiene que suceder. Y el fenómeno se representa por una complicada fórmula de integrales matemáticas y curvas cíclicas.

Por supuesto, este esquematismo ha de entenderse como una lejana aproximación de lo humano, nunca reducible a la mera brutalidad de lo natural, y con todas las reservas y hasta la desconfianza que ya aconsejaba Platón cuando se salta del orden de lo mensurable al orden de lo no mensurable, que es, precisamente, el orden humanístico.

Cadena "Anta", México, XI-1942.

EL GOBIERNO Y LA INTELIGENCIA

ACABA de darse en la ciudad de México un hecho que enaltece a nuestro país, que tiene un carácter único en la historia, y que claramente revela que algo nuevo está sucediendo en el espíritu mexicano. Confiamos en que el aludido no ha de leer estas líneas. No somos afectos a elogiar los actos de los gobernantes con extremos hiperbólicos. Pero esta vez el oficio de la pluma que ejercitamos nos obliga a expresar de alguna manera un sentimiento de emoción y de gratitud. Además, es útil recoger los testimonios que ayuden a robustecer nuestra fe en los destinos nacionales: ahora más que nunca.

El escritor y diplomático José Rubén Romero tuvo la feliz idea de convidar a los escritores a un gran banquete, para ser presentados al Presidente de la República. Como Romero mismo lo dijo en su discurso de ofrecimiento, el que acudieran al llamado cerca de trescientos escritores de todos los bandos y matices es ya una prueba expresiva de la confianza que inspira la obra del Gobierno. También lo es, reconozcámoslo, de la voluntad de unión y de bien público que anima a los escritores. No recordamos caso igual en ninguna de las más cultas capitales del mundo. El Presidente quiso hablar con la inteligencia mexicana, y ella acudió en masa a su llamado. Claro es que aquí, como siempre, no estaban todos los que son, ni eran todos los que estaban. Pero estos reparos cuantitativos no afectan a la misma calidad del hecho.

Acaso la misión directa de la Inteligencia no sea gobernar. El sueño de Platón fracasó en sus intentos de Siracusa, y ya antes había fracasado la secta pitagórica. El filósofo en el trono, como Marco Aurelio, no es más que un lujo accidental de la historia, y no sabemos bien lo que acontecía con los viejos mandarinatos chinos. Pero la Inteligencia no debe abdicar jamás de su misión y su deber de consejo, ni el Gobierno debiera vedárselos jamás. Después de la prenda

pública dada por el Presidente, podemos confiar en que seremos escuchados. Es todo lo que nos importa a los trabajadores del espíritu: no queremos cargos ni prebendas.

El Presidente nos ha dicho con noble sencillez que era de antemano nuestro amigo, porque es lector de libros, y las lecturas han sido su mejor compañía en todos los reposos de su labor cívica y militar; que no ignora cómo la vida del escritor mexicano es una vida de sacrificio, por lo mismo que nuestro medio no compensa todavía sus trabajos y lo obliga a procurarse el sustento con violencia de su vocación; y es el primero en reconocer que la cultura, siempre destinada al bien social, no debe sufrir cortapisas ni ser coartada en modo alguno. Y concluyó, con frase lapidaria: "Vuestra existencia no tiene otra explicación que la libertad." Así es: la vida del espíritu es vida de arisca independencia, y sólo pueden alimentarse en ella las naciones libres.

Este diálogo del poder y las letras merece ser destacado ante la opinión, por cuanto él entraña como profesión de fe gubernamental y como pacto con las garantías del pensamiento mexicano. Honra al Gobierno, honra a la clase de la pluma, honra al pueblo que lo ha presenciado. Créanme los amigos lectores: he vivido largos años en las primeras capitales del mundo, y puedo comparar. No creí, lo declaro para mi confusión, que hubiera llegado ya la hora en que pudiéramos dar al Continente un testimonio tan alto. El ilustre escritor caraqueño Rómulo Gallegos, que se encontraba presente, me decía momentos después: "El Presidente ha dicho, desde su punto de vista, lo que los escritores de América siempre hemos dicho por nuestra parte." Esta cabal armonía da todo su valor al hecho que comentamos.

A lo largo de la historia se escucha el lamento de la Inteligencia. Ella sólo quiere, cuando es auténtica, embellecer la vida humana y hacer mejor y más llevadera la morada terrestre. Hay casos de excepción, es cierto. Hay desvíos funestos. Hay tal Benvenuto Cellini que escribe con el puñal, tal "estetista" que moja la pluma en veneno, o tal filósofo que siembra vientos para levantar tempestades en los pueblos. Pero todo puede ser bueno o malo según el uso que se le dé, salvo el absoluto que escapa a la flaqueza del hombre.

Y la verdadera doctrina está en la palabra de Goethe: "El genio se mide por su fuerza de normalidad." La cultura es servicio humano, y en la capacidad que nos ha sido otorgada, el servicio queda cumplido cuando es servicio nacional.

Cadena "Anta", México, XI-1942.

EN TORNO A LA HAZAÑA DE TOLÓN

El suicidio colectivo de la flota de Tolón conmueve al mundo. Restaura las heridas que la traición había infligido al honor de Francia. Pero inutiliza el gran puerto para muchos años y significa una pérdida de riqueza y vida que ojalá se hubieran aprovechado a tiempo en servicio de la buena causa. La emoción de entusiasmo se nos enturbia, hasta cegarse, con la emoción de tristeza.

Hay dos tipos fundamentales de suicidio, el romántico o pasional y el estoico o filosófico. Todos saben que Catón se abrió las venas para no traicionar los principios de su conducta. Todos saben que 'Werther', el personaje de Goethe, representante de toda una familia real, se mató por amor. De paso, la breve e intensa novela, que a Goethe le sirvió, en los nerviosos desequilibrios de la juventud, para curarse simbólicamente del morboso anhelo de la muerte, contaminó a sus contemporáneos y desató una verdadera epidemia de suicidios. Pues las anomalías están expuestas a provocar contagios sociales, y así se explican esas ondas de crimen, como la que aquí venimos padeciendo desde la bochornosa exhibición a que se ha prestado nuestra prensa con motivo de los horrores de Goyito el Estrangulador.

Entre estos dos tipos de suicidio, hay modalidades: la activa o suicidio directo, y la pasiva o suicidio indirecto, como cuando Nerón, viéndose perdido y dudando de su mano de artista, se hace matar por un soldado. Hay el suicidio individual y hay el suicidio colectivo, que puede ser directo o indirecto. Los trescientos de Leonidas saben bien que van a morir, y se hacen matar en Maratón para honra y acatamiento de las leyes de Esparta. La novela ha imaginado el suicidio por empresas o sociedades, no como en el caso de los conspiradores que se sortean el riesgo de un acto temerario, sino para el solo fin de arrebatarse la vida:

así en el *Club de los Suicidas* de Robert Louis Stevenson, el autor de la conocida *Isla del tesoro*, obras ambas que el cine de nuestros días ha procurado popularizar con varia fortuna.

Entre las singularidades del suicidio hay que señalar aquella cuyo paradójico fin no se vuelca sobre la muerte, sino que se queda vinculado en la vida, y más que procurar una fuga de este mundo, parece procurar un efecto en el mundo que se deja atrás. En la *Historia cómica* de Anatole France —cuyo título es una contradicción voluntaria— el pobre comicastro abandonado se suicida a las puertas de su infiel, para perturbar, como un fantasma tétrico, la felicidad de los nuevos amantes. Algo parecido hace el celoso en un cuento de nuestro Amado Nervo. Sólo que éste no tenía infidelidad alguna que lamentar. Sino que, celoso temperamental hasta la locura, no soportaba la imagen de un anterior y difunto esposo de la viuda con quien se había unido. Y no deseando ser más la víctima de tal obsesión, decidió ser el verdugo de alguna posible víctima venidera, y escapar de la vida dejando a la mujer un recuerdo amoroso y dulce, que empañara tal vez la dicha de su futuro matrimonio.

Ya se lo considere acto de valor o de cobardía, las doctrinas religiosas y éticas han llegado a condenar generalmente el suicidio como una deslealtad a los pactos naturales o sobrenaturales. Sólo se salva el suicidio militar: El *bushido* u honor guerrero de los antiguos japoneses es una forma característica. La historia nos cuenta de compañías enteras que se suicidaban sobre la tumba de su jefe, para rendir culto a su memoria. Por cierto que este suicidio asiático se relaciona con los tipos que acabamos de ilustrar mediante casos novelescos, pues frecuentemente el suicida se abría el vientre, no tanto para morir, como para deshonor al que lo había afrentado. Esta filosofía nacional ha evolucionado ahora por contacto con la civilización extraña, y hoy se prefiere abrir el vientre a los enemigos o prisioneros.

W. J. Bryan, aquel eterno y amable candidato de los Estados Unidos, que al fin llegó a la Vicepresidencia, dijo un día en cierto discurso: "Yo no quiero que los hombres mueran

por su patria, sino que vivan para su patria." No conocemos todas las dificultades y circunstancias que se habrán atravesado en el caso, pero lamentamos profundamente que no haya sido ésta la suerte de los héroes de Tolón.*

Cadena "Anta", México, XII-1942.

* *El suicida, passim, Obras Completas,* t. III, pp. 219 *ss.*; y *Las burlas veras* (primer ciento): "El argumento del suicidio".

GRANDEZA Y MISERIA DE LA PALABRA

SOBRE las mercancías faltas de peso hay quejas constantes. El fraude, en principio, es castigado. Nunca se ha dicho lo bastante sobre las palabras faltas de peso, y menos en esta era de la propaganda en que hoy vivimos. Exagerar y mentir han llegado a parecer recursos plausibles. ¿Cómo llevar a los tribunales al editor que paga un anuncio asegurando que tal novelilla vulgar es "la obra de nuestro tiempo"? Ni siquiera al tribunal de la crítica, pues los mecanismos de la publicidad, y la pereza natural del espíritu, han acabado por hacer de la crítica una función anodina, cuando no venal.

Por otra parte, la gran dosis de subjetividad personal que hay en todo juicio hace que sea imposible —y aun inconveniente al libre ejercicio de la opinión— el captar los deslices de apreciación dentro de la pauta objetiva de la ley. Tenemos, pues, que resignarnos a que los lectores sean mal conducidos por la hez de los que mueven la pluma al servicio del anuncio o la bandería.

Rémy de Gourmont meditaba un día: ¿Cómo es que se le llama, descaradamente, "gran escritor" a un escritorcillo cualquiera? Creyó encontrar la explicación en el desgaste paulatino de las palabras, en esa pérdida de sustancia y peso que resulta del uso constante. Ya el llamar "escritor" a alguien implica una responsabilidad crítica. Mucho más llamarle "gran escritor", que es contraer ante la opinión un serio compromiso. Pero nadie paga por usar las palabras, patrimonio común de que disponemos como del aire que se respira. Y pasa con las palabras como con el aire, que pierden valor en el trato diario, por lo mismo que se nos dan gratis. Que nos tapen la respiración un instante, y sabremos lo que vale el aire. Carlyle, para volver al sentido de la novedad y frescura del lenguaje, acostumbraba callar, diariamente, el tiempo de fumar una pipa.

Pero esta explicación es, en verdad, candorosa. Para entender lo que hoy acontece hay que añadir, a las considera-

ciones anteriores, otras más maliciosas. El abuso de la palabra no sólo es efecto de un desgaste inconsciente, sino de una intención puesta al servicio de razones extrañas al asunto, sean pasión o dinero, o hasta fruto de la improvisación de un oficio para el cual no se requiere patente alguna y cuyos desmanes quedan en la impunidad más absoluta. ¡Si el lector de buena fe supiera lo que sufrimos quienes hemos hecho de las letras una consagración de la vida y un deber público, al ver en manos de qué gentuza se ponen hoy por hoy el crédito de una conducta o el mérito de un libro!

Y no se trata —claro está— de una mera cuestión de gusto. No; la función de la palabra es eminentemente moral. A través de ella se establece esa contextura nerviosa que se llama la sociedad humana. No se vive sin las palabras. Más aún, en el orden auténticamente humano, sólo se vive por las palabras. Medítese un poco en el verdadero río de palabras que cruza nuestra mente en cuanto pensamos en la religión, en la verdad, en la nación, en la ciudad, en la familia, en la conducta, hasta en el negocio.

Y el peligro de usar las palabras sin probidad sube de punto y se multiplica fantásticamente en proporción a las facilidades mecánicas conquistadas por la industria para lanzar frases al público, constantemente y a todas horas, por el periódico, por la radio, etc. La obra de Tucídides sobre las guerras del Peloponeso —obra inmortal que todavía nos asombra y donde todavía aprendemos— cabe toda en un número diario del *Times* de Londres, cuyo destino, a la caída de cada tarde, es el basurero.

No dijo ninguna paradoja el sabio chino Lao Tsé cuando, preguntado sobre cuál sería su primer acto, si recayese en él la dura obligación de gobernar a su pueblo, contestó, no sin haberse sumergido antes en largo mutismo reflexivo:

—Mi primer acto sería dictar una ley sobre el verdadero significado de todas las palabras.

Si a esto se añade el que todo lenguaje es fruto casual de acarreos multiseculares, y aun trae inscritas en sí mismo algunas maneras del pensar prehistórico, que procede cuando menos del hombre arbóreo, se comprenderá mejor que ese maravilloso instrumento —el instrumento humano por exce-

lencia—, mal nacido primero, y luego mal conducido, pese sobre los hombres retardando a veces el progreso del conocimiento.

De todo esto ha surgido una verdadera campaña "semántica", o relativa al problema de ajustar los símbolos verbales con las nociones verdaderas que se desea expresar. Esa campaña es, actualmente, la preocupación por excelencia en todos los centros de la cultura donde se estudia la filosofía del lenguaje. Quienes a esta investigación se consagran se sienten convencidos de estar atacando un problema que interesa y afecta a la reforma moral de nuestra especie.*

Cadena "Anta", México, II-1943.

* Ver, adelante, "Travesuras lingüísticas", pp. 301-3; y mis libros *El deslinde,* cap. VII, 83 bis, y *Sirtes* ("Algo de semántica"), así como "¡Oh las palabras", en el libro *Al yunque,* de próxima publicación.

RAFAEL CABRERA

SILENCIOSAMENTE, como si hubiera querido evitar molestias con su muerte, condolencias convencionales y visitas de cumplimiento, acaba de dejarnos un hombre que jamás ocasionó una molestia en vida, aunque de años atrás se veía acosado por pertinaces sufrimientos —los cuales varias veces estuvieron a punto de poner término a sus días— y entristecido por cierta penumbra de ingratitud y olvido en que él mismo quiso borrarse y desaparecer sin un reproche.

Nació en Puebla, cuna de la diplomacia mexicana.* Era un caballero sin tacha, un hombre de probidad acrisolada, un representante de aquella tradicional cortesía mexicana, que hace un siglo todavía causaba el asombro de Mme Calderón de la Barca, según consta por su célebre epistolario. Dulce poeta en la juventud, los accesos de hipersensibilidad que, como relámpagos, comenzaron a cruzar su existencia, le aconsejaron alejarse del peligroso comercio de las Musas, que siempre cobran en salud los beneficios que imparten. Escondía pudorosamente sus achaques; y aunque era médico él mismo, más que con medicinas se curaba con esfuerzos morales. Así edificó el camino de una conducta ejemplar, rectificando las quiebras de un temperamento nervioso y frágil, e imponiéndole la severa disciplina de la razón, al punto que podía pasar como modelo de serenidad y cordura. Renunció al ejercicio de las letras sin una sola palabra de despecho, y siguió siendo un estudioso y uno de los lectores más enterados de cuanto se escribía en el mundo. Su gusto refinado encontraba alivio en las colecciones de arte, y escondía también una rara erudición en ciertas zonas del folklore místico y la antropología. Abrigamos la esperanza de que haya dejado obras inéditas que no mostró a nadie.

Era una persona elegante, cuya varonil pulcritud llamó la

* Ver mi folleto *El Servicio Diplomático Mexicano*, Buenos Aires, 1957, y *Obras Completas*, t. VIII: "Adiós a los diplomáticos americanos", pp. 153 *ss.*

atención en las capitales de la moda, porque la correcta presencia formaba parte de su disciplina. Era un alma nacida para la serenidad y para la grata contemplación del bien y la belleza, que no se daba por vencida ante los reiterados ataques de la enfermedad y de la amargura. Los héroes del sobresalto llenan la historia. Éste era un héroe de la moderación, de aquellos que nunca se empeñan en forzar las puertas de la admiración ni reclaman el aplauso a gritos. Éstos merecen nuestro recuerdo piadoso, por lo mismo que representan la virtud que se ignora, la más hermosa de las virtudes; por lo mismo que, sin proponérselo, nos aleccionan sobre las posibilidades del espíritu ante las fuerzas impulsivas y oscuras.

También mereció bien de la patria. Reclutado en el Servicio Exterior, sus misiones en París, en Bruselas, en La Haya, en Buenos Aires, honran a la diplomacia profesional de México. No hay que confundir tal diplomacia profesional con la diplomacia ocasional del destierro político, casi siempre funesta, ni menos con la diplomacia indiferente o a guisa de "chamba", casi siempre desperdiciada. Nuestra diplomacia profesional tuvo una hora de apogeo en los días de Pani, de Sáenz, de Estrada. A esa etapa pertenece la labor de nuestro llorado amigo.

Pero la labor del diplomático es toda de abnegación y sacrificio. Los fracasos se cargan siempre a su cuenta personal, y es un deber patriótico el aceptar que así se haga. Los aciertos se abonan siempre a cuenta de los gobiernos, aunque se deban a sus representantes. Los representantes, a cambio de algunos halagos de vanidad que sólo deslumbran al primerizo y al ligero, llevan una vida contra natura, de extranjería perpetua hasta en su propio país, donde la ausencia prolongada los hace extraños, y están condenados por oficio a romper los vínculos cordiales que van creando en todas partes, a renunciar periódicamente a las moradas donde ya se iban aquerenciando. Si la tierra es posada provisional para todos, para el diplomático lo es en grado sumo. De aquí que el frívolo caiga en danzarín; el poco resistente, en desequilibrado y estrafalario; el profundo, en filósofo desengañado. Los éxitos del diplomático ni siquiera trascienden: unas veces, porque su naturaleza misma exige que desapa-

rezcan en el secreto de los archivos oficiales; otras veces, porque no sería disciplinario ni sería de buena técnica el destacar el aspecto individual de las cosas que deben disolverse en la abstracción del Estado; las más veces, por rutina y hábito burocráticos; unas cuantas veces, por la humana flaqueza que nos hace resentir como agravio propio las cualidades del prójimo, o por la deficiencia de un régimen que divide al burócrata de Cancillería y al diplomático de trinchera, y abre entre ellos un abismo de incomprensión o acaso de franca enemistad. Además, en la mayoría de los casos el diplomático obra más como sustantivo que como verbo, más por el peso de su presencia que por ninguna acción discernible, al modo de esos cuerpos catalíticos de la química. En muchos casos también, la obra consiste en lo que se evita y no en lo que se provoca, en impedir que se produzcan cuestiones y no en resolverlas, y una de las tareas más arduas de la lógica es levantar constancia de lo negativo, de lo inexistente o de lo que no llegó a existir. Por último, tras una grandeza postiza, el diplomático, entre nosotros, insuficientemente compensado por largos años de desgaste, vuelve a vegetar oscuramente entre las nostalgias de un pasado risueño, y gracias si le dan las gracias cuando llega la hora —siempre suspendida como amenaza— de mandarlo sustituir por algún amigote, algún agente electoral o algún aliado ya inoportuno. Y la fama, en su justicia expletiva, pasa de largo. El diplomático que nos arranca estas reflexiones vino a morir olvidado por las prisas de la actualidad, y siempre nombrado con respeto y cariño en las sociedades ante las cuales supo mantener, con puntualidad exquisita, el nombre de México.

Sin embargo, Rafael Cabrera no morirá del todo. Algunos amigos devotos velan por su memoria. Importa recoger los nombres que enriquecen los anales de la decencia nacional. Importa, en esta hora de canibalismo, venerar a los que nunca perdieron su confianza en el bien y en las conquistas morales que poco a poco han convertido a "la estatua de lodo" en ser humano pleno y cabal. La contextura, todavía mal diferenciada, de nuestros hábitos políticos, compensa al

audaz y olvida al probo. No escatimemos el reconocimiento póstumo —aunque sea para tardío consuelo de los herederos de su nombre— al que vimos ofuscarse en vida con una abnegación tan discreta, que su silencio es una acusación implacable contra los caprichos de la suerte.

Cadena "Anta", México, II-1943.

LAS UTOPÍAS

Sobre el género literario llamado utopía no hay definición mejor ni más sucinta que la de Quevedo: "*Utopía*, voz griega cuyo significado es *No hay tal lugar.*" William Morris tradujo literalmente el nombre en su obra *News from Nowhere (Noticias de ninguna parte)* y Samuel Butler usó para la suya el anagrama *Erewhon*. El poeta francés Paul Claudel, en una de sus salidas de malhumor, ha calificado el género con desdén y casi con ira. Inexcusable en un poeta, pues la función utópica del espíritu se confunde exactamente con la función poética por excelencia, con la facultad de hacerse ilusiones y recrearse con ellas, que Coleridge ha definido en esta fórmula magistral: "La suspensión voluntaria del descreimiento."

La palabra "utopía" o "utopia" (que de los dos modos la admite el Diccionario) se ha desvalorizado y ha venido a confundírsela con "quimera" o "cosa imposible". Pero este uso traslaticio, que por lo demás es perfectamente legítimo, no es el uso técnico. En el uso técnico, la utopía, o es una fantasía que a nadie pretende engañar, o es una presentación novelada de cosas relativamente posibles, que no existen pero que pudieran existir. Para entenderlo mejor hay que entrar en consideraciones generales sobre la función utópica de la mente.

Tal función utópica admite muy varias manifestaciones, desde el ensueño sin palabras, acariciado a manera de divagación interior, de asueto subjetivo (el señor que se queda "pensando en las musarañas"), hasta la plataforma política o programa propuesto por un candidato, pasando por la novelística y por las Constituciones y organizaciones más o menos realizadas de los Estados.

La utopía, entendida ya como género literario, puede a su vez cumplir varios fines: *1)* el puramente literario de divertir con la figuración de un mundo ideal; *2)* el de proponer de modo indirecto y elástico la imagen de una socie-

dad reformada, más o menos posible. Ambos fines pueden mezclarse en la misma obra. Ya se radica la utopía en el pasado (Paraíso, Edad de Oro, Batuecas), ya en el porvenir (Tierra Prometida, Reino de Dios sobre la tierra, sociedad sin clases). Ya domina el elemento maravilloso al tipo de los cuentos árabes; ya la alegoría sociológica, como en *El contrato social,* que nunca pretendió ser historia sino expresión interpretativa de los orígenes sociales. Pero sin cierto elemento de "novelación" no puede decirse que la obra de que se trate sea una verdadera utopía, en el sentido técnico del término.

A veces, la irrealidad es de carácter más sobrio y lleva un fin de demostración descriptiva, como en la Atlántida de Platón, paradigma del género; o en la célebre *Utopía* de Tomás Moro que, penetrada ya de espíritu cristiano, ha influido en las fundaciones de Vasco de Quiroga, según lo ha mostrado el historiador mexicano Silvio Zavala.

Esta influencia del espíritu utópico en los ensayos sociales de los misioneros sobre el suelo virgen de América nada tiene de paradójico. Se soñaba con crear una Humanidad más feliz, saneada de los vicios de Europa, y así se explica que haya inspiraciones utópicas, no sólo en Quiroga, sino en el Imperio Jesuítico del Paraguay, en las Misiones jesuíticas del Brasil, etc.

Las épocas de grandes descubrimientos geográficos —las conquistas de Alejandro a fines de la Edad Clásica y la aparición de América en la Edad Moderna— han sido singularmente propicias a las novelas o seminovelas utópicas, por lo mismo que la imaginación se sobrexcita al asomarse a nuevos mundos, y por lo mismo que estos mundos, imperfectamente practicados, no han sido todavía sometidos al rigor del conocimiento científico. Los viajes, sazonados de imaginación, provocados por el desborde de las tropas alejandrinas, cuentan entre los orígenes directos de la novela, género que desconocieron los clásicos. A su vez, la literatura utópica que desde entonces se vino elaborando y que la Edad Media enriqueció con su admirable aptitud para lo fabuloso, cuenta entre los antecedentes o estímulos espirituales de la grande empresa de Colón. De suerte que la utopía es hija o es madre

del descubrimiento, según el caso. En el *Donogoo Tonka,* de Jules Romains, un error geográfico, que puede pasar por tipo utópico, da origen al encuentro de regiones auríferas hasta entonces desconocidas. Y aunque esta obra sea un relato novelesco, corresponde simbólicamente a algunos procesos de la realidad, al mismo título que *La Isla de los Pingüinos,* de Anatole France.

Estos crepúsculos de verdad y mentira siempre han sido fecundos. Aun la hipótesis científica asume a veces la condición de un supuesto imaginado *a priori,* para averiguar después si el experimento lo comprueba. Hoy lo entendemos así, por el hábito de la educación racional. Pero la ideación mágica de otros tiempos, ante una hipótesis que resulta verdadera, interpretaba el caso como una orden dictada a la naturaleza por el espíritu.

Los antiguos fueron siempre dados a concebir ciudades ideales, tierras donde la naturaleza o la sociedad mudan sus leyes. Nos hemos referido ya al caso de Platón. La corriente utópica, para la literatura occidental, arranca de las descripciones de tierras o edades imaginarias en Homero, Hesíodo, Alcmán, Esquilo. Tanto la prosa como el verso nos han dado muestras de estos sueños, donde la historia y la geografía, al contacto de la imaginación, sufren singulares refracciones. Tales refracciones nos sorprenden mucho menos en obras de reconocido propósito literario que en obras de intención eminentemente real o histórica, de que tampoco faltan ejemplos.

Vaya, pues, un ejemplo. En el siglo IV a. C., el historiador Teopompo, duro censor de los tiranos y sutil analítico de las diminutas causas secretas que determinan a veces los grandes hechos sociales, llevado de su vena oratoria y de su imaginación, nos describe un combate entre una serpiente de mar y un barco de guerra; nos asegura que quienes penetran hasta el sagrario de Zeus, en Arcadia, pierden su sombra en adelante, como los personajes novelescos de Chamisso y de Hofmannsthal; y, sobre todo, quiere hacernos creer que, cuando el rey Midas logró atrapar al Sileno echándole vino en la fuente donde solía beber y embriagándolo, para averiguar de él algunos secretos sobrenaturales, éste le

reveló la existencia de la misteriosa tierra de Meropis, mayor que Europa, África y Asia juntas (la Europa, el África y el Asia que hasta entonces se conocían). Esta tierra, continente de los gigantes, estaba más allá del mundo clásico, plantada en mitad del Océano que la ceñía por todas partes. Había en ella dos ciudades, la Piadosa y la Belicosa. Sus habitantes, como eran invulnerables a las armas, solían pelear a palos. Allí se abría un abismo siempre envuelto en un crepúsculo rojizo y donde no se distinguían el día y la noche, lo que parece un extraño eco de inciertas narraciones polares, llegadas quién sabe por qué caminos. En este abismo se precipitan los ríos de la tristeza y de la voluptuosidad. Los frutos crecidos junto al primero comunicaban la eterna melancolía. Los crecidos junto al segundo comunicaban una embriaguez pueril, que hacía retroceder a los hombres las etapas de su pasada existencia. Algunos rasgos de aquella extraña sociedad parecen proceder de la Edad de Oro, cantada por el poeta Hesíodo.

Hay un ejemplo más que no resisto a referir, porque me lleva a una experiencia propia. El grave Apolodoro refiere que, en Libia, había una portentosa ciudad de Dióniso. Los viajeros sólo la encontraban de casualidad. Pero el que una vez la veía, no volvía a encontrarla nunca, por más que la buscara. Pues bien, sin dar sentido sobrenatural a mi experiencia, yo he contado que me aconteció una vez llegar a Valladolid cuando caía la tarde, cansado del viaje y medio dormido. Iba en compañía del escritor cubano José María Chacón, a quien doy por testigo. Él se puso a andar y yo, por seguirle el humor, lo acompañaba, aunque me caía de fatiga. Salimos de la ciudad, que ni él ni yo conocíamos, y dimos con un bosque donde cruzaba un arroyo, lavaban unas mujeres y pasaban unas carretas, rechinando. Carreteros y lavanderas cantaban y se contestaban las canciones. En la luz ya indecisa, el paisaje cobraba una exquisita irrealidad. Nos quedamos en Valladolid varios días. Respondo de que nunca logramos ver más aquel sitio maravilloso y nadie nos quiso creer que lo habíamos visto.*

Todo, *México, 11-III-1943.*

* Ver *Obras Completas*, II, p. 151.

LA DIGNIFICACIÓN DE LA HISTORIA MEXICANA

UN JOVEN becario del Colegio de México, Leopoldo Zea —que es ya mucho más que una promesa para el pensamiento hispanoamericano—, acaba de publicar el primer tomo de su obra *El Positivismo en México*, tesis presentada para aspirar al grado de maestro en Filosofía de nuestra Universidad Nacional. Los interesados en la dignificación de la historia mexicana deben apresurarse a leer esta obra, donde se examina uno de los momentos decisivos y fundamentales de nuestra evolución cultural.

No todo ha de ser pronunciamientos y combates en que sólo se dan muestras del valor animal. La reseña de las ideas que han presidido y acompañado a nuestra existencia institucional son el alma misma de la historia. Las doctrinas filosóficas, por su parte, sólo adquieren plena validez cuando se las considera a la luz de las circunstancias históricas en que aparecen imbricadas.

El positivismo abstracto pretendió ser una filosofía universal, a la cual la contribución mexicana es muy modesta. Pero el positivismo, como interpretación política de la historia y con sus consecuencias prácticas sobre la acción social, adquiere, al incorporarse en la realidad mexicana, una fisonomía propia, inconfundible, que por un lado complementa la historia de las vicisitudes de una filosofía determinada, y por otro lado da orientaciones para el mejor entendimiento de nuestra historia política. El positivismo está vinculado a nuestras luchas entre liberales y conservadores, a los ideales de la independencia, a los conflictos entre jacobinos, clericales y caudillos guerreros, a los intentos de la educación pública, a la organización de la burguesía mexicana tras el triunfo de Juárez, al desarrollo de la Era Porfiriana, al éxito y fracaso del llamado grupo de los Científicos.

A varios lustros de distancia, los hombres de mi generación, que, en vista de nuevos ideales de cultura, iniciamos la

campaña contra el positivismo mexicano ya decadente, ya inadaptable como respuesta a la circunstancia histórica, saludamos la obra serena y objetiva de Leopoldo Zea con el íntimo regocijo que causa siempre el descubrir la continuidad en las tareas del espíritu. Seguramente que, al aparecer la segunda parte de esta obra, y cuando Zea llegue a nuestros tiempos, vamos a encontrarnos rectificados en algunos puntos de vista. No nos duelen prendas. La vida de la inteligencia es un camino de rectificaciones incesantes, en que se revela la fertilidad de nuestra especie ante una problemática siempre en movimiento. Lo que importa es la continuidad en el empeño. El empeño, en el caso, se reduce a la inserción del pensamiento en la vida. Así es como el hombre y la historia adquieren su cabal dignidad humana. Sólo el baño de la conciencia nos distingue del bruto.

Cuando Pericles hacía el elogio de los atenienses, insistía en que, para aquel pueblo privilegiado, el discurso —es decir, el pensamiento y su expresión— debían preceder siempre el acto político. La deliberativa, parte esencial en la *Retórica* de Aristóteles, vincula igualmente el discurso con el arte de gobernar a los hombres, o mejor, de resolver la convivencia entre los hombres, a que se reduce toda la política. Mucho más allá del estrépito de las armas, la palabra, esta facultad que nos levanta por encima de la naturaleza, está edificando la historia.

Cadena "Anta", México, 1943.

HORA DE PREVER

EN TODAS las épocas de crisis abundan los arbitristas, los que inventan panaceas contra los males de la Humanidad, los que Quevedo llamaba "locos repúblicos".

Una de las posturas más socorridas del arbitrismo contemporáneo, y por cierto la más justificada y noble de todas —y también podemos decir que la más cuerda—, insiste en los males de la imprevisión, aquella imprevisión en que la paz de 1918 sorprendió a los pueblos y a los gobernantes, y de que resultó aquel funesto Tratado de Versalles que es causa de las calamidades actuales.

Contra este error, comienzan a moverse las plumas arbitristas y aun las propagandas oficiales, más o menos disimuladas, llamando la atención de los hombres sobre la necesidad en que estamos de prepararnos con tiempo para la nueva organización del mundo que ha de venir después de la guerra.

Algunos proponen confederaciones; otros, creaciones de nuevos Estados que correspondan a la realidad geográfica-económica, aunque ellas por desgracia casi nunca corresponden a las unidades culturales o emocionales.

Dos jóvenes escritores franceses han propuesto, cubiertos por el anonimato, una nueva repartición de Europa en cuatro zonas. A conclusión semejante ha llegado, por otro camino, un tratadista norteamericano, Derwen Whittlesey. Curioso es notar que estas divisiones parecen inspiradas en una superstición de la rosa de los vientos, en una atribución mágica de virtudes a los cuatro puntos cardinales. Ya, en el siglo XVIII, el Marqués de Sade —mucho menos conocido como arbitrista que como psicólogo de la erótica— deslizaba en una de sus novelas una idea parecida. Y poco después, el joven oficial Bonaparte, algo periodista en sus días de iniciación, escribía folletos que acaso inspiraron lejanamente las doctrinas del nacionalismo o unidades étnicas erigidas en Estado que, más tarde, su sobrino Napoleón III procuraría aplicar.

Por uno o por otro camino, no podemos cerrar los ojos ante este problema cuya amenaza es más imperiosa a cada instante. ¿Qué haremos con el mundo a la hora de la reorganización? Destruir —lo que ahora se hace— es muy sencillo: basta que el hombre se abandone a sus impulsos más ciegos, basta que abandonemos a la naturaleza a su declinación y a su inercia. En unas horas se acaba hoy con una ciudad y hasta con una nación. Pero ¿restaurar y reconstruir? ¿No es tiempo de que se movilice el pensamiento de todos los hombres? ¿No corresponde a los directores de los pueblos el deber de electrizar a sus gobernados hacia la contemplación de un problema tan pavoroso? ¿Cómo quedará la Humanidad después de la guerra? ¿Qué de la pobreza universal, de la depauperación biológica, de los rencores no aplacados, de los conflictos de intereses ya conocidos y probados como fuente y origen de choques periódicos, de las rivalidades nuevas entre los vencedores a la hora del botín, de las tentaciones imperiales causadas por los nuevos armamentos y las nuevas necesidades? ¿Qué de Europa, de África, de Asia, de Oceanía, de nuestra América?

La verdad es que debieran fundarse clubes de discusión. La verdad es que debiera moverse en tal sentido el celo de gobernantes y escritores —que ejercen otra manera de gobierno—. Centros semejantes al Instituto Científico de la Opinión Pública, de flamante creación en México, pudieran extenderse por todo nuestro país. Estas consultas, estas estadísticas de respuestas, podrán no tener un alto valor científico, pero tendrán siempre un alto sentido de orientación política. ¿O es que vamos a dejar la reorganización de la sociedad humana entregada a las improvisaciones de la desesperación, de la violencia y del miedo? ¿Cuál es, entonces, el uso humano de la inteligencia? *

Cadena "Anta", México, V-1943.

* Ver antes "La historia y la mente", pp. 240-6; "Napoleón I, orador y periodista" (*Obras Completas*, III, pp. 469-76).

EL VENDEDOR DE FELICIDAD

COMO en el verso de Rubén Darío, "fue en alguna extraña ciudad". El nombre no importa. Basta saber que era una de esas horas en que todas las cosas parecen irreales. La gente iba y venía y nadie hacía caso de un vendedor ambulante que anunciaba alguna mercancía invisible. Temí que fuera uno de esos traficantes en tentaciones vulgares. Era hombre de edad indefinida. En sus ojos había muchos siglos de malicia y, de repente, destellos de juventud y candor. La curiosidad me atrajo.

—Vendo —me dijo— el secreto de la felicidad. Vendo la felicidad por cinco centavos, y nadie quiere hacerme caso.

—Buena mercancía en los tiempos que corren —le contesté— y sin duda en todos los tiempos. Pero los hombres somos desconfiados por naturaleza. Un negocio demasiado bueno nos pone recelosos. "No caerá esa breva", decimos, y nos alejamos llenos de dudas. Santiago Rusiñol salió por la plaza de un pueblo de Cataluña un día de feria, disfrazado de campesino. Quería probar la estupidez humana. Llevaba una cesta llena de "duros", monedas de a cinco pesetas, y anunciaba que vendía duros a tres pesetas. Todos se detenían un instante, examinaban los duros, los mordían, los hacían sonar sobre el suelo, y no se decidían a comprarlos. No hubo uno solo que creyera en la felicidad.

—Sin embargo —me dijo el vendedor ambulante—, por cinco centavos bien vale la pena de probar. ¿Se atreve usted?

Me atreví. Nos sentamos en el umbral de una puerta. Y mi embaucador comenzó:

—No voy a venderle a usted un sermón moral o religioso. Si usted es hombre de sólidas bases religiosas o morales, mi secreto no le sirve a usted para nada, porque entonces cuenta usted con sostenes superiores al anhelo de felicidad práctica. No quiero defraudarlo a usted. Mi mercancía sólo aprovecha a los escépticos absolutos.

—Pues yo soy uno de ellos —le dije, por seguirle el hu-

mor y para conocer el fin de la historia—. Estoy asqueado de la humanidad, lo que hoy por hoy no tiene nada de insólito. Es posible que la vida humana esté llamada a mejorar después de la catástrofe que hoy presenciamos. Pero eso no puede consolarme. Lo que me importaría es ser feliz yo mismo, en mi existencia actual y en el tiempo que me ha tocado. Y mi disgusto por cuanto veo y experimento ha asumido tales proporciones, que declaro, sin paradoja, que cuanto existe, el universo, la creación, han comenzado a incomodarme.

—Entonces usted es mi hombre, mi comprador ideal —me dijo el mago—. Me guardo sus cinco centavos y le doy en cambio mi receta: suicídese usted.

—¿Y eso es todo lo que tenía usted que decirme?

—Calma, no se impaciente, no he acabado. El valor de mi consejo está todo en el procedimiento. Hay muchos modos de suicidarse. El que yo propongo es el siguiente: suicídese usted mediante el único método del suicidio filosófico.

—¿Y es?

—Esperando que le llegue la muerte. Desinterésese un instante, olvídese de su persona, dése por muerto, considérese como cosa transitoria llamada necesariamente a extinguirse. En cuanto logre usted posesionarse de este estado de ánimo, todas las cosas que le afectan pasarán a la categoría de ilusiones intrascendentes, y usted deseará continuar sus experiencias de la vida por una mera curiosidad intelectual, seguro como está de que la liberación lo espera. Entonces, con gran sorpresa suya, comenzará usted a sentir que la vida le divierte en sí misma, fuera de usted y de sus intereses y exigencias personales. Y como habrá usted hecho, en su interior, tabla rasa, cuanto le acontezca le parecerá ganancia y un bien con el que ya usted no contaba. Al cabo de unos cuantos días, el mundo le sonreirá de tal suerte que ya no deseará usted morir, y entonces su problema será el contrario. Voy a darle a usted un ejemplo que encuentro en un autor predilecto. Usted, en su actual situación, ¿qué atención puede prestarle a un hacha de mano? Pero si usted fuera Robinsón, el náufrago, el que todo lo ha dado ya por perdido al rodar sobre la playa desierta ¿se imagina usted la alegría de rescatar una hacha? Pues aplíquelo usted a las co-

sas que le rodean, y hasta a los objetos que lleva en los bolsillos, el reloj y la pluma.

Medité un instante, y repuse:

—Tome usted otros cinco centavos, porque después de esto, voy a necesitar que me venda usted otra receta cuando, enamorado de la vida, vea venir la muerte con terror.

Cadena "Anta", México, V-1943.

DEBATE DE LA CORDURA Y LA LOCURA

ANÉCDOTA primera. Hace años, antes de que los generales Serrano y Gómez se unieran en su fatal aventura, los dividía una rivalidad manifiesta. Cuando ambos se acercaban, cada uno por su camino, a la ambición presidencial, aparecieron en México unos retratos del general Gómez con esta leyenda: "El hombre sin vicios." La alusión era clara, y el candidato más bien quería dar a entender que no lo seducían el vino ni el tabaco, prudentes abstenciones que distan mucho de cubrir toda la escala de las cualidades públicas o privadas. Algún amigo del general Serrano le aconsejó entonces que hiciera fijar por la ciudad su imagen con esta otra leyenda: "El hombre con algunas virtudes."

Anécdota segunda. Hace años, en Madrid, don Fernando Pimentel y Fagoaga me contó cierta conversación que sostuvo con Limantour, a presencia del general Díaz. Pimentel y Fagoaga proponía ciertas transacciones que implicaban una buena dosis de audacia y en que se podía perder o ganar, como en toda hazaña. El Secretario de Hacienda oponía todas las cortapisas de la cordura. Al fin su interlocutor, impaciente, le dijo:

—Si llega usted a estar en el lugar del general Pacheco, a esta hora no habría ferrocarriles en México.

—Dice usted bien —le contestó Limantour—, porque Pacheco estaba loco y yo no estoy loco.*

No negaba las ventajas del ferrocarril, y harto supo defenderlas. Pero oponía la política de los números a la política del "palo de ciego".

Estas anécdotas son ilustrativas sobre la eterna antinomia entre la normalidad y la locura, la previsión y la inspiración.

La psicología hila muy delgado, sobre todo desde que ahonda en los mares profundos de la subconsciencia. Tras mucho bucear, vuelve a flor de agua, como con una perla preciosa, con este descubrimiento que hace sonreír a la sabi-

* Ver antes "La epopeya del Canal", pp. 142-54.

duría vulgar: que de médico, poeta y loco, todos tenemos un poco. ¡Dichosa novedad! El hombre normal es un modelo abstracto; en la realidad, a todos nos falta algún tornillo.

Como sea, el mundo y la sociedad sólo pueden interpretarse y regirse conforme a razón e inteligencia, dejando en su misterio los ingredientes, las fertilizaciones imprevistas que a veces nos trae la chifladura. El genio, como se desprende de la enseñanza de Goethe, se mide por su fuerza de normalidad; es decir, por su aptitud para poner en provecho normal todas sus condiciones, vengan ellas de donde vinieren: ya del alma sana en cuerpo sano con que soñaron los griegos —primeros en proceder a la desinfección del espíritu—, ya de la subrepticia "espiroqueta pálida" o de esa "degeneración hacia arriba" que tanto entusiasma a Max Nordau y a otros primarios. Querer, como programa de acción o de pensamiento, fundarse en la locura; pretender provocar el genio por el camino de la extravagancia es una de las más ridículas vanidades. También de las más peligrosas. Fomenta la pereza, la dejadez, el desaseo físico y moral; convierte en falsa virtud la exhibición de los errores y estimula a perpetuarse en ellos; retrocede a las peores formas de la animalidad desatada. Engaña a los sandios y hace sonreír a los entendidos. La inspiración auténtica es siempre candorosa y no se ostenta como tal. Mucho menos cuando terquea por demostrarse haciendo gala de los propios defectos.

La fecundidad mental de Demócrito desconcertaba de tal suerte a los abderitanos que llegaron a temer por su salud mental y hasta procuraron la consulta de Hipócrates, el mayor facultativo de la época. Los grandes hombres se encontraron, se hicieron amigos, y se rieron juntos de la ignorancia de la gente. Santayana ha escrito un diálogo imaginario donde, entre el coro de los antiguos filósofos, Demócrito elogia la locura. Erasmo también escribió en sus días un célebre *Elogio de la locura* que todos conocen de oídas, lo más que puede pedirse al "humanismo" contemporáneo. Y yo trato de cerca a un hombre que, en su juventud, lanzó este grito: "¡Ea, valor de locura, que nos morimos!"

En verdad, ninguno de los tres quiso elogiar la locura, sino abogar por los ensanches y las audacias de la razón, que-

brar los modos estereotipados de pensar, que conducen siempre a la esterilidad más funesta. Porque la razón deja de serlo cuando olvida el servicio activo, el movimiento saludable. Y como Goya decía: "El sueño de la razón engendra monstruos." Hasta los lugares sagrados de cierto templo oriental se llegaba por tres puertas sucesivas. En la primera se leía: "Sé audaz." En la segunda: "Sé audaz." Pero, ya en la tercera: "No seas demasiado audaz." *

Cadena "Anta", México, V-1943.

* Ver "El derecho a la locura", *Obras Completas*, t. II, pp. 66 *ss.*

LA PARADOJA DE LA PIEL

NADA más misterioso que la piel. Es estuche que nos arropa y resguarda. Pero es tela vibrátil que nos comunica con el exterior. Es superficie, pero expresión de profundidad. Es un aislador permeable. Es sensible y es sufrida, es aguerrida y melindrosa. Imagen del misticismo militante, plumaje indemne entre pantanos, se conserva y se entrega, vive entre las tentaciones y las reduce a su dominio. Es virginidad renaciente como en las huríes orientales. Está en la zona tempestuosa donde chocan las corrientes del yo y del no yo, y es al mismo tiempo accesible y resistente. ¡Cuánta contradicción!

¡Y si sólo fuera eso! Pero hay más: no comunica simplemente con el mundo, sino que lo traduce, lo transforma al tiempo de dejarlo entrar hacia nosotros. Imaginad un teléfono que oyera una cosa y dijera otra. O mejor pensemos en la radio que metamorfosea una vibración en otra. La radio recibe un choque de ondas que pertenecen a la familia de la luz oscura, y entrega una onda de sonido, obrando así al revés del *peyotl,* la droga tarahumara, que convierte los sonidos en sensaciones luminosas.

(Porque el mundo material que nos rodea es de naturaleza eléctrica, y nuestros sentidos —que no son, en suma, sino especializaciones de la piel, como lo son acaso las mismas glándulas de secreción interna, pues que están hechas de tejido ectodérmico— mudan la apariencia del mundo y nos lo presentan como esta cosa que vemos, palpamos, oímos, olemos y gustamos. Los físicos nos hacen saber que una mesa no es en realidad una mesa, sino un equilibrio en movimiento de bombardeos atómicos sostenidos por ondas rítmicas. Pues aquí aparece un nuevo enigma de la física. Esta ciencia, hoy por hoy, tiene como principal asunto el resolver el conflicto entre la concepción corpuscular y la concepción vibratoria de la materia. Una lámpara que arde puede ser concebida

y rigurosamente explicada a la vez como un armonio en ejecución musical y como una ametralladora en acción.)

Pero volvamos a la piel, esta "censura" del ser biológico. En la piel está la punta de las agujas orientadoras, de la brújula naviera que permite al ser abrirse paso por entre el caos exterior. Los órganos interiores, las entrañas, operan como plantas industriales, elaboran químicamente las sustancias, para que no lleguen en estado bruto o natural hasta el sitio donde son requeridas. La piel funciona como aduana. Su intervención es física, pero física de transformación según hemos dicho.

Los dermatólogos, que estudian y procuran corregir las irregularidades de este sistema aduanal —en que también acontecen desvíos, desorganizaciones, atascos burocráticos y contrabandos—, no pueden quedarse en la superficie, no pueden quedarse en la piel. Porque de allí se transmite a todo el organismo el riego vivificador de las impresiones vitales, y allí se establece ese vaivén, ese cambio de preguntas y respuestas con el ambiente que la ciencia llama ecología. El ser no debe entenderse como ente aislado, sino como ente en constante permuta de servicios con el medio en que vive. Tan cierto es decir que el ambiente modela al ser como que el ser produce su ambiente. El enlace de ambas corrientes es complicado, e irresoluble cuando se lo considera en conjunto.

Muchos males profundos y hasta las más sutiles enfermedades psicológicas, los "complejos" freudianos hoy tan a la moda, se interpretarán un día como desequilibrios y malestares de la piel. Los psicópatas padecen desarreglos nerviosos ocasionados por las molestias que causan el cuello de la camisa o la arruga del zapato. Los voluptuosos del placer o de la tortura conocen, por instinto o por práctica, la función imperial de la piel en todo el organismo. Un día hasta se cargarán a cuenta de la piel ciertos trastornos de un órgano que no es sino receptáculo del mal. El órgano, insensible en su normalidad, delata la perturbación sensibilizándose; es decir, volviéndose piel. Un día hasta se cargarán a cuenta de la piel ciertas perturbaciones anímicas que no son sino representaciones psicológicas de una afección superficial.

El órgano sumergido, insensible mientras elabora normalmente sus productos o desempeña su función como dormido en su sueño vegetativo, acusa el desequilibrio haciéndose sentir, expresándose, saliendo por decirlo así a la superficie al modo de una piel invisible y herida.

Si, como quieren las filosofías idealistas y las religiones, el cuerpo es la sombra del espíritu, la piel es como la forma genética de esta sombra. E inútil añadir la importancia que cobra la piel, como órgano de relación radiante y atrayente, para las filosofías materialistas. La piel no tiene dignidad menor que el corazón y el cerebro. Todas estas filosofías se confunden en aquella estrofa del poeta:

> Divina Psiquis, dulce mariposa invisible
> que, desde los abismos, has venido a ser todo
> lo que en mi ser nervioso y en mi cuerpo sensible
> forma la chispa sacra de la estatua de lodo.

Acaso no se haya concedido a la piel toda la importancia que merece para la economía general. Los atisbos de la hidroterapia, aunque orientadores, no pasan de meros atisbos sobre la revulsión y descongestión de los órganos internos. La cosmética, aunque habla de nutrir la piel, más bien la esconde y disimula bajo disfraces estéticos, y a veces con consecuencias funestas. El masaje, si de paso estimula la piel, se destina más bien a los músculos y a los depósitos de grasa. Hay que insistir, por lo que a la piel respecta, en el tocamiento, en la caricia, como procedimientos regularizadores. La palpación —que al efecto propondríamos como un progreso sobre el masaje— trae vivificaciones eléctricas y ondas saludables cuya trascendencia ignoramos. Pena da que su aplicación terapéutica ande hasta hoy en manos de charlatanes y saludadores. Pero, en verdad, una pareja de enamorados puede aquí dar lecciones al clínico.

Oigamos lo que dice Woods Hutchinson en sus *Estudios de Patología humana y comparada:*

> Tejido que es seda para el tacto, superficie la más bella a los ojos en todo el universo, y sin embargo muro metálico para los ataques hostiles. Por su vitalidad maravillosa, la piel es igualmente impenetrable a la sequedad y a la humedad, al frío y al calor, a los cambios eléctricos, a las bacterias noci-

vas, a los venenos más violentos y a los más mortíferos gases: es una de las maravillas del mundo. Más bella que el terciopelo, más flexible y dócil que el raso, más impermeable que el caucho, más durable que el acero aunque se la exponga a la intemperie; casi tan resistente como el vidrio a las corrientes eléctricas —es una de las sustancias más sólidas y más a prueba contra los peligros que puedan encontrarse en los tres reinos de la naturaleza... ¡Y apenas osamos dejarla que disfrute de la luz del sol y que goce del aire puro!

Y pongamos fin a esta divagación, que podría durar muchos días, con este inesperado elogio del "nudismo", o como hubiera dicho un antiguo, de la gimnástica.*

Cadena "Anta", México, V-1943.

* Ver "La mezcalina", en mis *Burlas veras* (segundo ciento), sobre el *peyotl* y cuanto he escrito al respecto.

EL ESCRUTINIO DE PAJA

EXISTE en México, desde hace poco, un Instituto Científico de la Opinión Pública, cuyos trabajos gobierna el Dr. Laszlo Radvanyi, ex-director de la Universidad de Catedráticos en exilio, de París, y ex-director del Instituto de la Opinión Pública y de la Prensa en aquella Universidad. Dicho Instituto ha terminado la primera serie de sus encuestas, realizadas durante dos meses por sesenta investigadores.

Se ha entrevistado a millares de personas de varios niveles sociales y económicos, entre obreros, empleados, comerciantes, artesanos, profesionales, propietarios y gerentes de empresas diversas, en una proporción que corresponde a la importancia numérica de cada grupo dentro de la población de la ciudad de México.

Los cuestionarios han versado sobre cuatro problemas de interés actual: la carestía de la vida, la unidad nacional, la participación de México en la guerra y la quinta columna.

Las técnicas aplicadas son las que, fundadas en las más recientes conclusiones de la sociología, la psicología y la estadística, se emplean ya generalmente en los institutos semejantes de Europa y los Estados Unidos. Se espera con esto dar como una miniatura de la opinión entre las clases económicamente activas de la ciudad de México, todas proporcionalmente representadas.

Comparando estas labores con las que se llevan a cabo en centros semejantes (Nueva York, Londres), se advierte que en México se ha afinado el rigor del procedimiento, pues no se ha recogido simplemente la opinión general, sino que se la ha clasificado en cuadros distintos, según las capas sociales o tipos de trabajo, según los ingresos y según las edades.

Para cada pregunta se establece el tanto de los que tienen una opinión determinada, de los indecisos y de los renuentes a contestar, y las opiniones son a su vez agrupadas según los principales rumbos que adoptan, etc. Se ve así que una in-

mensa mayoría desea medidas más enérgicas contra la carestía de la vida y esfuerzos más eficaces para la unidad nacional; que una mayoría más discreta acepta una participación de México en la guerra, y sólo en caso de que su integridad nacional sea atacada; y que una mayoría absoluta opta por una defensa más franca contra el quintacolumnismo.

Como se ve, se trata de una aplicación a los problemas sociales de aquellos procedimientos que suelen emplearse en las encuestas de diversión: —¿Qué poeta prefiere usted? —¿Cuál es su color favorito?— Se trata de reunir y cualificar una colección de votos sin consecuencia, votos en el aire: el tecnicismo inglés los llama *straw votes*, votos de paja.

Las autoridades están muy divididas. Mientras algunos ven aquí los esbozos de una ciencia naciente o de un nuevo método sociológico, otros sienten que se trata de trabajo perdido, de una ociosidad de engañabobos. Los más prudentes le niegan consecuencia científica, dudan que sea un camino seguro de investigación, pero le conceden efectividad política, como medio de orientación de la opinión pública, medio que, cautamente manejado, ayuda a inculcar una doctrina.

El procedimiento, en efecto, no deja de tener cierta sutil apariencia "mayéutica" o de parteo del pensamiento, como diría Sócrates; pero se presta a conducir al interrogado, como en sus célebres diálogos lo hacía el propio Sócrates, hacia el terreno adonde se lo quiere llevar. En este orden, es un arma de persuasión mucho más fina que los brutales mazazos de la propaganda. No quiere esto decir que el interrogatorio sea necesariamente capcioso; pero el solo hecho de presentar planteado un problema lleva una intención implícita en el planteo, aunque sea porque llama la atención sobre una noción en conflicto. Los periódicos lo saben bien, y acuden al "voto de paja" para provocar discusiones y "levantar liebres".

El "voto de paja" puede usarse como un escrutinio previo a las decisiones institucionales, y de hecho se lo usa para establecer lo que generalmente se llama una precandidatura. Permite, aplicado con limitación en ciertos asuntos, un sondeo que puede fundar una predicción política. En tal función, por lo mismo que prepara el ánimo general y hace que

los resultados oficiales sean más o menos conocidos de antemano, contribuye a rectificar ese vicio del "gallo tapado" y la sorpresa o cubileteo de última hora, vicio con que se mantiene a la opinión en estado de histeria y de sobresalto, río revuelto para la pesca de los agitadores irresponsables e intolerable práctica por parte de los gobiernos. A un capitán electoral, agente de una candidatura, sería imposible pedirle que comience por manifestar dudas sobre la victoria de su candidato. Pero el estadista y el gobernante tienen pleno derecho a emplear la duda metódica como recurso de predicción, como averiguación sobre las probabilidades de la corriente dominante.

Esta arma, como todas, será buena o mala según las manos que la empuñen, pero no cabe duda que es un arma de apreciable alcance. En ciertas investigaciones de este tipo emprendidas en los Estados Unidos, algunos especialistas creyeron llegar a la conclusión, por ejemplo, de que el Estado de Maine era un índice o barómetro de la opinión nacional dominante, de suerte que si Maine elige un gobernador republicano, hay muchas probabilidades de que la nación elija un presidente republicano.

Nunca hemos concedido confianza absoluta a las recetas de pensar, a todo lo que sea sustituir, en el orden humano, cantidades por cualidades o estadísticas por intuiciones. Pero considerar tales métodos con ciega y rabiosa desconfianza sería tanto como negar los fueros lógicos de la inducción, la cual procede por suma de datos y generalizaciones, por coligaciones de hechos.

Una guitarra puede ser mejor o peor, pero sin el buen tañedor no habrá buena música. Así el escrutinio de paja podrá llegar a un acierto o deshacerse en una puerilidad sin sentido. En todo caso ¿qué sería del tañedor en tierra donde no hay guitarras? Siempre es bueno que las tengamos, y nunca está por demás que aprendamos a manejarlas.

Y sobre todo, hay que acostumbrar a la gente a pensar en los problemas políticos —que son los problemas de la convivencia humana— como en un patrimonio común, como en algo que a todos nos atañe, como el respirar y el comer. Los escrutinios de paja sirven como un ejercicio educativo contra

el funesto abstencionismo, contra esa dejación o esa indiferencia que son el primer síntoma de las decadencias sociales. Constituyen un medio poco costoso de la preparación pública. Proveen al legislador una técnica de estudio; al político, una brújula; al gobernante, un suave recurso de persuasión o de consulta plebiscitaria sin estrépitos peligrosos; al periodista, un medio de información objetiva; al sociólogo, un documento más para interpretarlo a su criterio. Tiene sus peligros: evidentemente. Todo tiene peligros. "No se acueste usted nunca en una cama —decía un chiflado—, porque mi abuelo y mi padre murieron en su cama."

En todo caso, los temas propuestos hasta hoy por el Instituto Mexicano son saludables, y es consolador comprobar que los indecisos y los abstencionistas representan una desdeñable minoría.

Todo, *México, 20-V-1943.*

EN TORNO A LA FERIA DEL LIBRO

La feria del Libro y Exposición Nacional del Periodismo que acaba de realizarse en México da lugar a muchas meditaciones. No insistamos más en lo que esto significa como manifestación de la cultura nacional, porque es obvio. Tampoco insistamos en la prueba de estimación y respeto a la libertad del pensamiento que con esta presentación de las letras nacionales nos han dado las autoridades de la ciudad. Como decía en su *Cena* Baltasar del Alcázar: "Esto, Inés, ello se alaba, No es menester alaballo."

Habría mucho que añadir sobre el estímulo psicológico que la sola frecuentación de los libros produce en la gente que circula entre los pabellones; muchos aciertos que señalar —a vueltas de algunas deficiencias inevitables— en las contribuciones de empresas periodísticas, editoriales, libreros, instituciones culturales, departamentos públicos, Estados de la República que han traído al caso un muestrario de su bibliografía.

Pero hoy nos interesa tan sólo un aspecto de la cuestión: el recordar hasta qué punto el libro no es un lujo sino una parte integrante de la vida humana, y un factor indispensable en la edificación de las sociedades como hoy las entendemos, es decir, erigidas ya en civilización.

El libro enriquece igualmente la soledad y la compañía. Sin las letras, depósito de las conquistas que llamamos cultura, la persona humana y la sociedad humana apenas serían larvas y esbozos animales en vías de humanización. Hoy por hoy, estamos tejidos en la sustancia de los libros mucho más de lo que a primera vista parece. Aun los rasgos más espontáneos de nuestra conducta y aun nuestras más humildes palabras tienen detrás, sepámoslo o no, una larga tradición literaria que viene empujándonos y gobernándonos. Los biólogos nos enseñan que nuestro cuerpo, desprovisto del agua que contiene, quedaría reducido a menos de dos quintas partes. Otro tanto, y peor, acontecería sin

la cultura respecto a la cantidad de hombre que hay en el hombre.

Veámoslo por la prueba apagógica o por reducción al absurdo. ¿Qué sería de nosotros si careciésemos de las letras? ¿Podéis concebir una civilización fundada exclusivamente en las fórmulas mágicas o en las tradiciones orales de los primitivos? Los caracteres gráficos para captar y conservar las nociones, que acaso arrancan de los rasgos decorativos en la portentosa alfarería sumera, la más antigua que se conoce, y que luego comenzaron a usarse para inventarios de bienes, pactos mágicos o políticos, transacciones comerciales y fastos históricos elementales, han venido a constituir algo como un cerebro suplementario. A tal punto que algunos, por ejemplo, Frobenius, han llegado a considerar la cultura como un ser abstracto que se sostiene y prospera por sí mismo, sobre la cabeza de todos los hombres particulares. Pues, en verdad, la cultura misma en que vivimos, la cultura que disfrutamos y gracias a la cual existimos dentro de nuestra sociedad, es inaccesible, en su totalidad, a todos y cada uno de nosotros. Sólo está en los libros.

En cuanto al paso de los caracteres manuscritos a la imprenta, representa la máxima comodidad y la difusión democrática. Otro grado mayor de tal difusión, aunque nunca podrá sustituir del todo a la imprenta, está en el cine y en la radio, instrumentos que a su vez dominan otras zonas adonde la imprenta no alcanza. En todo caso, la cultura no es ya un servicio hierático, sino demótico: no es ya, como en el Egipto clásico, un privilegio de la casta sacerdotal, única que poseía el secreto para medir el nivel del Nilo y proceder a las nuevas reparticiones agrarias después de cada inundación, sino que es ya, en principio, un derecho igual para todos.

La inevitable desigualdad práctica en las oportunidades de la cultura —desigualdad que es el enemigo común de las sociedades humanas— domina y gobierna como desde arriba las desigualdades "factuales" entre los pueblos, y es un factor fundamental que separa o distingue a unas clases de otras. Junto a esto, las superficiales diferencias raciales —conformación craniana, cabellos, ojos, piel— no son más que

apariencias insignificantes, y en modo alguno pueden justificar distingos de jerarquía política. La dignidad humana es igual para todos. La eficiencia mental media es igual también. Las desigualdades son efecto de las oportunidades mayores o menores para compartir el banquete de la cultura. El primer *test* de eficiencia mental consta en un diálogo de Platón. Sócrates, maestro de cultura, hace allí resolver un problema de geometría a un esclavo negro, mucho menos que un bárbaro blanco a los ojos de la aristocracia ateniense. Para ello no ha necesitado más que darle los recursos, conducirlo convenientemente, proporcionarle los instrumentos, la oportunidad de que antes carecía.

Este jeroglifo que son las letras representa la perennidad, la perpetuación terrestre de lo humano. Hace poco, visitamos en dos distintas ocasiones la preciosa Exposición de la Flor recién organizada por la Secretaría de Agricultura. Junto a los tiestos con plantas naturales, había una galería de pinturas con motivos botánicos. El día de la inauguración todo lucía y brillaba con el vigor mismo de la vida. A los pocos días, los tiestos sólo mostraban flores mortecinas y agonizantes. Pero los jeroglifos, las pinturas, se mantenían indemnes. La vida muere, los libros permanecen.

Al menos, los libros pueden perdurar. Y si no siempre perduran, es porque también sufren el asalto de sus enemigos. Los enemigos del libro son de tres órdenes: los inanimados, los animales y los morales. Ejemplo de los inanimados son esos agentes naturales como la humedad, que tantos estragos ha hecho en los depósitos conservados en los subterráneos y plantas bajas de nuestros antiguos conventos. Las hojas se ponen amarillentas, se corroen por las orillas y muestran unas manchas de hongos que acaban por destruirlas. Ejemplo de los enemigos animales, entre otros mil que todos conocen, como la polilla o el "cupim" del Brasil, es ese gusano del libro cuya mejor descripción está ya en Aristóteles: "pequeño escorpión sin cola".

En cuanto a los enemigos morales, que son los hombres, los hay por grosería o negligencia, como los que quiebran y "truenan" los libros empastados, partiéndolos por el lomo para que se abran mejor, los que abarquillan los picos de las

páginas para marcar el lugar de su lectura, los que manchan las hojas con los dedos tiznados, etc.; y los hay por dolo, los que destruyen conscientemente los libros, los que los queman sin percatarse de que se destruyen a sí mismos y dan al fuego la porción más excelsa de lo que ya es naturaleza humana, los "descivilizados" de ayer y de hoy. Y éstos son los más inexcusables de todos.

Hay un caso que merece consideración especial: las bibliotecas públicas que se pierden gradualmente por la negligencia de sus guardianes, o las privadas que emigran, a la muerte de sus poseedores, por la necesidad económica de los herederos. ¿Para qué contar las vergonzosas sustracciones que han padecido algunos depósitos nacionales? ¿Para qué contar la fuga, por todos conocida, del caudal paciente y sabiamente hacinado por Genaro García en México o por Oliveira Lima en el Brasil?

La historia de las emigraciones de las bibliotecas privadas comienza con Aristóteles, cuyos libros, según cuenta Estrabón, pasaron, a la muerte del Maestro, a manos de Teofrasto, y de éste a Neleo, que se los llevó consigo a la Tróada, donde es fácil que el acervo haya sido mermado en la rivalidad de Pérgamo y Alejandría, ciudades que se disputaban los manuscritos con mano militar, caso único e inconcebible en nuestro tiempo. Lo cierto es que los herederos de Neleo escondieron lo que les quedaba en una bodega, donde los manuscritos aristotélicos estuvieron arrumbados por siglo y medio, y de donde Apelicón los desenterró para devolverlos a Atenas. De allí, los conquistadores de Atenas se los llevaron a Roma, donde en calidad de botín pudieron disfrutarlos los primeros organizadores del Cuerpo Aristotélico. La historia de las emigraciones tiene su capítulo más reciente en la biblioteca hispanoamericana que acaba de vender Rafael Heliodoro Valle. Nadie, en el mundo de las letras mexicanas, ignora los contactos de este escritor con los escritores de nuestra América, sus eficaces relaciones con autores y editores del Continente, su amplia información bibliográfica. Seguramente que había logrado juntar un fondo valioso y abundante.

Estos desastres requieren, irremediablemente, la urgente

intervención del Estado, que debe acudir al remedio reclamando la primera opción —como se hizo para la biblioteca de Genaro Estrada— y mostrándose generoso. No estaría mal que, como una consecuencia eficaz de la Feria del Libro, se fundara una Sociedad de Amigos de las Bibliotecas, la cual ayudara a restañar esta sangría abierta, a impedir y dejar inútil este contrabando no vigilado. Los gobernantes tienen muchas cosas en que pensar y los apremian muchos problemas inmediatos. Los amigos de los libros son los llamados a darles el aviso de alarma.

Cuando, en su discurso inaugural de la Feria, José de J. Núñez y Domínguez expresó en buena hora el voto de que sea restaurada la Biblioteca Nacional, de tan claros timbres, arrancó un nutrido aplauso del auditorio. Ojalá nuestro voto por las bibliotecas en general merezca la atención de nuestros profesionales de la cultura, a quienes incumbe ser —como en Platón— los "guardianes de la República".*

México, V-1943. Todo, *México, 17-VI-1943.*

* Referencias: "Frestón", *El cazador, Obras Completas,* t. III, pp. 157 *ss.;* "Meditación para una biblioteca popular", *A lápiz, Obras Completas,* t. VIII, pp. 274 *ss.;* "Huéspedes indeseables", *A lápiz, Obras Completas,* t. VIII, páginas 291 *ss.* Ver también: "La sangría abierta", t. VIII, pp. 420 *ss.* y "La moraleja de un libro", en el presente tomo, pp. 247-50. Sobre la biblioteca de Aristóteles, ver mi *Crítica en la Edad Ateniense,* § 332.

TRAVESURAS LINGÜÍSTICAS

La otra tarde, un amigo norteamericano me preguntaba:

—¿Cómo se explica que en español se llame "manzana" a una fruta y también al bloque de casas comprendido entre varias calles?

Yo me puse impaciente:

—No se explica de ningún modo. La lengua no es de origen estrictamente racional. Así es, y se acabó. No hay que buscarle tres pies al gato.

Pero ese fino maestro del ingenio y las letras, Enrique Díez-Canedo, que nos oía, se acercó y le dijo con una piadosa sonrisa y con una sorna inefable:

—¿Sabe usted? Así como en la ciudad se ven las manzanas amontonadas y separadas una de otra, así se ven también las manzanas en un cesto de frutas.*

Yo recordé entonces un caso de anfibología semejante en la lengua inglesa. El verbo *to bind* quiere decir "ligar o atar" y también "encuadernar o echar pastas", y tener un barco *bound for* es tenerlo "surto o dispuesto a zarpar para tal o cual destino". Así se explica el equívoco de cierto film que, bajo el título de "Camino de Marruecos", acaba de pasar por los cines de México: los personajes, al averiguar que van *bound* para Marruecos o "camino de Marruecos", se comparan con el gran Diccionario Webster, que se vende "empastado en marroquí" (que así se dice en nuestra lengua por el natural de Marruecos, y no "marroqui" con acento grave, como lo repiten constantemente los locutores de radio, refiriéndose al nombre de una calle de esta capital).

Y esto me llevó como de la mano a una de las más sabrosas anécdotas de la vida literaria madrileña en mis tiempos. Sucedió que cierto erudito, antes de llegar a serlo y

* La anfibología de esta palabra es culpable de que cierto inocente diálogo entre dos guardias que aparece en una conocida pieza del Género Chico ("—¿Qué haremos? —Daremos otra vuelta a la manzana") asuma un carácter de insinuación pecadora, digna de nuestra madre Eva.

allá en los días de la insegura juventud, tradujo del inglés la célebre biografía de Cervantes escrita por Fitzmaurice-Kelly, y como aún no era muy ducho en achaques cervantinos ni dominaba la lengua extraña, la dichosa anfibología del *bound* lo llevó a una lamentable confusión: donde el autor decía que Cervantes había sido providencialmente rescatado de su cautiverio en Argel cuando ya lo tenían a bordo de una nave dispuesta para Constantinopla, y que lo iban a vender junto con otros esclavos, el traductor entendió que Cervantes había sido rescatado, tras de haber ido "atado" como esclavo a Constantinopla.

Pues bien, nuestro inolvidable don Francisco A. de Icaza, a quien nada se le escapaba, cayó en el disparate y escribió un donoso artículo llamado más o menos: "De cómo Cervantes, después de muerto, fue atado hasta Constantinopla, donde jamás estuvo en vida." La risa fue general, y todavía oigo las carcajadas. El erudito en cuestión, que ya para entonces lo era y tenía mejores estudios, en vez de confesar lisa y llanamente su pecadillo juvenil, quiso defenderse alegando la anfibología de la palabra. Y don Francisco le retrucó, de rayo: "Y entonces, ¿por qué no se le ocurrió a usted echarle pastas a Cervantes, puesto que eso quiere decir también la malhadada palabra?"

En estos asuntos lingüísticos, uno de los sofismas populares más socorridos consiste en querer explicar la lengua por la sola lógica, cuando la fantasía y el capricho tienen en esto buena parte. El afán lógico lleva a la postura mística de los antiguos analogistas, que creían ver una correspondencia misteriosa de esencias entre el objeto y el nombre que se le asigna para poder mentarlo. En los estudios de semántica se citan ejemplos de estas estratificaciones mentales, que pueden conducir hasta la perturbación psicológica:

Dice un niño en la clase:

—El sol es masculino y la luna es femenina.

El profesor precisa:

—No, la palabra "sol" es masculina, pero no el objeto sol; la palabra "luna" es femenina, pero no el objeto luna. Pues, ¿qué si al sol se le llamara "luna" y a la luna se le llamara "sol"?

Y el niño, contundente:

—No puede ser, maestro, porque el sol sale de día y la luna sale de noche.

Lo que también nos recuerda el caso de aquel guía de viajeros que, al acercarse a la ciudad de Soria, exclamaba, ufano:

—Y aquí tienen ustedes, señores turistas, la ciudad de Soria, como su mismo nombre lo indica.*

El Nacional, *México, 28-VI-1943.*

* Ver antes "Grandeza y miseria de la palabra", pp. 267-9.

EL *CANARD*

CUANDO el paladar era más sensible, y más fuertes las "resistencias lógicas" de que nos habla el sociólogo uruguayo Carlos Vaz Ferreira, se llamó *canard* a toda noticia periodística falsa o siquiera exagerada. Hoy ya ni se siente la necesidad de usar una denominación especial para tales infundios, plato de cada día y hasta título de honor entre los polluelos de la nueva nidada.

Durante la última monarquía española, la Corte —siguiendo los viejos hábitos trashumantes— se trasladaba de playa en playa durante el verano, llevando consigo, a título de oficial de guardia, a un Ministro de Jornada, por lo que pudiera ofrecerse. Se cerraban en Madrid los teatros y espectáculos más famosos. Todo el que podía se iba por esas costas en busca del mar y la brisa. La capital se quedaba algo despoblada. No es que Madrid careciera entonces de todo atractivo, pues como decía un político del siglo pasado: "Madrid, en verano, sin familia y con dinero... ¡Baden-Baden!" En todo caso, lo cierto es que languidecía la vida. Comenzaban a escasear las noticias. Los diarios carecían de electricidad. Y entonces, allá entre el 15 de julio y el 15 de agosto (de Virgen a Virgen) aparecían algunos relatos exorbitantes, que por lo demás a nadie engañaban ni hacían daño, y que se leían entre sonrisas y no sin cierto agradecimiento, dada la piadosa intención que los animaba de sacudir la morriña y el marasmo. Se les llamaba, en el argot madrileño, "La Gran Serpiente de Mar", y correspondían al tipo del escándalo sin consecuencia que Rubén Darío captó tan graciosamente en su poema humorístico *Agencia:*

> ...Cambia de curso el Gulf Stream,
> París se flagela en placer,
> un cometa va a aparecer.
> Se cumplen ya las profecías
> del viejo monje Malaquías...

China se corta la coleta,
Henri de Rothschild es poeta, etc.

La Gran Serpiente de Mar, la Araña Gigantesca, el Borrego de dos cabezas pertenecen a la fauna mitológica del *canard* y son frutos del cenizoso verano.

Aquí de la criatura que nació con un diente de oro; o el caso de las cinco mellizas, que en nuestros aciagos tiempos ha resultado una realidad; o el de aquella mujer que tenía en torno al iris del ojo derecho un letrerito, que decía: "Napoleón, Emperador de los franceses", y que el travieso Gérad de Nerval asegura haber encontrado un día en los bulevares.

Pasó en sus días por *canard* la especie de que se pretendía sacar a Napoleón de su isla mediante un barco submarino; y sin embargo, hoy las investigaciones históricas nos aseguran que el submarino, recién inventado, aunque no popularizado todavía, fue rechazado por Napoleón como medio traicionero e indigno para combatir al enemigo, y que México estuvo a punto de adquirir el primer submarino que se construyera para ayudar a la emancipación de Cuba contra España.

Después de todo, la historia empieza con el *canard*, y los jeroglifos egipcios o las incisiones babilónicas que registran los fastos de los monarcas guerreros no pasan de ser groseras jactancias.

Está por averiguar hasta qué punto caen bajo el mismo género de falsificación literaria ciertos relatos de conquistadores y colonizadores de América. Así el poeta Mateo Rosas de Oquendo, que recorría los nuevos dominios hispanos en el siglo XVI, nos descubre el juego confesando que cierta población hecha en Tucumán, de que se dio cuenta al virrey en un pliego lleno de embustes, presentándola como la fundación de una gran ciudad que resultó de un combatir tres días contra veinte mil nativos, no pasaba de cuatro corrales que un puñado de indios infelices cedieron a los españoles de muy buena gana y sin que se derramara una onza de sangre.

Otras veces el *canard* es un calculado desvío de la atención pública, como cuando se cambiaron de sitio en México

los caballos de Querol, para que los diarios se entretuvieran en discutir el caso y dejaran a los gobernantes negociar en paz ciertos convenios internacionales. Aquí el *canard* no es ya puramente literario, sino que se vuelve maniobra práctica, hecho verdadero, y los diarios pasan, de la categoría de embaucadores, a la categoría de embaucados.

Por los tiempos de la Restauración, se dio en París uno de los más hermosos casos que se conocen. Corrió la voz de que existía una mujer bellísima, con dos o tres millones de dote, pero con cabeza de muerta. Los periódicos daban su dirección, pero ella no se dejaba ver. Se componían versos en su loor. La gente se agolpaba en la calle bajo sus balcones. La imaginación enfermiza hizo estragos en algunas mentes románticas. Llovían los enamorados y pretendientes. Por último, un inglés estrafalario, un tipo a lo Byron, consiguió raptar a la misteriosa señora. Pero ¡qué desilusión! La señora no sólo era bella de su cuerpo, sino que tenía una cara preciosa que en todo hacía pensar menos en la muerte. El inglés estaba inconsolable ante esta burla del destino.*

Cadena "Anta", México, VI-1943.

* Sobre Mateo Rosas de Oquendo, *Obras Completas*, t. VI, pp. 25 *ss.*

EL ARGENTINO JORGE LUIS BORGES

ORÍGENES *y tradición.* El gran viejo argentino Macedonio Fernández, cuya atildada cortesía y cuyas facciones recuerdan un poco a Paul Valéry, pertenece a la tradición hispánica de los "raros", que puede trazarse por las extravagancias de Quevedo, Torres Villarroel, Ros de Olano, Silverio Lanza y Gómez de la Serna. Sin ser maestro de capilla, ha ejercido cierta influencia en un grupo juvenil argentino, al menos poniéndolo en guardia contra los lugares comunes del pensamiento y de la expresión.

La obra y la persona. Jorge Luis Borges, uno de los escritores más originales y profundos de Hispanoamérica, detesta, en Góngora, las metáforas grecolatinas ya tan sobadas y las palabras que significan objetos brillantes sin dar claridad al pensamiento, así como desconfía del falso laconismo de Gracián, que acumula, aunque en frases cortas, más palabras de las necesarias. Borges ha escrito ya una buena docena de libros entre verso y prosa. En el verso huye de lo que él llama la manía exclamativa o la poesía de la interjección, y en la prosa, cuando opera con su propio estilo, sin caricatura costumbrista, huye de la frase hecha. Su obra no tiene una página perdida. Aun en sus más rápidas notas bibliográficas hay una perspectiva original. Fácilmente transporta la crítica a una temperatura de filosofía científica. Sus fantasías tienen algo de utopías lógicas con estremecimientos a lo Edgar Allan Poe. Su cultura en letras alemanas e inglesas es caso único en nuestro mundo literario. En sus venas hay sangre escocesa. Su hermana, Norah, es la fina dibujante, esposa de Guillermo de Torre. Tiene una parienta anciana a quien visitan los duendes y los espíritus, pero con tanta familiaridad, que ya ella no les hace caso cuando dan en tumbar sillas o descolgar cuadros de las paredes. Borges es algo miope, y su andar parece el de un hombre medio naufragado en el mundo físico. Con todas las condiciones para ser un

exquisito, se orienta de modo singular, cuando quiere, por entre los bajos fondos de la vida porteña y el lenguaje del arrabal, en el que ha logrado unas páginas de factura admirable y verdaderamente quevediana, dando dignidad al dialecto. ¡Lástima que estas páginas —de extraordinario valor— resulten inaccesibles al que no ha practicado aquellos ambientes de Buenos Aires!

La novela detectivesca. Así acontece con un libro publicado bajo el seudónimo de H. Bustos Domecq, *Seis problemas para don Isidro Parodi* (Buenos Aires, Sur, 1942).

Borges y su colaborador Adolfo Bioy Casares —de una generación más nueva y autor de la encantadora fantasía científica *La invención de Morel*— habían publicado no hace mucho cierta caprichosa *Antología de la literatura fantástica*, donde seguramente hay varios cuentos firmados con nombres supuestos y escritos por los recopiladores del volumen. Con un método semejante, los *Seis problemas* crean la personalidad de los prologuistas y del fingido autor Bustos Domecq, antes de crear los cuentos mismos. Con este libro, la literatura detectivesca irrumpe definitivamente en Hispanoamérica, y se presenta ataviada en el dialecto porteño. No se trata de problemas policiales ni de investigaciones de laboratorio. Parodi, el personaje que descubre la trama de los casos y la identidad de los culpables, no cuenta más que con su cerebro, como que es un presidiario recluido en su celda para varios años. Este desasimiento del "mundanal ruido" le da la concentración mental para sus aciertos y la nitidez, el despojo, para captar las líneas esenciales de los problemas. Todos los casos se desenvuelven en dos tiempos: en el primero, el visitante —generalmente un inocente de quien se sospecha— relata su enigma al presidiario como quien cuenta su enfermedad al médico; en el segundo, y con ocasión de una segunda visita, el médico dicta el diagnóstico, el presidiario da la recta solución del enigma.

Testimonio social. De paso, nos vemos transportados a los escenarios más abigarrados y curiosos, recorremos los más ocultos rincones de la vida porteña, y desfila a nuestros ojos

una galería de tipos de todas las escalas y todas las razas mezcladas en aquel hervidero de inmigraciones, hablando cada uno su lenguaje apropiado. A tal punto que, amén de su interés de enigma, el libro adquiere un valor de testimonio social, aunque iluminado fuertemente por las luces poéticas. Entiéndase bien: poéticas, no sentimentales. No hay un toque sentimental aquí, que sería contrario a la firme estética de Borges.

Mago de las ideas. Borges es un mago de las ideas. Transforma todos los motivos que toca y los lleva a otro registro mental. Los solos títulos de sus libros hacen reflexionar sobre una nueva dimensión de las cosas y parece que nos lanzan a un paseo por la estratósfera: *El tamaño de mi esperanza, Historia de la eternidad, Historia universal de la infamia,* etc. Ya inventa una región inédita y olvidada del mundo, donde se pensaba de otro modo: *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius;* ya inventa a un escritor francés que se propone reescribir íntegro el texto del *Quijote,* usando las mismas palabras de Cervantes, y simplemente pensando por su cuenta y al modo de hoy, con la fertilización del anacronismo, cada uno de los conceptos del libro clásico; ya imagina una biblioteca de todos los libros existentes y todos los libros posibles; ya una Babilonia gobernada, no por leyes sino por una especie de Lotería Nacional. Lo cual, bien mirado...

Tiempo, *México, 30-VII-1943* ("Misterio en la Argentina").

LA FUTURA VICTORIA

ACABA de realizarse en México (Palacio de Bellas Artes) una Convención de la Juventud por la Victoria, expresión "platónica" de los anhelos libres y democráticos que reinan en distintas clases juveniles de Hispanoamérica, pero no por ser platónica menos eficaz, puesto que estas llamadas de atención van dando índices y útiles orientaciones sobre las necesidades de la generación que habrá de sucedernos. Asistimos hoy a una verdadera efervescencia de planes, proyectos y sueños para recomponer el mundo después de la guerra. Posible es que haya algo de irritación estéril en todo ello, pero peor, mucho peor fue el estado de impreparación en que la paz de 1918 encontró al mundo. De allí nació ese arbitrario tratado de Versalles que ha sido causa, al menos en parte, de las actuales crisis. Y es que reorganizar el mundo en un instante y de acuerdo con planes de gabinete, cuando el mundo es resultado de estratificaciones y acarreos seculares, lentos y complejos, siempre resulta peligroso. A sabiendas o no, se olvidan algunos supuestos esenciales del problema, no se prevén con facilidad algunos factores de futuros desastres. Siempre, a la hora de las distribuciones, se escucha, como en el romance castellano, la voz iracunda de doña Urraca:

A mí, porque soy mujer,
dejáisme desheredada:
irme he yo por esas tierras
como una mujer errada.

La misma experiencia histórica viene a servir sólo como una ayuda relativa, puesto que la historia no se repite. La historia, como explicaba Burckhardt en Basilea, ante su joven discípulo Nietzsche, que lo escuchaba con fascinación, vive de la mutabilidad acelerada, del bastardeo de los tipos, y en esto se diferencian sus fenómenos de los fenómenos que la ciencia natural estudia, pues la naturaleza tiende, al contrario, a la organización y estabilidad de los tipos. Además, la

previsión total del porvenir, aparte de sernos inaccesible, equivaldría a la muerte. Conviene, si la vida ha de continuar, que la voluntad animadora camine algo a ciegas, entre apuestas y desafíos, frente a lo desconocido.

Saludamos, de todos modos, el hermoso empeño de la Convención juvenil por la Victoria y, en nuestro deseo de no proponerle fraudes optimistas, le dedicamos estas rápidas reflexiones:

Los jóvenes verán la hora de la victoria. Consuélese con tal certeza la generación sacrificada. Porque la victoria no ha de confundirse con la terrible liquidación de la posguerra que ha de seguir a los triunfos de las armas.

Los apremios para mantener la sustentación vital de los pueblos despedazados; el régimen de enfermería; la reinstauración de cierto orden como base mínima e indispensable; las posibles rivalidades que ya se dibujan; los esfuerzos tenaces para devolvernos a una situación anterior y ya superada, y de que la guerra ha sido la fatal consecuencia; y hasta la guardia armada en evitación de nuevas sorpresas: todo esto llenará la posguerra.

La victoria sólo puede venir un poco más tarde, cuando sea completo el desengaño de las experiencias pasadas y esta misma exasperación vaya acumulando un caudal de nuevos anhelos.

Entonces el instinto humano descubrirá nuevas instituciones de salud y medicación; capitalizará los esfuerzos que permitan cosechar el fruto de la esperanza; y la marea de salvación vendrá por la noche, insinuándose en los más profundos estratos de la conciencia colectiva.

El triunfo militar es para mañana. La victoria es de pasado mañana y queda confiada a la fe de la juventud, al ardor de su voluntad, a la magia de su deseo ardiente y constante.

Pues las herencias sociales no se logran con la pasividad automática, y sólo maduran por efecto de la libre elección y la colaboración decidida. Así entiendo yo, en la hora presente, el impulso de la juventud hacia la victoria; así entiendo la responsabilidad de los jóvenes en la edificación de un mundo más justo.

Renuncien desde ahora quienes piensen que el tributo ha de caer espontáneamente del árbol como en el Siglo de Oro que cantó Don Quijote. Renuncien desde ahora quienes se figuren que las batallas se ganan en servicio de los espectadores. Se avecina otra guerra, y es la guerra moral, y en ella hay que conquistar la victoria.

Cadena "Anta", México, 23-VII-1943.

LOS PROBLEMAS DE LA GUERRA

La guerra es fenómeno complejo que pone a contribución todas las energías psíquicas y materiales de los pueblos. La guerra es, hoy por hoy, el problema social de mayor urgencia. Esto explica que el Centro de Estudios Sociales del Colegio de México (institución privada y autónoma, de carácter no lucrativo y consagrada a la alta investigación y a los estudios super o extrauniversitarios, donde los contadísimos alumnos admitidos, tras de vencer las pruebas previas, son todos becarios y se les paga por estudiar) haya escogido el tema de la guerra para las sesiones quincenales de su primer seminario, pues la consideración de la guerra es hoy el primer deber en una casa de estudios sociales, y ningún asunto se presta mejor a la colaboración y cambio de ideas entre especialistas de diversas disciplinas.

Este seminario no es público, no es un mitin político, sino un trabajo de estudio entre varios, al que concurren los catedráticos y alumnos del Centro en cuestión, y los especialistas convidados al efecto. Se dedica una hora a la exposición del problema por el ponente —cuyo texto escrito e impreso se ha distribuido con suficiente anticipación entre los participantes— y otra hora a la discusión, de que se toma constancia en versiones taquigráficas. Al final de los trabajos, todo ello se recogerá en un volumen para que circule por librerías y todos reciban el posible provecho.

Se han realizado hasta hoy dos sesiones, la primera presidida por el rector de la Universidad de México, licenciado Rodulfo Brito Foucher, y consagrada a la presentación general de los problemas, sobre la ponencia del doctor José Medina Echavarría, director del Centro de Estudios Sociales; y la segunda consagrada a "Los principios de la guerra desde los puntos de vista táctico y estratégico en relación con los progresos de la ciencia", sobre la ponencia del general Tomás Sánchez Hernández, Jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional.

En ulteriores sesiones se estudiarán las causas políticas de la guerra, en cuanto al equilibrio del poder (ponencia del licenciado Manuel J. Sierra) y en cuanto a la geopolítica (ponencia del doctor Jorge A. Vivó); sus causas económicas, en cuanto a la presión demográfica (ponencia de don Gilberto Loyo) y en cuanto a la disponibilidad de materias primas (ponencia de don Manuel Chavarría); sus causas humanas (ponencia de don Antonio Caso y lectura del embajador de Colombia, don Jorge Zalamea, escritor de nombre continental); sus efectos sociales (ponencia de don Vicente Herrero); sus efectos económicos (ponencia de don Josué Sáenz); la prevención de la guerra (ponencia de don Manuel Pedroso); y tres sesiones finales sobre características y consecuencias de la guerra actual.

Las dos sesiones realizadas han tenido singular interés y se han desenvuelto en un ambiente de la mayor sobriedad y la mayor libertad científica. Pero singularmente la segunda sesión asumió el valor de una sorpresa para los catedráticos y sociólogos de la clase civil, que no suelen tener ocasión de cambiar ideas y discutir a fondo con los altos jefes y directores de nuestra organización y educación militares. El solo haber logrado este contacto cordial y comprensivo entre la ciencia civil y la ciencia militar es ya un progreso en los hábitos de nuestro país. El general Sánchez Hernández, y sus acompañantes los señores teniente coronel Luis Rivas López, director de la Escuela Superior de Guerra, y teniente coronel Dávila, que acaba de regresar de África, escucharon con manifiesto interés las dudas y cuestiones que les proponían historiadores, psicólogos, sociólogos y economistas, contestando a ellas con riqueza de conocimientos exactos y de experiencia viva, y con un claro sentimiento filosófico del problema. De tal suerte unos y otros se sintieron fascinados por el desarrollo del tema, que parecía crecer en movimiento armonioso según se buscaban las prolongaciones sociales y psicológicas de esa lógica viva que es el arte de la guerra, que se ha proyectado ya la realización de otra sesión extraordinaria y no prevista en el programa, para continuar el estudio conjunto de militares y civiles. He aquí una buena noticia. El hecho revela un nuevo estado de la mente y de

la cultura nacionales y creemos, sinceramente, que tendrá trascendencia como punto de partida de una colaboración futura, cuya posibilidad se ha visto ya comprobada y cuyos efectos serán benéficos para el porvenir del país.

Cadena "Anta", México, 1943.

LA CONFERENCIA DE PARÍS

TODOS saben y repiten que, entre las causas de la crisis actual, cuenta por mucho la impreparación en que la paz de 1918 encontró al mundo o, si se prefiere, la preparación febril y desordenada a que lo obligó. Acaso no sea inoportuno el recordar los rasgos generales de la Conferencia de París.

Cuando Wilson se presenta en Europa para fundar las bases de la paz, tiene las simpatías del mundo, porque representa dos elementos que pocas veces se han dado juntos en la historia: el mayor idealismo y el mayor poder material. Meses más tarde, el filósofo ha capitulado. Su derrota se debe a tres causas de orden diferente:

a) incomprensiones;
b) desgracias;
c) errores.

a) INCOMPRENSIONES

1º *Los Catorce puntos:* En 1918 nos encontramos con dos versiones de estas nuevas tablas de la ley. De un lado, los Catorce puntos propiamente tales, redactados por Wilson y aceptados por Alemania como base de las negociaciones. Del otro, la interpretación de los Catorce puntos que el coronel House presenta a los aliados (29 oct. 1918). Esta interpretación atenúa los preceptos de Wilson al punto de anularlos. Donde Wilson habla de la libertad de los mares, House autoriza el bloqueo; donde Wilson suprime las barreras económicas, House admite las medidas de protección a las industrias nacionales, etc. Alemania parte de la versión Wilson. Los aliados parten de la versión House. Al empeñarse la disputa, los aliados declaran que, en resumidas cuentas, poco importan las condiciones que Alemania haya puesto para el armisticio, dado que el armisticio no alteraba el resultado ya inevitable de la guerra, y de todos modos los aliados hubieran impuesto sus condiciones a Alemania. Los aliados

nunca pensaron haber comprado la paz a cambio de los Catorce puntos.

2º Norteamérica deseaba satisfacer su aspiración teórica de justicia internacional entre los demás pueblos, pero —decían los descontentos— sin someter su propia conducta a igual criterio. Los latinos de Europa, al examinar la historia de los Estados Unidos a la luz de los Catorce puntos, pierden todo respeto para la doctrina wilsoniana, que parecía inspirada en esta máxima: "Haz lo que digo, y no lo que hago." Hubiera sido necesario que Wilson explicara a Europa la divergencia entre el pasado político de Norteamérica y su doctrina actual. Además, tal doctrina ¿era la de Norteamérica, o sólo la de Wilson?

b) DESGRACIAS

1º Los plenipotenciarios de las democracias europeas —Clemenceau, Lloyd George, Orlando— están al servicio y a merced de pueblos beligerantes, que más desean la satisfacción de su resentimiento y su dolor que la construcción de una Europa viable. Hay que reconocer en Lloyd George una capacidad increíble para informarse en un instante de lo que poco antes ignoraba; una penetración que ha hecho hablar a los comentaristas de "mediumnismo" y "telepatía"; una clara visión de los peligros en que se desenvolverían las negociaciones, peligros que tuvo la bravura de denunciar. Si era agudo para percibir las fallas de los otros, no disimulaba sus propios deslices y los corregía con una humorada. Pero la mole de hechos lo arrollaba irremediablemente. El estado de ánimo de la Conferencia era "el callejón sin salida". "¡Admirable! —decía Clemenceau. Estamos en desacuerdo en todo." Imponer una paz moderada a pueblos recién calentados al rojo blanco hubiera exigido una colaboración íntima y constante de los Estados Unidos. La cual no era posible, desde el momento en que, al presentarse Wilson en Europa, los Aliados saben ya que no está respaldado por su país, donde, en el Congreso, acaba de perder la mayoría.

2º La fatiga que se fue apoderando de los organismos de la negociación apenas puede ser descrita; apenas puede

serlo la trepidación de inquietud y trabajo en aquellas horas angustiosas. La resistencia humana tiene un límite. Se quiso acabar cuanto antes. Los pueblos en masa clamaban por el regreso de las tropas. La negociación había querido abarcarlo todo y padecía de un *surmenage* planetario. Los testigos presenciales de los trabajos, no digamos ya los colaboradores mismos, nos han dejado documentos en que se trasluce el aturdimiento de sentir vibrar a un tiempo todos los problemas del mundo, y las obsesiones causadas por una irritación nerviosa llevada a sus extremos. "Acabemos pronto y mal", pudo decirse entonces. ¡Qué lejos se estaba ya de las grandes aspiraciones ideales de los comienzos! La musa funesta de la desesperación iba empujando el carro de la Conferencia. "Los grotescos esfuerzos para no ofenderse entre sí", de que habla el coronel House en sus memorias, acaban de dar su última sazón a este cuadro. El mal connatural de la diplomacia por conferencias radica en la necesidad de conservar la cortesía con las mismas gentes a lo largo de varios meses. Y de todo ello salió el enredijo que conocemos.

c) Errores:

Los hubo, aunque no tan numerosos y graves como pretenden los que sólo vieron los toros desde la barrera, como ahora se dice, o los que sólo "hablan de talanquera", como se decía en otros siglos.

1º Se suele repetir de esta como de todas las conferencias internacionales que la preparación era insuficiente. Pero el error, en el caso, no fue ciertamente la falta de preparación, sino la falta de coordinación entre la superabundancia de elementos que se allegaron. Tal vez le sobraba razón a Tardieu cuando, en nombre de la coherencia latina, se quejaba de la incoherencia que los anglosajones impusieron a la secretaría general, al rechazar constantemente los procedimientos reglamentarios que Francia proponía. En vez de proceder gradualmente y partiendo la dificultad en fragmentos a la cartesiana (1º Alemania, 2º Austria, etc.), los pequeños grupos de expertos trabajaban a la vez sobre todas las cuestiones. Ni Lloyd George ni Wilson querían fijar por escrito

el orden del día ni el mecanismo ni la fecha de las discusiones. Cuando todos los resultados dispersos cayeron, como miembros desarticulados, sobre la mesa de lás resoluciones, era ya muy tarde para proceder metódicamente y todos estaban agotados.

2º La falta más grave fue la hipocresía: a las pequeñas potencias se les concedían grandes sesiones teatrales para no resolver nada a la postre; a los quinientos corresponsales de la prensa, que reclamaban la diplomacia a la luz del día ofrecida por Wilson, se les cerraba la puerta en las narices o se les pasaban por la espalda las pequeñas juntas secretas. En las sesiones plenarias y abiertas no se trataba nada. Para calmar a los corresponsales de su respectivo país, cada plenipotenciario se veía obligado a soltar algunas indiscreciones, lo que después le atraía enojosas imputaciones de traición o deslealtad. O había que haber cerrado francamente la puerta durante el primer período de los trabajos —ya que en aquel estado de nerviosidad mundial pareció inconveniente la discusión *coram populo*— o abrirla de par en par, a riesgo de desconcertar más aún la acción de los informadores en medio de aquel laberinto. Pero la verdad a medias, so capa de confidencia, es el sistema menos aconsejable en las democracias.

La antigua diplomacia de especialistas tenía sus pecados veniales; pero la nueva diplomacia de improvisados también revelaba sus peligros. La diplomacia no es un arte de conversaciones afables —aunque ésta sea la noción vulgar—, sino el arte de preparar documentos precisos, que funden la general confianza. La amable conversación de jefes de Estado y cancilleres conduce a la vaguedad y al compromiso, fuera de las grandes declaraciones de principios que, como la Carta del Atlántico o la Conferencia de Ríojaneiro, ofrecen en buena hora al mundo la garantía de las libertades futuras. Pero no hay que confundir las grandes normas políticas, fundadas en el entusiasmo moral, con la negociación de tratados, función específica de la diplomacia. La diplomacia, para ser buena, tiene que ser desagradable y concreta. El diplomático, por atribución profesional, por "gracia de estado", puede entrar indemne por este campo de espinas. No

así los gobernantes. Entre el sentimentalismo y el cinismo, hay un equilibrio que corresponde al oficio de los negociadores. Briand definía así la función del político: "Conocimiento general, ignorancia particular." La del negociador puede ser: "Inspiración general, responsabilidad particular." Esta responsabilidad ha de entenderse hasta en sus heroicas consecuencias. "¿Hablas en nombre propio o en nombre de tu pueblo?", preguntaron a un embajador griego. Y contestó: "Si triunfo, en nombre de mi pueblo; pero si fracaso, en nombre propio." *

Todo, *México, 12-VIII-1943.*

* Ver *Obras Completas*, t. V, *Historia de un siglo*, "Las ideas reinantes", pp. 97-108.

UNA MIRADA A SAN CRISTOBALÓN

IGNORAMOS si algún día el pensamiento occidental resolverá definitivamente la dicotomía de la realidad en materia y espíritu. Pero siempre se ha esforzado por tender un puente inefable entre ambos órdenes, reconociendo, de cierto modo, que "la mente agita la mole", como en Virgilio, o cuando menos, como en Descartes, que el orden natural de la necesidad y el orden espiritual de la libertad se mueven con un paralelismo cuya razón por lo pronto se deja en suspenso o (según dicen los fenomenólogos de hoy en día, volviendo sobre una fórmula de los antiguos pirrónicos y otras sectas helenísticas) se pone entre paréntesis.

Así, nunca se negó la relación entre el cuerpo y el alma, en que ya insistían los pitagóricos; y así los médicos hipocráticos establecieron bases de criterio, investigación y nomenclaturas, que desde la primera hora influyeron, trasladadas de uno a otro orden, en la filosofía griega, pasando muchas veces a través del tránsito de la música. De suerte que todavía hablamos del "ánimo templado" como del "instrumento templado", y que para los pensadores griegos "armonía" y "estructura" venían a significar la misma cosa.

El Oriente manifestó siempre una marcada tendencia a la integración de la realidad en un todo homogéneo. Superando el animismo primitivo y acarreándolo hasta una verdadera interpretación metafísica, aquella remota sabiduría se atreve a decir que el espíritu de la vida duerme en el mineral, sueña en el vegetal, despierta en el animal y se hace conciencia en el hombre. La doctrina teológica puede añadir: es inteligencia pura en el ángel, y acto puro en la divinidad.

Respecto a la primera etapa (mineral), nada cuesta ya a la moderna física reducir el bloque inerte de la materia a una conglomeración transitoria de explosiones energéticas, y en último análisis, eléctricas; nada le cuesta asomarse al misterio de la integración merced al concepto sintético del espacio-tiempo (Einstein), en que sólidos y pensamientos pare-

cen, siquiera metafóricamente, empezar a fundirse, dando nuevos estímulos (todavía un tanto vacilantes) al idealismo filosófico; y aun parece que las aplicaciones físicas de la industria nos dieran de ello un tosco ejemplo con las actuales conquistas de la velocidad material, puesto que la velocidad es el orden de la materia que más se parece al espíritu.

Respecto a la segunda etapa (vegetal), la simbiosis de la planta en la mente —no es otra cosa que el efecto de las drogas heroicas en el sistema humano—, nos da idea de lo que puede ser la vida de los árboles, entregados a un perenne sueño del que no saben escapar, como condenados a la poesía. (¿El mito de Endimión?)

La tercera etapa, el desperezo animal, que simbolizaríamos en el salto del tigre, no necesita explicación, porque la vida instintiva de "nuestros hermanos feroces" (Renard) o de "nuestro hermano el lobo" (San Francisco) no tiene misterio para un moderno.

Tampoco lo tiene esa revirada o vuelta del espíritu de la vida sobre sí mismo, por contraste y a contrapelo, que es la cuarta etapa o albor de la conciencia humana. Y dejamos para los doctores la etapa angélica y la etapa divina, lo que se entienda por las aristotélicas y tomasianas expresiones de inteligencia pura y de acto puro.

Sobre toda la escala corre una fluidez ascendente hacia el espíritu, de suerte que, como en Jules de Gaultier, puede pensarse que, un día de los días, a orillas de un misterioso Leteo, la mente inventó la mole mediante un acto que Schopenhauer llama "representación" (como algunos filósofos helenísticos), e hizo consigo misma el pacto de olvidar que se había propuesto a sí propia un sueño (Calderón), y que, en esencia, estamos fabricados con la tela misma de nuestros sueños (Shakespeare).

Sobre toda la escala corre también una fluidez descendente hacia la materia sensible. Así el hindú Yagadis Chandra Boose convida a reconocer, con experimentos de laboratorio, que vegetal y mineral reaccionan también a las provocaciones físicas con sensaciones de placer y dolor o con algo muy semejante. Aquí debe leerse el poema de Shelley sobre *La sensitiva;* aquí debe releerse el pasaje de Dante: "Y

me gritó su tronco: —¿Por qué me rompes?"; aquí debe recordarse el verso de Darío: "Se juzgó mármol, y era carne viva."

De suerte que, aunque autónomas en sus disciplinas y métodos, podemos, con un leve esfuerzo de imaginación, completar los eslabones que enlazan la mineralogía, la botánica, la fisiología, la psicología, la ontología. No todo será imaginación: ¿Quién ignora que una receta, hecha de sustancias minerales o vegetales, devuelve el equilibrio fisiológico y, por aquí, el contentamiento del ánimo? ¿Quién, que la psicofisiología trabaja sobre el volatín que salta de la sensación a la emoción? ¿Quién, que James y Lange insisten en que no lloramos porque sufrimos, sino sufrimos porque lloramos? ¿Quién, las exploraciones, bien que algo sumarias, de la Ciencia Cristiana y del Cuenismo, o las más profundas del psicoanálisis, en que se juntan los caudales que vienen, cuando menos, desde dos cimas eminentes: el socrático parteo del alma, o "mayéutica", y los tribunales de la confesión religiosa?

¿A qué viene, diréis, esta divagación extemporánea? Nunca es ocioso meditar un poco en "los universales". Unos minutos de contemplación diaria a la filosofía, aun de pasada y de mala gana, acaso ayuden a nuestra salvación, como una mirada a la imagen de San Cristobalón —patrono del chofer— basta para resguardarnos del accidente.*

Cadena "Anta", México, IX-1943.

* Referencia al artículo "El personaje de este drama", *Estaciones*, México, Primavera de 1957.

EL ARTE DE HABLAR

Fiel compañera de la guerra, la emigración ha producido un florecimiento editorial en lengua francesa por todas las tierras americanas, desde el Canadá hasta la Argentina, pasando, naturalmente, por México, donde el terreno está abonado de antiguo y donde la gran cultura de Francia ha dejado rastros hasta en nuestras formas folklóricas. Si hoy la presencia entre nosotros de algunos ilustres huéspedes ayuda a despertar la atención por ciertas tradiciones literarias que siempre fueron fecundas para México y que comenzaban en mala hora a olvidarse, éste será uno de los paradójicos frutos que cosechemos en medio del desastre del mundo. Del Canadá y de los Estados Unidos singularmente, convertidos ahora en centros de la librería francesa, nos llegan las nuevas obras de Jules Romains, André Maurois y otros escritores de nota. Podemos repetir con Voltaire:

C'est du Nord aujourd'hui que nous vient la lumière

A veces se trata de libros nuevos, a veces de refundiciones en que el autor vuelve sobre el campo ya recorrido y, con la experiencia de los años y la distancia, y bajo el estímulo de la nueva etapa americana de su existencia, redibuja su panorama con mejor sentido y más apurada economía mental. Pues todo libro es, para el autor mismo, algo como una exploración que avanza entre tanteos y aciertos, y sólo el baño del tiempo le permite, después de haberlo escrito, apreciar en él todo lo que falta y lo que sobra, lo que está vivo y lo que fue mero acarreo acumulado por la marcha estratégica. Tal acontece, por ejemplo con *Le Classicisme Français*, de Henri Peyre (Nueva York, La Maison Française, 1942) y con *L'Art de parler en public*, del abogado Fernand Corcos (Nueva York, Brentano's, 1943), que provoca estas reflexiones.

Esta obra, breve, precisa, agradable, aunque no muy honda, sin duda está llamada a obtener entre nosotros un éxito

parecido al que hace unos lustros alcanzó cierta obra de Maurice Ajam sobre igual asunto *(La palabra en público)*, la cual mereció los honores de la traducción por la elegante pluma del príncipe de la epidíctica mexicana, Jesús Urueta. Por cierto que Urueta añadió algunas páginas del inolvidable maestro Sánchez Mármol sobre los oradores de México, y aun recordamos con una leve sonrisa los extremos admirativos de Urueta ante cierta metáfora usada por Sánchez Mármol a propósito, creo, de Zamacona, el gran tribuno y constituyente del 57: "...su lengua, circunvolución de su cerebro..."

El tratadito de Corcos va precedido de unas sutiles palabras de Maurois sobre las relaciones entre el estilo oratorio y el estilo escrito, rancio tema que dejaron casi agotado los autores griegos y latinos, y por una simpática presentación del autor debida a Roger Picard, profesor de la Universidad de París, de quien la propia casa editora ha publicado recientemente *Les Salons Littéraires et la Société Francaise au XVIIe et au XVIIIe Siècles.*

No quiero volcar aquí un resumen del libro: que cada uno lo lea y lo aproveche a su modo. Más bien me entrego al placer de divagar por mi cuenta. Cuando caen en mis manos obras como la presente, no puedo defenderme de dos observaciones que siempre se ofrecen a mi espíritu: la primera, que cuanto se ha escrito sobre la materia tiene el aire de un conjunto de fiorituras y variaciones en torno a las líneas establecidas por los retóricos de la antigüedad clásica; la segunda, que acaso la preocupación por el momento heroico, que es el acto oratorio, ha relegado un poco a la penumbra (ya que no a la sombra absoluta) el cuidado por el arte de hablar en general, como función habitual y cotidiana de todos los hombres.

Los antiguos reconocieron tres grandes órdenes retóricos: el judicial, propia función del abogado, que se refiere siempre a hechos ya acontecidos antes del acto oratorio y procura demostrar su conformidad o inconformidad con las leyes existentes, persuadiendo a los tribunales y jueces; el deliberativo, propia función del político, del parlamentario, en que el acto oratorio se desarrolla ante las asambleas legislativas y se refiere al porvenir, tratando de persuadir la convenien-

cia o inconveniencia de adoptar ciertas medidas o normas, ciertos nuevos preceptos; el epidíctico, propia función del poeta en prosa, dirigido a los auditorios generales y cuyo tiempo teórico es siempre un presente, puesto que procura persuadir la perennidad de ciertos valores o ciertos actos de bien y de belleza. El defensor o el acusador de un reo caen en el orden judicial; el diputado que apoya o impugna un proyecto legislativo corresponde a la deliberación retórica; el orador patriótico del 8 o del 16 de septiembre, a la epidíctica. El común denominador de los tres órdenes es la función persuasiva. Aristóteles, "déspota de la ciencia humana" como le llamaba Menéndez y Pelayo, se aplicó, a fuer de observador filosófico, a dilucidar la teoría de la persuasión en sí misma y la técnica que a ella conduce, "psicagogía" o conducción del ánimo, que al par aprovecha razones y pasiones. Estaban aún muy cerca los grandes días de la democracia ateniense. La intervención de todos los ciudadanos en el gobierno de la república hacía de la aptitud retórica una virtud tan eminente como indispensable. Y Aristóteles cargó el peso de su doctrina hacia el orden deliberativo, que le parecía el más eminente. Más tarde, Cicerón, en los días en que ya la oratoria deliberativa casi sólo servía para hacer, *a posteriori*, la propaganda pública de las decisiones tomadas por los amos de Roma, estudia la retórica desde su punto de vista de actor forense, abogado curtido en el oficio, y carga el peso de su doctrina —donde hay más elegancia que novedad verdadera— en el orden de la judicial. Más tarde todavía, el incomparable pedagogo Quintiliano declara que, viniendo después de un maestro como Cicerón, sólo se atreve a escribir de retórica por lo mismo que Cicerón, según acontece con los grandes artistas, hizo lujo de su virtud sin descubrirnos del todo sus secretos. Eran ya los días en que, ahogada del todo la democracia deliberativa y encaminado ya el orden judicial hacia la especialización del abogado, la retórica se refugiaba como podía en el orden epidíctico, y a vueltas de contorsiones y extravagancias para paladares estragados, iba preparando el camino, sin quererlo, al futuro "ensayo literario". Quintiliano entonces salvó las formas sagradas de la antigua doctrina, aplicándolas de un modo am-

plio a la educación liberal, y edificando un sistema o plan de estudios que acompañan a su "hombre culto" (mucho más que al mero orador), desde la cuna a la sepultura. Con todo, y a pesar de alguna pasajera observación de Quintiliano sobre la deliberación en asuntos privados, la antigüedad clásica dictaminó que no había retórica de las cosas privadas.

No es desatentado el complementar el cuadro de los antiguos órdenes. Dejemos aparte la oratoria sagrada que puede entenderse como el caso sublime de la epidíctica. Nadie niega, en concepto, que el arte de la conversación y del diálogo sea una manera de la retórica privada, y los antiguos —que enseñaban y aprendían dialogando, mucho más que en los libros— confundían esta disciplina con la misma educación filosófica, aunque no llegaron a aislarla como un arte en sí, una de las artes del trato humano. Si el género epistolar tardó algunos siglos en adquirir carta de nacionalidad literaria y su reconocimiento sólo aparece en la decadencia de las letras helénicas, más tardó todavía en salir a flote el género de la conversación. Y hoy en día, aunque hay algunos libros sobre la materia, no pasan de curiosidades y anecdotarios, al modo del *Sutil arte de hacerse enemigos,* de Whistler, o del *Manual del perfecto enfermo,* de Rafael Urbano. Aun se confunde todavía a los grandes conversadores (recordamos a Goethe, al doctor Johnson, a Valle-Inclán) con los autócratas e imperialistas del monólogo, conforme al tipo definido por Holmes, el hombre de la hora del desayuno, o al tipo de que Díaz Mirón fue, en México, un representativo incomparable. ¡Ojalá en los desayunos de Sanborn's, que ha venido a ser centro de matinales tertulias y club para antes del trabajo, apareciera uno de estos artistas! El saber charlar —ya que en charla se resuelven todas las instancias del trato humano— no es cosa de poco momento, sino un capítulo fundamental de toda educación verdadera. El único fracasado de la famosa generación española del 98, el superficial Manolo Bueno, como sabía charlar y venía de las tertulias madrileñas, dejó boquiabiertos a los escritores hispanoamericanos de París, allá por 1925, y pasó entre ellos por un intelectual de fuste.

Por último, y a reserva de que el lector complete estas

rápidas notas con sus propias observaciones, ¿qué duda cabe de que, junto al orden retórico de la conversación, merece consideración singular, como una disciplina aparte y digna de tratamiento especial en las escuelas normales, el orden retórico de la didáctica, el saber desempeñarse a conciencia en las lecciones orales? La didáctica mira a la enseñanza y no a la persuasión (aunque la una y la otra en cierto modo se impliquen), y necesita también buena dosis de fascinación o "psicagogía".

Moraleja: La vida humana se reduce a expresiones orales, en el primer plano de su manifestación. Toda educación humana puede organizarse desde este punto de vista de la retórica, tan legítimamente al menos como desde otros puntos de vista, con la ventaja de que el cultivo del habla (cuyo espejo viene a ser la escritura) de una vez nos monta en el vehículo de las expresiones culturales del espíritu y nos capacita para la creación en este campo. ¿Qué pensaremos de esos jóvenes universitarios, aun los destinados por profesión a la práctica forense, que, cuando el profesor les hace una pregunta, contestan siempre comenzando con la horripilante muletilla: "este..."? ¿Y qué de los profesores que consienten vicios parecidos? Finalmente —y aquí tocamos uno de los puntos cruciales de la retórica clásica—, toda vida es improvisación, acto nuevo, "evolución creadora" para de una vez decirlo en el lenguaje magistral de Bergson. Y toda educación consiste en preparar para improvisar. Cuando reprochaban a Whistler que hiciera un cuadro en pocas horas, contestaba: "¡Pero es que llevo treinta años de preparación!" Y la improvisación verbal es tipo por excelencia de toda acción improvisada: gran ejercicio, pues, para el adiestramiento en la vida. En el prólogo de la obra que ha dado pretexto a estas divagaciones, Maurois recuerda una confesión de Thiers: "He conocido —decía— tres improvisadores: Lamartine, Guizot y yo. Pues bien: ninguno de nosotros improvisaba." La vida se construye a golpes de rayo, sí; pero, para eso, hay que llevar antes las pilas bien cargadas.*

La Nueva Democracia, *Nueva York, X-1943.*

* Ver mi libro *La antigua Retórica, passim.*

ALGO SOBRE CASTILLA

CON MOTIVO del milenario de Castilla, me pide la BBC, de Londres, que exprese brevemente lo que sea la representación de Castilla a los ojos de un hispanoamericano. No creo sinceramente que esta representación difiera de la que pueda tener un español peninsular. Castilla no se presta a interpretaciones sutiles ni paradójicas. Castilla tiene algo de evidencia, de cosa fundamental, de principio inconmovible. La aceptamos, casi, como una gravitación fatal de la historia. Su clásica geometría no ha sido agitada por las ráfagas einsteinianas. Su valor está en la perduración de su sentido. Si ya no en el orden político, en el orden espiritual sigue siendo —como Israel para el filósofo judío— el corazón de donde reciben su sangre todos los miembros. Castilla, "Castilla la gentil" en el lenguaje del Cid Campeador, sigue siendo, para el orbe hispánico de ambos Continentes, el punto de referencia, el apellido común. Y hasta nuestro pueblo se ha acostumbrado a ponderar con su nombre la calidad excelsa; y así dice: "jabón de Castilla, paloma de Castilla, trigo de Castilla, nuez de Castilla, rosa de Castilla", para significar el mejor jabón, la paloma de mejor casta, el trigo más sustancioso, la nuez más gustosa o la más pura de las flores.

Quien non ha visto Castilla
non ha visto maravilla.

Cuando decimos "Castilla", acude a nuestra mente una precipitación de sustantivos graves y trascendentales, y junto a ellos parecen adjetivos y adornos todas las otras condiciones de España. Castilla es cimiento, semilla, tradición, centro, nervio, alma. Castilla es valor, sobriedad, aceptación realista a la vez que liberación metafísica. Es virilidad, pobreza con limpieza, alegría prudente y sin estruendo, virtud sin teatralidad, poesía sin extremos de artificio, justicia no exenta de piedad, heroicidad callada y bondad.

Algo desolada a veces, como en esas llanuras pardas, color de estameña de santo, por donde siempre creemos di-

visar, a lo lejos, la lanza intachable de Don Quijote. Otras veces, aunque esto se recuerda menos, risueña, sombrosa y perfumada en los oasis de Galiana, Aranjuez, Jarama, Henares y Esquivias, "donde Cervantes quiso ser el pastor Elicio". Majestuosa en el Guadarrama; eclógica en los dorados mantos de mies salpicados con sangre de amapolas y acianos. Ya ascética, ya dulce, nada falta en su arcoíris patético. Y con razón advierte la crítica que, mientras la poesía abstracta, quintaesenciada y amatoria de los trovadores brotó en países tan graciosos y amenos como Portugal y Galicia, en cambio los cantores de la naturaleza abundan en el solar castellano. Castilla está toda en la serena respiración de los versos de Fray Luis de León o en la hondura y la limpidez del mártir Antonio Machado. Castilla es la España sin anécdota, indiferente a las ligerezas del turista que anda en busca de extravagancias. Es la España de piedra y cielo.

> Hasta Castilla llegó un día el beso voluptuoso de Italia, comunicado por la luminosa rada de Valencia, donde eran los guantes y los perfumes más nombrados, nido de la novelística licenciosa de ha cuatro siglo. Hasta Castilla llegó también la fiebre del oro americano; y Sevilla, puerto de la novelística picaresca, temblaba de sueños amarillos y velas por la mar. Y los caballeros del placer de Italia y los caballeros del lucro de América —señores y hampones, que muchas veces lo eran a un tiempo— no sé qué cruzada emprendieron hasta el viejo corazón de España. Ello es que Castilla se quedó más pobre y filosófica, las lágrimas secas en las mejillas, como una Niobe deshijada. ("Viaje a la España de Castrogil", *Las vísperas de España. Obras Completas,* t. II, pp. 188-9.)

Y así está, a modo de la estatua de Niobe, marcando el límite en que comienza y acaba el ser español, esperando el toque de victoria que ha de devolverla a la vida, cuando el mundo actual rectifique sus injusticias y cuando echemos a la basura toda esa España de hojalatería que han inventado los mentecatos. Dice el romance de Fernán González, caudillo milenario de la independencia castellana, que la tierra misma se abrió para tragarse a las huestes del rey Almanzor, cuando llevaban guerra a Castilla. La tierra tiene hoy entrañas más duras. Pero ¡quién sabe, quién sabe!

México, X-1943. (Trasmisión de la BBC de Londres.)

EL ARTE DE VER

El novelista y ensayista inglés Aldous Huxley, de ilustre familia de sabios y siempre penetrado de atisbos y curiosidades científicas a lo largo de su obra literaria, afligido desde la infancia de grave dolencia en la vista, recorrió el acostumbrado viacrucis cambiando lentes más poderosos cada vez, y al fin llegó casi a perder la vista.

Cuando ya apenas había esperanza de alivio, logró recobrarse sometiéndose a un sencillo aunque paciente tratamiento de ejercicios, ejercicios a la vez físicos y mentales: parpadeos, movimientos oculares, juegos de luz y sombra, reposos y hasta imaginaciones visuales adecuados que recuerdan los procedimientos de los yoguis asiáticos. Sólo que aquí, en vez de recomendarse la concentración del esfuerzo, se recomienda una plácida despreocupación del ánimo, y en vez de la fascinación de los ojos fijos, la constante y voluble movilidad.

Tal es el método del doctor Bates, médico norteamericano fallecido hace tiempo y cuyas prácticas han seguido desarrollándose y aplicándose. El método, por despojado de instrumental, por fácil y empírico —lo que lo pone al alcance de charlatanes—, por haber sido explicado mediante hipótesis todavía objetables —las cuales naturalmente no invalidan los resultados— y aun por cierta extraña resistencia que hay para recordar el efecto de los estados mentales en los estados corporales, o del cuadro fisiológico general sobre la función de la vista, queda todavía en condición de método heterodoxo y es aún considerado con recelo por la oftalmología oficial.

Huxley ha creído cumplir un verdadero servicio exponiendo la historia de su curación, y acompañándola de preciosos esclarecimientos lógicos, en un libro —*The Art of Seeing*, Nueva York y Londres, Harper and Brothers, 1942— que se deja leer con verdadero agrado, aunque está recargado de repeticiones, y que, en su afán de disipar los enredijos conceptuales acumulados en torno al método Bates, resulta un

ejemplo eminente de lo que Rémy de Gourmont llamaba la disociación de las ideas, y que podemos llamar humildemente el poner los puntos sobre las íes.

Se concede cierta virtud medicante a la naturaleza, en cuanto se pone al organismo en condiciones de mejoría natural. Esto, para cualquier parte del cuerpo que haya caído, por accidente o dolencia, en un funcionamiento vicioso, y salvo el caso de privación absoluta (mano amputada, etc.). Pero en llegando al aparato de la visión, se niega a éste la virtud medicante, y simplemente se le acompaña a bien morir, sujetándolo a una ruinosa carrera de lentes cada vez más exagerados, que en vez de curarlo, precipitan el mal. A un brazo dislocado, a un tobillo luxado, se les ayuda con yeso sólo en tanto que llega el momento de los ejercicios que pongan en acción la virtud medicante. En cambio, a los ojos enfermos, desde el primer día se les declara mutilados de por vida. Y añádase que los lentes tienen un índice rígido, el cual dista mucho de corresponder a la variabilidad constante del vigor visual en un ojo enfermo lo mismo que en un ojo sano. Y por aquí sigue Huxley su argumento, para llegar a una demostración teórica del milagro que antes comprobó ya por sí mismo y en propia carne gracias a la demostración práctica. De paso, populariza algunas importantes nociones psicológicas, como aquella de Broad (*The Mind and its place in Nature)* sobre las tres etapas filogénicas de la visión —sensación, selección y percepción—, todas fundadas en dos energías fundamentales: atención y memoria.

Victoria Ocampo, huésped de México a la hora en que estas líneas se escriben, acaba de asegurarme que, a título de ensayo, probó en los Estados Unidos el tratamiento de Mrs. Margaret D. Corbett, discípula de Bates a quien Huxley debe su alivio, y que sólo lamenta no haber podido persistir, porque obtuvo resultados desde la primera sesión. Mrs. Corbett acaba de salir absuelta, gracias en gran parte al testimonio de Huxley, de un pleito que le movieron los fabricantes de gafas. Y la guerra está difundiendo ahora el nuevo tratamiento, que se aplica con éxito a los soldados y que ellos mismos reclaman para libertarse de la esclavitud de las gafas. Claro es que no puede esperarse igual éxito en todos los

casos, y menos cuando hay deficiencia orgánica o deformidad congénita.

Así como en artículo anterior, y a propósito del arte de hablar, observábamos que el caso heroico del acto oratorio parece haber preocupado a los tratadistas al punto de hacerles olvidar o dejar en segundo término la acción diaria y general del hablar, que es la manifestación humana por excelencia; así ahora diríamos que la preocupación por el caso patológico parece relegar al olvido el hecho de que la visión sana, como todas nuestras actividades orgánicas, merece ser educada con un cuidado especial, desde los primeros grados escolares, para desarrollar merced a ella una mejor regulación de la mente y del cuerpo. Sin que el propósito sea convertir necesariamente al niño en un futuro creador de las artes plásticas, el enseñarlo desde temprano a ver y a disfrutar de lo que contempla contribuirá a la formación de su carácter y a su más plena capacidad vital.

Muchas veces hemos advertido que los grandes visuales suelen ser sujetos de ánimo equilibrado y de humor apacible, por muy pesimista que sea su concepción filosófica de la vida. Es posible que en ellos la excelsa aptitud óptica sea consecuencia de la buena economía general que determina asimismo su carácter agradable. Pero creemos que, a través de las íntimas canalizaciones del ser, es posible, mediante la educación, remontar la corriente desde los efectos a las causas, dotando a los niños de un hábito visual que les comunique algo como un recurso de complacencia sensorial en la vida. Goethe, *videns gloriosus* y gran veedor ante el Eterno, tenía razón al enorgullecerse de sus ojos: "En cuanto pongo los ojos en un objeto —decía— veo en él cuanto hay que ver." Lo que para la educación musical es obvio y por todos admitido, también debe serlo para el aprendizaje óptico. ¡Cuántos, que comienzan rabiando ante ciertas obras musicales de primer orden, en que de pronto no oyen nada, acaban gustando de ellas, por reiteración y por cultivo! En cuanto a los niños, la facultad de retener las imágenes es singularmente desarrollada —entiendo que los modernos psicólogos la llaman facultad "eidética"— y ofrece un campo propicio a los educadores. Los museos y las exposiciones es-

tán llenos de gente que, por falta de arte visual y de entrenamiento oportuno, apenas se da cuenta de un cuadro, por leer las explicaciones episódicas que tiene debajo. No reciben, así, el impacto de la pintura, sino de la literatura informativa que la acompaña. Por lo que alguna vez me he atrevido a proponer la supresión de los letreros, como entiendo que se propone hacerlo José Clemente Orozco en la exposición que acaba de inaugurar en nuestro Colegio Nacional. Si hasta en el andar, el porte y los ademanes suele revelarse la educación de la persona, ¿qué no diremos del arte de ver, acaso la operación más intelectual de nuestros sentidos?

En sus deliciosas páginas sobre la Patagonia, Hudson trae un capítulo lleno de sutiles observaciones y destinado a demostrar que la vista de cada hombre se desarrolla de acuerdo con sus mayores intereses vitales. El marino percibe en el cielo cambios atmosféricos invisibles a los demás. El médico advierte en la cara indicios de enfermedad que escapan al profano. Se dice, observa, que la vista del salvaje es superior a la nuestra, porque distingue en el campo mil cosas que nos pasan inadvertidas, pero la verdad es que el salvaje, transportado a la ciudad, se encuentra tan ciego como el hombre de la ciudad en medio de la llanura. Todos somos especialistas de la visión. Inversamente, puede asegurarse que un desarrollo más armonioso y cabal de la vista aumenta el cuadro de las posibilidades vitales.

Voy a terminar con dos anécdotas ilustrativas, una sobre la reeducación de la mano, en que podemos ver un símbolo de lo que puede ser la reeducación de los ojos, y otra sobre un tipo singularísimo del don eidético.

Sea la primera: Mi padre recibió un balazo en la mano derecha en cierto combate de Villa de Unión, el año de 1880, cuando estaba en plena juventud. La bala atravesó la mano, fracturando el hueso del dedo medio, según pudimos apreciarlo años más tarde, cuando disponíamos ya de la radiografía. Como no le era posible aplazar el ejercicio de la espada, dado que en aquellos tiempos se combatía constantemente cuerpo a cuerpo y el arma blanca era el arma por excelencia de un militar de caballería, desde luego se puso a aprender el manejo del sable con la mano izquierda, y hasta sus últi-

mos días fue un temible esgrimista zurdo. Además, la mano herida nunca fue verdaderamente curada, sino entregada simplemente a la piedad de la naturaleza, y no era posible que la lesión le permitiera empuñar con fuerza los objetos. Pero como el escribir directamente era cosa que podía esperar, se puso con toda paciencia a hacer ejercicios caligráficos, se obligaba a tomar sus apuntes de memorándum dibujando cuidadosamente las letras, y logró adquirir de nuevo, con el tiempo, una escritura muy clara y regular. Conservo algunos volúmenes de su biblioteca que llevan su firma y la fecha de adquisición, y creo poder establecer, por los rasgos de la pluma, las sucesivas épocas de la evolución —antes de la crisis, en la crisis y después de la crisis—, lo que me parece muy elocuente sobre las posibilidades de la voluntad aplicada a corregir las deficiencias del cuerpo.

Mi segunda anécdota se refiere precisamente al orden visual. Cuando su primer viaje a España, Pedro Henríquez Ureña visitó el Museo del Escorial en compañía de José Moreno Villa, este gran maestro de las cosas visuales. A Moreno Villa no dejaba de fatigarle la conversación de nuestro amigo Pedro, que durante la visita al Museo no hacía más que hablarle de la vida en Minnesota y de la Universidad de Minnesota, donde a la sazón trabajaba. "Este hombre no tiene ojos", pensó para sí. Y sin decir palabra, lo plantó frente al estupendo "San Mauricio" del Greco, para ver cómo reaccionaba. Pero Pedro, mientras pasaba los ojos por el cuadro, seguía el hilo de su conversación. Y Moreno Villa callaba, algo decepcionado. Dos meses más tarde, reintegrado Pedro Henríquez Ureña a su vida universitaria en los Estados Unidos, escribió a Moreno Villa una larga carta haciendo recuerdos de su viaje, y Moreno Villa me asegura que pocas veces ha leído una descripción del "San Mauricio" más evocadora e inteligente. No faltaban un color ni una línea, una intención ni un valor pictórico. ¡Arte de ver! ¡Arte de ver!

Todo, *México, X-1943.*

UNA SONRISA

La sonrisa es insobornable. En medio del mayor dolor, aparece de repente como un desquite del espíritu contra el desorden del mundo. ¿Cómo evitar una sonrisa cuando averiguamos que el Almirantazgo británico ha autorizado el uso del monóculo entre las plazas que, por prescripción médica, necesitan usarlo? Hasta hoy semejante adminículo —irremediablemente asociado a una tradición de altivez y de aristocrática impertinencia— infundía la sospecha, en la cara de un recluta, de un desacato o una burla a la jerarquía militar. En adelante, el recluta afligido de una debilidad visual puede vivir tranquilo. Nadie tendrá derecho a atribuir su enfermedad a indisciplina.

Cuando Disraeli vio entrar por primera vez en la Cámara de los Comunes al terrible Alcalde republicano de Birmingham, dijo con un suspiro de alivio: "La verdad es que usa el monóculo como un caballero." Un igualitario capaz de tan refinado y señorial virtuosismo no era sin duda un enemigo peligroso para las castas superiores. Y cuando, recientemente, la Embajada de una gran nación democrática ofreció en México una recepción impecable, algunos cronistas ingratos insistían en la excelencia de la hospitalidad que ellos mismos disfrutaron, dando a entender entre líneas que el león no es tan fiero como lo pintan. Pero también, y esto ya es imperdonable, dejaban trascender en sus comentarios cierta rabia de resentidos.

La sonrisa, opinión o simple descuido parece que, de repente, vuelve de revés la tragedia y nos descubre la secreta inconsistencia de este sueño que es el vivir. En el famoso cuadro de "Las Lanzas", de Velázquez, se representa la patética rendición de Breda. Pero por ahí, entre los caballos, confundido con los palafreneros del séquito, hay un mozo, tal vez un paje, que, por descuido, se ha ausentado espiritualmente de la escena. ¿Qué diréis que hace? Sencillamente, se examina un dedo de la mano, acaso herido por algún rozón de

la rienda. Así se presenta a veces la sonrisa, como huésped no convidado. ¿Qué tragedia puede resistir a la súbita aparición de aquel ruido cómico que los antiguos llamaban "el dios Crepitus"?

Los diarios de Londres, a pesar de la gravedad de la hora, han saludado con una sonrisa la nueva orden del Almirantazgo. Han recordado el caso de cierto oficial inglés que usaba monóculo y que, al presentarse, en día de parada, ante su compañía australiana, se encontró con que todos los hombres de tropa se habían puesto un monóculo. Sin decir palabra, lanzó al aire el suyo y lo atrapó limpiamente con la cuenca del ojo. Después, dirigió a la compañía una mirada de reto: seguía siendo el superior; nadie fue capaz de imitarlo.

Nosotros hemos recordado una vieja página de "Azorín". El escritor, que en su juventud gastaba monóculo, cuenta que paseaba un día por la calle solitaria de un pueblecito castellano. Un transeúnte, vestido de negro, digno y provinciano, lo vio venir. No quiso ser menos. Sacó del chaleco un monóculo y se lo ajustó con gesto orgulloso.

Y hemos recordado también, para los que se extrañen de estas divagaciones al parecer inoportunas, que en la combatida Roma del siglo I antes de Cristo, el poeta Catulo se distrajo un instante para llorar, en inmortales versos, la muerte del gorrión de su amiga. Este gorrión era, ni más ni menos, en mitad del cuadro tempestuoso, una sonrisa.

Cadena "Anta", México, XI-1943.

UNA NUEVA NOVELA MEXICANA

En la novela *El réferi cuenta nueve,* firmada con el seudónimo Diego Cañedo, el ritmo es algo lento, el ir y venir del desarrollo está calculado para crear cierta impaciencia patética, y hay dos novelas mezcladas, y la una a la otra se embarazan un poco: la costumbrista, bastante lograda aunque de escaso alcance por la naturaleza misma del género, y cuyos aspectos pudieron abreviarse un tanto, y la política, de mucha mayor trascendencia, en que se revisan y exponen con rara sinceridad y honradez las vicisitudes de la vida pública mexicana, en el pasado inmediato, en el presente y hasta en un porvenir utópicamente forjado mediante la invención literaria. Todo ello, desde la cabeza de un mexicano del tipo medio, católico y liberal, individualista demócrata, enamorado del bien y partidario decidido de un México mejor y más limpio.

La narración se supone escrita por 1961, aunque anacrónicamente descubierta en 1938. Este bizqueo anacrónico, precioso recurso de la fantasía, permite acusar —con una ironía de modo suave pero de fuerte intención— los errores y la indolencia de la opinión ante la grave crisis que actualmente atraviesa la especie humana, considerándolos como dolencias ya superadas y corregidas por una sociedad mejor, que habrá de surgir el día de mañana y que desde ahora se forja oscuramente. Sociedad que será el fruto dichoso de una catástrofe ya muy pronta a estallar: la invasión de México por las potencias del Eje y la final liberación. Tal catástrofe es causada precisamente por las equivocaciones y los desvíos de nuestro sentido internacional. Los desvíos y equivocaciones son efecto de dos causas: a una parte, los disparates estereotipados en la mente nacional por culpa de la incultura candorosa, por la falta de orientación respecto a nuestra verdadera postura ante las realidades históricas, por la rutinaria aversión al yanqui, por el despecho ante las no cumplidas promesas de la revolución y la endémica actitud de oposición para los gobiernos; y a otra parte, la propa-

ganda insidiosa, el quintacolumnismo, el espionaje extranjero y la nunca aplacada barbarie en algunos de nuestros grupos sociales, altos y bajos.

No se trata de un alegato de partido. Al contrario: el autor artificialmente fabricado para hablar en primera persona, y en nombre del verdadero autor invisible, escapa a las clasificaciones oficiales de los partidos, sostiene valientemente su independencia de criterio, y busca a lo largo de la obra, bajo todos los numeradores convencionales y confesionales, un denominador común de buena fe y de honrado amor al país, que haga posible una saludable unión para el porvenir. La elasticidad del diálogo permite examinar con ecuanimidad los puntos de vista más encontrados, dejando que el suceso mismo se encargue de la persuasión y de hacer oír a los sordos.

El estilo es neutro, ameno y sencillo, vehículo transparente para el relato. Ni rehuye las modalidades de nuestra habla popular, sin caer en exageraciones de "vulgarismo retratista" (estilización hacia abajo), ni se enreda en empeños de prosa artística (estilización hacia arriba), que hubieran esterilizado del todo el propósito de la novela.

El autor es hombre maduro, que sale a las letras cargado ya de experiencia y emancipado de modas, capillas y cenáculos literarios, aunque haya convivido con ellos en los círculos de la capital. La constante referencia a la vida provinciana obra como resorte para libertarse de las limitaciones de ambiente y para lograr un cuadro general de la opinión y del sentir mexicanos, puesto que en nuestros países las capitales fácilmente extravían el diagnóstico sobre la temperatura media del pueblo.

Obra de buena fe, valerosa y clara, no nos detenemos en reparos inútiles y nos atenemos al saldo y a la útil orientación. No dudamos en recomendar su lectura, y creemos que enriquece considerablemente el acervo de la novelística mexicana. La negra pesadilla del gobierno pelele puede resolverse en un despertar salutífero para muchos lectores.*

México, XI-1943.

* Ver "Reseñas sobre Diego Cañedo", *Las burlas veras* (primer ciento), México, 1957.

EL ARTE QUIROMÁNTICA

El gesto, el ademán, la mímica, el lenguaje de señales corpóreas, del que poco a poco se desprende la especialización del lenguaje oral, son actos significativos, encaminados a crear la comunicación consciente. Pero la sola presencia humana, aun sin proponérselo, es ya una manera de comunicación o de lenguaje.

La preocupación por descifrar en los rasgos físicos de la persona los signos de su temperamento y su carácter es tan antigua como el hombre. Se la ve avanzar, titubeante, desde los albores de las artes médicas. En la vieja epopeya, el epíteto con que se acompaña repetidamente el nombre del héroe suele insistir en algún carácter externo que sirve como de jeroglifo sobre la cualidad espiritual sobresaliente del héroe mismo. A veces, esta relación entre el cuerpo y el alma se manifiesta en observaciones curiosísimas. Nada tiene de extraño que Homero trate de grabar la imagen de la agilidad combativa, repitiéndonos que Aquiles es, por antonomasia, "el de los pies ligeros". Pero ya es mucho más singular que, al describir al sutil Odiseo (el "intelectual" de la partida), Homero nos diga que, sentado, parece tan alto como los demás, y de pie, algo más pequeño.

Así, entre titubeos, adelanta la noción tipológica que hoy está al alcance de todos. Pues hoy todos saben algo sobre la diferencia entre los tipos pícnicos, asténicos, atléticos, etc.; y la ciencia moderna recoge hoy no pocas especies hipocráticas relativas a la configuración determinada por la predominancia de ciertos humores, bien que interpretándolas con mayor profundida y como juego y función de ciertas secreciones internas. La "fisiognomónica" algo mística de Lavater pretendió prematuramente reducir a rigor científico estos atisbos del sentido común. Y Goethe, que siempre hizo tanto caso del testimonio de sus ojos y que alguna vez llegó a afirmar: "En Italia se entiende mejor que en Alemania lo que Dios ha querido decir con el rostro humano", se sintió tentado por la teoría aventurera de Lavater, en la que veía un esfuerzo por

armonizar al espíritu y la naturaleza, integración grata a su poética filosófica (o a su filosofía poética).

La teoría sólo alcanza carta de nacionalidad entre las ciencias con las actuales clasificaciones de Kretschmer; pero nada cuesta relacionarla con las vislumbres de la caracterología literaria, a la manera de Teofrasto o de La Bruyere. Los acarreos de esta larga corriente son hoy aprovechados por la antropología, la criminología y la psiquiatría. Aun se ha pretendido trasladarlos a la ciencia de la literatura, por cierto con muy poca prudencia. Así, hay libros y ensayos desatentados en que se pretende darnos la crítica de un poeta, infiriéndola de su retrato, ¡como si de antemano no nos fueran conocidas sus obras! Con todo, y descontando las aplicaciones temerarias, queda todavía un buen saldo positivo. Consúltese, en pro y en contra, la obra de Pierre Abraham, *Figures* (París, Gallimard, 1929), en que, *a posteriori*, se examinan las características temperamentales de Bourdelle, Gluck, Lamartine, Carlyle, Rousseau, Sainte-Beuve, Cagliostro, Lapparent, Mallarmé, Vigny, Michelet, Lenin, Bismarck, etcétera, con referencia a las respectivas efigies.

¿Será sólo charlatanería el empeño de leer los rasgos espirituales en la forma y en las líneas de la mano? La mano es útil esencial del hombre, y en la maravilla del pulgar oponible se funda toda la doctrina del *Homo faber*. La configuración de la mano está íntimamente ligada a nuestros destinos terrestres. José Moreno Villa publicó hace poco un ensayito, acompañado de dibujos, sobre las manos de algunos escritores, señalando particularidades que le parecen reveladoras y expresivas. El glorioso viejo Henri Focillon, grande amigo de Jaurès, gran filósofo e historiador del arte, muerto ha poco en los Estados Unidos, donde purgaba su amargo destierro, dejó entre sus papeles inéditos un *Elogio de la mano*, página animada por aquella verba borgoñona que todos le conocieron y admiraron, página que considero como un documento clásico.

> Las manos —comienza— son casi seres animados. ¿Servidoras? Tal vez; pero dotadas de genio orgánico y libre, de una fisonomía propia: caras sin ojos y sin voz, capaces sin embargo de ver y hablar. Ciegos hay que logran adquirir tal fineza

táctil, que son capaces de discernir las figuras de un juego de naipes por el espesor infinitesimal de la estampa. Pero todos necesitamos de las manos para ver, para completar por el tacto y la aprensión el valor de las apariencias. Las aptitudes de las manos están inscritas en su modelo y su dibujo: sueltas y expertas para el análisis, de largos y móviles dedos adecuados para el razonar, proféticas y como bañadas de fluidos, espirituales y graciosas hasta en la inacción, o dotadas de singular ternura. La "fisonómica" de los antiguos maestros hubiera ganado mucho con un capítulo consagrado a las manos. El rostro humano está hecho sobre todo de órganos receptores. La mano es acción: sabe asir, crear, y a veces se diría que piensa. Aun cuando reposa, dista mucho de ser un útil inanimado; ya aparezca abandonada sobre la mesa o cuelgue a lo largo del cuerpo, el hábito, el instinto y la voluntad de la acción meditan en ella, y es fácil adivinar el movimiento que prepara...

Yo no acierto a separar la mano —concluye— ni del cuerpo ni del espíritu. Pero entre el espíritu y la mano las relaciones no son tan simples como las de un jefe obedecido y un dócil servidor. El espíritu crea la mano, la mano crea el espíritu. El ademán que no engendra, el "gesto" sin porvenir provoca y define el estado de conciencia. El "gesto" que engendra ejerce una acción constante sobre la vida interior. La mano arranca al tacto de su pasividad receptiva, y lo organiza para la experiencia y para la acción. Ella enseña al hombre a poseer la extensión, el peso, la densidad, el número. Crea así un universo inédito, y en él deja por todas partes su huella. Se confronta y mide con la materia a la vez que la metamorfosea, a la vez que transfigura la forma. Educadora del hombre, ella lo multiplica en el espacio como en el tiempo.

A duras penas resistimos a la tentación de copiar aquí todo el ensayo.

Aun cuando el arte de leer en la mano, como tantas otras conquistas, empieza por ser mera fantasía, poco a poco va ciñendo la realidad comprobable y se acerca al conocimiento metódico. Los balbuceos parten de la superstición y la quiromancia, y persisten en las prácticas de la gitanería, disfrazadas muchas veces de entretenimiento social. Vienen luego los estudios del Dr. Carus, médico del rey de Sajonia (1848), y del Dr. Vaschide, Director del Laboratorio de Psicología Patológica en la Escuela de Altos Estudios, de París. Estas avanzadas de la ciencia son siempre algo impopulares. La ciencia está hecha de recelos y, por su naturaleza, se precave contra la aventura extremada. Al fin los tanteos van cobran-

do cuerpo sistemático en las investigaciones de Kretschmer (Tubinga) y de Friedeman (Friburgo); y rematan en los trabajos psicofisiológicos de la Dra. Wolff, refugiada polaca que hoy reside en los Estados Unidos.

La Dra. Wolff puede considerarse como la dignificación de la antigua "palmista". Su obra *The Human Hand* (Nueva York, Knopf, 1943) ha merecido la aprobación del Dr. W. Stevenson, del Instituto de Psicología en la Universidad de Oxford. Es un compendio popular que pone al alcance de todos cuanto hoy parece averiguado sobre la materia, y marca el límite —algo indeciso, claro está— entre la interpretación legítima y las ambiciones imaginarias. Naturalmente, la quiromancia, al bajar de las regiones etéreas para dejarse apresar en los laboratorios de la psicofisiología, pierde en vaguedad poética cuanto gana en exactitud experimental. El Dr. Stevenson nos asegura que las interpretaciones de la Dra. Wolff han vencido la prueba heroica: el leer ciertos caracteres de sujetos desconocidos, que sólo dejaban ver sus manos entre los pliegues de una cortina. Si la llamada "psicometría" (horrible palabra de los metapsíquicos o espiritistas de nuevo cuño) pretende vanamente leer la historia de los objetos —un sombrero, un anillo— mediante la sola palpación, esta quiromancia ya castigada parece que va llegando a resultados más auténticos, como que al fin y a la postre la mano es parte, y parte fundamental, de la persona humana. En todo caso, la quiromancia va mejor encaminada que la medicina de los "iridólogos", quienes se afanan por establecer el diagnóstico de todas las enfermedades con el mero examen del iris de los ojos.

El libro de la Dra. Wolff termina con la exposición de un método práctico para la lectura de la mano. ¿Nos atreveremos a decir que es el capítulo menos convincente? Es cierto: la duda aparece cuando saltamos de la descripción física, con sus posibles antecedentes fisiológicos, hereditarios o adquiridos, al verdadero enigma de la personalidad, donde ya encontramos la carga de emociones y otros elementos imponderables.

Todo, *México, XI-1943.*

EL PEQUEÑO TEATRO FRANCÉS

LA PRESENCIA en México del escritor Jules Romains, en tanto que da otras manifestaciones —pues nada tendría de extraño que los personajes de su novela cíclica *Los hombres de buena voluntad* se trasladen a nuestro país en alguno de los futuros volúmenes—, ha permitido, por iniciativa de algunos amigos de la Francia Inmortal, la creación entre nosotros de un Pequeño Teatro Francés, obra de aficionados colocada bajo el patrocinio de algunos mexicanos y del Instituto México-Europeo de Relaciones Culturales. Las representaciones, en el precioso salón de espectáculos del Banco Capitalizador de Ahorros, generosamente cedido al efecto y obtenido por gestiones de la señora Margarita Urueta de Villaseñor, comediógrafa y escritora, se están desarrollando con todo éxito. El producto se destina a la resistencia francesa en la guerra actual.

La acción del Pequeño Teatro Francés pone en la vida mexicana una nota de amenidad y gracia, y mantiene la frecuentación con el espíritu y las letras de Francia, frecuentación indispensable a la buena respiración del mundo. El propio Jules Romains, de larga experiencia en la escena francesa y vinculado como ninguno a la vida teatral europea, se encarga de dirigir a los improvisados artistas. Quien, en México, no se ha asomado al saloncito de la calle Venustiano Carranza, puede decirse que vive fuera de la cultura.

En el Comité de Patronato figuran el escultor Ignacio Asúnsolo, el arqueólogo Alfonso Caso, el historiador y poeta José de J. Núñez y Domínguez, el pintor Diego Rivera, el antropólogo Paul Rivet, el escritor Jaime Torres Bodet, el economista Eduardo Villaseñor y el autor de esta breve noticia. Integran el Comité de Propaganda las siguientes damas: señoras de Sánchez Hernández, Villaseñor, Lupescu, Casasús, Asúnsolo, Vidarte, Garrau-Dombasle, Romains, Iturbe.

Entre los actores encontramos a Mireille Asúnsolo, Gina Berveiller, Francion Garrau-Dombasle, Emilia Halffter, Lise

Romains, Enrique Asúnsolo, Jacques Berthet, Jean de Caraman, Henri de Chatillon, Luis y Pedro Estévez, Miguel Iturbe, Jaume Miravitlles, Jacques Pren, Ionel Saniel. El apuntador es Jean C. Thomé.

Hemos visto hasta ahora dos piezas en un acto de Jules Romains: *La Scintillante* y *Le Déjeuner Marocain,* que cumplen desde luego las condiciones que debe cumplir el teatro breve: excelencia en la síntesis y dinamismo constante, sin compases muertos. El trabajo de los aficionados merece el mayor elogio. Baste decir que ponen de relieve todos los matices e intenciones del diálogo, sin que se pierda un solo valor. Puede asegurarse que, en muchos momentos, superan el trabajo de los profesionales de tipo medio. Nada de esto asombra, si se considera la experta dirección que los educa y los guía, la calidad misma de los aficionados, todos personas de cultura y de condiciones generales que no suelen darse en los ambientes de bambalinas, y finalmente la circunstancia de que, como ajenos a la rutina del oficio, llegan a manos de su director por decirlo así en estado de virginidad y libres de esas estratificaciones casi geológicas, que tanto estorban a los actores para quienes el teatro no es más que un modo de ganarse el pan.

Vale la pena de que esta labor se conozca y se difunda. No es otro el propósito de esta rápida comunicación.

México, XII-1943.

VICTOR HUGO Y LOS ESPÍRITUS

VICTOR HUGO tenía muchas habilidades. Fue buen dibujante y fue ebanista dotado del genio inventivo. De viejo, divertía a sus nietos abriendo unas fauces de ogro y metiéndose en la boca una naranja entera, que luego devoraba tranquilamente. Cuando escogió el destierro de Jersey, puede decirse que se pasó a la isla con armas y bagajes: llevó consigo a su legítima, Adela, y a su "mano izquierda", Juliette Drouet, a quien instaló en casa separada.

"¿Qué piensas hacer?", preguntó a su hijo.

"Me entretendré —repuso éste— en traducir a Shakespeare. ¿Y tú?"

"Yo —dijo el poeta— me dedicaré a contemplar el océano."

Pero hacía algo más: hacía versos y aserraba madera. El paisaje era desolado y tempestuoso. No lejos, se columbraba el cementerio. Los desterrados franceses, más de trescientos amontonados como náufragos por las diversas resacas de la política, tejían juntos la madeja de la tristeza y no eran una compañía confortante. El ambiente era fantasmal y se prestaba a reflexiones fúnebres. El sansimoniano Pierre Lerroux, con quien Victor Hugo se juntaba por el gusto contradictorio de la disputa, que lo devolvía al sentimiento de la vida, creía en las reencarnaciones sucesivas como los antiguos filósofos. Philippe Faure pretendía recordar sus anteriores existencias, y describía con emoción sus recuerdos de la crucifixión de Cristo. La metempsícosis estaba a la moda. (En Flaubert, el primer seductor de Mme Bovary ponía la doctrina al servicio de su diplomacia amorosa.) La emigrada rusa Mme Engelson hablaba por la noche con el espíritu de su difunto esposo, mediante una aguja que giraba sobre un disco alfabético. Allix, después mezclado en la Comuna, usaba su invento personal de "los caracoles simpáticos". El poeta, que pronto adquiriría todas las obras de Allan Kardec —aún no aparecidas—, leía libros sobre magia y misterio, fluidos y

larvas de ultratumba, posibles mundos habitados, como quien engaña el tiempo con alguna embriaguez. Tal era el mundo en la quinta de Marine-Terrace.

Pero quien introdujo en Marine-Terrace la práctica clásica de las mesitas giratorias fue seguramente Mme Émile de Girardin, amiga y colaboradora de Victor Hugo en la romántica juventud, cuando todavía se la llamaba Delphine Gay. Mme de Girardin vino a pasar diez días a Jersey por 1853. Era espírita consumada. Tras algunos infructuosos tanteos, logró adiestrar a la tertulia, singularmente desde la noche inolvidable en que se presentó el alma de Leopoldina, la hija del matrimonio Hugo ahogada trágicamente en Francia. Y en la casa del poeta las mesas estuvieron hablando desde 1853 hasta 1855, según procesos verbales levantados por Adela Hugo y anotados por su glorioso marido. Los documentos, por orden expresa de los espíritus, sólo fueron publicados después de la muerte de todos los contertulios y han dado materia a una copiosa y curiosísima bibliografía.

Victor Hugo, tan inclinado a las emociones del terror y del pánico, según lo señala agudamente Paul Claudel en cierta bella página, donde describe un busto del gran romántico y las ideas que le sugiere ("Este viejo —dice— tenía miedo"), se fue aficionando al juego trascendente.

Hugo no operaba por sí mismo. Se sentaba en un rincón de la sala, pero intervenía y preguntaba. Llevado de su genio, no se conformaba con evocar a Pedro o a Juan, y ni siquiera a André Chenier, a Walter Scott, a Molière o a Esquilo. No se conformaba con las espontáneas apariciones de La Dama Blanca de la Isla, que tanto llegó a preocuparlo. No: él dio en invocar abstracciones y mitologías verbales: al Espíritu de la Noche, al Espíritu de los Bosques, al Espíritu de la Montaña, al Espíritu de la Muerte, y hasta al León de Androcles, la Burra de Balaam, el renacuajo de un arcángel y otros primores.

El buen sentido de Adela se sublevaba. No las tenía todas consigo, como suele acontecer a las musas de carne y hueso, cuando el soñador se le escapaba hacia aquellas nebulosas regiones adonde sus celos no podían seguirlo como en sus aventuras banales y terrenas, que eran constantes.

Estos deleites se interrumpieron cuando, envuelto por solidaridad en cierto proceso de expulsión contra algunos desterrados, por supuestas ofensas a la Majestad Inglesa (una alusión picante a la Orden de la Jarretera, cuyas insignias lucía la soberana), Hugo abandonó la isla, acompañado de sus tribus de patriarca bíblico. De las sesiones de Guernesey, donde Hugo quiso en vano catequizar a Dumas, hay constancias menos precisas.

Pero lo más singular de todo es que los espíritus de Jersey eran de la familia mental de Victor Hugo y hacían versos como los de éste, y mostraban su mismo gusto por la antítesis, el grotesco, el gozo gigantesco y temible. De cuando en cuando, entre ellos y el poeta se descubren, en los dos sentidos, discretos plagios. Esta competencia de los espíritus no dejaba de inquietar al gran divo, con quien nadie tenía derecho a medirse. ¡No faltaba más! Y entonces Hugo daba puñetazos en la mesita y echaba de casa, con grandes voces, a los huéspedes impertinentes que ya comenzaban a desacatarlo, demostrando así por nuevos caminos la gran ley crítica y sociológica de la imitación: Victor Hugo, una vez inventado por su auténtico autor, era muy fácil de imitar.*

México, XII-1943.

* Ver "Victor Hugo ante los abismos", *Las burlas veras (primer ciento)*, México, 1957.

EL HÉROE Y LA HISTORIA

MIENTRAS, por una parte, todas las teorías que *grosso modo* pueden considerarse como interpretaciones deterministas de la historia se esfuerzan por arrojar a las grandes personalidades fuera del foco en que se engendran los acontecimientos defintivos de la Humanidad, por otra parte, los hechos mismos que desfilan ante nuestros ojos parecen inventados de propósito para convencernos de que un solo hombre puede, por decreto absoluto de su voluntad, torcer el destino de millones de hombres, legitimando así las teorías opuestas que, también *grosso modo,* llamaríamos interpretaciones heroicas de la historia. Así se entiende que, a pesar de que por un instante se tuvo por liquidado definitivamente y mandado retirar de las discusiones el tema del hombre providencial, al que se le cerraban todas las puertas, éste se mete por la ventana a modo de salteador o se filtra por las paredes como fantasma. Y el arte histórica —ya la creación misma de los hechos que se llaman historia, o ya la historiografía o narración explicativa de tales hechos— sigue debatiéndose entre los cuernos agudos del dilema. Lo que se complica todavía más si se toma en cuenta que el bien o el mal causados por un capitán o gobernante pueden ser bombas de tiempo que sólo estallan a largo plazo. Nada aconteció durante el ministerio de Baldwin, ¡salvo la siembra de todas las desgracias futuras!

Y es que la verdad está en el medio: es que hay una imbricación entre las causas; es que, en general, las determinantes son, a la vez, individuales y colectivas, y hasta podemos añadir que humanas y extrahumanas, aunque en distinta proporción para cada caso. Y entonces se diría que ceden a los dos lenguajes y en los dos se dejan expresar más o menos cabalmente, según la intención del historiador o la moda interpretativa de la época. Napoleón, héroe si los hay, personalidad a primera vista irreducible y en cuyas manos parecen juntarse sin remedio los resortes del acontecer social, tam-

bién resulta por otro lado —ejemplo, las páginas de John Strachey— como un mero átomo atraído en la cauda de la pugna por los grandes mercados. Y no hay que hacer profesión de materialismo histórico para admitir que una y otra explicación se completan y que sólo la atención generosa para ambos aspectos del fenómeno devuelve a la historia su integridad vital. El dilema puede representarse con la simbólica pareja de los Strachey: mientras Lytton Strachey "biografiza" la historia, John Strachey la "desbiografiza": valgan los barbarismos, en gracia a la rapidez de los conceptos.

Un día se creyó que la Tierra era el centro del universo, punto fijo de referencia en torno al cual giraban los orbes. Pero luego la revolución copernicana, presentida en ciertos atisbos y adivinaciones de griegos y de alejandrinos, desposeyó a nuestro planeta de este sitio privilegiado, invirtiendo el sentido de las rotaciones conforme a la figura de la "relatividad clásica" que, en nuestros días, Einstein ha apurado hasta sus últimas consecuencias. Un día, también, se adoró al hombre como a rey de la creación, punto fijo de referencia en cuyo servicio se movían "el Sol y las otras estrellas". De su voluntad, sólo sujeta a los designios de su Creador —y ni siquiera sujeta, sino permitida, aunque prevista, en las superiores licencias del libre albedrío—, partía la historia. Pero luego, por una revolución semejante a la copernicana, el hombre se vio desposeído de este don de engendrar la historia, al menos a la manera candorosa que antes se admitía, y las generaciones humanas, como las generaciones de hojas en la melancólica metáfora de Homero, fueron basura que barre el vaivén de los grandes vientos naturales. Evocar al héroe para entender la historia era tan ridículo como evocar a un espíritu para penetrar los misterios de ultratumba. El historiador —se decía— convierte su mesa de trabajo en mesa parlante. Sobrevino, como lo sentía Santayana, un singular prejuicio del hombre contra sí mismo, acaso por miedo a recaer en las imaginaciones antropomórficas del primitivo, prejuicio contra el cual reaccionan después todas esas filosofías llamadas "existenciales", las cuales podrían llevar como lema la sentencia de Protágoras sobre "el hombre, medida del universo".

Algo sumariamente hemos llamado interpretaciones deterministas de la historia a cuantas doctrinas explican el suceder humano por motivos supraindividuales, ora sean místicas y espiritualistas, ora naturalistas y hasta materialistas. En este grupo lo mismo caben San Agustín con su ciudad terrestre encaminada hacia la ciudad de Dios o de ella imperfectamente reflejada, Paulo Orosio con su historia como castigo divino *(Moesta Mundi)*, Bossuet con su providencialismo, Hegel con su paulatina realización del Espíritu, que Buckle o Taine con su referencia a los ambientes naturales, Karl Marx con su base de sustentación económica, o los modernos teóricos de la geopolítica.

Frente a esta masa de doctrinas se alzan las que sumariamente llamamos interpretaciones heroicas de la historia, en que la voluntad de unos cuantos jefes todo lo hace y resuelve por sí misma, sin ninguna justificación sobrehumana digna de tal nombre —fuera de alusiones casi retóricas a los dioses o a Dios— y apenas con un leve apoyo, mínimo e indispensable, en las circunstancias que necesariamente envuelven a toda conducta personal. De esta última masa, elaborada por los historiadores de la antigüedad y reelaborada después por algunos renacentistas, derivan, a la larga, la escultura del Héroe en Carlyle, del Representativo en Emerson, del Grande Hombre en Burckhardt y del Superhombre en Nietzsche. La tendencia monárquica busca en esta masa sus fundamentos, como la democrática los busca en la otra. Así se contrapone la visión de Charles Maurras, la Francia hecha por los reyes de Francia, a la de Julien Benda, la Francia hecha por el pueblo francés.

De paso, observaremos que, cuando la interpretación heroica se aplica pragmáticamente a aleccionar al monarca, unas veces toma por el rumbo pagano de que es expresión suma *El Príncipe* de Maquiavelo, y otras por el rumbo cristiano de que, por reacción expresa o tácita contra Maquiavelo, son muestras los muchos doctrinales hispánicos (Guevara, Quevedo, Saavedra Fajardo, Gracián, etc.), ignorados por Jacques Maritain en cierto ensayo, por lo demás excelente, publicado en el último número de *Ábside*. Mientras El *Príncipe* de Maquiavelo se amaña contra un hado funesto y

busca, más allá del bien y del mal, el solo éxito personal e inmediato, sin poder fundar el éxito político de verdadera validez histórica, que es el bien social perdurable, el Héroe de Gracián —con ser el más equívoco entre los príncipes cristianos de la tradición española— es un agente de la Providencia que procura con sus virtudes conciliar la estrella propicia. (Lo he explicado en *El suicida.*)

Naturalmente que, entre las teorías deterministas y las heroicas, hay mil compromisos y mutuas influencias, y las fronteras no siempre son fáciles de trazar. El curioso puede encontrar suficiente información en la reciente obra de Sidney Hook, *The Hero in History* (The John Day Co., Nueva York, 1943), desde las inepcias de F. A. Wood, su teoría "gamético-monárquica" y sus ridículas estadísticas, hasta los esfuerzos de las escuelas deterministas para anexarse al héroe como un factor más producido y usado por el determinismo. Tales esfuerzos suelen pecar por su unilateralidad o "monismo". En Engels, revelan una mística involuntaria; en Plejanov, paran en palmarias contradicciones; en Trotsky, se enredan en sutiles cualificaciones más eficaces para probar la fatal caída de los zares que la necesaria aparición del bolchevismo sin la obra de ciertos hombres. Lo peor es que, en materias tales, no hay más prueba posible que la hipótesis puramente imaginaria, o sea la suposición de que los hechos hubieran acontecido de modo diferente, ejercicio éste no exento de amenidad y atractivo, pero de dudosa validez, según lo afirman rotundamente autoridades tan grandes como Croce o autoridades tan estimables como el historiador jurídico Tourtoulon. Esto de la historia posible o que pudo haber sido nos lanza al mar sin orillas del "ifismo", como parece que el Presidente Roosevelt llama, en sus entrevistas con la prensa, a esas preguntas impertinentes que giran sobre el eje del "if" (el "si" condicional). Y esto es ya entretenimiento más que doctrina.

Al reciente análisis de Sidney Hook objetaríamos su excesiva simplificación, por cuanto focaliza su campo en un héroe, cuando la acción heroica que engendra la historia es una trama solidaria de cada día, bien repartida entre todos, y por cuanto no acierta a incluir en su campo, aunque lo

intenta, al genio creador del arte, la filosofía o la ciencia. Y le objetaríamos también cierta tolerancia o inclinación por las tesis que pretenden reducir la historia mediante esquemas automáticos y mal llamados científicos, que es ya cosa rectificada. No hay más ciencia histórica que el buen juicio y la lealtad a los documentos, y todo lo demás es desvío.

Pero admitimos el análisis de Hook sobre las razones teóricas y prácticas que devuelven su actualidad al tema del héroe. A saber: 1º Toda vida social y toda organización social importante nos aparecen conducidas por un jefe o "líder". 2º Los sistemas educativos no pueden dispensarse de ejemplificar con las personalidades salientes de la historia, lo que desarrolla en el espíritu la inextinta corriente mitológico-heroica. 3º Cuando la historia que vivimos acentúa sus caracteres de crisis, tendemos naturalmente a buscar un salvador, un *sóter* como decían los griegos, un profeta como dijo la Biblia. Y, según Hook, toda la función de la democracia se reduce entonces a cooperar con el héroe, pero en actitud de guardia vigilante y recordando siempre que se han delegado los poderes sin hacer dejación de ellos. Cumplida la obra, Solón se encamina al destierro voluntario y Cincinato vuelve al arado. 4º Además de estos motivos prácticos, el problema del héroe atrae como tema teórico de interpretación y, según ya lo hemos dicho, reaparece de cuando en cuando: coágulo insoluble en el agua de la historia, instante imprevisible de "mutación" en Darwin, o de "bastardeo" en el lenguaje de Burckhardt, hecho límite contra el cual se estrellan los ataques, también limitados, de spencerianos, hegelianos y marxistas de todas las confesiones, y que parece levantarse, rebelde, entre el manso proceso de las selecciones naturales. El alegato unilateral de Carlyle sobre la historia como obra del héroe puede ser mitigado por William James con la idea complementaria de la "receptividad" de la época, que esconde en penumbras a un Leonard Nelson y permite encumbrarse a un Hitler. Pero todo esto es vuelta de noria, pues la tal "receptividad" resulta, a su vez, obra acumulada por las grandes personalidades de ayer, y así los extremos vuelven a encadenarse. 5º Motivos psicológicos para la adoración del

héroe: *a)* supervivencia casi freudiana de la necesidad filial en las sociedades, que de algún modo confuso buscan la protección del que se les ofrece como un amparador o un padre, aunque tal motivo lo mismo puede apoyarse en un director personal que en un partido o en una iglesia; *b)* complementación simbólica de las propias limitaciones en el sujeto idealizado e idolizado a quien se admira, especie de autoperfeccionamiento a poco costo, aunque este motivo es ambivalente y lo mismo puede proyectarse como un orgullo de obedecer al mejor que de obedecer al peor, por causa de las flaquezas humanas; *c)* anhelo de descargar la propia responsabilidad en algún profesional del mando, cediendo al "camino de terciopelo" de la obediencia, que decía Rémy de Gourmont, lo cual, a fin de cuentas, responde a la buena economía social, que resultaría imposible si todos fueran candidatos. Muchos huyen de este peligro, y Papa ha habido al que se llevara atado de pies y manos hasta la silla de San Pedro. El hombre "medio" responde generalmente al tipo "abstencionista", y también algunas naturalezas fundadas sobre la pura inteligencia o la pura contemplación. El monje medieval se recluye, deja que el caballero haga la historia, y de paso salva en su reducto buena porción de la cultura heredada. Taine, llamado a dar su voto en unas modestas elecciones locales, siente la necesidad de escribir antes *Los orígenes de la Francia contemporánea.* Tal vez la integración democrática consista en dotar al hombre de cierta educación que se vuelva en él connatural y que lo haga sentir en su función política algo tan propio y suyo como lo es la respiración, aunque no tan absorbente y constante, porque esto sería una calamidad.

Los motivos enunciados no son los únicos, ni se presentan aisladamente, pero esta enumeración basta para describir el problema. Por lo demás, nadie confunde al héroe con el mero testigo: nadie asigna calidad heroica a los gansos del Capitolio que se soltaron graznando cuando, entre la noche, vieron aparecer a los bárbaros. Y en cuanto a saber si algunos tipos heroicos como Colón son tan indispensables en el destino histórico al punto en que lo es Lenin, o si un defecto en la nariz de Cleopatra pudo, según la célebre paradoja de

Pascal, transformar la historia de Roma y, por aquí, del mundo, son enigmas que aún se podrían discutir a lo largo de muchos libros.*

Todo, *México, 30-XII-1943.*

* Ver "Mi idea de la historia", *Marginalia (segunda serie)*, México, 1954, pp. 55 *ss.*

¿RUIDO O SILENCIO?

DESPUÉS de Poe y de Chesterton, acaso sea Dorothy Sayers —escritora contemporánea consagrada hoy a géneros más ambiciosos— quien más se ha preocupado por escribir cuentos y novelas policiales en buena prosa literaria. Últimamente, ha aparecido en español, aunque en español dialectal y cargado de propósito con argentinismos intraducibles, cierta obra firmada bajo el seudónimo "Bustos Domecq" *(Seis problemas para D. Isidro Parodi)*, que merece también los honores de la primera fila y que representa la entrada triunfal del asunto "detectivesco" en las letras de nuestra habla.

En *The Seven Taylors*, uno de sus libros más seductores, enriquecido graciosamente por una vasta erudición en materia de música de los "carrillones" ingleses y tradiciones y usos sobre el toque de las campanas, Dorothy Sayers presenta el caso de un hombre a quien su adversario ata en un capanario y que aparece muerto tras el furibundo campaneo de un día de fiesta.

También Ramón Gómez de la Serna ha inventado la historia de un pobre señor que, presa de un sueño matinal indomeñable, compraba despertadores cada vez más potentes y que, con el hábito, le iban resultando inútiles. Finalmente, se procura un despertador tan estruendoso, que una buena mañana lo encuentran muerto en su cama con las orejas llenas de sangre, porque el repiqueteo ha logrado despertarlo del sueño de la vida y mandarlo al otro mundo.

Hace unos lustros, los doctores Chambers y Gaines, de la Universidad de Texas, propusieron un método para la esterilización de la leche, que consideraban desde luego más eficaz y económico que todos los procedimientos industriales conocidos, y que consistía en hacer correr la leche por un caño de caucho sometido a una vibración acústica agudísima, en onda de 9,000 ciclos, la cual producía la muerte instantánea de las bacterias.

Hoy la imaginación se ha echado a volar a propósito de

las "armas secretas" con que amenazan, en su desesperación, los que se consideran cercanos a la derrota. Nada cuesta figurarse que, así como hay silenciadores para las armas de fuego, se inventen o se hayan inventado algunos espantosos artilugios que, con el solo estrépito, aniquilen en un instante a los habitantes de toda una ciudad.

Lo cierto es que, en esta nuestra época de máquinas ruidosas, todos concebimos muy bien que se nos pueda matar a fuerza de ruidos. Pero, por otra parte, el hombre —cuya superioridad biológica se revela en la multiplicidad creciente de adaptaciones— se acostumbra a todo. Acontece con la incomodidad mecánica del estrépito lo que con la incomodidad mecánica de las grandes velocidades de transporte. Para tripular los lentísimos automóviles de la primera época, los hombres se enmascaraban como contra gases asfixiantes y se vestían de osos polares. Hoy una muchacha vestida, o desvestida, en ropa de baño, conduce tranquilamente su automóvil abierto a una velocidad diez veces mayor. Y aun hay quien se aburre con el silencio del campo y echa de menos el estrépito de una grúa que trabaja junto a su casa en la ciudad. "¿Cómo aguantas la gritería de tu irritable esposa Jantipa?", preguntaban a Sócrates. "También tú —contestaba— oyes graznar a los grajos sin oírlos." A todo se acostumbra el hombre.

Hasta cabe preguntarse si el hombre nervioso de nuestro tiempo no podría también ser aniquilado por un régimen de absoluto silencio. Carlyle callaba todo el tiempo que le duraba una pipa. Los pitagóricos, como prueba de iniciación, es fama que callaban cinco años. A veces nos preguntamos por qué los griegos nunca concibieron una divinidad del silencio. Da en qué pensar. . .*

La Nueva Democracia, *Nueva York, V-1944.*

* **Escrita esta nota, encuentro en *The American Weekly*, Los Ángeles, diciembre de 1943, un artículo sobre el ruido que mata, según las observaciones de la guerra.**

INTERPRETACIÓN DEL "PEYOTL"

EL "PEYOTL", la hierba sagrada de los tarahumaras, posee, entre otras, la propiedad de transformar los sonidos en visiones, las notas musicales en alucinaciones luminosas. Como la energía del objeto vibratorio se mantiene idéntica, es de suponer que, por relatividad einsteiniana, lo que se modifica es la energía receptiva del sujeto afectado por la droga.*

La física nos hace saber que la materia es de naturaleza eléctrica; que es, como si dijéramos, un amasijo de vibraciones. Considérese, como preliminar, que la onda del agua en que cae la piedra tiene una velocidad o frecuencia de unos seis metros por segundo, en tanto que la onda eléctrica de la radiodifusión ocupa una escala que va de 200 a 2,000 metros en la misma unidad de tiempo.

Si se establece el espectro o graduación creciente de las vibraciones de la materia, se asciende desde la frecuencia menor, que es el sonido, a las ondas de radio, a las hertzianas, a los rayos de la luz infrarroja, al llamado espectro solar que es el campo de la visión humana, a la luz ultravioleta, a los rayos X y Roentgen, a los rayos "gamma" (cuerpos radioactivos), y en fin, a las radiaciones cósmicas que son la última novedad.

El calor resulta una energía relativamente pobre, efecto del desorden entre todos los movimientos moleculares (pues la materia nunca está quieta, sino que vive en continua zarabanda). El olor, o mejor la posible vibración que nuestros sentidos traducen en olor, es todavía asunto discutible. El tacto mismo, el cutáneo y el interior, es como la respuesta a un ventarrón electrónico que nos atraviesa.

El ojo humano sólo capta una estrechísima faja del espectro vibratorio. Es, como decía Helmoltz, un aparato óptico muy deficiente. Sólo alcanza a distinguir las estrellas desde la 1ª a la 6ª magnitud. Si su energía fuese absorbida

* Ver, en este tomo, "Ofrenda al Jardín Botánico de Ríojaneiro", *Norte y Sur*, pp. 89-92.

por un miligramo de agua, harían falta 2,000 siglos para que la temperatura del agua aumentara en un grado centígrado. Tal vez algunos animales alcanzan a ver vibraciones invisibles para nosotros. Un jugador de tenis advertía que, siempre que volvía a casa después de agitarse en sus deportes, su gato huía de él espantado, como si lo viera echando llamas. Tampoco podemos enorgullecernos de nuestro oído. Todos saben que hay silbatos de perro, cuyo sonido es insensible para el hombre.

Pues bien, si, bajo el influjo del "peyotl", los sentidos humanos reciben las vibraciones acústicas con todos los honores que, en estado normal, sólo se conceden a las luminosas, será porque el aparato humano ha obrado como el "lentizador" del cinematógrafo, en proporción inversa. Para retratar la trayectoria de una bala, la cámara trabaja con velocidad vertiginosa. Para darnos en unos segundos el crecimiento de una planta, lo que dura varios meses, la cámara opera con lentitud exasperante. Pues de modo parecido para que la vibración acústica media —que empieza a ser perceptible a los 200 metros por segundo— afecte nuestra biología como vibración luminosa —lo que está algo más arriba de los 300 billones de metros por segundo— será que nuestra biología retarda en la misma proporción.

Nótese que ya la música eléctrica admite aparatos en que la emisión luminosa se traduce en sonido —fenómeno inverso al del "peyotl"—, mediante un sistema que consta de una lámpara más una rueda dentada que la intercepta, más una celula fotoeléctrica o ampolleta de vacío con capa de potasio al fondo, más un contacto entre ésta y un bloque de pilas, y al cabo, un audífono. Que tal es el principio de la radioemisión.

Claro que la psicobiología puede oponernos como mejor explicación la mera confusión o contaminación entre los conductos sensoriales, la cual crea los fenómenos llamados de sinestesia, de que los poetas sacan tanto partido ("el tañido rojo del clarín"), y que algunos explican de modo materialista, y otros, por una trabazón de orden espiritual, semejante al recuerdo.

La interpretación que aquí sugerimos bien pudiera ser

un dislate. Bien pudiera ser sólo una parte de la verdad. La arriesgamos como mera hipótesis tentativa, para que la despedacen los especialistas.*

Cadena "Anta", México, I-1944.

* Ver "La mezcalina", *Las burlas veras (segunda serie).*

APODOS

La infancia va acompañada de una cierta crueldad. Ya San Agustín —profundo psicólogo— observaba que el espectáculo de una criatura que chilla y patalea reclamando tiránicamente su alimento es cosa feroz. En los patios de las escuelas, a la hora de los recreos tenidos por cosa inocente, se engendran a veces tragedias dignas del coturno helénico. Dostoievski cuenta casos de niños que caen con fiebre por el desaire de un camarada. Jean Cocteau, en su profunda novela *Los chicos terribles,* trae casos semejantes. Todos conocen la historia de algún hombre a quien las burlas escolares desarmaron para siempre, produciéndole un traumatismo psicológico, un fondo de desconfianza en sí mismo, que lo lanzó a la vida en estado de irremediable mutilación. Los educadores no siempre conceden la atención debida a estos peligros, y en ocasiones aun caen en el crimen de colaborar en el desastre con su migaja de burla.

Sin duda que los apodos escolares, que a veces se le quedan prendidos para siempre a la víctima, a manera de un epíteto homérico, tienen una base de crueldad, para con el prójimo y para con uno mismo. El niño es indiferente al daño que causa cuando aplica un apodo que es la caricatura de algún defecto visible. Pero también el que recibe el apodo lo toma con indiferencia. En mi infancia le llamábamos a un muchacho "la chachalaca", por su modo de hablar, y a otro, por su color trigueño subido, "el güero color de urraca". No nos atreveríamos hoy a seguirles llamando así, a gritos, en mitad de la calle y delante de todo el mundo, a los adultos que han crecido de aquellos niños.

Leopardi, en sus *Pensamientos,* dice que "el sordo", "el cojo", "el manco" se sustituyen al nombre de la persona por el íntimo placer que experimentamos en rebajar a nuestros semejantes y excluirlos del mundo de la normalidad; cosa a que el sombrío poeta, como inválido que era, sin duda resultaba demasiado sensible. Cierto astrofísico mexicano, afli-

gido de creciente sordera, me decía a los comienzos de su dolencia: "Los hombres son unos bellacos. Su actitud para conmigo ha cambiado en cuanto se han percatado de mi deficiencia. Lo primero que hacen es aprovecharse de ella en contra mía." Es, en otra forma, la paradoja del pacifismo en Kant: —Sólo podremos desarmarnos cuando todas las naciones convengan en desarmarse a un tiempo. Se cuenta que cierta tertulia de maldicientes se deshacía siempre en medio de las cuatro esquinas, y todos se obligaban a irse por camino distinto, como garantía de que ninguno de ellos sería atacado a mansalva por los que se quedaran charlando.

Hace años, aquella mujer de teatro española que vivió tanto entre nosotros, Pilar Leredo, me decía en Madrid: "Sólo en México he encontrado, como costumbre recibida, eso de llamarle a uno por sus defectos, en tratamiento diminutivo y cariñoso: —¿Cómo te va, tuertito? —¿Qué me cuentas, panzoncito?" No sé si Pilar exageraba. Aplicar a este hábito la etimología que propone Leopardi conduciría a una conclusión lamentable.

¿No habrá, también, un cierto varonil despego en eso de dejarse apodar por el defecto, un gesto magnánimo, como quien declara que no le duelen prendas? Ya un gran mutilado y un gran mexicano —el primer mexicano que suena en las letras del mundo—, el "chaparrito" y jorobeta don Juan Ruiz de Alarcón, se defendía así desde la escena ruidosa de la Comedia, en tiempos del travieso Lope de Vega:

Dios no lo da todo a uno.
Al que le plugo de dar
mal cuerpo, dio sufrimiento
para llevar cuerdamente
los apodos de los necios.

La Nueva Democracia, *Nueva York, V-1944.*

SOBRE EL ESCEPTICISMO HISTÓRICO

SEGURAMENTE que no es en nuestros días cuando se han escrito los mejores libros de historia. Hoy por hoy padecemos lo que Toynbee ha llamado la "falacia apatética" de la historia. El clima industrial ha inficionado la mente de los historiadores. Han dado éstos en creer que el descubrimiento de materiales y la producción de nuevos datos lo es todo, aunque se trate de insignificancias o de redundancias. Y aunque sin descubrimiento no hay historia, tampoco y mucho menos la habría sin la narración y la interpretación. Pues de cada mil descubrimientos generalmente hay uno que verdaderamente importe. En cambio, donde no hay un buen relato y no hay una honda o siquiera clara inteligencia, ¿quién pretendería que hay historia?

Muy bien está que se cultiven las artes eruditas como adiestramiento para los futuros historiógrafos. El arquitecto debe conocer de modo preciso los materiales de construcción y, si ha sido en sus días un poco o un mucho cantero, mejor que mejor. También nosotros, en nuestro particular oficio, nos hemos sometido largos años a las disciplinas del documento, desde el buscarlo hasta el publicarlo con todo su aparato científico, y no confudiríamos, sin embargo, esas disciplinas preparatorias con la crítica y la valoración de la cultura a que aspirábamos.

Las artes de la narración y de la interpretación parecen hoy algo descuidadas. Singularmente desde que se ha dado en la flor de considerar la historia como ciencia, simplemente porque el criterio científico —que en el caso se reduce al modesto sentido común— debe aplicarse al establecimiento de los hechos, en la historia como en cualquier otra investigación humana que tenga por fin la verdad: lo mismo en la deliberación de los negocios que en la averiguación de un delito, en un análisis químico o en una tesis sobre la conversión de San Agustín.

Como las artes eruditas son reducibles a reglas automá-

ticas que, una vez adquiridas, se aplican con impersonal monotonía; como no lo son las artes de la narración y la interpretación, cuya técnica se resuelve en tener talento, y como la inteligencia humana se es de suyo perezosa y se arroja con voracidad sobre cuantas reglas de pensar se le ofrezcan y le prometan algún ahorro, se explica el desvío. Pero explicar no es absolver.

Hace tiempo que no podemos leer un nuevo libro de asunto histórico del cual podamos decir, como Fray Jerónimo de San José en su *Genio de la historia,* "que parezcan bullir y menearse las cosas de que trata, en medio de la pluma y el papel". En nuestros días tenemos que conformarnos con algunas páginas nítidas, entre lo mejor que hoy se produce, al modelo de Hilaire Belloc, de quien con razón se ha dicho que es una feliz alianza entre el Baedecker y la Geometría Euclidiana. La estética de la obra histórica no es una mera calidad superpuesta, no es aquella "fermosa cobertura" con que el Marqués de Santillana representaba deplorablemente la belleza literaria. La estética de la obra histórica es una virtud intrínseca, puesto que el efecto estético resulta del acierto en la narración y de la vitalidad en la interpretación.

> Por tales virtudes, antes poéticas que históricas, viven y vivirán eternamente a los ojos de la memoria la peste de Atenas, la oración fúnebre de Pericles y la expedición de Sicilia, en Tucídides; la batalla de Ciro el Joven y su hermano, en Jenofonte; la consagración de Publio Decio a los dioses infernales y la ignominia de las Horcas Caudinas, en Tito Livio; el tumulto de las legiones del Rin y la llegada de Agripina a Brindis con las cenizas de Germánico *(infausti populi Romani amores),* en Tacito; la conjuración de los Pazzi y la muerte de Julián de Médicis, en Maquiavelo; la acusación parlamentaria de Warren Hastings, el terrible procónsul de la India, en Lord Macaulay. (Menéndez y Pelayo.)

Con los pasajes aquí señalados, junto con algunos del sólido Montesquieu, del transparente Voltaire, del musculoso Gibbon; con algunos más, escogidos entre las autoridades del siglo XIX —Niebuhr, Savigny, Grote, Ranke, Michelet, Gervinus, Herculano, Rawlinson, Curtius, Mommsen, Renan, Oppert, Fustel de Coulanges, Maspero— y con otros de escritores que, sin ser profesionales de la historia en el sentido más co-

rriente, que es el político, tuvieron el genio de la historia, como Sainte-Beuve, Réclus, Gaston Paris, Menéndez y Pelayo, Bédier, Menéndez Pidal, bien pudiera orientarse la educación de los futuros historiógrafos, mucho mejor que con las reglas sobre el numerar de cinco en cinco los renglones de algún anodino documento, cuyo único mérito estriba en no haber tentado el apetito del "comején": ¡aquel famoso comején contra el cual, según nuestro Fray Servando, el rey de España mandó dictar orden de prisión, por haber destruido unos autos!

Nuestra época no puede preciarse de haber hecho grandes obras históricas. En cambio, tras de haber alejado, por sublimes, las reflexiones sobre la filosofía de la historia, que ya preocuparon a San Agustín y al español Orosio o a Bossuet, y que, hechas espectrales y más filosóficas que históricas, se fueron reduciendo a la tipología sociológica desde los tiempos de Vico y Herder, nuestra época muestra una efervescencia y una inquietud creciente por estudiar el método de la historia y hasta la garantía de la verdad histórica.

En este sentido, se ha dicho que el pensamiento contemporáneo es "historicista". Y también porque una especie de patetismo histórico, algo como el sentimiento de lo efímero transportado a los órdenes más permanentes, ha invadido las actuales representaciones del mundo. Así la nueva "física relativista" nos va enseñando a sentir un temblor de acontecimiento histórico aun en la abstracción aludida por la fórmula matemática. Los números de Einstein, sujetos ya al tiempo como todo lo humano, y medidos según el tiempo que tarda la luz en llegar de uno a otro punto, parece que se vuelven fenómenos sentimentales; que no serán igualmente exactos a toda hora y en todo sitio; que estarán, como la flor de los poetas, frescos a la mañana y acaso marchitos al anochecer.

Pero así como sería absurdo aplicar la física relativista a nuestras acciones diarias, gobernadas por lo instantáneo de la luz (¡300,000 kilómetros por segundo!), y donde por consecuencia no cabe poner en duda la posibilidad de lo simultáneo, así es absurdo poner en tela de juicio la posibilidad del conocimiento histórico en vista del "historicismo" o relatividad del punto de vista.

Es indudable que el clima mental de un autor y de una época influyen en la interpretación de los sucesos históricos. Por eso ha dicho Croce que toda historia es "historia contemporánea", lo que no por ser exagerado deja de ser cierto en mucha parte. Gracias a esta mudanza en la figuración de las cosas pasadas, siempre sería posible volver a escribir la historia del antiguo Egipto, aun cuando los documentos materiales en que ella se funda no cambiaran ni aumentaran en nada. Si sólo esta función desempeñara la historia, habría que confesar que ella era la expresión de una verdad vital, de una necesidad dinámica del criterio humano, cuyo valor es más definitivo y trascendente que el de las verdades estáticas de las ciencias naturales. Cuando cada uno corre dentro de otro círculo, ninguno se encuentra. Una de las mayores confusiones de la metodología está en confundir los entes inmóviles de la verdad científica con los entes fluidos de la verdad histórica o de la artística.

De modo que, al desarrollarse el historicismo, su virulencia ha sido tal que, como hijo desnaturalizado, ha acabado por cebarse en el concepto mismo de la historia, en cuyo seno se crió.

El escepticismo ni siquiera se detiene en lo movible de la interpretación, en lo que se llama la "falacia genética", o relatividad del punto de vista, sino que hay idealistas metafísicos, como Croce, que llegan a negar la posibilidad de establecer objetivamente la veracidad de los mismos hechos históricos. Y Anatole France, sin ser idealista metafísico, hace mangas y capirotes con el cuento de algo que acaba de acontecer en la esquina de su casa y que cada testigo relata de modo distinto. Concluir la imposibilidad de la historia por la relatividad de todas las cosas humanas es tener mal carácter o estar enfermo del hígado, pero no es ser sabio; pues no hay por qué exigir de la historia más de lo que se exige de nuestras otras actividades. Y argüir, en vista del escándalo de la esquina, que no podemos saber si Julio César murió o no apuñalado, es, cuando menos, ridículo.

Respecto a la "falacia genética", de ella pudiera ser ejemplo Solís, el historiador de la conquista de México, con la particularidad de que, mientras otros —y acaso la mayo-

ría— la padecemos sin saberlo, él la declara honestamente, y comienza por afirmar su concepto providencialista, católico, apostólico, romano, de la historia. Mannheim, relativista y todo, afirma con toda probidad que la "falacia genética" no es tal falacia; que es filosóficamente intachable (como los postulados por los que se empieza el problema matemático, los cuales ya no se entienden como axiomas, como evidencias, sino como proposiciones asertivas de las que se desea partir); y que es, además, indispensable como proceso metódico. Claro es que cada lector queda en libertad de aceptar o rechazar los postulados.

Algo más arriba dejamos un artículo sobre *El Héroe y la Historia* en que tocamos algunos problemas del método histórico. Cerca de doce lectores nos manifestaron su interés por estas cuestiones. Para contestarles se escriben estas líneas.*

Todo, *México, III-1944.*

* Ver "Mi idea de la historia", *Marginalia (segunda serie),* Tezontle, 1954, pp. 55 *ss.*, y *Las burlas veras (primer ciento)*, "El relativismo histórico".

UN ECLIPSE HUMANO

TODOS los mexicanos deben leer el libro de Egon Caesar Conde Corti, *Maximiliano y Carlota,* donde por primera vez se incorpora a la ya imponente bibliografía del asunto la documentación secreta de ciertos archivos europeos, y singularmente del que dejó el propio Maximiliano. La obra, escrita con imparcialidad, servirá a los lectores que todavía duden de buena fe para confirmarse en los únicos ideales y principios que merecen el nombre de mexicanos.

Es notable ver hasta qué punto, en este trágico episodio, se comprueba aquella sentencia de los griegos: "Los dioses comienzan por enloquecer a los que quieren perder." Se diría que una epidemia de estupidez cundió por los tronos de Europa. Napoleón III parece un monigote patético, indigno hasta del dolor que causa o que padece. Francisco José es un inhumano egoistón que juega en albur el destino de su hermano, a la vez que esconde su juego para no quedar comprometido. El viejo zorro de Bélgica, el Leopoldo I, padre y suegro de todos los tronos de Europa, sufre un eclipse inexplicable en su proverbial "gramática parda", ya que no inteligencia.

El archiduque Fernando Max, como se lo llamaba en Europa antes de su aventura imperial, no puede ser absuelto. No es verdad que haya sido engañado. Sobró gente que le abriera los ojos. Quiso engañarse solo. Se enamoró de su juguete explosivo, con una terquedad pueril que no hace honor a su inteligencia. Y las infelices Eugenia y Carlota representan aquí ese elemento de arbitrariedad, entrometimiento y audacia que caracteriza a la ignorancia, y más cuando viste faldas. Pues, por larga injusticia histórica, y no porque el hombre valga más que la mujer, ésta casi siempre aparece en la historia y en la política sin otras armas que su espantosa inexperiencia. "Las señoras hacen observaciones infantiles" (carta de Carlota a Eugenia, Chapultepec, 9 de enero de 1865).

Las figuras más detestables del cuadro (el colmo de la ignominia) son, por supuesto, los mexicanos expatriados, que preparaban para su país un festín de sangre, con sus manos lavadas y dándose la gran vida en Europa: el fantasmón Gutiérrez de Estrada, enfermo de logorrea ultramontana que causaba náuseas a los emperadores franceses, y el sinuoso señoritingo Hidalgo, su discípulo infiel, su aliado y su enemigo, perrito faldero de la atolondrada Eugenia. En cuanto al diabólico Almonte, que por lo menos vino a jugársela a México, no dudaba en abandonar a Labastida y a su santa madre la iglesia para conservar la situación que debía a las tropas invasoras.

En este océano de incoherencia europea, que es para avergonzarse del género humano, sólo sobrenadan, un poco de casualidad, el buen sentido hispánico que no se embarcó en la aventura; el realismo inglés, que no comulgó con ruedas de molino; y —justo es señalarlo— la diplomacia austríaca, que cumplió valientemente con su deber, y en vano se esforzó por hacer ver a los monarcas lo disparatado de aquella empresa.

La conclusión que se saca, comparando los actos desatentados de los hombres que gobernaban el mundo con los hechos admirables de tantos genios ilustres que por los mismos días honraban el pensamiento humano, es que las sociedades no están dirigidas por quienes debieran dirigirlas. El que, por ejemplo, Napoleón III y Eugenia "alternaran" (porque así hay que decirlo) con hombres como Mérimée o Sainte-Beuve, causa la impresión de que los zopilotes se sentaran a la misma mesa de los ángeles. Decididamente, en lo que llamamos la "Humanidad" se han colado algunos animaluchos. Si en nuestra época tuviéramos derecho de arrojar siquiera una chinita, que no una primera piedra, diríamos que el caso de la Intervención y el Imperio es uno de los capítulos más bochornosos de toda la historia.

El Popular, *México, 23-VIII-1944.*

LA LENGUA UNIVERSAL, PROBLEMA DE POSGUERRA

SE DESEA, para después de la guerra, un mundo ecuménico. Todos los planes y todos los sueños coinciden en este punto. Si la "interdependencia" de los pueblos es una realidad, hay que encontrar un juego de instituciones que permita este cambio fácil de intereses, en todos sentidos, sorteando en lo posible el escollo de que los fuertes transformen la interdependencia en conquista.

El tiempo no se desanda. Aquella nivelación general de la tierra en que ya Renan veía el saldo de la obra humana sobre el planeta ha adelantado lo bastante para crear crisis, guerras y catástrofes que son hijas del atraso institucional. Luego hay que poner la institución de acuerdo con la vida, según los consejos de la geografía y la historia.

Mientras las instituciones estorben, nada se ha hecho. Recientemente, en la frontera de Laredo, un chusco decía a los agentes norteamericanos de la Aduana: "Si de veras fueran ustedes buenos vecinos, adoptarían la lengua española y el sistema métrico decimal para que podamos entendernos." Lenguaje todo ello, al fin y a la postre, porque todo cambio humano (y por lo tanto, toda vida social) se reduce a lenguaje.

No es de extrañar, pues, que comience a hablarse otra vez de una "lengua universal" como uno de los instrumentos más preciosos e indispensables de la futura Ecumene. ¿Cuál, cómo debe ser esta lengua? Ya Rubén Darío se preguntaba: "¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?"

La expresión "lengua universal" es demasiado ambiciosa. Nos transporta a las fantasías de C. S. Lewis, en cuyas recientes novelas *Out of the Silent Planet* y *Perelandra* (viajes a Marte y a Venus respectivamente) los personajes hablan en un idioma común al sistema solar, cuyo uso hemos perdido en la Tierra por culpa de añejas vicisitudes y, particularmente, por el bloqueo de nuestro planeta, sitiado por ciertos perversos espíritus desde antes de la aparición del hombre.

Ya se comprende que la "lengua universal" de que ahora se trata es cosa mucho más modesta, no destinada al universo y ni siquiera al sistema solar, sino al uso de los hombres. Y bien se la podría llamar "internacional", a no ser por la confusión con la "lengua diplomática" o de uso establecido para las transacciones oficiales entre las cancillerías, como antes lo fue el francés y hoy, además y de preferencia, el inglés.

El francés, por ejemplo, vino a convertirse en lengua diplomática, por lo menos desde los días del Congreso de Westfalia (Guerra de Treinta Años, 1648), aunque sólo en visitas y recepciones.* Ya en el Congreso de Trimègue se lo empleó como instrumento de las relaciones oficiales. Pocos años después, en cierta Dieta de Francfort, los representantes del rey de Francia reivindicaron el uso del francés en los escritos diplomáticos. "Si la costumbre del Imperio es redactar en latín estos documentos —decían—, la de Francia es redactarlos siempre en francés." Asimismo, se burlaban de que el Imperio Germánico se diera tratamiento de Santo Imperio Romano, considerando a su emperador como Augusto y Majestad Cesárea. Sin embargo de lo cual, todavía el Tratado de Paz de Ryswick (1697) se redactó en latín. El primer tratado en francés fue el de Rastdat (1714). Luis XIV, que conocía a su gente, desconfiaba mucho del embajador del Imperio, el príncipe Eugenio, con quien tenía que entenderse el mariscal Villars, por parte de Francia, para llegar al acuerdo. "Tenga usted en cuenta —escribía el monarca al mariscal embajador— que el carácter del Príncipe es tal que, como quede la menor posibilidad de interpretar a su antojo las estipulaciones, hoy se firmará la paz y mañana se volverá a romper." En adelante, la regla quedó establecida: los preliminares de Viena, en 1735; la Convención de Viena, en 1736; el Tratado de Aquisgrán, en 1748, fueron ya redactados todos en francés.

El que una lengua nacional alcance semejante privilegio sólo puede ser consecuencia del predominio político de un Estado, como aconteció con Francia y luego ha acontecido con los imperios anglosajones. Así, aunque muchos opinan

* Ya, en la Edad Media, el francés había llegado a ser la lengua de los caballeros armados, como el latín lo era de clérigos y estudiantes.

que la mejor solución sería adoptar para el uso internacional una lengua nacional cualquiera, los celos políticos y la misma filosofía de igualdad en que los proyectistas se inspiran hace desechar esta postura, la más inmediata y sencilla, y volver a las lucubraciones sobre una lengua creada o siquiera perfeccionada *ad-hoc* para las relaciones entre los varios pueblos.

Téngase en cuenta que tal lengua, como las semejantes que en el pasado se han propuesto, sólo se concibe como auxiliar, como recurso secundario de relación entre pueblos de diferente lengua, y que en modo alguno pretende sustituir a las lenguas nacionales ni imponerse en los usos diarios.

Se ha creado una asociación internacional para este fin: The International Auxiliary Language Association (IALA), con sede en la ciudad de Nueva York (420, Lexington Avenue). Se procura allí llegar a la formulación de una lengua internacional auxiliar que resulte de la combinación del mayor número de lenguas existentes y que sea fácil de aprender. Se han compilado ya unas veinte mil formas léxicas que proceden del inglés, francés, italiano, portugués, español y aun lenguas coloniales de los pueblos anglosajones y latinos.

Frente a este plan fundado en el principio ecléctico, hay el plan del Inglés Básico, preconizado por Ogden y Richards —grandes autoridades en psicología y semántica— , que opta por depurar y aderezar la lengua inglesa para los usos internacionales.

Todos recuerdan los proyectos de otras épocas, y tienen noticia cuando menos del Volapük y el Esperanto. Antes de proceder al examen de los nuevos planes hay que hacer un recorrido histórico y clasificar las varias tendencias. No todos saben ya igualmente que en la historia de las lenguas universales auxiliares figuran los nombres de Descartes, Leibniz, Grimm, etc. No todos saben que ha habido más de cincuenta proyectos, y cada uno contó con su día o su minuto de gloria. No todos saben que, antes de la IALA, trabajó en Francia, a comienzos del siglo, una "Delegación para la adopción de una Lengua Auxiliar Internacional", la cual nos ha dejado las preciosas investigaciones de L. Couturat y L. Leau.

Entendidos ya de que se llama "lengua universal" a la "lengua auxiliar internacional", observemos que ella se ha concebido: 1º Sólo para ser escrita: Pasigrafía. Tendencia después abandonada. 2º Para ser hablada y escrita: lengua universal propiamente dicha. Ambas concepciones participan en iguales principios.

Los intentos de lengua universal pueden a su vez dividirse en tres grupos: 1º Sistemas *a priori,* construcciones filosóficas que se desentienden de las lenguas naturales ya existentes y pretenden crear otra lengua de cuenta nueva. Son los sistemas más antiguos (Descartes, Leibniz). 2º Sistemas mixtos, intermedios entre los anteriores y los siguientes, por cuya mezcla se definen (Grimm, Volapük, IALA). 3º Sistemas *a posteriori,* que operan sobre la materia de alguna lengua ya existente, europea por lo general. Son los más modernos (Esperanto, Antivolapük, Novilatín, Neutral, Inglés Básico). Entre éstos, representan un subtipo aquellos que escogen por base una lengua muerta; el latín, por ejemplo.

En el examen de los diversos sistemas, hay que distinguir: *a)* la idea directriz; *b)* la gramática (alfabeto, pronunciación, morfología y elementos del discurso, sintaxis); *c)* el vocabulario (radicales, derivados y compuestos). Los tratadistas suelen proceder al cotejo mostrando un mismo fragmento traducido a los varios sistemas artificiales. De preferencia, el *Padre Nuestro.*

Antes de emprender un rápido viaje comparativo, recordemos, para no desprendernos de la actualidad, que la revista trimestral *Books Abroad* (Norman, Oklahoma) acaba de abrir una "encuesta" sobre la posibilidad de adoptar el Inglés Básico. El número de primavera de 1944 publica la opinión de M. Pierre Delattre, francés de nacimiento, de la Universidad de Oklahoma, autor de obras sobre fonética francesa y española, catedrático de lenguas modernas por unos veinte años, cuya experiencia es muy de tenerse en cuenta.

M. Delattre presenta varias objeciones contra el Inglés Básico: 1ª El Inglés Básico pone sin remedio en situación de privilegio a los angloparlantes, pues conserva los fundamentos del inglés. 2ª El sistema inglés de verbos proposicionales, que multiplica los sentidos del verbo según las propo-

siciones que se le anexen *(come in, come up)* es una fuente de confusiones para los no nativos de la lengua, que difícilmente aprenden a ver el sentido figurativo más allá del literal: así, levantarse de la cama *(get out of bed)* se dice: *get up*. Y es muy conocido el cuento del viajero a quien le costó la cabeza asomarse por la ventanilla del tren cuando le dijeron: *Look out!* 3ª El deletreo o representación gráfica de los sonidos en inglés es lo más confuso que existe, y es peor aún que en el francés. De modo que a los 850 significados que propone el Inglés Básico no corresponden 850 sonidos, ni a éstos corresponden 850 símbolos escritos, sino que entre la serie "significado", la serie "sonido" y la serie "signo gráfico" reina una anarquía que multiplica de hecho los entes en una espantosa proporción. El grupo *ough* se pronuncia de seis modos. La "a", de nueve modos y, en combinación diptongal, de quince modos más. La "o", de catorce modos, y en diptongo, de diecinueve más. *Fish* puede ser *ghoti*, tomando la "gh" (f) de *laugh*, la "i" de *women* y la "sh" de *nation*. Cuando un angloparlante dicta su nombre a otro tiene generalmente que dictarle la ortografía. 4ª La pronunciación inglesa es indecisa. Hay en inglés de dieciocho a veintiséis sonidos vocales, y Madariaga llega a decir que no hay más que una vocal nebulosa y siempre cambiante. Los mismos angloparlantes no distinguen bien entre *pan-pen* o *pen-pin*. La acentuación de las palabras es variable, a diferencia del francés, en que todas son agudas, del finés, en que todas se acentúan en la primera sílaba, o del italiano, en que se tiende a la voz llana. El acento inglés, en el sentido de color y tono, es vago e indeciso, al punto que difícilmente lo domina un extraño. 5ª Los dialectos ingleses transportarán automáticamente al Inglés Básico sus dificultades y barreras. El Básico de un tejano nunca será el de un londinense. 6ª El inglés es una lengua típicamente idiomática, en que la excepción domina sobre la regla, y que no se adquiere por métodos racionales, sino por memorización mecánica de grupos acuñados. (Así, se dice: *take a walk*, en lugar de: *do a walk*, etcétera).

M. Delattre piensa que, puestos a aderezar para usos internacionales alguna lengua ya existente, sería preferible es-

coger otra más reglamentada, estable, precisa, como lo es el finés, propuesto ya por Paul Passy, el creador del Alfabeto Fonético Internacional. Una lengua internacional, concluye, sólo se impone a manera de conquista. Esta conquista tiene tres armas: el dinero, la espada, la inteligencia. Sólo las dos primeras podrán imponer el Inglés Básico, pues tal instrumento dista mucho de ser un útil intelectual que persuada o se recomiende por sí solo.

Todo, *México, 20-VII-1944.*

EL INSTITUTO NACIONAL DE CARDIOLOGÍA

VIVÍ en el Servicio Exterior de México muchos años y sólo regresaba de tarde en tarde a pasar aquí mis vacaciones reglamentarias. Cuando, hacia 1939, me reintegré al país, una de mis mayores sorpresas fue encontrarme con un nuevo foco de cultura y de inteligencia, formado por los nuevos médicos mexicanos. Aparte de su saber especial y técnico, estos hombres me impresionaron por su interés y su información general en todas las actividades del espíritu, no menor y acaso superior a la de las correspondientes pléyades literarias. En este grupo descuella el Dr. Ignacio Chávez, mi colega del Colegio Nacional y actual director del Instituto Nacional de Cardiología, recién inaugurado y creado por obra suya. Ante las críticas sin trascendencia y las malevolencias envidiosas con que algunos han comentado la realización de obra semejante, sólo cabe repetir con Rubén Darío: "¡Bufe el eunuco!" México puede enorgullecerse de poseer el mejor instituto cardiológico del mundo, donde la labor clínica, la investigación, la hospitalización, biblioteca, enseñanza y muchas otras tareas relacionadas cuentan con local, instrumentos y personal de primer orden. Lo menos que hará tal instituto es ocuparse en sus especiales funciones de cardiología, y ocuparse con autoridad y medios nada frecuentes. Además de esto, servirá de centro natural a mil actividades científicas; y todavía, de paso, marcará un "record", un nivel que cualquiera otra institución semejante se sentirá en la obligación de igualar o de superar. Cuando se hace una cosa buena, se hacen de pasada muchas otras y se abre el camino para beneficios inesperados.

La inauguración del Instituto representa un esfuerzo de varios lustros, y presupone la creación de toda una generación de especialistas, una larga educación del interés oficial para las tareas médicas y las investigaciones científicas, una cadena de empeños y amarguras para vencer escepticismos, domeñar intrigas, lograr persuasiones, activar enojosos trá-

mites. Todo lo ha llevado a cabo este gran mexicano que por sólo eso, e independientemente de sus virtudes y excelencias profesionales, merece bien del país.

En su hermoso discurso inaugural —pieza histórica por su mérito y porque traza una breve reseña de la cardiología mexicana— de 8 de abril, el Dr. Chávez, que es también un buen escritor, acaba así:

> Si cuando el tiempo pase, este Instituto en que cuajó el esfuerzo de mi vida llega a ser lo que quiere; si cumple limpiamente su destino y es, de verdad, un centro de estudio y de trabajo; si la investigación que aquí se haga aumenta en algo la ciencia y refleja, de paso, un poco de prestigio sobre México; si los enfermos que aquí vengan hallan en esta casa un tibio remanso de paz, en donde el hombre tienda la mano al hombre; si el escudo que nos dimos vale por juramento cumplido y el amor y la ciencia se ponen de verdad al servicio del corazón; si todo eso que me propuse realizar se realiza algún día y cae después, como una bendición o una lágrima, sobre la frente de mis hijos, ese día podré morir en paz.

Conforta pensar que llega a la coronación de su obra un hombre todavía en plena juventud, y sería ingrato el no asociar a nuestro elogio el nombre de los que lo han sostenido y ayudado, y que integran el Patronato del Instituto: los Dres. Gustavo Baz y Salvador Zubirán, secretario y ex-subsecretario, respectivamente, de Asistencia Social; el Lic. Eduardo Suárez, secretario de Hacienda; don Eduardo Villaseñor, director del Banco de México, y el Ing. Evaristo Araiza, gerente de la Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey.

La razón, la ciencia, la técnica, la higiene, el arte (aquí toca felicitar al arquitecto don José Villagrán García), la inteligencia en fin, realizan el prodigio de convertir en lugar risueño y "codiciadero para hombre cansado" (como diría el maestro Berceo) lo que es, en el fondo, una morada del dolor y el padecimiento. La frase vulgar es aquí de plena validez. Quien visita el Instituto sale diciendo: "Dan ganas de estar enfermo." No se puede decir más en menos palabras.

Los frescos de Diego Rivera dan un toque final al encanto del edificio y lo convierten en monumento artístico perdu-

rable, y lugar de peregrinación para los amigos de la pintura. Los espléndidos murales dan, en compendio, la historia de la cardiología.*

El Popular, *México, 16-VIII-1944.*

* Ver "De turismo en la tierra", *Las burlas veras (primer ciento).*

EL HALCÓN PEREGRINO

Sic vos non vobis...; que, traducido al vulgar, se dice: "Nadie sabe para quién trabaja."

El Cristo del Corcovado, en las alturas de Ríojaneiro, domina majestuosamente la bahía de Guanabara y, cuando se le tienden las nubes por los pies, en las noches, parece suspendido en el aire como un gran fantasma de luz.

¡Ay! Aquella iluminación atrae a todas las mariposas de la región, y quienes se aprovechan son las lechuzas, que están descastando a Río de esta fauna singular, tan singular que más parece flora volátil.

Julian Huxley, el sabio biólogo inglés, de ilustre tradición científica, nieto del inolvidable Thomas Henry, y hermano de Aldous el literato, nos hace saber que uno de los efectos indirectos de la guerra mundial es el haber transformado o elevado hasta la categoría de peste o epizootia al halcón peregrino, que con frecuencia se da el gusto de almorzarse a los pichones usados como correos por las patrullas aéreas.

¡Nadie sabe para quién trabaja! Aunque sí lo sabemos, que también nos lo dice otra frase hecha: trabajamos para el "tercero en discordia". Los profetas de las reivindicaciones económicas lo llaman el "intermediario", e insisten en que se queda siempre con el provecho de los afanes ajenos. Sin embargo, no hay que exagerar. Yo decidí un día suprimir al intermediario: por nada del mundo pude conseguir que el carnicero de la esquina me diera un filete a cambio de un soneto.

Gómez de la Serna, en la pasada Guerra Mundial, soñaba con la probable creación de monstruos oceánicos, híbridos de la ballena y del submarino. La verdad es que peores monstruos nos esperan con las nuevas generaciones de depauperizados, raquíticos, mal nutridos, víctimas de traumas físicos y morales que la guerra está preparando para mañana entre los niños de ahora.

En cuanto a nuestro halcón peregrino, ¿qué otra cosa es sino el representante, entre las aves, de ese tipo humano que los franceses llaman el *profiteur*, el que hace el negocio de la guerra, el que engorda con el desastre de los pueblos? ¿No habéis conocido a ninguno? ¿No tenéis noticia de uno que otro? ¿Será necesario que os lo describa, lectores pacientes? No: hablemos mejor de cosas graves. Es decir, callemos.

El Popular, *México, 12-VII-1944.*

BAYEUX Y SUS HISTÓRICOS TAPICES

UNA SINGULAR recurrencia, que parece buscada como de propósito, ha devuelto a la atención pública el ya oscurecido nombre de Bayeux, donde ahora acaban de entrar los ejércitos aliados como un primer paso para la reconquista de Europa y donde se conservan testimonios imperecederos de la conquista normanda llevada a cabo en la Edad Media.

Trátase de la famosa "tapicería de Bayeux", por algunos considerada sin razón como estrictamente contemporánea de los episodios a que se refieren sus motivos, y también sin ningún fundamento atribuida a las propias manos de la esposa de Guillermo el Conquistador y de sus damas. En torno a estos símbolos y reliquias fácilmente crecen las lianas de la mitología. Ejemplo, nuestro Árbol de la Noche Triste, que dista mucho de corresponder a una realidad histórica y, sin embargo, la representa y evoca con suficientes títulos.

Los tapices de Bayeux han provocado importantes reconstrucciones eruditas, a que se prestan mucho más que los monumentos o las inscripciones, por su mismo carácter y amenidad. Podemos compararlos, en tal sentido, y también por su valor jeroglífico y su representación convencional, con los códices mexicanos que han perpetuado las imágenes de la conquista española. Nada semejante y de igual valor ofrecía a la posteridad nuestra época, hasta antes de la invención del cinematógrafo (los "films" llamados naturales). Pues nuestras artes pictóricas distaban mucho de aplicarse a perpetuar informaciones sobre nuestro diario existir. Un paisaje de Millet sólo puede dar una idea indirecta y aproximada de lo que ha sido la vida campesina de nuestros días. Los muralistas mexicanos se acercan mucho más a esta realidad de la noticia. Si queremos entender hasta qué punto el documento de Bayeux ayuda a descifrar las apariencias visuales de la conquista normanda, imaginemos lo que son los vasos griegos para ciertos usos de la antigüedad clásica, o lo que sería un

friso donde se representara, en nuestros días, un agente del tránsito dando paso a un ómnibus en una bocacalle, un chico vendiendo un periódico, un desfile cívico, una sala de baño turco, etc. Los motivos de Bayeux, por lo demás, han sido imitados y aprovechados por algunos decoradores. Hay por ahí vajillas que los perpetúan. Una de las casas que ha ocupado nuestra Embajada en Ríojaneiro ostentaba una reproducción de la tapicería en uno de sus salones.

Para situar el asunto de la tapicería de Bayeux hay que recordar los tres grandes hechos que sacudieron y transformaron a la Cristiandad occidental en la Edad Media, a saber: la conquista normanda, la reforma eclesiástica bajo Gregorio VII y las Cruzadas. La batalla de Hastings aconteció el 14 de octubre de 1066. Y la primera Cruzada, que culmina en la toma de Jerusalén el 15 de julio de 1099, es posterior. Ahora bien, la indumentaria revela que la tapicería es algo posterior a la primera Cruzada. Para entonces Guillermo ya había fallecido, y tal vez andaban por los sesenta los guerreros que, en la juventud, habían participado en la hazaña. La tapicería solía colgarse anualmente en la nave de la catedral, a cuya magnitud corresponde exactamente. La catedral de Bayeux es una transición del románico al gótico; es decir, posterior a la Cruzada. Pero la mejor prueba se funda sobre todo en los detalles artísticos, armas, arreos, vestidos. Eduardo el Confesor, por ejemplo, lleva en la corona una flor de lis, símbolo que, al igual del oriflama, corresponde ya al siglo XII y no al XI. Lo propio puede decirse del cetro, del calzado, la cota de malla, el yelmo, la ornamentación de los escudos, etc. Los motivos mismos parecen inspirados en el *Roman de Rou,* poema de Wace sobre la conquista que se sitúa generalmente hacia fines del siglo XII, y en otras memorias de igual fecha. Por regla general, en efecto, los testimonios escritos preceden a los pictóricos. La tradición que llama a esta obra "la tapicería de la reina Matilde" no es más que el sueño de un anticuario, después transformado en verdad oficial para la enseñanza sintética de las escuelas. Lo cual en nada merma la obra, pues medio siglo más o menos poco afecta a su valor documental y deja intacto el valor artístico.

He aquí, en compendio, lo que nos refieren los tapices:

Harold recibe del rey Eduardo el encargo de asegurar a Guillermo la sucesión del trono. Parte de su dominio en Bosham, puerto de Chichester. Va a caballo y con su halcón en el puño. Oye una misa; asiste a un banquete en compañía de su séquito; embarca y arriba probablemente a Canche. Guy lo toma en calidad de rehén y lo conduce con honor al castillo de Beaurain, donde de noche, a la luz de las antorchas, discute con él la suma de su rescate.

Llegan los heraldos de Guillermo, duque de Normandía, y exigen de Guy —que era su vasallo— la entrega de Harold. Guy cede a su noble prisionero muy contra su voluntad. Esto acontecía por primavera. Se ven aradores y sembradores. Aparecen algunos animales fantásticos, fauna de los "bestiarios" de la Edad Media, que son también otra influencia de las Cruzadas.

Aquí se intercala un episodio sobre la guerra bretona, de gran interés histórico, porque la ruda tapicería resulta ser uno de los testimonios más cabales sobre la materia, y establece la relación entre Harold y Guillermo el Conquistador, relación que en las crónicas no resulta clara.

Se ve a los dos capitanes cabalgar juntos y atravesar la garganta del Cotentin, camino del Mont St. Michel, frontera entre Normandía y Bretaña. En el vado del río Couesnon, Harold y los suyos contribuyen al salvamento de algunos guerreros que iban a hundirse en los arenales movedizos. Los encuentros con Conon de Bretaña tienen lugar en Dol, tal vez en Rennes, y sobre todo en Dinant, donde éste es derrotado y entrega a Guillermo las llaves de la ciudad. Esta versión es legendaria y la contradicen las crónicas. Lo que importa es la servidumbre de armas que la tapicería nos revela entre Harold y Guillermo, y el juramento de aquél en Bayeux, que tal vez ofrece a éste el trono de Inglaterra según el encargo que traía.

Harold regresa a Inglaterra. El vigía ve venir sus naves sobre el canal. Pronto está el emisario de nuevo junto al rey Eduardo. Éste perece y es enterrado, aunque su entierro resulta anterior a su muerte, porque está contado al revés, de

derecha a izquierda. Antes de morir, hace algunas recomendaciones a las mujeres y a los sacerdotes tonsurados.

Y aquí sobreviene la traición de Harold, centro de la historia que ocupa la mayoría de los paneles. Harold se deja coronar, violando sus compromisos con Eduardo y Guillermo, y —según los tapices— con la complicidad de Stigand, arzobispo de Cantórbery, destinado a oprobiosa memoria como cismático de San Gregorio.

Aparece un cometa de fatídicos presagios, como en el México de Moctezuma (martes, 25 de abril de 1066). Un barco inglés sale para las costas normandas: el barco, tal vez, que trajo al duque de Normandía la noticia de la usurpación.

En Normandía comienza al instante a reclutarse la gente armada, se organiza la flota para la invasión, se cortan árboles y tablas, los astilleros están en plena actividad. Guillermo, desde su trono, todo lo vigila y ordena. Los barcos son arrastrados a la orilla. Los servidores traen fardos de sables y lanzas, y ruedan barriles de vino hasta las bodegas. Se embarcan asimismo caballos.

Los barcos, con la cruz en el mástil, se hacen a la vela, cruzan el Canal y paran en Pevensey. Wace dice que, según oyó contar su padre, eran no menos de setecientos navíos.

Lo primero que hacen los caballeros normandos en las playas británicas es desembarcar sus caballos y, como Cortés, desmontar las naves, que no es quemarlas, sino desarbolarlas para mejor poderlas cuidar. Las primeras patrullas galopan, lanza en ristre, saqueando las casas y matando el ganado, requisando cabalgaduras y demás usos de la guerra. Se admiran detalles de gran realismo: el rancho de los soldados, preparado en las estufas de carbón, las comidas en la mesa redonda.

El obispo (Othón tal vez) bendice a las huestes. Celebra consejo con sus hermanos Guillermo y Roberto, el cual se muestra impaciente por blandir la espada. Es él quien dirige después, insignia en mano, las edificaciones del campamento de Hastings.

Un mensajero de Harold sobreviene, a menos que sea un espía de Guillermo. Se prende fuego a las casas. El ataque

en forma ha comenzado. Es la histórica madrugada de aquel día de octubre cuyo crepúsculo vespertino habrá decidido la suerte de Inglaterra. Freeman piensa que Guillermo adelanta en su caballo español, presente del rey Alfonso; pero, aunque el rasgo sea pintoresco, parece que Freeman se equivoca y se trata de un guerrero cualquiera y de un caballo sin historia.

Los pelotones avanzan en línea desplegada, y luego se diseminan al galope. Guillermo no esgrime armas, sino que lleva una maza, símbolo de su autoridad, y detrás de él, un teniente le lleva el cetro. Luego vienen las banderas y gallardetes, los lanceros. Los exploradores, desde dejos, hacen señales. Andan por los altos de Telham, y desde allí han divisado las tropas de Harold que, habiendo salido de Londres el día anterior, han realizado una de las marchas militares más rápidas que se conocían. Por cierto que los convencionales árboles de Telham recuerdan singularmente los dibujos de nuestros códices indios. Guillermo arenga a sus tropas: "Combatid —les dice según la inscripción— a la vez con valor y arte." (Es decir: con el corazón y con la cabeza.)

La lucha se traba. Hay tres columnas de jinetes armados de todas armas. El ala izquierda la forman sobre todo bretones, quienes avanzan sobre lo que hoy es el estanque de la Abadía. A la derecha, la columna, encargada de trepar las cuestas hacia la actual estación, está formada sobre todo por franceses, al mando de Roger de Montmorency. La columna central tiene que dominar las ásperas colinas que se divisan al frente; está compuesta de normandos, y el propio Guillermo la conduce. Los sajones los esperan en un promontorio, a pie y provistos de hachas de guerra, jabalinas y sables. Los atacantes cuentan con una línea de arqueros que, en orden desplegado, "ablandan" de lejos a la infantería de Harold.

Las tres columnas desatan sendos amagos convergentes sobre el promontorio de los sajones. Los dos hermanos de Harold, los príncipes Lewin y Gyrth, caen muertos. Ruedan y se contorsionan los caballos heridos. De arriba, comienzan a derrumbarse los sajones diezmados. Othón de Bayeux, hermano de Guillermo, azuza a sus hombres. Como ha corrido el rumor de que Guillermo ha muerto, éste, conforme a

la crónica de Benoît de Sainte-Maure, levanta la visera del casco para hacerse ver de sus tropas. Eustaquio de Boloña corre levantando el estandarte. Harold se arranca el dardo que le ha travesado un ojo, pero cae al recibir un tajo en el muslo y los invasores acaban con él junto a su estandarte también caído. Un árbol como los anteriores parece sugerir que las últimas correrías se extienden hasta el bosque de Weald.

Tras la acción de Hastings, tan elemental desde el punto de vista estratégico que se reduce a un choque directo, la conquista normanda no es más que una serie de escaramuzas contra algunos rebeldes, aislados por el territorio. Basta el otoño de 1066 para asegurar el objeto político de la expedición: la coronación de Guillermo en Westminster. Después, los normandos se extienden hacia el sudoeste y dominan la rebelión de Exeter. Esta segunda parte de la conquista ocupa dos años. Los sucesos ulteriores no interesan ya a nuestro asunto.

Los críticos militares aseguran que el rápido éxito de Guillermo se debe a los vientos del Canal. Su flota, en efecto, tuvo que quedarse algún tiempo en el estuario del Somme. Los mismos vientos que la atajaban, permitieron entretanto a Hardrada y sus escandinavos abordar el norte de Inglaterra con trescientas galeras. Para atender a este peligro, Harold desguarneció el sur, por donde poco después atacaron los normandos. Además, cuando Harold acudió al encuentro de éstos, traía sin duda a sus tropas fatigadas por la reciente campaña del norte y por la marcha forzada desde Londres que, como hemos dicho, fue rapidísima.

Todo, *México, 22-VI-1944.*

EL ARENQUE Y LA ERA MODERNA

HACIA el final de la Edad Media se había creado en Europa una especie de eje económico o gran avenida central del comercio. Se extendía por la cuenca del Rin, y tenía a un extremo el centro manufacturero e importador de la Italia septentrional, con desembocaduras rivales en Génova y Venecia, y al otro las grandes industrias del noroeste. Entre uno y otro extremo, la arteria de la riqueza recorría las carreteras de Augsburgo, Ulm, Colonia, Lyon.

Fue precisamente en torno a estas zonas donde se vino creando una clase media que no acomodaba ya dentro del régimen feudal de siervos y señores. Y así se estableció una pugna lenta e irregular entre el mundo medieval de la agricultura y el mundo moderno de la moneda. En Inglaterra, Francia y los Países Bajos, se desarrollaban las tejerías. Las pescaderías holandesas tenían para la alimentación de la época una importancia sólo comparable a la especiería oriental que, desde el Levante, entraba por los puertos de Italia.

Este eje vino a romperse con la caída de Constantinopla bajo el turco, el descubrimiento de América, el término de la Guerra de Cien Años (1339-1450), que abrió otra vez el corazón de Francia y el tránsito desde el Ródano a Italia, y con la misma estructuración imprevista traída por la nueva clase media, mercantil o agrícola; pues la *Yeomanry* inglesa tampoco encajaba en el feudalismo y era como una agricultura burguesa no sujeta ya al señorío. El eje económico comenzó entonces a deslizarse hacia el oeste. El noroeste, con sus grande manufacturas, era un polo atractivo, pero se desalojaba visiblemente del Báltico hacia Holanda.

Ahora bien, en este deslizamiento cuenta mucho la circunstancia de que los mantos de arenque comenzaron a emigrar del Báltico hacia el Mar del Norte, desde 1425 en adelante. Si los peces tuvieran historia, este año marcaría para ellos un hito como el que marca para nosotros la caída de Constantinopla, o en nuestros días, la de París.

Para mejor entenderlo, recordemos el cuadro de los factores económicos en aquella época:

Entre el señor y el siervo, bases feudales, aparece la clase media como novedad revolucionaria. Ésta, a diferencia de las otras dos, no era estática. Su función, a grandes rasgos, no era ya agrícola, sino mercantil. Su artículo era la especiería oriental. Este comercio tenía varios caminos: la puerta trasera de Asia por Rusia y el Báltico, las rutas traviesas del Caspio y los ríos rusos, y sobre todo, las sendas regulares del Mediterráneo. Los árabes traían los productos desde la India, China y las Indias Orientales hasta el Levante mediterráneo. Allí los venecianos, que desde las Cruzadas establecieron su monopolio del tráfico, los transportaban a la Italia del norte. Después las mercaderías cruzaban los Alpes y seguían por los caminos fluviales; ya vía Augsburgo, Ulm y Rosenburg hacia la Alemania Central; ya vía Basilea, Colonia y el Rin hacia la Alemania septentrional y los Países Bajos; o bien por Génova, el Ródano, Lyon, la Francia superior y los Países Bajos, camino este último que la Guerra de Cien Años perturbó más de un siglo, pero que hacia el final de la Edad Media cobró importancia predominante.

Las especias y las sedas eran artículos indispensables en toda Europa, y se pagaban con productos locales. El Norte daba en cambio sus maderas y breas, cáñamo y miel, trigos y telas. Pero como estas materias suponían una elaboración previa, el comercio con la especiería oriental fomentaba la industria europea. Al punto que esta industria por sí misma alcanzó mayor interés que la especiería, su estímulo inicial. Las manufacturas se desarrollaron sobre todo en el rincón europeo noroccidental (Países Bajos, Báltico, Alemania), hacia la boca del Elba, el Óder y el Rin, que permitían una fácil distribución continental y se asomaban sobre Inglaterra.

Las tres principales industrias eran: las tejerías de lana de Flandes, cuya materia prima venía de Inglaterra, la cual por sí misma se erigió en rival de Europa desde el siglo XV, y las sederías de la Italia nórdica; los astilleros de Holanda y el Báltico, cuyas materias primas venían de Escandinavia y Rusia (maderas y breas), nidos de las flotas que en menos de un siglo dominarían los océanos e incluso el Mediterráneo;

finalmente, la cura y exportación del arenque, artículo de tan fácil transporte como las sedas y especias, y de mucha demanda como alternativa para la carne salada y como alimento de cuaresma y recurso para obedecer las prescripciones eclesiásticas. La aparición del arenque en la historia —albores de la Era Moderna— merecería ser contada al modo de la "batalla entre Don Carnal y Doña Cuaresma" por el Arcipreste de Hita.

El Popular, *México, 21-VI-1944.*

AUSENCIA Y PRESENCIA DEL AMIGO

MÁS DE treinta años de amistad, una amistad que desde el primer instante superó la etapa todavía elemental de las confidencias y que se desenvolvía como una gravitación suficiente y necesaria, se atajan de repente ante la piedra mortuoria. Sí: esta interrupción desazona y subleva, al pronto, como lo haría, en efecto, una piedra, un material tropiezo, absurdamente incrustados en un fluir espiritual.

Por pasos, el imposible metafísico reivindica su dignidad verdadera. Los ojos, turbios de lágrimas, aprenden a ver en su nuevo orbe penumbroso. Poco a poco se traspasa la tumba. Y otra vez, vivo ya para siempre, el amigo no sólo se derrama en la vida numerosa de la sociedad que lo acompañó a consumirse; no sólo penetra en la conciencia de la época como un aura vaga y presente; sino que nos asalta desde el otro lado de la mesa, dialogando de cierta manera inefable con cada uno de estos renglones, sonriendo de nuestros esfuerzos por expresar lo inexpresable, acogiendo con semblante serio y transparente la tácita promesa que hacemos, la de contrastar con su inmaculado ejemplo los trances de nuestra pobre conducta.

Premio del dolor perseverante que escarba en su propia oscuridad hasta distinguir los bultos que la habitan, allí están, como en el oráculo de los cimerios, las sombras de todos nuestros muertos. Vienen a nosotros, en ráfagas y ondas; música secreta que el tímpano ya no registra, pero sí los sobresaltos cordiales. Nos rodean, nos sitian. Les pertenecemos al fin. La alta medianoche, la muda soledad, les son propicias.

Hermano de mi naufragio en España, probado después y asociado largamente a mí por tantas vicisitudes y cambios de la loca fortuna; mil veces empujado hasta mí por el mismo envión de las tormentas, he aquí que te tengo muy cerca, a la vez que te veo salvarte de tu último naufragio en México, cabalgando tu navecilla delgada de vuelo radioso y vertical.

Maestro de letras a quien nunca logró secar ni encallecer el oficio; exento de toda "canallería" profesional, que ignoraba con bravura de justo; coronado por la sencillez, hasta desarmar con un monosílabo o un breve ademán esos asedios de petulancia con que siempre atacan las generaciones nacientes, por triste ley de naturaleza; "lirio y, por la ingenuidad, uno cualquiera entre vosotros".

Hay la inteligencia como instrumento o arma. Se la arrima, se la desviste en los ocios, y entonces volvemos a la bestia. Pero hay la inteligencia confundida con el ser mismo, que anima todos los instantes, por fuerza transportándolos (y transportándonos de gracia) a otra categoría, otro existir.

Y él era, por eso, todo delicadeza y alegría de la mente, hasta con esa necesidad de sonrisa y risa constante, que es la legítima función del espíritu cuando supera las anquilosis del cuerpo, de la moda, de la escuela, del cenáculo, de la pedantería.

Su tenue chiste sin ponzoña, a un tiempo erudito y candoroso, ¿quién podrá olvidarlo? ¡Gracejo del que todo lo sabe y sigue siendo como un niño! Y aquel exquisito pudor, junto al cual parecían groseras y necias todas esas cosas que se llaman "cosas de la vida".

Naturalidad en el talento, en la información, en la profundidad y en la sutileza. Nunca el tono campanudo, ni la palabra chillona por recién aprendida, ni la noticia movilizada a última hora como prenda de nuevo rico. Tersura y señorío insensible. Cultura sin fardo, estilo sin estilismo, encanto sin exhibición de saltimbanqui, entendimiento universal sin alardes ni manifiestos, aceptación congénita de América sin contorsiones de americanismo; y así en lo demás. Probidad, virtud que se ignora: o que se conoce, más bien, mas sin embriagarse de sí propia.

Enrique Díez-Canedo, que nunca incomodó a nadie con un acto o una palabra; que nunca reclamó lo mucho que todos le debíamos; que ni siquiera dejó ver el hondo duelo por su España; que igualó su vida al diapasón de aquella su vocecita suave, suavemente se nos fue una tarde de junio, sin extremos ni teatralidad, conservando hasta el tránsito aquel arte del trato humano que era el eco de su poesía; como si

pidiera perdón por empujar la puerta secreta y cuidara de no provocar un solo chirrido. Era uno de los hombres más sabios y más buenos de nuestra época.

Su partida deja un hueco en nuestro campo visual. Nos resistimos a no verlo. También hay relámpagos de sombra, que causan como un oscuro deslumbramiento.

El Hijo Pródigo, *México, VII-1944.*

DE CHAPULTEPEC ABAJO

HACE años, en un verano de la meseta castellana, con la fresca de la tarde vinieron estas palabras a mi pluma, a manera de suspiro: "En los corredores de Palacio, desde el Balcón de la Armería, se puede admirar el Madrid posible." No era una frase, era una alucinación. Ya, al presenciar los últimos trances del carnaval, había yo exclamado: "Hay que vadear el Manzanares: Madrid se realiza fuera de Madrid." Me habitaba la imagen de aquel aire claro, frío y azul que tiembla en los fondos de Velázquez. Otra ciudad posible me parecía nacer de la pradera, interpretada con ese juego dominguero que inspira cierto conocido paisajito de Goya.

Velasco, el paisajista de Anáhuac, se me ha pegado a los ojos en estos años de mi retorno al valle mexicano. Y ahora me digo, suspirando por una ciudad que acomodara más armoniosamente en el lecho geográfico que la acoge: desde las terrazas de Chapultepec se puede admirar el México posible. Borramos, con la imaginación, barrios enteros que son sus adiposidades y miserias. Se pierden, a la distancia, los tumores arquitectónicos que lo afean. Con un leve esfuerzo, nos figuramos que las contingencias de los terremotos han sido abolidas, que todos los muros caen a plomo y no se ladean las torres y las veletas, ni se quiebra el suelo aquí y allá, ni se descascaran los edificios como frutas podridas.

El México posible, el que pudo soñar el Conquistador conquistado, de alguna manera encaramaría sobre sus cimientos de granito "sangre de toro", sobre sus gigantescas fauces de serpientes con ojos de piedras encendidas, sobre las pirámides truncas de sus "cúes" y templos indígenas, toda una Nueva España de caseríos graciosos al modo sevillano. No sé cómo había de armonizarse este disparate, aquí y allá intentado por la ciega realidad con varia fortuna; pero "soñemos, alma, soñemos".

E inventemos algún secreteo y conciliábulo entre el circo de montañas y la población a que da abrigo; alguna otra

figura de columna y techo que nazcan del tronco y la copa de nuestros árboles; de plazas como nuestros lagos, de calles como nuestros ríos. "¡Que el suelo de México corresponda a su cielo!", escribía nuestro llorado Díez-Canedo. Y soñamos también una población de hábitos diferentes, hijos de la meteorología circundante, de nuestros chubascos vespertinos y nuestros soles mojados a la media tarde, de las nubes acaireladas que se echan encima como arcángeles con cierta alegría pavorosa. ¡Tan diferente de los hombrecitos calculadores y arteramente corteses, de la policía inverosímil que los pastorea, de los politicastros que se comen las vocales y las sílabas en todos su actos oratorios, de los parlanchines de la radio, que cambian siempre la acentuación normal de las frases, creyendo que así parecen bien nacidos!

La inmensa alucinación palpita, abajo, sueño infundido por la respiración de los lagos. Entre aspas de plata como entre espadas, la luz, de repente, se degüella a sí misma, y cunden entonces —metamorfosis del dragón muerto— ejércitos de lentejuelas.

El Popular, *México, 12-VII-1944.*

LAS PASIGRAFÍAS

En reciente artículo sobre *La lengua universal, problema de la posguerra*, explicábamos que las llamadas "pasigrafías" constituyen un primer tipo de código para la comunicación entre varios pueblos. Se llama pasigrafía, en efecto, una lengua universal exclusivamente escrita, un sistema de signos escritos, o más bien ópticos, destinados a expresar y transmitir el pensamiento.

En el conocido chascarrillo, Hans dice a Fritz*: "¡Veintisiete!" Y Fritz suelta la carcajada. Fritz dice a Hans: "¡Cincuenta!" Y Hans se desternilla de risa. Todos conocen el secreto: los dos amigos tenían los chistes metódicamente numerados. Pues bien: no es otro el principio de la pasigrafía. Si, en el diccionario, numeramos todas las palabras de una lengua y sus flexiones o accidentes gramaticales, y luego asignamos iguales cifras a todos los términos correspondientes de otra lengua, un texto representado en cifras puede pasar de una a otra lengua sin necesidad de traducción y, como quien dice, sin pagar peaje.

Desde luego se comprende que sólo puede establecerse una pasigrafía de este carácter, a modo de común denominador, entre lenguas que pertenecen a la misma arquitectura mental, como lo son todas las lenguas civilizadas. Pues sería imposible establecerlo, por ejemplo, entre nuestra lengua y alguna lengua primitiva que no haya llegado a la abstracción "mano" y en que la mano del jefe y la mano del esclavo se designen con distinta palabra.

Pero hay pasigrafías de alcance todavía más general, que pueden salvar sin peligro estos desniveles entre civilizaciones distintas, en mayor o menor grado según el caso. En este sentido, se ha dicho que la pintura y la música son lenguajes universales. Y sin embargo, la pintura y la música ceden a

* ¿O debe ser "Franz y Fritz", por doblete léxico, como "Rómulo y Remo", "Hildebrand y Madubrand"?

la limitación que les impone un orbe determinado de cultura o, lo que en el caso viene a ser lo mismo, los hábitos sensoriales (visuales o acústicos) de los distintos grupos humanos. Veámoslo de cerca.

Un plano topográfico, el mapa de una carretera, equivalen a una comunicación lingüística clara y precisa, y aun la sustituyen con ventaja para un conductor de automóvil, pero nada significan para un salvaje oceánico. Los filósofos griegos discutieron largamente sobre el efecto moral de los distintos modos musicales usados en su tiempo. Egisto —dice Ateneo— sólo pudo seducir a Clitemnestra cuando hubo dado muerte al músico de corte que, con sus ejecuciones, la persuadía al culto de la virtud. Aplicada a nuestro tiempo, esta discusión se mantendría para distinguir la impresión de un ritmo de danza negra o de una solemne marcha fúnebre. Y, sin embargo, no podemos asegurar que los pueblos ajenos a nuestra cultura reaccionen como nosotros. Es célebre el caso de aquel príncipe oriental, vasallo de la Gran Bretaña, que, encontrándose en Londres e invitado a un concierto por Eduardo VII, declaró que lo más bello para él había sido el comienzo; es decir, el templar y afinar de los instrumentos en desorden, antes de empezar el concierto.

John Dewey, en su *Lógica como teoría de la investigación*, nos hace ver que todo cuanto significa un mensaje del hombre al hombre —no sólo mediante señales *ad-hoc*, como los distintivos sociales, sino los instrumentos mismos que conservan el patrimonio de nuestro saber— es un lenguaje. Lo es un monumento en cuanto tiene, no de especie artística, sino de contenido intelectual (tal héroe, tal hazaña); lo es un paraguas, que resulta como una palabra extranjera para el que no sabe usarlo, etc.

Pero, aunque el principio de la pasigrafía puede ensancharse hasta toda la teoría de los símbolos y la "semiótica" de los lógicos de Varsovia, el término "pasigrafía" se emplea en un sentido más restringido y concreto, como se entenderá a la sola descripción de sus sistemas principales.

Tales sistemas de pasigrafía pueden agruparse en dos conceptos:

1º Según la ordenación de las ideas o las palabras. *a)* Ya

conforme a un sistema filosófico que pretenda clasificar los entes u objetos de nuestra percepción o de nuestra mente, en una metafísica de las sustancias al modo escolástico (esencias, atributos, acciones, relaciones varias, etc.); *b)* ya según las necesidades empíricas o inmediatas del objeto a que la pasigrafía se aplica. Ejemplos: señales de las carreteras; signos de la biología para "desantropomorfizar" lo que, en el lenguaje, se llama elementos masculinos y femeninos, etc.

2º Según la naturaleza de las cifras o signos empleados: acústicos en el Morse o en el tambor africano, visuales en el telégrafo de luces, táctiles como el alfabeto de ciegos, o como cuando oprimimos el brazo del amigo que va a nuestro lado por la calle, para llamarle la atención sobre alguna persona con quien nos cruzamos (aunque este caso rebasa el cuadro típico y sólo lo damos como aclaración).

Observemos que toda pasigrafía se convierte en lengua universal apriorística (ver nuestro artículo anterior) en cuanto se usan como signos algunas combinaciones de letras pronunciables. Entonces el sistema se llama "pasifrasía". Así cuando convenimos por ejemplo, en llamarle "raf" a la casa en que habitamos. Esto hacen Dalgarno y Wilkins para la numeración, y Grosselin y Letellier para el vocabulario.

Entre los múltiples sistemas propuestos, merecen mención especial, por su difusión y sus importantes servicios, el Código Internacional de Señales Marítimas y la Clasificación Bibliográfica Decimal.

Dicho código puede describirse así sucintamente. Su material se reduce a dieciocho banderines; a saber: un gallardetón, cinco flámulas y doce cuadros, diversificados entre sí por sus colores y dibujos. Por escrito, suele designárselos con las dieciocho consonantes. Cada palabra o frase del código es una combinación convencional de las letras (o sea, de los banderines), hasta completar cerca de ochenta mil. Y nótese que el código no agota las combinaciones posibles y que todavía queda margen para los usos nacionales y aun particulares, como en los clubes de regatas.

Ya se ve que el sistema es empírico: un par de banderines indica vientos, mensajes importantes; la tríada, coordenadas náuticas y consultas; el grupo de cuatro, según sea el

primer banderín o característica, lugares geográficos, palabras usuales, barcos y su nacionalidad, etc. De noche, los banderines se sustituyen con luces de colores. En el código, las señales están traducidas a alguna lengua europea predominante.

La historia absoluta de este mecanismo puede remontarse hasta las señales de humo que usan algunos pueblos primitivos, y todavía, los pieles rojas; o hasta las fogatas de que nos hablan la épica y la tragedia griegas. Pero la historia inmediata parte del Reglamento Internacional de Abordaje entre Francia e Inglaterra (1862), se funda en los usos anteriores de cada uno de estos países y se promulgó por decreto de Napoleón III, en 1864. Se trataba de un acuerdo internacional abierto, al que las demás potencias se fueron incorporando.

En cuanto a la Clasificación Bibliográfica Decimal, su material consiste en tarjetones o fichas guías y fichas secundarias intercalables. Las materias de estudio que corresponden a números de las guías se clasifican de diez en diez (del 0 al 9 para usar cifras simples), por familias y subfamilias, de lo general a lo particular. El número de cada materia correspondiente a una decena oficia como característica y produce diez subdivisiones, cuya cifra respectiva pasa a ocupar el segundo lugar.

Ejemplo: el 5 de la primer decena (ciencias matemáticas y naturales) es característica en el número 53 (física y mecánica), y ambas cifras son característica en 532 (compartimiento que corresponde a las publicaciones de hidrostática e hidrodinámica).

Otro ejemplo: el 3 representa las ciencias sociales; el 31 la estadística, el 331.2, salarios; el 677, industria textil. Luego el número 31:331.2:677 significa: estadística de salarios en la industria textil. También aquí quedan huecos disponibles, y conforme se fija su atribución, se comunica ésta a los respectivos organismos internacionales.

Establecidas las guías y fichas secundarias, dentro de sus compartimientos entran las fichas bibliográficas, las cuales contienen la descripción sumaria de cada publicación, según reglas fijas: apellido y nombre del autor, nombre de la obra,

lugar de publicación, nombre editorial, año, formato, número de páginas.

El mecanismo es internacional porque cada cifra representa una idea y no una palabra: botánica o geología en todos los idiomas del mundo. No se trata, pues, de una lengua, sino de una nomenclatura lógica. Su ventaja es la ventaja del número, que ya señalaba Leibniz: 1º concisión, 2º orden fijo y 3º cantidad ilimitada de signos. Delormel, Vidal, Letellier soñaban por eso con una lengua apriorística también de tipo decimal.

A título de curiosidad, y a propósito del desarrollo que había alcanzado entre los antiguos el telégrafo de almenaras o fuegos en las atalayas, de que ya trata Homero, citaremos solamente un caso. El rey persa Jerjes, encontrándose en Sardis, recibió nuevas sobre la segunda captura de Atenas, mediante las señales luminosas que le enviaba Mardonio por la "vía de las islas". Por esta vía, la distancia entre los dos puntos es de unas trescientas millas marinas. Pero tal vez el mensaje tuvo que hacer un rodeo todavía mayor, porque las islas que se encuentran en línea recta estaban en poder de los atenienses.

No carece de relación con nuestro asunto la superchería pedagógica de que fue víctima Benjamin Constant, no el pintor, sino el autor de *Adolfo*. Resulta que, cuando niño, era imposible fijarlo en los estudios lingüísticos. Uno de sus preceptores, genio desconocido, le dijo un día: —Vamos a descansar un poco, vamos a divertirnos; inventemos una lengua para nosotros dos en que nadie pueda entendernos. La idea de semejante conspiración encendió la imaginación del muchacho. Y se pusieron a la obra. Primero crearon el alfabeto, luego el diccionario y al fin las reglas gramaticales. Por supuesto, el preceptor lo dictaba todo, y todo lo aceptaba Constant con entusiasmo. Sólo más tarde averiguó éste que la famosa lengua de su invención era la lengua griega.

Todo, *México, 17-VIII-1944.*

LAS NUEVAS ARTES

NINGUNO de los grandes agentes de la comunicación humana puede ser considerado como una mera diversión sin trascendencia. Cuanto conserva y transmite el tesoro de nuestras conquistas, materiales y espirituales, es factor de cultura, y la cultura es el aire que las sociedades respiran. Sin cultura no hay sociedad; sin sociedad no hay hombre.

Nuestra civilización cuenta, entre otros, con seis medios principales para la trasmisión de la cultura, más o menos sustentados todos en la palabra: la Escuela, la Prensa, el Teatro, el Museo, el Cine y la Radio. Por escuelas entendemos, sumariamente, tanto los institutos de enseñanza como los centros de investigación y aun la función oral de discursos y conferencias. Por prensa, cuanto se comunica mediante la letra escrita, desde el libro hasta el periódico diario, cualquiera sea el asunto de la publicación. Por teatro, todo género de representaciones escénicas, desde la grave tragedia hasta el acto bufo de la "carpa", sin excluir la recitación poética. Forzando un poco el término como lo hicimos para la escuela, acomodamos aquí las ejecuciones musicales, aunque éstas pueden ser objeto de un acto solitario, porque sólo consideramos la fase social del fenómeno, y sin la música ninguna descripción de la cultura sería completa. La música tiene un elemento común con el teatro, que es ser una ejecución actual. Por museo, también ensanchando la orilla de la palabra, entendemos todas las artes plásticas, incluso la arquitectura. Los medios hasta aquí enumerados son tradicionales, estamos habituados a ellos y nadie discute su efecto cultural, consciente o inconsciente, benéfico o nocivo según el caso.

A la aparición de los nuevos medios, Cine y Radio, se notó la natural resistencia. Confundiendo la esencia de las cosas con sus accidentales imperfecciones técnicas de artes incipientes, se comenzó por asegurar que cine y radio nunca podrían hacer obra valedera; que el primero se quedaría en

pasatiempo frívolo, como las sombras chinescas de otro tiempo, y el segundo en suerte de ilusionismo bobo como la "cabeza parlante". Es muy expuesto juzgar de los instrumentos sin contar con su porvenir. ¿Quién diría que la "linterna mágica", ayer entretenimiento infantil, acabaría por ser tan útil y hasta indispensable en la enseñanza, en las conferencias, en la reproducción minúscula de libros raros que ahora se ponen al alcance de todos?

Se desarrollaron, pues, las técnicas de cine y radio, y entonces la resistencia cambió de rumbo. El teatro se puso en guardia contra el cine, alegando que éste le arrebataba su patrimonio, cuando la verdad es que sirve para deslindar dos órdenes artísticos antes confundidos en uno por falta de recursos propios. El libro se ha puesto en guardia contra la radio, temiendo a su vez que ésta pueda destruir ciertas formas características de cultura inherentes a la letra escrita y que acabe por suplantarlo. El temor es pueril, aunque lo comparte Georges Duhamel. Lo mismo pudo haber, a la aparición de la imprenta, algunos timoratos que temblaran ante el futuro de las letras, el cual les parecía mejor resguardado en la transmisión de copias manuscritas que en el aire libre de la calle. Lo cierto es que cada función responde a necesidades diferentes. Aparte de que cine y radio permiten una novedad de acción cultural que sólo estos nuevos instrumentos pueden ejercer, ellos fomentan en términos incalculables la difusión de especies científicas y artísticas, antes reducidas a medios de alcance mucho más limitado.

Concediendo al cine toda la atención que merece, nos atrevimos hace muchos años, cuando nadie lo tomaba en serio, a inaugurar la crítica de "films" en los diarios madrileños. El público se interesó. Pero los diarios mismos echaron a perder nuestro intento en unos cuantos meses, queriendo transformar nuestras gacetillas en publicidad pagada por las empresas, menester para el cual nuestra pluma nunca ha sido propicia. Entonces éramos dos en el mundo, dos extravagantes todavía, y correspondíamos y nos cambiábamos notas e impresiones. El otro crítico extravagante era un periodista de Minneapolis. Ni siquiera la sutilísima crítica de Francia había despertado entonces a este nuevo interés. Eran, inútil

recordarlo, los días del cine mudo, y su mayor realización parecía ser la aventura en muchas jornadas, que iba imprimiendo en el espectador la asociación entre una máscara y un carácter. En verdad, yo no estaba solo: alternaba conmigo otro escritor mexicano, Martín Luis Guzmán. Ambos usábamos el mismo seudónimo: "Fósforo". Él llamó la atención desde el primer instante sobre el arte cómico de Chaplin, augurando que estaba destinado a determinar un tipo comparable a lo que fueron, en la antigua Comedia del Arte, el Arlequín o el Pierrot. Hoy tenemos una derivación nacional del tipo en el celebrado Cantinflas.

Respecto al arte de la radio, habría que considerar múltiples aspectos entre los cuales cuenta de modo eminente el llamado teatro del aire, que ha sido ya objeto de mucho estudio y muchas teorías críticas y preceptivas. Sobre uno solo de estos aspectos, el arte del "locutor", habría ya mucho que decir. Mucho también sobre las trasmisiones musicales, que ya nos están cansando con el abuso de la falsa música popular, inacabable lloriqueo y exhibición de un lenguaje postizo y soez, cuando no ridículo, cosas que más bien rebajan el tono y el ideal de lo mexicano. Pero esto es incumbencia de otros. Lo nuestro es el oficio de la palabra. Nos importa demasiado esta función para que la dejemos pasar inadvertida, y más cuando con la radio puede decirse que ha cobrado mayores alas. Vemos en ella el porvenir de la antigua y clásica retórica, entendida al modo aristotélico como la persuasión por el lenguaje; así como vemos en el cine el porvenir de la antigua epopeya.

Divaguemos un poco sobre esta transformación que nos espera, o más bien espera a nuestros hijos. Entendemos por funciones literarias las tres posturas fundamentales de la mente ante el objeto literario, sus tres recursos fundamentales de ataque sobre la realidad. Estas funciones son: la lírica, en prosa o en verso, consagrada a la mera expresión de las energías subejtivas; la épico-novelística, prosa o verso, narración de sucesos, conceptualmente en tiempo pasado; la dramática, tragedia o comedia, prosa o verso, representación de sucesos, conceptualmente en tiempo presente. Pues bien: las nuevas artes todo lo cambian. Así como el cine trajo una

novedad, no prevista en los cuadros del *Laocoonte*, de Lessing, que es el ser un arte plástico de espacio y tiempo, figura y movimiento (como la danza), pero en que se juntan las condiciones de la pintura y del teatro, así las nuevas artes revolucionan los contornos clásicos de las funciones literarias.

Creemos, en efecto, que la función épico-narrativa poco a poco derivará hacia el cine. Hay en ella elementos descriptivos que la literatura sólo da de manera muy indirecta y equívoca y que la ejecución visual del cine comunica a la perfección. Dante describe con precisión la arquitectura de su Infierno, y los especialistas aún no se ponen de acuerdo sobre el plano de los famosos círculos. La oratoria y la conferencia pública ya estamos viendo todos los días cómo derivan hacia la radio. Nunca podrá captar del todo cuantas conferencias o discursos se ofrezcan, claro está, pero sí lo bastante para producir transformaciones genéricas. Así la imprenta, popularizando y dando lugar eminente a la representación gráfica de la literatura, ha hecho olvidar la esencia oral, auditiva, de toda obra literaria, y en cambio ha desarrollado las preocupaciones visuales de la poesía al punto, por ejemplo, de producir, en los casos exacerbados, una manera de poesía tipográfica; poemas en figura de copa o pájaro, etc. La literatura se va concentrando en el sustento verbal: la poesía más pura o desasida de narración, y la comunicación de especies intelectuales. Es decir, la lírica, la literatura científica y el ensayo: este centauro de los géneros, donde hay de todo y cabe todo, propio hijo caprichoso de una cultura que no puede ya responder al orbe circular y cerrado de los antiguos, sino a la curva abierta, al proceso en marcha, al "Etcétera" cantado ya por un poeta contemporáneo preocupado de filosofía.

Tricolor, *México, 16-IX-1944.*

LA COMITITIS

"Y SI ESTÁS solo, serás todo tuyo", decía Leonardo. Y si en muchedumbre, completemos, acabarás siendo uno más entre la manada de Panurgo, o, como a Valmaki en la fábula, te devorarán las hormigas.

Pero todo tiene sus bendiciones. El proloquio inglés asegura que la soledad cría el alma y la compañía forma el carácter. Sin duda en este círculo argumental de la conducta hay razones de un lado y otro, y no podemos escapar a la aristotélica sabiduría del justo medio. Que este medio se desequilibre, y ya vamos precipitados hacia cualquiera de los dos errores extremos.

O somos, entonces, el díscolo, el inadaptado, el cuerpo extraño que perturba la homogeneidad social y, en sí mismo, sufre todos los tormentos del paranoico: manía del perseguido, manía de grandeza, etc.

O somos, entonces, el hombre vacío que tiene pavor de su propia nada, sólo se siente existir por referencia a los demás, sufre los tormentos del esquizofrénico (disgregación en las representaciones del universo que nos rodea, necesidad de refugiarse en falsos cuadros de realidad, etc.); y que, en su rendimiento social, resulta el perfecto cero a la izquierda, el que sólo aumenta la masa sin contribuir al valor; y, en el estricto sentido antiguo y etimológico, el "proletario", es decir, el que hace "prole", pero sin participar de ningún otro modo en el grupo humano.

Pues bien: la Comititis, propia enfermedad sobrevenida en el seno de la noción democrática, enfermedad que ha cundido ya entre nosotros, y entre nuestros vecinos hace verdaderos estragos, consiste en querer referirlo todo a Comités, mientras más numerosos más característicos de tal epidemia; y en sustituir la verdadera cooperación social de cada uno por una vaga acción simbólica de conjunto que, generalmente, es como una red de mallas flojas por donde se escapan todos los peces.

Largas y aburridas sesiones; nombramiento de subcomités que, a su vez, acaban en nombrar juntas ejecutivas, y éstas, en comisionados diversos encargados de informar y de recoger datos de antemano bien conocidos; pérdida de un tiempo precioso; simulación, no siempre malévola, no siempre consciente, de que se hace lo que no se hace. Tal es la manera en que se manifiesta esta enfermedad de nuestras sociedades, verdadera epidemia, y acaso, acaso, epizootia.

¿Que se trata de tomar resoluciones sobre los problemas del país para el futuro inmediato? Pues cátate la convocatoria a una cuarentena de personas, para que todos se figuren que forman parte del gobierno y de su consejo.

Y naturalmente, sólo cinco o seis privilegiados se encargarán de definir un programa. Nótese: ya no de "resolver", sino meramente de "plantear". Pues la gracia está en ir poniendo etapas intermedias y en ir alejando la realidad con un juego de sobrepuestos trámites dilatorios.

Y mientras tanto, los demás serán gentilmente invitados a danzar en torno un minueto, lleno de pasos y de reverencias inútiles.

Los más impacientes renuncian y hasta explican sus razones al público. Los más pacíficos, por tal de no hacer daño a los demás con su escepticismo ni turbar su serenidad con ociosas polémicas, se limitan a no hacer nada. Y los borrachos del mal, los de la comititis crónica, redactan papeles y papeles, movedizas torres de Babel (o de papel), origen de la moderna confusión.

Cuando, por ejemplo, vemos que ciertas Universidades de ilustre tradición han comenzado a computar en más, para los ascensos del profesorado, la concurrencia a las juntas que no la excelencia de la cátedra misma, y que esas juntas se agotan en discutir durante tardes inacabables el problema de una cerradura para la puerta del aula magna, o si las calificaciones de los estudiantes deben hacerse por números enteros o también se admiten fracciones, hemos palpado los peligros de la tremenda Comititis.

Es fuerza disgregadora que debilita al hombre y al grupo, es amenaza de la institución y del individuo. Es, tal vez (ahora que tanto se habla de ello), el mayor problema de la pos-

guerra. Por un lado, todos tenemos, ante la angustia general, nuestro pequeño código de la salvación humana; por otro, nuestra cortesía democrática nos ha enseñado a contar con todos y a dejar hablar a los demás. ¿Qué hacer? Pues ¡a la Comititis, a los comités y subcomités, asambleas, comisiones, juntas generales y particulares, a la nueva torre de Babel!

¿Discernir? ¿Escoger? ¿Quién recibió esta facultad por delegación divina? ¿A quién corresponde? ¿Es, como en el cuento, "a juicio de la perrita"? "No se asuste usted —decía la portera—. No muerde a la gente decente." "Pero —contestaba el visitante—, si es ella quien juzga, mejor no entro."

¡Oh enigma, oh aporía, oh círculo vicioso! ¡Que baje la diosa de la justa balanza y nos inspire en este trance! Ni Comititis, ni arbitrariedades dictatoriales, que tampoco es panacea el mando único, y un sabio refrán nos recuerda que "todo lo sabemos entre todos". Buen sentido a carretadas. ¡Aquel buen sentido que el iluso Descartes consideraba como la cosa mejor repartida en la tierra, y de que nuestro siglo está tan ayuno! Delicado pulso, problema de la gotita de azogue que se escabulle si se la oprime. ¿Qué hacer, entonces? ¡Va a haber que nombrar un Comité para estudiar el peligro de la Comititis!

El Popular, *México, 29-VIII-1944.*

RECONCILIACIÓN DE MENÉNDEZ PELAYO

SE HA suscitado ha poco este enigma, siempre latente en el espíritu de nuestra generación. ¿A quién pertenece Menéndez Pelayo? ¿A las izquierdas o a las derechas? (Dése aquí a estos términos el sentido más general y menos venenoso.)

Para un varón de letras, ajeno a las bregas políticas, la pregunta parece algo impertinente a primera vista. No lo es tanto, por tratarse de un humanista, cuya interpretación de la historia y de la cultura necesariamente se vuelca en una doctrina social (aunque no necesariamente ajustada al tira y afloja de la plaza pública). No lo es tanto, en todo caso, como si se tratara de un matemático, por ejemplo, a quien no es lícito preguntarle si se inclina a las izquierdas o a las derechas la teoría de los tensores o la fórmula del infinito cantoriano.

Además, resulta que las derechas españolas han provocado el tema, con un ademán de desafío. No pudiendo apropiarse la posteridad de Unamuno por buenas razones, a pesar de las rabiosas inconsecuencias de aquella alma en guerra civil, se han apresurado a sacar el cuerpo de don Marcelino montado en su corcel, con la esperanza de que les gane todavía algunas batallas. Y entonces ha sobrevenido la disputa.

El honesto Guillermo de Torre ha emprendido, en Buenos Aires, un examen sincero de la cuestión, situando a don Marcelino entre las dos Españas y esperando a ver hacia dónde gira por sí solo. La descripción de las dos Españas es honrada y magnífica. La apreciación sobre el rumbo de don Marcelino se resiente por un flaqueo de la fe. Le falta coraje. El crítico parece haber dicho: "¡No caerá esa breva! ¡No será tanta nuestra suerte!" Y deja al disputado maestro entre las filas del otro bando, aunque reconociendo su eclecticismo o, mejor, su liberal y generoso criterio. Guillermo de Torre se sintió cohibido ante las dos o tres declaraciones expresas que andan por ahí en pluma de Menéndez

Pelayo, y en que éste se reconoce, sin ambages ni titubeos, conservador de rancia cepa.

Mediante los mismos elementos recogidos por Guillermo de Torre con tan loable probidad, puede llegarse a una conclusión diferente. El análisis se funda en varias hipótesis:

Primera hipótesis: A través de la visión de una época exaltada, necesariamente se tuercen un tanto las perspectivas de una época de moderación. Quien no está conmigo está contra mí. Don Quijote es precursor comunista; Sancho, algo como un burgués a remolque, etc. Uno de los mayores problemas de la historia está en saber trasladar el punto de vista, o en averiguar si puede hacerse, o hasta qué grado puede hacerse. Tal es el extremo de la justicia histórica. Al calor de las ulteriores reyertas, desconfiemos siempre de nuestra lente, que tal vez nos da un don Marcelino de rasgos adulterados y enfrentado con disyuntivas ajenas a su conducta. Hecha esta reserva, pasamos adelante.

Segunda hipótesis: La obra de Menéndez y Pelayo arranca de una polémica en defensa de España y, naturalmente, se apoya en la grandeza y lustre de las tradiciones. Esta luz corre por el fondo de todas sus presentaciones históricas, como un tinte fundamental. A medida que se aleja el autor de la primera etapa polémica, la luz corrige sus primeros tonos chillones; la visión se hace más segura y normal, y de paso, más generosa. La actitud de ataque y defensa cede ante la actitud de comprensión, palabra que lo dice todo. Hay, pues, en don Marcelino, una notoria evolución en el sentido del ensanche incesante.

Tercera hipótesis: Las circunstancias suelen estorbar o disimular los desarrollos individuales. Bien quisiera don Marcelino ser todavía más generoso; pero quiere la fatalidad que el momento histórico le atraviese una verdadera valla. Pues ¿qué figura hacen a sus ojos los liberales? Hacen, nada menos, figura de krausistas; en cierta manera, descastadores de las virtudes nacionales y aun de la preciosa herencia lingüística. ¿Cómo pedir al humanista que no viva ante ellos medio sublevado, y por aquí, apoyándose siempre en el pie que descansa sobre el territorio todavía conservador? Hay, pues, una niebla de época que contribuye a im-

pedirnos la visión clara. ¡Cuántos hombres de nuestros días no van a verse mañana desdibujados e indecisos, por haber temido a los excesos del poder estatal que muchas doctrinas de izquierda traen consigo!

Cuarta hipótesis: Cuando a un hombre, y más si no es político militante ni tiene vela en tal entierro, le preguntan de pronto: —¿Usted qué es?— contesta explícitamente, como don Marcelino, el nombre de la tradición en que fue educado. ¿Cómo se llama usted? Me llamo Pedro, Juan o Francisco. Esto no significa nada. Esto es la matrícula del barco, y no lo que lleva en sus bodegas. Soy hijo de Fulano y hermano de Mengano. Pero, en lo que yo me soy verdaderamente, "¿qué hay de común entre tú y yo?" Mi yo no tiene más parentesco que la mística dependencia de Dios y de los Dioses. Mi yo es hijo del rayo y hermano del trueno. Mi alma da cuentas por su cuenta, y no con relación a la tribu. Campea sola por sus respetos. Para seguir su vocación, olvidó los nombres de su pueblo, como en la Escritura. Para seguir la Palabra, dejó que los muertos enterraran a los muertos. Así, pues, no reparemos en el nombre y apellido declinados explícitamente ante un tribunal estadístico. "Soy conservador." ¡Nombre de familia! Me importa tu conducta mucho más que tu nombre. Más lo que haces que no lo que dices. Me importas tú y no tu casual envoltura social.

Don Marcelino, en su operación viva sobre la historia y la crítica, acabó en liberal; para lo cual, naturalmente, no necesitaba renegar de sus creencias, pues su humanismo nunca entró en inútil conflicto con su sobre-humanismo. Si alguna vez escribió: "En arte, soy pagano", hay también una expresiva anécdota de su infancia que lo contiene todo.

Contaba ocho años cuando su padre, advirtiendo que era medianoche y el niño no apagaba la luz, le gritó desde su alcoba:

—Duérmete. ¿Qué haces?

—Estoy rezando —le contestó el niño gravemente— por la salvación del alma de los clásicos grecolatinos.

¡Gran muchacho!

Todo, *México, 7-IX-1944.*

MEDITACIÓN MATEMÁTICA

EN LOS albores de mi juventud me aconteció estudiar matemáticas bajo la norma del positivismo oficial. Nuestro positivismo universitario apenas podía ya tenerse en pie, y cayó por tierra al primer capirotazo. El positivismo ya no tapaba el sol con el dedo. Por dentro lo recorrían aquellos temblores venidos de las inagotables surgentes metafísicas. Por fuera, tarde y mal, pero llegaban hasta acá los vientos que barrían el mundo, y el antiguo rigor comtiano se llenaba de transacciones conscientes o inconscientes.

Yo comencé a tener mis sospechas al percatarme de que algunas llamadas demostraciones algebraicas no penetraban en mi intuición con sabor de demostraciones, sino que se me quedaban en categoría de juegos con reglas establecidas. Al llegar al cálculo infinitesimal, mi duda no pudo ya contenerse. Los fundamentos mismos del sistema no podían disimular a mis ojos su carácter de ocurrencia metafísica y hasta poética. "¿Axiomas? No: postulados", fue mi respuesta.

Ya cuando alcancé los estudios de lógica, mi criterio estaba formado en lo esencial. Y en mi viejo texto escolar *(Nuevo sistema de Lógica inductiva y deductiva,* de Porfirio Parra), hallo más de una anotación polémica, como ésta que copio por significativa. El texto, tratando del "realismo" filosófico o doctrina que atribuye realidad suficiente a las ideas generales por sí mismas, y fuera de los entes concretos, dice: "Se puede asegurar que sólo la matemática está enteramente purgada de realismo." Y el estudiante escribió al margen: "No, ¿dónde existen los números concretos?"

Y lo que se dice de las nociones, dígase de los juicios; lo que de las palabras, de las frases y las oraciones. ¿Realidades o hipótesis? Lo cierto es que, en efecto, la matemática es ciencia de hipótesis. Cierto que dudar de todo o creerlo todo es igualmente equivocado en el caso. Hay hipótesis de tres tipos: *1)* Unas son comprobables y, una vez que reciben

el marchamo de la experiencia, se vuelven verdades, y verdades fecundas en útiles consecuencias empíricas. *2)* Otras no pueden llevarnos a error ninguno, y en cambio nos ayudan a conducir el pensamiento; quiere decir que ofrecen una validez media o puramente teórica en la escala de la utilidad. *3)* Las últimas, finalmente, nacen y mueren en la región pura de las hipótesis y, estériles como los entes angélicos en cuanto a su aspecto más sublime, con respecto a la utilización son perfectamente nulas y, para decirlo todo, meras convenciones o definiciones voluntariamente elegidas, que la vieja lengua escolar llamaría "cuodlibetos". Al tercer tipo de hipótesis pertenece la mayoria de las hipótesis matemáticas.

Estos aspectos espectrales u oscuros de la matemática —no visibles mediante la luz de los ojos— se aprecian mejor en cuanto nos acostumbramos a distinguir bien entre la matemática y las aplicaciones físicas de la matemática, que son otro reino diferente; en suma, en cuanto distinguimos bien el 3 y el 4 de las "tres peras y cuatro manzanas" con que nos mataban en la escuela primaria.

En el campo de las hipótesis puras, no suponemos, sino decretamos. Construimos del todo una ciencia como construimos las reglas para el ajedrez. Vico reducía nuestra capacidad de comprender a nuestra capacidad de crear. Y así le parecía que vamos entendiendo menos a medida que de la matemática bajamos hacia el orden de la naturaleza y, en general, de lo que nos ha sido dado, construido ya en todas sus partes sin nuestra intervención.

Concluir de lo anterior que la ciencia matemática es un engaño voluntario con palabras y nombres, un "nominalismo" vacío, sería absurdo, pues la libertad de los supuestos matemáticos no es un libertinaje. No se parte de arbitrariedades, pues entonces nuestra ciencia sería estéril y jamás se la podría aplicar. Lo único que concluimos de lo anterior es que la matemática no capta las cosas mismas, como lo creen los candorosos por un resabio del pensar mágico, sino las relaciones entre las cosas, en lo cual radica precisamente el conocimiento.

Hay, por ejemplo, una definición de la Geometría euclidiana que viene a decir: "Líneas paralelas son aquellas que

sólo se encuentran en el infinito." Al leer esto, nos parece haber leído un Haikai, un poema sintético. Parece también la definición del tipo llamado Novela Bizantina —peripecias constantes que impiden reunirse a los héroes amorosos—, a condición de que el relato se mantenga abierto sobre una perspectiva indefinida.

Y, en verdad, el principio euclidiano tiene del Haikai, tiene de la creación poética, el ser un supuesto voluntario. Pues hoy sabemos que, sobre la negación de este principio euclidiano, pueden también construirse otros sistemas de geometrías coherentes y útiles. Dentro del orden puramente científico, resultan operantes aun las invenciones que nos parecen más fantásticas, como la del "círculo patológico" o círculo al que le faltara un punto.

Entre las audacias que hoy se conceden al pensar matemático —que no sólo es deductivo, sino también inductivo, y así lo es en sus más fecundos aspectos; que el concepto de magnitud es construcción del espíritu, aunque construcción a la medida de la naturaleza; que la noción del espacio no es lógica ni es experimental en cuanto se trata del espacio geométrico y no del sensible, sino también es construcción del espíritu, aunque tampoco arbitraria, etc.— sobrenada la regla del pensar bien. Y por eso el confesor del cuento preguntaba a su penitente:

—Pero ¿no cree usted en nada, señora?

—Sí, padre. Creo que dos y dos son cuatro.

—Pues aténgase a eso y se salvará.

Con lo que quería decir, en sustancia, que el bien pensar no puede escapar a Dios.

México, VIII-1944.

CORTESÍA DEL FUERTE

OSCAR LÉVY, traductor inglés de la obra de Nietzsche, me escribió recientemente desde Londres, a propósito de mi prólogo a las *Meditaciones sobre la historia universal*, de Burckhardt. Insistiendo en mi punto de vista sobre las profecías que el pensador helvético prefería callar ante su auditorio y sólo comunicaba en charlas íntimas o en cartas privadas a muy contados amigos, me decía más o menos:

—En Burckhardt, como en Goethe, suele haber hipocresía por exceso de fuerza. Ni uno ni otro veían el objeto de rematar a los agonizantes. No así Nietzsche.

Nietzsche, en efecto, llega a suicidarse todos los días, para renacer a cada aurora. Su crueldad tiene la cortesía de la lealtad. El poeta y el historiador, en cambio, nos muestran, más bien, la cortesía del discreto disimulo. La verdad inoportuna —este mestizaje de falsedad alógica que en la verdad puede deslizarse— conduce al personaje de Ibsen a sembrar desgracias por todas partes, aunque con la mejor intención.

Acomoda aquí el tan discutido pasaje de San Mateo (XIII):

> Aquel día, saliendo Jesús de casa, se sentó junto al mar. Y se allegaron a él muchas gentes; y entrándose él en el barco, se sentó, y toda la gente estaba a la ribera. Y les habló muchas cosas por parábolas... Entonces, llegándose a los discípulos, éstos le dijeron:
>
> —¿Por qué les hablas por parábolas?
>
> Y él les dijo:
>
> —Porque a vosotros es concedido saber los misterios del reino de los cielos, mas a ellos no es concedido.

En suma, porque hay que hablarles al alcance de sus mentes elementales, y sólo hay que decirles lo que les sea útil. Lo demás se esconde, para no aniquilarlos. La corriente, siendo excesiva, haría saltar los plomos y sobrevendría el corto circuito.

Este peligro de la mucha fuerza lo mismo se revela en el dolor que en la alegría, lo mismo en la profundidad que

en la trivialidad. Algunas de las cosas más satánicas de la vida no son más que hartazgos de trivialidad. Y el hartazgo de profundidad mal administrada hace estallar el cerebro de la pobre fregona en el cuento de Amado Nervo, *El donador de almas,* con una carga doble y repentina de conciencia. Que el dolor mata, todos lo saben, y que la alegría puede matar... Prefiero copiar una página de Chesterton, al final de las discusiones de su *Ortodoxia.* El Profeta, según Chesterton, cree preferible ocultar la enormidad de su regocijo:

> La alegría, que era la pequeña publicidad del pagano, se convierte en el gigantesco secreto del cristiano... La tremenda imagen que alienta en las frases del Evangelio se alza, en esto como en todo, más allá de todos los sabios tenidos por mayores. Su patetismo era siempre natural, casi casual. Los estoicos antiguos y modernos se jactan de esconder sus lágrimas. Pero Él nunca las ocultó; antes las descubrió a plena cara a todas las miradas próximas, y a las más distantes de Su ciudad. Algo ocultaba, sin embargo. Los solemnes superhombres y los diplomáticos imperiales se jactan de disimular sus indignaciones. Él no disimulaba las Suyas: arrojaba los objetos por las escalinatas del Templo, y preguntaba a los hombres cómo esperaban salvarse de la condenación del infierno. Algo ocultaba, sin embargo. Dígolo con reverencia: esa personalidad arrebatadora escondía una especie de timidez. Algo había que escondía de los hombres, cuando iba a rezar a las montañas: algo que Él encubría constantemente con silencios intempestivos o con impetuosos raptos de aislamiento. Y ese algo era algo que, siendo muy grande para Dios, no nos lo mostró durante Su viaje por la tierra: a veces, discurro que ese algo era Su alegría.

Y algo más arriba:

> Acaso estamos en esta silenciosa cámara estrellada, porque las risas de los cielos son demasiado atronadoras para que podamos resistirlas.

A esta buena administración de la energía universal, podemos llamarla "cortesía cósmica", ensanchando así la humilde idea urbana que inspiraba la filosofía casera de nuestro reflexivo Ruiz de Alarcón. La expresión puede parecer ambiciosa. Pero ¿no habla Santo Tomás, alguna vez, de la "cortesía de Dios"? El tema nos llevaría muy lejos.

Sábado, *Bogotá, 26-VIII-1944.*

LA LIBERACIÓN DE PARÍS

1. *Francia para el mundo*

La liberación de París nos da ocasión de meditar otra vez en Francia, en sus destinos, en lo que ella ha representado y representa para el mundo, para América, para México y para cada uno de nosotros.

Cada vez las palabras se van gastando y van pareciendo más ociosas. ¡Tanto se ha pensado, tanto se ha dicho sobre Francia! Pero el amor y la verdad repiten siempre la misma cosa. Tal es la santidad de los lugares comunes, sitios de todos frecuentados al igual de la fuente pública en que todos beben.

La liberación de París es el primer paso de trascendencia hacia la recuperación, primero de Francia y luego de Europa, y señala la ruta de la esperanza, dejando el campo abierto a la indispensable presencia del pensamiento francés en torno a la mesa de la paz.

Si alguien tiene derecho a reclamar la edificación de una patria universal y humana —purgada de opresiones de clases, que son origen de las guerras internas; purgada de opresiones internacionales, que son origen de las guerras externas; purgada de injusticias y de obediencias fanáticas, que son origen de la barbarie interna y externa— es seguramente ese puñado de patriotas, que para eso ha sido capaz de fundar, entre los martirios y en la oscuridad de las nuevas catacumbas, algo como una patria subterránea, hoy devuelta a la luz del día.

Tras las catástrofes que hemos padecido, y si es verdad que queremos reorganizar el mundo, hará falta el toque del genio francés para dar a las instituciones esa coherencia que nunca pierde de vista el anhelo teórico, antes lo enlaza graciosamente con las posibilidades prácticas. Sin la presencia catalítica del espíritu francés, testigo de mayor excepción, tememos que el mundo pierda algo. Porque Francia ha sido

"la maestra de dibujo entre las naciones". Hay exacerbación de planes y proyectos para el día de mañana. El dibujo francés, transflorado a modo de calco, puede todavía dar normas de viabilidad o de convivencia.

Mucho esperamos, pues, de Francia, por ella misma y por nosotros. Confiamos en sus claros destinos, cuyos destellos rompen ya la cerrazón del horizonte, para que no se pierda, en la historia, una de las realizaciones más altas y fascinadoras de la especie; mas también para que Francia siga inspirando, con su mente, nuestro camino vacilante.

Todos están convencidos de la eminente e incomparable contribución de Francia al desarrollo del espíritu humano, en los diversos órdenes de la libertad y la cultura, dos ideas que casi se confunden. Cuando se ha nombrado a la antigua Grecia y a la moderna Francia, se han reconocido dos de las mayores deudas que ha contraído la civilización occidental, la cual cada día se convierte más en la civilización sin distingo alguno.

Después del pensamiento griego, en efecto, nada se parece tanto a los ideales del hombre como el pensamiento francés. Siempre estuvo presente donde la humanidad se engrandece. Siempre sirvió de contraste y de criterio para apreciar la belleza o la fecundidad de una forma artística o de una idea, de una ley o de una conducta. Así se explica que las independencias americanas hayan nacido a inspiración de las ideas de Francia.

Claro está que también otras naciones modernas han participado en la obra de modelar al hombre de acuerdo con la figura ideal. Hay que reconocer a cada uno lo suyo. La materna España nos ha dado un tipo ético que no podemos olvidar, y que está enraizado en el subsuelo de la conciencia americana. En la Italia del Renacimiento lució hace siglos la aurora del pensamiento nuevo. Otras naciones han configurado tipos menos universales, menos transportables a toda la tierra. Se han quedado en aquella etapa previa de la especialidad, cuyos productos no llegan a adquirir, como los de Francia, el valor de saldos y conclusiones inmediatamente aprovechables para el servicio general de los hombres.

Innegables el esfuerzo, la abnegación y la bravura con

que los rusos desbarataron la ofensiva. Innegable el valor de la firmeza británica para la salvación del mundo. Innegable el acceso de los Estados Unidos hasta la primera fila de las naciones como un ventarrón saludable. Todos estos pueblos aportan esa generosa levitación indispensable en las grandes crisis. Innegable el derecho que tienen a la gratitud universal y a que se escuche su noble voz en los conciertos futuros, así como la de otros muchos pueblos. Pero acontece que cuanto hay de duradero en estos nuevos acentos es la prolongación natural —la prolongación dialéctica, diremos en lenguaje más a la moda— de la canción que, hace casi un par de siglos, Francia ha entonado para el mundo.

2. *Francia para nosotros*

Nuestro ideal es ecuménico. Quisiéramos juntar aquí en casa, para bien de nuestro país, las virtudes y enseñanzas de los pueblos más nobles: y, sobre la base de las tradiciones indígena e hispánica, que ya comunicaron a la poderosa sustancia nacional su primera modelación y todavía seguirán inspirándonos mientras México sea México, recibir los condimentos indispensables de las mejores culturas del mundo. De estos hibridismos se hace la historia. De estos mestizajes brotó la civilización griega. Y si queremos ser humanos y ser útiles a los demás hombres, hay que saber dar la mano a todos, menos al malvado. ¿Quién habló de suprimir recursos, de prescindir de lenguas y medios de comunicación cuando más falta hace que todos los hombres se entiendan y se comuniquen? ¡Qué gran dislate! Muy al contrario: es la hora de abrir todas las ventanas.

No nos mutilemos voluntariamente. En el orden de la cultura —al revés de lo que sucede en la economía y en la política— los valores no son transitorios, sino permanentes. Lo que *fue* positivamente *sigue siendo,* y se integra de algún modo en el ser de las sociedades. De suerte que, en vez de restar, debemos sumar y sumar, y no sólo hacer junta de todos los anhelos presentes, sino también de todas las conquistas pasadas. La educación es cosa de suma seriedad y suma responsabilidad. No juguemos con ella a las actualidades y

a las modas. No se diga que voluntariamente arruinamos la imagen de nuestra Victoria y, como a la de Samotracia, le hemos arrancado la cabeza.

Al que dude de esto no se le puede persuadir con palabras. Para opinar sobre esto con conocimiento de causa y con honradez hay que haberse pasado varios lustros, por experiencia propia, en la vida y la historia de la cultura. Quien carezca de estos títulos, mejor será que hable de otra cosa. Lo único que puede obtener es dar un bochornoso ejemplo de ignorancia que redunda en mal del crédito mexicano.

En las postrimerías del régimen colonial, toda infiltración de personas e ideas francesas era vigilada y perseguida en la Nueva España, como lo han sido después los contagios del radicalismo llamado "exótico". Las constancias obran en el Archivo de Indias, de Sevilla, y en el Archivo Nacional de México. De Francia venían las tentaciones, incubadas en el espíritu de la Enciclopedia y en el ejemplo de la Revolución Francesa. Hidalgo, el Padre de la Patria, aficionado a las letras francesas y traductor de Racine, recibió de sus contemporáneos el apodo de "afrancesado". Conscientemente o no, los caudillos insurgentes eran todos afrancesados. La antorcha de Francia ilumina nuestra independencia.

El grande espíritu de Francia educó el pensamiento de las nacientes repúblicas americanas, guiándolas en sus primeros pasos por el camino democrático; inspiró su nueva cultura, penetró su filosofía y sus campañas de educación liberal; produjo la aparición de nuestras literaturas ya emancipadas, en el inolvidable desperezo del Modernismo. La eterna Francia ayudó a la formación de nuestro ser nacional, enriqueciendo provechosamente la tradición hispánica, cuando precisamente ésta necesitaba un abono, al fin como tierra muy laborada, para seguir dando, en el Nuevo Mundo, provechos y beneficios.

Hubo un día en que México sufrió desmanes e invasiones, no del pueblo francés, sino de los ejércitos profesionales al servicio de las ambiciones imperiales de Europa. El entonces joven Clemenceau, que se encontraba a la sazón en los Estados Unidos, dirigía una carta a sus amigos de Francia en que condenaba sin ambages la intervención militar en Mé-

xico. La condenó Victor Hugo; la condenó el ministro Ollivier. La condenaron todas las voces de la Francia eterna, que también padecía bajo Napoleón el Pequeño. Muchos oficiales franceses, que se trasladaron a nuestro país en cumplimiento del arduo deber, fácilmente se aclimataron aquí, se casaron en México, fundaron familias mexicanas y se quedaron entre nosotros. Lo sabemos bien los descendientes de los liberales de entonces, que, en nuestra infancia, más de una vez vimos juntos, en torno a la mesa familiar, a los enemigos de un instante departiendo amigablemente entre sí como verdaderos hermanos de armas, en quienes la simpatía humana y la comprensión de los respectivos deberes dominan, absorben, transforman y purifican el recuerdo de los lances pasados. ¡Sentimiento de deporte caballeresco que aún consentía la guerra de entonces, tan diferente de las carnicerías sin gloria que hoy sufren los pueblos! El prestigio de la Francia eterna pudo resistir aquella prueba, por lo mismo que la afrenta nos era común: a ellos y a nosotros igualmente nos ofendía.

¿O es que no recordamos el caso de otra desgracia más antigua y cuyo escozor aún no se extingue, a pesar de los nobilísimos esfuerzos del gran pueblo que una y otra vez nos ha dado luego las más claras muestras de su amistad? Pues ¿cuál es el rastro que dejó el encuentro con Francia? Que el 14 de Julio haya sido festejado entre nosotros como una fiesta patria hasta bien entrado el presente siglo —y me aseguran que esta costumbre persiste todavía en ciertos rincones de la comarca.

A fines del siglo XVIII, y cuando la Nueva España vivía aún en régimen de puertos cerrados, viajaba por nuestro país un botánico francés, Thiery de Menonville, que, como el barón de Humboldt —este Goethe transportado a América—, se interesó por la cochinilla mexicana, tan característica de nuestro campo y que sirve para elaborar un tinte más firme y estimado que la púrpura y el múrice de Tiro. Thiery de Menonville publicó en 1787 una obra sobre *El cultivo del nopal y la educación de la cochinilla en las colonias francesas de América*. Con grandes esfuerzos, logró llevar algunos ejemplares hasta su jardín de Santo Domingo. El caso es

simbólico: nuestra cochinilla sirvió para teñir el gajo encarnado del primer pabellón que enarboló la Convención Francesa y, más tarde, el uniforme del Primer Cónsul. La marca roja de México queda para siempre estampada en la carta de amistad que une a nuestros pueblos. Piensen los franceses, al ver ondear su lienzo nacional, en la gotita de sangre brotada entre los nopales de Anáhuac.

3. *Francia eterna*

Pero he aquí que el hombre de Francia está unido a la historia de las libertades, a los fastos de nuestras emancipaciones, a las conquistas modernas del pensamiento, a las más dulces y más halagüeñas figuras de la humana sensibilidad, por modo tan íntimo y profundo, que es imposible no convertir el símbolo de Francia en símbolo propio. Fue nuestra la tristeza de Francia y nuestro es su regocijo. Resuena otra vez la Marsellesa, que un día hizo temblar de emoción al poeta del *Fausto,* revelándole con sus solos acordes el nacimiento de un nuevo orden humano.

Siempre se está cerca de París, aunque se esté lejos. Envuelto en sus turbantes de niebla o tembloroso en el sol cernido por sus frondas, lanza desde la cara de sus monumentos aquellos inconfundibles reflejos de plata y de carbón, y nos acaricia en su aire tónico que tanto se parece al alma. ¡Oh patria común, tierra de todos! Se la ama como a una mujer, con las lágrimas en los ojos, con las sienes sobresaltadas. ¿Qué decía nuestro Gutiérrez Nájera?

> Francia, Francia, la urna transparente
> en que el humano espíritu se agita;
> eco que al grito del dolor responde;
> inmenso, eterno corazón en donde
> toda la vida universal palpita.*

México, VIII-1944.

* *Cuadernos Americanos,* México, 9-X-1944.

REFLEXIONES SOBRE EL MEXICANO

I. *Alfabeto, pan y jabón*

La apariencia nunca es desdeñable. Hasta cuando engaña da un indicio. Ya para aceptarla o ya para rectificarla, en ella se funda el conocimiento. Dejarse guiar por los ojos no es un mal método, a condición de andar sobre aviso. A primera vista, lo que más resalta e impresiona es la pobreza general de los mexicanos. Acaso sea nuestro mal por excelencia. ¡Si fuera dable, como con un salero en la sopa, esparcir dinero por el territorio! ¡Y si esto bastara para enderezar la economía nacional!

Por desgracia aun semejante recurso, digno de *Las mil y una noches*, nada arreglaría. Acontece lo que con la paradoja del físico: si, de repente, todas las medidas del universo aumentaran a un tiempo en la proporción de uno a cien, nada habría cambiado y ni siquiera nos daríamos cuenta.

El ejemplo de algunos gobernantes comprueba que este alivio de dejar rodar el dinero es aparente y de alcance muy limitado. Pero comprueba también que, hasta donde llega el alivio, provoca mareas de optimismo nacional como nunca se han visto otras. ¡Fugaces horas de gozo, embriaguez de un día! ¡Cómo hacer, oh Fausto, para fijar perdurablemente el instante de felicidad: "Detente... *Eras* tan bello"!

Hay dolores fecundos; hay amarguras que hunden, pero luego hacen rebotar, o rebrotar, desde el fondo las virtudes humanas. La pobreza misma, la "fiel compañera de Grecia", que decían los antiguos, modela excelencias nacionales. La lucha contra los ambientes impropicios engendra el músculo de las grandes civilizaciones, mucho más que las gratuidades de los paraísos terrenos. Pero si la escasez o el obstáculo aniquilan la posibilidad, es decir, la esperanza humana, entonces los pueblos simplemente se desnutren y se consumen.

Aquel fermento de optimismo que sólo rebulle al subir a cierto nivel de bienestar parece indispensable para que se revelen y prosperen algunas virtudes de los pueblos. Cuando la lucha es elemental y áspera, cuando el poco dinero está en manos de los gobiernos, y los hombres se disputan ansiosamente los cargos públicos como único medio de tener comida y respeto, ¿adónde irán las cualidades latentes? Se desarrollan la garra y los colmillos, no la inteligencia ni la conducta. ¿El *perfil del hombre mexicano,* Samuel Ramos, amigo admirado y querido? Lo veremos claro cuando alimentemos a nuestro hombre, cuando lo reconciliemos con la existencia, cuando pueda disfrutar de cierta autarquía.

¿Cuál será, entonces, este perfil? ¿Qué dará de sí nuestra gente cuando haya resuelto y edificado la base de sustentación? A veces me he echado a soñar con ese México, no digamos ya feliz porque eso sería mucho y aun imposible: siquiera suficiente. Hasta hoy todos vivimos aquí un poco a trompicones, y menos mal los que de veras podemos llamarnos privilegiados. Pero nosotros mismos traemos cara de mala conciencia. Sabemos que hay cadáver en la bodega. Cuando pensamos en el país, vagamente nuestra subconsciencia nos representa inmensos reductos de poblaciones que arrastran una existencia infrahumana. ¿Qué será este pueblo, una vez que todos sus hombres hayan tenido acceso al Hombre? Entonces y sólo entonces sabremos lo que da de sí nuestro pueblo.

Alfabeto, sí. Pan del alma. Ha dicho muy bien el Presidente, en una manifestación que, más que un decreto, parece un grito humano. Pero, al lado, y antes, pan del cuerpo; algo de bienestar, algo de alegría en el vivir físico. Lo uno va con lo otro, y como el bienestar no llueve del cielo, hay que solicitarlo desde el suelo mediante un juego de técnicas cuya base es el Abecedario. "Alfabeto y jabón", decía hace años José Vasconcelos, pensando en la necesidad de reconstruir biológica y culturalmente nuestra sustancia humana. Alfabeto, pan y jabón, hay que decir. Y todo lo demás se os dará por añadidura.

II. *Las características actuales y las futuras*

En nuestro pueblo, como en todos, hay, pues, características manifiestas y cualidades posibles o latentes, que aún no se han revelado por las estrechas circunstancias de angustia vital en que nos desenvolvemos hasta ahora.

Sobre las características manifiestas se ha hablado ya mucho. La cortesía, por ejemplo —dulce freno a la animalidad y escuela práctica de humanización para el hombre—, ha sido objeto de elocuentes y eruditas disertaciones. Ruiz de Alarcón, Mme Calderón de la Barca y otros testimonios han sido citados al caso. Y se ha explicado, con razón, que ciertas mareas de grosería —bajo las cuales todavía se conserva el fondo vernáculo y provinciano de las suaves maneras— son efecto, por una parte, de pasajeras turbulencias sociales que, naturalmente, empañan las condiciones genuinas (pues no es posible, en medio de la guerra civil y con la pistola al cinto, seguir siendo el que antes se era); y por otra parte, son efecto de una evolución general del mundo. Las sociedades, montadas por decirlo así en la velocidad física, van demasiado de prisa para andarse con miramientos. Y mientras se encuentra un nuevo equilibrio entre la celeridad y la ceremonia, la gente, en todas partes, como que se ha vuelto algo ruda.

Sobre los dones artísticos del mexicano se ha dicho también ya lo bastante. Barro, vidrio, paja, pluma, plata y oro, y las demás artes populares, hasta llegar a nuestra magnífica pintura; facultades musicales y líricas, también pasajeramente empañadas por la demanda de las nuevas industrias (radio, cine), demanda excesiva que tiende a hacer de nuestro canto un llanto monótono o un recitado tremulento y ridículo, todo ello producción adocenada y, esperésmolo, condenada a desaparecer... Los dones artísticos del mexicano nunca han sido puestos en duda. Pero el arte, como el amor, es otro orden sagrado de la vida, arisco e irreducible, y compatible en mucho aun con la exasperación social y con los trastornos institucionales. Es, también, válvula por donde escapa el dolor, desquite contra la amarga existencia.

Entre las características manifiestas y las virtudes laten-

tes hay una gama intermedia de indicios, que nos permiten desde ahora sospechar algunos desarrollos futuros de nuestro pueblo, cuando se lo ponga en situación de crear en el bienestar.

Nos referimos a esa aptitud de discreción que, en la poesía, la crítica ha llamado el "tono crepuscular"; la aversión a las notas chillonas (salvo casos excepcionales, naturalmente); y que yo, por temor a las implicaciones de "decadencia" o "desvanecimiento" que la palabra "crepuscular" trae consigo, más bien llamé la tendencia a la mesura y a la rotundez clásicas. Que éstas me parecen ser, en efecto, las normas —más que eso—, las formas en que está vaciada el alma mexicana.

Vista la medalla por el reverso, obsérvese que, entre todos los pueblos de América —y a pesar de las apariencias y el desvío de apreciación que nuestros trastornos intestinos pudieron provocar entre quienes nos ignoran—, el mexicano es el menos "tropical" de los pueblos; entendiendo por "tropical" lo arrebatado y ciego, lo candorosamente confiado, lo excesivo en las manifestaciones sentimentales y en las palabras inútiles. El mexicano es reservado y sobrio, al punto que todos los demás países de América nos parecen algo desmedidos e ilusos (sea dicho con sana intención), sin exceptuar a los Estados Unidos, tan amablemente charlatanes; a los argentinos, tan fácilmente satisfechos; a los chilenos mismos, que se dan por los escandinavos del sur.

Pues bien: esta reserva, este freno, esta desconfianza, esta necesidad constante de la duda y la comprobación, hacen de los mexicanos algo como unos discípulos espontáneos del *Discurso del Método,* unos cartesianos nativos; y los disponen, para cuando llegue el día del bienestar, del acierto político, y el consecuente despliegue de las facultades hoy inhibidas, a ser un pueblo científico por excelencia.

Lo cual no quiere decir que se pierdan, por eso, otras virtudes interiores y superiores de inspiración, hondura y recogimiento metafísicos. Ya lo presenciarán nuestros hijos, o los hijos de nuestros hijos.

Todo, *México, 14-IX-1944.*

LA VOZ EN LA RADIO

El arte del locutor de radio tiene, como todo arte, una expresión y un asunto; una forma y una materia. La forma tiene dos faces: la voz y el léxico. La voz, entendiendo por voz no sólo la calidad y el timbre, que son elementos de naturaleza, sino la emisión, la modulación y la pronunciación, que son ya elementos artísticos, es lo único plenamente imputable a la persona del locutor. Del léxico sólo responde él en ciertas improvisaciones que se dejan a su albedrío, y entonces su responsabilidad es grande. Pero cuando simplemente le comunican textos ya hechos para su lectura, la responsabilidad recae sobre el redactor y sobre el director de emisiones. Predomina la responsabilidad del redactor en los textos literarios (incluso científicos y periodísticos), pues aquí el director se reduce a meros cuidados de buena policía. Predomina la responsabilidad del director en los textos comerciales y anuncios, pues el director debiera servir de filtro a los disparates de personas cuya especialidad no es la palabra, sino, por ejemplo, la factura o venta de la media irrompible. Del fondo o materia diremos otro tanto: la responsabilidad del locutor se limita a lo que él redacta o improvisa para el micrófono, que es generalmente un mínimo. Fuera de esto, su arte se restringe a un oficio; no crea, sino repite. Aquí no nos referimos al periodista por radio, autor de lo que lee, que naturalmente es responsable del fondo y de la forma.

Comencemos por la voz en cuanto es dón o virtud natural. Mucho dijeron sobre esto los antiguos retóricos, y todo se compendia en el proloquio castizo: "Lo que niega naturaleza, no lo da Salamanca." Las técnicas de los modernos estudios pueden corregir ciertas asperezas, defectos de volumen, etc. Pero no llegan a disimular la fealdad en belleza, y ni siquiera lo procuran para el caso de los locutores (los hay de voz ingrata), sino sólo para ciertos artistas del Teatro del Aire o ciertos conferenciantes cuyo nombre vale la pena

de aprovechar, a pesar de sus naturales deficiencias, o para ciertos cantantes de voz agradable aunque escasa. Ésta es incumbencia del director, en cuya elección los oyentes no intervenimos. Ya la impostación y la buena respiración son cosas que se adquieren, como lo saben todos los maestros de canto; pero estas virtudes deben exigirse como condiciones previas para el locutor o para el cantante, antes de arriesgarlos ante el público. Y muy malo si no se hace.

En la modulación hay dos vicios frecuentes: el sonsonete y la afectación. En esto no hay disimulo posible. La radio aísla de tal suerte la voz, al desligarla de la presencia humana y del espectáculo, que acusa con verdadera crueldad estos defectos. Por eso decía George Bernard Shaw que el Teatro del Aire no consiente la mentira. Y el problema crece en dificultad si se considera que un teatro reducido al solo elemento oral necesita que la voz se baste a sí misma y supla todos los demás recursos de la mímica.

El sonsonete puede provenir de incapacidad natural, pero muchas veces es efecto de la fatiga, es una forma de economía de esfuerzo, como en los pregones de los vendedores ambulantes, que llegan hasta la adulteración de las palabras y resultan entonces difíciles de entender. Los locutores hablan a lo largo de varias horas, y no siempre les interesa mayormente lo que hablan. De aquí ciertos automatismos que nos fatigan o nos irritan, y que de paso parecen vaciar las frases de toda significación verdadera.

La afectación en el modular de la voz es un caso de falso cultismo, en que se revelan siempre los arribistas de la sociedad o de la cultura. Equivale a ese gestecillo ridículo de los que creen de buen tono levantar el meñique al tomar la copa. Aunque hay muchos tipos de afectación, el más frecuente, en la mujer, es el exceso de sentimentalidad y, en el hombre, el afeminamiento por escrúpulo de suavidad y tersura. En uno y otro caso, se trata del énfasis inútil que decían los antiguos.

Cierta comedia de los Quinteros nos presenta a un grupo de aficionados que ensayan la conocida obra del Duque de Rivas, *Don Álvaro o la fuerza del sino*. Le toca su turno a Don Álvaro con aquel trozo que comienza:

Sevilla, Guadalquivir
¡cuál atormentáis mi mente!

El personaje se cree obligado a lanzar la palabra "Guadalquivir" con un grave trémolo patético, y el director de escena le corrige:

—Oiga, oiga: sin dar importancia al Guadalquivir.

Esta lección aprovecharía a muchos que sin duda olvidan la condición general de sus auditorios y los confunden con un grupo de chiquillos a quienes se asusta con el coco.

Pero es peor todavía, si cabe, la afectación de dulzura, que parece untarnos de melaza y nos empalaga hasta el asco. La naturalidad no se aprende, pero se posee. Y si no se posee, por avaricia de la madre común, entonces, señores, a cambiar de oficio. Para anunciar el jabón no hay que ponerse jabonoso, ni aceitoso para recomendar un aceite. Cuando se dicen cosas heroicas, ellas se cuidan solas. Cuando se dicen, por obligación, ciertas insustancialidades, lo mejor es seguir la regla de los buenos actores a quienes no interesa el personaje que encarnan: recitar discretamente el papel.

Recitar hemos dicho, y esto nos lleva a la estrecha relación entre el arte de la recitación y el arte de la "emisión radiofónica" (frase espantosa). Sépase, pues, que la recitación es el arte más difícil que existe. A medio camino entre el canto y el habla llana, unos lo entienden como una bajada desde el canto; otros, como una subida desde la charla. De lo primero han dado ejemplo, en América, Berta Singermann, y en Francia, bajo la guía de Paul Valéry, Madame Croiza. De lo segundo, entre nosotros, Luis G. Urbina, nuestro llorado y gran romántico. En lo primero se ponen a contribución las virtudes de una voz estupenda que no todos poseen, y aun así el método resulta inoportuno, forzado y exorbitante para muchos asuntos. En lo segundo... éste es el secreto de los secretos, el enigma sin solución posible. Pues, en todo caso, el recitador aparece como el Sócrates de la comedia aristofánica, que ni está en el cielo ni en la tierra, sino colgado en una cesta a cierta mesurada altura del suelo.

El joven César —cuenta Quintiliano— dijo a un recitador que exageraba las languideces:

—Si cantas, lo haces mal; si crees que están hablando, cantas.

Hemos hablado de la voz del locutor como elemento sonoro, pero se ofrece considerarla en sus relaciones con la intención, con el significado de las palabras, puesto que hablar no es sólo producir sonidos, sino también sentidos.

Cuando, como en la radio, la expresión queda reducida a la voz, la voz tiene que corresponder con una justeza perfecta a los matices de la intención, pues no cuenta con ningún otro elemento facial, corporal o manual que la corrija o la complete. El ademán y el gesto pueden hacer el milagro de que las mismas palabras signifiquen cosas contrarias. Lograr esto con la sola entonación de las frases es más difícil, pero no es imposible. A este efecto paradójico hoy le llamamos ironía, aunque la ironía para los antiguos tenía un sentido más limitado y designaba exclusivamente un afectado desdén de sí mismo por parte del que habla.

Además del contraste irónico, las mismas palabras pueden significar cosas distintas, no por efecto de la polisemia o pluralidad de significados, sino por el solo efecto de la intención. Un buen ejercicio para los artistas del Teatro del Aire y para los locutores en general es aquel pasaje de los Quinteros en que el señorito, de visita en su cortijo, le pregunta al mayordomo si ha llovido por aquellas tierras, y el mayordomo le contesta: "Como llover, llover, lo que se llama llover, sí ha llovido; pero como llover, llover, lo que se llama llover, no ha llovido." Y aquí también del cuento del portugués que oí en el Brasil. El portugués recibe un telegrama de su hijo: "Estoy arruinado, mándame dinero." El portugués lee el telegrama en voz alta, con énfasis de mando, y exclama: "¡Qué insolencia! ¡Telegrafiar así a su padre! ¡Si al menos me hubiera telegrafiado *(y aquí releía el telegrama con una voz dulce y quejumbrosa):* Estoy arruinado, mándame dinero!"

La busca del tono y la modulación convenientes degenera, falta de guía segura y entregada al mal gusto, que es lo que abunda, en esos alambicamientos insoportables que antes señalábamos. Hay que ver el excesivo calor que ponen algunos para invitar al auditorio a escuchar "este mismo

programa". Se diría que están haciendo una declaración estupenda. Otros abusan de la suspensión, figurándose que es cosa sumamente elegante y lucida eso de interrumpir la frase con una pausa patética y un temblorcillo de la voz. Nadie se oye a sí mismo como lo oyen los demás y mucho menos como lo oyen a través del micrófono. Ellos no saben que estas pequeñas afectaciones, insignificantes o hasta graciosas en la charla, producen mal efecto en la radio. Como regla, es preferible una modulación algo neutra.

Las anteriores observaciones pueden tener alguna oportunidad ahora que nuestra Academia ha abierto un concurso para "premiar, anualmente, al anunciador que durante un año se haya distinguido más por la pureza del lenguaje, así como por sus dotes de voz, correcta dicción, etc."

Tricolor, *México, 30-IX-1944.*

SOBRE JULES ROMAINS
(17-X-1944)

ME VEO en el trance de comenzar por un mal chiste. Pues ¿qué celebramos ahora? Celebramos que en México se hayan acabado "los hombres de buena voluntad".

De la magnífica novela en 27 volúmenes comenzada hace trece años por Jules Romains, seis volúmenes y medio se han escrito en nuestro país. Nos cabe el privilegio de que, entre nosotros, el gran escritor haya podido llevar a buen término una obra de tamaño aliento. Y aun parece que, sólo por eso, un poco de gloria refleja nos ilumina.

En tiempos normales, París hubiera festejado el acontecimiento con aquella voz que escuchaba toda la tierra. No se dirá que el caso ha pasado inadvertido en nuestro modesto mundo literario. Cuando la Humanidad vuelva a ser la Humanidad, Jules Romains nunca olvidará que, en horas aciagas, este cielo enrarecido de alta meseta tuvo suficientes virtudes para mantener la fertilidad de su pluma.

Cada vez que pienso en los orígenes de mi trato con este maestro y amigo, evoco un diálogo algo cómico acontecido hace varios lustros en París. Una de esas charlas difíciles de primer encuentro, constantemente interrumpida por los incidentes de nuestras pipas, que no querían encender o se apagaban a las pocas fumadas. Los conocedores saben bien que este fuego tardo y díscolo es el que a la postre prende mejor. De entonces acá, nuestras pipas arden parejas, como dos pequeños fanales que se contestan. A esta amistad que tanto me honra debo hoy la alegría de ofrecer a Jules Romains, en nombre de todos los presentes y de los ausentes que nos acompañan con sus votos, nuestros parabienes por el feliz acabamiento de esta verdadera hazaña literaria.

Que hazaña es, entre los escombros que nos rodean, seguir de frente y pisar impávido las ruinas, como el varón de Horacio. Hoy por hoy, sacar adelante un compromiso tan enorme y complejo supone una capacidad austera casi rayana

en la crueldad. Es cosa de pensar en el *Diván* de Goethe, o en los *Esmaltes y camafeos* del dulce Gautier, escritos entre el retumbo de los cañones. ¡Y qué valían, junto a las nuestras, aquellas batallas! En conservar la integridad ante los destrozos exteriores está —sentía Lacordaire— la dignidad del espíritu.

Jules Romains comenzó su magna novela cuando ya se había dejado atrás los entusiasmos de la primera juventud. Ya eran meros recuerdos, entre placenteros y melancólicos, aquellos días de las batidas literarias y la marcha de ataque, la travesura y la alegría algo iconoclasta de los lances de pluma; la Abadía, las campañas del unanimismo, los camaradas con quienes se desemboca en la vida y en quienes creíamos contar como amigos inquebrantables... Ya había ocupado también, en pleno mediodía, todos los géneros literarios: lírica, novela, teatro, ensayo, teoría y técnica de la prosa y el verso a buscas de un nuevo clasicismo; y hasta había arriesgado visitas a las fronteras de la ciencia, por donde rondan aquellos efectos indecisos a los que la aduana oficial no se decide a franquear el paso. Quiere decir que su sitio estaba conquistado.

En todos aquellos campos, el escritor había buscado la satisfacción de un imperioso deber de la razón. Bien sabía él que le tocaba labrar la parte más espinosa del terreno. No había nacido para la fácil recreación en la superficie de las palabras. Nadie más dotado que él, si hubiera querido, para entretenerse en jugueteos verbales. Pero él exigía del instrumento literario el servicio humano por excelencia: el imponer cosmos en el caos. Lo empujaba una sed insaciable de orden mental. Hasta se lo llamó sistemático, porque, en su afán de organizar el universo según la frente, ni daba cuartel ni lo pedía.

Pero por sistemático solemos entender al que impone caprichosamente su módulo apriorístico, y tuerce o solicita la realidad para que acomode en sus cánones. Y muy otro es el temperamento de Jules Romains. Hombre de naturaleza plenamente clarificada y como pasada toda ella por el insobornable tamiz de la conciencia, nada deja en sombra, nada en falso equilibrio. Sólidamente plantado en tierra, su mis-

mo vigor hace que las perspectivas exteriores se le aparezcan en hilos convergentes, en razones encadenadas. La inteligencia es explicación. La función natural de la inteligencia es atar cabos. No es ser sistemático, sino ser inteligente, el ver las cosas acomodadas en coherencia. En la obra de Jules Romains hay ancho margen al humorismo y aun a la carcajada rabelaisiana; ancho margen para la magia y la investigación rigurosa de lo desconocido. Ambos caracteres son la mejor garantía de que no nos encontramos ante un sistemático de gabinete, sino ante un explorador y descubridor al aire libre.

Su obra había adelantado como una tarea tectónica, sujeta a una voluntad racional, que sólo admitía los servicios de la casualidad cuando acomodaban a sus fines. Este viril sentimiento de construcción lo llevó a sacrificar cuanto se ha llamado "estilismo", el adorno yuxtapuesto, la "fermosa cobertura" que decía el Marqués de Santillana, y en que muchos creen ver el secreto de la estética literaria. No cobertura, no: vida interna, necesidad casi biológica, plena aptitud vital de la obra, cuya sustancia determina la forma. Jules Romains no tuvo miedo de asfixiar al poeta sujetándolo a las evidencias, prueba suma. Dejó caer requilorios y preciosidades postizas. Frenó lo que él mismo ha llamado la velocidad del flujo, condición de nuestras lenguas latinas que fácilmente las lleva a la oratoria. Conquistó una belleza axiomática, de crecimiento íntimo, que el pedantesco lenguaje de nuestros días bien puede decir "belleza funcional".

La tendencia al menor esfuerzo, que también hay motivos para considerar como pereza inherente a la inteligencia, nos inclina a apoderarnos de las palabras acuñadas para ahorrarnos así el pensar por cuenta propia. En cuanto Jules Romains dijo "unanimismo", se quiso reducir toda su obra a un sistema y a un método, a un esquema fijo y a una sola regla estratégica. A ello se presta singularmente la circunstancia de que el unanimismo se respira como una atmósfera. ¡Cómo no encontrarlo en las páginas del escritor que precisamente ha delatado su presencia y, al bautizarlo, le ha comunicado una entidad operante!

Pues ¿qué son una época, un lugar, un pueblo, una fa-

milia, un hombre, sino encrucijadas o unanimismos de direcciones? Todo hecho, como la casa donde 'Lucienne' era profesora de piano, está situado, por decirlo así, en una confluencia de redes ferroviarias. Nunca se da lo único, sino siempre lo uno relacionado con otras muchas unidades semejantes; es decir: lo unánime.

Entendámonos: el unanimismo acentúa un rasgo de la realidad hasta entonces no suficientemente aislado y estudiado, pero no por eso pretende fundar una preceptiva inflexible. Es más una descripción que un consejo. Tampoco exalta el imperio de las masas amorfas sobre las fisonomías diferenciadas de la sociedad. No canta ni predica el triunfo de la "entropía" física este empobrecimiento de las energías por retorno a la indiferencia y al desorden. Atiende más bien a lo que los biólogos llaman la "diferenciación evolutiva". Llama la atención sobre la acción de aquellos grupos humanos que, de modo ya permanente o pasajero, adquieren conciencia de su unidad y polarizan así los campos de fuerza que los rodean. Si con el término "rebelión de las masas" se quiso designar un peligro de nuestro tiempo, o una peligrosa crisis que a la larga puede ser saludable, con el término "unanimismo" se designa un remedio, la etapa ulterior a la mescolanza informe, la neoformación coordinadora. Sólo que ella no se produce ya en torno al individuo, al héroe romántico, sino en torno al grupo de individuos puestos en valor por las afinidades sociales, igualados en la atracción o devoción de un acto o de un hecho predominantes. Así pues, el momento en que la maraña de fuerzas que cruzan el territorio humano comienza a crear núcleos o coagulaciones orientadoras, de conciencia o de voluntad, éste es el momento del unanimismo. La fluidez se precisa; la vaguedad se asienta; las energías pobres se enriquecen al formarse en fila.

Por supuesto que, aun con todos estos esclarecimientos, resulta un escamoteo el querer con la palabra "unanimismo" quitarse de encima la obra de un escritor tan fecundo y vario. ¿Acaso hemos agotado, por ejemplo, todo el contenido de *Les Copains*, cuando hemos dicho que es la historia de una partida de amigos que, merced a la conciencia del grupo, llegan a la realización unanimística extrema, o sea al acto

arbitrario, al acto sin objeto, al acto que los convierte en un dios único repartido en siete personas distintas? ¿O hemos agotado cuanto hay en libros como *Les Copains, Mort de Quelqu'un* y *Lucienne,* cuando hemos dicho que tales libros representan el ataque unanimista a los problemas, respectivamente, de la amistad, la muerte y el amor? Sería una falta de respeto para la obra literaria. En estos libros, por fortuna, hay mucho más y mejor que una mera demostración o aplicación del unanimismo, aun cuando la tentación unanimista les sirva de secreto pretexto.

Y cuando el autor, precisamente, acaba de desplegar sus alas y emprende el vuelo mayor en *Les hommes de bonne volonté,* de tal modo la cosa estética, el objeto literario están más allá de toda fórmula, de tal suerte la obra se confunde con la representación del mundo por la mente, que ya no quisiéramos asignarle nombre genérico alguno. Hasta el nombre de novela le queda corto. Y no sólo por la extensión y el número de volúmenes, sino porque la cantidad expresa una cualidad variable y cambiante. Lo mismo abarca la escena de amor que el ensayo científico, la comedia y la tragedia, la ironía y la sátira, el idilio y la disertación. Pues ¿no hay por ahí un estudio sobre las condiciones de las aguas medicinales, o sobre la posibilidad de regular a voluntad los latidos del corazón, o un análisis demoníaco acerca de un crimen cometido por simple comodidad, o la pintura de una macabra extravagancia en que se incurre por obediencia a una escuela poética? Decir de esta novela que es un mundo, más que una novela, resulta una inexpresiva vulgaridad. ¡Lástima que las frases se gasten y estropeen a tal punto!

En la épica de última hora, hay varios intentos para devolver a la novela su densidad mediante un robustecimiento físico. El foco es, en *Jean-Christophe,* el individuo; la familia, en los *Thibault* y en *Salavin.* Hay, singularmente, dos notables esfuerzos parecidos en la intención final, aunque diferentes en el proceso, para juntar en un orbe los haces dispersos de la realidad; para reducir a objeto sensible y asible esta atomización de motivos humanos producida por los últimos sacudimientos habidos del romanticismo a nuestros días, pasando por el naturalismo, el simbolismo... y lo demás.

Uno es el caso de Marcel Proust y su novela en serie *A la recherche du temps perdu.* Otro, el de Jules Romains y su novela en serie *Les hommes de bonne volonté.*

¿Cómo se busca en ambas la síntesis? Por el único medio conocido, por el análisis. Pero mientras en Proust la misma minuciosidad sólo permite tejer una tela de pequeñas dimensiones —el mundo a que él se refiere es bastante estrecho—, en Jules Romains la trama es más ancha y cubre todas las vastas zonas que ha recorrido la experiencia de los contemporáneos. Lo microscópico allá, lo macrocóspico acá, indican, en Proust, una confianza mayor para los gérmenes de los actos; y en Jules Romains, una confianza mayor para los resultados de los actos. Además, y sobre todo, nada hay de común entre el héroe egoísta, el sujeto hipersensible y algo maniático que se echa en busca del tiempo ido, y el héroe colectivo, el escuadrón de hombres de buena voluntad que, azotados por el aire de la calle, se echan a andar hacia el porvenir.

Obsérvese que la novela en serie, por su sola duración y la continuidad de personas y asuntos, asume una excelsa categoría de realidad. Se parece a la realidad por cuanto procede a pie forzado. Tiene que contar con lo ya vivido para seguir adelantando. De suerte que el engaño estético —la verdad estética— es más cabal. Más completas son asimismo la creación de cada máscara, la incorporación de cada carácter, la familiarización con los escenarios.

Ya los retóricos de la antigüedad habían advertido que hay cierta relación entre la dimensión de una obra o de un pasaje y la emoción literaria que se proponen provocar. Hay sentimientos o situaciones que exigen rapidez; otros, que exigen lentitud. La novela en serie es —se diría— la dimensión indispensable, si se desea de veras captar esa indefinible unidad histórica que llamamos una época. Para captar una época escribió Jules Romains. Proust, para captar solamente una clase social, y sus alrededores más o menos parasitarios.

Finalmente, la novela en serie se parece precisamente a la vida en que da, como ésta, la impresión de que "ciertas cosas no van a ninguna parte y ciertos destinos acaban quién sabe dónde". Este poema abierto sobre una perspectiva in-

definida contrasta con el poema en ciclo (tema sobreentendido en la poética de Aristóteles), al modo como nuestra filosofía, reacia a los sistemas cerrados, contrasta con la filosofía de los tiempos clásicos. "Hay —dice Jules Romains en su prólogo— un patetismo de la dispersión, de la evanescencia, que llena del todo la vida, pero que los libros casi siempre se prohiben, preocupados como están, en nombre de las viejas reglas, por comenzar y acabar el juego con las mismas cartas." Ya Aristóteles, comparando la poesía con la vida histórica, advertía que la obra del poeta empieza y acaba según preceptos que él llegó a soñar tan rigurosos como un silogismo, y se sentía desazonado ante este fluir de las cosas reales, que nunca empiezan y nunca acaban.

El 6 de octubre de 1908, un muchacho de París, Louis Bastide, salió por la calle rodando su aro. Ante él se iba extendiendo la gran ciudad, como si él mismo la fuera creando en su carrera. El aro ha seguido rodando por varios años y ha recorrido varios pueblos.

Tras de vacilar a uno y otro lado, como ebrio que pierde el aplomo, el aro ha caído por fin en esta ciudad. Ni Louis Bastide, ni Jules Romains sospechaban cuál sería el final de este destino. Pero tras de lo que llevamos dicho, ¿admitimos que haya un final posible? ¡Oh, no! El aro de Bastide tiene que rodar otra vez hacia el París redimido y recuperado. Y cuando parezca que ha parado del todo, todavía le espera la senda sin término que la posteridad le reserva.

Cuadernos Americanos, *México, 14-IV-1945.*

LA DICCIÓN EN LA RADIO

En anterior artículo nos hemos referido a *La voz en la radio* (*Tricolor,* 30 de septiembre de 1944), elemento de naturaleza más o menos sujetable a la educación y al arte. Ahora queremos añadir algo sobre la dicción —entendiéndola tan sólo en concepto de pronunciación—, punto en que tanto hacen ya los perfeccionamientos de la cultura.

En verdad, la dicción correcta es cosa que debe atenderse desde la cuna. Quintiliano, uno de los educadores más eximios de la humanidad, recomienda, por eso, mucho cuidado en la elección de una nodriza que sepa hablar siquiera con cierta pulcritud, pues los defectos adquiridos en el amanecer de la palabra son difíciles de desarraigar. Leonidas, pedagogo de Alejandro, lo hizo contraer algunos de que éste nunca pudo ya corregirse y que deslucían su grandeza con abruptas rusticidades. En el prólogo de sus admirables *Apuntaciones,* Rufino José Cuervo delata el avulgaramiento que crea, en la manera de hablar, el roce de los niños con gente zafia, como los criados ignorantes. Algo semejante escribía Lord Chesterfield a su hijo, instruyéndole sobre la retórica.

Lo cierto es que, salvo casos excepcionales, en esto del pronunciar bien y con soltura no lo hace todo la educación. Hay que haber sido de agua dulce desde los primeros años. No está hoy de moda, pero hay que dar su crédito, en esto, a los buenos pañales. El profesor de fonética, en la comedia de Shaw, logró enseñar el habla refinada a una chica de los arrabales; y cuando ya se la tenía por dechado del buen hablar, ella soltó unas voces destempladas, en el más plebeyo acento de Londres, el día que recibió una emoción. Lo cual es, bajo otro ropaje, la antigua fábula de la gata convertida en mujer, que un día corrió tras un ratón. O lo que el refrán dice de una vez: "La cabra tira al monte." Tal vez los malos acentos de Alejandro el Grande no sean del todo imputables a su ayo. Porque Alejandro era macedonio, sólo griego a medias, y, como buen macedonio, traía en la sangre la rudeza del habla y el amor al vino. Así pues, "de raza le

venía al galgo". Y tampoco su padre Filipo le iba en zaga; y aunque las daba de muy helenizado, nunca pudo acertar en esa piedra de toque: el uso de las partículas griegas.

Por otra parte, también en los excesos de primor se reconocen los hombres de origen dialectal. Les falta aquel garbo, hasta aquella negligencia elegante del que usa la lengua central como cosa propia y con imperio de señor. A no menor persona que Teofrasto, una viejecita del mercado de Atenas le descubrió que no era ateniense por lo afectado de su buena pronunciación. Y los mexicanos solemos hacer sonreír a los españoles cuando decimos "exactamente" en vez de "esactamente" o "psicología" en vez de "sicología".

Las anteriores observaciones son muy generales. Por eso mismo, tampoco puede escapar a ellas el locutor de radio. Algunos, los más dotados, hasta hacen alarde de su pronunciación atlética, proponiendo trabalenguas al público o desarrollando una rapidez de habla vertiginosa, como solían hacerlo los *diseurs* de los cabarets de París.

Y contaré a este propósito que, cuando la radio hacía sus primeras armas, estos parlanchines y cantores ligeros del cabaret compitieron, ante un micrófono de París, con los actores de la Comedie Francaise, y sencillamente los derrotaron. Los grandes lujos declamatorios y las rutinarias convenciones teatrales mal podían tenerse ante la vivacidad torrencial y la naturalidad graciosa de los artistas menores.

Porque este aire de la vida es lo que corresponde a la radio. Y si es difícil lograrlo para el orador, aunque no se eche a la boca las famosas piedrecitas de Demóstenes, porque la sola presencia del auditorio lo hace "tragar camote" como dice la gente, o paradójicamente, le comunica un fuego y un patetismo excesivos, tampoco se crea que es fácil para el que simplemente se enfrenta con ese artilugio frío e impersonal del micrófono, que parece una escupidera suspendida. Ensayen a improvisar ante el micrófono quienes no se hayan visto en el trance, y cuenten después lo que les sucede. Las primeras experiencias causan exactamente la impresión de un ejercicio contra natura, de un hablar a solas o con los muebles, a la manera de un chiflado, y hay que vencer una molesta inhibición para adquirir la naturalidad necesaria.

A esta dificultad de la aclimatación nerviosa, hay que añadir otras circunstancias que estorban la serenidad y el dominio del locutor, como lo son la necesidad de atender a las señales para hablar y callar; de dar lugar a tiempo a los pases musicales que han de entrar en el momento oportuno; de armonizar, en fin, en un todo acústico las mil piezas sueltas de una audición, que a veces hasta se desarrollan en lugares aparte. Mientras el locutor habla, generalmente tiene que estar en guardia por si algún aviso de última hora lo obliga a cambiar algunas frases o a añadir alguna noticia. Y como sea algo sensible, de seguro lleva en la conciencia el sobresalto de cualquier posible interrupción, una silla que cae, un señor que conversa demasiado alto, una puerta que rechina o golpea, etc. La ejecución acústica se parece a la ejecución teatral en cuanto es un hecho vivo que crece irremediablemente ante el auditorio, sin posibilidad de retoque, retroceso, borrón y cuenta nueva, como las escenas del cine, las cuales admiten mil repeticiones.

En suma, que hablar ante el micrófono es muchísimo más que hablar, y sin embargo, ha de causar la impresión de que no es más que ponerse a hablar. Toda la andamiada técnica debe desaparecer, y sólo mostrarse el resultado artístico. Esta concentración de esfuerzos puede, naturalmente, producir quiebros en la voz, titubeos y errores en la pronunciación, y todo ese conjunto de fallas que el psicoanálisis ha estudiado minuciosamente.

Pero hay errores de dicción que no se explican por estas disculpables interrupciones de los ciclos nerviosos, sino que proceden de la ignorancia, del mal hábito o de la afectación. Y estos errores son, por suerte, rectificables. Hay quienes han dado en la flor de decir "hacía" (tiempo verbal) en vez de "hacia" (preposición), figurándose que esto es muy elegante: "Las tropas marchan *hacía* el río". O se empeñan en dar a "donde" y a "cuando" un énfasis de interrogación que no corresponde: "*Cuándo* las tropas llegaron al sitio *dónde* eran esperadas", etc. En los grupos de consonantes, se ha introducido el vicio, seudoculto y por demás cursi, de intercalar una vocal. Oír decir: "perecisamente" es algo que horroriza. En cierto teatro de Buenos Aires oí una vez pro-

nunciar así a un orador provinciano, y no pude contener la risa: "El reperesentante culetural de la Pelata", por "El representante cultural de la Plata". Los casos podrían multiplicarse.

A veces, se trata de nombres mal acentuados. Dejemos ya el "Itúrbide" y el "Zuazúa", que el uso mexicano autoriza a pronunciar como aquí se han pronunciado siempre. Pero me pregunto si será correcto hablar de la calle de "Marróqui", en vez de "Marroquí", pues entiendo que este apellido es la misma palabra que significa "natural de Marruecos".

Los nombres y las palabras extranjeros son capítulo aparte. Hace años existía en México una verdadera cultura de la lengua francesa. No se hubieran oído entonces tantos apellidos de generales y políticos franceses pronunciados a la norteamericana, como hoy se oyen. Por este solo síntoma puede juzgarse la decadencia de los estudios franceses en nuestro país, donde buena falta están haciendo para devolver su equilibrio al sentido literario.

Recuerdo haber oído una vez, con verdadera indignación, estas o parecidas palabras en una de nuestras estaciones, donde se trasmitía el elenco de una ópera:

—El locutor no tiene la menor obligación de conocer lenguas extranjeras. En consecuencia, pueden abstenerse de rectificar las pronunciaciones de nombres de autores de música o de cantantes las personas que nos están hablando por teléfono.

Esto debió ser objeto de una sanción inmediata y aun de una multa, por la falta de respeto al público, y la alevosía y ventaja que significa el atacarlo a través de un medio que no admite la respuesta en igual terreno. "Herrar o quitar el banco." Nadie está obligado a conocer todas las lenguas. Pero el locutor no tiene más remedio que evitar los disparates y hacerse repasar antes la lección por algún maestro entendido. Por fortuna abundan en nuestros estudios de radio personas capaces para acudir al remedio y aun hay verdaderos eruditos.

Tricolor, *México, 25-X-1944.*

LA RADIO Y EL HABLA AMERICANA

HEMOS emprendido un viaje por las nuevas artes, cine y radio. En el siglo XVIII, Lessing escribió aquel librito inmortal, *Laocoonte*, sobre las relaciones entre unas y otras artes. En su tiempo no había más plástica en movimiento que la danza, única "mostración" estética en que se doblaban espacio y tiempo. No había, en suma, esa pintura moviente que es el cine. Tampoco esa depuración auditiva que es el llamado Teatro del Aire, fantasmagoría de voces sin cuerpo que recuerda el estado primitivo de Empédocles, donde hay cabezas sin cuellos, brazos sin hombros, ojos sin frentes.

Está haciendo falta escribir un *Nuevo Laocoonte*. Entonces, a las artes del oído y la vista, habrá que añadir las de los sentidos menos nobles —gusto, olfato, tacto— que aún no rompen la aduana oficial (gastronomía, sinfonía de licores en el *À Rebours*, de Huysmans); o que andan aún en tanteos, como la *Estética de los aromas*, cuyo manuscrito José Asunción Silva perdió en un naufragio; o que aún no se desligan de los meros procesos vitales, o siquiera de las aplicaciones médicas y deportivas, como ciertos masajes, palpaciones nerviosas o acciones musculares de la quiropráctica, de la lucha, el pugilato y el pancracio.

Singularmente, nos hemos detenido por ahora en la radio, ya para hacer algunas observaciones sobre la voz, o ya sobre la pronunciación. Ni siquiera nos ocurrió, en este argumento, agitar el punto relativo a si ha de usarse en la radio la pronunciación castiza, española, o la regional: en nuestro caso, la mexicana. Alguien nos escribe provocándonos al examen. Lo satisfaremos.

Callábamos el tema, es verdad, por parecernos evidente que en la radio debe hablarse como en la vida y al modo del país. Esto no reza con excepciones: ciertas escenas típicamente españolas, o argentinas, o cubanas, etc., del Teatro del Aire; o cuando el locutor no es nacional, y su veracidad está en hablar según acostumbra.

El modo del país, hemos dicho. Pero, por regla también (salvo escenas de costumbrismo, etc.), no el modo vulgar, sino el culto, el recibido, el "decente". No vamos a exagerar, aceptando, por ejemplo, que un locutor regiomontano, escudándose en el habla baja de San Luisito, diga "sía" y "riyo", en voz de "silla" y "río". (Que son leonesismos en España, como neoleonesismos en México: dato para el filólogo o para el estudioso de nuestros orígenes regionales.)

Pero tampoco vamos a pretender que ningún locutor mexicano se esfuerce, innecesariamente, por pronunciar la "z" y la "ll", lo que verdaderamente no vale la pena y sería cosa orillada a deslices. Pues, en efecto, en el hablar postizo o hechizo tanto se equivoca el culto como el inculto.

Claro es que un artista como Alfredo Gómez de la Vega, criado en el teatro español y habituado allí a hombrearse con todos los actores de España, llegó a hacer de la educación y el hábito una segunda naturaleza, y hoy puede recitar con igual naturalidad a la española o a la mexicana.

Pero el que no se haya sometido a un aprendizaje especial, no lo logrará; y a la postre se encontrará con que, en el micrófono especialmente, sólo causa una impresión de artificialidad impropia del arte radiofónico. Pues la naturaleza misma de este arte obliga a borrar el arte con el arte y a dar un efecto de espontaneidad y sencillez.

No, no alambiquemos. Conozco gente cultísima de esa tierra americana, primada de las Indias y predilecta de Colón —la Isla de Santo Domingo— que se ha empeñado en pronunciar a la española en los actos públicos. El resultado es siempre una mezcla de "corasón" y "meza", un quitar la "z" de donde está o ponerla donde no corresponde. Recuerdo aún que, en cierta Conferencia Internacional donde sucedía con el orador algo semejante, nuestro embajador don Francisco Castillo Nájera, sentado al lado mío, se divertía en contar estos trastrueques hispanoamericanos y, en un discurso de quince minutos, juntó no menos de cincuenta.

Conozco a un filólogo hispano de primera fuerza que, en el habla corriente, todavía deja salir al andaluz sumergido que lleva en la sangre y, en su afán de pronunciar bien la "z", suele decir "ezsena" por "escena".

Esta condenada palabrita, por cierto, tiene cuentas conmigo: los actores mexicanos tienden, por falso cultismo, a decir "ecsena" en vez de "esena" (que es como debemos decir a la mexicana) o en vez de "escena" (que es como se debe decir a la española). Cuando tuve ocasión de acercarme a cierto *Cirano de Bergerac* presentado en Bellas Artes no ha mucho tiempo, nunca logré ser escuchado durante los ensayos, y al fin se dijo "ecsena" en la escena: imperdonable ridiculez como la del salvaje africano que, habiendo ganado algunos obsequios de los exploradores ingleses, se cuelga un reloj en el taparrabo.

En cierta sesión poética de cierta Escuela de Declamación que hay en Montevideo, apenas pude disimular mi impaciencia. Se obligaba a las chicas recitadoras a imitar —mal— la pronunciación castiza. Y, por miedo de que, al decir "caballo", metieran, a la manera platense, una "j" francesa en vez de la "ll", las hacían decir "cabalio". Esto, naturalmente, es mucho más exótico para el oído español que el "cabajo" ("j" francesa) a la platense, o el "cabayo", a la mexicana.

Cuando Sir Malcolm Robertson era embajador en Buenos Aires, se le ofreció una plática en la Asociación Amigos del Arte. Momentos antes de empezar, me preguntó (aunque habla español corrientemente) cómo debía pronunciar "calle". Le di las tres versiones fonéticas: la "ll" castiza, la "y" hispanoamericana general (o mexicana) y la "j" francoplatense. En su humorismo de irlandés, me dio la sorpresa de pronunciar de las tres formas, pidiéndole al público que escogiera... Pero, repetimos, lo mejor es no hacer piruetas forzadas y hablar tal y como se habla en la vida: "En román paladino; en el que suele el pueblo fablar a su vecino". Este principio tal vez no pueda generalizarse a todos los casos. Para la radio, es obvio.

Las hablas americanas, como la andaluza, son hablas económicas: ahorran esfuerzos. En tal sentido, representan, según la autorizada opinión de mi maestro Menéndez Pidal, el porvenir de la lengua. Muchas de nuestras peculiaridades mexicanas, lejos de ser peculiaridades, representan ya la re-

gla, si no por calidad, sí cuantitativamente y por las zonas que abarcan.

Hace muchos años escribimos un artículo llamado: *El imperio dialectal de la "se" (Los dos caminos,* Madrid, 1923).* Nos referíamos a los pueblos que pronuncian la "c" como "s". Sólo al caer de la pluma, recordábamos, en España, las zonas del Norte y del Sur; las Provincias Vascongadas, Cataluña, Andalucía y el "mar territorial", digámoslo así, que las rodea. Asturias y Santander, en parte, porque allá sucede también que la "c" se cambia en "sh". Toda la América Española entra en la cuenta, y acaso algunos grupos judíos, africanos y balcánicos. El Imperio Dialectal de la Se supera en mucho al pequeño corazón central de ambas Castillas, como la Grecia Asiática y la Magna Grecia superaban a la Grecia Peninsular.

De esta observación no pretendemos sacar argumento alguno. Simplemente, queda como afirmación de un hecho indiscutible. El habla americana —amén de ser indispensable en la radio americana— no es ya exótica en ninguna parte del mundo. Abunda tanto, que la madre Castilla tiene ya que cerrar los ojos (o las orejas).

Tricolor, *México, 18-XI-1944.*

* *Obras Completas* t. IV. pp. 344-7.

LA RADIO, INSTRUMENTO DE LA "PAIDEÍA"

CON MOTIVO de la campaña alfabética, han aparecido por ahí artículos sobre la importante función de la radio y los servicios que puede prestar para semejantes empresas de educación social. Me siento animado a suscribirlos todos. Cuanto acentúe la importancia de las nuevas artes —radio, cine—, cuanto contribuya a orientarlas y a utilizarlas en la construcción humana, que es nuestro deber inapelable, merece la mayor simpatía y la mayor atención por parte de los hombres de buena voluntad, ora pertenezcan a una o a otra de las tres clases en que los antiguos dividían a los ciudadanos: la carrera de los honores (la política), la de las armas (la milicia), o de las letras (la cultura).

Aunque mucho se ha escrito ya sobre estas nuevas artes, y aunque en el cine, por ejemplo, debido a los cánones de Hollywood, se hayan introducido ya algunos esquematismos y rutinas que no dejan de desvirtuar la libre invención y de atajar los saludables sobresaltos del proceso vital, parece que tales nuevas artes van a disfrutar del privilegio que acompañó al crecimiento de la tragedia griega. Consiste este privilegio en no haber tenido que sujetarse a una preceptiva teórica y apriorística. Las reglas, las uniformidades, los automatismos de la tragedia, eran efectos de la necesidad, impuestos por las circunstancias y los ambientes físicos y mentales. El codificador de preceptos, Aristóteles, es un arqueólogo: nació después de la tragedia y cuando ya ésta agonizaba. Le aconteció con ella lo que a Gracián con el conceptismo español: que lo sometió a preceptos *a posteriori*. De suerte que, en vez de fijar reglas al creador —lo que siempre es perjudicial—, uno y otro describieron los resultados; y aunque hayan pretendido dar valor legislativo a algunas de sus observaciones, ya no hubo quien se dañara erigiendo las "regularidades" en "reglas".

Cuando hablamos, pues, de orientar y aprovechar las nuevas artes, nos conservamos en un extremo respetuoso para

su libre desenvolvimiento, y muy lejos estamos de querer imponer preceptos a estos delicados embriones.

Ahora bien, si deseamos hacer entrar estas nuevas artes en los cuadros de los géneros clásicos, fácil nos será acercar el cine a la función literaria episódica (teatro-novela), y aun darle el crédito de que está llamado a ser la forma por excelencia para la épica de mañana; que ésta ya se resiste mucho a caminar sobre la sola expresión verbal, y en cambio se desliza muy a sabor sobre los complementos visuales que aportan la fotografía o el dibujo en movimiento. En cuanto al conflicto cine-teatro, creemos que es un conflicto que se resuelve andando, como las *aporías* del paradójico griego. Creemos que, caminando y caminando, estas dos agencias artísticas se delimitarán y se purificarán mutuamente, labrándose cada una para sí, por virtud interna y también por choque con la otra, su cauce específico. Y, en cuanto a la radio —que en muchas de sus fases será sólo un refuerzo de la difusión literaria y la musical—, en una de sus aplicaciones más características vendrá precisamente a sustituir a la antigua oratoria.

Aquí no entendemos por oratoria ese inútil alarde, esa danza de palabras ociosas ante un público sometido al chubasco por deber cívico o social, o arrebatado en el torbellino por la polarización fanática de unos instantes: no. Entendemos por oratoria todo aquel sistema sustentado en la retórica, en que Isócrates fundaba las bases del humanismo político y que Quintiliano organizó en verdadero programa de educación liberal. Entendemos por oratoria la educación de la sociedad por el hombre que ora o habla, a través de los recursos de la persuasión, servidos por el encanto artístico. Cuando los sofistas, fundadores de la ciencia social, abrían escuela de retórica para formar oradores, querían decir: para formar directores políticos, maestros del pueblo, pilotos responsables de la nave del Estado.

Pues bien, esta función de tremenda responsabilidad ha caído hoy en mano de los locutores de la radio. No de los meros anunciantes, claro está, sino de los periodistas del micrófono, que todos los días difunden informaciones, comentarios, consejos, ideas.

La radio es instrumento de primer orden en esta educación que nos espera más allá de los años pueriles y juveniles, más allá de las escuelas, en el aire mismo de la vida, y que acompaña sin remedio toda nuestra existencia y la va modelando a lo largo de nuestros días.

De esta construcción diaria del hombre por el hombre resultan el carácter y el valor de las civilizaciones. Los griegos la llamaron *paideía,* palabra desenterrada en nuestros días por el humanista Werner Jaeger y que es a la pedagogía lo que el género a la especie y lo que el todo es a la parte. La radio, nueva arte oratoria, instrumento de la *paideía,* tiene ante sí vertiginosas perspectivas. No sabemos hasta qué punto influirá en las determinaciones futuras de la especie humana. Por eso nos indigna tanto que se la use, en ocasiones, a tontas y a locas.

Todo, *México, 21-I-1945.*

EL ALFABETO Y EL HOMBRE

HAY, EN la *Ilíada,* una triste fábula. Homero, aunque poeta refinado, de una época ya plenamente alfabetizada, canta hechos anteriores a él en varios siglos, y nos presenta las tradiciones mitológicas bajo la apreciación que de ellas atribuye a los rudos guerreros aqueos del sitio de Troya.

Finge, pues, un arcaísmo de ideas y costumbres que, si no son la verdad arqueológica, corresponden a la idea que privaba en su tiempo sobre lo que fueron las oscuras épocas anteriores.

Entonces esto de escribir y leer era privilegio para pocos, suerte de oficio hierático que, todavía en la época del poeta y aun mucho después, explicaba el que la ejecución y la publicación literarias fueran una lectura o una recitación, representación de un solo personaje que uno hacía, en efecto, para muchos.

Pues bien, Belerofonte, el heroico hijo de Glauco que, junto a la reina de Argos, representa un papel semejante al de José ante la mujer de Putifar, no sabía leer ni escribir. La reina, herida por sus desaires, lo acusa ante el rey Preto. Éste lo envía al rey licio, Isóbates, con una tablilla o carta grabada, en que —modernizando el cuento— venía a decir: "Al recibo de la presente, da muerte al portador."

Todas las ulteriores hazañas de Belerofonte son efecto de la piedad de Isóbates que, no deseando darle muerte directamente, lo envía a combatir con la Quimera, las Amazonas y otros monstruos de estirpe asiática, en cuya derrota se saciaba la imaginación griega, como en una obra de urbanización contra los desórdenes naturales anteriores a la razón. Pero, con un poco de campaña alfabética, Belerofonte, podemos decir, se hubiera ahorrado estas luchas contra los monstruos a los que, en cierto modo, habría vencido de antemano.

Señoras y señores: Ciertamente que en Auguste Comte no nos ocurriría ir a buscar sutilezas psicológicas. De él es,

sin embargo, esta observación, tan delicada que hasta tiene aire de paradoja y que, en verdad, confluye por inesperados caminos con la gran tradición de los moralistas franceses: "una de las características de la especie humana es su inagotable capacidad de aburrimiento". Cuando, en plena Cámara, Lamartine señalaba el peligro de ciertas engañosas calmas, gritando: "¡Francia se aburre!", insistía en esta terrible condición que explica más de un vuelco en la historia y en la cultura.

Por esa condición, sin duda, olvidamos constantemente las cosas obvias, y por eso hace falta cierta heroicidad para insistir en ellas.

Ejemplo al caso, esta campaña del alfabeto que tanto honra a nuestra administración y que, fundada como está en la evidencia, ha necesitado un vasto esfuerzo de desperezo nacional, una llamada de atención seguida de una prédica persistente.

Nos aburrimos de la verdad, del bien, aun de la civilización. Sólo ante las amenazas recobramos el sentimiento del suelo que pisamos.

Pues ¿hay algo que se diga más pronto y que se ejecute más despacio que esta verdad, este bien social de la cultura, imposible sin el instrumento esencial del alfabeto? (Como no sea en ese lato sentido de la palabra "cultura", que el antropólogo aplica a todo modo humano de vivir —caníbales, matriarcados arcaicos, etc.— y que lo mismo puede aplicarse a las costumbres de los animales sociales y gregarios.)

Mientras la política apronta sus remedios de corto alcance, sus recursos de emergencia, sólo el trabajo del espíritu, mágicamente enlazado con este jeroglifo que dibujan las plumas y las imprentas, asienta y funda las verdaderas soluciones definitivas y a largo plazo.

El hombre mismo sólo rompe los barrotes de la jaula natural en que ha nacido como encerrado y sólo gana acceso a la historia, en cuanto comienza ese registro de las conquistas adquiridas, de los fastos ceremoniales, de los sueños y las esperanzas, que es la escritura en todas sus formas y que hoy se compendia en el alfabeto.

Vivimos de pasado y futuro, de lo que existió y de lo

que aún no existe, y en ese equilibrio movedizo y atlético del instante presente, sólo nos sirve de balancín la pluma; de ensalmo, la letra.

Alfabeto, sustancia de cosas escritas es el hombre en una inmensa proporción de su ser, y si lo despojáramos de todo lo que tiene de "letradura", pronto lo veríamos reducido a la abyecta condición de la bestia. Edificar el alfabeto es, en una inmensa proporción —en la que depende de la obra humana, pues la sobrehumana no nos compete—, edificar al hombre.

1945.

DE HIGIENE MENTAL

HACE poco se publicaba, entre nosotros, el libro de don Mariano L. Coronado sobre *Introducción a la Higiene Mental (Problemas psicológicos de la vida cotidiana)*.*

Esta obra, según las palabras del prologuista don Juan Roura Parella, "trata de los conflictos, de las disonancias, de las tensiones que aparecen en la vida cotidiana y cuyo descuido puede contribuir a la enfermedad", y es el resultado de largos años de estudio

> junto a grandes maestros europeos y norteamericanos, entre los que habría que citar, en primer plano, a Arthus y a Dunlap, autoridades en el campo fluido, indeterminado, entre lo normal y lo anormal; hace un análisis detallado de los desórdenes internos, de los medios útiles para prevenirlos y del restablecimiento de la normalidad en caso de desequilibrio e inadaptación.

La materia es, pues, de aplicación general a todos los hombres cualesquiera sean su índole y sus actividades. Y, además, como lo anuncia el subtítulo, es de aplicación cotidiana y no un mero lujo para las naturalezas suprasensibles o exquisitas, puesto que

> no hay transtorno desdeñable en la vida de la personalidad, y todo desorden, por pequeño que parezca, puede conducir a serias anomalías. Pero el Dr. Coronado no se preocupa tan sólo de restituir el equilibrio y el bienestar en el caso individual, sino que insiste en el valor social del hombre sano: tiene también a la vista el interés social de la higiene mental.

Estos estudios cobran cada vez mayor interés y se les comienza a conceder una importancia semejante a la que, por suerte, ya merecen los servicios de higiene y salubridad fí-

* La obra del Dr. Coronado está basada en un curso de once conferencias que el autor dio en la Facultad de Filosofía y Letras de esta capital, bajo los auspicios del Colegio de México, el año de 1942, y en otras conferencias leídas en la Biblioteca Benjamin Franklin, de esta ciudad.

sicas. El municipio de Los Ángeles, California, insistía no ha mucho en la urgencia de ampliar y multiplicar las Clínicas de Higiene Mental. "Si el mundo ha de salvarse, decía Gerald Heard *(Pain, Sex and Time)*, tenemos que crear una psicología tan práctica y poderosa como nuestra física." Las mismas condiciones de la existencia actual multiplican los peligros para la salud del espíritu. Nuestra misma educación crea más necesidades que bienestar. Una reciente estadística del Ministerio de Salubridad británico estimaba que, en la Gran Bretaña, el 43 % de la población requería tratamiento psicológico. Ya el filósofo Bertrand Russell sospechaba un comienzo de dolencia en el solo hecho de tomar demasiado en serio el propio trabajo (no en cuanto al cumplimiento de nuestro deber, sino en cuanto a la representación más o menos solemne y terrible que de ello tenemos en el ánimo). Después ha sobrevenido la guerra con su cortejo de males y sus legiones de heridos psíquicos. ¿Qué no decir ahora sobre la importancia de la higiene mental? No sólo para el médico: para el "trabajador social", para el educador, para el hombre mismo consciente de sus obligaciones ante el semejante, la higiene mental debiera ser un cuidado de primer orden.

Por los mismos días en que se publicaba este libro, tan adecuado para difundir nociones que debieran ser ya del dominio público, nuestro amigo el Dr. Ignacio Millán ponía en nuestras manos un curioso libro, vago antecedente de estas novísimas disciplinas: el *Aviso a los literatos y poderosos acerca de su salud, o Tratado de las enfermedades más comunes a esta clase de personas. Con varias observaciones sobre el cólico plúmbeo o metálico, el vómito negro y otros diferentes objetos de Medicina. Por Mr. Tissot, Doctor y Catedrático de Medicina de Berna, etc. etc. Obra traducida del francés por D. Félix Galisteo y Xiorro, Profesor de Cirujía en esta Corte. Madrid, Imp. Benito Cano, 1786.*

Nótese que el precursor considera más bien la higiene del cuerpo que no la del alma y, aunque dice enderezar su discurso a los literatos y a los poderosos (digamos a los intelectuales y gente fatigada por los excesos de la responsabilidad pública, etc.), en verdad amontona observaciones mé-

dicas de muy diversa índole y aplicación, males del pulmón o los intestinos, reglas y partos y otros asutos por el estilo. Y por desgracia los capítulos que más se acercan a nuestro argumento —enfermedades de los nervios, sensibilidad excesiva, jaquecas— se desperdician en consideraciones demasiado generales. Para los males de ojos, sin duda frecuentes entre gente que anda en las letras, se recomiendan los fomentos de agua fría, el acostarse temprano, y la aplicación de ventosas en la nuca.

Algunas consideraciones, al principio, sobre los excesos del estudio y sus consecuencias, las fatigas nerviosas que resultan de apurar y exprimir la sensibilidad artística, o la atención para las abstracciones, los males que vienen de la vida sedentaria, cuentan entre las mejores páginas del libro.

> Mi amigo Zimmerman —nos dice el Dr. Tissot— refiere este ejemplo de debilidad ocasionado por el estudio, el que por ser muy interesante no debo omitir. Un caballero joven, suizo de nación, se entregó a rienda suelta al estudio de la Metafísica. Muy poco tardó en sentir una laxitud de espíritu, a la cual oponía nuevos esfuerzos de aplicación; cuanto más crecía la flaqueza, tanto mayores esfuerzos por contrariarla. Este combate duró seis meses, y el mal creció de modo que llegaron a resentirse el cuerpo y los sentidos. El cuerpo se restableció algo con el uso de algunos remedios. Pero el espíritu y los sentidos cayeron por una graduación insensible en estado de completo estupor: aunque no estaba ciego, parecía que no veía; sin estar sordo, parecía que no oía; sin estar mudo, nada hablaba. Dormía, bebía y comía, sin gusto ni disgusto, sin pedirlo ni repugnarlo.

Así permaneció un año. Se recuperó gradualmente de los sentidos y facultades, en medio de crisis dolorosas.

> Y hoy —concluye el autor— es uno de nuestros más excelentes filósofos.

Doy traslado a nuestros especialistas.

Pero ¿a qué queremos nosotros el ejemplo del Dr. Zimmerman, cuando sabemos ya, por Cervantes, de aquel pobre hidalgo a quien la lectura de los libros de caballería hizo olvidar el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda, y tanto se enfrascó en sus lecturas, que se

le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro?

—Hablemos de cosas reales —decía Balzac, y se ponía a discutir los actos y caracteres de sus personajes novelescos. No hacía otra cosa Don Quijote con respecto a sus soñados héroes caballerescos. Y cuando el Cura y el Barbero procedieron a la célebre quema de aquellos libros de patrañas, aplicaron, a su modo, los que sin duda consideraban sabios principios de higiene mental, aunque sin sospechar siquiera el nombre de este novísimo capítulo de la Medicina.

Ahora bien, esta facultad de engaño voluntario es inseparable de la aptitud poética y artística, como lo sabían ya los primeros sofistas griegos, y entre los modernos, Coleridge volvió por su cuenta a descubrirlo y a formularlo. El toque está en saber detener a tiempo la alucinación voluntaria. La cordura está en anular a tiempo el conjuro. La fábula del aprendiz de brujo, que todos conocen por el poema de Goethe, es un símbolo del vicio que la higiene mental quisiera corregir con sus medios y recursos. Hay que saber detener a tiempo la escoba mágica, o de lo contrario se nos inunda la casa.

Todo, *México, 21-XII-1944.*

EN TORNO A LOS CARACTERES MORALES

A VECES, del poso o precipitación de experiencias, nos queda en el alma cierto sabor general del trato humano. Desaparecen los accidentes particulares, los rasgos personales de esta o de la otra persona. Se diría que vemos dentro de nosotros como unas caras abstractas que a todas las contienen y, sin embargo, a ninguna pueden sustituir. Estas máscaras de la especie, obtenidas por destilación y levigación, son los "carácteres morales", al modo de Teofrasto o de La Bruyère.

¿Quién no sintió el ansia de trazar, de expresar de cualquier manera, de sacar de los vagos lindes de la conciencia y objetivar en cierto modo, alguna de estas máscaras, alguno de estos fantasmas que, casi por virtud espontánea, andan rondando los espacios interiores de nuestra fantasía?

Hay instantes en que nos sentimos Teofrasto o La Bruyère. Aunque sea en la conversación y sin compromisos de estilo literario, echamos mano de la paleta y los pinceles que nos dio la naturaleza, y nos complacemos en pergeñar, mal que bien, estas figuras transparentes que a solas nos frecuentan. Queremos suscitar a la vida estas sombras de la subconsciencia, o la duermevela de la razón. Acaso anhelamos corporizarlas para mejor proceder a su exorcismo y mejor libertarnos de ellas. Porque ¿quién combate con una nube?

Yo ando estos días peleando con uno de estos enemigos etéreos, anguilas de imaginación que huyen y se escurren en cuanto queremos asirlas; entes resbalosos, duendes de quita y pon, sombras que nunca combaten frente a frente.

Algo tienen de la sustancia del sueño, cosas exangües y movedizas; algo participan también del recuerdo, y son como el molde hueco que dejan, al alejarse, las presencias reales. El único medio de curarse de estas apariciones es coagularlas de algún modo; por ejemplo, con el ácido de las palabras: delatarlas, describirlas, darles un nombre. Al fantasma —dice Juan Ramón— se lo mata con su nombre. Tal es el paso misterioso que va del bautismo al exorcismo. Yo ando

hace días viendo pasar fugazmente por mi espíritu un carácter moral que voy a clavar a punta de pluma, para ver si me curo así de sus inoportunas visitas.

Es el envenenado que pasa por buena persona. El señor de los segundos premios, que nunca se consuela de haberse quedado en estado anfibio, de no haber podido salir definitivamente a flote, de detenerse siempre en las vísperas del gozo o del triunfo. Se lo guisa con ingredientes de envidia y de esa horrible salsa que hoy la ciencia llama "complejo de inferioridad", y otras veces, "resentimiento". Todo él es regüeldo de conciencia manida, podredumbre con azúcar encima, estiércol perfumado. Se presenta manso, dulce, discreto. Cree que no le notan la lepra que trae en el pecho porque la barniza con afeites. Cree disimular su maledicencia y su odio al prójimo con una acumulación monstruosa de elogios desordenados y de inconciliables manifestaciones de afecto. Y habla así:

—Conozco a Fulano. Es muy buena persona. Mató a su padre. Yo lo quiero mucho. Robó a su madre. Es muy simpático. Hizo la desgracia de los suyos. Lo admiro sin reservas. Se equivoca en todo. Aquí traigo un puñalito para agredirlo por la espalda. Siempre que lo veo siento el impulso de abrazarlo.

Y la gente es tan insensata, que acepta este tipo como un tipo de bondad humana. Y no es más que estiércol perfumado.

Sábado, *Bogotá, I-1945.*

SOBRE LA NOVELA POLICIAL

De todas las feas denominaciones que han dado en emplearse para cierto género novelístico hoy más en boga que ninguno —novela de misterio, de crimen, "detectivesca", policíaca, policial— prefiero esta última. Las demás, o parecen despectivas, o limitadas, o impropias por algún concepto. Sobre esta novela policial me atreví a decir —y lo ha recordado recientemente Jorge Luis Borges en Buenos Aires— que era el género literario de nuestra época. No pretendí hacer un juicio de valor, sino una declaración de hechos: *1)* es lo que más se lee en nuestros días, y *2)* es el único género nuevo aparecido en nuestros días, aun cuando sus antecedentes se pierdan, como es natural, en el pasado.

Se me ocurre charlar hoy un poco sobre la novela policial, y me da ocasión una experiencia reciente. Un eminente psiquiatra mexicano me encontró una de estas mañanas con una novela policial en la mano, y hablamos así:

—¿También usted lee estas cosas?

—Soy un decidido aficionado. Me interesan sin conmoverme. En la que llamaremos "novela oficial", todo conflicto me conmueve y agita. En la policial, todo conflicto me deleita porque enriquece la investigación. En la novela oficial, una muerte puede hacer llorar, como lloraban el fallecimiento del personaje 'Amadís' la dama y su servidumbre, en la anécdota que todos los humanistas conocen. En la novela policial, al contrario, una muerte es bienvenida, porque da mayor relieve al problema. Descansa el corazón, y trabaja la cabeza como con un enigma lógico o una charada, como con un caso de ajedrez. Pero el trabajo no es tan intenso que fatigue, y además sabemos que, por regla, nos van a dar la solución en el último capítulo; de suerte que podemos ser un tanto pasivos si nos place, y graduar nosotros mismos la atención y la energía mental que deseamos gastar. Finalmente, el problema no conlleva el dolor de la abstracción lógica, sino que va cómodamente encarnado en Pedro, Juan o Fran-

cisco. En suma, leo novelas policiales porque me ayudan a descansar, y me acompañan, sin llegar a fascinarme u obsesionarme, a lo largo de mis jornadas de trabajo, con esa música en sordina de un "sueño continuado" que no tiene nada de morboso; me permiten satisfacer esa necesidad de desdoblamiento psicológico que todos llevamos adentro (y a la que importa buscar alguna salida por buena economía del espíritu), sin poner para eso en acción todos los recursos sentimentales ni la preocupación patética que exige la novela oficial.

—Tiene usted razón —me contestó mi amigo—. En algunos casos, y por los mismos motivos que usted dice, yo aconsejo estas lecturas a mis enfermos de fatiga nerviosa. Por donde caemos en el tema de la higiene mental que trataba usted en algún artículo. ¿Y le interesa a usted igualmente la novela policial que el cuento policial?

—En principio, necesito que la obra tenga cierta extensión para que logre persuadirme con su engaño estético. Los antiguos retóricos se acercaron muchas veces (y el primero, Aristóteles) a este tema de la relación entre el lícito engaño literario y la dimensión del poema. En sus comentarios sobre *El cuervo,* algo dice al respecto Edgar Allan Poe. Quizá no sea posible decir más, pues el tema es resbaladizo y escapa a la razón dosimétrica. Pero hay una cierta relación entre la cantidad y la calidad poética, que puede ser de primer grado o de grado recóndito, de orden directo o de orden inverso. Y en el tipo de ficción policial es obvia, es de primer grado y de razón directa. Victoria Ocampo, también gran lectora de estos libros, me ha declarado que sólo soporta la novela y no el cuento. Yo soy un poco más ecléctico, pero suscribo, en tesis general, el mismo principio.

—¿Se ha escrito algo que merezca leerse sobre el género policial?

—Hay un buen ensayo de Roger Caillois, y hay mil notas y luminosos atisbos en Jorge Luis Borges, que, en colaboración con Adolfo Bioy, está dando carta de naturalización al género en la literatura hispanoamericana y, podemos decir, en la hispana. Joseph Wood Krutch, autor de un reciente libro (¡otro más!, aunque bueno) sobre Samuel Johnson, aca-

ba de publicar un breve y agudo ensayo al respecto en *The Nation* (25 de noviembre). Si le interesa, aquí lo tiene usted.

Aunque, como ya se supondrá, mi amigo no me ha devuelto ese número de *The Nation*, no quiero privar al lector de algunas observaciones de Krutch, que me atrevo a ofrecer aquí de memoria y mezcladas con observaciones propias:

El género policial —viene a decir Krutch— es un género vergonzante. Todos lo practican, pero el lector sorprendido con una de estas novelas se disculpa diciendo: "No es más que una novela policial", frase que sustituye a la de "No es más que una novela", que, en el siglo XVIII, causaba la indignación de Jane Austen. Ahora bien, si muchos se creen obligados por imperativos de cultura a leer una buena novela de éxito, en cambio la novela policial se lee sin compulsión alguna, y ni siquiera se habla de ella con los vecinos. Tiene las condiciones esenciales del atractivo literario, el placer: acaso motivo más imperioso que el deseo de instruirse o la ineptitud para soportar la presión social que nos rodea. Esta novela es hasta hoy la Cenicienta de la Novela. Se la considera un tipo subliterario por dos motivos: 1º los autores que a ella se consagran son demasiado prolíficos, 2º la novela policial se escribe con visible apego a cierta fórmula o canon.

Lo primero es consecuencia de la excesiva demanda, y se presta sin duda a la producción industrial de obras mediocres; pero se puede ser abundante sin ser por eso mal escritor. La objeción no es una razón necesaria en contra. Piénsese en la obra, tan copiosa como excelente, de Balzac, Dickens, Anthony Trollope, Galdós. La segunda objeción carece de sentido crítico. Las obras no son buenas o malas por seguir o dejar de seguir una fórmula. Siempre siguió una preceptiva de hierro la tragedia griega y no se la desestima por eso. Y Lope de Vega fue, a la vez, abundantísimo y dado a ajustarse a la fórmula fácil y económica con que él mismo organizó la Comedia Española. De suerte que este ejemplo solo (no lo trae Krutch, claro está: hoy nadie conoce, fuera de nuestra habla, la literatura española) basta para anular ambas objeciones.

Después de todo "fórmula" es "forma", y no le está mal a la novela, tan orillada por naturaleza a los desbordes, y

más en los últimos tiempos, un poco de forma. La gran popularidad denuncia, quiérase o no, alguna virtud en la obra que la disfruta. Claro que esta virtud podrá o no ser de orden estético. Todos devoran un libro de escándalo, aunque sea de pésima literatura. Pero parece más bien que la novela policial ofreciera algunas cualidades desdeñadas por la novela oficial, y que de lejos la emparientan con la añeja novela de aventuras, amada de Paul Claudel. (¡Maldición para quien olvide el grande nombre de Stevenson!)

Aun cuando somos adoradores del buen estilo, confesamos que no está aquí el secreto del éxito para la novela policial. Hay muchos autores adocenados que se las arreglan tan bien como la erudita y excelente escritora Dorothy Sayers. El secreto, sin duda, está en la distracción: ni siquiera en la amenidad. Que, a veces, la historia es muy escueta y, sin embargo, nos distrae.

Para esclarecerlo habría que estudiar la evolución del género, desde sus precursores definidos —Poe, Collins, Conan Doyle— hasta nuestros días. Tal vez Krutch tenga razón en proponer el año de 1925 como el hito inicial del tipo específicamente contemporáneo. No lo afirmamos de fijo. Pero sí creemos poder afirmar que Louise Bogan se engaña atribuyendo el secreto del éxito al sentimiento de miedo, característico de nuestra época insegura. (Y aquí de la angustia de Kafka, Kierkegaard y otras honduras por este tenor.) No: el miedo, ni cubre todo el campo genérico, ni cuando aparece es siempre el elemento principal en la historia. Al contrario, el tipo contemporáneo se aleja en principio de ese vaho pavoroso que envuelve las obras de Poe, de Hoffman, etc. Acaso la novela oficial realice imperfectamente la "catarsis" —que tan naturalmente se da en la novela policial—, por culpa de ciertos agobios de seriedad y de análisis, que ya Wilde censuraba en Bourget y que hoy han llegado a deliciosos extremos, demasiado sutiles sin embargo para los grandes públicos (Proust). Estos agobios de seriedad fácilmente paran en pesadeces, llevan a olvidar las energías primarias del juego —y a un juego superior se reduce el disfrute estético— y carecen de aquella facultad incomparable que Nietzsche llamó "la fuerza ligera". Krutch exclama (¡y con

cuánta razón!): —Acaso se inicia la decadencia de la novela el día que el novelista se propone discernir conscientemente entre lo "importante" y lo "interesante". Sí: la golosina puede hartar e indigestar. Pero es un pésimo síntoma de salud preferir, en sí, la purga a la golosina.

Interés de la fábula y coherencia en la acción. Pues ¿qué más exigía Aristóteles? La novela policial es el género clásico de nuestro tiempo.

Todo, *México, 4-I-1945.*

III

HISTÓRIA NATURAL DAS LARANJEIRAS

[*1930–1936*]

MITOLOGÍA DE LAS COBRAS

EN LOS animales cargados de historia o de creencia, el pueblo no puede pensar con libertad científica, sea el ibis egipcio, la tórtola judía o hasta la paloma del Espíritu Santo, para sólo nombrar las aves. La imaginación se deja ir, prisionera sin saberlo, en los callejones acotados de la leyenda. Chesterton ha elaborado un cuento sutil en torno al error de deletrear al revés el nombre del perro: *Dog-God;* es decir, hacer del perro un dios, interpretando sus aullidos, que obedecen a un estímulo inmediato y propiamente perruno, como mensajes providenciales y avisos delatorios de un crimen.

Así de las cobras, animales sagrados en la mitología americana. He aquí algunas noticias que encuentro, hojeando periódicos del Brasil.

1

Cierto hacendado capturó una enorme jararaca y la envió, bien encerrada en su caja de madera, al Serpentario de Butantán. Días después, el Director del Serpentario le agradecía el obsequio "de las diversas cobras" que había tenido la gentileza de enviarle. En efecto: al abrir la caja, habían aparecido una cobra y unas cobritas.

La superstición lo explica así: la cobra, en los momentos de peligro, se traga a su prole y, pasando el riesgo, vuelve a expelerla.

La ciencia lo explica de otro modo: 1º hay cobras que ponen huevos y los crían fuera de su cuerpo; 2º hay cobras ofiófagas, que se comen sus propios huevos; y 3º hay cobras —y entre ellas la jararaca— que conservan los huevos dentro de su cuerpo hasta su completo desarrollo, y entonces paren a la prole por la cloaca. El hombre de campo que, conocedor del fenómeno primero, y creyendo que era regla sin excepción, presenció el caso del fenómeno segundo sin saber que se trataba de un vicio, y luego presenció el

caso del fenómeno tercero, asoció en su mente la deglución de los huevos y la expulsión de las *cobrinhas*, e inventó la leyenda.

2

¿Quién, en México, no ha oído contar de culebras que maman el seno de la mujer y, entretanto, para divertir a la criatura, le introducen la cola en la boca y hacen sonar sus cascabeles como sonaja? También lo cree el campesino brasileño, quien llega a asegurar que las vacas se dejan mamar por las cobras, y tienen citas misteriosas con ellas, a horas fijas del día.

El que vio que la vaca blanca, la mejor lechera, dejaba de dar leche un buen día —por cualquiera de los mil motivos que afectan la economía del animal—, y recordó que aquella mañana habían matado una cobra de cuyo vientre salía un líquido blancuzco (los huevos en formación) pudo inventar esta fantasía.

3

El doctor Sánchez, catedrático hace muchos años de Historia Natural en la Escuela Preparatoria, nos dictaba unas curiosísimas noticias folklóricas sobre los animales mexicanos, entre las cuales recuerdo ahora la del origen del "mal del pinto". La tradición lo atribuye al ayuntamiento de un soldado y una hembra de caimán, hembra que el soldado encontró tumbada de lomos junto a un río. Tal vez algún exalumno de la Preparatoria conserve estos apuntes. Valdría la pena de recogerlos y publicarlos. Ricardo Gómez Robelo había pensado en ello. Pero ¿cuántos planes no abandonó aquel inquietísimo espíritu?

Mucho tenían que ver los soldados en estas tradiciones. También me acuerdo de la superstición sobre el modo de beber de las serpientes venenosas, que previamente necesitan deshacerse de las bolsitas de veneno para no envenenarse solas. Unos soldados encontraron esas bolsitas en el hueco de una peña, y las destruyeron. Cuando la serpiente volvió a buscarlas, al sentirse desarmada, se suicidó azotándose contra la peña.

Igual superstición existe en el Brasil, donde los especialistas la explican por el hecho de que las culebras propiamente acuáticas no tienen ponzoña; y las dañinas, cuando están en el agua, carecen del punto de apoyo necesario para exprimir el veneno y resultan inofensivas.

4

Acabo de presenciar en una revista carioca un cuadro de baile que divaga en torno a la pretendida fascinación de la cobra sobre los animales pequeños, antes de devorarlos. Imagen clara, esta propalada creencia, de cómo una debilidad o defecto también hace veces de vigor. Enseñanza para políticos y para esos que se llaman hombres de acción. Los ojos de la serpiente sólo parecen fascinadores porque la infeliz carece de párpados, no puede hacer guiños ni tiene expresión visual ninguna. Y su involuntaria fijeza, tan inhumana, acaba por adquirir un pavoroso sentido para el hombre. Mi hijo, cuando pequeño, apartaba con horror los juguetes que tenían ojos de vidrio. ¿Por qué habrá dicho Bergson que la intromisión de lo mecánico en lo vital provoca necesariamente a risa?

Pero las avecitas no se asustan por tan poco, porque no atribuyen intenciones a los objetos con la misma facilidad que el hombre. No: las avecitas revolotean, pían enfurecidas defendiendo a sus hijos, atacan y pican a la serpiente, o se pulen descuidadamente las plumas posadas sobre la cabeza del reptil. El reptil logra darles caza precisamente haciéndose el muerto. Deja que los animalillos se vayan confiando cada vez más, hasta que los tiene seguros. Entonces descarga su relámpago. Ésta es la verdadera descripción del proceso.

5

En cuanto a los encantadores de serpientes... ésos comienzan por desposeerlas del veneno, comienzan por ser sacamuelas. Además, viviendo todo el día con ellas, aprenden los hábitos de las serpientes. Por aquí logran dominarlas. Las adiestran y domestican al punto de dejarles intactos, a veces,

los colmillos inoculadores. ¿No se domestican también los leones, los tigres, y acaso no son fieras? Y Mateo Hernández, el español que esculpía animales en basalto y en pórfido, me aseguraba que él tenía domesticada a la hiena del Jardín Zoológico de París:

—¡La pobre hiena! —me decía este nuevo San Francisco. ¡Ella se da cuenta de que soy el único que la quiere!

En materia de domesticación, el hábito, la frecuentación, la dulzura pueden hacer más que el castigo. *(The taming of the shrew?)* Los aficionados al amor conocen y practican un buen refrán o consejo de paciencia que dice así: "La mujer y la gata, de quien la trata." Ignoro el valor que tendrán las ocurrencias de Fernand Kolney, satírico poco leído. Él nos presenta a un antiguo domesticador, el señor Leonardo, macho soberbio caído en oficios innobles:

> Me casé con la domadora —cuenta el señor Leonardo—. Ella, en dote, me trajo su arte, sus fieras, y me enseñó a adiestrarlas. ¿Sabe usted cómo se hace eso? ¿No? ¡Lo más sencillo del mundo! Los látigos, los revólveres al cinto y las barras enrojecidas al fuego, todo eso es para impresionar a la galería. A las fieras, a las bestias feroces, se las adiestra desde la edad conveniente lo mismo que a las mujeres; mediante caricias especiales... De este modo, ¿comprende usted?... se las gana uno, y las transforma en unos perritos viciosos más dispuestos a lamernos la mano que a mordernos... Éste es el secreto del oficio. Tal vez no debiera yo decirlo, puesto que me he retirado; pero, en fin, se lo cuento a usted, no a todo el mundo.

Parece que también la música de los encantadores de serpientes es sólo para la galería. Los ofidios no la perciben; no tienen hecho el oído para eso, como no tienen la conformación bucal adecuada para la succión del mamífero.

Muchos encantadores se jactan de estar mitridatizados, de tener —como ellos dicen— *cerrado* el cuerpo a los venenos. Sin embargo, uno muy famoso, el Cabo Cobra, aceptó las inyecciones inmediatas de suero, en cuanto sintió la picadura de la que él llamaba "la bella Elena".

Los negros del campo —aquí, por eufemismo, se les llama "los prietos"— dicen preces y ensalmos mágicos para dejar a la cobra fija y clavada en un árbol, mientras van a buscar el lazo, el cuchillo, la caja. Pero esta inmovilidad

bien se explica por el sueño diurno de ciertas cobras que más bien viven de noche, y cuyos ojos están dispuestos de manera que la luz solar no logra perturbar su reposo.

6

Cediendo a las consejas, un pobre leproso —Mariano José Machado— se empeñó en dejarse picar por un cascabel venenoso que estaba encerrado en una jaula, seguro de que con la picadura sanaría de su dolencia. Metió la mano resueltamente, y la cobra tuvo que hacerse de rogar una hora para decidirse. Ella, en su lengua, tal vez le llamaba necio, y se rehusaba. Al fin lo picó. Lo picó lo menos que pudo: una punción leve en el meñique. No podía darse mayor delicadeza. El leproso falleció a las veinticuatro horas.

7

He oído, por mi parte, muchas otras consejas. En mi tierra solían hablarme del cincuate, de la víbora negra que vive en las casas como un gato y ahuyenta a las víboras malignas... ¡qué sé yo! Por mi parte, recuerdo los primorosos coralillos con que, de niño, solía jugar, una vez que les cosían cuidadosamente la boca.

Río, 2-IV-1930.
Contemporáneos, *México, IV-1930.*
Novedades, *México, 12-IV-1953.*

UBÉRRIMA URBE

DURANTE una época funesta, el método elemental de fundar ciudades se reducía a matar el campo, a aplastar la yerba como el caballo de Atila. Hoy por hoy se procura, al contrario, revestir de árboles las calles y pedir al campo que de vez en cuando nos visite. Y aun al campo mismo, allí donde el hombre ha tenido que llevarlo todo en su voluntad y en su cabeza, se le dan árboles de obsequio: estancias hay junto a Buenos Aires en que Adán ha hecho crecer bosques casi de una a otra generación.

¡Qué monstruosa la ciudad de espaldas a la naturaleza! Imaginad lo que llegaría a ser aquel hijo pálido de la urbe para quien fuera indispensable consultar en el calendario los nombres mitológicos de las estaciones: primavera, verano, otoño, invierno. Si se queda en casa —porque aun los espectáculos públicos le son servidos por radio a domicilio— la industria interior lo provee de temperatura siempre igual, de luz uniforme a cualquiera hora de la noche o del día. Hundido entre altos edificios, no puede pedir datos al cielo, ni —cuando logre vislumbrarlos desde su cárcel doméstica— entenderá ya su telegrafía de colores. Si, en cambio, le ocurre salir, su calle —entre cintas de duro asfalto y cubos de cemento impertérritos— es incapaz de darle informaciones cabales sobre lo que pasa allá en la tierra, lejos: donde dicen que todavía se ven crepúsculos (fallas del alumbrado natural) y donde el aire todavía está sucio de cierta polilla o plaga que llaman la raza de los pájaros. Primavera... ¿Qué será a sus ojos la primavera? Fantasma histórico, o mejor, paleolítico: una era en que el animal primitivo se sentía sobreexcitado y entonaba canciones, ciertas excrecencias de la voz. El estío... ¿A qué pudo llamarse estío? Los poetas, seres de antaño, ¡decían tantas insensateces!

Les fourriers d'Esté sont venus!

Así, en el siglo XV, exclamaba Charles d'Orléans. Pero ¿qué

serán —oh pitecántropo de ayer— estos misteriosos furrieles del estío?

Ahora, por suerte, los urbanizadores son con frecuencia "campañizadores" de verdad. Unos caen al lado derecho y proponen todavía la ciudad de casitas entre jardines privados; civilización del individuo que, ciertamente, padece crisis, pero no caduca en todos sus resultados y conquistas. Otros caen al lado izquierdo y están por el régimen colectivo, los grandes panales humanos sin fisonomía ni gusto en el detalle, pero bien ajustados a su función; montañas cúbicas que, por sus mil idénticas puertecitas, dan a luz sus mil ridículos ratones. Mas también estos urbanizadores amontonan, junto a sus acantilados artificiales, un poco de oxígeno y de selva.

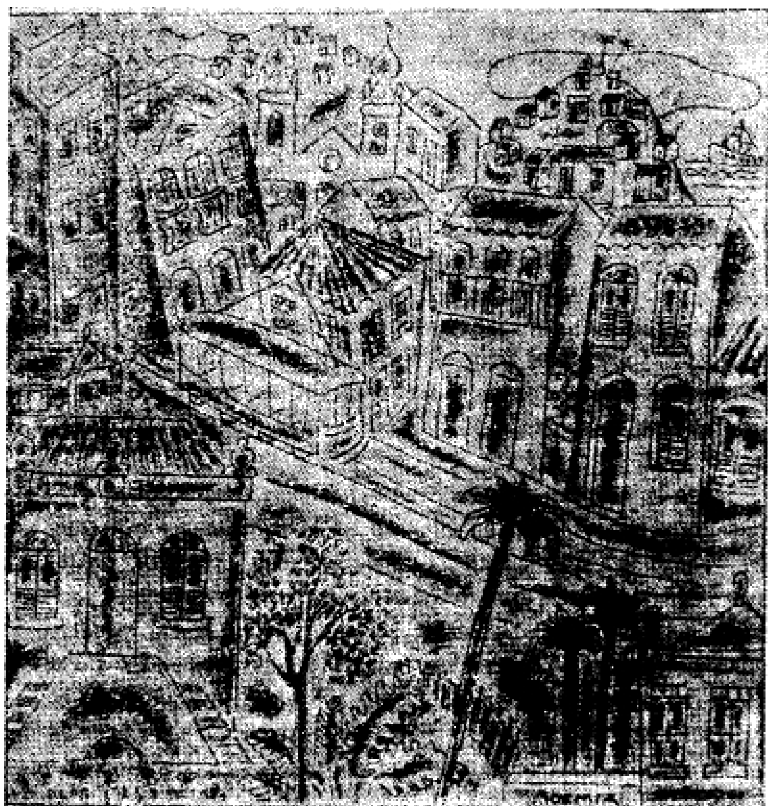
Para ventura y gloria suyas, en Río de Janeiro el campo chorrea por la ciudad, una ciudad húmeda todavía de naturaleza, mal enjugada por el desecador implacable que es el hombre. Por de contado, en todo hay su más y su menos. Aquéllos censuran a Agache porque trajo a la ciudad carioca los prados ingleses y el *if piramidal* de Versalles que cantó Henri de Régnier, en vez de aprovechar los ejércitos de palmeras, la vegetación feraz del trópico, y el carácter llamado autóctono —aunque sea fruto del azar— de algunas construcciones antiguas que no se sabe bien cuáles son. Otros se asustan de Le Corbusier, porque, inspirándose en el viejo acueducto de arcos militares que corre sobre Mem de Sà, o en los dos túneles que aseguran la circulación de Copacabana, y en el pasaje de Río Comprido que va de las Laranjeiras a la Estrella, concibe audazmente la reedificación de Río Janeiro en forma de inmenso ciempiés (varios pisos, ruido en cada piso) que se retorciera entre las lomas a lo largo del litoral sinuoso. Buscan también algunos, en la primitiva cabaña, algo que viniera a ser la *casa espontánea* de este suelo, abusando así, sin saberlo, de cien metáforas lingüísticas; y en vano procuran ingeniosamente ese tipo que, para cada geografía humana, fuera lo que es para África aquel dadito blanco que azucara o sala el paisaje. Y no les ocurre pensar que, a lo mejor, la asociación entre aquel paisaje y aquellos estilos domésticos es un mero efecto de la costumbre, una relación *a posteriori*. O que el mismo jalbegue africano es

más bien una imposición de la penuria que no una elección del arte. Pues no se conoce tinte más barato que la *capan-calá* (cal para encalar), como oí pregonar un día en la vieja Córdoba de Góngora.

Ya sé que en los últimos años la ciudad carioca muestra insignes ejemplos de la arquitectura ultramoderna. En otra parte, habría el riesgo de que el suelo y el cielo fueran marchitándose poco a poco: no aquí. La misma vitalidad del ambiente, las auras y los jugos, han de mantener el buen equilibrio. Triunfó hasta hoy de todos, y de todo seguirá triunfando en Río Janeiro la virtud terrestre, la Deidad Ctónica, haciendo entre el árbol, la piedra y el hombre una mescolanza generosa. Las casas echarán raíces; las ventanas engendrarán yerbas trepadoras; el hombre y el animal se frecuentarán con cierto respeto, y con más atenuada envidia la mujer y la rosa; el niño se confundirá con la fruta; la penca, con el soldado en armas. Entre el velar y el dormir correrá un cordón de manso fuego. Aquel hortelano podrá volverse un antiguo Término en lo que basta para imaginarlo y contarlo: como en Ovidio. Y Pan, tronco que acaba en hombre, será el símbolo acomodado para la ciudad todavía plástica, aún no desprendida de la mano de Dios. El Paraíso —decía Vespucio— no puede estar lejos de aquí.

Río, 1931.
Número, *México, invierno, 1933-34.*
O Jornal, *Río de Janeiro, 1-VII-1934.*
Novedades, *México, 15-III-1953.*

AS LARANJEIRAS



El abuso urbano hace olvidar que la ciudad no es más que un accidente entre el suelo y el cielo, entre el vegetal y el aire. Cuando no domina la piedra, parece que hay escasa ciudad: tal sería el prejuicio Portland. El mucho campo, aunque tan espléndido como en Río Janeiro, hace creer que la ciudad es rústica, por más que se tenga a la vista un milagro de concierto municipal, lucha incesante contra una insa-

ciable naturaleza. El mucho cielo, aunque tan solemne como en México, hace creer que la ciudad está a medio construir, por más que se tenga a la vista el prodigio de una arquitectura única en América. Pero la ciudad no es más que un cierto organismo de funciones. El juego eficaz de tales funciones es lo que importa. París mismo, ciudad entre las ciudades, causa de pronto la impresión de cosa campestre. Lo ha sentido, aun sin conocerla, quien haya vivido el ambiente de sus novelas. Y Larbaud se divirtió una vez en fabricarse, dentro de París, unas vacaciones aldeanas con su poco de balneario medicinal.

Gautier pudo darnos, en su *Ménagerie intime*, un "bestiario" de puertas adentro. No es paradoja examinar la piedra, la fauna y la flora dentro del valle o el repecho que dan albergue a la ciudad. En Río Janeiro, aun es lícito —moderando ambiciones— buscar esas muestras de la naturaleza dentro del propio recinto urbano, en las calles y en las casas: hasta donde se descuelgan, asomándose por todas partes, las fuerzas de la montaña y del campo, del mar y el cielo.

Sea la antigua Rua das Laranjeiras; sea, en ella, el palacete imperial —con su aire todavía soledoso— en que nos ha tocado vivir y en cuyo espaciosísimo comedor Paul Morand me aconseja que haga atender mis banquetes por servidores a caballo. Sin salir de aquí, viene hasta nosotros la historia natural. Las flores de la Nochebuena —las Estrellas Federales que, en Buenos Aires, se pagan a precio de oro— entran hasta la cocina, y hay que cuidarse de no mezclarlas en la ensalada. Por el tajo de la montaña, al fondo, solemos organizar nocturnas cacerías de gambás. Tal vez encontramos un coralillo escondido bajo un guijarro. Al menor descuido, brota una planta en el salón o, en el tejado, un arbusto. Alzo ahora mismo los ojos: sobre el muro de mi biblioteca ha corrido una lagartija.

Dos palmeras reales, revestidas de viciosa parásita, hacen guardia frente a mis ventanas, y me llega desde el jardín el canto tembloroso del ireré. El ireré es una ave acuática que tiene una timidez de perdiz, un color dorado a fuego oscuro,

una mascarita blanca, unos redondos ojos extáticos, unas espaciosas sandalias de goma azul, y un canto que remeda exactamente un frotar de espadas.*

1931.
Novedades, *México, 15-III-1953.*

* Ver *Obras Completas,* t. VII, p. 66.

FRAGMENTOS DE RÍO DE JANEIRO

LUZ Y AVISPA

SALAS anchurosas para que se pose el aire, se despliegue, se alivie y —si puede— se refresque un poco. La luz colma de una vez la inmensa estancia y se queda sola en sí misma. Por la lente de cada ventana se acercan, enfocadas y nítidas, las cumbres verdes, azules y negras del contorno. Nos envuelve el sueño de la iluminación, esa modorra leve y dorada tan distinta del espeso sueño de las sombras. El recinto tiene la aseada claridad de un ojo perfecto: casi.

Casi, porque hay siempre un humorcito negro en el cristalino, un coágulo que va y viene con la mirada y no se está quieto jamás. Flechado siempre en la dirección de nuestra vista, hasta creemos que es error propio: si no la viga de los proverbios, la incómoda brizna. No: es una avispa entre suelo y cielo, que sube y baja colgada de un cordón invisible.

Son éstas unas avispas mansas, caseras, que anidan en pequeños túneles grises, amasados de tierra y acoplados como los carrizos de la flauta. Las avispas los aplican valientemente contra las telas de las cortinas, contra las vidrieras, contra las tulipas de las lámparas, contra los mismos espejos, contra todos los objetos lisos y frágiles. Mientras volvemos el rostro, ya han edificado otro nido-flauta.

Tercas y dulces, no amenazan nunca con sus quiebros de banderillero volátil. Se dejan echar y luego vuelven. Azuzadas, consienten al punto en salir por una ventana, y entran por otra. Están punzando, como idea boba suspendida en el ámbito. Son la falla del cristalino, o acaso el pespunte del aire, o la basurita en el ojo, o la espinita dura en la luz.

Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda,
México, 1-XII-1958.

Ocurrencia gallinácea

La moda del "golfillo" duró una sola estación. Aprovechando un costado del terreno que quedaba inútil, porque era estrecho para la vuelta del auto y, en rigor, daba espaldas a la casa, construimos un golfillo que fue muy pronto abandonado y cayó otra vez, como las nueve Troyas, en brazos de la naturaleza.

Los tableros se llenaron de yerba agreste. El musgo acolchó los canales y los agujeros por donde había de caer la pelota. Las hormigas reanudaron sus caravanas con el arca a cuestas. También las gallinas descubrieron pronto aquella Palmira, aquella Itálica, ¡oh Fabio! Y discurrieron poner sus huevos en los hoyos, marcándose puntos a la manera del jugador. La que tiene más fantasía prefiere los hoyos de túnel inclinado, y ésa, naturalmente, con dificultad logra un huevo, porque todos ruedan y se rompen contra una piedra que sirve de remate al declive. Es una curiosidad descubrir, a veces, un huevo en la tacita de cada hoyo, como si hubiera pasado por ahí un campeón del golfillo.

Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda,
México, 1-XII-1958.

La contaminación humana

Hay perros sabios, policías, mandaderos, pastores, payasos. Han frecuentado a tiempo el gimnasio, el platanar de Iliso, la Academia, el Liceo, el aula del sofista. Están amaestrados. Hacen cosas tan increíbles como aquellas llamas del Sur que venden por los caminos su propio estiércol, y juntan las monedas en una bolsita colgada al cuello. Hay perros domésticos, pervertidos para los solos usos de la zalamería como las cortesanas, y condenados a soportar nuestra excesiva solicitud. Gogol ha contado de algún loco que descubre la correspondencia entre un falderillo y su enamorada. En las cartas, el falderillo se queja de la falta de tacto de los humanos: ¡esas repugnantes bolitas de miga que sus amos le tiran desde la mesa y que hay que tragar por complacencia! Otras veces, les dan a los pobres perros unos juguetes que a ellos no les divierten y que se apresuran a esconder donde nadie más

pueda encontrarlos, como hizo con su hueso de caucho el "Tiko" de Consuelo Pani.

Pero hay otros que se educan solos, a la buena de Dios y en mitad del arroyo, donde el Lazarillo de Tormes ganó sus borlas doctorales. Son esos perros callejeros que vemos en los cuadros del uruguayo Figari. Tan parecidos a los antiguos atenienses, que todo el día andaban entre el ágora, el mercado, los comadreos y los pleitos. Cervantes los oyó charlar en Sevilla. Ésos se burlan de los perros bien criados: las melenitas a medio cuerpo, los rabos en pincel, el lacito al cuello los hacen reír sin remedio, como se ve en el *Petit Pierre* de Anatole France.

Los hay de naturaleza intermedia o dados a una vida doble, al modo de ciertas pecadoras que distribuyen su tiempo entre el casino de lujo y el barrio prohibido. Perros de buena familia que de repente escapan, convertidos de Jekyll en Hyde; a veces, porque el hambre entra en casa, como en el *Miau* de Pérez Galdós; a veces, por necesidad orgiástica, como el Macaire de *Les hommes de bonne volonté*. Necesidad orgiástica hecha de "paisaje olfativo", desde luego; y también de embriaguez cinemática. Pues, según los filósofos, el perro no posee la ilusión panorámica del espacio, del continente que todo lo contiene, sino que se siente incrustado en su orbe espacial. Y el calidoscopio cubista se transforma a cada desvío del animal. Lo cual sin duda se relaciona con las notorias aficiones deportivas del perro, pues hace del movimiento una problemática, un acertijo incesantemente renovado. La verdad es que "juzgando por los síntomas que tiene el animal", es grande la tentación de que habla Chesterton: el error alfabético-mitológico de transformar el *dog* en *god*. Hay en el perro un ansia trágica de humanización: quiere hablarnos, y modula de mil maneras sus ladridos para que entendamos que en sus reflejos se ha insinuado ya el arte. Y viene y va, patético, recorriendo la frontera entre la bestia y el hombre, buscando el portillo de la muralla.

Las manadas de perros callejeros de Constantinopla hasta 1909 —año en que fueron condenadas a la *confinatio in insula,* allá en una rocas del Mármara—, disfrutaban de libertad completa. En simbiosis con la atmósfera humana, lle-

garon a crearse una civilización paralela, o mejor circunscrita dentro de la ciudad. Según testimonio irrecusable del Dr. Remlinger, diez años director del Instituto Pasteur en la metrópoli turca, se habían dividido los barrios en jurisdicciones, sometiéndose cada grupo a un cacique o alcalde. Y, como las pandillas de *gangsters* cuando la ley seca en los Estados Unidos, peleaban a muerte para conservar el exclusivo disfrute de la zona que se adjudicaban. Alcanzaron la noción del reposo dominical, y también un claro sentido de la honradez, puesto que había sectas supernumerarias de ladrones organizados. Conocían a los médicos y acudían a ellos en caso de accidente. En cambio, huían de los agentes de vivisección y empleados de los laboratorios. Comprendían cuándo el transeúnte los pisaba sin intención, y entonces no hacían caso.

Sospecho que los animales que bajan hasta nuestras moradas —aves, ratones, gambás, cucarachas— adoptan algún rasgo, alguna dirección de nuestras costumbres, de modo que nunca logramos conocerlos en estado puro y en gracia de naturaleza. ¿Nos acercamos a ellos? ¡Pues la observación modifica de por sí el fenómeno! Acaso el animal puro sea ya, en toda la redondez de la tierra, una abstracción, según se dice, por ejemplo, que lo es el gaucho argentino. ¡Hace tantos siglos que el hombre trabaja sobre el planeta a manera de erosión mística!

Hasta el animal que más se oculta a nuestra frecuentación, aquel Animal Desconocido —siempre posible—, del que no hablan los autores por la buena razón de que nadie ha logrado verlo, se deja influir por alejamiento, nos espía tal vez desde su reducto inabordable. Y, disimulado en la rugosa cara del monte, en la volubilidad de las aguas o en la misma transparencia del aire, dice allá para su coleto: "Aprendamos de nuestro enemigo, imitemos sus ademanes, robémosle el programa político." Y a lo mejor nos imita en asuntos de propiedad, legislación, urbanismo, milicia y cosas de esta laya. Las mismas cosas en que nosotros, cuitados, andamos todavía queriendo emular a hormigas, a abejas y a castores. Porque —eso no— no es creíble que el Animal Desconocido se percate de que hacemos versos.

CURIOSIDAD ANIMAL Y CURIOSIDADES ANIMALES

DICE André Gide en *L'Affaire Redureau:*

> La curiosidad es uno de los menos conocidos, menos estudiados resortes de nuestra actividad... Se me figura que la curiosidad existe, en estado más o menos rudimental, entre los animales... ¿Y el caso de los rumiantes, en quienes la curiosidad me resulta más difícilmente explicable, *en razón de su género de alimentación? (sic)*... Si hay por ahí algunas observaciones susceptibles, si no de resolver, al menos de ilustrar un poco la cuestión, agradeceré que se me comuniquen.

Aquí, en mi corral, tengo mezclados los patos y las gallinas. Como de costumbre, confiamos a las gallinas la incubación de los huevos de pato. Los patos han descubierto el echadero de las gallinas, que está en un cajón viejo, y se las arreglan para pasar la cabeza por un agujero de las tablas y contemplar el advenimiento de los patitos. Nunca se equivocan. Cuando vemos a un pato acechando por el agujero, estamos seguros de que han nacido nuevas crías.

De niño conocí un caso muy expresivo de curiosidad animal. Un amigo mío tenía una vaca. La vaca, por entre las maderas mal juntas del establo, veía pasar la gente. Se asomaba de rendija en rendija, y no se cansaba de contemplar. Dio en dejar de comer. Aquel ejercicio, ya tan humano, parece que despertó en ella las enfermedades de la meditación. Murió de pensar. Deber literario para mañana: contar y explicar de cómo a esta vaca se le caían los cuernos y le iban naciendo las ideas.

He oído decir a la gente del campo (y también a Alain) que, de repente, las vacas se enfurecen y deciden acabar con el perro. Que se ponen de acuerdo en un abrir y cerrar de ojos, y comienzan a marchar sobre el perro en movimiento envolvente. El perro, que sabe muy bien —por el olor del aire— cuándo va a suceder esto, anda inquieto desde por la mañana. Y si ve llegada la hora del peligro, no se defiende

más: esconde el rabo entre las piernas, cierra las orejas, gime y espera su destino. Sólo el vaquero puede salvarlo. ¿Y qué hace el vaquero? ¿Afrontar aquella cólera cósmica con gritos y hondazos? ¿Ahuyentar al ganado como de costumbre? Esto sería la perdición del perro, y acaso del vaquero. Las cosas divinas se tratan de otro modo. Esta vez hay que cambiar de procedimiento. El vaquero, sencillamente, se tira a cuatro pies y avanza, mugiendo, hacia las vacas. Los animales se detienen entonces, desconcertados; se miran unos a otros como preguntándose qué puede ser esta novedad, y un instante después han vuelto a pacer tranquilamente. La curiosidad pudo en ellos más que la cólera. Se pusieron a investigar, olvidaron que iban a la guerra.

Los ardides de la caza no hacen más que explotar la curiosidad animal. Al berrendo se le da cita plantando una estaca con un pañuelo rojo. La alondra se atrae con el brillo del espejo, como el insecto con la luz. Ya sé también que estos fenómenos se explican por los reflejos de Pavlov, y que vienen a ser como unos calambres eléctricos de la corteza del cerebro. Pero si Pavlov cree haber anulado con esto toda interpretación espiritual de la biología, toda psicología en suma, será como si creyera que la descripción del traje de un hombre resuelve los problemas de su conducta.

Hace veinte años, yo aventuré, en *El plano oblicuo,** una página humorística sobre la caracterología de las palomas, animal al que desposeía yo de todos los atributos de ternura que generalmente se le conceden, para presentarlo como un ser duro y colérico, en quien el sentimiento jurídico de la propiedad territorial domina con mucho al sentimiento amoroso. La paloma, decía yo, es un animal egoísta y geométrico. Aquellas "contribuciones", como las llamaba el personaje de mi cuento,** aunque ofrecidas humorísticamente, eran fruto de la observación seria y objetiva. Años después, me encuentro comprobado en las monografías de Katz, Schjelderup, Ebbe, Heinroth. Pero también he encontrado en estos psicólogos animalistas algo de que no hablé en mi historia y

* "En el palomar", *El plano oblicuo, Obras Completas,* t. III, pp. 48-9.

** "En las repúblicas del Soconusco", *El plano oblicuo, Obras Completas,* t. III, pp. 41 *ss.*

que también se daba en el palomar que me sirvió de modelo: la pederastía entre los palomos. El macho mayor se apodera del menor con una frecuencia irritante. Los autores que cito lo explican como una consecuencia de la falta de hembras. En mi palomar sobraban las hembras, y no por eso disminuían los casos de homosexualidad. Tal vez la naturaleza se equivocaba en sus tanteos, y luego convertía el error en hábito. Paso la noticia al Gide del *Corydon.*

Finalmente, en el gallinero de mi infancia aprendí algunas peculiaridades de la psicología femenina. Es bueno, en general, que los niños anden entre animales. Adquieren, así, familiarmente, el trato con ciertas nociones difíciles, y no siempre es de temer que sigan el mal ejemplo de los palomos. En mi gallinero descubrí yo (después la he encontrado en los salones, en los balnearios de moda, en los casinos, pero ya la tenía yo bien conocida) la gallina que cacarea para hacer creer que acaba de poner un huevo y no dejarse pisar del gallo, la gallina de las falsas experiencias galantes, la más incalificable de todas las hembras de la creación. En mi pureza infantil, yo me sentía lleno de indignación y adivinaba un pecado en esta manera de ofrecer sin cumplir, y acaso de jactarse, como Rousseau, de delitos que ni siquiera se han cometido, lo cual viene a ser un error a la segunda potencia. Por supuesto que las cosas no se quedaban así. Yo me apoderaba de la hembra fraudulenta, le metía la cabeza bajo el ala, la zarandeaba y remecía en el aire hasta dejarla bien aturdida, y luego la depositaba, borracha e inmóvil, a los pies del gallo, como una víctima indefensa. El gallo ajusticiaba a su víctima al instante, y yo exclamaba victorioso:

—¡Así aprenderás a cacarear en vano!

1932.
La Nación, *Buenos Aires, 22-V-1932.*

LA GARZA GRETA GARBO

MONTESINAS y broncas, lo primero fue cortarles las alas. Y como el bullicio de la calle y el ir y venir de la gente las amedrentaba, emigraron ("emigrar": verbo que nació con las aves, y de ellas lo aprendieron las tribus), emigraron a pasos contados desde el jardín del frente hasta el fondo abrupto de la casa, donde bajan las escarpaduras de la montaña y hay árboles añejos. Se mantenían desconfiadas y distantes. Parece que ni el alimento aceptaban de buena gana. Todo ello era tal vez influencia de una de las dos —la que murió— sobre la otra.

La otra —Greta Garbo, que así acabamos por llamarla—, al quedarse viuda, decidió, como las razas vencidas, someterse para subsistir. Y comenzó por sí misma un proceso de domesticación espontánea en que la voluntad animal se abría su senda, de un modo patético, hacia el hombre. Imaginadla, blanquísima toda, el pico negro y largo como los alfileres de sombrero que las señoras usaban en otro tiempo, el ojo color de topacio y las leves patas amarillas que se pierden entre la paja del suelo.

Vino, pues, desde su retiro; subió temblando la escalinata de piedra y apareció en la puerta de la cocina. El hombre entendió y aceptó el pacto. Desde ese instante se hizo cada vez más familiar y le permitieron echar alas. Ahora vuela de una parte a otra; cuelga su plumón en lo alto de los arbustos, y se balancea en la punta de las ramas de modo que apenas las dobla, como si supiera anular el peso a su arbitrio. Y entonces parece una gran magnolia cerrada. Se planta de adorno sobre el motor del automóvil, y es un pájaro de metal. De repente llega a la ventana, y es un pañuelo que saluda. Trae sol en las alas y lo lanza a las habitaciones. Se deja ir por el aire con las velas tendidas, por unos caminos resbaladizos que ella descubre en el espacio. Cruza el comedor a todo vuelo cuando estamos a la mesa. Se queda extática sobre un biombo, con grave conciencia de las tradi-

ciones decorativas orientales. La atraen, sobre todo, los objetos donde se refleja: los espejos, las vidrieras, las superficies barnizadas, no sé si le dan una imagen de su compañera desaparecida; o no sé si la vaga sugestión acuática la seduce como a buena zancuda.

Tiene su hora de deporte: consagra unos ratos a pescar, y a veces dispara contra algún moscón la flecha del pico. Para no perderse, va dejando huellas a su paso: en el fango, las estrellitas de las patas, y de cuando en cuando, la mancha de cal característica. Entre los volátiles reina con feroz señorío. No hay gallo, no hay pato que se le atreva, ni pintado "marreco" —por mucho crédito que goce entre sus iguales—, si Greta Garbo, erizado el plumero de la cabeza a impulsos de la cólera, tañe su corneta destemplada y alarga el estoque del cuello en esa guardia de brazo tendido que hoy aconsejan algunos esgrimistas. Sólo el perro puede más que ella y, de verla tan celebrada, la persigue con insensatos celos. Pero ella se siente amparada por el hombre. Lanza su grito de libertad, se levanta y se va hasta el parque de los vecinos (su noción de los límites territoriales no es muy precisa), y a poco reaparece otra vez, insistente, resuelta a amigarse con los herederos de Adán.

Entonces comienza el trance exquisito. El hombre la llama, y ella acude. Es cosa más fuerte que ella: ama al hombre. Alguien se le acerca cautelosamente. La garza se estremece: ella quisiera soportar a pie firme aquella prueba definitiva de su perfección, pero se le sublevan adentro todos los impulsos de la especie, y cuando se ha dado cuenta, ya huyó. Se arrepiente y se recobra al punto. Vuelve al ataque: al ataque de la sumisión. De nuevo se aproxima y escapa. Y esta dolorosa contienda entre lo intentado y lo reflejo se repite todos los días. El animal sólo realiza sus fines aproximadamente. Nietzsche tiene razón: el único animal que puede prometer es el hombre.

¿Cuándo descansa Greta Garbo y cómo descansa? Observándola, creo descubrir la relatividad de las estaciones animales. ¿El descanso es un ahorro de esfuerzo? Pues he aquí que la teoría del ahorro nos es ahora de tan poca utilidad como en filosofía o en sociología, porque cada familia en-

tiende el ahorro en términos que para la otra significan esfuerzo. Cuando la garza mete la cabeza entre los hombros y dobla en tres el asa del cuello, quiere decir que se sienta. Y cuando se queda en una pata, quiere decir que se ha acostado. El reposo ¿será, pues, una mera convención mecánica, como el conceder honor al lado derecho? ¿Será un *modus vivendi* entre el animal que lleva la voz y el medio que le hace segunda?

1932.
La Nación, *Buenos Aires, 22-V-1932.*

AGUJA DE LAS PLAYAS

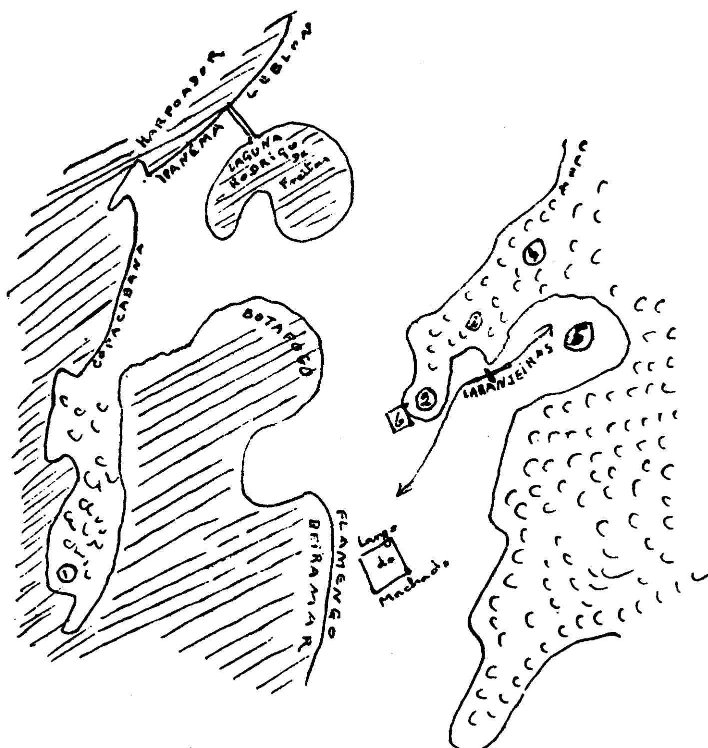
Dos SENTIMIENTOS angustiosos me perseguían de recién llegado a Río de Janeiro: uno, la dificultad de orientarme en aquella laberintosa ciudad; otro, la dificultad de estimar los precios en la moneda fantástica del país.

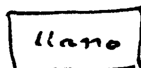
En cuanto al sistema monetario, ¿qué hacer con ese tercer cero después de la coma decimal, tercera rueda que me hacía veces de quinta rueda? Pronto, sin embargo, aprendí a prescindir de la palabra "mil" y a pensar en el compuesto "milreis" como en un todo indivisible. Después de lo cual, dividiendo entre cuatro (o sea, sacando mitad dos veces), se llegaba al peso mexicano. (Cuatro "milreis", igual a un peso.) Esto acontecía en el año de 1930. Más tarde, el "milreis" brasileño había de bajar mucho; pero ya para entonces yo apreciaba los valores directamente, sin necesidad de recurrir al peso ni al dólar.

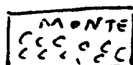
En cuanto a la orientación, ¿me serviría de algo guiarme por los puntos más eminentes? Sin duda que no: el Pan de Azúcar o el Corcovado (y, en la cima, el Cristo nonato, indiferenciado aún dentro del andamio celular en que entonces todavía se estaba criando) eran términos demasiado distantes. Hubieran podido ser útiles como lo es un faro, para dar con la costa, con la zona general en que se extiende Río de Janeiro; pero no para volver, digamos, de la Praia Vermelha a la rua das Laranjeiras.

El punto de referencia que parecía ofrecerse de suyo era la línea del litoral. Pero la relación no es tan sencilla como lo hubiera sido entre dos bandas paralelas de tierra y agua. Porque el agua resultaba una referencia en movimiento constante con respecto a la tierra. O mejor dicho, la tierra entraba en el agua y salía del agua echándose atrás o adelante de una manera caprichosa e imprevista. Sin embargo, a falta de mejor cosa, decidí atenerme al litoral, decidí orientarme según la aguja de las playas.

La ciudad de Río Janeiro anida en la bahía de Guana-





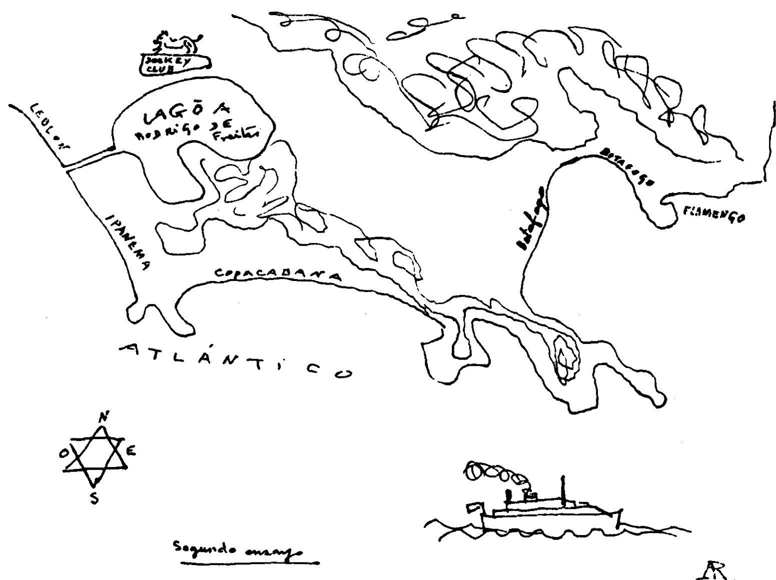




1. Pan de Agúcar
2. Morro Mundo Novo
3. Pico Donna Marina
4. Corcovado
5. Cosme Velho
6. Palacio de Guanabara

Primer ensayo

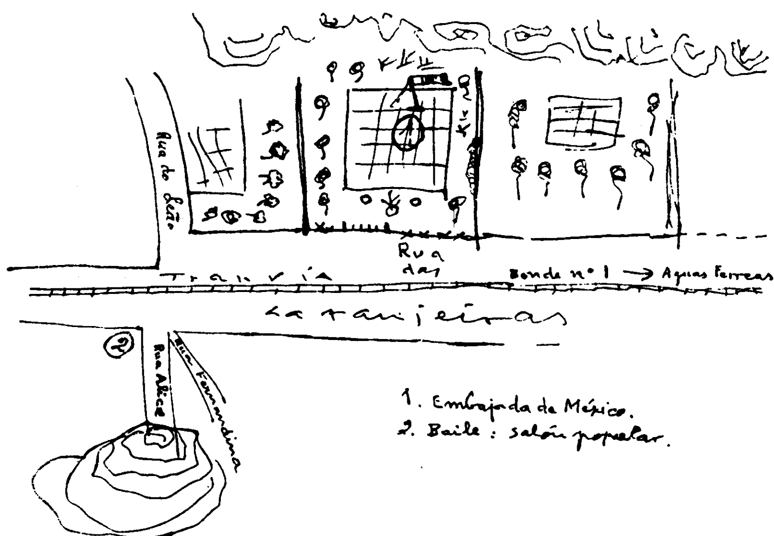
AR.



bara, a la parte occidental: a la oriental, queda Nictheroy, capital fluminense. Río de Janeiro consta de dos cuerpos en la proyección de altitud: el terreno llano —antiguos charcos desecados y suelo ganado al mar, donde hoy se agrupa lo principal de la población— y el terreno accidentado, donde los suburbios se escalonan en varios macizos montañosos.

El terreno llano o cuerpo horizontal, el que aquí nos importa, consta de dos brazos, articulados más o menos en un ángulo mixto cuyo vértice puede ser el Campo de Santanna: el brazo exterior corre sobre las playas y, aunque más pequeño que el otro, interesa más a nuestra vida; en tanto que el brazo interior se entra longitudinalmente hacia la entraña de Cascadura, llenando con barrios populares un ancho callejón entre cerros, al que viene a servir de nervio una línea de ferrocarril.

Desentendámonos de este brazo interior y volvamos al brazo exterior, que es lo nuestro. Éste se desarrolla por un litoral en saliente, que sin duda lleva la intención de un semicírculo, pero que se queda siempre en la intención, pues es un contorno quebrado, como ya lo hemos advertido.

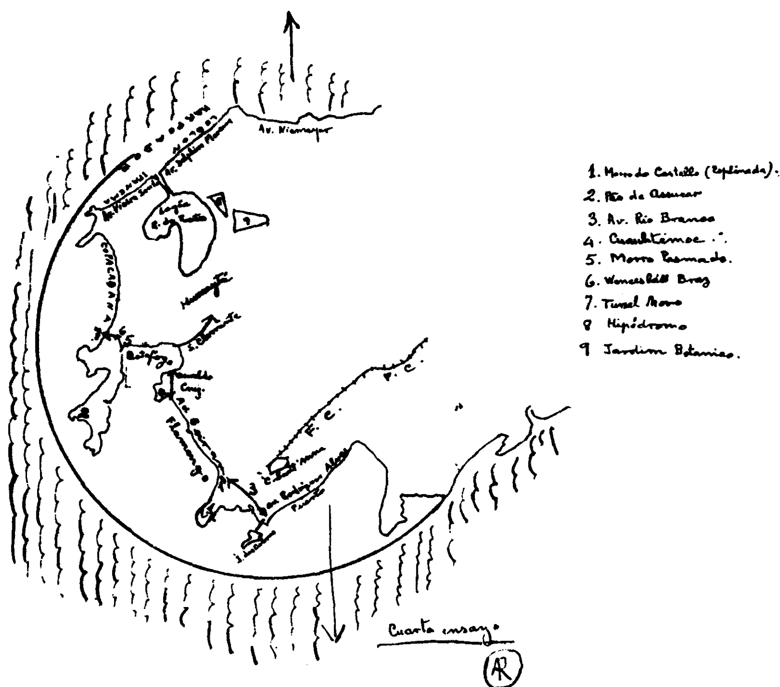


Tercer mapa.

AR

Quien, a su llegada y partiendo del puerto, recorra esta cornisa dejando siempre el mar a la izquierda, marchará ya en una dirección diametralmente opuesta a la dirección inicial cuando alcance, por ejemplo, la avenida Niemeyer, hacia las afueras de la ciudad. Las aguas del puerto y las de Niemeyer se dan la espalda. La línea que traza la avenida Rodrigues Alves, sobre el puerto, y la línea que trazan las playas del Harpoador son paralelas, y cada una da la fachada en sentido contrario a la otra. Entre estas dos paralelas se encierra el cuerpo exterior de Río Janeiro, la ciudad internacional.

El paseo de la cornisa está cortado por promontorios y montes. En rigor, el mar se pierde de vista varias veces. La senda imperial que conduce desde el puerto a Niemeyer, pasando por la Avenida Rio Branco, Flamengo, Botafogo, Copacabana, Ipanema y Leblon, se aleja de cuando en cuando de la costa, corta por calles interiores y hasta por túneles, y cada vez se encuentra con una raya de mar que ha girado un poco hacia la derecha. Cada una de las grandes playas viene a ser como una concavidad inesperada, como un arrepenti-



miento sobre la gran convexidad ideal que puede inscribirse en un círculo. Y cada arrepentimiento es el regazo de un balneario.

Llegados al término de Leblon, podemos volver hasta Botafogo por otro camino de tierra adentro: las faldas de Gávea y Santa Teresa, la Laguna Rodrigo de Freitas, el Hipódromo, el estupendo Jardín Botánico (un sueño de las Noches Árabes), el barrio de Humaytá, la opulenta San Clemente de grandes casas con jardines paradisíacos. También Laranjeiras queda tierra adentro, entre Flamengo y Botafogo, al pie de los morros de Mundo Novo y Donna Marina y a vista del monumental Corcovado. Y también entre esas dos playas, al extremo de la avenida Beiramar y al comienzo de la avenida Oswaldo Cruz que corta la vuelta al Morro da Viuva, se levanta la estatua del emperador Cuauhtémoc, copia de la que tenemos en la Reforma y presente de México al Brasil, llevado por la Misión Vasconcelos.



El Cuauhtémoc posee su leyenda que ya he contado en otra parte. Es una superstición popular de que he tenido noticia por el poeta Murilo Mendes:

> Cuauhtémoc es un inmenso amuleto, una mascota, una imagen propiciatoria de la buena suerte. Hay que dar tres vueltas en torno al monumento y hacerle una pequeña reverencia quitándose el sombrero; eso basta: ya están conjurados los peligros... La estatua de Cuauhtémoc es dispensadora de bravura y de resistencia ante los desastres y contrariedades del mundo. Y esto, por generoso ministerio del gran Poeta Desconocido; es decir, del pueblo.

Pero ya Cuauhtémoc, carioca honorario desde el año de 1922, no está solo. Otro símbolo mexicano parece saludarlo desde el Jardín Botánico, y es el Xochipilli, dios floreal, cuya estatua tuve la honra de ofrecer a Río de Janeiro en el año de 1935.*

1936.
Novedades, *México, 22-III-1953.*

* En este mismo volumen, "Las estatuas y el pueblo" y "Ofrenda al Jardín Botánico de Río Janeiro", *Norte y Sur*, pp. 61-4 y 89-92.

NOTAS VARIAS

DEL BESTIARIO de las Laranjeiras, sin escoger y a lo que acude solo a la pluma: abejas, alacranes, avispas; baratas (correderas o cucarachas); borrachudos: unos mosquitos que, en los campos de tenis, atacan a los que andan sin calcetines blancos; maribondos, suerte de avispones; canarios, cardenales y anexos; ciempiés o milpiés, que hay para todos los gustos; cobras; conejos, allá por los fondos ya montañosos de la casa; "cupines" en nubes y en ráfagas; gambás (parientes de nuestro cacomixtle), gatos (encerrados o no), garzas; gallináceas de varios órdenes: comunes, gigantes *Leghorn, Plymouth Rock* o *Rhode Island* y miniaturas de pelea; hormiguitas, hormigas y hormigazas; irerés, loritos disertos y discretos; mosquitas, moscas, moscotes y moscardones (pero jamás mosquito o "zancudo", con el que ha acabado la sabia campaña de Oswaldo Cruz contra la ya extinta fiebre amarilla, constante y admirable empresa de los gobiernos, honor de los humildes ejércitos de mata-mosquitos que visitan uno a uno todos los barrios de la ciudad, sanean, dictan medidas e imponen multas a los vecinos, sin admitir nunca un soborno, aunque siempre pueden aceptar *um cafesinho*); murciélagos; pájaro azul a la manera de Maeterlinck; ratoncillo y rata gigantesca; pato; pirú o pavo común; sabiá, el inevitable sabiá de todo poema descriptivo, que canta como los propios ángeles; tatú o armadillo o tórtolas disimuladas y lloroncitas... El Embajador de Francia, Conde Dejan —mi buen amigo desde París—, pretende que posee un leopardo en su residencia; créanme ustedes, no es más que una humilde raposa.

Las más recientes pesquisas —un equipo de sabios franceses que ha trabajado por algún tiempo en el Brasil— confirman las conclusiones de Wheeler, el profesor de Harvard. Hay, entre las hormigas, sobre todo las amazónicas como las Attiis y Ulês, generales y soldados, exploradores para sus largas

caravanas, fontaneros, arquitectos, doctores, capataces, lecheros, ingenieros agrícolas, jardineros, sembradores, insectos que cuidan los sembrados como perros domésticos, y otros a los que crían y "ordeñan", esclavos cautivados en pugnas contra los demás hormigueros. Cultivan unos hongos a los que impiden dar flores y frutos, y poseen jardines colgantes. Pero también se conocen las feroces hormigas que lo destruyen todo a su paso, incluso las poblaciones rústicas. Y ya se sabe por los apólogos que estas hormigas no entienden una palabra de poesía, de contemplación o artes desinteresadas, porque aquí todo es acción, y acción útil.

Un día, allá a la espalda, por el cerro y entre los haces del bambú, apareció un mono-araña. Queríamos cautivarlo ofreciéndole de comer. Nos miraba desde arriba, casi riéndose de nosotros, y se las arreglaba para bajar y subir rápidamente con las flexiones de las cañas, sin dar tiempo a más. Se llevó a las alturas la cestita de la comida, y luego se despidió de nosotros tirándonosla a la cara.

Las mariposas, que coleccionaba el señor Arp —un viejo goethiano—, comenzaban a descastarse en Río, porque las atraía la luminaria nocturna del Cristo, en el Corcovado, y allí las esperaban sus enemigos, los murciélagos y las lechuzas. Pero en la casa de Petrópolis que me cedía mi amigo Affonso Bandeira de Mello para los veranos y fines de semana, había un ensanche silvestre que se confundía ya con el campo —yo lo llamaba "África"—, y allí, siguiendo las indicaciones del señor Arp, pude juntar una colección de mariposas, convertido a mi vez en una manera de murciélago o de "tecolote".

"Encréspase la hosca tarántula velluda", dice el poeta guerrerense Juan B. Delgado. La verdad es que en Río y sus alrededores no tuve el desagrado de encontrarme con muchas tarántulas. Eran el miedo y la obsesión de mi infancia en aquellas mis montañas del Norte, donde las tempestades las hacían brotar de sus escondrijos. Yo creía oírlas piar y me parecía que tenían los ojos luminosos; gordas arañas de pelo

en pecho, "arañas pollitos", que dice la gente; las patas siempre contraídas como para saltarnos encima —y esa cara de niños impertinentes que nos espían con extraña fijeza.

"El Pae Quintín" era un gran gallo. Yo, que asistía asiduamente a sus conciertos, pronto me convencí de que el canto del gallo es para ser oído a distancia. De lejos parece un clarín; de cerca, un rechinido.

Las "coquenas", pintadas, gallinas de Guinea o como se llamen se pasan el día aserrando madera, pero siempre se les atraviesa un clavo que chirría desapaciblemente.

Las tórtolas (¡ejem!) se dejan pisar de otros pajaritos.

Y hay unos pajaritos tan bravos que se derriban del árbol al suelo, peleando sin cesar y siempre trabados del pico.

Aunque no tan graves como las de Egipto, cada estación trae sus plagas, según el calor y la humedad. Hay el día de los "cupines", el de las "mites", el de las avispas, el de las hormigas, sean pequeñas o enormes, y el de esas desorbitadas hormigas de Natal que sueltan unas alas negras y ponen al gallinero en revolución. Acaban en una noche con las frondas de un árbol, lo dejan en varejones como un paraguas desgarrado, y me aseguran que suelen vaciar los troncos sin que se note afuera, de suerte que, al apoyarnos en ellos, se derrumban como el coloso de pies de arcilla. Aun hay la plaga de las ranas, y sé de una que ha dado en plantarse siempre en la escalinata, como un ujier extravagante.

El *cupim* merece descripción aparte: giróscopo de La Cierva en miniatura, llega en bandadas, cae sobre la sopa, no deja comer, y hay que apagar el comedor y encender luces en una sala vecina, donde se disponen baldes de agua para que el animalito se ahogue. Cerrar las ventanas es imposible, porque llega en pleno verano. Como quien se quita la chaqueta, se desprende de sus cuatro alitas en cuanto aterriza, y allí vive de lo que encuentra. En los manteles, en los tapices, queda el rastro de su voracidad, y un caminito de alas deshojadas para que a nadie le quepa duda, malhechor maniático

que gusta de dejar su marca. Los "cupines" se juntan siempre en parejas; siempre anda un gusanito tras otro midiendo con diminutos jemes el suelo. Sospecho si poseen el sexo indiferente, por la facilidad con que se acomodan al instante y al primer encuentro, sin tanteos ni buscas. Si les atravieso un lápiz al paso, en la mesa donde han caído, se desvían. Nuevamente les opongo la valla, y nuevamente se desvían. Y por fin, al cabo de algunos segundos, sintiendo que fracasan y no pueden burlar el cerco, sufren como un ataque epiléptico, se contorsionan, se quedan inmóviles y es posible que de veras se mueren. Curiosísimo caso.

De la botánica más a la mano, sin escoger y a lo que acuda solo a la pluma, y en grata mescolanza de lenguas; acacia real, árbol del agua o del viajero, árbol del pan, bacurí, bambú, botón de oro, cayú, cabello de urso, cactos, cambará, copo de leite, cravo japonés, esponja vermelha, extremosa, flor de San Juan, pico de papagayo, galán de noche, guayaba, jaboticaba, jazmín del cielo, laranjas, limones, mandioca o yuca, madreselva, magnolia, mamão, mangueira, mimos de Venus, morera, olivos, oreja de burro, oreja de liebre, orquídea, paineira, palma Santa Rita, palmera, rosa, samambaya, tinhorão preto. . .

Por la nocturna calle de árboles, un olor como de tisana, tisana en infusión, savia dulce y caliente, templada con un delicado amargor a la cáscara de guaraná. Son los hongos —me dicen— que suelen hablar así por la noche, los *cogumelos.*

Sobre el muro lindero, sobresale y vuelca hasta nosotros sus ramazones el árbol del pan. Cuando da sus frutos como tortas, la vecina —rito doméstico— tuesta unos cuantos y nos los envía de obsequio en prenda de paz. Y yo le cuento que la diosa Hina, en Tahití, resultó encinta por haberla cubierto la sombra del árbol del pan, que su padre Taaroa se puso a sacudir sobre ella.

—Bueno es saberlo para tomar precauciones —dice la vecina.

Pocos saben ya —me lo reveló mi llorado amigo Lima e Silva, hombre de buenas noticias como todos los de su tiempo, amigo que fue de Mistanguett— que el buen té y la mejor miel de abejas se compran en cierta cerería, Rua da Candelaria, junto al herbolario de San Pedro. Estas tiendecitas recatadas y llenas de tesoros secretos hacen pensar en la "tienda de los aromas" descrita por un clásico de la floresta canadiense, Stewart Edward White: la tienda de cordajes, zurrones, cueros y provisiones para el campo, visita obligada de los excursionistas a la salida de no sé qué pueblo, antes de meterse montaña adentro.

En el Club dos 200, las paineiras florecidas, color rosa suave. El sapo que tañe sus dos cuerdas de cabaquiño o guitarrico. La lluvia que arrulla. El patio de arcos y columnas. Las colinillas desplegadas. El pajarito que juega por las puntas de los pinos enanos y anida a la entrada, en uno de ellos (Pinta-Silva o Collera). El corrupião, pájaro doméstico de precioso canto. Los "casales" o matrimonios de canarios silvestres. Las ranas que ladran. Los sapos de cabaquiño se llaman *ferreros,* herreros de martillo. Los *besouros* pasan volando por el salón, como aeroplanos. Y en fin, el Carnaval campestre, gente de Formoso que canta muy grave, como si aún no se atreviera a reír.

Los animales se equivocan, se equivocan como los hombres. En André Maurois *(Mes songes que voici),* he encontrado un par de historias que quiero contar a todos mis amigos. Éranse que se eran dos ocas argentinas, dos machos, grandes de España pintados por Velázquez, que caminaban con una cómica dignidad. Los pobres animales, condenados al error amoroso por causa de su aislamiento silvestre, llegaron a tejer un nido y a robar un huevo de gallina. Luego, horrorizados, dieron muerte al polluelo, extraña criatura condenada por las leyes de Esparta. En cambio, aceptaron un huevo de pavo y se manifestaban muy orgullosos de su cría, acaso porque les seducía su plumaje.

La otra historia es todavía más inesperada. El naturalista Beebe condujo a un albatros al borde de un error todavía

más torpe si cabe, por haberle hecho las tres reverencias que anuncian el acoplamiento. El albatros no disimuló su sorpresa, pero agradeció la cortesía, pensó que nadie se iba a enterar y, empujado por ocultos resortes hereditarios, devolvió con solemnidad los tres saludos. Después acercó solícitamente el pico a la cara de Beebe. Reconociendo entonces la imposibilidad de un "asalto de mandíbulas" con aquella fuerza humana y chata, se fue alejando tristemente. . .*

* Otras experiencias sobre la naturaleza brasileña, en mi relato "Descanso dominical: En los pinares de Teresópolis", *Quince presencias*.

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL

I

NORTE Y SUR

II

LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS

III

HISTÓRIA NATURAL DAS LARANJEIRAS

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en el mes de septiembre de 1996 en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. de San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F. Se tiraron 3 000 ejemplares.

Las tres obras incluidas en este volumen IX reúnen colecciones de ensayos, artículos, viñetas, crónicas y fantasías, y corresponden en este sentido a la misma corriente del tomo VIII anterior. Compuestos durante el servicio diplomático de Alfonso Reyes en Sudamérica, los escritos de *Norte y Sur* —textos donde se recogen y relacionan algunos rasgos de la vida y de la cultura en la Argentina, el Brasil y México— son verdaderos ejercicios de "Americanería andante"; y de "México en una nuez" a "Brasil en una castaña" constituyen amenos e incisivos repasos de otros tantos temas y motivos de la historia y geografía americanas: los nombres de las calles, las flores y cactáceas, la poesía indígena, los ademanes, los climas, las creencias, "los literatos en el servicio exterior de México" y otras historias excéntricas de mexicanos errabundos.

En tono más suelto y textos de menos aliento, *Los trabajos y los días* —reseñas y divagaciones sobre hechos contemporáneos— refleja las múltiples vertientes de la curiosidad militante de Alfonso Reyes. Paseos aparte, *Los trabajos y los días* es un conjunto de diversas reflexiones que abarcan tanto los problemas del quehacer cultural y literario después de la segunda Guerra Mundial, como los de la cultura y el Estado, la alfabetización y la identidad nacional, la novela policial, el espiritismo y "el arte de ver". Además, *Los trabajos y los días* contiene reflexiones adelantadas y aun sistemáticas sobre la nueva actualidad que a la retórica en general y a la dicción en particular prestan ciertos medios de comunicación, como la radio.

História natural das Laranjeiras ofrece noticias amenas y concisas —supersticiones, víboras y perros— sobre algunos aspectos de la vida en el Brasil.

Quienes conozcan solamente las obras más ambiciosas y exhaustivas de Alfonso Reyes y no hayan calado nunca su talento para extraer todo su jugo a los comentarios provocados por el estímulo premioso de las impresiones y sucesos cotidianos, se sorprenderán ante la revelación de un escritor que siempre conserva con frescura la más alerta e inteligente curiosidad por el mundo que lo rodea, aun en los momentos en que parecerían ocuparlo del todo estudios de tipo histórico y erudito.



00296
9 789681 608620